

Historia de la piratería en América española

Editorial San Martín

HISTORIA DE LA PIRATERÍA

Durante más de doscientos años las costas del continente descubierto por Colón e incorporado en su mayor parte a la Corona de España, hubo de sufrir los embates de una de las peores plagas históricas de que la humanidad debe avergonzarse: la piratería, el bandolerismo del mar, ladrón de haciendas, destructor de vidas y arrasador de bienes.

Del mismo modo que el bandidismo terrestre (y de ello hay amplio muestrario en nuestra propia literatura), también la modalidad marítima de la delincuencia ha conocido injustificada mitificación en las plumas de numerosos literatos, máxime cuando, como es el caso, su realidad sirviera grandemente a los intereses de diversas potencias europeas de la época, Francia, Inglaterra y Holanda principalmente. El bárbaro ladrón y asesino del mar ha sido metamorfoseado en romántico aventurero, desfacedor de entuertos o vengador de razas indígenas oprimidas. Poca respuesta, en cambio, ha habido a tal tendencia por parte de la principal víctima, la España hostigada en sus territorios de allende del Atlántico.

Esta obra pretende mostrar la realidad histórica del fenómeno pirático en el hemisferio occidental, de la continua agresión de corsarios y filibusteros con mayor o menor apoyo de las naciones hostiles a España, y de la lucha perenne, desesperada en ocasiones, que hubo de ser librada en su contra, para defender tierras y ciudades que más tarde habrían de florecer en el actual racimo de naciones que comparten con nosotros habla y modos de ser y pensar.

La ilustración de la cubierta ha sido cedida por el Museo Naval.



HISTORIA DE LA PIRATERIA EN AMERICA ESPAÑOLA

CARLOS SAIZ CIDONCHA

HISTORIA DE LA PIRATERIA EN AMERICA ESPAÑOLA

EDITORIAL SAN MARTIN, S.L.
MADRID

EDITORIAL SAN MARTIN, S.L.
Difusión: Librería San Martín
Puerta del Sol, 6
28013 MADRID

• Impreso en España-Printed in Spain
por Gráficas Lormo
Isabel Méndez, 15
28038 MADRID

• Depósito Legal: M. 25884-1985
I.S.B.N.: 84-7140-230-0

A Tere Angel
que mucho sabe de ellos...

INDICE

INDICE DE MAPAS

INTRODUCCION

El ejercicio de la actividad pirática es cosa cuyo origen se pierde en la noche de los tiempos; puede decirse que constituye una de las más antiguas profesiones humanas. Ciertamente no hizo el primer navegante sino lanzarse a la corriente del río cabalgando un tronco seco, cuando un segundo nauta se apresuró a hacer otro tanto para alcanzar al anterior y despojarle de sus bienes.

La misma palabra *pirata* viene directamente de la griega *peirates,* utilizada para designar a los espumadores del mar de la época. Y mucho podían saber los antiguos griegos de la piratería, puesto que no sólo sufrían sus efectos en el Mediterráneo, sino que en muchas ocasiones se dedicaban ellos mismos a su ejercicio.

No dejó de ser ocasionalmente pirata el propio Ulises en su periplo, como nos relata Homero en la Odisea; pirata fue igualmente el príncipe Polícrates, tirano de Samos, que arrojó simbólicamente su anillo a la mar para desposarla; y pirata también el focense Diónisos, que participara en la desdichada batalla de Ladé, y amenazara luego toda nave no griega entre el Asia Menor y las Columnas de Hércules. La misma expansión colonial griega, que extendiera por las costas mediterráneas la maravillosa cultura helénica, tuvo en ciertas ocasiones un negro reverso de acciones piráticas.

Han existido piratas en todas las épocas, y de todas las nacionalidades y razas. Rubios piratas vikingos del Norte, que durante siglos aterrorizarían las costas europeas, piratas eslavos

en las costas de lo que hoy es Yugoslavia, piratas turcos y berberiscos en el Mediterráneo de la Edad Moderna, piratas chinos y japoneses en los mares orientales, piratas fluviales en el Volga y el Mississipi...

Pero para el hombre vulgar, la palabra «pirata» no se asocia con los especímenes arriba nombrados. Evoca, en cambio, otra rama bien distinta: la de los hombres de pistolón al cinto, sable en mano y cuchillo entre los dientes, la de tesoros enterrados en luminosas islas caribeñas, y duelos a espada en playas iluminadas por una luna tropical.

Mas toda esta panoplia pintoresca oculta en realidad un horrendo fenómeno de crímenes y sadismo, que tuvo lugar durante dos siglos en las costas americanas, y del que fue precisamente España la principal víctima. Durante años y años, las potencias europeas, tanto en guerra como en paz con la Corona española, impulsaron por todos los medios dicha delincuencia en un intento de desbaratar un imperio sobre cuyos dominios mantenían su apetencia.

En una primera aproximación al fenómeno pirático debe hacerse una clara distinción (aunque en la práctica no lo fuera tanto) entre las figuras del pirata y del corsario.

Era corsario quien, poseyendo un barco propio, ofrecía sus servicios a una nación en guerra para, autorizado por una *patente de corso,* causar todo el daño posible a sus enemigos, quedando en posesión del botín que en el curso de tal actividad obtuviera. El corsario estaba sometido a ciertas, no muchas, reglas de conducta, y por otra parte no podía hacer la guerra a nación alguna que no fuera enemiga de aquella que le concedía la patente.

El pirata propiamente dicho, por el contrario, no obedecía regla ni patente alguna, y dirigía sus ataques a todo aquel que tenía la mala fortuna de ponerse al alcance de sus cañones. Era un verdadero *hostis humani generis,* enemigo del género humano, como les calificara el inglés William Blackstone, delincuente sin ley ni patria, con la sola motivación de la riqueza mal adquirida y el propio instinto feroz del asesino.

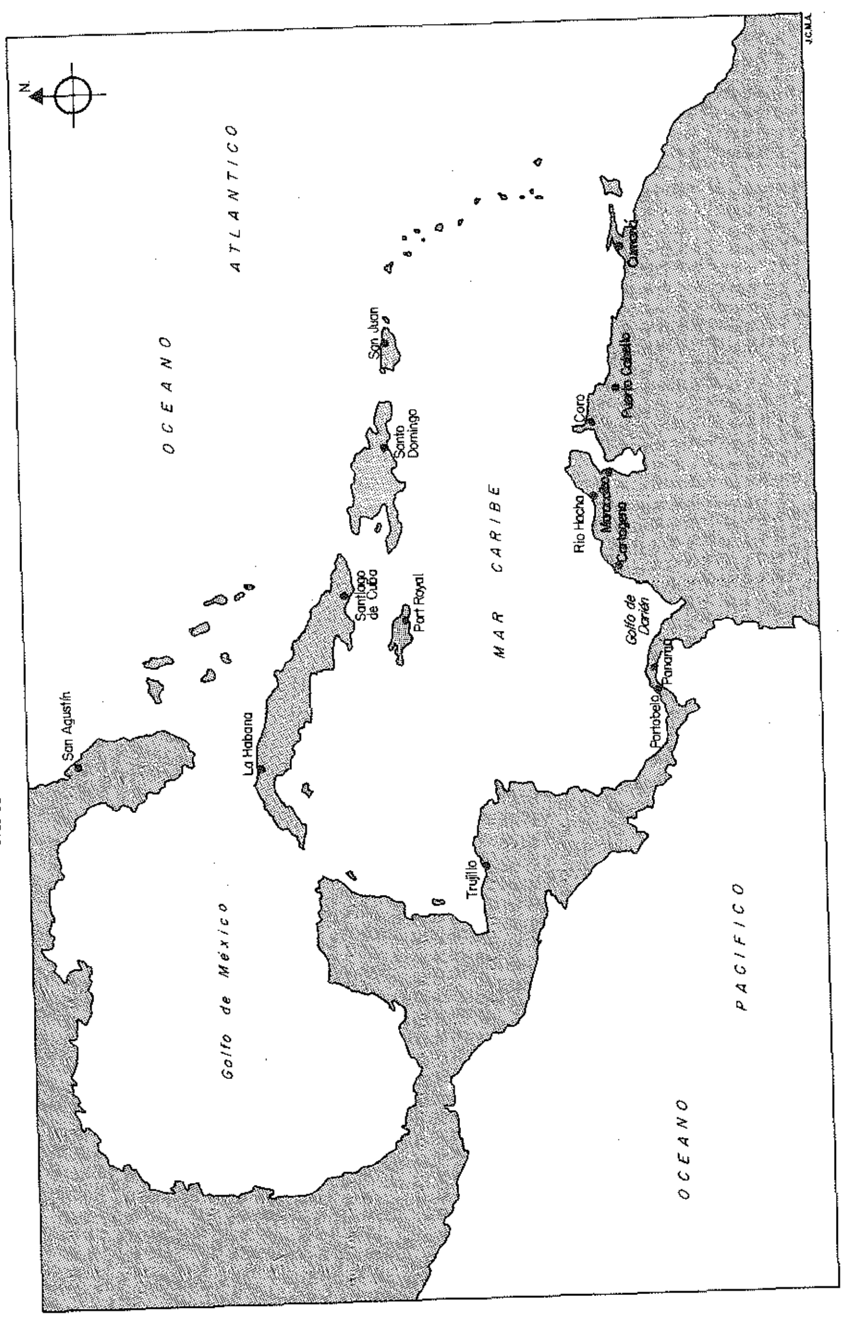
En el terreno práctico, los filibusteros que asaltaron las costas hispanoamericanas participaban en cierto modo de ambas naturalezas, en lo peor de cada una de ellas. Piratas eran, desde luego, puesto que no tenían patente otorgada por nación alguna

en guerra con España. Pero por otra parte no dejaban de ser incitados por ciertas potencias europeas, oficialmente en paz, bien que siempre opuestas a la monarquía española, que les ofrecían ayuda y refugio, a más de mercado para su botín, a cambio de restringir su hostilidad tan solo a naves y ciudades españolas. Por no hablar de las expediciones isabelinas del siglo XVI, verdaderos actos de bandidaje organizados como negocio accionista, y en los que participaban financieramente los más grandes magnates de la corte e incluso la propia reina, aceptando así para ellos mismos la calificación de su compatriota Blackstone, en igualdad de merecimiento con quienes realizaban la parte directa y sangrienta de los hechos.

Quizá debido a estas complicidades, la figura del pirata no ha dejado de ser falsamente idealizada en muchos sectores de la literatura de todo el mundo. Presentásele como valeroso aventurero en lucha contra una temible tiranía inquisitorial, cuando no como vengador del inocente indio americano (en la realidad tan víctima de sus crímenes como el mismo colonizador español). A figuras tan desdichadamente reales como las de Drake, Morgan y el Olonés, cual si fuese escaso el facineroso verdadero, han venido a unirse otras ficticias como el Peter Blood de Sabatini y el Señor de Ventimiglia de Emilio Salgari para enriquecer con su presencia tal panoplia de falsos héroes. Incluso se ha intentado presentar seriamente la bárbara comunidad de los Hermanos de la Costa como ejemplo de sociedad democrática y de convivencia humana.

Poco honor se hace con ello a la verdad histórica que significó la crónica sangrienta de la piratería, desde Florida al Cabo de Hornos, de las mil islas tropicales del Caribe a las selváticas costas yucatecas, de Veracruz a Cartagena de Indias, y a lo largo de la costa del Pacífico, entre el Estrecho de Magallanes y las riberas californianas.

Este libro pretende ser el retrato, a lo largo de más de doscientos años de incesante combate, de los verdaderos piratas, de los fuera de la ley que infestaron los mares americanos en el curso de dos dinastías españolas. Y también de los hombres que se enfrentaron a ellos.



MAPA GENERAL DEL CARIBE

CAPITULO I

LOS COMIENZOS

Prólogo canario

Vista desde la perspectiva de nuestra propia época, muy difícil resulta evaluar la reacción de Europa ante la noticia del descubrimiento de un nuevo mundo más allá del Océano. Parece ser que, en un principio, se subvaloró el significado del hecho, reduciéndolo a la conquista de algunas islas sin importancia. Pero muy pronto hubo de irrumpir en la conciencia europea un nuevo elemento: los metales preciosos, principalmente el oro, que de las nuevas tierras procedían.

Las noticias sobre este particular, en gran parte exageradas, se incrementaron fabulosamente con los informes sobre las conquistas de Méjico y del Perú. Hablábase de minas inagotables, de montañas de oro, de fantásticos imperios cuyas ciudades estaban empedradas con el amarillo metal, y cuyos reyes y grandes sacerdotes se bañaban en polvo aurífero para realizar sus ceremonias, como aquel imaginario «Príncipe Dorado» cuya leyenda habría de subsistir hasta bien entrado el siglo XIX. Paralelamente corrió la especie de que las naves españolas regresaban de las nuevas Indias lastradas con lingotes de oro, y que el robo de una sola de ellas bastaría para enriquecer a un pueblo entero.

Preparáronse a actuar en tal sentido, en primer lugar, los franceses, especialmente desde Normandía, donde el naviero Jean Ango, hijo de un aventurero florentino, había establecido

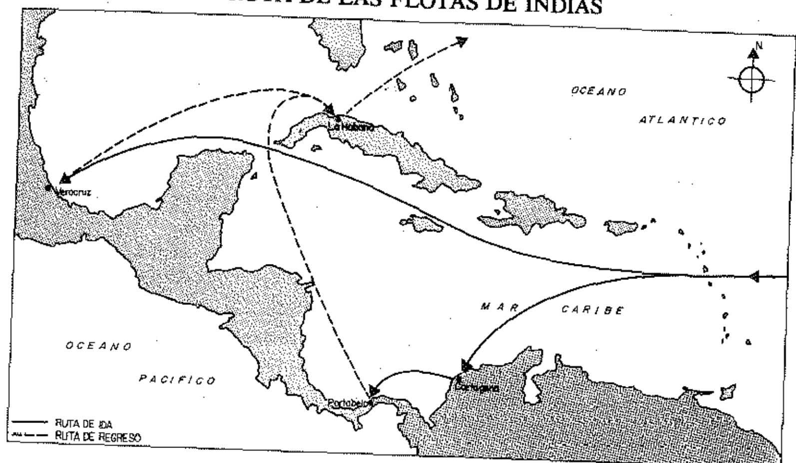
en Dieppe a finales del siglo XV unos grandes astilleros, creando un importante poder marítimo. Encontróse incluso pretexto para los primeros ataques al estallar la primera guerra entre Francisco I de Francia y el emperador Carlos (1520-1526), aprovechada por muchos aventureros para atacar al enemigo español despojándole en su provecho mejor que combatiéndole en el campo de batalla. La actividad del corso podía aquí desarrollarse sin contrapartida, pues su práctica había sido prohibida a los españoles por D. Fernando el Católico en 1489, por considerarla inmoral.

Una de las primeras agresiones se llevó a cabo a principios de 1521, al apresar los corsarios franceses dos carabelas de una flota de tres que llegaba de las Indias con artículos de valor. Pero, conocedor del hecho, Carlos I ordenó salir la flota ligera (armadilla) de Pedro Manrique, que topó a la altura del Cabo San Vicente con las siete naves corsarias autoras de la hazaña. Tras un breve combate lograron huir los navíos franceses, pero las dos presas fueron recuperadas. De todas formas la señal había sido dada, y aquella rapiña no hubo de ser sino la primera de una larga serie.

Personaje de importancia en el corso contra España fue en esta primera época un tal Jean Fleurin (para los españoles Juan Florín), cuyo verdadero nombre parece ser era el de Giovanni Verrazzano, florentino al servicio de Francia, cuya nacionalidad explicaría el apodo de «Fleurin».

Salió de Dieppe este aventurero al mando de cinco galeones y cuatro naves más pequeñas, dispuesto a buscar presas españolas. Pero como no encontró aconsejable acercarse a las costas atlánticas de la península, dada la presencia en sus aguas de la armadilla de Manrique, estableció su campo de operaciones entre las Canarias y las Azores. Al poco tiempo de estar allí avistó siete mercantes españoles que iban de Cádiz a Canarias con mercancías y con familias andaluzas que pensaban establecerse en las Islas Afortunadas, y al instante enfiló hacia ellas. Refugiáronse las naves españolas en el puerto de Isletas o de la Luz, en Gran Canaria, pero de poco les valió, pues Fleurin entró tras ellas y se apoderó de barcos y hombres. Pero el gobernador y justicia mayor de Gran Canaria, D. Pedro Suárez de Castilla no se conformó con el suceso, sino que organizó una flotilla con cinco naves que había en puerto y logró alcanzar a Fleurin y

RUTA DE LAS FLOTAS DE INDIAS



obligarle a abandonar las presas. Fácil es de imaginar la alegría de los pasajeros rescatados, a quienes el corsario había dicho que se proponía venderles en Berbería como esclavos.

Fleurin, en su huida, había llegado a las Azores. Infortunadamente llegaba también allí en aquel momento una flotilla de tres carabelas procedentes de las Indias, cargadas con parte del tesoro de Moctezuma, que Hernán Cortés enviaba a España. Dos de las carabelas fueron apresadas por Fleurin, en tanto que la tercera lograba refugiarse a duras penas en la isla de Santa María. Pero tampoco ésta se salvó, pues luego se hizo otra vez imprudentemente a la mar, confiada en la escolta de tres carabelas canarias mandadas por el capitán Domingo Alonso. Cerca de Cabo San Vicente fueron atacadas por Fleurin con seis naves, siendo apresadas las cuatro. En vano lucharon bravamente para evitar el despojo dos tenientes de Hernán Cortés, llamados Antonio Quiñones y Alonso Dávila, de los que el primero murió y el segundo quedó prisionero de los corsarios.

El botín había sido fabuloso, y el suceso reafirmaba la esperanza de que las riquezas americanas podían pasar a manos de los corsarios. Ni que decir tiene que tal éxito hizo salir a la

mar a numerosos aventureros, que mantendrían intranquila la zona canaria hasta el fin de la guerra, en 1526.

Nada más estallada la segunda guerra con Francia (1526-1529), el emperador Carlos autorizó a los canarios a armar naves en corso contra los franceses. Creáronse además armadas de guardia y castigo, distinguiéndose en ellas marinos como el conde Hernando de Andrade, Martín Alonso de los Ríos, Juan López de Isasti, Hernando Blas, Diego López de las Roelas, Sancho de la Pedriza, Domingo de Villaviciosa, Gonzalo de Carvajal, Alfonso Pexón, Bartolomé Carreño, Juan Tello de Guzmán, Blasco Núñez Vela, Sancho de Viedma, Juan de Mendi Arechaga, Alvar Sánchez de Avilés y el capitán Peribáñez. Todos ellos hicieron varias presas en la marina mercante francesa.

Pero lo más importantes fue lo hecho por el capitán vizcaíno Martín Pérez de Irizar en 1527. El 3 de octubre su galeón, uno de los seis que formaban la Armada de Vizcaya, avistó cerca de Cádiz dos naves corsarias francesas. Tras abordar una de ellas, la tomó tras dura lucha en la que hubo de sufrir 37 muertos y 50 heridos. Pero en compensación hizo 150 prisioneros, entre ellos el propio Jean Fleurin, pues no otro mandaba la flotilla. El corsario prisionero fue llevado a Cádiz y de allí enviado a presencia de Carlos I. Pero éste, enterado del hecho, envió a su encuentro un mensajero con orden de ejecutar a Fleurin en el mismo lugar en que hallase a la comitiva. Prodújose el encuentro en Colmenares de Arenas, y en vano el corsario ofreció 30.000 ducados por su vida, pues fue ejecutado junto con su segundo Michel Feré y otro pirata llamado Mezières.

Como nota curiosa de la época puede decirse que entre los corsarios había muchos nobles y caballeros franceses, que estimaban tal actividad como un medio rápido de enriquecimiento. En 1525 naufragaron en Bajos de Chipiona cuatro naos y un galeón piratas, siendo sus supervivientes juzgados y condenados, y llamando la atención el número de personajes principales que había entre ellos.

A estas alturas eran constantes las piraterías, sin importar la existencia o no de estado de guerra entre España y Francia. Ya antes de que estallara la tercera guerra (1536-1538), los corsarios franceses apresaron cerca de Lanzarote el barco en el que venía de las Indias el licenciado Francisco de Prados, gobernador de Cubagua. Afortunadamente él y los restantes pasajeros fueron puestos en libertad después de saqueada la embarcación.

Ya estalladas las hostilidades, en 1537, se hizo a la mar una gran escuadra corsaria, que se dividió en dos partes. La primera de ellas, de doce naves atacó la Flota de Indias del general Núñez, que venía de Santo Domingo, tomándole dos galeones. Pero luego los corsarios fueron atacados por tres naves de guerra españolas mandadas por el general Miguel Perea, que recuperaron los galeones y tomaron además dos navíos franceses, muriendo en la lucha el jefe de la escuadra corsaria, M. Maiguet.

La segunda formación corsaria, que contaba con un galeón, dos naos y una carabela, iba mandada por el almirante Bnabo, y no tardó en hallar una presa apetecible. El 14 de enero de 1537 había salido de San Lúcar de Barrameda para las Indias una flota mercante sin protección, totalizando trece naos y una carabela. Una tempestad dispersó su formación y al restablecerse la calma tan sólo ocho naves habían conseguido mantenerse agrupadas. El 22 de enero avistaron algunas otras naves y creyendo que eran las que se habían separado de la flota, se acercaron a ellas. Demasiado tarde advirtieron que se trataba de los corsarios de Bnabo, por lo que debieron dispersarse e intentar la huida, en tanto que aquel les daba caza. Apresaron los franceses primeramente la nao *Espíritu Santo* de Nicolás de Nápoles, y poco después las de Blas Gallego y Mateo de Vides. La embarcación de Juan Gallego, con ligeras averías, pudo refugiarse en el puerto de Arrecife (Lanzarote), en tanto que el resto aprovechaba la llegada de la noche para seguir al interior del Atlántico. Bnabo incorporó las tres naos a su flota, abandonando la carabela propia con todos los cautivos a la deriva. Nicolás de Nápoles logró llevarla, tras varios días de navegación, a Chipiona.

No contento con lo logrado, Bnabo dirigió sus naves hacia el puerto de Santa Cruz de la Palma, donde se había enterado de que había numerosos navíos con ricos cargamentos. Pero lo que no sabía era que allí estaba también una «armadilla» de tres naos armadas mandadas por Simao Lorenzo, marino portugués al servicio de España.

Al llegar la flota corsaria se tocó a rebato y abrieron fuego los cañones del fuerte y los de la «armadilla», rechazando a las

naves de Bnabo. Tras de un corto cañoneo el almirante corsario optó por retirarse. Unas horas después se hacían a la mar en su persecución dos de las naves de Lorenzo, llamadas *Pintadilla* y *San Juan Bautista,* más dos galeones armados por el gobernador. Hicieron rumbo a Gomera pensando que los corsarios se habían dirigido allí, pero no hallaron rastro de ellos.

En realidad Bnabo había arrumbado hacia el Sur y luego hacia el Oeste. Por sorpresa cayeron sobre Arrecife de Lanzarote, donde apresaron la nao de Juan Gallego que se les había escapado anteriormente. En un inhóspito paraje de la isla abandonaron, desnudas, a todas las mujeres cautivas a excepción de dos muchachas que se llevaron consigo. Apresaron luego otra embarcación en la isla Graciosa, tras de lo cual se dispersaron en espera de nuevas presas.

Entretanto las tres naves de guerra del general D. Miguel Perea habían llegado al puerto de Las Palmas. Su intención era seguir para las Indias, pero al conocer lo sucedido, el general decidió quedarse por si podía dar un nuevo disgusto a los piratas. Pocos días después el gobernador de Gomera, D. Guillén Peraza denunció la presencia de naves enemigas en sus aguas saliendo Perea en su busca, pero sin hallar nada digno de mención. Así pues enfiló hacia Santa Cruz de la Palma, donde encontró la flotilla de Simao Lorenzo.

El primero de marzo aparecieron tres naves corsarias con la palpable intención de atacar el puerto. Pero al salir los buques españoles a su encuentro se apresuraron a huir. Lo lograron dos de ellas, pero fue apresada la capitana, cayendo preso en ella el propio Bnabo. Rescatáronse en la ocasión más de cuarenta cautivos, entre los que estaban las dos muchachas de que antes se habló y algunos religiosos. Perea llevó sus prisioneros a Las Palmas y siguió luego para las Indias, en tanto que Lorenzo continuaba patrullando aquellos mares. En la isla de Lobos, entre Lanzarote y Fuerteventura, halló el portugués algunas instalaciones abandonadas por los corsarios, que se apresuró a destruir.

La cuarta guerra con Francia (1542-1544) dió fama a un nuevo capitán corsario, llamado Jean Alphonse de Saintonge, que llegó a tomar por sorpresa el puerto de la Luz en Gran Canaria, apoderándose de cuanto allí encontró. Animado por el éxito, Saintonge siguió pirateando aún después de firmada la

paz, apoderándose de varias naves que llevó a La Rochela, su base de operaciones. Pero hasta ese mismo puerto le persiguió la flotilla de Pedro Menéndez de Avilés, futuro conquistador de Florida y uno de los mejores marinos españoles de su tiempo. Tras recuperar cinco de las presas el capitán español abordó la capitana pirata *Le Marie,* dando muerte a Saintonge y a casi toda su gente. No pudo luego Menéndez de Avilés dejar el puerto por tener el viento en contra, y el gobernador francés intentó rendirle con la amenaza de los cañones del fuerte. Pero el español argumentó que su víctima había sido un pirata y no un corsario, ya que Francia y España se hallaban en paz. Finalmente salió triunfante del puerto con todas sus presas.

En la quinta guerra (1551-1556) actuaron juntos contra Canarias los franceses y sus aliados los turcos. El gobernador del archipiélago, Rodrigo Manrique de Acuña, ante la situación, encargó a Pedro Arón Ponce de León la formación de milicias, mientras que él mismo armaba una flota de una nao, dos carabelas y una urca tripulada por 180 hombres y mandada por el general Jerónimo Bautista, antiguo castellano de la fortaleza de Isletas. En abril de 1552 esta flotilla se enfrentó con otra corsaria francesa, formada por dos naos, dos carabelas y un patache. En los primeros momentos murió el general Bautista, pero finalmente la flota francesa hubo de rendirse, dando los cronistas contemporáneos como prisioneros de importancia los nombres, quizá castellanizados, de los pilotos Pedro Rubín y Guillermo Manon y los conocidos capitanes piratas Juan Bulín y Pedro Severino. Contáronse un total de ochenta prisioneros, sin contar a quince heridos que murieron después, y fue muy rico el botín repartido entre los marineros canarios.

En noviembre de 1552 hizo su aparición Antoine Alphonse de Saintonge, hijo del capitán del mismo apellido muerto en La Rochela. Entró por sorpresa con su flotilla en Santa Cruz de Tenerife, pero la artillería de los defensores echó a pique la nave capitana, muriendo Saintonge y dándose a la fuga sus seguidores.

En 1553 llegó al archipiélago François Le Clerc, apodado Pie de Palo (uno de los innumerables «piratas pata de palo» de la historia), que saqueó Santa Cruz de la Palma y fue luego rechazado ante San Sebastián de Gomera. Tras otros ataques y com-

bates, en 1555 la flota de D. Alvaro de Bazán logró ahuyentar a los piratas de las aguas canarias, al menos por algún tiempo.

Las primeras piraterías en América

Mientras estos sucesos ocurrían en las Canarias, muchos capitanes piratas o corsarios habían decidido buscar las riquezas españolas en su origen emprendiendo el camino a aquellas Indias Occidentales de cuyo oro tanto se había hablado.

En tanto que en las Canarias y otras posesiones europeas de Carlos I las flotas de guerra, fuertes militares y milicias armadas luchaban eficazmente y, como vimos, causaban serias derrotas al corso, los territorios indianos recién descubiertos se presentaban virtualmente indefensos ante la codicia de los incursores. No había naves de guerra, ni fuertes de importancia ni casi guarniciones militares. Más aún, las armas de fuego eran muy raras, y los colonizadores apenas contaban con espadas y picas. En las Antillas, primer objetivo de los corsarios, los pueblos eran pequeños y había muy poca gente, pues el oro se había agotado allí, y muchos españoles habían emigrado al Perú atraídos por la riqueza de aquellas tierras.

Y sin embargo precisamente allí, aún antes de la llegada del primer corsario europeo, los españoles habían hallado una piratería autóctona, la de los indios caribes que, basados en las islas de Barlovento, recorrían en sus grandes canoas el mar al que luego darían nombre, incendiando las casas de los colonizadores y matando sin distinción tanto a éstos como a los mismos indios a ellos sometidos. Especial objetivo de tales ataques era la isla de Puerto Rico, la más cercana a sus bases de partida.

En 1520 tuvo lugar una importante entrada de indios caribes por la boca del río Humacas, matando varios españoles y llevándose una cincuentena de indios. En ésta y otras incursiones se decía que los cautivos eran sacrificados y devorados en las islas habitadas por los salvajes.

En 1528 tuvo lugar el primer ataque europeo. Un barco pirata francés había apresado en Lanzarote una carabela y luego, junto con ésta, cruzó el Atlántico para llegar a las Indias. Tras tocar brevemente la isla Margarita este precursor de la piratería antillana llegó a Puerto Rico, donde echó a pique una carabela española ante Cabo Rojo, en la costa Sudoeste, y luego saqueó e incendió el pequeño pueblo de San Germán, que ese día iniciaría su carrera de desdichas.

Pocos días después de esta agresión, los caribes de Barlovento desembarcaban en la playa de Aguada e incendiaban una ranchería y el monasterio de los franciscanos, además de matar a flechazos a cinco de estos últimos.

En 1529 los caribes entraron en la propia bahía de Puerto Rico, echando a pique una lancha de pasaje tras capturar a los que iban en ella.

En octubre de 1530 tuvo lugar una incursión aún mayor. Quinientos guerreros caribes desembarcaron de once grandes canoas en las playas orientales de la isla. Internáronse hasta las minas de Luquillo y saquearon la finca de Cristóbal de Guzmán, matándole junto con sus criados blancos y negros y sus caballos y perros, llevándose luego a veinticinco indios. Para colmo de males ese mismo años tres grandes huracanes devastaron la isla, uniendo sus daños a los de los incursores.

Para oponerse a éstos se dispuso la construcción de un pequeño fuerte costero. Llegaron, además, desmontados desde Sevilla, dos bergantines guardacostas que, bajo el mando de Juan de Júcar, efectuaron algunas expediciones de castigo a Dominica y otras islas caribes.

Pero por estas mismas fechas empezaron a ser atacados otros lugares, esta vez por franceses.

En febrero de 1537 dos naves francesas saquearon los pueblos indefensos de Chagres y Nombre de Dios, en el istmo de Panamá. En marzo otras naves piratas robaron tres barcos mercantes en La Habana, y en junio un patache apresó tres carabelas comerciales no lejos de allí.

El 4 de abril de 1538 un gran navío francés penetró en el puerto de Santiago de Cuba, pero en esta ocasión fue resistido por la carabela de Diego Pérez, allí anclada, con la ayuda de dos cañones pequeños emplazados en tierra. Al morir tres piratas el barco se retiró. Pero en mayo del mismo año volvió a aparecer ante La Habana, quemando varias casas e iglesias (1).

(1) Según Juan Ortega Rubio (Historia de América, Tomo II, p. 327) el combate ante Santiago habría durado cuatro días, ¿leyenda o realidad?

El 7 de junio cundió el pánico en Santiago al aparecer ante el puerto una gran flota. Pero se trataba de la armada española bajo el mando de Hernando de Soto, que llegaba para hacerse cargo del gobierno de Cuba y preparar la expedición a Florida. Antes de partir hacia aquel territorio, de donde no regresaría, construyó en La Habana un pequeño fuerte.

No descuidaba a Puerto Rico la piratería francesa. En junio de 1538 una nave normanda desembarcó ochenta piratas ante San Germán. El infortunado pueblo fue de nuevo quemado, pero se juntaron treinta vecinos a caballo que atacaron a los piratas al arma blanca, aprovechando un aguacero que mojó la pólvora de los arcabuces piratas. Mataron a quince de éstos e hicieron tres prisioneros, que fueron canjeados por las campanas de la iglesia y parte del botín que los franceses se habían apropiado.

En febrero de 1543 tres naves francesas atacaron y quemaron de nuevo San Germán (1). Unos bergantines españoles salidos de Santo Domingo lograron apresar la capitana pirata con cuarenta tripulantes, pero de todas formas los vecinos de San Germán se negaron a reconstruir el pueblo si no se guarnecía y fortificaba. Finalmente se optó por trasladarlo a Guadianilla (hoy Guayanilla), emplazamiento que les pareció más seguro a los vecinos.

En 1543 le llegó el turno a Cartagena de Indias, ciudad fundada el 21 de enero de 1533 por D. Pedro de Heredia y que a la sazón sólo contaba con una casa de piedra, la del gobernador, siendo el resto de madera con techo de paja.

Según cuentan las crónicas un piloto español apellidado Corzo había sido cruelmente azotado, al parecer sin culpa, por orden de un teniente del Adelantado D. Pedro de Heredia llamado Alonso de Bejines. Habiendo jurado vengarse, el piloto fue a Francia y entró allí en contacto con el pirata Robert Waal (llamado por los españoles Roberto Baal), ofreciéndole mostrarle el camino a la ciudad si le ayudaba en su venganza.

La noche del 24 de julio entró en la bahía la flota pirata, compuesta por cuatro naves y un patache y tripulada por un millar de hombres. En vanguardia desembarcaron cuatrocientos cincuenta piratas con tres banderas gritando, según testigos. «¡Francia! ¡Francia! ¡Guerra a fuego y a sangre!» La sorpresa fue completa, apoderándose sin resistencia de la ciudad.

Muy bueno fue el botín, pues los asaltantes se llevaron plata y oro por valor de 35.000 pesos, además de otros 2.500 pesos de oro que había en las Cajas Reales. Para no incendiar las casas exigieron un rescate de otros 2.000 pesos, que debieron reunirse en las haciendas cercanas. No hubo, en cambio, violencia contra las mujeres, quizá por el pacto firmado con Corzo. De bajas humanas, tan sólo se contaron un herido y un muerto, este último el teniente Alonso de Bejines, entregado al vengativo traidor, quien le apuñaló mientras gritaba «Tal pago ha de llevar quien, sin razón afrenta a los buenos» (?).

En 1543 otros piratas destruyeron Nuevo Cádiz, en la isla de Cubagua. Se trataba de una población dedicada a la pesca de perlas, que había nacido y crecido vertiginosamente como uno de los legendarios poblados mineros del Oeste norteamericano, pero que, como ellos, había languidecido al agotarse las perlas, y que después del desastre no fue ni siquiera reconstruida.

En 1546 una carabela y un patache saquearon Baracoa, en Cuba, y luego el patache siguió a La Habana, entonces desguarnecida, que hubo de pagar un fuerte rescate para no ser incendiada.

Ya para estas fechas los piratas franceses eran en su mayoría hugonotes, es decir protestantes, que combinaban el afán de rapiña con el odio hacia España, a quien consideraban nación campeona del catolicismo. Protegía y alentaba en París a estos piratas el almirante Gaspard de Coligny, jefe del partido hugonote, a cuyas arcas contribuían con un décimo de lo robado.

El 10 de julio de 1554 dos naves de franceses hugonotes saquearon Santiago de Cuba, cuyos habitantes se hallaban en su mayoría en los campos. En marzo de 1555 tres navíos y ciento cincuenta hombres saquearon y quemaron la villa de Espíritu Santo, en la Isla Margarita. Pero peor sería lo que habría de suceder en La Habana aquel mismo año.

En los primeros días de 1555 habían salido de la Rochela dos navíos piratas mandados por Jacques de Sores, uno de los más criminales tipos piráticos de su tiempo, cuyas crueldades sólo habrían de ser superadas en el siglo siguiente por su compatriota el

(1) La saña incendiaria de los piratas sería debida a su decepción al no hallar el oro en que soñaban. Para aquellas fechas los iniciales yacimientos auríferos que dieran nombre a Puerto Rico se habían ya agotado y gran parte de los primeros pobladores habían emigrado a otros lugares.

Olonés y por el inglés Morgan. Sores, hugonote fanático, había sido lugarteniente de «Pie de Palo» en el ataque a Santa Cruz de la Palma y luego, separado de su jefe, habíase dedicado a piratear por su cuenta. En su carrera criminal figuraba el ataque, cerca de Tenerife, a la nave portuguesa *Santiago*, en la que el padre Ignacio Acevedo y otros treinta y ocho jesuitas, capturados vivos, fueron lanzados al mar tras serles cortados los brazos, siendo luego conocidos como «Los Mártires del Brasil», país al que se dirigían.

Este poco recomendable personaje llevaba en sus naves quinientos piratas de la peor calaña, incluidos los pilotos Juan del Plano, navarro, y Braz, portugués. Por algún tiempo recorrieron las costas de Colombia y Santo Domingo, pero el 10 de julio cayeron de improviso sobre La Habana, atraídos por el rumor de guardarse allí los caudales de una flota española que naufragara poco antes en los bajos de las Bahamas.

Había entonces en la ciudad tan sólo un centenar de españoles de toda edad y sexo. Contábase con cuatro cañones en el fuertecillo construido por Mateo Aceituno por orden de Hernando de Soto, servidos por dos artilleros prácticos, otras dos piezas menores en la ciudad y unos treinta arcabuces. Sores desembarcó con doscientos arcabuceros, que no tardaron en apoderarse del caserío.

El regidor Juan de Lobera se encerró en el fuertecillo, conocido como «la Fuerza», con dieciseis hombres entre españoles, indios y mestizos, rechazando el primer ataque enemigo con muerte de nueve franceses. La minúscula guarnición siguió resistiendo durante los días 10 y 11, pero en el anochecer de este último tan sólo contaba con cuatro arcabuceros, al haber muerto cuatro hombres y ser heridos otros ocho. Por la noche los piratas lograron quemar la puerta del fuerte, que era de madera, tras de lo cual Lobera y los suyos se refugiaron en la torre, pero debieron capitular al amanecer del 12.

En la noche del 18 contratacó el gobernador Angulo, con cien españoles y negros mal armados, reclutados en los campos. Pese a ser el enemigo muy superior en número y armamento quizá hubiera logrado vencerle por sorpresa, pero esta fue frustrada por el imprudente griterío de los negros al morir los primeros piratas a sus manos. Rehechos los franceses, rechazaron cruentamente a los atacantes. El feroz Sores asesinó luego por propia mano a treinta y un españoles, muchos de ellos ancianos indefensos. Varios negros prisioneros fueron colgados por los pies de los árboles y tomados luego como blanco para los arcabuces de los piratas. Para terminar, éstos incendiaron el caserío antes de retirarse.

A primeros de 1559 apareció en las costas de Colombia y Venezuela una flota pirata de siete naves bajo el mando de los franceses Jean Martin Cotes y Jean de Beautemps. Atacaron Santa Marta, donde los indios se defendieron de ellos con flechas envenenadas, matando varios, aunque al fin consiguieron cierto botín. A continuación se dirigieron a Cartagena de Indias, donde llegaron el 11 de abril.

El gobernador de la ciudad, D. Juan de Bustos, avisado desde Santa Marta, sembró puas envenenadas en la playa y avisó al vecino cacique indio Maridado, quién le prometió enviar un cuerpo de «indios flecheros». Pero en total sólo se contaba con tres docenas de arcabuces y algunas picas. Los piratas desembarcaron para empezar trescientos arcabuceros, desencadenándose una dura lucha que se prolongó algún tiempo pese a la desproporción de fuerzas entre atacantes y defensores. Finalmente los piratas amenazaron con matar a todo el vecindario si continuaba la defensa, con lo que se optó por capitular. Lleváronse los franceses 4.000 pesos en concepto de rescate, más lo que saquearon en la ciudad.

En 1559 y 1560 la piratería francesa alcanzó las costas de Yucatán. En este último año dos naves merodearon largo tiempo cerca de Campeche. Una de ellas fue rendida por los españoles con 27 tripulantes, y la otra desembarcó cincuenta en Campeche, causando algunos daños. En 1561 llegaron ante la ciudad tres navíos franceses, de los que desembarcaron treinta piratas. Pero nada más iniciado el saqueo fueron atacados por quince vecinos y algunos soldados que se les acercaron en una barca y dos chalupas, muriendo allí quince piratas, cayendo presos otros cinco y huyendo el resto a nado hacia sus barcos, que se alejaron sin hacer más ofensa.

Como en este último caso, a veces les salían mal las cuentas a los piratas, pese a la falta de soldados y armas de que en general adolecían las costas americanas.

Puede darse como ejemplo lo sucedido en Jamaica en 1556. Varias naves francesas se mantuvieron unos veinte días ante el

puerto de Casuaya, diciendo que venían a comerciar. Muy otras eran sus intenciones, y comenzaron por apoderarse de dos españoles y llevarles a bordo, para enterarse por ellos de la posibilidad de conseguir botín. Pero veintidós jóvenes españoles armados de espadas y rodelas aguardaron la llegada de la próxima chalupa francesa y cayeron sobre ella. Murieron cuatro franceses y quedaron prisioneros otros once, escapando solamente uno para dar la noticia. Dos de los prisioneros fueron canjeados por los españoles capturados, marchándose luego los barcos sin intentar rescatar al resto.

El mismo año la nave mercante de un flamenco, identificado por los cronistas como «Nierlas Maquin» fue capturada en Anaya por un barco pirata francés cuando iba a Honduras. El pirata la llevó al puerto de Caguaya, pidiendo 1.000 pesos por su rescate, pero aprovechando que parte de la tripulación fue a tierra en chalupa, dos bateles con cuarenta españoles abordaron y tomaron las dos naves, liberando a los cautivos (1).

También en alta mar sufrieron los piratas algunos reveses. En 1563 la nave mercante del capitán Alvar Sánchez de Oviedo, salida de Veracruz, fue abordada cerca de las islas Terceras por un navío francés de mucho mayor poder. Pero el capitán español se atrincheró en el puente y comenzó a hacer fuego rápido con catorce arcabuces que dos pajes se encargaban de cargarle. Dio muerte a tantos piratas que el enemigo acabó huyendo, dejando su bandera a bordo de la nave atacada.

Pero éstas y otras hazañas no podían paliar la indefensión de barcos y costas ante la actividad pirata. Habrían de concurrir nuevas circunstancias para que la monarquía española se decidiera a actuar enérgicamente.

El escarmiento de la Florida

Animados por sus éxitos, los ensoberbecidos hugonotes planearon establecer una base pirática en territorio americano, eligiendo para ello la Florida. Habían fracasado en tomar posesión

(1) Francisco Morales Padrón «Jamaica Española», Cartas en p. 240 y 241.

de ella en nombre de España primeramente Hernando de Soto en 1539, luego Fray Luis del Cáncer en 1549 y más tarde Angel de Villafaña en 1561. Su proximidad a Cuba y a la ruta de las flotas españolas la hacían idónea para los propósitos hugonotes.

El 18 de febrero de 1562 salió de Dieppe el capitán pirata Jean Ribault a fin de reconocer el terreno. En mayo llegaron a las costas de Florida, instalándose a la orilla de un río que los indios locales llamaban Edisto o Pom-pón, y que rebautizaron con el nombre de Rio Mayo. Ribault erigió allí el fuerte de Charlesfort y dejó en él una guarnición de treinta piratas bajo el mando de su segundo Albert, regresando luego a Francia. Pero los piratas en cuestión no tardaron en sublevarse, matar a Albert y salir al mar en un improvisado navío. Tal hambre pasaron en su navegación que llegaron a matar a dos de ellos y comérselos, siendo al fin recogidos por un barco inglés.

En 1563 llegó una nueva flota hugonote mandada por el nuevo lugarteniente de Ribault, René Goulaine de Laudonnière. A orillas del río que luego se llamaría San Juan establecieron los recién llegados otro fuerte, que llamaron La Carolina. Luego, mientras esperaban a Ribault que habría de traer refuerzos, enviaron a piratear a los barcos de los capitanes Fourneaux, Etienne y Lacroix. Al parecer uno de ellos naufragó y alguno de sus supervivientes, capturado en Cuba, dio noticia de la instalación hugonote, de lo que al momento se envió mensaje a España.

Ribault había salido entretanto de El Havre el 23 de abril de 1564 con su flota. Al pasar por el Caribe, de camino a Florida, capturaron cerca de Yaguama dos barcos pequeños españoles cargados de cuero y azúcar, arrojando al mar atados a los infortunados tripulantes. No podían suponer los hugonotes lo que este crimen habría de costarles.

Las noticias sobre la base pirática en la Florida habían causado gran conmoción en España. Felipe II, entonces reinante, tomó nota de que estaban amenazadas las rutas de las flotas de Indias por el canal de Bahamas, pero también y sobre todo del establecimiento de herejes en lo que se consideraba tierra de misión para el catolicismo. Ordenó el inmediato desalojo de la Florida y el establecimiento de una colonia española.

Para llevar esto a cabo se eligió como Adelantado de Florida a D. Pedro Menéndez de Avilés, valiente y hábil marino asturia-

no de fanática religiosidad. Había ya limpiado de piratas las costas cantábricas, y luego apresado a otros en la ruta de las Indias. En cierta ocasión había tomado tres barcos piratas con solo una nave de menor tamaño que cualquiera de ellos.

Preparóse en Cádiz una flota de la que fue nombrado general el propio Adelantado, y almirante (en aquel tiempo cargo subordinado al anterior), D. Diego Flores Valdés. Según el memorial del Dr. Gonzalo Solís de Merás, la composición de la armada era la siguiente:

— Galeón Real *San Pelayo* de 996 toneladas, capitana del Adelantado.
— Naos *Espíritu Santo* y *Nuestra señora del Rosario.*
— Carabelas *San Antonio, Nuestra Señora de las Virtudes* y *Concepción* (1).
— Chalupas *Magdalena, San Miguel, San Andrés* y *Concepción.*
— Galera *Victoria.*
— Bergantín *Esperanza.*

Iban a bordo 995 hombres de armas (todos por cuenta del Adelantado menos 299 soldados y 95 marineros con el piloto mayor, que lo eran por la del Rey), 4 clérigos y 117 colonos artesanos con sus familias.

Debía unírsele una segunda flota de dieciseis naves que saldrían de Avilés, Gijón y Santander bajo el mando de D. Esteban de las Alas, llevando más colonos y aperos de labranza. Pero el Adelantado había recibido noticia del embajador español en Francia, D. Francés de Alava y Beaumont, sobre la salida de Ribault, de modo que decidió zarpar de Cádiz el 28 de julio de 1565 sin esperarla.

Mal empezó la expedición, pues en mitad del Atlántico fue la flota sorprendida por un temporal que la dispersó, aunque sin hundir ningún barco. A Puerto Rico llegaron, de momento, tan sólo el galeón, con averías, las dos naos y otras dos embarcaciones menores. El impaciente Menéndez de Avilés zarpó con ellas para Florida sin esperar al resto.

(1) La carabela «Concepción» debería quedar en Canarias, separándose de la expedición.

El 28 de agosto llegaron a las costas de Florida, reconociendo un puerto natural que llamaron San Agustín en honor de la festividad del día. Desembarcaron algunos hombres y se interrogó a los indios, que dijeron que los franceses estaban más al Norte.

Siguieron costeando los barcos españoles en la indicada dirección, y el 4 de septiembre al anochecer llegaron a la desembocadura de un río ante la que estaban anclados cuatro barcos de la flota de Ribault. Rápidamente el Adelantado introdujo el *San Pelayo* entre las naves piratas y la costa y, habiendo quedado la popa del galeón entre las proas de dos barcos franceses, hizo tocar trompetas y preguntó a los otros quienes eran. Dijeron los piratas ser súbditos del Rey de Francia y adeptos a la nueva religión, a lo que Menéndez de Avilés respondió que les haría la guerra por invadir territorios de Felipe II. Los hugonotes respondieron con burlas e insultos pero por otra parte se apresuraron a izar anclas y huir al amparo de la noche.

Regresó el Adelantado a San Agustín y se preparó a establecer allí su base de operaciones. El 6 de septiembre desembarcó 200 hombres y el 7, otros 300 con aperos de colonización. Se inició la construcción de la ciudad de San Agustín, que sería la primera en lo que hoy es territorio de los Estados Unidos de América.

Menéndez de Avilés continuaba interrogando a los indios y tratando de hacer amistad con ellos. Consiguió que le dijeran dónde estaba el fuerte de La Carolina, la base enemiga. El 16 de septiembre, tras dejar a su hermano Bartolomé como gobernador interino de San Agustín, partió el Adelantado al frente de 200 arcabuceros y 200 piqueros, guiado por dos caciques indígenas. Durante cuatro días avanzaron los españoles a marchas forzadas, con lluvia y fango hasta la rodilla, debiendo, para orientarse, subirse a los árboles. Al anochecer del 19 llegaron finalmente ante la fortaleza enemiga, en medio de una terrible tormenta, cuya lluvia inutilizaba la pólvora y la mecha de los arcabuces.

No se arredraron por ello los expedicionarios, y dos horas antes del amanecer se lanzaron al ataque. Tras degollar al centinela y dar muerte a todo el cuerpo de guardia, penetraron en

tropel, acuchillando a los sorprendidos piratas. Murieron ciento veinticuatro de ellos, sin que los españoles, validos de la sorpresa y el pánico enemigos, sufrieran sino un solo herido leve. Apenas si pudo escapar el jefe del fuerte, Laudonnier, con sesenta de los suyos, arrojándose por las murallas y huyendo a la selva. Con los demás no se tuvo cuartel, exceptuando a unos grumetes, por su poca edad, y algunas mujeres que los piratas habían traído consigo, totalizando unas setenta personas (1).

Pero el combate todavía no había terminado. Anclados ante el fuerte había tres navíos piratas mandados por Jacques de Ribault, hijo del jefe hugonote. El Adelantado les intimó a la rendición y, como no respondieran, mandó emplazar en la playa cuatro cañones tomados en el fuerte y cargados con pólvora y balas de la misma procedencia. Entretanto envió a uno de los grumetes prisioneros ofreciendo que si rendían las naves les dejarían a todos volver a Francia en una de ellas, llevando consigo a las mujeres y grumetes capturados en el fuerte, pero los hugonotes tampoco aceptaron. Finalmente, pasando de palabras a hechos, disparó un cañonazo el capitán Diego de Maya, con tal puntería que acertó a uno de los barcos en la línea de flotación, echándole a pique. Los tripulantes lograron pasar apresuradamente a las otras naves, y éstas huyeron río abajo (2).

A continuación Menéndez de Avilés envió un destacamento en persecución de los que habían huido a la selva. Unos veinte de éstos fueron muertos a arcabuzazos, otros treinta, incluido Laudonnière lograron alcanzar las naves de Ribault, y una docena intentaron esconderse entre los indios, quienes posteriormente los entregaron a los españoles.

No dejaba de preocupar al Adelantado el paradero del grueso de la flota de Ribault, compuesto por cuatro naves grandes y

(1) Según Pezuela, el Adelantado, antes del ataque, impuso *pena de vida al que hiriese o matase mujer, muchacho o mozo de quince años abajo* (Jacobo de Pezuela «Historia de Cuba» Tomo I, p. 227). Tal hizo *«porque temí, dice el Adelantado, que Nuestro Señor me castigaría si usara con ellos la crueldad»* (Eugenio Ruiz Díaz y Caravia, «La Florida», tomo I, p. 155).

(2) Según el capellán de la armada, Francisco López de Mendaña, además de este barco, que luego fue recuperado por los españoles, se tomaron en la ocasión un bergantín y una goleta que los franceses estaban construyendo en un improvisado astillero.

ocho pinazas. Los prisioneros dijeron que había partido hacia el Sur con 600 piratas y la mayoría de los cañones del fuerte. Temiendo que atacaran San Agustín, Menéndez de Avilés dejó al Maestre de Campo Gonzalo de Villarroel con 300 soldados en el fuerte, rebautizado de San Mateo por ser tal el santo del día de la batalla, y regresó con otros cien, igualmente a marchas forzadas, hacia la ciudad. Tardó en el regreso tres días, bajo nuevas tormentas y pasando muchas penalidades, hasta el punto de tener que dejar atrás a varios rezagados. Al llegar al fin, no halló noticias de barco pirata alguno, por lo que resolvió fortificar la ciudad y esperar.

Al día siguiente al de su llegada presentáronse unos indios con la noticia de que en la selva había un contingente de unos 200 piratas. Salió el Adelantado al frente de cincuenta soldados y, con el ardid de fingir ser mayor tropa, logró apresarles a todos. Por ellos se enteró de que la flota de Ribault había sido batida por la tempestad, naufragando en su totalidad.

Presentóse el problema de qué hacer con los prisioneros. Menéndez de Avilés hizo notar entonces el episodio de las tripulaciones españolas asesinadas y se basó en ello para condenarles a muerte, siendo todos decapitados en grupos de tres, a excepción de ocho que dijeron ser católicos (1).

El 10 de octubre llegó otro grupo de indios a San Agustín, contando que en el mismo lugar de antes habían visto un nuevo contingente de piratas, por lo que el Adelantado salió de nuevo al frente de 150 soldados. Se trataba del propio Jean Ribault con unos 350 piratas, que se estaban reorganizando tras el naufragio. Todos ellos fueron apresados por los españoles. En vano ofreció Ribault 100.000 ducados por su vida, pues fue ejecutado en unión de toda su gente, con excepción de alguno que dijo ser católico y de los pífanos y tambores por su poca edad, con un total de 16 supervivientes.

Los métodos del Adelantado pueden ser, y de hecho lo fueron, tildados de crueles, pero no dejaban de ser consustanciales con la época en que se vivía. Por otra parte después de las atrocidades de Sores y las del propio Ribault con los tripulantes

(1) Este detalle hace suponer que el rigor de las sentencias fue más bien debido a la fobia de Menéndez de Avilés hacia los herejes hugonotes.

de las naves que apresaban, poca clemencia habían de esperar los piratas hugonotes por parte de los españoles.

Siguiendo con el relato, veinte días después de la muerte de Ribault, de nuevo acudieron los indios para denunciar que hacia el Sur, no lejos del luego famoso Cabo Cañaveral, había otro grupo de franceses. Menéndez de Avilés envió un barco a La Habana con la noticia y luego se puso él mismo en marcha con 300 hombres, flanqueado por la parte del mar por tres navíos cargados de víveres y bastimentos bajo el mando del capitán Diego de Maya. Al llegar a la vista de los franceses, éstos huyeron al bosque. Les ofreció entonces el Adelantado respetarles la vida si se rendían, cosa que hicieron 150 de ellos, mientras que el capitán y otros 20 se negaban y se internaban en los bosques, sin que nadie les volviera luego a ver.

Respetó el Adelantado su promesa, y ello fue para su quebranto, puesto que, enviados los prisioneros a Cuba a bordo del *San Pelayo,* se sublevaron a medio camino ayudados por los supuestos católicos y lograron apoderarse del galeón e ir con él a Francia.

Quedaban pirateando entretanto por el Caribe las dos naves supervivientes de los capitanes Fourneaux, Etienne y Lacroix, ignorantes de que su base en Florida ya no existía. A finales de septiembre de 1565 apresaron una nave en la que iba de Cuba a Tierra Firme el antiguo gobernador D. Diego de Mazariego y sus hijos, tras de lo cual anclaron cerca del Mariel y pidieron rescate por sus vidas. Pero Mazariego, instado a enviar un mensaje en español rogando por su rescate, lo hizo pidiendo al nuevo gobernador Francisco García de Osorio que mejor enviara fuerzas armadas. Precisamente habían llegado a Cuba una fragata y dos naves menores, parte de la dispersa flota de Menéndez de Avilés bajo el mando de su sobrino Pedro Menéndez Márquez, y el gobernador les envió contra los piratas. Tras un breve combate fueron liberados los cautivos y apresada una nave pirata, sufriendo los franceses seis muertos y cuarenta prisioneros, y huyendo en la otra nave los tres capitanes con veintidós de los suyos. Regresó la armadilla a Cuba con los piratas prisioneros que poco después fueron enviados a Sevilla y allí juzgados y ahorcados.

Con estos sucesos se comenzó a perder el miedo a los piratas

en Cuba, armándose varias galeras contra ellos y haciéndose varias presas.

La llegada a Francia de los supervivientes de Ribault provocó una ola de protestas que España rechazó firmemente. Pero simultáneamente otro capitán pirata, Dominic de Gourges, preparó la contraofensiva.

Salió de Burdeos en agosto de 1567 con tres barcos y unos 300 piratas hugonotes, aparentemente para coger negros en Guinea y venderlos en Brasil. Efectivamente capturó varios esclavos en Cabo Blanco y los llevó a la Antillas, vendiéndolos allí a un tal Ceballos, por quien se enteró que los fuertes de Florida estaban poco guarnecidos y que Menéndez de Avilés estaba ausente. Dirigió su flota hacia allí.

Llegado ante el río San Juan, a la vista del fuerte San Mateo, el pirata izó el pabellón de Castilla fingiendo tratarse de una flota española. Desembarcó luego y tuvo la fortuna de encontrar en tierra un compatriota, de nombre Pierre Bren, que había vivido escondido entre los indios desde la derrota de Ribault. Por su medio entró en tratos con el cacique llamado Saturiba, enemigo de los españoles, que ofreció sus guerreros para atacar a aquellos.

El fuerte de San Mateo, guarnecido por cincuenta españoles mandados por Gonzalo de Villarroel, amaneció cercado por una gran masa de indios reforzados por los trescientos piratas. Pero durante todo el día se defendió eficazmente, rechazando varios ataques y causando bajas a unos y a otros. Sin embargo, caída la noche, el alcaide cometió el error de intentar replegarse a San Agustín, y durante la tal retirada hubo gran confusión, cayendo treinta hombres en poder del enemigo, muriendo otros y llegando a San Agustín tan solo quince, entre ellos el propio Villarroel.

Atacó luego Gourges otro fuerte español construido sobre el antiguo Charlesfort, y también la guarnición se retiró sobre San Agustín, perdiendo gente por el camino. En conjunto habían muerto unos treinta españoles, quedando treinta y ocho prisioneros. En ellos se encarnizó Gourges que, diciendo que iba a vengar a los piratas de Ribault, les ahorcó o les entregó a la feroz indiada, que les hizo perecer entre tormentos.

No tardaron en llegar fuerzas españolas desde San Agustín y el fuerte de Santa Elena, pero tan solo pudieron combatir a los indios de Saturiba, pues el 3 de mayo de 1568 huyeron los pira-

tas. Escaparon a la persecución de unos galeones españoles y llegaron a Francia tras perder por el camino una nave y ocho hombres, además de los muertos en combate en la Florida. Entraron en el puerto de La Rochelle el 6 de junio (1).

El 29 de julio llegó a San Agustín el Adelantado Menéndez de Avilés con sus naves y refuerzos, asegurando definitivamente la colonia. Luego, como gobernador de Cuba, ahuyentó algún tiempo a los piratas por su sola fama. Era su proyecto instalar dos flotas en La Habana y San Agustín para asegurar definitivamente el estrecho de Bahamas a las flotas españolas, pero tal plan no llegó a hacerse realidad.

Más piraterías francesas

No acabó la piratería francesa con los hechos de Florida, si bien a partir de entonces fue reprimida más duramente.

La isla de Puerto Rico siguió sufriendo ataques franceses y caribes, no encontrando los castigados vecinos de San Germán la paz que habían buscado al retirarse a Guadianilla.

A primeros de 1565 el nuevo pueblo fue atacado por los caribes, matando tres vecinos y llevándose presos una treintena, en su mayoría mujeres. El gobernador D. Francisco Bahamón de Lugo, veterano de Flandes, estaba cazando con cuatro vecinos cuando le llegó la noticia. Reunió en el acto a varios hacendados y negros armados de picas y aún instrumentos de labranza y se emboscó con ellos en las proximidades del río Guayama, sabiendo que las canoas caribes pasarían por allí. Desembarcaron los caribes en el punto elegido, y en el acto los españoles se lanzaron sobre ellos, matando setenta y siete, capturando dos canoas y rescatando a los cautivos. De que la lucha fue seria da cuenta el hecho de que el gobernador fue herido de dos flechazos, tras serle muerto el caballo.

En 1569 fue nuevamente quemado el pueblo por piratas

(1) Gourges escribió luego un fantástico libro falsamente titulado *Historia de la reconquista de Florida.* Perseguido luego por la eficaz organización del embajador español D. Francés de Alava, se refugió en Rouen, donde vivió oscuramente, muriendo en 1583, cuando se iba a unir a la flota enviada por Francia a las Azores en apoyo del Prior de Crato, que tan mal terminaría.

franceses. El nuevo gobernador, D. Francisco de Solís ordenó trasladarse aún más al interior, pero en 1576 de nuevo asaltaron la localidad piratas franceses que, a semejanza de los caribes, se llevaron con ellos a las mujeres. Pero en esta ocasión los desesperados vecinos y hacendados les persiguieron y, ayudados por un oportuno temporal que inutilizó las armas de fuego de los piratas, les derrotaron por completo, matando buena parte de ellos y rescatando a las cautivas.

Más al Sur, también la costa venezolana era frecuentada por los piratas galos. En septiembre de 1567 una flota de hugonotes mandada por Nicholas Valier invadió Coro, profanando la iglesia y apresando al Deán y a otros. El obispo Agreda escapó por poco de caer también en sus manos.

Menos afortunado que el anterior fue el pirata Jean Bontemps en la isla de Curaçao, donde llegó en 1571. Sabiendo que había muy pocos españoles, saltó a tierra con 70 hombres con la intención de quemar una pequeña iglesia, pero antes de que lo lograran les salió al encuentro el hacendado Antonio Barbudo, su hermano Gonzalo y algunos indios, en medio del clásico aguacero inutilizador de arcabuces y pistolas. Murió Bontemps de un flechazo en la garganta, y con él otros piratas, huyendo el resto. Antonio Barbudo cortó la cabeza del jefe pirata y la llevó a Santo Domingo como trofeo de la victoriosa lucha.

Como puede verse los indios de Curaçao no mostraban ninguna amistad hacia los piratas. Poco después del anterior combate, otros de estos indeseables visitantes anclaron ante la isla, enviando a tierra un batel con doce piratas y un negro. Les salieron al encuentro treinta indios, que mataron a once enemigos y capturaron otro, apoderándose de la lancha (y sin que la crónica dijera qué fue del negro).

En 1572 aparecieron barcos piratas ante Puerto Caballos, pero se retiraron sin desembarcar.

Oficialmente se había también acentuado la represión de los piratas por parte de las autoridades españolas. En 1565 el gobernador de Jamaica, D. Blas de Melo, armó una fragata y dos naves pequeñas con artillería y atacó en Cayo Cerena a tres barcos piratas franceses tomando dos, capturando 33 prisioneros y liberando 20 españoles que llevaban cautivos. En Cozumel el capitán Gómez Carrillo salió con sus hombres al encuentro de una banda pirata que había saqueado Sisal, mató a unos y envió

presos a los demás a México, donde fueron ahorcados por orden de la Audiencia.

Mucho más al Norte, en Terranova, los pescadores vascos que se habían armado, hartos de ser despojados por los piratas, apresaron nada menos que veinticuatro navíos de aquellos. El general Pedro de Valdés tomó a su vez cuatro naves piratas, Sancho Pardo dos, Esteban de Alas otras dos que habían atacado Cartagena y Cubagua, y Alonso de Erauso otras tres, después de un combate nocturno en el puerto de Guanaiva. Pedro Menéndez Márquez, el sobrino del Adelantado Menéndez de Avilés, interceptó una flota de quince cerca de Florida y abordó dos de ellas en dura lucha, perdiendo los españoles 18 muertos y 14 heridos, pero no quedando vivo un solo pirata (1).

Estos últimos aventureros franceses parece ser que intentaban establecerse de nuevo en Florida pues en 1577 el mismo Pedro Menéndez Márquez, al hacer una expedición al Norte de la península para someter a unos indios alzados, halló un fuerte francés y lo arrasó con ayuda de los mismos indios antes hostiles.

En lo que a Cuba se refiere, la actividad pirática fue nula en tanto que fue gobernador Pedro Menéndez de Avilés. Pero en 1573 fue éste llamado a España para preparar una flota hacia Flandes, y la piratería empezó a reaparecer. En enero de 1578, dos barcos franceses entraron en la bahía de Manzanillo e hicieron subir dos lanchas cargadas de gente armada por el río Cauto hacia Bayamo. El licenciado Santisteban reunió treinta arcabuceros y les rechazó, hudiéndoles las lanchas y causándoles serias bajas sin tener ninguna los españoles (2). Cuatro años después el mismo belicoso licenciado tuvo ocación de actuar de nuevo al remontar a fines de mayo de 1582 un par de naves piratas el río Cauto y tomar un navío español cargado de cueros. Santisteban salió otra vez al frente de sus bayameses y recuperó la presa, haciendo huir apresuradamente a los asaltantes.

Era entonces norma general el ahorcamiento de todo pirata capturado, y el no cumplir ello fue origen de algunos desastres. Así, en 1582 sufrió un triste destino la armadilla del general Ruy Díaz de Mendoza, compuesta por las galeras *Santiago* y *Leona*.

(1) Fernández Duro «Armada Española» tomo II, p. 339.
(2) Jacobo de Pezuela «Historia de Cuba» tomo I, p. 270.

Lograron capturar cuatro barcos piratas, pero en vez de ahorcar a los tripulantes juzgaron preferible ponerlos al remo. Encalló poco después la *Santiago* en los arrecifes de Puerto Plata y como se soltara a los remeros para evitar que se ahogaran, revolviéronse ellos contra los tripulantes españoles y les asesinaron, tomando luego la *Leona* al aproximarse ésta sin saber lo que ocurría. Así murieron el General y todos sus oficiales, quedando los piratas de nuevo en libertad.

Menos satisfactorio para la piratería fue el asalto, ese mismo año, de dos barcos piratas franceses a la almiranta de D. Alvaro Manrique, que se había adelantado a la Flota y a la que tomaron por un mercante. Los piratas fueron rechazados con bajas y averías.

La piratería francesa tendió a amainar tras la derrota y destrucción de la flota francesa en la isla Tercera por la armada española de D. Alvaro de Bazán, en 1582. Pero ya para entonces estaban en campaña también los ingleses, de los que más adelante se hablará.

Las Flotas de Indias

Se ha hecho referencia aquí, en varios lugares, a las Flotas de Indias, también llamadas Flotas de la Plata. Por ser habituales protagonistas de los siguientes capítulos, preciso es referirse a ellas, a su formación y a las vicisitudes de sus sucesivas navegaciones.

Los continuos ataques piráticos a las naves que iban y volvían de las Indias hicieron necesaria la formación de unos grandes convoyes escoltados que aseguraran la seguridad del tráfico. En 1543 se inició este sistema, prohibiéndose oficialmente el viaje de naves sueltas, aunque en la práctica no se llegara a eliminar del todo.

A lo largo de los años hubo algunos cambios en la organización de estos grandes convoyes anuales, pero en lo fundamental su esencia siguió invariable durante los siglos. Para comprender lo que estas Flotas eran y significaban, nada mejor que seguir el recorrido de una cualquiera de ellas.

Se iniciaba la preparación de la Flota anual al ser publicada su próxima salida por la Casa de Contratación de Sevilla, de

acuerdo con el Consejo de Indias. Empezaban entonces a afluir los armadores para apuntar sus naves en la lista de partida, los comerciantes para facturar sus mercancías y los pasajeros para comprar sus plazas. Por regla general no se admitían navíos de menos de 300 toneladas, y todos ellos debían de ser revisados a quilla seca para comprobar que estaban en condiciones. Cada barco mercante debía llevar un mínimo de dos cañones, en general de pequeño calibre, así como un número determinado de arcabuces y otras armas a disposición de tripulantes y pasajeros. De que todo ello se llevara a efecto se encargaba el Artillero Mayor de Sevilla, que inspeccionaba las naves al efecto, embarcando también en cada una un Armero al cuidado de dicho armamento. Visitadores civiles inspeccionaban asimismo las cargas para evitar que, por codicia, los navíos fueran excesivamente cargados. Poco a poco se iban concentrando las naves en Sevilla, Cádiz y San Lúcar de Barrameda. Allí se les unirían poco después las naves de guerra encargadas de la escolta.

En realidad lo que se preparaba era no una Flota sino dos, con igual punto de partida, pero destinadas la una a Veracruz y la otra a Portobelo, puertas marítimas de los dos inmensos virreinatos en los que las Indias españolas se dividían. Comúnmente se llamaba a la primera Flota de Nueva España y a la segunda Flota de Galeones y aunque por lo general navegaban juntas, no faltaron años en que lo hicieran cada una por su lado.

Para cada una de las Flotas se nombraban por la Corona los mandos principales de general y almirante (éste último inferior al primero). Dichos oficiales embarcaban respectivamente en la capitana y en la almiranta de cada Flota, que habían de ser obligatoriamente buques de guerra, y solían ser de los mejores de que se disponía. Todas las naves de guerra de las escoltas formaban la llamada Armada de Guardia de la Carrera de Indias, cuyas unidades se sacaban cada año de las distintas escuadras españolas, y cuyos gastos durante la travesía habrían de ser pagados por los propios comerciantes de las Flotas mediante impuestos. Cada navío llevaba un capitán de mar y otro de guerra (más tarde se unificarían), y en cada Flota se nombraba igualmente un Gobernador de Infantería del Tercio de Galeones, un Veedor de la Flota, a la manera de inspector, y un capellán general.

Ya preparadas y listas todas la naves, embarcábanse los pasajeros, todos ellos con el beneplácito del Consejo de Indias, pues no a todo el mundo se la permitía ir a América. Curiosamente se permitían también pasajeros en las naves de guerra «si ello no estorbase el servicio». En cambio se inspeccionaban cuidadosamente estos navíos de escolta para que no embarcasen en ellos mercancías, a veces introducidas a bordo por la marinería para lucrarse con su comercio.

Antes de la salida se efectuaba la última inspección por el Corregidor Mayor de Sevilla para comprobar, entre otras cosas, que se había embarcado agua dulce suficiente y que no existían polizones, así como que los capitanes de los mercantes no habían desembarcado en el último instante los cañones reglamentarios para suplir su peso con más mercaderías. En todas las iglesias se efectuaban rogativas públicas por el éxito de la travesía.

Finalmente, tras tanto preparativo, llegaba el gran día. El general de mayor categoría de las Flotas daba la voz ritual:

— ¡Larga trinquete en nombre de la Santísima Trinidad. Padre, Hijo y Espíritu Santo, tres personas distintas y un solo Dios verdadero, que sea con nosotros y nos guarde, y guíe y acompañe, y nos dé buen viaje a salvamento, y nos lleve y vuelva con bien a nuestras casas!

tras de lo cual el conjunto naval se ponía en movimiento. No siempre era fácil la salida y en ocasiones algún barco, excesivamente cargado, no podía pasar la barra y debía ser aligerado pasando carga a bateles ligeros y recuperándola luego, con el consiguiente retraso y confusión.

Pero luego se perdía de vista la tierra y se iniciaba la rutina del viaje. En cabeza de cada Flota iba la nave capitana, con el estandarte izado en el palo mayor. Seguían los mercantes, todo lo apretados que permitía el riesgo de colisión, y cerraba marcha la almiranta, con su insignia izada en el mástil de popa. El resto de los barcos de guerra, si los había, flanqueaban el convoy a barlovento, para poder acudir prontamente a cualquier lugar en el que se advirtieran naves hostiles acercándose al convoy. Capitana y almiranta solían llevar pataches ligeros y rápidos que se utilizaban para transmitir órdenes de nave a nave.

La primera etapa, de unos diez días, transcurría por el llamado Mar de las Yeguas, entre Cádiz y Canarias. Por lo general no se tocaba en dicho archipiélago, salvo por necesidad, aunque más tarde los canarios lograron que se les permitiera incorporar al convoy tres naves con un total de 1.000 toneladas. Seguía luego la etapa más larga, de casi un mes, entre Canarias y América, en lo que los marinos llamaban Mar de las Damas, pues los vientos eran allí favorables y, según ellos, hasta las damas que figuraban en el pasaje hubieran podido llevar los barcos.

Era tiempo de ociosidad y aburrimiento, un día igual a otro. Tan solo de vez en cuando el general ordenaba «ejercicio de combate» para toda su flota, lo que no dejaba de ser un entretenimiento para marinos y pasajeros. Pero en tiempo ordinario éstos debían de limitarse a pasear por cubierta y charlar mientras los tripulantes, durante los ratos de ocio, solían contarse historias. Estaba prohibido blasfemar y jugar dinero, y eran frecuentes los ejercicios religiosos.

Se hacían al día dos comidas, servidas por pajes (muchachos de 14 a 16 años). La tripulación comía en las cubiertas, acuclillados o tendidos en el suelo, presididos por el contramaestre o el condestable, y con las navajas haciendo de tenedor y cuchillo. El menú solía ser salazón ordinaria, con habas los viernes y abadejo los días de fiesta. Algo mejor comían los pasajeros en los alcázares de proa y popa que les alojaban, bien que al acabarse las carnes y las aves que al principio estaban en su dieta, pronto debían acudir al tasajo, aceitunas, miel y queso. El general y el almirante comían en sus respectivas cámaras, junto con sus oficiales y algún pasajero distinguido, guardada su puerta por dos alabarderos. De parecida forma ocurría con los capitanes y oficiales de cada nave.

Al llegar la noche se encendía el gran fanal de la capitana, que guiaba la Flota, y algunos farolillos en el resto de los barcos. Retirábanse a descansar quienes no estaban de guardia, y sólo se oía ya la voz del paje encargado de guardar la hora al cambiar los relojes de arena:

— ¡Una va pasada y en dos muele! ¡Más molerá si Dios querrá!
¡A mi Dios pidamos que buen viaje hagamos, y a la que es Madre de Dios y abogada nuestra, que nos libre de agua, de bomba y tormentas!

Seguía luego el grito de vela «¡Ah de la proa!», y la respuesta desde allí «¿Qué dirá?», a lo que solía seguir una oración, Padre Nuestro o Ave María (1).

Y después sólo el crujir de las arboladuras y el rechinar de los cables, que arrullaban el sueño de pasaje y tripulación hasta que el amanecer traía de nuevo la grata visión del bosque de velas blancas que era la Flota.

La primera tierra americana que se avistaba era alguna isla de Barlovento, casi siempre la Dominica. Se paraba allí para hacer aguada y para que los pasajeros pudieran bajar a tierra a estirar las piernas, maravillándose con las primeras muestras de la rica naturaleza indiana. Y para mayor atractivo exótico, a veces aparecían algunos caribes y se podía efectuar con ellos trueques y cambios, bien que estos indios otras veces se mostraban huidizos y en ocasiones incluso hostiles. A partir de esta primera escala se separaban ya la Flota de Nueva España y la de Tierra Firme o de Galeones, en los casos en que hubieran efectuado la travesía juntas. La primera solía enviar un destacamento a Honduras y quizá alguna nave a Puerto Rico, Santo Domingo o La Habana, siendo el objetivo de su grueso el puerto de Veracruz. La de Galeones destacaba tal vez algún navío a Río de Hacha, isla Margarita y otros lugares y hacía puerto primeramente en Cartagena de Indias, yendo de allí luego a Nombre de Dios en los primeros años y posteriormente a Portobelo.

En los puertos se formaba gran algazara a la llegada de las Flotas. Descendían los pasajeros y luego eran descargadas las mercaderías, organizándose «ferias» para venderlas, con gran afluencia de gente de todos los lugares, fiestas y alegría. No faltaban los incidentes pues el juego, si bien prohibido oficialmente en tierra igual que en las naves, era allí mayormente tolerado. Estallaban riñas y pendencias de complicada solución, pues la gente de mar dependía del general de su Flota y no de las autoridades locales, lo que dificultaba el castigo.

(1) Rafael Estrada «El almirante D. Antonio de Oquendo», p. 69.

Mientras las ciudades indianas se animaban de tal forma, no estaba ociosa la marinería. Los barcos eran calafateados y lastrados con piedra, estando prohibido el lastre de arena. Todo lo más un mes tras llegar las Flotas eran enviados desde Veracruz dos pataches rápidos y desde Cartagena otros dos con el correo para España, sin carga y sólo con algún pasajero extraordinario.

Pero ya antes de que las Flotas arribaran, una actividad relacionada con ellas se estaba llevando a cabo: el aporte de metal precioso con destino a España. Desde los ricos yacimientos argentíferos peruanos de Huancavelica y Potosí partían las recuas cargadas de plata, embarcando en Arica para subir hasta Panamá, donde el preciado metal continuaba a lomo de mulas hasta cruzar el istmo y llegar a Portobelo. Más fácil era, en lo que al Norte se refería el camino desde las minas mejicanas al puerto de Veracruz. Tanto en un lugar como en otro la plata se cargaba en los barcos de guerra de las flotas, mientras que las mercantes se llenaban con productos de Indias. Preparábase nueva salida de las Flotas, con otra carga y otros pasajeros. Ahora el viaje sería más peligroso, pues a los piratas no les interesaban demasiado las mercaderías que venían de España, pero sí la plata que se embarcaba de vuelta.

En el puerto de La Habana se reunían ahora las Flotas de Nueva España y Tierra Firme y el destacamento de Honduras. El gobernador debía tener preparados agua dulce, víveres y bastimentos para cargar en las naves durante la escala, que solía durar una o dos semanas. Se celebraba la despedida de las Indias con nuevas fiestas y entretenimientos, junto con los inevitables incidentes de los juerguistas. Pero a veces la despedida era larga, pues en ocasiones por causa del tiempo o por proximidad de armadas hostiles se decidía invernar, desembarcándose los metales preciosos, que eran guardados en los fuertes habaneros y retrasándose la salida de las Flotas hasta unirse a las del siguiente año.

Si tal circunstancia no se daba, las Flotas salían en la fecha prevista por el Canal de Bahamas, entre Cuba y Florida, aprovechando los vientos favorables de la ruta descubierta por Alaminos.

Al llegar a las Azores se encontraban de nuevo en peligro, pues allí solían acechar piratas de distintas nacionalidades. Con frecuencia la Armada del Mar Océano, desde la unión con Portugal basada en Lisboa, destacaba alguna escuadra al archipiélago para capturar o poner en fuga a los piratas y unirse luego a la escolta de las Flotas.

Por razones de seguridad se tenía prohibido a éstas enviar delante como aviso un buque ligero, disparar un cañonazo para anunciar la llegada, etc. Así pues las primeras noticias de la arribada eran la visión de la propia Flota, generalmente desde las costas portuguesas. Se acercaban entonces muchas embarcaciones pesqueras del Algarve con el pretexto de ofrecer pescado fresco y agua dulce, pero en realidad también para hacer contrabando, comprando plata y mercancías sin sufrir los impuestos del Fisco español, bastante onerosos. Luego la Flota avistaba Cádiz, donde se cantaba un Te Deum de acción de gracias, en tanto que los correos partían a caballo hacia la Corte con la grata nueva.

Ancladas ya las naves, la plata y metales preciosos, aún los de propiedad privada, eran llevados al Consejo de Indias, donde se recontaban. La parte de los particulares era devuelta a sus dueños, en tanto que la de la Corona se enviaba a las arcas del tesoro público. El resto de las mercaderías se descargaba y contaba también, a efectos del pago de impuestos, en tanto que las naves eran inspeccionadas. La tripulaciones mercantes devolvían los cañones y arcabuces que se les dieron a la partida, debiendo indemnizar por los daños causados por negligencia en dicho armamento.

Al general de la Flota también se le pedían cuentas. El tal cargo era indispensable para hacer carrera en el mar, y muy rentable económicamente para el marino que los ostentaba, pero también conllevaba responsabilidad. Podía culpársele por la pérdida de navíos y por una invernada en La Habana considerada inútil. Los capitanes de los barcos de guerra respondían de los desertores de sus navíos, multándoseles con 100 ducados por cada soldado o marino desertor y pudiéndoseles quitar el mando si los desertores eran 10 o más.

Hemos seguido un viaje feliz de ida y vuelta, pero no todos eran así.

En primer lugar estaba el peligro de los piratas, aunque muy falsa era la leyenda de que el oro americano enviado en las Flotas caía casi inevitablemente en sus manos. En primer lugar no era oro, sino plata lo que generalmente se enviaba, y en

segundo, la organización de las Flotas frustró siempre sus ataques. De los cientos de convoyes enviados a través del Atlántico, únicamente dos fueron desbaratados, y no por piratas, corsarios ni filibusteros, sino por flotas de guerra enemigas, del holandés Piet Heyn y del inglés Blake respectivamente. Tan solo pudieron los piratas, en muy rara ocasión, echar la zarpa a algún mercante separado de la formación por descuido o tormenta.

Más mortíferas eran precisamente las tempestades. Los huracanes caribeños destruyeron o dispersaron varias flotas, en especial en el Canal de Bahama. Galeones con tesoros quedaron en el fondo de aquellos mares, para ser leyenda y obsesión de posteriores generaciones, mientras que muchos náufragos arribaron a las costas salvajes de los contornos para perecer allí o vivir largos años entre las tribus indias locales.

Existía también un animal marino, la broma o taraza que atacaba los cascos. A veces entraba el agua por ellos y se debía navegar usando contínuamente las bombas de achique. Al peligro de hundimiento se añadía el de que las aguas estancadas en las calas propiciaran epidemias.

Pero el mayor inconveniente del sistema de Flotas fue que el volumen del comercio de Indias fue mucho menor que si se hubieran utilizado naves sueltas, a más de ser gravado con mayores impuestos. Esto favorecería el contrabando por parte de naves extranjeras, del que luego se hablará.

De todas formas, con sus aciertos e inconvenientes, el sistema de Flotas se mantendría hasta 1740, año en que se suprimieron.

CAPITULO II

LOS INGLESES EN ACCION

Primeros piratas ingleses

Ya había dicho Scaligero, y con conocimiento de causa, «Nulli melius piraticam exercent quam Angli» (nadie como los ingleses para ejercer la piratería). Y sin embargo su presencia en América fue posterior a la de los franceses.

Piratearon primeramente los anglos por el Canal de la Mancha, y luego pasaron a Guinea, provocando continuos incidentes con Portugal al hostilizar Madeira y Azores. Su actividad era aún menos justificable que la de los franceses en los primeros tiempos, pues su nación hallábase en paz con Portugal y con España. Para mayor abundancia, algunas de estas naves piratas eran las oficialmente destinadas a la «represión de la piratería».

En 1556 llegó a Canarias la noticia de que la flota pesquera había sido hostilizada por varias embarcaciones berberiscas y por dos naves grandes que parecían de procedencia y tripulación europeas. D. Alvaro de Bazán, presente entonces en las islas por temor a incursiones francesas, hizo salir a su armada. Las dos naves grandes intentaron resguardarse en la fortaleza de Salé, pero los españoles las tomaron pese al cañoneo de los fuertes, apoderándose también de algunas pequeñas embarcaciones berberiscas Se vio entonces que los europeos eran ingleses mandados por un tal Richard Watts. Fueron quemadas las naves berberiscas y con las presas inglesas hizo rumbo a Cádiz la flota española, entrando en dicho puerto el 25 de mayo. Siguió una protesta oficial a Inglaterra, pues no era la primera vez que se tenían noticias de alianzas piráticas entre ingleses y berberiscos.

Esto sucedía durante el reinado de María Tudor, la reina católica esposa de Felipe II. Puede suponerse cómo se incrementarían estos incidentes al ascender al trono la protestante Isabel I, acérrima enemiga de España.

En 1560 un barco inglés mandado por Edward Cook, marino de Southampton, logró apresar una nave de Indias, al parecer separada de su Flota. Animadas por este éxito, en la primavera de 1961, cinco naves inglesas que ya antes habían saqueado Madeira, salieron al encuentro de la Flota de Indias de aquel año, pero fueron todas ellas apresadas por los galeones de la escolta. Enterado el embajador inglés, pidió cínicamente que se guardara consideración «con aquellas pobres gentes» (1).

Siguieron incidentes similares, y no tardaron los ingleses en iniciar las expediciones a las Indias. Pero al principio la intención no fue pirática, sino simplemente contrabandista, motivada por una situación comercial a la que no eran ajenos los errores del gobierno español.

El contrabando en las Indias

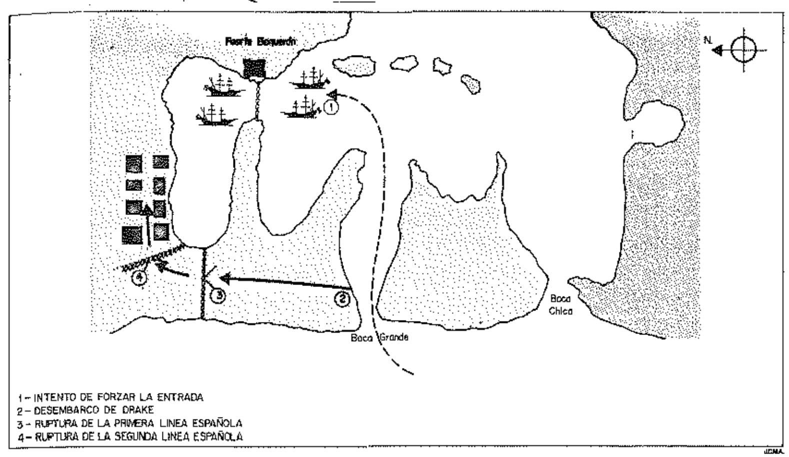
Desde un principio España se había reservado el monopolio del comercio con los nuevos puertos americanos. Pero la metrópolis no producía tanto como debiera, y no tardaron en escasear en las Indias algunas mercancías. Además los impuestos reales subían grandemente los precios, empeorando la situación al instaurarse el sistema de Flotas, ya que su mantenimiento debía ser sufragado mediante nuevos impuestos sobre las mercancías que transportaban.

Las naves extranjeras llegaban directamente, vendiendo géneros a un precio más económico, por lo que al principio fueron acogidas con alegría. En ocasiones los mismos piratas franceses se dedicaban a estos negocios.

Se daba el caso a veces de que los gobernadores españoles, sobornados o simplemente conscientes de la necesidad de estos géneros baratos, adoptaban una postura hipócrita. Negábanse al comercio pero, de concierto con ellos mismos, las naves contra-

(1) Fernández Duro, «Armada Española», tomo II, p. 222.

ATAQUE DE DRAKE A CARTAGENA



bandistas disparaban algunos cañonazos y hacían amago de atacar. Entonces «bajo amenaza de fuerza mayor», las autoridades aceptaban que se comerciara, quedando todos contentos.

Dejando aparte la errónea práctica del monopolio comercial español, esta politiquilla local de permitir el contrabando fue nefasta a la larga, pues favoreció el posterior ejercicio de la piratería.

Las primeras expediciones de John Hawkins

En las Canarias era en esta primera época muy frecuente la presencia de navíos ingleses. Al contrario de lo que ocurría en las Indias, el comercio con las Islas Afortunadas estaba abierto a los británicos desde el tratado de Medina del Campo en 1489, y floreció grandemente, en especial a partir de 1520.

Entre los más asiduos visitantes estaba John Hawkins, de familia de armadores y marinos, que junto con su hermano William había pirateado en el Canal contra los barcos de la Hansa antes de dedicarse, en apariencia, al comercio honrado.

En Tenerife tenía este personaje por amigo a uno de los notables de la isla, llamado Pedro Ponte. Fue éste quien le dio la idea de iniciar el contrabando con las Indias, indicándole la necesidad de trabajadores esclavos negros que allí había, y prometiéndole que haría buen negocio, recomendándole incluso a algunos conocidos. Le ofreció también prestarle al piloto gaditano Juan Martínez, experto en las rutas de las Indias.

Salió John Hawkins en su primer viaje indiano desde Plymouth en octubre de 1562, mandando una flotilla compuesta por tres barcos: *Salomón* de 120 toneladas, bajo su propio mando, *Swallow* de 100, bajo el de Thomas Hampton y *Jonás* de 40. Los tripulantes totalizaban aproximadamente el centenar.

Hizo primeramente escala en Tenerife, donde se le incorporó el piloto Martínez, y luego partió para Guinea, con nueva escala en Cabo Verde. Llegó finalmente a las costas de Sierra Leona y allí capturó numerosos esclavos negros, pero no en tierra, sino a bordo de unos barcos negreros portugueses que apresó. Uno de ellos lo incorporó a su flota a cambio del pequeño *Jonás* que regresó a Inglaterra.

Cruzado el Atlántico, se dirigió la flotilla a la isla Española (hoy Santo Domingo). Carenó Hawkins primeramente sus naves en Puerto Plata, y luego se dirigió a Cabo Isabela, donde inició los primeros contactos para vender los negros. Pero el gobernador de Santo Domingo, conocida su presencia, envió contra él al licenciado Cristóbal Bernáldez con 70 caballeros.

En la primera sorpresa los españoles capturaron dos centinelas de Hawkins, pero al perseguir al resto de los ingleses en fuga, varios caballeros se ahogaron al vadear un río. Hawkins entabló luego negociaciones por medio del piloto Martínez, ofreciendo cambiar los dos prisioneros por cien negros, y al aceptarse el canje, aprovechó para vender el resto del cargamento humano. En conjunto obtuvo el inglés grandes beneficios, no obstante pagar los correspondientes impuestos de venta, que abonó en parte en negros y en parte con la carabela portuguesa que llevaba. Para colmo obtuvo el contrabandista un «certificado de buena conducta» firmado por las autoridades de la isla.

Animado por este éxito. Hawkins preparó, una vez vuelto a Inglaterra una nueva y más ambiciosa expedición. Colaboraron económicamente importantes comerciantes ingleses, además de conocidas figuras políticas, sin importarles el aspecto contrabandista de la empresa. Incluso participó económicamente en ella la propia reina Isabel I, que además aportó inconcebiblemente un galeón de la Armada Real, el *Jesus of Lubeck* de 700 toneladas y 30 cañones. El resto de la flota, particular de Hawkins, constaba de los ya conocidos *Salomón y Swallow* y del *Tiger* de 50 toneladas. Las tripulaciones totalizaban 150 hombres, en dotaciones reducidas para dejar más sitio para los negros.

Conocedor de lo que se preparaba, el embajador español D. Diego de Silva efectuó una protesta oficial. La reina inglesa prometió hipócritamente que no dejaría zarpar la flota, pero naturalmente ésta lo hizo desde Plymouth el 18 de octubre de 1564, tras una audiencia de Hawkins con la soberana.

Hízose también escala en Tenerife, siendo los ingleses acogidos y agasajados por el aprovechado Pedro Ponte, que es de suponer algo llevaría también en el negocio. Penetraron luego los expedicionarios en el puerto de Angla de Santa Ana, obligando a los pesqueros españoles y portugueses a darles vituallas. En Guinea capturaron más tarde 400 esclavos.

Se dirigieron luego los ingleses no a las Antillas, sino a Tierra Firme. Hicieron las primeras escalas en las islas Dominica y Deseada, donde embarcaron agua dulce. Más tarde llegaron a la isla Margarita, vendiendo allí sin inconveniente algunos negros.

La siguiente escala fue el puerto de Borburata, en la costa venezolana cerca de Puerto Cabello, donde llegaron en abril de 1565. Pidieron allí permiso para comerciar, pero las autoridades locales les dijeron que no podían dárselo hasta que llegara el gobernador de Venezuela, D. Alonso Bernáldez. Aparecido éste, discutió con Hawkins, quien le dijo que comerciaría aunque fuera por la fuerza, por lo que finalmente se le otorgó permiso, prometiendo el inglés que pagaría los correspondientes impuestos a la Real Hacienda. Pero luego, pensándolo sin duda mejor, se negó a esto último y regresó a sus barcos. Disparó el *Jesús of Lubeck* un cañonazo sobre la ciudad y se inició el desembarco. Ante ello capituló el gobernador, y Hawkins pudo vender, sin pagar impuestos, hasta 140 negros.

La siguiente escala fue Curaçao. El alcalde Lázaro Bejarano acudió a visitar los barcos y fue apresado por los ingleses, que exigieron un rescate en forma de pieles y carnes. A continuación la flotilla recaló ante Río del Hacha, donde ocurrió algo parecido a lo de Borburata. Más tarde Santa Marta y Cartagena de Indias

fueron escalas de Hawkins y mercado para su humano cargamento.

Acabados finalmente los negros y dispuesto a pasar al definido campo de la piratería, Hawkins llevó su flota al canal de Bahamas, intentando atacar la Flota de Indias, pero no la encontró. Hizo luego escala en Florida, contactando al parecer con los piratas hugonotes que aún no habían sido expulsados por Menéndez de Avilés y desde allí regresó sin más incidentes a Inglaterra.

La ganancia había sido incluso superior a la vez anterior, consiguiendo los accionistas un 60 por 100 de beneficio. Como recompensa adicional Hawkins fue ennoblecido por Isabel I, eligiendo para su escudo el poco agradable dibujo de un negro encadenado.

De nuevo protestó el embajador D. Diego Guzmán de Silva, denunciando el contrabando llevado a cabo mediante amenazas (dejando aparte que quizá éstas fueran simuladas por acuerdo entre ambas partes, como se llegó a sospechar), y elusión de impuestos, amén de algunas agresiones y salvajadas llevadas a cabo por el camino. Denunciaba el embajador que en las naves trajeron algunos prisioneros españoles, uno de los cuales, llamado Lope de Ugarte, falleció a consecuencia de los malos tratos recibidos (1). Isabel I seguía protegiendo a Hawkins, pero éste prefirió actuar indirectamente por algún tiempo. En la siguiente expedición quedó él mismo en tierra, dirigiéndola un compinche suyo llamado John Lowell, antiguo agente comercial en Tenerife.

Lowell salió de Plymouth en noviembre de 1566 al mando de tres naves: la *Powell* de 200 toneladas, mandada por James Hampton, la *Salomón* de 100, bajo el mando de James Rance y la *Pasco* de 40, bajo el de Robert Bolton. La flotilla hizo la habitual escala en Tenerife y luego partió a cazar negros a Guinea antes de emprender el cruce del Atlántico.

Efectuado éste, visitó primeramente la isla Margarita y la de Curaçao, pasando luego a Borburata, donde fueron apresados el teniente de alcalde y varios comerciantes españoles, por los que se pidió rescate. En Río del Hacha las autoridades se negaron en

(1) Fernández Duro «Armada Española», tomo II, p. 230.

redondo a comerciar y al iniciar Lowell el cañoneo, le fue devuelto con tal energía que debió retirarse tras desembarcar en la playa un centenar de negros enfermos, que fueron recogidos por los españoles. Siguieron los ingleses hasta La Española, donde robaron y saquearon varios lugares antes de regresar a Inglaterra. Como puede verse cada expedición asumía mayor carácter pirático que la anterior, siendo inútiles las reiteradas protestas del embajador español.

En la expedición de Lowell partió un joven llamado Francis Drake, que mucho habría de dar que hablar en tiempos posteriores. Nacido en 1545 en el condado de Devonshire había vivido su infancia pobremente hasta conseguir embarcarse rumbo a la aventura indiana. Llegaría a ser uno de los más famosos piratas nacidos en Inglaterra (1).

Tercera expedición de John Hawkins y batalla de Veracruz

Preparaba ahora Hawkins una flota importante para su siguiente expedición de contrabando y piratería. En ella formaban nada menos que dos galeones de la Royal Navy inglesa: el *Jesús of Lubeck*, como se sabe de 700 toneladas y el *Minion* de 300, mientras que como navíos particulares iban el *William and John* de 150 toneladas, el *Swallow* de 100, el *Judith* de 50, y el *Angel* de 40, todos bien artillados, aún los menores. Como tripulantes se embarcaron en esta ocasión unos 1.000 hombres, todos ellos aventureros dispuestos a todo. No se trataba ahora tan solo de vender negros y otras mercaderías, sino de piratear y quizá de establecerse en algún lugar de las Indias españolas. De la Torre de Londres se sacaron armas que se distribuyeron entre los piratas, en tanto que se daban todas las facilidades para el apresto de su escuadra. Protestó una vez más el embajador español y de nuevo la reina mintió diciendo que los barcos no irían a las Indias.

El 2 de octubre de 1567 salió de Plymouth la flota pirata con los mejores auspicios. Además de Hawkins viajaba a su bordo

(1) Según José Coroleu, Drake habría pasado parte de su juventud en España al servicio de la Duquesa de Feria (?). (Coroleu: «América, historia de su colonización, dominación e independencia», tomo III, p. 130.)

William Clarke, uno de los comerciantes financiadores de la aventura. Como tripulante del *Jesús of Lubeck* navegaba también Francis Drake.

Tras capear un fuerte temporal, la flota llegó a Tenerife, de donde salió el 4 de noviembre para Guinea. Capturaron los piratas por el camino varias naves portuguesas, una de las cuales, rebautizada no muy apropiadamente *Grace of God,* fue incorporada a la flota, dándose su mando a Francis Drake.

Hicieron el primer desembarco en Senegambia, a fin de capturar negros. Pero éstos se defendieron tan enérgicamente que sólo pudieron apresar ocho, y eso a costa de sufrir los piratas once muertos y muchos heridos, En vista de ello siguieron costeando y apresaron varios barcos negreros franceses. quitándoles los esclavos e incorporando uno de ellos también a su flota.

Llegados a Sierra Leona, hallaron allí a dos reyezuelos indígenas en guerra. Apoyaron a uno de ellos y, al resultar éste vencedor, regaló a sus aliados todos los prisioneros enemigos, en número de 300. Totalizado con ellos el total de medio millar de esclavos, decidieron emprender ya el camino a las Indias.

Como era ya habitual, comenzaron por la isla Margarita, donde mediante amenazas lograron vender parte de la carga, compuesta en especial de paños de lienzo. Tras nueve días de estancia en la isla partieron rumbo a Borburata, donde comerciaron también pese a la prohibición del nuevo gobernador de Venezuela D. Pedro Ponce de León. Del 14 de abril al 1 de junio de 1568 permanecieron allí carenando los barcos.

Hawkins decidió entretanto enviar un destacamento de exploración a Río del Hacha, para lo cual dio a Drake el mando de la *Judith* y le envió junto con otros dos barcos. Hecha y rechazada por los españoles la proposición de comerciar, se inició el cañoneo, siendo rechazado Drake con algunas bajas. Pasó entonces a bloquear el puerto, logrando apresar un barco de aviso que los españoles intentaron mandar a Santo Domingo. Cinco días más tarde llegó Hawkins con el resto de la flota, haciéndose de nuevo demanda para comerciar y siendo otra vez rechazada. Desembarcaron entonces los piratas y lograron apoderarse de la población tras alguna lucha. Incendiaron parte de ella y luego exigieron 4.000 pesos por no hacer lo mismo con el resto.

Tras de tal ejemplo, Santa Marta fue forzada a comerciar en las condiciones que los piratas impusieron. De allí salieron para Cartagena de Indias.

A primeros de julio de 1568, que fue cuando se presentaron ante ella los piratas, esta ciudad no estaba casi fortificada tras el último ataque francés de 1559. Habiánse empezado a construir dos fuertecillos en Boquerón y La Caleta, pero no estaban aún terminados. Existían tan sólo dos cañones, uno de ellos prestado por el cabildo de Nombre de Dios y el otro comprado a una carabela portuguesa. Pero, pese a tal indefensión, el gobernador D. Martín de las Alas se negó a conceder el habitual permiso para comerciar exigido por los piratas. Al amenazar Hawkins con desembarcar y arrasar la ciudad, el gobernador contestó que en adelante «el único lenguaje en que habrían de entenderse sería el de la espada y la arcabucería».

Empezó acto seguido el cañoneo de la plaza. Las dos únicas piezas españolas contestaron al mismo, siendo llevadas constantemente de un lado para otro para fingir que eran más. Aquello amedrentó a los piratas, que a fin de cuentas no se atrevieron a desembarcar. Bloquearon el puerto durante ocho días y luego se retiraron, no sin que Hawkins, iracundo, jurara que volvería con más fuerzas y arrasaría la ciudad.

Merodearon luego los piratas algún tiempo por la costa de Yucatán y Cabo Catoche. Como vieran dos velas, las persiguieron, apresando el barco mercante de Agustín de Villanueva, que iba a Santo Domingo. Se enteraron por los prisioneros de que en Veracruz esperaban la Flota de aquel año, y Hawkins, pensando que ya estaría en el puerto la plata que debía ser embarcada en ella, decidió ir a robarla. Por el camino apresó otros dos barcos españoles pequeños, que colocó en vanguardia de su flota para disimular el carácter de ésta.

Los vigías del castillo veracruzano de San Juan avistaron la flota pirata el 15 de septiembre de 1568, tomándola al principio por la Flota de Indias, en la que venía el nuevo virrey de Méjico, D. Martín Enríquez de Almansa, y que estaba en camino desde principios de julio. Enviaron por tanto un batel con oficiales para que cumplimentaran al recién llegado.

Hawkins obligó a los prisioneros españoles a que invitaran a los oficiales a subir a bordo, logrando así capturar a Martín de Marcana, Francisco Bustamante y algunos otros. Negoció luego

con las autoridades, diciendo que llegaba de arribada forzosa y que sólo deseaba entrar en el puerto, pero que «como garantía» exigía que se le diera posesión de la isla Gallega, situada en el puerto y donde había una batería (1). En caso contrario daría muerte a los oficiales prisioneros y atacaría inmediatamente. Las autoridades españolas accedieron a cambio de la libertad de los rehenes.

No había llegado todavía la plata, y Hawkins fondeó decidido a esperarla. Pero el capitán Antonio Delgadillo, proveedor del puerto, se apresuró a enviar mensajeros para que detuvieran las caravanas, mientras que preparaba un batel para avisar a la Flota de lo que ocurría apenas apareciera en el horizonte.

El 17 de septiembre llegaba la Flota de Nueva España a la vista de San Juan de Ulúa, siendo sorprendida por el batel enviado por Delgadillo. Muy difícil era la situación pues si la Flota tenía trece galeones, tan solo la nave capitana era de guerra. Contra lo dispuesto en las ordenanzas, el barco que hacía de almiranta era un mercante como todos los demás. Había que contar además con los pasajeros, espantados ante las nuevas, y con el deterioro de la armada entera después de la larga travesía atlántica.

Finalmente, tras un Consejo de Guerra celebrado por el General de la Flota D. Francisco Luján, el Virrey D. Martín Enríquez y algunos otros oficiales, se decidió entrar en el puerto. Hízose así, pasando frente a la amenazadora isla ocupada por los piratas, y fondeando en el extremo opuesto del puerto al que se hallaba la flota de Hawkins.

Podemos imaginar fácilmente la confusión del apresurado desembarco de los pasajeros, en tanto todo se preparaba para el inevitable combate. Hawkins envió al Virrey un arrogante mensaje diciéndole que tenía como rehén a la ciudad entera, y que no vacilaría en destruirla si no se admitían sus exigencias.

Había tomado el mando supremo el Virrey Enríquez, quien preparó la batalla por la noche del miércoles 22 de septiembre de 1568, haciendo embarcar 130 arcabuceros y vecinos armados en un barco que procuró colocar cerca de la flota enemiga. A las

(1) El puerto de Veracruz, algo separado entonces de la ciudad, se denominaba San Juan de Ulúa. Sólo en 1599, al trasladarse la ciudad más cerca del mar, se daría el nombre del santo tan solo a esta isla llamada antes Gallega.

nueve de la mañana el Virrey dio la señal de ataque agitando un pañuelo blanco. Sonaron las trompetas en la nave capitana, y el estruendo de la artillería indicó a los vecinos de Veracruz que la batalla había empezado.

Al principio la ventaja fue de la flota pirata, que había sido la primera en iniciar el fuego. Se fue a pique la almiranta española junto con veinte hombre y toda su carga, que no hubo tiempo para desembarcar. La capitana se cañoneaba entretanto con la *Minion,* causándose mutuamente daños mientras que la nave destinada al abordaje pugnaba en vano por acercarse al enemigo.

Pero entretanto el capitán Delgadillo, al mando de un batel de soldados desembarcaba en la isla Gallega y tomaba la batería y el castillo, matando a todos los piratas que allí había, excepto algunos que lograron huir a la *Minion.* A continuación volvió los cañones contra la flota de Hawkins, colaborando con el fuego de los barcos españoles.

Comenzó el desastre para los ingleses. El galeón real *Jesús of Lubeck* fue abordado y tomado, muriendo muchos piratas y lanzándose otros al mar para buscar su salvación a nado. Por la tarde siguió el combate, hundiéndose el *Angel* y el *Swallow,* y ardiendo el navío francés que se uniera a Hawkins en Guinea. Otros tres barcos fueron tomados por los españoles, y finalmente el resto de los piratas huyeron del puerto, saliendo de él tan solo el *Minion,* el *Judith* y un patache de 40 toneladas, seguramente uno de los robados. Intentaron reunirse en alta mar, pero aquella misma noche Drake huyó con el *Judith,* al que llevaría a Inglaterra apropiándose de todo lo que contenía.

Por su parte Hawkins atracó el *Minion* y el patache en la isla llamada de los Sacrificios, reparando averías durante dos días. Pero no tardó en estallar un serio motín, pues muchos de los piratas se negaban a volver a cruzar el Atlántico con pocas provisiones, y exigían desembarcar. Dividiéronse en dos grupos casi iguales, y uno de ellos, de 114 hombres, desembarcó en Tampico, pero fue diezmado por los indios, y los 78 supervivientes fueron capturados por los españoles el 15 de octubre de 1568.

Hawkins zarpó hacia Inglaterra con el otro grupo. Por el camino se les hundió el patache y hubo muchos muertos entre los tripulantes, debiendo los supervivientes comer cuero cocido y beber agua salobre. Se vieron obligados a hacer escala en

Marín y Vigo, donde hubieran podido ser detenidos de haber tenido noticia de lo ocurrido en América. Pero al no tenerla se les facilitaron provisiones y consiguieron finalmente llegar a Plymouth, por completo derrotados, el 3 de febrero de 1569.

Primeros viajes de Drake

Hubo gran indignación en Inglaterra por los deformados relatos que hiciera primero Drake y luego Hawkins. Del mismo modo que los piratas de Jean Ribault eran para los franceses «pacíficos colonos», los de Hawkins, que incendiaran Río del Hacha y apresaran toda clase de embarcaciones, se convirtieron en «honrados comerciantes». Por otra parte resultaba insoportable la vergüenza de que un galeón de la Royal Navy hubiera sido apresado en una empresa de ladrones. Se tergiversó por tanto lo sucedido, llegando a convertir a los piratas de Hawkins en presuntos hombres de bien, en tanto que los accionistas del crimen, con el apoyo oficial de la monarquía inglesa, se preparaban para financiar nuevas expediciones. Destacaba en estos preparativos el propio Drake, quien decía cínicamente que «los españoles le debían mucho dinero», refiriéndose a la plata que no había podido robar en Veracruz.

En 1570 emprendió Drake su primer viaje independiente a las Indias, saliendo de Plymouth al mando del navío *Dragón.* Muy confusas son las noticias acerca de esta expedición pues mientras según unas fuentes el pirata logró apresar dos naves cerca del Río Chagres, según otras fue él mismo capturado por los españoles en Río del Hacha, aunque luego le dejaron en libertad o se escapó. De ser esto último cierto, muchos disgustos se hubiera ahorrado España si le hubieran aplicado entonces el habitual castigo de los piratas.

Regresado a Inglaterra, no perdió tiempo Drake en organizar un segundo viaje, con el apoyo económico de los comerciantes de Londres que le permitió armar dos naves: *Parcha* y *Swann,* saliendo con ellas en 1572. El 9 de julio de dicho año atacó Nombre de Dios, siendo rechazado, y poco después Cruces, también sin éxito.

Cambiando entonces de táctica, desembarcó Drake en el Istmo de Panamá uniéndose a doscientos negros cimarrones que halló en las asperezas selváticas entre Vallano y Puerto Cabello, adhiriéndose luego también algunos piratas franceses mandados por Tetu. Entre todos lograron tomar un recua de ochenta mulos cargados de plata que venía de Perú. Repartido el botín entre todos sus robadores, los ingleses se retiraron con su parte en busca de sus naves, cayendo sólo algunos retardados en manos de los españoles. El resto inició el regreso a Inglaterra, donde llegaron las naves a finales de agosto de 1573.

Con motivo de esta acción, propia de simples salteadores de caminos, Drake hizo correr los más fantásticos relatos. Entre otras cosas dijo haberse subido a un árbol y desde su copa haber visto el Pacífico, y también que había saqueado Nombre de Dios e incluso Veracruz (1).

Uno de los piratas que había hecho con Drake este último viaje, llamado John Oxenham, decidió probar fortuna independientemente en el mismo escenario y, armando un navío de 140 toneladas, partió en 1575 dispuesto a repetir el robo de la plata. Llegado al istmo, hizo contacto con otra banda de cimarrones, que tenía como «rey» a un tal Juan Vaquero. Desarboló y escondió su nave en la bahía del Ancla y luego siguió el río Perenperén, llegando al Mar del Sur (como entonces se llamaba al Océano Pacífico), al frente de 50 ingleses y 200 negros. Puestos al acecho en las Islas de las Perlas, lograron tomar un barco desarmado que llegaba con oro, huyendo luego a lo largo del río Piñas.

Pero la Audiencia de Panamá envió tras ellos al capitán Pedro de Ortega Valencia con 80 españoles. Sorprendieron éstos al grueso de la expedición, formado por 30 ingleses y 80 cimarrones cuando estaban asando un cerdo salvaje, y en el acto les atacaron. De los ingleses murieron doce, quedando el resto prisionero, incluyendo Oxenham, que luego fue ajusticiado en Panamá. En el Atlántico, entretanto, el General D. Cristóbal de Eraso registraba con sus barcos la bahía de Ancla hasta encontrar y tomar para sí el escondido navío en el que los piratas habían venido.

(1) Este supuesto saqueo de Veracruz, que es recogido por muchos autores, parece basarse en que, en sus andanzas por el istmo, los piratas pasaron por un pequeño poblado, habitado por indios, que llevaba el nombre de Venta Cruz, y que era escala de las recuas de mulas.

La vuelta al mundo de Drake

Mientras esto ocurría, Drake preparaba en Inglaterra una nueva expedición, planeando esta vez entrar en el Pacífico. Como ya era habitual, se constituyó una sociedad financiera, aportando la reina 1.000 coronas. La flota se componía de los navíos *Pelikán, Marigold, Elisabeth, Swan* y *Benedit*, junto con la pinaza *Christopher*, y salió de Plymouth el 13 de diciembre de 1577.

A la altura de Cabo Verde apresaron para empezar una nave portuguesa que iba a Canarias y Brasil cargada de vino. La nave quedó unida a la flota con el nombre de *Mary*, y Drake obligó a su piloto, Nuño de Silva a colaborar con él.

A primeros de 1578 llegaron a Brasil, e hicieron aguada en Río de la Plata. En abril aproximáronse al Estrecho de Magallanes, donde les sorprendió un fuerte tornado. De resultas de éste debieron recalar en la ensenada de San Julián y desguazar los barcos *Swan, Benedit* y *Mary*, por estar medio destrozados y además por necesitar leña. Aún estaban en el lugar las horcas erigidas por Magallanes, y Drake aprovechó una de ellas para ahorcar al capitán John Daughty, al que acusó de motín. En vista de ello otro capitán pirata apedillado Winter desertó a bordo de la *Christopher*, llegando en ella a Inglaterra.

El resto de la expedición inició el paso del Estrecho, que duró del 20 al 24 de agosto de 1578. Sorprendida la flotilla por otra tormenta, se fue a pique la *Marigold* y se separó la *Elizabeth*, de la que no se volvió a tener noticias. Quedó tan solo la *Pelikan* de 240 toneladas, 14 cañones y 90 hombres. Para elevar la moral de estos últimos, Drake rebautizó la nave con el nombre de *Golden Hind* (Cierva de Oro), como feliz presagio de botín.

Y desgraciadamente resultó buen profeta. La costa peruana, hasta el momento libre de piratas, estaba completamente indefensa y desprevenida. No había barcos de guerra, ni fuertes, ni cañones, ni casi tropa armada.

Llegado a Valparaíso, Drake desembarcó con alguna gente en el puerto, protegido por su artillería y se apoderó de cuanto halló allí, apresando también una nave propiedad de Hernando de Lamero que había traído oro en polvo de Valdivia y estaba cargando vino para Callao. Enterado del caso el corregidor de Santiago D. Gaspar de Barrera envió mensajeros a los puertos amenazados por la presencia del pirata. Así al intentar desembarcar una partida de su gente en La Serena, Drake fue rechazado con la muerte de uno de sus hombres, y en Coquimbo tampoco le fue posible el desembarco, ni en Copiapó. Así pues, siguió hacia el Norte.

Habiéndole avistado desde Arica, se dió la alarma en toda la región. Desde Arequipa se envió un correo a Lima, temiendo que el pirata se dirigiera al puerto de El Callao como así fue. Pero Drake llegó antes que el mensaje cogiendo a los españoles completamente desprevenidos.

La noche del 13 de febrero de 1579 la *Golden Hind* entró tranquilamente en el gran puerto peruano. Los vigías la tomaron por un barco cuya llegada se esperaba procedente de Chile, y se envió a su encuentro una lancha con un alguacil, que al reconocerle como pirata se apresuró a dar media vuelta. Inmediatamente después Drake apresó la nave de Alonso Rodríguez Bastidas, cuya tripulación había bajado a tierra dejando a bordo tan solo un enfermo. También soltó las amarras de otras doce embarcaciones, con la intención de que se estrellaran.

El Virrey del Perú, D. Francisco de Toledo, se encontraba enfermo cuando le llegó la noticia de lo sucedido en el puerto, pero no obstante se levantó del lecho e hizo tocar las trompetas y repicar todas las campañas de Lima, poniendo en pie a la ciudad. En medio de la natural confusión fue enviado un escuadrón de arcabuceros, dos en cada caballo, bajo el mando del capitán D. Diego de Frías Trejo. Llegados al Callao, desplegaron ante el puerto, uniéndoseles algunos ciudadanos portando mechas encendidas para fingir que llevaban arcabuces. Pero antes de que amaneciera huyó Drake sin intentar desembarcar, pudiendo los españoles rescatar y asegurar sin daño los barcos que el pirata dejara sueltos a la deriva como antes se dijo.

Reunidos finalmente 250 arcabuces aunque ningún cañón, a mediodía zarparon dos barcos españoles bajo el mando del capitán Frías. En alta mar hallaron la nave robada en Valparaíso, que Drake había abandonado sin velas y con dos prisioneros españoles a bordo. La llevaron al Callao, y luego volvieron a salir los barcos, ahora mandados por D. Luis de Toledo Pimentel, sin hallar rastros de los piratas.

Seguían éstos subiendo hacia el Norte. Saquearon Santa,

Trujillo y Payta, quemando en especial las iglesias. Entre Guayaquil y cabo San Francisco hicieron su presa más importante: la nave *Nuestra Señora* de Juan de Antón, que llevaba a bordo oro por valor de 400.000 pesos. En marzo de 1579 llegaron a la isla de Caño, frente al litoral de Costa Rica, para reparar averías. Una de sus lanchas capturó una pequeña embarcación que conducía a Panamá dos pilotos de la famosa nao de Acapulco, que unía este puerto con las Filipinas, llamados Alonso Sánchez Colchero y Martín de Aguirre. Tras hablar con ellos, Drake pensó retirarse por el Pacífico en vez de volver al peligroso Estrecho de Magallanes. Pero de momento siguió costeando hacia el Norte.

Poco después de salido de la isla, capturó una nave española que conducía al caballero de Santiago D. Francisco de Zárate. De buen humor por los anteriores botines conseguidos, Drake jugó a ser cortés y aunque se apropió de todo el cargamento, devolvió la nave a su dueño en perfectas condiciones y hasta permitió marcharse en ella a Sánchez Colchero.

Llegado a Méjico, el pirata saqueó el puerto de Huatrilvo, en donde dejó en libertad al piloto portugués Nuño da Silva. Amenazó a continuación Acapulco, pero no se animó a atacarlo por enterarse de que estaba bien fortificado. Subió luego hasta California, donde recaló para carenar en una ensenada que bautizó Nueva Albión. Desde allí empezó a preparar su travesía del Pacífico.

La reacción española continuaba siendo confusa e ineficaz, sobre todo por falta de cañones para artillar los barcos. Fallaban también las comunicaciones, por lo que era imposible saber dónde estaban y qué hacían los piratas, y mucho menos perseguirles.

El gobernador de Chile, D. Rodrigo Quiroga, envió una nave con cien hombres, pero sin artillería, bajo el mando de D. Gaspar Barrera, con orden de «embestir al Drake si le hallara», lo que por fortuna no ocurrió. De Perú salieron una tercera vez las dos naves que ya conocemos, siendo su General D. Diego de Frías y su Almirante Pedro de Arana, llevando 300 hombres pero también sin cañones. La Audiencia de Panamá envió otro navío en las mismas condiciones, que poco hubiera podido hacer, como los anteriores, frente a la bien artillada *Golden Hind.* Por su parte el licenciado García de Valverde, presidente de la Audiencia de Honduras, hizo salir tres navíos con 200 hombres y estos sí que con algún cañón ligero, siendo General de dicha armada al ex-gobernador D. Diego de Herrera, y Almirante D. Juan de Guzmán. Llegaron estas naves hasta Acapulco y de allí se volvieron, por lo que Valverde procesó a Herrera, quien arguyó que la nao de Filipinas, recién llegada a aquel puerto, le dijo que no había rastro de ingleses en las costas californianas.

Finalmente el Virrey Toledo logró armar una flota medianamente eficaz. Se componía de las naves *Nuestra Señora de la Esperanza,* capitana y *San Francisco,* almiranta, debidamente artilladas por fin. Ostentaban conjuntamente el mando el capitán D. Juan de Villalobos y el cosmógrafo y matemático D. Pedro Sarmiento de Gamboa, siendo Almirante D. Antonio Paúl Corso, piloto mayor Hernando Lameros y pilotos Antón Pablos y Hernán Alonso. En octubre de 1579 llegó esta armadilla al Estrecho de Magallanes, pensando que Drake volvería por él a Inglaterra, y durante mucho tiempo le esperaron en vano.

El pirata, como se dijo, había preferido seguir la ruta del Pacífico, partiendo por ella desde California el 23 de julio de 1579. Hizo escala en las Islas de los Ladrones (hoy Marianas), Mindanao, Molucas y Timor. Siguiendo las costas de la India y luego las de Africa, avistó Inglaterra en septiembre de 1580, y el 26 de dicho mes penetraba en Plymouth, después de casi tres años de navegaciones y piraterías. Inmensa fue la ganancia material del viaje, y mayor aún la aureola de héroe que ganó Drake en su país.

De nuevo hubo de protestar el embajador español, en la época D. Bernardino de Mendoza, dando a la reina Isabel I una lista completa de los robos cometidos por el pirata y exigiendo su restitución. Por toda respuesta la reina se presentó con gran pompa en los diques del Támesis, donde estaba amarrada la *Golden Hind,* sentose a la mesa con Drake y sus piratas y acabó por nombrar caballero al propio Drake. Como divisa del así ennoblecido se adoptó el globo terráqueo con el lema «Primus Circumdediste Me», pese a ser falsa tal declaración, que correspondía a Juan Sebastián Elcano.

Los intentos antipiráticos de Sarmiento de Gamboa

El éxito de Drake hizo que empezaran a salir barcos piratas tanto ingleses como franceses hacia las Indias, muchos de ellos con intención de pasar al Pacífico. Preocupó mucho esto en la Corte española, y se adoptaron algunos planes para intentar impedirlo. El más importante de ellos fue ideado por D. Pedro Sarmiento de Gamboa, «el célebre y poco afortunado historiador, navegante y matemático, a quien siempre acompañó el fracaso a pesar de su gran talento, tenacidad y audacia» (1).

Como antes se dijo, Sarmiento de Gamboa, en unión de Villalobos, había quedado en el Estrecho de Magallanes aguardando en vano la aparición de la nave de Drake. Al renunciar por fin a la espera, Gamboa pensó que la mejor manera de evitar incursiones sería establecer unos fuertes que cerraran el estrecho a los piratas. Discutió el asunto con Villalobos y finalmente éste regresó a Perú con la nave *San Francisco* en tanto que Gamboa, a bordo de la *Nuestra Señora de la Esperanza* iniciaba el viaje por el Atlántico rumbo a España, donde pensaba exponer su idea ante la Corte.

En mayo de 1580 avistó la nave de Gamboa las costas de Sierra Leona, y poco después hubo de batirse con un barco pirata francés, al que hizo huir. Hizo una escala en Cabo Verde y luego se unió, en las Azores, a la Flota de Indias, llegando a Sevilla a mediados de agosto. Felipe II le recibió en Badajoz y convocó una Junta Magna en la que se acordó aceptar la idea de cerrar el Estrecho de Magallanes mediante fortificaciones permanentes.

Aprestóse una flota de 23 naves, dándose su mando a D. Diego Flores Valdés, que fuera Almirante de Menéndez de Avilés en la jornada de la Florida. Sarmiento de Gamboa iba con él, con el título de Cápitán General del Estrecho, y gobernador de todas las tierras que allí se poblaran.

Pero ya desde un principio empezó mal la expedición. El duque de Medinasidonia, gobernador de Andalucía, les obligó a zarpar de San Lúcar de Barrameda el 20 de agosto de 1581, pese al parecer contrario de la gente de mar, y una terrible tormenta les obligó a regresar con pérdida de 5 naves y 800 hombres.

(1) Massá de Ros «Historia General de la Piratería», p. 303.

Los supervivientes del desastre volvieron a salir el 9 de diciembre con 16 naos, llegando sin más problemas a Río de Janeiro el 26 de marzo de 1582. Allí pasaron todo el invierno y parte de la primavera australes.

El 2 de noviembre salieron de nuevo, pero a la altura de Río de Plata hubieron de sufrir una borrasca de catorce días, hundiéndose otro barco y debiendo refugiarse los demás en la isla de Santa Catalina. Calmados al fin los elementos, zarpó de nuevo Flores con ocho naves, enviando otras tres, averiadas, a Brasil. En enero de 1583 se alcanzó al fin el Estrecho, pero allí estalló una enconada discusión entre Flores y Gamboa acerca de las respectivas competencias, no muy bien especificadas. Hiciéronse entre tanto, hasta el mes de mayo, algunas exploraciones.

Mientras esto sucedía, un grave incidente había ocurrido a las tres naves averiadas enviadas por Flores a Río de Janeiro. Eran éstas la *Concepción, Begoña* y *San Juan Bautista,* mandadas por D. Andrés de Equino.

En una ensenada se encontraron por sorpresa con tres naves piratas inglesas mandadas por Edward Fenton, y se entabló al instante un duro combate con desventaja para los barcos españoles, averiados y en muy malas condiciones. Hundióse la *Begoña* y recibieron daños las restantes, pero finalmente los ingleses huyeron. Y no lo hicieron de vacío, pues una de sus naves, averiada en el encuentro, se fue poco después a pique, llegando a duras penas a la costa dieciocho supervivientes, entre ellos un tal John Drake, que se decía sobrino del célebre pirata. Los indios atacaron al grupo, matando una decena de ellos, pero John Drake logró llegar a Buenos Aires donde fue detenido por los españoles y enviado a la Audiencia de Lima junto con uno de sus compañeros llamado «Richarte Ferroel» (?). La condena fue de algunos años de cárcel, desusadamente leve para la época.

Conocido el combate, Flores dejó a Gamboa con cinco naves en el Estrecho y fue con el resto a Río de Janeiro, desde donde efectuó exploraciones en busca de piratas. Le avisaron los portugueses de que en Parayua había cinco barcos piratas franceses, y en marzo de 1584 pasó a atacarlos llevando las naos *San Juan Bautista, Concepción, Santa María* y *Santa Cruz;* la fragata *Santa Isabel* y la galeota *San Cristobal.* Resistieron los franceses en una trinchera excavada en tierra y en un barco de 400 toneladas, hasta que éste fue abordado por los bateles de los

capitanes Rodrigo de Rada y Juan de Salas. Entonces los piratas incendiaron los demás barcos y las instalaciones de tierra y lograron huir al interior, al no llegar a tiempo las tropas portuguesas que debían cerrarles el camino por ese lado. Establecióse en el lugar un fuerte bajo el gobierno del portugués Fructuoso Barbosa, pero guarnecido por la compañía española del capitán Castejón. Poco después regresó Flores a España, dejando el mando a Juan de Rivera.

Entre tanto Gamboa seguía intentando establecer los pueblos fortificados que protegerían el Estrecho. Fundó primeramente Nombre de Jesús, al abrigo del Cabo de las Vírgenes pero, mientras estaba en tierra, numerosos marinos que estaban ya hartos de frío y penalidades desertaron con las naves, no dejándole sino una: la *María*. Embarcó parte de su gente en ella, mientras él iba por tierra con cien arcabuceros hasta el Río de San Juan, donde fundó el pueblo de Rey Don Felipe. A continuación embarcó en la nave y partió para Río de Janeiro para buscar socorros. Pero en esta ciudad portuguesa se negaron a pertrecharle (1). Intentó regresar al Estrecho en la *María*, pero una tormenta le rechazó, inutilizándole la nave.

Finalmente Sarmiento de Gamboa hubo de embarcar para España en una carabela portuguesa, pero en las Azores le interceptaron tres barcos piratas ingleses mandados por los capitanes Whidrow y Evesham. Denunciado por el capitán portugués, apenas tuvo tiempo de arrojar por la borda los memoriales de la fundación de los pueblos en el Estrecho antes de ser apresado. Los piratas le llevaron a Plymouth, de donde fue conducido a Londres y allí encarcelado. La reina Isabel le visitó en 1586, y finalmente fue puesto en libertad en 1587.

Pero no habían de acabar con ello las desdichas del infortunado Gamboa. Al regresar a España a través de Francia fue apresado en Burdeos por un noble hugonote que le tuvo encarcelado tres años en Mont Marsan, hasta que Felipe II pagó por su rescate la suma de 6.000 ducados. De regreso a España, el desdichado cosmógrafo moriría allí en 1592.

No mejor suerte tuvieron los establecimientos por él fundados. Las condiciones climáticas impidieron que brotaran las cosechas, y pronto reinó el hambre. Algunos intentaron huir

(1) Desde 1580 Felipe II era rey de España y de Portugal, pero estas naciones no llegaron a unirse en una, y siempre hubo rivalidad entre ellas.

hacia el Norte, pero no se volvió a saber de ellos. Otros muchos murieron en los pueblos, que pronto quedaron abandonados. Irónicamente uno de los escasos supervivientes sería recogido por un barco de aquellos mismos piratas cuyo paso debía impedir.

Más piraterías inglesas

Un nuevo nombre comenzaba a sonar en la sociedad pirática inglesa. Se trataba de Walther Raleigh, nacido en Devonshire en 1552 en una familia de nobleza provinciana. Equipó este personaje algunos barcos piratas, y en 1580 se trasladó a Londres, transformándose en favorito de la reina.

Ya dos años antes, en 1578, había armado siete naves que puso al mando de su medio hermano Humphrey Gilbert. Alistó a las tripulaciones, según su biógrafo James Augustus StJohn «entre los que andaban escapados del verdugo, blasfemos, rufianes, asesinos, a quienes la piratería ofrecía digna tarea» (1). Tan atractiva comunidad naval se presentó en las Azores con ánimo de atacar la Flota de Indias, pero la escuadra de escolta les derrotó cruentamente, perdiendo sus mejores naves y muriendo, entre otros muchos, el capitán Miles Morgan.

En 1582 se preparó una nueva expedición, también bajo el mando de Gilbert. Tomaban parte en ella las naves *Delight*, *Raleigh*, *Golden Hind*, *Swallow* y *Squirrel*, tripuladas por 260 hombres, es de suponer que de la misma catadura que los anteriores. Esta vez pensaban ir a América del Norte en busca de un rico imperio indio que creían que existía allí. Afirmaban tener derecho a conquistarlo, ya que Cabot había llegado a América antes que Colón (!!). Por algún tiempo costearon Terranova, pero fueron diezmados por las tempestades y las enfermedades, muriendo entre otros el propio Gilbert al hundirse su nave. Tan sólo regresó el *Raleigh* en 1583.

En 1584 preparó Walther Raleigh una nueva expedición bajo el mando de Phillip y Barlowe. Llegaron éstos a la costa de la actual Virginia y regresaron pidiendo ayuda para fundar allí una colonia. Raleigh envió siete barcos mandados por Richard Gren-

(1) Fernández Duro «Armada Española», tomo II, p. 390.

ville y Rudolf Lane, con un centenar de colonos. Piratearon éstos primeramente por las Canarias, vendiendo al parecer en Berbería algunos infortunados prisioneros españoles. Luego cruzaron al fin el Atlántico y establecieron la colonia en la isla de Roanoke. Los barcos exploraron hacia el Norte y al volver a la colonia, sus habitantes exigieron que les llevaran de nuevo a Inglaterra, a lo que los capitanes se negaron. Finalmente, como luego se verá, los frustrados colonos serían evacuados por Drake en 1585.

En un último intento colonizador, el capitán White dejó en la isla otro centenar de colonos, tras marcharse los anteriores. Nació la niña Virginia Dare, primera anglosajona natural de América, y todos se las prometieron muy felices (1). Pero al llegar la siguiente nave inglesa, la colonia había desaparecido totalmente, ignorándose por qué causas.

Desde luego todos estos intentos colonizadores se simultaneaban con la piratería pura y simple, aunque no siempre con resultados felices para sus practicantes. En 1579 William Parker logró saquear Trujillo, aprovechando la ausencia del gobernador, pero en cambio Thomas Cavendish sufrió un descalabro al atacar las pesquerías vascas de Terranova. D. Miguel de Oquendo, General de la Escuadra de Guipúzcoa, el Adelantado de Castilla, Capitán General de las galeras de España, y D. Francisco de Eraso, General de la Armada de Guardia de la Carrera de Indias, lograron capturar o hundir varias naves piratas. También hubieron de sufrir los forajidos del mar por tempestades y naufragios, como ocurrió con una flota armada por George Clifford, Raleigh y Hawkins, que perdió siete u ocho naves en un temporal cerca de la isla Tercera.

Nueva expedición de Drake

El recientemente ennoblecido Sir Francis Drake estaba preparando por esta época una expedición de mayor importancia que la anterior. La reina Isabel la apoyó también ahora, prestándole dos galeones de guerra de la Royal Navy, el *Bonaventure* de 600 toneladas y el *Arot* de 250, ambos muy bien artillados.

(1) ¡Cuando en las Indias habían nacido ya varias generaciones de españoles!

Como naves particulares iban el *Galeón Leicester* de 400 toneladas, las *Primrose, Tiger, Minion, Swallow* y otras más hasta completar las 23, a bordo de las cuales embarcaron 2.500 piratas. Enarbolaba Drake su insignia en el *Bonaventure,* y su lugarteniente Martín Frobisher lo hacía en la *Primrose.*

El 24 de septiembre de 1585 salió la flota de Plymouth, dirigiéndose primeramente a atacar las costas gallegas. Les resistieron las localidades de Redondela y Bayona, pero los piratas destruyeron una ermita en Vigo y un convento franciscano en la isla de San Simón, robando además cierta cantidad de ganado. En las refriegas hicieron y les fueron hechos varios prisioneros, rescatando los unos con los otros en negociaciones con el capitán de Bayona, Pedro Bermúdez, antes de marcharse. Galicia hubo de sufrir en total su presencia del 7 al 24 de octubre.

La escuadra española del Marqués de Santa Cruz estaba en el Estrecho de Gibraltar para proteger Canarias de un posible ataque de corsarios turcos o berberiscos, y al tener noticia de lo ocurrido se desplazó hacia Galicia. Con escasa oportunidad ciertamente pues se cruzó en el mar, sin verla, con la flota de Drake que se dirigía precisamente a atacar el archipiélago canario.

Pasó Drake junto a Lanzarote sin detenerse, dirigiendo sus naves hacia La Palma. Al parecer pretendía robar malvasía, además de, naturalmente, todo lo demás que hallara de valor.

A primeros de noviembre los vigías del pueblo de Santa Cruz de la Palma avistaron la flota, tocándose alarma. Vistos los preparativos de defensa, Drake continuó su navegación, llegando el 11 a la vista de Gran Canaria, a cuyo Puerto de la Luz se aproximó. Tocóse aquí también a rebato, salieron las milicias y se aprestaron cañones, por lo que Drake desistió también de atacar y regresó a Santa Cruz de la Palma, pensando caer sobre el pueblo por sorpresa.

El 12 fueron vistos de nuevo desde allí, y se observó que la flota pirata se dividía, yendo la mitad hacia Tazacorte, al parecer para dividir a los defensores, y manteniéndose el resto ante Santa Cruz con el mismo Drake. Aprestáronse los pequeños fuertes y acudieron las milicias, pero el pirata permaneció inmóvil por espacio de cinco días.

Creyendo que el ataque no era inminente, algunos milicianos se retiraron para efectuar las abandonadas tareas agrícolas. Pero apenas se habían alejado cuando se encendieron las hogueras de

alarma y hubieron de regresar a toda prisa. La flota pirata, habiendo avistado la retirada de parte de los defensores, avanzaba al fin sobre el puerto.

Abrieron al instante fuego los dos fuertes, la Torre de San Miguel y el Castillo de Santa Catalina. Uno de sus primeros cañonazos acertó de lleno en el *Bonaventure*, causando serios daños y estando a punto de ser muerto el propio Drake por un trozo de metralla. Estalló cierta confusión y las naves piratas se arremolinaron en torno a su capitana, disparando entonces los fuertes españoles sobre dicha concentración hasta dispersarla.

No dejaron los ingleses de responder al cañoneo, pero la mayoría de sus proyectiles rebotaban inofensivamente en las rocas que rodeaban el caserío. Al iniciarse el desembarco, las lanchas fueron acogidas por el fuego de la artillería y luego por el de las milicias, primero con mosquetes y después con arcabuces, al acortarse las distancias. Cuando un afortunado cañonazo hundió la lancha que iba en cabeza, matando seis piratas, el resto de la flotilla de desembarco dio media vuelta y salió del área de tiro. Los barcos de Drake recogieron las lanchas supervivientes y luego desaparecieron apresuradamente de la vista del puerto.

Tras unirse con las naves que estaban ante Tazacorte, los piratas pusieron proa al Sur, dispuestos a hacer escala en Gomera. Pero el gobernador de la isla, D. Diego de Ayala ordenó a las torres de defensa abrir fuego nada más verles, por lo que debieron retirarse también.

Visitaron los ingleses a continuación la isla de Hierro, desembarcando en un lugar apartado para hacer aguada, pero sin atreverse a acercarse a la capital, Valverde, situada en un alto acantilado. Estuvieron allí día y medio, tras de lo cual Drake propuso volver a Santa Cruz de la Palma para desquitarse. Pero el resto de los capitanes, hartos de aquellas islas para ellos poco afortunadas, se opusieron a ello. Iniciaron pues el paso del Atlántico, teniendo como próximo objetivo la ciudad de Santo Domingo.

Santo Domingo, en la Española, era la ciudad más antigua del continente americano, y cabeza de la primera Audiencia de las Indias, cuyo presidente era gobernador de la isla. Por ello solía tratarse de hombre más de letras que de armas. El actual, licenciado D. Cristóbal de Ovalle, poco apto era para resolver situaciones como la que se avecinaba.

El 10 de enero de 1586, a las ocho de la mañana, entró en el puerto un barco de cabotaje que anunció la presencia de la gran flota pirata. En el primer instante el gobernador pensó resistir y reunió una fuerza de 30 jinetes y 50 arcabuceros, haciéndoles salir fuera de la plaza.

Pero la superioridad enemiga era demasiado grande. A las cinco de la tarde Drake desembarcó en Río Jaime 600 piratas provistos de arcabuces y mosquetes, columna que avanzó por tierra mientras que el propio Drake se dejaba ver con su flota ante el puerto. No necesitó más Ovalle para huir en un barco, abandonado a su suerte a la ciudad, donde los piratas entraron sin disparar un tiro.

Después de un completo saqueo, junto con las violencias que eran de esperar, Drake se instaló en la catadral y exigió 400.000 ducados como rescate de la ciudad. No los tenían sus habitantes y así el pirata comenzó la destrucción sistemática de la población, con base a las cuadrículas de su plano. En las Memorias de su viaje, publicadas luego en Leiden, escribiría el mismo Drake:

«Todas las mañanas se iniciaban incendios. Debido a que las casas eran magníficas, contruidas en piedra por entero, nos costó un esfuerzo tremendo su destrucción» (1).

Fueron destruidos de 150 a 300 edificios de piedra, incluidos iglesias, conventos y casas particulares, perdiéndose entre otras cosas los Archivos Históricos de la villa «todo esto a causa de nuestros pecados», como anotaron los afligidos cronistas dominicanos. Finalmente el vándalo exigió 25.000 ducados que le fueron entregados, y se marchó tras un mes de estancia en la ciudad. Como próximo objetivo eligió la plaza de Cartegena de las Indias, donde una vez fuera rechazado en unión de Hawkins.

Ya la noticia de la presencia en Indias de la poderosa flota pirata, superior a lo que locamente pudiera reunirse, había corrido por todas las poblaciones y costas amenazadas, llevada por barcos ligeros y por correos a caballo.

El gobernador de Cartagena de Indias, D. Pedro Fernández

(1) Alexander Randa «El Imperio Mundial», p. 180.

de Bustos, había recibido no menos de tres avisos, el primero de la Casa de Contratación de Sevilla, el segundo de Santo Domingo al entrar allí Drake y el tercero de un testigo presencial de la destrucción de la ciudad. Así pues, se dispuso a la defensa con los medios a su alcance, evacuando primeramente a las mujeres y a los niños y ocultando las riquezas.

Pidió el gobernador refuerzos a Mompó y Tolú, de donde llegaron cien hombres, y reclutó también indios flecheros. Reunió en total 54 jinetes, 450 arcabuceros, 100 piqueros, 20 negros esclavos armados de trabucos y 400 indios flecheros. Estaba ya terminado el fuerte de Boquerón, pero las obras del de la Caleta se habían abandonado, por lo que se excavaron trincheras en la Caleta y la Ciénaga del Ahorcado, aunque descuidando colocar cañones en Boca Grande y Boca Chica, entradas del mar a la laguna exterior a la ciudad. En cambio el paso del Boquerón, que llevaba de allí al puerto interior y que estaba defendido por el fuerte antes dicho, se cerró con una pesada cadena. Dentro del puerto se hallaban la saetía *La Napolitana* y dos galeras armadas llegadas poco antes de España bajo el General D. Pedro Vique Manrique, en el cual delegó el gobernador el mando de la defensa.

El 19 de febrero de 1586, primer miércoles de Cuaresma, se presentó la flota de Drake. Todas las naves izaban banderas negras, y negro era también el uniforme del jefe pirata. Merodearon algún tiempo por las cercanías y apresaron a dos esclavos africanos que iban en una canoa, interrogándoles sobre las defensas españolas. Luego la flota entró en la laguna por Boca Grande.

A las 10 de la noche empezó el ataque del paso del Boquerón, con lanchas y naves. Pero la cadena les impidió el paso, cruzándose además los fuegos de las naves españolas y del fuerte, mandado por D. Pedro Mejía Mirabal. Tras haber sufrido algunas bajas, los piratas acabaron por alejarse.

Desembarcó entonces en la Caleta una fuerza de 600 piratas que inició la marcha por tierra hacia la ciudad. Toparon con las trincheras españolas, desde las que se les resistió algún tiempo, pero pronto se desbandaron los negros y los famosos indios flecheros, arrastrando a todos los demás, en desorden, hacia la

ciudad propiamente dicha. A partir de entonces la batalla pudo darse por perdida (1).

Tras el inevitable saqueo Drake aceptó negociar, pidiendo 400.000 ducados por no destruir la ciudad, a lo que replicó el obispo, negociador por el bando español, ofreciendo 100.000 ducados. Según su costumbre el pirata inició la destrucción de edificios, incluida una nave de la catedral. Por fin aceptó 107.000 ducados, contribuyendo a tal pago todos los vecinos, cada cual según su hacienda. Al recibir el dinero Drake llegó a firmar por él el siguiente recibo:

«Conozco haber recibido del gobernador y ciudadanos de Cartagena 107.000 ducados el 20 de marzo de 1586. Fs. Drake».

Pero luego dijo que la catedral no entraba en el trato, y debieron darle 1.000 ducados más.

Partió el pirata el 11 de abril, tras 53 días de estancia. Para espanto de los vecinos de Cartagena regresó con su flota cuatro días después, pero fue tan sólo para carenar una nave que se le iba hundiendo, largándose definitivamente el 24.

El gobernador de la isla de Cuba, D. Gabriel de Luján, había comenzado los preparativos de defensa al enterarse del ataque a Santo Domingo, intensificándolos al tener noticia de que la flota pirata se aproximaba a la Gran Antilla. Reclutó en las haciendas próximas a la Habana 230 voluntarios, con los que formó tres compañías que puso bajo el mando del capitán Hernán Manrique de Rojas. Les unió luego los soldados de la guarnición habanera y 300 hombres de refuerzo que hizo venir de Méjico. Toda la isla fue puesta en estado de alerta.

El 10 de abril se advirtió la presencia de tres naves sospechosas que al principio se creyó pertenecían a la flota de Drake. Pero resultaron ser del pirata francés Richart, que con sus dos barcos propios se había apoderado de la fragata mercante de Hernando Casanova, y venía con ella para pedir rescate. En mala hora lo hizo, pues el capitán Alvaro Pérez de Maya reunió a los vecinos de Bayamo, ya en alerta, y cayó con ellos sobre los piratas, rescatando la fragata y los cautivos por la brava y

(1) Coroleu, triunfalista, escribió que en el combate de la Caleta murieron doscientos ingleses y sólo siete españoles antes de que la desbandada de los indios acabará con la defensa (José Coroleu, op. cit.). Indudablemente tales cifras son muy exageradas.

apresando una de las naves piratas, en tanto que la otra huía. Quedaron muertos ocho piratas y otros capturados, entre ellos el propio Richart, que fue llevado a Bayamo con el resto. Llegó el capitán Rojas y les hizo ahorcar a todos menos a un niño de nueve años que los piratas llevaban como grumete (1).

El hijo de Richart, que había escapado en la segunda nave, juró vengarse y reunió a diversos piratas franceses que merodeaban por las cercanías. Como sabía que la mayoría de la gente armada estaba en la Habana esperando a Drake, decidió atacar Santiágo. El 1.º de mayo envió una lancha de exploración que fue rechazada por los cañones y arcabuceros que mandaba el capitán Gómez Patiño, pero que advirtió no ser demasiado grande la guarnición.

El 21 de mayo llegaron frente a Santiago las cuatro naves de Richart hijo, que al principio fueron tomadas también por vanguardia de Drake. Dos de los barcos desembarcaron 80 piratas en Playa Juragua, iniciando el avance hacia la ciudad. Mas el capitán Gómez Patiño, saliendo de la misma, les tendió una emboscada en el camino, acribillándoles a arcabuzazos y poniéndoles en fuga con pérdidas.

Pero las otras dos naves habían lanzado un desembarco directamente en la ciudad, tomando parte de ella y quemando la iglesia mayor, el monasterio de San Francisco y algunas viviendas. Hasta que llegó desde Bayamo el capitán Rojas con los refuerzos pedidos por Patiño, expulsando a los franceses de la ciudad y devolviéndoles en desorden a sus barcos. Quedaron unos cincuenta piratas muertos y treinta heridos (2).

El 29 de mayo llegó frente a la Habana la esperada flota de Drake con 16 naves y 14 lanchas, no habiéndolo hecho antes por haber acechado unos días la Flota de Nueva España que, avisada, no llegó a salir de Veracruz. Acercáronse los barcos piratas al puerto, pero en aquel momento empezaron a salir de la plaza, en escuadrones cerrados, 700 arcabuceros y 300 soldados armados de picas y ballestas, que tomaron posiciones a orillas del mar. No atreviéndose a atacar, Drake se alejó hacia Matanzas, con ánimo de hacer allí aguada. Le siguieron embarcaciones

(1) De la saña antipirática de Rojas da muestra el hecho de que luego escribió a Luján dando excusas y explicaciones por la natural salvación del niño, como si temiera que se le censurara por ello.

(2) Jacobo de Pezuela «Historia de Cuba», tomo I, p. 295.

ligeras con gente armada que, además de vigilar sus movimientos, le apresaron una lancha, matándole algunos piratas. Siguieron costeando los barcos españoles tras irse Drake y poco después apresaron un barco pirata francés, cuya tripulación juró que acababa de llegar a las Indias y que no habían tenido aún tiempo de hacer nada, librándose así de la horca que les amenazaba (1).

En cuanto a Drake, había abandonado definitivamente las aguas cubanas.

La flota pirata inglesa hizo su aparición poco después en las costas de Florida, tomando el fuerte de San Juan de Pinos e incendiando la ciudad de San Agustín, abandonada por sus moradores. Pasó luego a la colonia inglesa de Virginia, hallándola tan mísera que embarcó a su bordo a los supervivientes. Llegó a Plymouth el 28 de julio de 1587, triunfante pero con menos ganancia que la vez anterior, habiendo además más hombres para repartirla (2).

Sir Thomas Cavendish en el Pacífico

El aristócrata Sir Thomas Cavendish, ni el primero ni el último de su clase en Inglaterra que abrazara la carrera pirática, salió de Plymouth el 21 de julio de 1586 con tres barcos y 123 aventureros. Tras tocar brevemente en Cabo Verde y Sierra Leona enfiló directamente el Estrecho de Magallanes dispuesto a emular a Drake en el Pacífico. Iniciado el paso en enero de 1587 vio en la costa algunas hogueras, restos de las desdichadas colonias de Sarmiento de Gamboa. Restaban en total 15 hombres y 3 mujeres, de los 400 colonos que allí habían quedado. Ofreció el pirata llevarles al Perú, pero en realidad tan sólo deseaba un intérprete y al embarcar Tomé Hernández se apresuró a zarpar, abandonando al resto a su suerte. Llegado al Mar del Sur, hizo aguada y consiguió algunos víveres en la isla de Santa María.

(1) Ibid., tomo I, p. 301.

(2) El embajador español D. Bernardino de Mendoza dijo que llegó con 18 naves averiadas, habiendo perdido mil hombres (es de suponer que muchos por enfermedad). Traía cueros y azúcar, pero sólo 200.000 ducados, cuyo reparto provocó disturbios entre los tripulantes que se creían poco favorecidos en el mismo (Fernández Duro «Armada Española», tomo II, p. 399).

Habiendo luego fondeado en Puerto Quintero, al Norte de Valparaíso, encontró que los vecinos estaban preparados y armados, incluidos 30 clérigos dirigidos por el provisor del obispo Francisco Pastene y por el canónigo D. Pedro Gutiérrez. Intentó entonces Cavendish hacer pasar a su banda por españoles, utilizando los servicios del intérprete Tomé Hernández, pero este avisó disimuladamente a los españoles y de pronto emprendió la huida. Cayeron los vecinos sobre los piratas matando siete y apresando nueve antes de que el resto lograra huir a las naves (1).

Conocido el hecho, el corregidor de Chile envió avisos de la presencia de los piratas. Como de costumbre no había nada preparado, debiendo reclutarse a toda prisa compañías de milicias, mientras en Acapulco se preparaban algunos barcos bajo el mando del oidor D. Diego García del Palacio.

Siguieron los piratas hacia el Norte, entrando el 7 de mayo en Arica y robando en el puerto un pequeño barco, aunque al ver al vecindario en estado de alerta no se animaron a desembarcar. Saquearon en cambio Payta, donde quemaron la iglesia y luego fueron a carenar las naves a la isla Puna.

Pero entretanto el Presidente de la Audiencia de Quito, D. Pedro Venegas de Villarreal había enviado como refuerzo al corregidor de Guayaquil, Jerónimo de Reinosa, cuarenta soldados mandados por el capitán Juan de Galarza. Este oficial, al saber a los piratas en Puna, embarcó a sus hombres en unas piraguas de indios y atacó la isla al amanecer, matando veinticinco ingleses, apresando cuatro, entre ellos un oficial, y quemándoles una nave y una lancha. En la confusión del combate lograron huir los demás, abandonando fraguas, herramientas y veinte mosquetes.

La empresa parecía haber fracasado, pues apenas si quedaban unos ochenta piratas en dos naves. Pero desgraciadamente la fortuna habría de sonreir ahora a los forajidos, proporcionándoles un riquísimo botín.

La nao de Filipinas *Santa Ana* había salido de Cavite en junio de 1587, bajo el mando del capitán Tomás de Alzola, con valioso cargamento pero sin ninguna artillería para defenderlo. Al recalar el 14 de noviembre cerca de Cabo San Lucas avistó dos velas, siendo atacado por la mayor de las dichas embarcaciones.

(1) De los nueve prisioneros, seis fueron ahorcados, salvándose los otros tres con el conocido truco de fingir convertirse al catolicismo, siendo recluidos en un monasterio para su instrucción (Fernández Duro op. cit., tomo II, p. 400).

Rápidamente ordenó el capitán aprestar las armas, reuniéndose docena y media de espadas y rodelas, dos arcabuces y un frasco de pólvora que tenía el propio capitán. Cogiéronse piedras del lastre y hierros del bastimento para improvisar con ellos una defensa desesperada.

Tras una descarga se consiguió rechazarles con muerte de cinco de ellos, quedando otros seis heridos y arrojándose el resto al mar menos uno que subió por la jarcia y cortó los cabos de maniobra hasta que el capitán Alzola le echó abajo de un tiro de arcabuz.

Siguió a esto un feroz cañoneo pirata que mató once españoles. Un nuevo intento de abordaje por proa fue rechazado, y luego los ingleses siguieron cañoneando a mansalva la nave española con 29 cañones y 2 pedreros. La situación era insostenible y, tras consultar a los pasajeros, se decidió capitular contra la promesa de salvar la vida.

Dueño de la nave, Cavendish, pues no de otro se trataba, mandó ahorcar pese a su promesa al canónigo D. Juan de Armendáriz, torturó a otros y finalmente desembarcó a todos en el fondeadero del cabo, mientras saqueaba la nave, que le proporcionó 700.000 pesos en metálico y millón y medio en brocados y sedas. Quemó luego la nao y se fue.

Los españoles abandonados se atrincheraron contra los indios y después, sacando del agua parte de la nave quemada, construyeron una balsa. Embarcando en ella llegaron en 12 días al puerto de Santiago en la provincia de Colima, donde les socorrieron y enviaron luego a Acapulco, llegando a este puerto el 7 de diciembre.

Entre tanto Cavendish seguía la ruta del Pacífico hasta Filipinas, perdiendo por el camino una de sus dos naves con parte del botín, por lo que hizo ahorcar a un piloto español que llevaba prisionero. En Panay intentó incendiar un galeón que se construía en el astillero, evitándolo el capitán Miguel Lorenzo de Lemos en una escaramuza en la que murieron siete piratas más. Siguiendo luego el camino de Molucas, Borneo y Cabo de Buena Esperanza, Cavendish efectuó la tercera vuelta al mundo y llegó a Inglaterra en septiembre de 1588, algo más de dos años después de su partida. Para entrar en el puerto cubrió las velas con

la seda robada y vistió a los supervivientes de su tripulación de forma fantástica. Fue luego festejado (¿cómo no?) por la reina Isabel, que asistió a un banquete dado en su navío.

Fortificación de los puertos españoles en las Indias

Los incesantes asaltos piráticos a los puertos americanos obligaron a pensar en su fortificación, hasta el momento muy descuidada. Para esta tarea Felipe II designó al maestre de campo Juan de Tejada, encargándose de la parte técnica el ingeniero militar Bautista Antonelli. Ambos llegaron el 18 de julio de 1586 a Cartagena de Indias a bordo de la Flota de Tierra Firme, junto con el nuevo gobernador de la plaza D. Pedro de Lubeña, poniendo inmediatamente manos a la obra.

Armáronse también algunas naves. En los últimos días de 1586 llegaron a la Habana dos galeras guardacostas que iniciaron sus cruceros en febrero del siguiente año, apresando dos navíos piratas franceses cerca de Cabo San Antonio.

En 1588 se sabe que una fragata armada por el gobernador de Jamaica atacó otro barco pirata fondeado en Puerto Negrillo, capturándole quince tripulantes. Escaramuzas como ésta eran frecuentes en la época, pero desde luego no decisivas para lograr la erradicación de la piratería.

CAPITULO III

ESPAÑA EN GUERRA CON INGLATERRA

El fracaso de la Gran Armada

En ciertas crónicas se suele presentar el infeliz ataque de la Gran Armada española a Inglaterra como un injustificado atentado de Felipe II, monarca fanático y cerril, contra Isabel I, liberal y tolerante, y en resumen contra la libertad de Inglaterra y Europa.

Poco estudio ha de hacerse de la historia real para resaltar la falsedad de tales interpretaciones. Tan intolerante fue Isabel con los católicos como Felipe con los luteranos, y de ello dan fe las muchas persecuciones de que hizo la soberana inglesa objeto a los «papistas», todavía mayoría en el país al ser ella coronada. De haber prevalecido el catolicismo en Inglaterra no hay duda de que hoy se tomarían en los *pubs* londinenses de moda enrojecidos vasos de «Bloody Elizabeth» en vez de los actuales «Bloody Mary».

Pero tanto estas persecuciones como la decapitación el 8 de febrero de 1587 de María Estuardo, crimen que horrorizó a Europa, muy bien pudieran presentarse como asuntos internos, ante las cuales un monarca extranjero no tendría más derecho que el de mostrar su repulsa. Mucho más graves fueron las continuas agresiones armadas de la monarquía inglesa en contra de la española, tanto en ultramar como en Flandes. Allí se llegó,

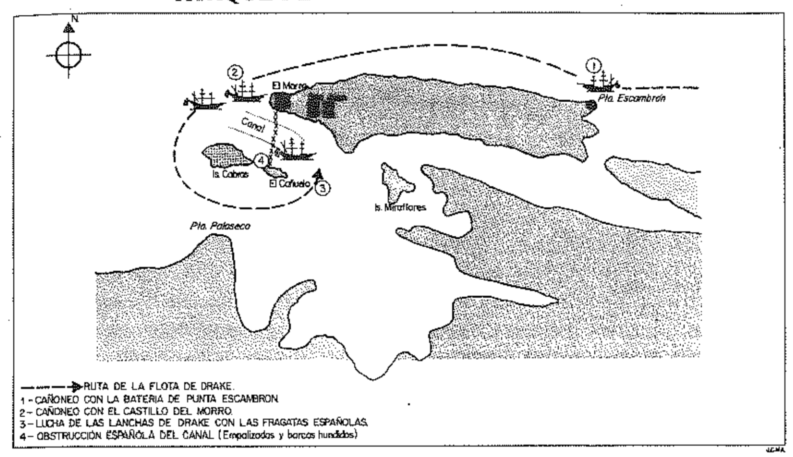
desde el robo de los caudales de una flota española llegada a Plymouth por tempestad, realizado en diciembre de 1568, y que dejó sin paga a los tercios del Duque de Alba, hasta el ofrecimiento el año siguiente de puertos ingleses como base de la embrionaria armada de los rebeldes, culminando con el envío de 1586 de un ejército expedicionario bajo el mando de Robert Dudley, conde de Leicester, para luchar al lado de los holandeses, suceso este último claramente constitutivo de «casus belli» para cualquier nación en cualquier tiempo o circunstancia.

Insoportable y vergonzoso era por otra parte, como se ha visto, el hecho de prepararse en Inglaterra, como si de vulgares negocios se tratara, expediciones de saqueo contra naves y puertos españoles en ambos continentes, dando la reina no sólo aprobación, sino también contribución económica y préstamo de barcos de guerra de la marina oficial para reforzar a los piratas. En 1587, todavía en período de presunta paz, una flota mandada por Drake cayó por sorpresa sobre Cádiz, apresando varios barcos españoles y quemando otros, como un antecedente del caso de Pearl Harbour cuatro siglos más tarde, ataque traicionero sin previa declaración de guerra.

La decisión de Felipe II de responder a esos ataques llevando la guerra al territorio de quienes los desencadenaban no puede tacharse de errónea ni mucho menos de injusta. El envío de la extraoficialmente llamada Gran Armada o Felicísima Armada (nunca Armada Invencible, apelativo inventado luego por el enemigo) fue legalmente irreprochable. Su única tacha fue el haber fracasado.

Mala suerte tuvo desde el primer momento el intento español, comenzando por la falta de los que hubieran podido ser sus jefes. Menéndez de Avilés, unos de los primeros en proclamar la necesidad de invadir Inglaterra, había muerto en Santander el 7 de octubre de 1574, y D. Alvaro de Bazán, a quien en un principio se puso al mando de la empresa, falleció el 9 de febrero de 1588, antes del inicio de la misma. Le sucedió D. Alonso Pérez de Guzmán, Duque de Medinasidonia, desafortunada elección real, por ser ignorante de las cosas del mar, a más de tozudo en sus posiciones si bien no careciera de valor personal, tal como en la trágica jornada demostró. De sobra conocidos son los resultados de este error de mando y de muchos otros cometidos en añadidura. Fracasó la invasión, y se perdieron sesenta y

ATAQUE DE DRAKE A PUERTO RICO



tres buques (de ellos sólo seis por acción bélica enemiga) junto con varios miles de hombres.

Evidentemente fue acertada la idea de acabar con la piratería mediante la destrucción de su nido central, pero el desastre al fallar la empresa había dejado a España casi sin poder naval, y con sus costas europeas y americanas prácticamente indefensas ante aquellos mismos forajidos a quienes se pretendía erradicar.

Ataques ingleses en Europa y América

Tras la derrota naval española era de esperar que Inglaterra tomara la iniciativa de la guerra. En efecto en 1589 se llevó a cabo una expedición contra Galicia y Portugal a cargo del ensoberbecido Drake, pero rechazado en Coruña y Lisboa, no logró sino hacer algunos daños menores a costa de la pérdida de un tercio de su fuerza, que se componía de 120 navíos y 8.000 hombres.

Pero este fracaso no estorbó, desde luego, para que numerosos corsarios partieran hacia las Indias, pretendiendo algunos de

ellos cruzar el Estrecho de Magallanes para imitar los éxitos de Drake y Cavendish. Otros barcos particulares o de la Royal Navy se apostaron también en las Azores para intentar interceptar la Flota de Indias de 1589, que por ello no pudo partir de los puertos americanos, aumentando aún más las dificultades de la monarquía española.

No faltaron los desastres en estas primeras empresas. Andrew Merik, salido a Portsmouth con un solo navío, lo vio desarbolado en el estrecho magallánico por un temporal y hubo de volver como pudo a Inglaterra, en tanto que John Chandler, que guiaba varios barcos por la misma ruta, tan sólo pudo llegar al Estrecho con uno sólo, no consiguiendo cruzarle ni con ese y debiendo volver a Europa para naufragar en las costas normandas.

En las Azores dieron los corsarios, en cambio, algún golpe afortunado, aunque sin poder capturar la flota indiana que ambicionaban. George Clifford, tercer conde de Cumbarland, que deseaba rehacer con la piratería una fortuna dilapidada, merodeó por el archipiélago con 13 naves (la capitana de 900 toneladas) y 450 hombres, en busca de la Flota de 1589 que, como ya se dijo, no llegó a salir. El 6 de septiembre llegó, en cambio a Fayal y apresó siete mercantes, regresando luego el 14 para saquear la población. Le mataron unos 80 hombres en los combates, pero en cambio logró reunir algún botín.

En 1590 el ya conocido John Hawkins y Martín Frobisher salieron para las Indias con 5 naves, siendo vistos cerca de la Habana y cayendo poco después uno de sus barcos en manos de los españoles. También hubo de sufrir pérdidas Richard Grenville, almirante de Inglaterra, mientras que una flotilla española bajo el mando de Zubiaur capturaba siete naves corsarias inglesas cerca de Finisterre.

En 1591 salieron finalmente las Flotas de Indias con los cargamentos acumulados anteriormente, cuya aportación resultaba vital para la economía española. Pero para evitar su paso se apostó cerca de Cabo San Vicente una flota corsaria mandada por el conde de Cumberland, y en las Azores una importante formación de la Royal Navy mandada por Thomas Howard, conde de Suffolk. Conociendo lo que se jugaba en la acción, España hizo un supremo esfuerzo naval, enviando sendas armadas contra las dos flotas enemigas.

Hacia las Azores partió D. Alonso de Bazán con las escuadras de Marcos de Aramburu, Antonio de Urquiola, Sancho Pardo y Martín de Bertendona, totalizando 55 naves y 7.200 hombres, a cuya fuerza se añadirían luego ocho barcos ligeros (felipotes) de Portugal mandados por D. Luis Coutinho (1). Entre la isla de Flores y la de Cuervo cayó esta formación sobre la Royal Navy inglesa, que contaba con 22 naves, de ellas 6 galeones grandes. Huyeron los ingleses a toda vela, siendo alcanzada y abordada por los españoles la capitana *Revenge*, en cuya toma murió Richard Grenville y 150 de los suyos, alcanzando las bajas españolas el número de un centenar. De tal manera quedó despejado aquel sector para la llegada de las naves americanas.

Para el Cabo San Vicente habían salido cinco galeras mandadas por el general D. Francisco Coloma, fuerza que batió también a los navíos corsarios de Cumberland en las islas Berlingas, apresando una nave de 14 cañones y 150 tripulantes, una zabra grande y una carabela, a costa de tan sólo dos muertos españoles. El resto de los corsarios se dieron a la fuga, despejándose aquí también en camino de las Flotas.

Llegaron éstas como estaba previsto, si bien que castigadas por los temporales, aportando Antonio Navarro 11 naves y Aparicio Arteaga 48. Una fuerte tempestad en las islas Terceras hizo naufragar 16 de estos barcos, si bien pudieron ponerse en salvo tanto las tripulaciones como los preciados cargamentos, que llegarían a España sin más novedad.

En el año 1591 continuarían las expediciones a las Indias por parte de corsarios ingleses. El capitán Christopher Newport tomó y saqueó Ocoa y Yaguamas en la Española y Trujillo en Honduras, Amyas Preston causó daños en las costas venezolanas y un tal King apresó varias naves del comercio local.

En 1592 los ingleses armaron cuatro escuadras bajo los mandos de Walther Raleigh, Hawkins, Frobisher y Cumberland, que lograron variada fortuna. Hawkins sufrió una tempestad que dispersó sus naves, seis de las cuales fueron apresadas por la escuadrilla de D. Pedro de Zubiaur. En cambio Cumberland

(1) Los barcos ligeros eran llamados *fly boats* por los ingleses. La jerga marinera española castellanizó este nombre primero como «filibotes» y luego como «felipotes» quizá en alusión al monarca de las Españas.

logró tomar un galeón separado de las Flotas de Indias, el *Madre de Dios,* no obstante defenderlo bravamente D. Fernando de Mendoza durante un día y una noche.

También en el año 1592 salió el ya conocido Sir Thomas Cavendish de Inglaterra con seis navíos, dispuesto a repetir sus anteriores hazañas en el Pacífico. Pero nada más partir perdió un patache con 42 hombres, prólogo a los muchos disgustos que le aguardarían. El resto de las naves tardaron 40 días en llegar a la línea ecuatorial, siendo azotados sus tripulantes por diversas enfermedades. Hizo luego escala en Brasil, de donde se envió noticia de su presencia a las autoridades españolas (1). Logró Cavendish entrar en el Estrecho de Magallanes, pero el hambre de las tripulaciones provocó un motín, y hubo de retroceder de nuevo a Brasil, travesía en la que perdió dos barcos por naufragio y otro más por deserción. Desembarcado un contingente en la isla portuguesa de San Sebastián, los lusitanos les mataron o apresaron a todos. Finalmente, cerca de Pernambuco, un temporal hizo naufragar los restos de la flotilla, pereciendo Cavendish con todos sus compañeros, y rematándose de tal forma la expedición.

En 1593 envió Cumberland su sexta expedición a las Azores con doce naves. Al no lograr nada allí, destacó tres naves a las Antillas bajo el mando del capitán Laughton, que tomó algunos barcos de negros pescadores, pero perdiendo en naufragio cerca de Santo Domingo un navío de 31 cañones, piezas artilleras que fueron rescatadas en parte por los dominicanos.

En 1594 estaba de nuevo en las Azores Cumberland, más decidido que nunca a rehacer su fortuna a costa ajena. Sus tres naves atacaron la nao portuguesa de Indias *Cinco Chagas,* de Francisco de Melo, logrando tomarla. Pero en la lucha perecieron el almirante Williams Anthony, el vicealmirante George Cave y 90 ingleses más, con 150 heridos, por lo que el conde

(1) El Virrey del Perú D. García Hurtado de Mendoza, Marqués de Cañete, escribió al Rey que deseaba que Cavendish entrara en el Mar del Sur «...porque con el favor de Dios tengo por cierto que si entran que no han de volver a salir, porque me hallarán con 5 galeones de V. M. y una galizabra, y los dellos Capitana y Almiranta tengo por cierto que no los ay mejores en ese mar... y quando huviese necesidad de más navios podré artillar otros quatro, y de pólvora y municiones estoy muy bien proveído, y gente no faltará» (Ruben Vargas Ugarte «Historia General del Perú», tomo II, p. 348).

pirata ordenó quemar el barco portugués y asesinar a sus supervivientes. Acometieron luego al galeón *San Felipe* de D. Luis Coutinho, pero éste les rechazó causándoles nuevas pérdidas.

El año 1595 vio de nuevo al conde de Cumberland en su habitual merodeo de las Azores. No hallando tampoco las Flotas de Indias, hizo separarse de su grueso a William Ronson y a Laughton con sus naves, quienes sí que avistaron la nave almiranta de la Flota, separada del grueso por una tempestad, pero fueron rechazados por ella.

En 1596 apareció nuevamente en las Azores el incansable Cumberland, pero fue ahuyentado por la escuadra española de Luis Fajardo, salida para proteger el paso de la Flota de Indias que el pirata ambicionaba interceptar.

La expedición de Richard Hawkins al Pacífico

Con este continuo acecho de las Flotas de Indias no dejaban de simultanearse nuevas expediciones piráticas en América. En 1593 probó fortuna en este sentido Richard Hawkins, único hijo del célebre John Hawkins en su matrimonio con Katherine Conson. Ni que decir tiene que fue grandemente ayudado por su padre en la preparación de la empresa.

El 22 de junio de 1593 zarpó de Plymouth la expedición, compuesta por el galeón *Dainty* de 300 toneladas y 20 cañones, al parecer bautizado personalmente por la reina inglesa, otra nave de 100 toneladas y 8 cañones y el patache *Fàntasy,* de 60 toneladas. Topó dicha flotilla con una tempestad que la impidió aproximarse a Canarias, y luego con otra en mitad de la travesía del Atlántico, en la que invirtió cuatro meses. Más tarde, en las costas del Brasil, perdieron los ingleses la nave almiranta y desertó el patache. Pero Hawkins decidió seguir con la *Dainty,* quizá recordando que Drake actuó en el Mar del Sur también con un solo navío.

Cruzado el Estrecho de Magallanes, el navío pirata cayó sobre Valparaíso que se hallaba desprevenida. Apoderáronse allí los piratas de cuatro naves de carga, mas una quinta que llegaba desde Valdivia en tan infausto momento. Hawkins hizo rescatar a los españoles por 25.000 ducados los citados navíos excepto

uno que se llevó consigo, junto con el piloto Alonso Pérez Bueno.

Pero uno de los rescatados navíos, mandado por Juan Martínez de Leyva, logró llegar rápidamente al Callao y avisar de lo que ocurría al virrey del Perú, D. García Hurtado de Mendoza, Marqués de Cañete, que dispuso en el acto las medidas defensivas que no había sido necesario usar contra Cavendish.

El 24 de mayo zarparon del Callao tres galeones de 500 toneladas bajo el mando de D. Beltrán de Castro y de la Cueva; cuñado del Virrey, siendo Almirante Miguel Angel Filipón. Eran las naves la Capitana del maestre Andrés Gómez, de 28 cañones, la Almiranta de D. Alonso de Varga Carvajal, de 30 y el galeón *San Juan,* a los que se unieron cuatro pataches con 30 hombres cada uno. Como medida adicional se enviaron barcos ligeros a Panamá y Nueva España con la noticia, y correos indios («chasques») a las poblaciones costeras para dar la alarma.

El 3 de junio llegaron al Callao noticias según las cuales Hawkins había pasado por Arica, y el Virrey preparó dos galeones más, el *Santa Ana* y otro que hacia de nueva nao capitana, junto con una galizabra, para interceptarlo si acaso se le escapara a D. Beltrán. Unos días más tarde llegó otra noticia situando al pirata a la altura de Chincha, enviándose un esquife con la noticia a la armada. El pequeño bajel la alcanzó el 4 de junio, y la flotilla de D. Beltrán se dirigió al punto señalado.

El domingo día de la Trinidad al amanecer fue avistada la *Dainty* por barlovento. Se le dio caza al instante, pero el inglés logró zafarse al abrigo de un temporal. Quebráronse los mástiles de la Capitana española, en tanto que el galeón *San Juan,* que casi alcanzaba al fugitivo, quedó también desarbolado. Continuaron la persecución la Almiranta y un patache, pero Hawkins ordenó arrojar por la borda las mercaderías robadas, a fin de aligerar su nave y logró perderse de vista al caer la noche.

Regresó la averidada armada al Callao, no bajando siquiera a tierra D. Beltrán, disgustado. Salió de nuevo poco después, con la Almiranta bajo su mando personal y la galizabra de Lorenzo de Heredia. El 16 de junio recogió en Huanchaco al piloto español Alonso Pérez Bueno, que Hawkins apresara en Chile y que dejara luego en libertad a su paso por el citado lugar. El 20 pasaron los navíos españoles por Payta, donde recibieron nuevas noticias de haberse avistado al pirata cerca de la bahía de Atacanes.

Finalmente el 30, en la mencionada bahía, fue avistada de nuevo la *Dainty,* junto con una lancha que había apresado. Llegó primero el galeón, y Hawkins intentó atacarle, pero recibió al acercarse una certera andanada que causó visible daño. Apareció en esto la galizabra, que recuperó la lancha, en tanto que la *Dainty* se daba de nuevo a la fuga, perseguida por el galeón. Al caer la noche, como en el anterior encuentro, logró perderse de vista.

Pero esta vez el galeón de D. Beltrán le iba a los alcances. El 2 de julio fue avistado de nuevo el pirata, y ahora no pudo zafarse. Le disparó D. Beltrán una terrible andanada de estribor, seguida de una descarga de mosquetería, tras de lo cual le invitó a rendirse. Al negarse Hawkins, dispararon de nuevo los mosquetes, y los españoles pasaron al abordaje. Después de un duro combate fueron vencidos los ingleses, sobreviviendo 90 de ellos que quedaron prisioneros, incluido el propio Richard Hawkins que, herido de dos balazos, fue llevado por D. Francisco de la Cueva y el capitán Pedro del Pulgar a presencia del jefe español.

Siguió la victoriosa flotilla a Panamá, donde fueron desembarcados la mayoría de los prisioneros para su envío a España, quedando a bordo Hawkins y algunos otros. El 8 de diciembre hizo D. Beltrán su entrada triunfal en el Callao.

Gran júbilo causó esta victoria en Lima, donde se consideró compensación a los ultrajes de Drake quince años antes. Celebráronse fiestas, y el Conde de la Granja recuerda el hecho en su «Poema de Santa Rosa», glosando las hazañas, quizá exageradas líricamente, de algunos de los participantes en la acción:

Calderon y Castilla, eterna fama
Logra, matando ingleses a montones
Un mar de sangre sobre el mar derrama
Hecho un león, el leonés Quiñones.
Lezcano, el hierro convertido en llama
Ilustra a hazañas cántabros blasones
Luján, Rivera y Avalos el fuerte
En cada amago vibran una muerte (1)

(1) Citado en Vargas op. cit., tomo II, p. 351.

Caballeroso mostrose D. Beltrán de Castro con el vencido Hawkins, habiéndole visto valiente en el combate y digno en la derrota, a más de que, por estar Inglaterra y España en guerra, podíasele considerar mejor como corsario que como pirata. Tras de curarle, alojósele en su propia casa y no permitió que fuera entregado a la Inquisición, de cuyas manos no hubiera salido tan bien librado. Embarcado luego para España, después de un año de cárcel sería liberado y enviado a Londres en 1602.

En cuanto a la *Dainty,* quedó incorporada a la escuadra de defensa española con el nuevo nombre de *La Inglesa.*

Sir Walther Raleigh en la desembocadura del Orinoco

En 1595 se aprestó otra expedición a las Indias, a cargo de Sir Walther Raleigh. Estaba por aquel entonces el mencionado en lucha por el puesto de favorito de Isabel I con su rival el conde de Essex, competencia librada, naturalmente, en el lecho de la que sus súbditos, con humor verdaderamente británico, se obstinaban en seguir llamando «La Reina Virgen».

Temiendo quizá su derrota en tal pugna, Raleigh se dispuso a paliarla con la conquista del mítico Eldorado, que antes buscara en Norteamérica y que ahora suponía en manos de los españoles de la Guayana.

Salió Raleigh de Plymouth en enero de 1595 con cinco naves y otras tantas pinazas. El 3 de marzo del mismo año estaba ante Trinidad, anclando frente a S. José de Oruña, capital de la isla. El gobernador D. Antonio de Berrio había seguido comerciando ilegalmente con los ingleses aún declarada ya la guerra, y precisamente un mes antes había recibido como amigo a Robert Dudley. Así subió a bordo de la nave de Raleigh, fiado en el fingimiento de éste de haber venido a comerciar, y fue apresado. A continuación desembarcaron 150 piratas, que se apoderaron fácilmente de la ciudad, donde sólo había ocho hombres de armas. Exploraron los ingleses luego el Orinoco, sin hallar rastros de Eldorado y, antes de marcharse, dejaron dos de los suyos como embajadores con el cacique indio Topicuarí, sin duda como preparación para otra futura expedición. Siguieron luego los de Raleigh hacia la isla Margarita, que estaba prevenida. En Cabo de la Vela les apresaron tres hombres, y en Cumaná les mataron siete.

Desembarcaron a continuación los expedicionarios cerca de Santiago de Caracas cuyo gobernador, D. García González de Silva, armó a los vecinos para resistirles. Pero un mulato traidor llamado Villalpando enseñó a los ingleses el camino para coger a los defensores por la espalda, y los quinientos desembarcados llegaron así con facilidad al poblado, de donde se retiraron los hombres del gobernador. Tan sólo un anciano, Alonso Andrea de Ledesma, montó a caballo y alanceó a los atacantes hasta ser muerto. Tras quemar el pueblo Raleigh se retiró sin ninguna ganancia, habiendo ahorcado a Villalpando en venganza por la falta de botín.

El gobernador de Cumaná, D. Francisco de Vives, envió luego a Trinidad algunos soldados. Los indios parlamentaron con él ofreciendo entregarle los dos «embajadores», de cuya existencia se enteraron los españoles entonces. Uno de ellos no pudo ser apresado, pues fue muerto y devorado por un jaguar antes de la entrega. El otro, un tal Sparrey, sería mandado a España donde algún tiempo después se le pondría en libertad.

Añadase que el gobernador Berrio siguió con sus liviandades contrabandistas hasta que en 1612 fue destituido acusado de tráfico con los holandeses. Su sucesor, Sancho de Alquiaza, pondría término a la situación capturando un capitán holandés que intentaba comerciar, y exigiendo por su rescate la entrega de dos cañones, los primeros con que contaría la colonia.

La gran expedición de John Hawkins y Francis Drake

Preparábase en Inglaterra una gran expedición a las Indias Occidentales dirigida por los dos marinos más célebres del país, John Hawkins y Sir Francis Drake, y que habría de tener lugar en 1595.

Drake había visto palidecer su estrella en los últimos tiempos. Su labor en el rechazo de la Gran Armada española, fuera de la famosa anécdota del juego de pelota, había sido poco airosa, y a ello debía unirse el fracaso de la expedición de 1589 contra Galicia y Portugal. Pensaba, no obstante desquitarse en su habitual teatro de depredaciones en las Indias, y suya fue la

iniciativa de la expedición, que la reina aceptó con la condición de que el mando fuera compartido con John Hawkins. Había éste prosperado mucho, dedicándose a la preparación de la Royal Navy, y la derrota y prisión de su hijo en las costas peruanas lo hacían propicio a intervenir en una operación de represalia. Ambos piratas no estaban en buenas relaciones desde que Drake escapara de Veracruz en la *Judith* y se apoderara de su cargamento pero ahora hicieron las paces, y propusieron a Isabel I un plan conjunto que implicaba la toma de Panamá y el establecimiento en el istmo de una colonia inglesa, además del saqueo de las principales ciudades españolas en América.

Al reclamo de la expedición acudió gente aventurera y maleante, a la que se unieron tropas regulares inglesas mandadas por Sir Thomas Baskerville. La flota se reunió en Plymouth, aportando la Royal Navy las naves de guerra construidas especialmente para la acción, *Garland* y *Defiance,* además de los galeones *Bonaventure, Hope, Foresight* y *Adventure.* Junto con las naves corsarias particulares, totalizó la flota los 28 barcos, en los que embarcaron 1.500 marinos y 3.000 hombres de desembarco, constituyendo así, con mucho, la más grande armada despachada hasta entonces contra las Indias. A bordo se embarcaron numerosas lanchas desmontables de desembarco, invención del propio Drake.

Los preparativos hubieron de sufrir un retraso, sin embargo, por las alarmantes noticias llegadas en verano de 1595. La guarnición española de la ciudad bretona de Blavet había dispuesto por su cuenta una expedición de cuatro galeras contra Inglaterra, y en julio cruzaron el canal y llegaron a las costas de Cornualles. Desembarcaron allí 400 arcabuceros que en principio no hallaron resistencia, pues todos huyeron despavoridos. Volviendo por una vez la oración por pasiva, saquearon e incendiaron varias localidades inglesas, entre ellas Mausehole, Saint Paul y Penzance, antes de retirarse nuevamente a Bretaña con un gran botín. Lástima fue que tal operación fuera aislada y no se repitiera luego con la necesaria frecuencia para hacer probar a los británicos la propia medicina que ellos administraban aún antes de declaradas las hostilidades.

En principio hubo pánico en Inglaterra, pues se creyó en una invasión española en gran escala, tomándose medidas defensivas en Plymouth y otros muchos lugares. Luego, al ver que se trataba tan sólo de una incursión, se continuaron los preparativos para la expedición a Indias. El 7 de septiembre salió por fin ésta, izando Drake su insignia en el *Defiance* y Hawkins la suya en el *Garland.*

No tardaron en iniciarse las primeras disensiones. Comunicó Drake que había embarcado 300 hombres más de lo previsto y que, al no tener suficientes víveres, debía ser socorrido por las otras naves, a lo que se negó Hawkins. Propuso entonces Drake variar el plan inicial y en vez de ir a las Indias sin escalas, saquear primero Canarias, consiguiendo víveres y dando a los suyos el estímulo de una primera victoria. Hawkins se opuso también, argumentando que así se perdería el efecto de la sorpresa, en tanto que Baskerville decía que sus tropas tomarían Las Palmas en cuatro horas, y Drake, aún más optimista, predecía que las Canarias se rendirían sin combatir. Finalmente cedió Hawkins, acordándose del ataque al archipiélago.

El 4 de octubre llegó la flota a las Canarias. Contorneó Lanzarote, pasó por el canal que separa esta isla de Fuerteventura y apareció ante Las Palmas en el amanecer del 6 de octubre.

No se tenía en Las Palmas ningún informe sobre la aproximación de la flota enemiga, de modo que la primera noticia de su presencia fue el penacho de humo que surgió del castillo de Santa Catalina, anunciando una escuadra de más de cinco velas, seguida por un cañonazo que denunciaba tal flota como hostil. Se corrió la voz de alarma y los vecinos comenzaron a armarse, mientras que de los campos próximos llegaban los campesinos para ocupar su lugar en las milicias de defensa. En total se movilizaron en la isla casi un millar de hombres, esperándose de Tenerife un refuerzo de 400 más, mandados por Cabrera de Rojas.

Sobre los planes defensivos hubo una discusión entre el gobernador D. Alonso de Alvarado y el regidor de la Audiencia D. Antonio Arias, sosteniendo el primero la necesidad de evitar el desembarco a todo precio, mientras que el segundo optaba por dejar desembarcar al enemigo y atacarle en tierra. Prevaleció la opinión del primero, apoyado por los jefes de las compañías de milicias.

Entretanto la flota inglesa se había dividido, aproximándose 15 barcos al castillo de Santa Catalina y los otros 13 al de

Santa Ana. Una carabela y una lancha, en la que iba el propio Drake, sondeaban mientras tanto los accesos al puerto y colocaban boyas para señalar la ruta de las lanchas de desembarco. El mando español dispuso la salida de algunas embarcaciones propias para quitar las boyas, pero antes de que pudieran hacerlo sonó en la flota inglesa el cañonazo que marcaba el comienzo del ataque.

Acercáronse a tierra 27 lanchas de desembarco llevando una vanguardia de 500 hombres, mientras que tres barcos las protegían y otros 12 se aproximaban a tiro de mosquete de las trincheras españolas, iniciando el fuego contra ellas.

Disparó poco la artillería de Santa Catalina pues el alcaide, obsesionado por la idea de un largo sitio, deseaba ahorrar municiones. Para paliar esto, el gobernador situó entre el castillo y el mar varias compañías de milicias con dos cañones de campaña. Estas piezas y otras cuatro emplazadas en otros lugares dispararon sin cesar, alcanzando repetidamente lanchas y navíos, en tanto que desde las trincheras se hacía nutrido fuego de mosquete y arcabuz.

Después de hora y media de infructuosos intentos por desembarcar, habiendo sido destrozadas cuatro lanchas, alcanzados cinco navíos, uno de ellos de gravedad y muertos unos cuarenta hombres, Drake ordenó regresar a las naves, renunciando al desembarco. Baskerville dijo entonces que la conquista de Las Palmas duraría cuatro días en vez de cuatro horas como antes manifestara, pero Drake no le hizo caso y reconoció su error ante Hawkins. Se acordó renunciar a la empresa y buscar un lugar donde aprovisionarse de agua y leña antes de seguir a las Indias. Consolose sin duda Drake con el pensamiento de que también su triunfal expedición de 1585 se inició con un descalabro en Canarias.

Los españoles vieron alejarse la flota enemiga con el alivio que es de suponer. Informado el gobernador por los campesinos de que los ingleses se dirigían al Sur, ordenó que un destacamento de caballería les siguiera por tierra para conocer sus movimientos. Dicho destacamento vio que unos 500 hombres desembarcaban poco después en la bahía de Arguineguín, levantando tiendas. Una de las lanchas, portando un capitán y nueve soldados, tomó tierra algo apartada, y los españoles aprovecharon para caer sobre ella, haciendo ocho muertos y dos prisioneros. Por ellos supo el gobernador contra quien había luchado y cuales eran las intenciones enemigas, por lo que se apresuró a enviar un navío rápido de aviso a las Indias.

Tras la escaramuza de Arguineguín los ingleses temieron verse cercados y se largaron aquella misma noche. Recalaron en las costas de Gomera, donde hicieron acopio de agua y leña sin buscar contacto con los isleños, y el 9 de octubre iniciaron al fin el cruce del Océano, con Puerto Rico como primer objetivo.

Drake en Puerto Rico

Podría preguntarse qué buscaban Drake y Hawkins en la isla de Puerto Rico, nada próspera pese a su nombre desde que se acabaran los escasos yacimientos de oro. Para responder a esta pregunta es menester remontarse a algún tiempo atrás.

El 10 de mayo de 1595 había salido de la Habana la Flota de Indias del año con destino a Sevilla. Pero el 15 la sorprendió en el canal de Bahamas una terrible tempestad, dispersándose varios de sus buques. La Capitana de Tierra Firme, donde iba el General D. Sancho Pardo Osorio con 300 hombres y dos millones de pesos en plata quedó aislada y desarbolada, debiendo recalar en Puerto Rico el 9 de abril. Inmediatamente, de acuerdo con el influyente obispo D. Antonio Calderón, se desembarcaron los caudales que fueron llevados a la fortaleza del Morro, enviándose a España un barco rápido con la noticia. De alguna forma también ésta hubo de llegar a Inglaterra, regalando los oídos de los jefes expedicionarios con la promesa de un gran botín.

Temiendo precisamente ésto las autoridades peninsulares, enviaron para recoger la plata una escuadrilla de cinco fragatas bajo el mando de D. Pedro Tello de Guzmán, que zarpó en noviembre. Llegaron estos buques sin novedad a Guadalupe, pero allí avistaron dos velas sospechosas, a las que dieron caza. Fue capturado un barco con unos 25 ingleses y éstos confesaron que precisamente en Guadalupe estaba toda la flota pirata de Hawkins y Drake montando sus lanchas de desembarco para el asalto a Puerto Rico. Apresuráronse las fragatas españolas en marchar hacia esta isla, donde llegaron el 13 de noviembre con la poco agradable noticia.

A toda prisa adoptó el gobernador medidas de defensa. En el estrecho canal de aguas profundas que daba entrada al puerto, entre el Morro y la isleta del Cañuelo, mandó hundir el galeón averiado de D. Sancho Pardo Osorio y otras naves, extendiendo además de un sitio a otro una barrera de troncos de árboles atados unos a otros. Tras estos obstáculos, desplegó en línea las cinco fragatas recién llegadas. A la guarnición regular de 400 soldados, añadió los 300 marinos de D. Sancho Pardo, los 500 llegados con las fragatas y 300 paisanos armados, con parte de los cuales creó una compañía de lanceros bajo su propio mando personal. Compañías y otros contingentes fueron destacados en todas las caletas, para estorbar cualquier posible desembarco de la flota enemiga.

Llegó ésta el 22, apareciendo frente a Punta Escambrón. Una batería española abrió fuego de inmediato, siendo contestada por los cañonazos de los barcos. Al poco tiempo de iniciado el fuego un proyectil alcanzó el comedor de la nave estandarte inglesa, donde se hallaba el propio Drake, cenando con sus oficiales, muriendo los capitanes Nicholas Clifford y Brute Brown con otros cinco piratas, bien que Drake quedara ileso. Después de esto, la flota se desvió hacia el Oeste, resguardándose tras la Isla de las Cabras.

El día 23 varias embarcaciones ligeras piratas sondearon las aguas y exploraron los posibles puntos de desembarco, sembrando la intranquilidad en la ciudad.

Drake y los suyos, vista la imposibilidad de forzar el canal, decidieron en aquel día contornear los obstáculos pasando al Sur de las islas de Cabras y del Cañuelo para atacar de flanco las fragatas y luego la ciudad. Por no haber suficiente profundidad en esa zona, el ataque se debería hacer en las lanchas donde embarcaron numerosos piratas.

A las diez de la noche se inició la maniobra, avanzando 30 lanchas con 50 hombres cada una, al amparo de la oscuridad, entre isla de Cabras y Punta Paloseco. Llegando junto a las fragatas, las atacaron con artificios de fuego, provocando el incendio de varias de ellas.

Alertados por las llamas y los disparos, acudieron los españoles para rechazar el asalto y apagar los incendios de sus naves. Lograron esto último en todas excepto la *Magdalena,* que ardió totalmente. Pero sus llamas iluminaron completamente la escena, descubriendo las lanchas piratas que fueron objeto al instante de un horroroso fuego de mosquetes, arcabuces y cañones desde las fragatas y las islas, colaborando la artillería del fuerte del Morro y la batería de Punta Santa Elena. Saltaron en pedazos las embarcaciones, muriendo sus tripulantes o nadando hacia la costa en donde se les recibió a lanzazos. Fueron destruidas nueve lanchas y muertos 400 piratas, mientras que de los españoles perecieron unos cuarenta hombres, en especial en la incendiada *Magdalena.* El ataque había sido totalmente rechazado, dándose por muy contentos con regresar a sus naves los piratas que pudieron hacerlo.

El 24 siguió amagando Drake. Siete lanchas avanzaron hacia el Boquerón, pero al ser recibidos con fuego de mosquetería se retiraron. El 25 se puso en movimiento la flota hacia la playa de San Genaro para hacer allí aguada antes de largarse definitivamente.

Es de imaginar el júbilo español ante el sonado triunfo. Por los prisioneros se supo que había muerto John Hawkins y se creyó que fue de resultas al combate, con lo que la impresión de victoria resultó aún mayor. En realidad el pirata había fallecido de enfermedad el día 20, en ruta de Guadalupe a Puerto Rico, ahorrándose así la amargura de la derrota.

El 20 de diciembre, considerado el mar como despejado, zarparon las cuatro fragatas supervivientes de D. Pedro Tello con los dos millones de pesos en plata. Llegarían a España sin novedad.

Drake en Tierra Firme. El intento sobre Panamá

El fallecimiento de Hawkins había dejado el mando de la flota en las solas manos de Drake. El 9 de diciembre estaba éste en Curaçao, y de allí partió hacia Río del Hacha. Al tener noticia de su aproximación, y huérfanos de defensas como se hallaban, los vecinos evacuaron la población llevándose todas sus riquezas. Desembarcó Drake y envió emisarios al gobernador D. Francisco Manso de Contreras exigiendo rescate por no destruir el poblado. Procuró el español alargar las negociaciones en espera de los refuerzos que ya estaban en marcha, pero enterado de

ello Drake, se apresuró a zarpar no sin quemar algunas casas y rancherías como venganza.

De Santa María también huyeron los vecinos al llegar los piratas, aunque, por rezagarse, fue apresado el teniente del gobernador D. Francisco Ordóñez Flores. Al negarse los españoles a pagar rescate alguno, Drake incendió el caserío.

Apareció luego la flota inglesa ante Cartagena de Indias, pero aquí sí había defensores y artillería, y el gobernador D. Pedro de Acuña estaba dispuesto a no tolerar que se repitiera la derrota de 1586. Sabiendo o adivinando la situación, Drake no se arriesgó a un nuevo Puerto Rico y pasó de largo, reservando sus fuerzas para el objetivo primario de la expedición, esto es la toma de Panamá.

El 6 de enero de 1596 hizo su aparición la flota inglesa frente a Nombre de Dios, en el Istmo. Aquí también los vecinos abandonaron sus casas llevándose con ellos todo lo transportable. En su huida hacia el interior no tardaron en topar con un contingente de soldados con seis cañones y bastantes arcabuces que, bajo el mando del Presidente de la ciudad de Panamá, D. Alonso de Sotomayor y Andrés, se disponía a combatir a los piratas. Por orden del enérgico Marqués de Cañete, Virrey del Perú, habíanse construido algunas fortificaciones en el río Chagres, en tanto que en la ruta terrestre se erigía en Loma Capirilla el fortín llamado San Pablo de la Victoria, que ahora fue guarnecido por 70 arcabuceros.

Drake planeaba cruzar el istmo por ambos caminos, yendo él mismo en lanchas por el Chagres, en tanto que Baskerville seguiría la ruta terrestre. Al amanecer del 8 de enero atacó la columna de este último el fortín, iniciándose el combate por el istmo.

Se lanzaron al asalto los piratas en formación cerrada, siendo diezmados por el fuego de arcabucería. El capitán Juan Enríquez Conabut dirigía con eficacia la defensa del fuertecillo, y a cada descarga veíanse rodar por tierra gran cantidad de atacantes, sin que las sucesivas embestidas lograran el menor éxito. Alertado por el ruido de la batalla, Sotomayor envió de refuerzo al capitán Hernando de Lierno Agüero con cincuenta soldados, sin duda escaso número para vencer a la muy superior columna de Baskerville, pero que se acercaron tocando trompetas y tambores como si fueran muchos más. Engañados por la treta huyeron en desbandada los piratas, hostigados por un contingente de negros que se unió a los soldados, y que degollaban a cuanto rezagado caía en sus manos. Entre muertos en combate y despeñados en la huida perecieron allí más de 500 piratas.

Drake, que ya tenía embarcados a los suyos, debió ponerles de nuevo en tierra para proteger la retirada de Baskerville, renunciando también a la ofensiva fluvial. El 12 incendió por despecho Nombre de Dios, y el 15 se alejó para siempre de aquellos lugares para él tan amargos.

La flota pirata se refugió en Escudo de Veragua, con la gente desmoralizada y Drake enfermo. Los vecinos de Santiago del Príncipe les mataron todavía treinta y siete hombres que intentaban hacer aguada en Río Fator, y los españoles de algunas estancias y fincas alancearon algunos otros más que habían desembarcado en busca de víveres.

Zarpó finalmente la flota en dirección a Portobelo, entonces todavía un pequeño caserío. Pero antes de llegar allí murió Drake, siendo enterrado en una pequeña isla que desde entonces llevaría su nombre.

Le sucedió en el mando Baskerville, quién hizo quemar varias naves averiadas y faltas de tripulantes, además de soltar algunos españoles y negros que llevaba prisioneros.

Fin de la gran expedición

Mientras todo ésto ocurría, en España, al llegar la noticia del ataque a Canarias, se preparó una flota de auxilio para las Indias compuesta por 8 galeones, 13 embarcaciones menores y 3.000 hombres. Era Capitán General D. Bernardino de Avellaneda, Almirante D. Juan Gutiérrez de Garibay, y jefe de la infantería Joanes de Villaviciosa.

El 2 de enero de 1596 zarpó la citada armada desde Lisboa, pero en medio del Atlántico, como tantas veces sucediera, una tempestad la dispersó y causó serio quebranto. Fueron llegando las dispersas naves a Puerto Rico a partir del 17 de febrero, partiendo de allí para Cartagena de Indias, donde llegaron diez días después. En dicho puerto debió iniciarse la reparación de las naves, averiadas en su gran mayoría. Entretanto les fueron

llegando noticias de estar en Darién, inactiva, la flota que se creía aún bajo el mando de Drake.

Pero en la noche del 30 dióse la alarma, al ver los vigías desfilar en alta mar, muy lejos, una inquietante procesión de faroles y fanales. Se trataba de la flota pirata que dejaba su refugio y cruzaba tranquilamente ante Cartagena, quizá ignorante de la presencia de los navíos españoles. Encolerizóse grandemente Avellaneda, y se dispuso a dar caza al enemigo pero, por falta de viento, no pudo zarpar hasta el dos de marzo, haciéndolo trece barcos de los mejor reparados.

El 11 llegaron los navíos españoles a la isla de Pinos, frente a Cuba, y allí, en la ensenada de Guaniguanicos, avistaron a la flota pirata, fuerte en 14 naves, rodeada por sus lanchas y haciendo aguada con toda tranquilidad. El Almirante Garibay, que iba adelantado con tres navíos, arremetió por sí sólo contra toda la flota enemiga, recibiendo y devolviendo nutrido cañoneo mientras pugnaba por llegar al abordaje. Cundió la confusión entre los ingleses y al aproximarse el grueso español, los barcos piratas abandonaron sus lanchas y escaparon a toda vela. Además de aquellas, los españoles tomaron en la ocasión una nave grande con 300 hombres y un patache con 35, perdiendo a su vez un barco hundido y sufriendo unas 80 bajas entre muertos y heridos.

Siguieron los españoles dando caza al enemigo hasta el Canal de Bahama, salvándose los piratas por la mayor ligereza de sus naves, de las que arrojaron al mar mucha impedimenta y aún algunos cañones. Finalmente les perdió Avellaneda de vista y tomó puerto en la Habana, donde los prisioneeros fueron puestos a trabajar en las fortificaciones de la plaza.

Trágico fue el viaje de vuelta de los piratas, debiéndose abandonar en el curso del mismo varias naves más, averiadas en el combate. Tan sólo ocho de las veintiocho que partieron consiguieron llegar a Plymouth, siendo grande la decepción en Inglaterra al conocer el desastre de la expedición y la muerte de Drake y Hawkins.

Por estas mismas fechas, en contraste, llegaba felizmente a San Lúcar la Flota de Indias del año, portando veinte millones de pesos.

El Conde de Cumberland en Puerto Rico

No había cejado entre tanto nuestro ya conocido George Clifford, Conde de Cumberland, en su empeño de rehacer fortuna mediante los caudales de España. Tras su derrota por la flota de D. Luis Fajardo en las Azores en 1596, desistió al fin de su soñado golpe a la Flota de Indias, y durante dos años preparó una expedición a las propias tierras de donde aquella plata venía. Reunió un total de 20 barcos con 2.000 hombres de mar y guerra, izando Clifford su insignia en el galeón *Malice Acourge,* el almirante y jefe de las tropas de desembarco Sir John Barkeley en el *Merchant Royal,* y el vicealmirante Robert Flich en el *Ascensión,* capturado años antes en las Azores a los españoles.

Zarparon de Portsmouth a primeros de marzo de 1598 y, tras buscar sin hallarla alguna presa en las proximidades del Cabo San Vicente, se dirigieron con las peores intenciones a la isla canaria de Lanzarote, llegando a su vista a mediados de abril.

Hacía un mes que había muerto el gobernador de la isla D. Agustín de Herrera y Rojas, y ostentaba ahora el mando D. Sancho de Herrera y Ayala. Al ver éste desembarcar a los piratas, en número de quinientos, en Puerto Naos, decidió retirarse al no disponer de fuerzas apropiadas para resistirles. Se estorbó el avance inglés con continuas escaramuzas a fin de dar tiempo a que los vecinos de la capital, Teguise, se retiraran con sus pertenencias de valor. Así se hizo, refugiándose los lanzaroteños en las cuevas centrales de su isla, muy utilizadas ya con motivo de anteriores ataques de berberiscos.

Así pues, cuando llegaron los piratas a Teguise, el caserío estaba desierto. Sólo resistió algo el pequeño castillo de Guanapay, de donde también se retiraron poco después los defensores al desembarcar los ingleses artillería.

Durante una semana estuvieron los piratas en Teguise, saqueando lo que pudieron. Poco fue el botín, reducido a las campanas de la iglesia, algún cañón del castillo de Guanapay y 150 toneles de malvasía, que es de suponer no se mantuvieron íntegros por mucho tiempo una vez transportados a los navíos de Cumberland. Cargóse el fruto del saqueo en un barco que se envió a Inglaterra y el resto de la flota zarpó el 22 de abril, para iniciar el cruce del Océano.

De camino manifestó Cumberland a los suyos haber cambiado los primitivos planes de atacar el Brasil, debiendo dirigirse ahora a Puerto Rico, donde quizá suponía quedara algún resto de la plata codiciada por Drake, para luego pasar a Yucatán y buscar interceptar la Flota de Nueva España. Tras larga travesía avistáronse las Islas Vírgenes y de allí se pasó a Puerto Rico, avistando la isla el 15 de junio.

Puerto Rico, de cuya ciudad e isla era gobernador entonces D. Antonio de Mosquera, hallábase en las peores condiciones para resistir un ataque. La capital era asolada por una epidemia y la guarnición había quedado reducida a 134 infantes y 24 artilleros, reforzados poco antes de la llegada de los piratas por otros 200 hombres mandados por el segundo cabo de la plaza, Sargento Mayor Juan de Cubillas.

Llegado Cumberland con tan felices auspicios, no se animó no obstante a desafiar los cañones del Morro, sino que fondeó mucho más al Este, en la ensenada de Cangrejos, donde desembarcó 700 hombres. Avanzaron éstos, levemente escaramuceados por algunos jinetes españoles, con la intención de cruzar el brazo de mar del Caño San Antonio por el puente allí existente. Defendían el dicho puente, diez soldados reforzados por unos ochenta paisanos armados, en su mayoría mulatos, dirigidos por el capitán Bernabé de Sierra Alta, y teniendo el mando de la posición el también capitán D. Gaspar Troche y Guzmán. El primer ataque pirata fue rechazado, quedando sobre el puente quince atacantes muertos, y pereciendo por parte española el capitán Sierra Alta, los dos hermanos mulatos Juan y Simón Sanabria y algún otro.

Poco contentos con la acción, los ingleses regresaron a sus barcos y al día siguiente avanzaron en ellos hacia el Oeste. A mediodía desembarcaron en seis lanchas en una playuela cerca de Punta Escambrón, a espaldas de los defensores del puente, en tanto que los barcos cañoneaban el pequeño fuerte del Boquerón. Avanzaron luego en nutrida columna hacia San Juan donde no se les opuso resistencia, siendo ocupada la ciudad el 18. Mosquera se encerró en la fortaleza del Morro con 250 hombres y rechazó las intimidaciones de Cumberland a la rendición.

Durante varios días fue cañoneado el fuerte por los barcos ingleses y por los cañones desembarcados desde éstos. Finalmente, carentes los defensores de víveres, de los cuales no se había hecho acopio previo, debieron capitular el primero de agosto, siendo llevados en dos barcos ingleses a la costa de Tierra Firme cerca de Cartagena y abandonados allí.

Cumberland izó la bandera inglesa en el fuerte y a partir de entonces se proclamó poseedor de Puerto Rico, preparándose a usar la isla como base para nuevas expediciones.

Las primeras noticias de lo sucedido llegaron a España el 14 de septiembre. Muy grave era la amenaza al Caribe por un Puerto Rico inglés, por lo que se preparó una flota de reconquista. Precisamente por esa época se hallaba en Cádiz la flota de D. Pedro Zubiaur con la guarnición española de la plaza bretona de Blavet, que había sido evacuada de resultas a la paz de Vervins con Francia. Se pensó en enviar a Puerto Rico varios de esos barcos junto con otros de la Armada de Guardia de la Carrera de Indias bajo el mando de Joanes de Urdayre, y combinando su salida con la que haría desde Lisboa una segunda flota mandada por D. Diego de Brochero y Anaya, entonces General de la Armada del Mar Océano. Pero el 20 de diciembre de 1598, ya muy adelantados los preparativos, llegó la noticia de que los ingleses habían evacuado Puerto Rico.

¿Qué había ocurrido? Desde un principio, en contra de sus proclamaciones, Cumberland había dominado tan sólo la ciudad. Los campesinos le hostigaban matando cuanto inglés caía en sus manos, pese a ser incendiadas en represalia algunas fincas, por lo que el problema de los abastecimientos se presentaba muy difícil. Pero peor fue el hecho de que la epidemia, que tanto favoreciera el triunfo de los piratas, volvíase ahora contra ellos, haciéndoles morir como moscas.

El 14 de agosto se marchó Cumbarland con la mayoría de su flota, llegando a Inglaterra a mediados de septiembre. Había quedado como gobernador Sir John Berkley, que no tardó en imitar a su jefe, tras haber intentado, sin conseguirlo, lograr un rescate por la ciudad. El 23 de septiembre, tras volar parte del fuerte del Morro para no ser hostilizado al salir, Berkley partió para Inglaterra con lo que quedaba de sus tropas. Sus tres barcos fueron avistados por un navío noruego que luego entró en Lisboa portando la noticia.

Ahora con menos prisas continuaron en España los preparativos navales. Salió finalmente la flota con 400 hombres, siendo

su General D. Francisco Coloma y yendo con él como nuevo gobernador de Puerto Rico D. Alonso de Mercado. Llegaron siete meses después de irse el último inglés, y fueron recibidos en San Juan por el gobernador provisional D. Jerónimo de Agüero Vardaxí, enviado por la Audiencia de Santo Domingo. En total habían regresado 250 vecinos, teniendo emplazados en un improvisado bastión trece cañones que abandonaran los piratas.

Durante su breve estancia en Puerto Rico se calculó que habían perecido de 700 a 1.000 ingleses, en su mayoría de resultas de la epidemia. Un precio demasiado alto, sin duda, para el menguado botín que consiguió allí el Conde de Cumberland.

Los últimos años de la guerra con Inglaterra

Continuaba la lucha mientras tanto también en Europa, sufriendo Felipe II algunos graves reveses. En 1596 una fuerte flota angloholandesa mandada por el Conde de Essex tomó y saqueó Cádiz, mostrándose nuevamente allí el duque de Medinasidonia como catalizador para toda clase de desdichas. En represalia y buscando una vez más poner fin al conflicto, Felipe II envió en 1597 una nueva armada contra Inglaterra, dando su mando al Adelantado de Castilla D. Martín de Padilla. Componíase la fuerza de 136 naves y 12.000 hombres y por un momento se pensó en su éxito, pero apenas llegada a las costas inglesas fue dispersada y vencida esta vez sí que exclusivamente por los elementos, que parecían en malévola alianza con la reina inglesa.

En América continuaban entre tanto las piraterías. A finales de 1596 actuaba allí eficazmente Sir Anthony Shirley, que causó daños en Margarita y Santa Marta. A principios de 1597 atacó Jamaica, desembarcando en Caguaya 250 hombres con los que se dirigió a la capital, Santiago de la Vega. Abandonada la población por los vecinos, fue saqueada por el pirata, que luego exigió un rescate por no incendiarla antes de retirarse.

Reuniose luego Shirley con otro compañero de profesión llamado William Parker y juntos saquearon Trujillo, cuyo gobernador se hallaba ausente. Fueron luego a Puerto Caballos, en Honduras, pero allí no les salieron las cosas tan bien.

Habiendo desembarcado 350 hombres cerca de la población, avanzaron hacia la misma, pero de súbito se encontraron ante 60 arcabuceros españoles. Hicieron éstos una descarga cerrada, y en el acto surgieron 120 jinetes que cargaron contra los desconcertados piratas, que huyeron a la desbandada dejando 47 muertos en el terreno. Tras del poco feliz suceso. Parker se separó de Shirley y marchó a probar fortuna en las costas de Yucatán.

El 21 de septiembre de 1597 apareció Parker ante Campeche con un navío grande, un patache y una lancha. Los alcaldes Francisco Sánchez y Pedro de Interián prepararon apresuradamente la defensa con los escasos medios de que disponían.

Desembarcaron los piratas por el barrio de San Román, mientras los vecinos se retiraban al convento de San Francisco. Fortificáronse allí bajo el mando de Interián, en tanto que Sánchez recorría los campos contiguos reclutando voluntarios para la lucha. Pero ocurrió el presentarse a los piratas un vecino traidor llamado Juan Venturate que se ofreció para llevarles al lugar donde habían sido ocultados los objetos de valor.

Enterados los españoles de lo que estaba sucediendo, salieron en tromba del convento de San Francisco, arrollando a los piratas que no se esperaban tamaña arremetida. Perseguidos y hostilizados con arcabuces y armas blancas, los ingleses llegaron a la Plaza de Armas donde se luchó cuerpo a cuerpo, siendo herido el propio Parker. Finalmente debieron huir a toda prisa y reembarcar en los botes, yéndoles los españoles a los alcances y matando a no pocos de ellos. Cuando intentaba subir a un bote fue preso Juan Venturate y, si bien al principio pretendió hacer creer que era prisionero de los piratas, pronto fue descubierta la verdad por algunos de éstos, también cautivos. Convicto de traición y según las crueles costumbres de la época, el infeliz fue atenaceado con hierros calentados al rojo vivo hasta perecer.

Los campechanos armaron poco después una fragata comercial y salieron en persecución de Parker. Se les unió una segunda fragata mandada por D. Alonso Vargas Machuca, que habían enviado el teniente Palomar y el cabildo de Mérida y entre las dos apresaron el patache de Parker, llevándolo a Campeche. No le hizo ninguna gracia la hazaña al pirata, y

durante diecisiete días merodeó con su navío grande frente al puerto, intentando recuperar la presa. Pero finalmente, habiendo sido rechazado varias veces y temiendo males peores, optó por largarse definitivamente.

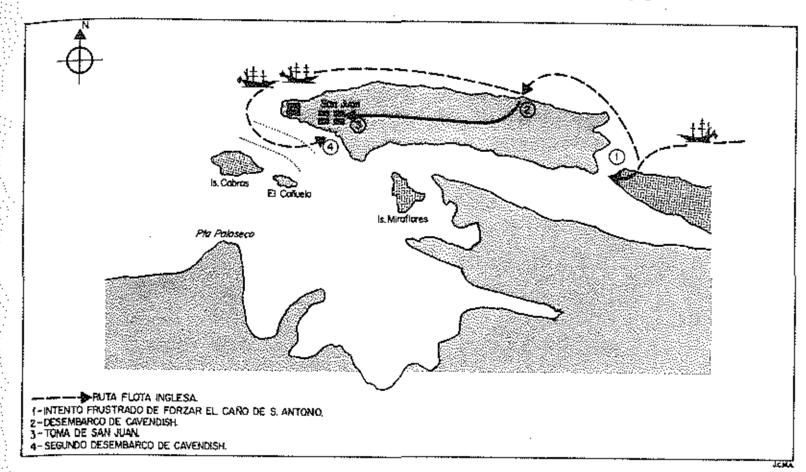
Siguiendo la pauta anterior, muchas autoridades locales armaron embarcaciones para combatir a los piratas. En el mismo año 1597 se construyeron en Cuba dos piraguas de doce remos con 20 combatientes cada una para perseguir a los piratas en sus propios refugios, y ya en su primer crucero, el 18 de abril, una de ellas apresó un barco pirata inglés en Matanzas. Distinguiéronse también las galeras guardacostas de Santo Domingo y Cartagena de Indias. Pero no por ello hacíase menos necesaria la presencia de una fuerte armada española en las Indias, como deseaba Menéndez de Avilés.

En 1599 llegó una flota de guerra mandada por D. Luis Fajardo y D. Francisco Coloma y destinada precisamente a batir a los piratas. Pero éstos pronto se enteraron de que la tal armada debería salir el año siguiente para escoltar la Flota de Indias, por lo que se ocultaron en las pequeñas islas, siendo apresados tan sólo unos pocos de sus buques. Efectivamente en enero de 1600 partieron los barcos de guerra españoles escoltando a la Flota de Nueva España con lo que, apenas perdidas de vista sus velas, surgieron de nuevo los piratas prestos a renovar sus hazañas.

El 24 de enero de 1600 fue atacada Jamaica por el inglés Christopher Newport. Dio el aviso un negro que afirmó haber visto desde Punta de Morantes una flota enemiga que se dirigía al habitual punto de desembarco de Caguaya, con lo que se tocó a rebato y se preparó la defensa. Era gobernador de la isla el enérgico D. Fernando Melgareño de Córdoba, muy odiado por los piratas franceses, que habían jurado matarle por haber él dado muerte al capitán pirata Olivé. Ordenó apostar a un cuarto de milla de la capital gente armada con un cañón, mientras concentraba en las cercanías todo el ganado de la isla. Llegaron poco después de hecho esto, desde Caguaya, 700 piratas que habían desembarcado allí, pero el gobernador ordenó que se les echara encima el ganado, excitado en artificial estampida. Estalló la confusión entre los atacantes, aumentada al disparar el cañón y acometer los españoles. Finalmente huyeron los piratas, perseguidos de cerca, y reembarcaron a toda prisa, dejando muchos muertos flotando en el río.

Ya para entonces estaba de nuevo en acción William Parker,

ATAQUE DE CUMBERLAND A PUERTO RICO



al principio sin mucha fortuna. Rechazado en la isla de Cozumel, lo fue luego en Cubagua con pérdida de 26 hombres en tanto que su subordinado Sherly perdía otros 47 en el curso de un infructuoso ataque a Puerto Caballos (1). Pero en los primeros días de 1601 Parker dirigió su vista hacia Portobelo.

La ciudad había aumentado mucho en importancia después de que, por orden de Felipe II se trasladaran a ella los habitantes de Nombre de Dios, considerada insalubre. Terminal de la Ruta de Indias, estaba defendida por un fuerte castillo.

Parker penetró con un ardid. Hizo creer que venía a vender géneros de contrabando y así el castillo, situado en la boca del puerto, le dejó pasar. Desembarcó a continuación 250 hombres con los que venció a un centenar de vecinos reunidos apresuradamente por Pedro Meléndez. Parker saqueó luego la ciudad e incendió el barrio de Triana, tras de lo cual, levó anclas y pasó rápidamente junto al castillo sin sufrir daños. El botín se cifró en 10.000 ducados.

Culpa de ésta y de otras acciones era la complicidad de los mercaderes locales con el contrabando. En 1601 las galeras guardacostas de Cartagena capturaron un pirata inglés a cuyo

(1) Juan Ortega Rubio «Historia de América», tomo II, p. 327.

bordo se encontró una larga relación con nombres de cómplices de este delito.

Continuó la piratería inglesa, más o menos reprimida, hasta que el 28 de agosto de 1604 se firmó la paz con Inglaterra. Felipe II había muerto el 13 de septiembre de 1598 y su enemiga Isabel el 24 de marzo de 1603; y sus respectivos sucesores, Felipe III y Jacobo I no tenían ningún motivo para continuar la sangrienta lucha.

En el curso de las hostilidades fue muy de alabar por parte española la actuación de las Flotas de Indias, que mantuvieron el cordón umbilical América-España pese al continuo ataque y acecho de los enemigos, ya fueran éstos piratas o corsarios, ya fueran flotas de guerra regulares. Destacaron como hábiles Generales de Flota, Marcos de Aramburu, Francisco del Corral, Alonso Chaves Galindo, Luis de Córdoba, Jerónimo de Portugal y otros. En las Armadas que salieron de España para recibirles y protegerles a la altura de Azores se distinguieron a su vez D. Alonso de Bazán, Diego Brochero, Pedro de Zubiaur y, sobre todo, Luis Fajardo. Logrose por labor de unos y de otros que el enemigo no se apoderara de ninguna de las valiosas Flotas.

Pero los grandes convoyes atlánticos españoles hubieron de sufrir, en cambio, de la furia de los elementos. En 1601 en un temporal a la entrada de Veracruz se perdieron 14 naves, cerca de 1.000 personas y unos dos millones de pesos; en 1605, en los bajos de Serranilla, el General Luis de Córdoba perdió cuatro naves y otros tantos millones y, en 1606, en la barra del Tajo, se fueron al fondo dos navíos y 300 hombres. El almirante Juan de Valdivia y el General Sancho Pardo Osorio murieron en naufragio ante las costas portuguesas en 1603 y 1607 respectivamente.

En el verano de 1603 tuvo lugar otra desgracia, de diferente carácter. Llegada a la isla de Guadalupe el primero de agosto la Flota de Nueva España con 30 naves, saltaron a tierra como se solía hacer los tripulantes y pasajeros para estirar las piernas e intentar algún trueque con los caribes. Pero surgieron éstos en pie de guerra y en pocos momentos mataron veinte españoles e hirieron a treinta. En la confusión del suceso se abordaron varias naves, varando la Capitana y otras dos. Pese a las órdenes del General D. Fulgencio de Meneses y del Virrey Marqués de Montesclares que iba a Méjico en la Flota, la desordenada marinería incendió las tres naves en vez de descargarlas, perdiéndose con todos sus efectos.

CAPITULO IV

LOS HOLANDESES EN ACCION

Nacimiento de la flota holandesa

No era Inglaterra la única enemiga de España en los últimos años del siglo XVI. La sublevación de los Países Bajos y las guerras religiosas francesas hicieron que Felipe II hubiera de luchar simultáneamente contra Inglaterra, Francia y Holanda, sin olvidar la constante batalla mediterránea contra turcos y berberiscos.

Elemento importante de estas guerras fue muy pronto la flota de las Provincias Unidas, o de Holanda, como luego fue llamada tomando nombre del más poderoso de aquellos estados federados. Nació dicha armada en 1576 bajo los auspicios de Guillermo de la Marck, con el curioso nombre de «gueux de la mar» y muy pronto, dada la habilidad contructora y marinera de holandeses y zelandeses, habría de convertirse en eficaz instrumento de guerra. Actuó primeramente en el Canal de la Mancha, combatiendo a los navíos españoles, pero ya en 1596 cincuenta y tres de sus naves mandadas por el conde Mauricio, hijo del Príncipe de Orange, participaron en el ataque del Conde de Essex contra Cádiz.

Pronto comprendieron los neerlandeses que la mejor manera de combatir a Felipe II era hacerlo en sus colonias, tanto españolas propiamente dichas como portuguesas. A tal efecto, por

iniciativa de Jan Van Oldenvarnevelt, se fundó en Amsterdam la llamada Compañía de las Indias Orientales («Oost Indische Kompanie»), con capacidad para fundar colonias, nombrar gobernadores, establecer tratados, declarar guerras y aún acuñar moneda. Ciertamente un estado dentro del estado holandés, con el que se confundía hasta el punto de que las naves de la Compañía y las de la flota regular siempre actuaron juntas en las diversas expediciones.

Pretendíase a la vez comerciar y atacar al enemigo, y pese al nombre adoptado por la Compañía, muy pronto empezó ésta a actuar también en las Indias Occidentales, es decir en América.

La expedición del almirante Mahu

Salió de Rotterdam el almirante Jacques Mahu el 27 de junio de 1598 tras haber hecho correr el rumor de que iba a las Indias Orientales. Llevaba un total de cinco naves, la capitana de 600 toneladas y 40 cañones, dos de 400 toneladas y 26 piezas, una de 250 y 20, y un patache de 80 y 19, tripuladas por 547 hombres. Pretendía fundar algunos establecimientos en Chile, combatiendo de paso con todo navío español que hallaba en su camino.

Fueron primero a Cabo Verde y aparecieron frente a Punta Santa María, en la isla de Santiago, desembarcando 200 mosqueteros que tomaron el fuertecillo portugués con sólo cuatro muertos y nueve heridos. Pero luego hizo su aparición el escorbuto, pereciendo Mahu y algunos otros, por lo que los restantes decidieron irse, tras elegir como nuevo jefe a Simón de Cordis. Pusieron rumbo al Golfo de Guinea, tocaron la isla de Annobón y luego cruzaron el Atlántico hasta llegar al Río de la Plata.

Uno de los navíos se arriesgó a entrar en el puerto de Buenos Aires para intentar comerciar, haciéndose pasar por flamenco leal a España. Pero el gobernador D. Diego Rodríguez de Valdés se negó a ello, no obstante tener su colonia gran penuria de mercancías.

Entraron entonces los holandeses en el Estrecho de Magallanes, iniciando su travesía el 6 de abril de 1599. Pero detuviéronse antes de terminarla, recalando en Bahía Grande, donde permanecieron cinco meses. Pretendieron fundar allí una curiosa orden de caballería denominada «El León Desencadenado» para atacar los establecimientos españoles de América. Pero lo cierto de todo ello fue que las penalidades y los ataques de los patagones costaron la vida al capitán Jorge Bocholt y a 120 más.

Llegada la primavera austral, salió la escuadra al fin al Mar del Sur. Allí se les hundió una nave, mientras que otra, llamada *La Fe* desertaba para volver a Holanda, donde arribaría dos años después. Los restantes tres navíos, dos grandes y el patache, se separaron con instrucciones de encontrarse luego en la isla de Santa María, frente a las costas chilenas. Pero el patache *Ciervo Bermejo,* con sólo 24 tripulantes, todos enfermos, optó por entrar en Santiago y entregarse allí al corregidor, capitán Jerónimo Molina. Se tuvo así noticia de la presencia holandesa y adoptáronse diversas medidas defensivas.

Pero las dos naves restantes de Cordis no constituían ya amenaza. En un desembarco fueron acometidos por los indios, que mataron al propio Cordis y a 30 de los suyos, por lo que el resto decidió huir por el Pacífico.

Uno de los barcos, mandado por Baltasar de Cordis, hermano del anterior jefe, apareció en marzo de 1600 en el archipiélago de Chiloé, donde sus tripulantes trataron con los indios. Atacaron luego Castro, matando algunos de sus pobladores, pero acudieron rápidamente los españoles de las cercanías y les acometieron, escapando sólo 22 holandeses. Partió el barco para las Molucas y en Tidore fue apresado por los portugueses, enviándose los prisioneros a Malaca. En cuanto al otro navío, separado del anterior, fue a parar nada menos que al Japón, embarrancando en aquellas costas y debiendo ser abandonado por los 14 tripulantes que restaban de tan catastrófica expedición.

La expedición de Van Noort

En ese mismo año de 1598 se preparaba también en Rotterdam una segunda expedición, a cargo de Oliver Van Noort. Eran sus naves la *Mauricio,* del propio Van Noort, la *Henry Frederick* de Jacques Claastz, su segundo, y dos más pequeñas, la *Concordia* de Pieter Van Link y la *Esperanza* de Johann Huydekopper, embarcando en ellas un total de 248 hombres.

Para dar cuenta del carácter que debería asumir la empresa se dirá que antes de salir los capitanes debieron prestar un juramento exigido por el Príncipe Mauricio, en el sentido de limitarse a hacer comercio o contrabando, sin efectuar actos de hostilidad, y ello por tenerse entonces en las Provincias Unidas la esperanza de una pronta paz con España. Ya se verá como cumplieron los expedicionarios con esos juramentos.

El 13 de septiembre de 1598 salió la escuadra de Rotterdam, haciendo luego la primera escala en Plymouth para embarcar un piloto práctico en las rutas que se pensaba seguir, siendo elegido el portugués Melis. La siguiente arribada fue en la isla portuguesa de Príncipe, y fue trágica, pues los habitantes les atacaron y mataron a varios, incluyendo un hermano de Van Noort y el propio piloto, a quien por compatriota tal vez tildarían de traidor.

Cruzado el Atlántico, llegaron los holandeses a Río de Janeiro, donde no se les permitió ni comerciar ni aprovisionarse. Aquejados por el escorbuto debieron desembarcar en la isla de Santa Clara para hacer acopio de frutos frescos y de paso carenar las naves. La *Concordia,* muy maltrecha, hubo de ser quemada, trasladándose su nombre a la antes llamada *Esperanza.*

Tras de muchos rodeos, cuando llegaron al Estrecho de Magallanes ya llevaban catorce meses de navegación y sus bajas por diversos conceptos se acercaban al centenar. Hubo un asomo de motín y, por encabezarlo Claastz, Van Noort le abandonó el 24 de enero de 1.600 en una playa desierta con una escasa provisión de galleta, para que muriera de hambre o a manos de los indios. Tras estos sucesos, cruzaron las naves holandesas el Estrecho, desembocando en el Mar del Sur el 29 de febrero. El 14 de marzo se perdió entre la niebla el *Henry Frederick,* sin que jamás se volviera a saber de él. Poco después avistaron una vela y, creyendo que se trataba del perdido, se acercaron a ella, resultando ser el barco costero español *Buen Jesús* de 70 toneladas. No obstante las órdenes recibidas y el juramento hecho al partir, Van Noort ordenó apresar el navío.

Tras registrar el barco sin encontrar gran cosa, el holandés lo unió a su flota, abandonando en la costa al patrón Francisco de Ibarra y a los tripulantes con excepción del piloto Juan de

Sandoval, dos negros y dos mulatos, que retuvo por la fuerza a bordo.

Poco después entró Van Noort en el puerto de Valparaíso, donde halló tan sólo un barco cargado de sebo, que incendió, siguiendo luego para el Norte. Por indiscrección de uno de los negros se enteró entonces el capitán holandés de que el *Buen Jesús* había llevado a bordo barras de oro, y que el patrón las echó al mar en el último momento para evitar que cayeran en manos de los piratas. Mandó Van Noort en el acto hacer un registro más detallado y halló escondido en la litera del piloto un taleguillo de oro. En venganza de haber perdido las barras, mandó entonces atormentar y matar a Sandoval, tras de lo cual incendió el *Buen Jesús.*

Entretanto el Virrey de Perú, D. Luis de Velasco, enterado de lo sucedido en Valparaíso, dispuso dos armadas para oponerse al indeseable visitante. La primera, compuesta por dos galeones y un patache, de la que era General D. Gabriel de Castilla y Almirante D. Fernando de Córdoba y en la que embarcaron 300 hombres, partió para las costas de Chile. La segunda, con cuatro galeones, un patache, una lancha y la nave apresada a Mahu, mandada por D. Juan de Velasco, con D. Pedro Osorio de Ulloa como Almirante y en la que embarcaron 700 hombres mandados por el Maestre de Campo D. Alonso García Ramos y el capitán griego M. A. Filipón, hizo un crucero por las cercanías del Callao, buscando en vano al adversario. Regresando ambas flotas sin haber encontrado al enemigo, salió la de Velasco para llevar la plata a Panamá. Una falsa alarma de haberse visto a los holandeses en las costas de Nueva España hizo que Velasco partiera para allí el 15 de junio, con la mala fortuna de que, sorprendida la flota por un temporal, perdió la capitana en las costas de California y debió regresar a puerto con averías en las demás naves, una de las cuales era *La Inglesa,* anteriormente apresada a Hawkins, como ya antes se dijo.

En vano habían buscado los españoles a Van Noort en las costas americanas, pues este personaje, sabedor de tal busca, había optado por imitar a Drake e iniciar el cruce del Pacífico. El 14 de octubre sus dos naves avistaron tierras filipinas, al N. del Estrecho de San Bernardino. Izaron la bandera española y, para más seguridad, pusieron a popa un marinero disfrazado de fraile. Dijeron ser franceses comisionados por el Rey de España

para Manila y haberse extraviado al morir su piloto. Les fueron entregados víveres, pero se negaron a pagarlos. Llegó entonces en un batel el jefe del distrito, capitán Rodrigo Arias Girón para enterarse de lo que ocurría y pedir el despacho de la supuesta comisión, pero fue apresado y amenazando su vida obtuvieron los piratas más víveres. Finalmente le dejaron en libertad y siguieron su ruta.

Apresarón luego una pequeña embarcación con arroz, quemándola tras trasbordar su cargamento y los dos tagalos que la tripulaban. Poco después fondearon al Oeste de la isla Capul, donde había un poblado que fue abandonado por sus habitantes. Al desembarcar, los dos tagalos prisioneros aprovecharon para saltar al agua y escapar, añadiéndose a ello el ser preso un marinero que se internó demasiado. Por la noche uno de los negros apresados en las costas de Chile escapó también en la lancha que remolcaba el *Mauricio,* tras cortar sus amarras. La reacción a este hecho denota la catadura moral del jefe holandés:

«Persuadido el General de la ingratitud de estas gentes, para las que nada significaba un buen tratamiento, mandó que se le saltaran los sesos al otro negro» (1).

Antes de salir de nuevo al mar, Van Noort incendió el abandonado poblado, quizá como nuevo castigo a la «ingratitud». Capturó luego un sampan chino de 120 toneladas y forzó a sus tripulantes a guiarle hasta la isla de Corregidor, en la bahía de Manila. Apostóse allí, en espera de un navío que, según le dijeron, venía de Nueva España con moneda. Pero una noche se fugó el sampán llevándose sus tripulantes a los cinco holandeses que lo guardaban. Fiel a sus costumbres, Van Noort ordenó en el acto asesinar a los chinos que habían quedado para su desgracia a bordo del *Mauricio.*

El gobernador de Filipinas, D. Francisco Tello, había recibido noticia de lo que estaba ocurriendo por los chinos y el negro que habían logrado escapar al pirata. Pero la escuadrilla de defensa se hallaba persiguiendo a los piratas de Joló, de modo

(1) Narración textual de Van Noort, cit. Fernández Duro «Armada Española», tomo III, p. 267.

que debió aprestar, mal que bien, una galizabra a medio construir y un patache que estaba averiado en Cebú, con once cañones cada uno. El patache *San Diego* fue puesto bajo el mando del oidor de la Audiencia D. Antonio de Morga y la galizabra San Bartolomé bajo el de D. Juan de Alcega. Salieron ambos de Cavite el 12 de diciembre.

No tardó en entablarse combate cerca de la isla Fortún, abordando el *San Diego* al *Mauricio,* tras lanzarle un aparatoso fuego de cañones, mosquetes y arcabuces. Ya había Van Noort ofrecido rendirse y se había arriado la enseña holandesa cuando el patache español se abrió por el propio retemblar de su artillería, yéndose a pique. Faltó entonces el holandés a su palabra y atacó a los españoles que estaban a su bordo, obligándoles a lanzarse al mar. Murieron unos cincuenta españoles, ahogados o alanceados en el agua por los piratas, mientras el resto nadaba hacia la cercana isla, llevando el oidor el conquistado estandarte como magra compensación. Entre tanto el *San Bartolomé,* más afortunado, lograba tomar la *Concordia* a costa de dos muertos. El capitán Lambert Viessman fue apresado con 25 supervivientes, siendo luego todos ahorcados en Manila como piratas.

El *Mauricio,* entretanto, siguió viaje por el Indico y llegó a Holanda el 26 de agosto de 1601, con sólo ocho supervivientes, y sin haber logrado prácticamente ningún botín.

A este poco triunfal viaje se añadió el desastre de la escuadra mandada por Pieter Van Der Does en 1599 a Canarias, en la que perecieron casi tres mil hombres. Debido a ello los holandeses suspenderían por algún tiempo las expediciones en gran estilo, aunque sin cesar el merodeo por las costas de España y de sus posesiones ultramarinas.

Actividades holandesas en el Caribe y Tierra Firme

Por las costas de Cuba habíase registrado el paso de algunas naves holandesas, sin duda buscando algún objetivo que atacar. A este respecto fue oportuna la llegada del nuevo gobernador D. Pedro Valdés, sobrino de Menéndez de Avilés.

Salió D. Pedro desde San Lúcar el 17 de abril de 1602 con un galeón y una galizabra, llegando a las Antillas el 20 de junio.

Cerca de Santo Domingo apresó un primer barco holandés y en sucesivos encuentros posteriores hundió otros tres. Ya en su gobernación cubana armó una flotilla que persiguió eficazmente piratas y contrabandistas, alejando de momento el peligro.

Pero en noviembre de 1603 el pirata hugonote Gilbert Girón tomó por sorpresa Santiago de Cuba con 200 hombres, apresando al obispo D. Juan de las Cabezas. Llevole luego en su nave ante Manzanillo, pidiendo un gran rescate, pero los belicosos vecinos de Bayamo, dirigidos por uno de ellos, llamado Gregorio Ramos, les atacaron con la fortuna de salvar al obispo y degollar de paso 26 piratas, incluido el propio Girón.

Otra actividad holandesa era la toma de sal, que faltaba en su país al no llegarle la que antes compraban en España y Portugal. Solían abastecerse en la gran salina de Araya utilizando urcas bien armadas de hasta 600 toneladas, que enviaban en grupos de ocho o diez. Además de su principal actividad, atacaban las naves españolas y bloqueaban las costas de Cumaná y Margarita. Cuando tenían noticia de la llegada de una flota española se ocultaban en las islas deshabitadas, para volver a las andadas una vez marchada aquella.

Preparose en España un escarmiento contra tales actividades. El 11 de septiembre de 1605 salió de Lisboa D. Luis Fajardo con 14 galeones, llevando como Almirante a D. Juan Alvarez. Hicieron creer que iban a Flandes, pero en realidad cruzaron el Atlántico y cayeron sobre Araya, sorprendiendo diecinueve urcas holandesas que fueron apresadas o hundidas. Aquí Fajardo no dio cuartel a los vencidos, ahorcándoles a todos, incluido un individuo que se hacía llamar «El Rey de las Salinas». Luego el Almirante Juan Alvarez fue destacado con cinco galeones, encontrando dieciseis naves holandesas frente a Manzanillas. En el combate voló la capitana bátava, siendo destruidas otras dos naves, y dos más apresadas, aunque los españoles perdieron, también por voladura, la propia nave de Alvarez.

Dedicábanse también los holandeses al contrabando, especialmente en las costas occidentales de la Española. Los habitantes, casi todos ganaderos, solían reunirse con sus productos en Guanahibes, siendo un disparo la señal de empezar el comercio con los barcos. También ocurría esto en Yaguama y otras localidades, importando el comercio ilícito con Holanda unos

800.000 florines por año, y beneficiándose también del mismo barcos franceses e ingleses. Continuo era el desafío a las autoridades y así cuando un escribano real leía en Yaguana una proclamación contra el contrabando, un vecino se la arrebató de las manos y la hizo pedazos. En otra ocasión un oidor de la Audiencia, que iba a investigar sobre el tema fue perseguido a tiros, y el escribano que le acompañaba fue apresado y retenido dos meses por los contrabandistas (1).

Envió un memorial a España el escribano real Jerónimo de Torres, y el dominicano Baltasar López de Castro viajó a la metrópolis para pedir que se solucionara el problema. Pero el paso decisivo lo dio el Arzobispo de Santo Domingo al denunciar, verdadera o falsamente, que los holandeses estaban introduciendo en la isla biblias protestantes.

Así pues, Felipe III ordenó en 1605 despoblar todo el Oeste de la isla. No se hizo esto sin protestas, y el 30 de enero el general de una armada holandesa, Paulus Van Caerden, fondeado en Guanahibes, ofreció ayuda a los vecinos si decidían resistir. Pero no se realizaron sino unos pocos actos de violencia, y entre 1605 y 1606 el gobernador D. Antonio Osorio hizo evacuar Puerto Plata, Monte Christi, Yaguana, Guanahibes y otros lugares, quedando desierta la tercera parte de la isla. Luego se verán los desastrosos efectos que tal medida provocaría unos años después.

Continuaban entretanto los actos de piratería. En 1606 dos naves de 250 toneladas, un patache de 60 y cuatro lanchas holandesas atacaron dos naves de Honduras mandadas por Juan de Vergara, siendo rechazadas. Insistiendo en el ataque ocho días más tarde, con el mismo adverso resultado.

En 1607 cayó sobre Santo Tomás otra armada holandesa compuesta por ocho urcas con unos mil hombres. Dos o tres pequeñas embarcaciones españolas con cuarenta hombres se situaron al abrigo del morro del puerto, emplazando allí alguna artillería, y en el combate subsiguiente resultó hundida una urca holandesa, huyendo las demás (2).

(1) Juan Bosch «De Cristóbal Colón a Fidel Castro», p. 186.

(2) Carta del Ayuntamiento local, cit. José Millá «Historia de la América Central», tomo II, p. 236.

Por su parte, el gobernador de Santiago de Cuba, Juan de Villaverde Ozeta salió en noviembre de 1608 con la armadilla cubana para convoyar un cargamento de cobre, por haber dos barcos piratas por las cercanías. Entablado el combate, logró apresar uno de ellos, cuyos tripulantes fueron ahorcados en la Habana.

El 9 de marzo de 1609 se firmó la llamada Tregua de los Doce Años con Holanda, poniéndose con ella fin a la guerra con dicho país cuya existencia reconocía España *de facto,* ya que no *de jure.*

CAPITULO V

EL PERIODO DE PAZ OFICIAL

La tregua de los Doce Años

Por primera vez en muchos años España no estaba en guerra con ninguna otra nación. Pero este hecho no habría de hacer cesar todos los ataques contra ella.

Difícil les era a los espumadores del mar abandonar su profesión y así los que antes se atribuían el nombre de corsarios y asumían para sí una cierta legalidad, pasaban ahora a ser simples piratas. Algunos incluso se aliaron con los berberiscos, como los ingleses Henry Mainwaring, Peter Easton y John Nutt, y los holandeses Simón de Danser y Jan Jansz. Pero el espejuelo de Eldorado continuaría atrayendo otros hacia las Indias.

Además las autoridades de la Compañía Holandesa de las Indias Orientales, a cuyos accionistas poco les importaba el estado de paz o el de guerra, proseguían enviando expediciones por el Atlántico o por el Indico en busca de botín.

La expedición de Joris Van Spielbergen

En 1614, es decir en pleno período de paz, se preparó en Holanda una expedición naval contra las costas chilenas, que sería dirigida por el almirante Joris Van Spielbergen, hombre de más de sesenta años considerado como muy experto marino.

Componíase la flota de cinco navíos muy sólidos y bien armados, construidos expresamente para la empresa por los excelentes astilleros neerlandeses: los *Grote Zoon* y *Grote Maan*, de 600 toneladas y 28 cañones, los *Neeuew* y *Eolus* de 400 y 22, y el patache *Morgenstern* de 150 y 8. Embarcáronse unos 800 hombres.

El 8 de agosto de 1614 salió la expedición de Holanda, llevando por piloto a uno de los supervivientes de Van Noort. Hicieron escala en Cabo Verde y de allí pasaron a las costas de Brasil, donde los portugueses rechazaron sus intentos de desembarco haciéndoles perder 3 lanchas y 40 hombres. Siguió un frustrado motín de resultas al cual fueron ahorcados varios de los expedicionarios.

En Febrero de 1615 salió por fin la expedición al Pacífico, tras atravesar el Estrecho de Magallanes, y al momento se iniciaron las piraterías. El primer barco español en ser apresado fue uno pequeño mandado por el capitán madrileño Francisco de Lima. Atracaron luego los holandeses en las costas chilenas para hacer aguada, perdiendo dos hombres que les mataron los indios y otros dos que desertaron, tras de lo cual la flota siguió corriendo la costa, saqueando e incendiando varias casas en la isla de Santa María y en el poblado de La Ascensión. Cerca de Cañete incendiaron un barco con azúcar y miel, y apresaron luego otro con el mismo cargamento y 12.000 «patacones» (pesos duros).

El entonces Virrey de Perú, Marqués de Montesclaros, se alarmó logicamente con las noticias que le llegaban, y se apresuró a crear una armadilla de defensa, que hubo de tripular con gentes bisoñas. Era la capitana el *Jesús María* del capitán Delgado, con 22 cañones y 400 hombres, la *Almiranta*, el *Santa Ana* del capitán Bustinza, con 12 piezas y 200 hombres, y las demás naves la *Carmen* del capitán Coba, con 8 cañones y 150 hombres, el *San Diego* del capitán de Nájera, sin artillería y con 80 hombres, el *Santiago* del Maestre de Campo Pedraza, sin artillería y con 80 hombres, y el patache *Rosario* del capitán Juan de Alberdín, sin artillería y con 50 hombres. Los dos primeros navíos eran galeones de guerra, y el resto mercantes cedidos por su propietarios y armadores. Nombrose general a D. Rodrigo de Mendoza, sobrino del Virrey, Almirante a D. Pedro Alvarez del Pulgar y jefe de la tropa al Maestre de Campo D. Diego de Saravia.

Salió la armadilla del Callao al amanecer del 17 de julio, y a las cuatro de la tarde toparon con la flota holandesa. Habíanse dispersado los barcos españoles y se hallaron sólo presentes la capitana, la almiranta y el patache, con lo que la inferioridad ante el enemigo era manifiesta. No obstante cuando el corregidor del Cañete envió una embarcación ligera pidiendo que se atacara inmediatamente, Mendoza accedió.

Al acercarse las naves hispanas, dispararon los holandeses un cañonazo sin bala, al que respondieron los españoles con dos que sí la llevaban, a continuación de lo cual se inició el combate con un furioso cañoneo.

En los primeros momentos de la batalla ocurrieron dos curiosas anécdotas que merece la pena reseñar. La primera descarga hecha por la capitana holandesa sobre la española incluyó un cañonazo de «patacones», varios de los cuales quedaron incrustados en la tablazón del barco, explicándose el hecho como haber distraído algún marinero holandés para sí parte del botín del barco antes mencionado y ocultado dentro de un cañón, sin poder luego retirarlo antes del combate. El otro suceso fue el atinar una bala española la boca de un cañón holandés en el momento de ser éste disparado, causando la muerte a siete hombres.

Combatióse durante toda la tarde y toda la noche, con ventaja holandesa. El patache español, repetidamente alcanzado, se fue a pique, pasando a la capitana el capitán Alberdín y algunos supervivientes más. En la oscuridad nocturna, tan sólo rota por el relámpago de las andanadas artilleras, mas de una vez se agredieron naves de un mismo bando, recibiendo la almiranta española una andanada de la capitana, en tanto que, por parte holandesa, la *Neeuew* echó al fondo a cañonazos una lancha con gente propia que Van Spielbergen mandaba precisamente a reforzarla, no obstante los gritos de «¡Orange! ¡Orange!» lanzados por los así maltratados. Poco antes del amanecer se apartaron los navíos holandeses, remolcados por sus propias lanchas.

Al alborear el 18 de julio embistieron de nuevo temerariamente los barcos españoles, atacando la capitana de Mendoza a la capitana holandesa y a otro barco enemigo. Pero el barco español sufrió en pocos momentos tantos muertos y heridos que el propio Mendoza prohibió en el último instante bajo pena de

vida que nadie saltara al abordaje. Por no oírle saltaron sin embargo a la capitana de Holanda Domingo de Cobisa, Juan Muñoz de la Fuente, Martín Flores y otros dos o tres soldados más, que pelearon con espada y rodela, solos entre el enemigo al separarse de nuevo los navíos. Murieron todos menos Flores que, herido, arrancó el estandarte enemigo de popa y saltó con él a agua, nadando hasta la capitana propia para ofrecérselo al General, quien es de suponer le perdonaría su involuntaria desobediencia.

Retirábase ya la nave de Mendoza, muy averiada y con 60 muertos y 80 heridos a bordo. La almiranta *Santa Ana* combatía ahora con las cinco naves enemigas, conminándola en vano Spielbergen para que se rindiera. Incluso llegó a abordar un navío holandés, saltando a bordo el capitán Bustinza, que fue muerto de un golpe de pica. Luchó la *Santa Ana* hasta las ocho de la noche, hora en la que se fue a pique. Entretanto habían llegado las tres últimas naves españolas, pero ya nada pudieron hacer.

Habían perecido en total más de trescientos españoles, entre ellos el Almirante Pulgar, los capitanes Gabriel Suárez, Diego Díaz Matamoros y Bustinza, los alféreces Baltasar de Saavedra y Pedro Jiménez y el piloto Herrera. Las bajas holandesas fueron de 100 a 180, quedando averiadas algunas de sus naves, a las que hubo que calafatear y cambiar el aparejo. De la tripulación de la *Santa Ana* fueron recogidos por los bátavos cuatro supervivientes, resultando ser uno de ellos una mujer vestida con ropas masculinas. Se trataba de Catalina de Erauso, la famosa «Monja Alférez», que se había batido valientemente en el combate, como todos cuantos participaron en él. Junto con sus compañeros fue dejada en la costa por sus aprehensores.

El desastre fue pronto conocido en el Callao y Lima, donde su noticia causó gran consternación y alarma. Púsose el puerto en estado de alerta, reclutándose incluso a los clérigos y a los frailes. Juntóse así gran cantidad de defensores, pero casi todos inexpertos, notándose en especial la falta de artilleros de oficio.

El 21 de julio apareció ante el Callao la flota holandesa, iniciando una fuerte cañoneo, que fue contestado por un grueso cañón de bronce y otro de hierro colado que el Virrey había mandado emplazar en la misma playa. Un cañonazo español acertó al poco tiempo en el palo mayor de la *Grote Zoon* y otro

en los fondos del *Morgenstern,* tras de lo cual la armada enemiga se retiró de las vistas de la plaza, para alivio de sus defensores (1).

El 8 de agosto llegaron los holandeses ante Payta, iniciando el desembarco de cuatro compañías de mosqueteros. En esta ocasión dirigió la defensa la encomendera Doña Paula Piraldo, esposa del corregidor de Piura, D. Juan de Andrade y Colmenero, que armó a los indios y a los vecinos y les animó a resistir. No obstante, a punto de ser rebasadas las trincheras de los defensores por una compañía holandesa, retiráronse los españoles a un cerrillo inmediato, desde donde tuvieron que presenciar como los holandeses quemaban el pueblo. Los bátavos, que habían perdido un capitán y tres soldados, se retiraron luego a sus naves (2).

En Guarmey desembarcaron también los holandeses, sin obtener ningún provecho, bien que haciendo algunos prisioneros. Llegaron luego ante Acapulco y ofrecieron liberar a los cautivos contra la entrega de víveres y bastimentos, lo que se aceptó, desapareciendo luego la flota hacia el Norte.

Entretanto había llegado desde Panamá una flota española mandada por D. Antonio de Beaumont, llevando al nuevo Virrey del Perú, Príncipe de Esquilache. Enterados de lo ocurrido, desembarcaron al Virrey en Manta y se dispusieron a unirse a los restos de la armada de Mendoza para ofrecer nuevo combate a los holandeses. Pero en vano los buscaron a lo largo de toda la costa, pues Van Spielbergen, quizá desesperando de hallar botín en aquel país donde mujeres y clérigos combatían como soldados viejos, había emprendido el cruce del Pacífico.

Cruzose la armada holandesa primeramente con el barco del oidor D. Juan de Solórzano y luego avistó otro en el que venía desde Filipinas, nombrado Presidente de la Audiencia de Quito, aquel mismo D. Antonio de Morga que luchara ante Manila con Van Noort. Este último navío se acercó imprudentemente a la flota, tomándola por española, pero se desengañó a tiempo y pudo escapar sin daño.

---

(1) Según José Luis Múzquiz de Miguel los certeros cañonazos fueron disparados por el fraile franciscano P. Gallardo, artillero antes de profesar (Muzquiz de Miguel «El Conde de Chinchón, Virrey del Perú», p. 187.)

(2) Muzquiz de Miguel, op. cit., p. 187.

Llegó sin novedad la flota bátava a Filipinas, realizando luego diversos cruceros por sus aguas y las de Molucas hasta que, reforzada por otros barcos holandeses, fue no obstante batida el 25 de abril de 1617 por la escuadra española del General Juan Ronquillo, que así vengaría el desastre del Cañete.

Expedición de Jakob Van Mayre

La siguiente expedición a aguas de las Indias españolas fue organizada por varios ricos armadores holandeses que no participaban en la Compañía de las Indias Orientales. El 4 de junio de 1615 hicieron salir las naves *Concordia* y *Horn,* siendo jefe de ellas Jakob Van Mayre y piloto mayor Willem Cornelius Schouten. No efectuó ningún acto de piratería la tal flotilla, sino que descubrió un nuevo Estrecho al Sur del de Magallanes, que recibió el nombre del jefe de la expedición y luego, costeando aún más al Sur avistó el cabo en que finalizaba el Nuevo Continente, bautizándolo con el nombre de Horn. Salieron por allí al Pacífico, por el que regresaron intentando la circunnavegación del globo, pero fueron capturados en Molucas por sus propios compatriotas, fieles éstos a la celosa Compañía de Indias Orientales. Enviados a Holanda como prisioneros, Mayre moriría a la altura de la isla Mauricio.

Sabedoras de esta expedición, las autoridades españolas prepararon otra compuesta por las carabelas *Nuestra Señora del Buen Suceso* y *Nuestra Señora de Atocha* de 80 toneladas y portando 40 hombres cada una, bajo el mando de Bartolomé Nodal, su hermano Gonzálo y el cosmógrafo Diego Ramírez Arellano. Salieron de Lisboa el 27 de septiembre de 1618 y, llegados a la zona, reconocieron exhaustivamente los dos estrechos y el cabo austral, levantando mapas y regresando luego a San Lúcar, donde llegaron el 8 de julio de 1619, no sin haber ahuyentado antes a cañonazos a tres barcos piratas franceses que intentaron salirles al paso en la Isla Tercera.

Rebautizaron estos exploradores al Estrecho de Mayre como Estrecho de San Vicente, y al cabo como de San Ildefonso, pero la posterioridad les reconocería los apelativos dados por sus verdaderos descubridores, aunque castellanizando los hispanohablantes el Cabo Horn como Cabo de Hornos.

Expedición de Sir Walter Raleigh a Guayana

No sólo de Holanda salían las expediciones a las aguas de América española. Muy raro hubiera sido que los ingleses se mantuvieran inactivos en tal sentido, y la autoría de una de sus empresas correspondió al ya conocido Sir Walter Raleigh.

Habíamos dejado a este inquieto personaje a salvo en Inglaterra tras de su expedición al Orinoco. Alcanzó más tarde su apogeo en el favor de Isabel I, llegando incluso a conseguir la ejecución de su rival el Conde de Essex, el vencedor de Cádiz. Pero al morir la reina cayó en desgracia, siéndole confiscadas sus propiedades por Jacobo I y acabando encarcelado en la Torre de Londres.

No había olvidado Raleigh, sin embargo, el mito de Eldorado, y se las arregló para proponer al rey una nueva expedición a las Indias, logrando la libertad, y ayuda para preparar la empresa. Dijo que ésta estaba destinada tan sólo a explotar una mina de oro que, según él, había descubierto en su anterior viaje fuera de territorio español y de la que había tomado posesión en nombre de Inglaterra. Pero el embajador español, D. Diego Sarmiento de Acuña, Conde de Gondomar, adujo que la presunta mina estaría de todos modos en territorio de soberanía hispánica, al extenderse éste por toda la zona donde Raleigh se hizo presente, pero que en realidad era evidente no ser dicho yacimiento sino invención de aquel, que en realidad se proponía saquear de nuevo las ciudades americanas. Para tranquilizar a Sarmiento de Acuña, el rey inglés dijo entonces que si en el curso del proyectado viaje ofendiera Raleigh «aún con el solo mirar de sus ojos», a tierras, vasallos o dominios de España, aunque regresara con navíos cargados de oro lo habría de entregar, junto con el resto de los autores del atropello, para que fueran todos ahorcados en la Plaza Mayor de Madrid (1).

En julio de 1616 se concedió al fin la autorización real para la empresa siempre con la condición de que no fueran visitados ni mucho menos hostilizados dominios de reyes cristianos. Izaba Raleigh su enseña en un buque construido especialmente para la expedición, el *Destinity* de 400 toneladas y 35 cañones, siendo los otros buques el *Jason* 240 toneladas y 25 cañones, el *Encoun-*

(1) Angeles Masiá de Ros «Historia General de la Piratería», p. 358.

ter de 160 y 17, el *Tinder* de 180 y 20, el *Flying Joan* de 120 y 14, y otros más, hasta completar los diecisiete. Unos 2.000 hombres, aventureros de la peor calaña y en gran parte veteranos de piraterías anteriores, embarcaron en ellos.

El 17 de abril zarpó Raleigh de Londres con sus siete mayores naves, uniéndoseles el resto en el mismo Plymouth. El 12 de mayo salieron todas de allí para iniciar el viaje, pero fueron sorprendidos poco después por una gran tempestad. Fuese a pique la *Flying Joan,* debiendo refugiarse la *Destinity* de Raleigh en el puerto irlandés de Cork y el resto de las naves en otros puertos cercanos. Mal empezaba la empresa.

Tras reparar averías y reunir de nuevo la flota, zarpó de nuevo ésta el 19 de agosto, llegando a fines de mes a la vista de las Canarias. El gobernador Osorio les ofreció venderles en Gran Canaria todo lo que necesitaran, al estar España e Inglaterra en paz, pero Raleigh prefirió seguir a Lanzarote, pues no le interesaba lo que se entiende por «comprar». Entrada la flota en el puerto de Arrecife, descendieron los tripulantes «para estirar las piernas», según dijeron, pero en realidad robaron todo lo que encontraron en el puerto. La reacción de los lanzaroteños fue, como es de suponer, violenta, y de sus resultas murieron varios ingleses. En la confusión que siguió a estos hechos desertó el navío *Husband* de 200 toneladas y 6 cañones, mandado por el capitán Reiley, que lo llevó de regreso a Inglaterra.

Raleigh, pasada la trifulca, solicitó al gobernador de la isla, Hernán Pérez de Ayala, que le vendieran víveres, pero el español se negó en redondo Zarpó entonces la flota inglesa y se acercó a una playa para hacer aguada, pero los campesinos les acometieron, matándoles dos hombres. Partieron luego los ingleses para Gomera y allí, por fin, el señor de la isla D. Diego de Guzmán Ayala les permitió abastecerse, quizá por ignorar lo que en Lanzarote había sucedido.

Continuando con la mala suerte que parecía aquejar a la expedición, al cruzar el Atlántico estalló una epidemia, muriendo sólo en la capitana cuarenta hombres y enfermando el propio Raleigh, aunque logró reponerse. El 7 de noviembre llegaron por fin a las bocas de Orinoco, preparándose todos a iniciar aquellas mismas rapiñas que al partir prometieran evitar.

Raleigh fondeó sus barcos grandes al amparo de la Punta de Gallo en la isla de Trinidad, y envió en los pataches unos 600

piratas con orden de remontar el río y apoderarse de la villa de Santo Thomé. Formaban la fuerza los pataches *Encounter* de Whitney, *Suply* de King, *Pink* de Robert Smith, *Confidence* de Wollaston y *Fly* de Hart, y en ellos y algunas lanchas de acompañamiento embarcaron la llamada «Compañía de Jóvenes Aventureros» mandada por el hijo de Walter Raleigh, de igual nombre, y las compañías de los capitanes Parker, North, Hornehurst, Hall y Chidley, ontentando el mando supremo Lawrence Keymis, segundo de Raleigh.

La flotilla navegó por el río hasta llegar a la isla de Jaya, donde se encontraba Santo Thomé, capital de Guayana, y en cuyas playas vararon los pataches *Encounter* y *Confidence.* El 11 de enero hizo desembarcar Keymis a 500 piratas que deberían atacar por tierra, en tanto que él, con el resto y los barcos, lo haría por el río.

El gobernador español, D. Diego Palomeque de Acuña, había ya tenido noticia de lo que se avecinaba, siendo advertido por indios amigos del avance de la flotilla inglesa. Procuró organizar la resistencia, pero tan sólo pudo reunir 37 vecinos armados, junto con algunos indios labradores y contando con dos cañones y cuatro pedreros. Mientras aprestaba tan exiguas fuerzas, organizó asimismo la evacuación de las personas no combatientes, llevando todo lo que podía considerarse como riquezas.

Llegados los ingleses, comenzó en el acto el combate. Abrumados por el número no tardaron los españoles en ser desalojados de sus trincheras, continuando la lucha entre las casas, que fueron incendiadas por los piratas. En la Plaza de Armas se desarrollaron los últimos combates, en un feroz cuerpo a cuerpo, hasta que los defensores supervivientes debieron retirarse, y la pequeña ciudad quedó en manos inglesas. De los españoles habían muerto el gobernador Palomeque, los capitanes Monge, Ruiz y Nieto, con otros muchos, pero las bajas inglesas habían sido más importantes, incluyendo al hijo de Walter Raleigh, muerto en lucha personal con el capitán español Erineta. El vecindario que pudo escapar fue luego organizado en el bosque por los dos alcaldes de la villa, García de Aguilar y Juan de Lezama, el último de los cuales asumió el mando y funciones del fallecido Palomeque.

Como no hallaran los ingleses el botín que imaginaban, comenzaron a merodear por los alrededores, siendo hostilizados

por arcabuceros españoles. Finalmente optaron los piratas por seguir remontando el río con lanchas, dirigidos por el propio Keymis y por sus lugartenientes Thornhurst, William Herbert, Sir John Hampden y otros. Pero a la altura de Ceiba les preparó una emboscada el capitán español Jerónimo Grado con diez arcabuceros españoles y diez indios muy expertos en el lanzamiento de flechas. Sin que los piratas pudieran ver de donde venían los proyectiles, recibieron muchos de éstos que causaron fuertes bajas, incluyendo el capitán Thornhurst, muerto de resultas de las heridas recibidas. Finalmente los que pudieron contarlo regresaron apresuradamente a Santo Thomé.

A los veintisiete días de estancia de los ingleses en la villa, acercáronse a ella 23 españoles y 60 indios y causaron nuevas bajas entre los invasores, además de incendiar las casas donde se refugiaban con la sana intención de quemarles dentro de ellas. Un fuerte e inoportuno aguacero frustró a última hora la acción, pero no por ello dejaron los ingleses en preparar la evacuación de la ciudad. En los continuos combates y escaramuzas habían perdido ya 250 hombres, cundiendo el desánimo entre los demás al comprobar que nada bueno se había logrado en la empresa.

Marcharon los supervivientes de la fuerza río abajo hasta unirse con Raleigh. Terrible fue la furia de éste al enterarse del fracaso y de la muerte de su hijo. Insultó de tal forma a Keymis que según algunas fuentes éste se suicidó, aunque es posible que en realidad fuera asesinado por su enfurecido jefe.

Continuaron las discordias en el campo inglés. Raleigh celebró un consejo en el que propuso resarcirse atacando la Flota de Indias, pero todos se opusieron a ello. Los capitanes Whitney y Wolaston, del *Encounter* y el *Confidence* zarparon por las buenas con sus barcos, iniciando el regreso a Inglaterra, en tanto que otros cinco navíos desertaron poco después para piratear por el Caribe.

Lo que ocurrió con estos últimos es relatado en las Memorias del famoso capitán Alonso de Contreras. Había llegado en la época este personaje al mando de dos galeones de guerra para reforzar las guarniciones antillanas, cuando el Presidente de la Audiencia de Santo Domingo le envió a perseguir a los piratas, añadiendo a sus naves dos mercantes armados locales y otro más que había llegado a Cabo Verde con negros, es de suponer que tras haber desembarcado éstos. Avistaron los españoles tres

naves grandes y dos pequeñas y Contreras ordenó que se fingiera huir para que los piratas pensaran que se trataba de mercaderes. Hecho esto y aproximados los ingleses, se les lanzó una formidable andanada y se dio media vuelta para cerrar contra ellos. Pero finalmente las naves piratas, más ligeras, consiguieron zafarse aunque perdiendo, entre otros, a uno de sus capitanes. Más tarde, cerca de la Isla de Pinos, Contreras avistó una de las naves enemigas y ahora sí que logró apresarla, abordándola con su galeón. Comunicó orgullosamente a la Audiencia dominicana haber hecho 21 prisioneros que confesaron haber pertenecido a la flota de «Guatarral», curiosa castellanización del nombre de Walter Raleigh. Dijeron también los prisioneros a Contreras que en el anterior combate su nave había tenido 27 muertos pero, quizá por adular a Contreras, situaron entre éstos al hijo de Raleigh, que como se sabe había muerto en Guayana con anterioridad.

Entretanto el abatido Walter Raleigh cruzaba de nuevo el Atlántico, desertándole de camino tantas naves que al pasar por las Bermudas tan sólo seguía a su *Destinity* el *Jason* del capitán Pennington. Tal vez suponiendo lo que le esperaba en Inglaterra, intentó desviarse hacia las costas francesas, pero la tripulación se amotinó y le obligó a entrar en Plymouth.

Ya tenía preparadas el embajador español, Conde de Gondomar, unas completas listas de quejas por la actuación del pirata, al tiempo que recordaba al rey inglés sus anteriores promesas. Jacobo I, a quien no interesaba en aquellos momentos la enemistad española, procesó a Raleigh, apareciendo como testigos, entre otros, su primer desertor el capitán Bailey. Hallado culpable, el pirata fue condenado a muerte, aunque tal vez más por su fracaso que por sus delitos (1). Tras fracasar un intento de fuga, Walter Raleigh fue ejecutado el 29 de octubre de 1618, y con ello acabaron, de momento, las expediciones piráticas salidas de Inglaterra.

(1) Parece ser que el pirata dijo certeramente durante el juicio: «¿Ha conocido Su Señoría persona a quien se acuse de piratería viniendo con millones?» (Fernández Duro «Armada Española», tomo III, p. 422.)

Otros sucesos

No dejaban de merodear por el Atlántico y el Caribe los restos de la escuadra de Raleigh, junto con otros piratas de todas las nacionalidades. El 15 de julio de 1620 dos naves en ruta a España fueron atacadas por cuatro barcos piratas ingleses, pero les resistieron de tal forma que la capitana pirata se fue al fondo, abandonando la lucha los tres bajeles restantes. Pasaron entonces los españoles al contraataque y apresaron otra nave enemiga, pudiendo huir finalmente las dos restantes. Por las mismas fechas el General López de Armendariz anunció haber represado cerca de Brasil un barco capturado por piratas ingleses, tal vez los mismos del suceso anterior.

El 28 de octubre de 1620 salió en crucero la «armadilla de Cartagena», compuesta por dos carabelones y una chalupa, bajo el mando del General Martín Vázquez de Montiel y el Almirante Benito Arias Montano. Tras larga y penosa travesía fueron avisados de que en la isla de Vaca habíanse avistado navíos piratas. El 2 de enero de 1621 encontraron allí haciendo aguada una urca holandesa, dos naves francesas y una inglesa, que al instante fueron acometidas y tomadas al abordaje, escapando únicamente una de las francesas. Saltaron luego a tierra los españoles y acabaron con los piratas que habían desembarcado en la isla, completando así una victoria en la que resultaron muertos 300 forajidos del mar contra bajas españolas de sólo cinco muertos y veinticinco heridos.

Tras de este escarmiento no volvieron a aparecer piratas por la zona durante algún tiempo. Para aumentar la seguridad, sin embargo, el nuevo gobernador de Cuba, Venegas, hizo traer de España cuatro galeras de guerra y creó, para mantenerlas, un impuesto de 2% sobre el comercio local.

CAPITULO VI

DE NUEVO LOS HOLANDESES

Nueva guerra con Holanda

Ya antes del fallecimiento de Felipe III, el 31 de marzo de 1621, había terminado el período de paz para la monarquía hispana. En el imperio había estallado la nueva lucha entre católicos y protestantes que daría origen a la Guerra de los Treinta Años, y España intervino en apoyo del bando católico, teniendo los Tercios gran participación de la victoriosa batalla de la Montaña Blanca, dada en 1619. Simultáneamente otras tropas españolas iniciaban la ocupación del Palatinado, que se había alineado del lado de los luteranos.

Sin embargo la carrera guerrerista no llegó a su culminación hasta el advenimiento de Felipe IV y de su ambicioso valido D. Gaspar de Guzmán y Pimentel, más conocido como el Conde-Duque de Olivares, que pretendía volver a los gloriosos tiempos de Carlos V y Felipe II. Habiendo terminado la Tregua de los Doce Años, acordó el Conde-Duque reiniciar la guerra con Holanda, poniendo como pretexto que el contrabando, el corso y el comercio ilícito de los bátavos causaban ya a España daños no inferiores a los que se podrían esperar de un estado de guerra abierta.

Pero en 1621 las Provincias Unidas eran una potencia muy diferente a la de los «gueux» que combatiera Felipe II, y ya entonces sin lograr un éxito decisivo en su sometimiento. Un sistema político democrático y una economía mercantil casi ili-

mitadamente libreempresarial y carente de todo escrúpulo había traído una gran eficacia y riqueza a los Países Bajos, en contraste con el anquilosado sistema aristocrático español, que ya a principios de siglo había comenzado a mostrar sus defectos.

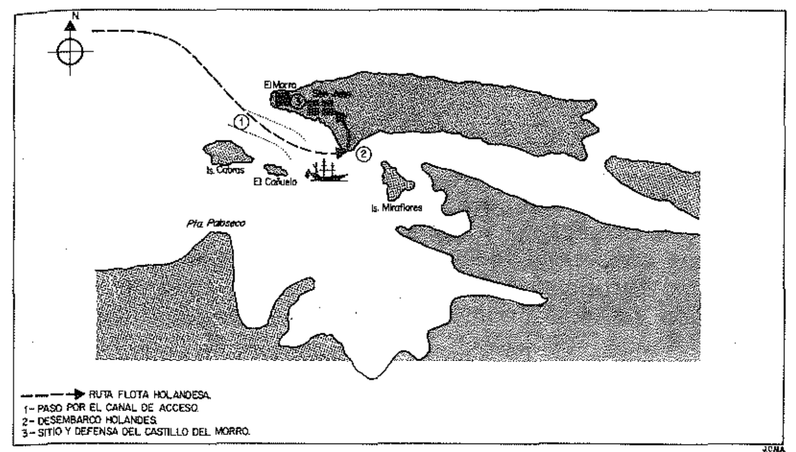
Especialmente próspera era la marina mercante holandesa, hasta el punto de calcularse que las tres cuartas partes de los buques de comercio de toda Europa enarbolaban bandera de aquel país. La flota de guerra era igualmente la mayor de la época, dejando muy atrás a la española, tripulada por marinos de primera categoría y mantenida y renovada por los eficientes astilleros de Zuiderzee, de tal capacidad de trabajo que los españoles llegaron a preguntarse en una ocasión «si en Holanda llueven barcos».

Por otra parte, mientras España sesteaba bajo Felipe III, los dirigentes neerlandeses empleaban parte de sus abultadas ganancias comerciales en fortificar sus puertos y ciudades y reclutar nutridos ejércitos de mercenarios bien armados y aprovisionados, y en número superior al de las tropas que España podía destacar a Flandes, donde siempre fue muy difícil y costoso «poner una pica», y más en tiempo de guerra.

Declaradas finalmente las hostilidades, tras un inútil llamamiento español en el sentido de volver a integrarse Holanda en la monarquía hispánica, los gobernadores neerlandeses pensaron evidentemente que un objetivo apetecible habrían de ser las vulnerables costas americanas. A este efecto se creó el 3 de junio de 1621, por impulso de Guillermo Usselinex y otros, la llamada Compañía Privilegiada de las Indias Occidentales, a fin de incorporar la empresa privada a la acción contra los dominios ultramarinos del Rey de España.

Iniciada la nueva Compañía con 7.108.161 florines divididos en 1.200 acciones, pronto contó con 18 millones de florines de capital. Se hallaba dividida en cinco Cámaras o Secciones: Amsterdam, con 4/9 del capital, Zelanda con 2/9, y Rotterdam, Honhorn-Frisia y Groninga, con 1/9 cada una. El Consejo de Administración, con sede en Amsterdam, se componía de diecinueve miembros, siendo conocido bajo el nombre de Heeren XIX. Para favorecer a la entidad, el gobierno de los Estados Generales ofreció contribuir a la flota de la misma con 16 navíos y 4 yates, siempre que la Compañía mantuviera un número de barcos igual. En realidad la Compañía Privilegiada de las Indias

ATAQUE DE BALDUINO ENRIQUE A PUERTO RICO



Occidentales no tardaría en contar con varios centenares de buques, además de 67.000 marineros y soldados a sus exclusivas órdenes.

Primeras operaciones en las salinas de Araya

Como en la guerra anterior, la imperiosa necesidad de sal de las Provincias Unidas no tardó mucho en hacer aparecer sus buques por las cercanías de las principales salinas americanas.

En septiembre de 1621 el Capitán General de Nueva Andalucía, D. Diego de Arroyo y Daza, tuvo noticia de la llegada de seis naves holandesas a Ancón de Refriega y envió al momento una flotilla de lanchas por el río Bordones, atacando a los intrusos. En refuerzo a éstos llegaron diez naves enemigas más, que intentaron desembarcar sin lograrlo. Finalmente los holandeses debieron abandonar sus iniciadas instalaciones, junto con unas veinte tumbas correspondientes a sus muertos en la lucha.

El 15 de enero de 1622 aparecieron en la zona dos grandes urcas, que fueron igualmente rechazadas. Pero las siguieron 27

naves, de las que desembarcaron 500 arcabuceros y mosqueteros que se pusieron a la tarea de construir dos fuertes permanentes. D. Diego de Arroyo tan sólo contaba con 120 hombres armados, pero de tal forma hostigó a los holandeses utilizando una táctica de guerrillas y grupos pequeños, que finalmente los intrusos optaron por reembarcar y marcharse.

Evidentemente era de temer otro ataque, por lo que el Capitán General pidió refuerzos al gobernador de Margarita, D. Andrés Rodríguez de Villegas. Además envió al capitán Pedro Marchán con veinte vecinos armados y algunos negros e indios para que fortificara el Cerro Daniel, llamado así por haberse ahorcado en él al pirata Daniel Marajón, y que dominaba el fondeadero.

El 27 de noviembre, precedida por mensajes de alarma llegados de la isla de Coche, apareció una gran flota holandesa estimada en 40 navíos. El 28 se inició la batalla con un intenso cañoneo entre la capitana bátava y el improvisado fortín español. Hubo una pausa por la noche y al amanecer siguiente se reanudó el fuego, interviniendo ahora toda la flota holandesa. Si en la lucha del 28 la única baja española había sido el sargento Juan Gómez, ligeramente herido, en este 29 hubieron de sufrir los defensores su primer muerto, un vecino llamado Andrés de Castro. Sostúvose honrosamente la defensa, distinguiéndose en especial el teniente Juan de Vargas Machuca, pero no se pudo evitar que en la noche de aquel día desembarcaran los bátavos 700 hombres a bordo de numerosas lanchas.

El 30 de noviembre, día de San Andrés, comenzó la lucha en tierra. Lanzáronse los holandeses en masa contra los atrincheramientos españoles, que habían sido reforzados con tropas de auxilio enviadas por Daza. Nutridas descargas de mosquetería detuvieron a los asaltantes cuando ya casi llegaban a las primeras posiciones, obligándoles a replegarse. Por parte española murió en esta ocasión el sevillano Juan de Santamaría, siendo numerosos los caídos del enemigo. Tomóse incluso un prisionero que manifestó haber perecido entre otros muchos el abanderado holandés y también el general, aunque parece que esto último no fue cierto. De todas formas los atacantes no se atrevieron a reincidir, y regresaron poco después a sus naves. Puesta la flota en marcha para retirarse, fue cañoneada enérgicamente desde el fortín, perdiendo tres de sus naves.

Había sido una gran victoria, pero no convenía descuidarse, y menos conociendo la tenacidad de los holandeses, Llegaron de refuerzo desde Margarita 150 soldados mandados por el capitán Juan Pérez de Emparán, y desde Cumaná 200 indios flecheros con sus propios caciques.

El dos de diciembre aparecieron 16 naves holandesas, que exigieron con amenazas que se les permitiera tomar sal, a lo que respondió Daza negándose en redondo (1). El 8 del mismo mes, sin haber intentado nada, largáronse los navíos de Holanda.

El 13 de enero del nuevo año se registró una acometida contra Cumaná a cargo de 41 naves. Avisados del peligro por los vigías de la costa, se logró enviar con anterioridad desde Margarita al capitán Jorge Gómez con soldados y más indios flecheros, que fueron apostados ante el fondeadero. Desembarcaron las naves un cuerpo de 400 arcabuceros y mosqueteros y otro de igual número de trabajadores para cargar sal bajo la protección del primero. Pero la tarea fue impedida por el fuego del fuerte y el de los tiradores emboscados, por lo que debieron huir sin realizar su propósito. Desembarcaron luego algunos hombres en Margarita, pero fueron igualmente rechazados y acabaron por abandonar aquellas latitudes, siendo perseguidos por la Armada de Galeones del General D. Tomás de Larraspuru y el Almirante D. Alonso de Mújica, que no logró alcanzarles.

Llegada a Madrid la noticia de este nuevo ataque, se despacharon a Araya dos barcos con 300 soldados y 20 cañones, para erigir una fortaleza permanente, que se nominó Santiago del Arroyo. Encargóse de dicha construcción el ingeniero militar Juan Bautista Antonelli «El Mozo», cuyo padre, de igual nombre y profesión, destacara ya como fortificador en tiempos de Felipe II. Este segundo Antonelli sería nombrado Ingeniero Militar de Indias al morir su antecesor en el cargo D. Cristóbal de Roda.

---

(1) Respondió enérgicamente Daza que «su Rey le tenía allí puesto para defenderles que no tomasen sal, y que no podía conceder con lo que le pedía, sino pelear hasta morir, y que no volviesen a enviar mensaje alguno, porque habría de ahorcar al que lo trajese» (Carlos Felice Cardot «Curazao Hispánico». p. 117).

Expedición de L'Hermitte contra las costas peruanas

Los intentos contra Araya parece ser que fueron obra de gentes inexpertas recién entradas en la Compañía, y de ahí sus fracasos. Pero los Estados Generales preparaban simultáneamente una gran expedición mejor provista dirigida contra las costas americanas del Pacífico.

Aprestáronse 11 naves, de ellas siete construidas especialmente para la empresa: dos de 600 toneladas y 40 cañones, y cinco de 500 toneladas e igual artillería, siendo las cuatro restantes más pequeñas y viejas. Embarcaron en ellas 1.637 hombres, y como jefe de la expedición se designó a Jacques L'Hermitte, hábil marino francés que se había refugiado en Holanda por cuestiones religiosas. El objetivo era apoderarse del puerto de Callao y, a ser posible, robar la flota de la plata en su camino a Perú y Panamá.

Salió la flota de Texel el 29 de abril de 1923. En las costas de Portugal capturaron cuatro carabelas que iban a Brasil con azúcar y enviaron a Holanda tres de ellas, incorporando la cuarta de la flota. En las costas de Berbería tomaron asimismo un navío flamenco y ahorcaron a cuatro de sus tripulantes por manifestarse leales a España. Tocaron las islas de Cabo Verde y luego, al haber estallado a bordo una epidemia, entraron en el puerto de Farallones. Murieron allí de enfermedad casi 200 hombres, en venganza de lo cual fue torturado y ahorcado el médico de la expedición.

Pasada la epidemia, la flota se puso de nuevo en marcha, cruzando el Atlántico en once días y repostando en la isla Novoa. Cerca del Estrecho de Magallanes se les hundió un patache y la carabels portuguesa apresada ahogándose 20 hombres, en tanto que otros 19 eran muertos por los indios al pretender bajar a tierra para cortar leña.

Renunciando a cruzar el estrecho magallánico, penetraron por el de Mayre, saliendo sin novedad al Pacífico y haciendo nueva escala en las islas de Juan Fernández. No quisieron tocar las costas de Chile para que no se enviara aviso al Callao, donde pensaban entrar por sorpresa. El 6 de mayo de 1629 apresaron un pequeño barco español en el que iba el capitán Martín Larrea con varios remeros negros, a quienes torturaron para hacerles dar noticias sobre la flota de la plata. Los negros dijeron que la tal escuadra había salido del Callao hacía tres días, pero Larrea consiguió convencer a los holandeses de que se trataba de un defecto de pronunciación y que en realidad fueron trece días. Jugóse con ello el físico el capitán para proteger a la flota de la plata, pues en realidad había salido ésta en la fecha indicada por los remeros y, de haberlo creído, los holandeses hubieran podido alcanzarla.

Mientras todo esto acontecía, el puerto del Callao se hallaba desprevenido y sin defensas. La flota había salido el 3 de mayo con la plata de dos años, alrededor de ocho millones de pesos, escoltada por los galeones *Santiago, San José* y *San Felipe.* En el puerto quedaba el *Nuestra Señora de Loreto,* capitana averiada y desarmada de la flota, y el patache *San Bartolomé.*

El día 7 el Virrey del Perú, D. Diego Fernández de Córdoba, Marqués de Guadálcazar, daba una fiesta de toros en Lima, y en medio del festival llegaron las primeras noticias de haberse avistado la flota holandesa, produciéndose escenas de confusión y pánico entre los asistentes. El Virrey ordenó tocar a rebato todas las campanas de la ciudad, y que se prepararan las defensas.

El 8 de mayo por la mañana desembarcaron 600 holandeses, pero les salió al paso un numeroso cuerpo de caballería española, ante lo que se retiraron de nuevo a las naves. Afortunadamente no se dieron cuenta de que la tal caballería estaba formada por unos pocos jinetes de caballos seguidos de una masa de vecinos desarmados montados en mulas para hacer bulto. Con tal ardid se consiguió tiempo para fortificar algo el puerto, en tanto que los bátavos armaban las lanchas y galeotas desmontables que traían a bordo.

El 11 de mayo las lanchas holandesas intentaron entrar en el puerto para incendiar el galeón, pero fueron rechazadas con algunos muertos, siendo apresado el condestable que dirigía la operación. A partir de aquel momento se sucedieron las escaramuzas, no logrando los atacantes poner pie en tierra pese a sus repetidos intentos. Los españoles construyeron en veinte días tres lanchas de 3 cañones: *Magdalena, Santiago* y *San Cristóbal;* siete de dos: *San Juan, Santa Juana, Santiago el Mayor, Trinidad, Rosario, Loreto* y *San Ignacio;* tres de uno: *Jesús María, San Pedro* y *Buen Viaje,* y la batería flotante *San Isidro,* armada con cinco culebrinas, defendiendo con todo ello el puerto sin que los holandeses lograran sino incendiar con brulotes algunos pequeños navíos comerciales surtos en el mismo.

El 2 de junio murió L'Hermitte, asumiendo en mando el vicealmirante Hughes Schapenham. Sin descuidar éste el acoso

del Callao, decidió efectuar ataques de diversión en otros lugares y así envió cuatro naves a Pisco y dos a Guayaquil.

Empezó con suerte para los holandeses el asalto a Guayaquil, puesto que el sorpresivo ataque de dos de sus lanchas logró apoderarse de tres fragatas, dos bergantines y otras cuatro embarcaciones fondeadas en el puerto, a continuación de lo cual 400 hombres subieron por el río, en otras lanchas, en dirección a la ciudad. El corregidor de la misma, D. Diego de Portugal, hizo evacuar rápidamente a los no combatientes, disponiendo para la defensa a 200 vecinos armados. De la primera embestida los holandeses hicieron retirarse a estos hombres de las trincheras que ocupaban pero luego, al dispersarse los atacantes para iniciar el saqueo, el corregidor rehizo a los suyos, aprovechando la llegada de algunos refuerzos enviados por el presidente Ariolas desde Quito, Cuenca, y otros lugares, y lanzó un ataque contra los bátavos, poniéndoles en fuga con pérdida de sesenta hombres y dos lanchas. En represalia a esta derrota los holandeses desembarcaron en la isla de Puna y asesinaron al misionero de indios Fray Alonso de Encinas, quemando la pequeña capilla que regentaba. Incendiaron también varios de los navíos apresados antes de retirarse de allí.

El ataque a Pisco tuvo lugar el 11 de junio, cinco días después que el anterior. El capitán D. Diego de Carvajal, al ver acercarse a las lanchas enemigas, reunió en la playa a los vecinos armados, consiguiendo que aquellas dieran la vuelta y se retiraran. Al amanecer del 12, sin embargo, siete lanchas desembarcaron cerca del lugar un contingente holandés que se dirigió a Pisco formado en escuadrón. Salióles al encuentro una patrulla de caballería española que al principio fingió huirles pero que, al lograr que algunos holandeses le persiguieran separándose de los demás, dio media vuelta y cerró contra ellos, matando a cinco. Debilitado su ímpetu con el suceso, los holandeses fueron rechazados con bajas por los atrincherados defensores de Pisco. Por la tarde se pasaron a los españoles algunos de los atacantes, griegos al parecer, y el resto abandonó la empresa y se retiró. Muy oportunamente para los defensores, pues ya comenzaban a estar faltos de pólvora.

El grueso de la armada holandesa continuaba frente al Callao, sin lograr nada y habiendo perdido ya cuatrocientos hombres en los distintos combates. A primeros de julio, Schapenhan se dispuso a retirarse de allí temiendo no fuera a llegar alguna flota española. Antes exigió al Virrey que le entregara los desertores griegos y, al negarse logicamente éste, se vengó ahorcando algunos prisioneros hechos en barcos de cabotaje, tras de lo cual se alejó de las proximidades del Callao.

Aún quedaron las naves bátavas algún tiempo por las costas del Mar del Sur, haciendo o intentando nuevas tropelías. A principios de agosto se intentó otro ataque a Guayaquil, a cargo de 4 barcos y 600 hombres mandados por un tal Gubernat. Llegaron hasta las Atarazanas y quemaron dos bergantines que estaban allí en construcción, pero fueron rechazados por el nuevo corregidor D. José de Castro, ayudado por grupos de mulatos que llegaron de los campos. Los días 25 y 26 de agosto acercáronse de nuevo los holandeses, lanzando hasta tres ataques, pero finalmente debieron retirarse, siendo Gubernat herido de un arcabuzazo y quedando 28 de los atacantes prisioneros de los españoles.

Más afortunados en Acapulco, lograron los bátavos entrar por sorpresa y saquear unas casas, pero la noticia de reunirse gente en los campos para contratacarles bastó para hacerles retirarse aquí también.

Tras tales episodios, finalmente emprendió la flota holandesa el regreso hacia su patria, sin haber conseguido ninguno de sus objetivos y sí sufrido graves mermas humanas y materiales. Para justificarse ante los accionistas de la Compañía, Schapenham llegó a inventarse una victoria naval que nunca ocurrió, pues el Virrey prefirió preservar sus escasos galeones antes que enfrentarlos en mar abierto contra un enemigo superior.

Pese a su fracaso, la expedición de L'Hermitte causó gran preocupación en España, sobre todo por el efecto de sorpresa logrado por ella al principio de su actuación peruana. El Rey envió orden de que se vigilaran con naves los estrechos de Magallanes y San Vicente (Mayre), ante lo que el Marqués de Guadálcazar despachó dos navios, uno a la isla de Huasco, cercana a los estrechos, y la otra a las islas de Juan Fernández, también en la misma zona (1).

(1) José Luis Múzquiz de Miguel, op. cit., p. 41.

Los holandeses en el Brasil

No habiendo logrado gran cosa por el momento contra los territorios españoles, los gobernantes de las Provincias Unidas y los dirigentes de la Compañía decidieron probar suerte con la parte portuguesa de la monarquía, y a este efecto prepararon una expedición aún mayor que la de D'Hermitte.

A primeros de 1624 zarpó de los puertos bátavos una flota de 35 naves llevando a su bordo 3.000 hombres de desembarco, además de casi otros tantos marinos. Mandaba la flota Jakob Willekens, siendo su segundo Pieter Piet Heyn y estando a cargo de las tropas de desembarco Johann Van Dort. Al llegar al fondeadero de Cabo Verde se abrieron los pliegos secretos, enterándose los jefes holandeses de que su misión era tomar la bahía de Todos los Santos y la ciudad de San Salvador (hoy Bahía), capital del Brasil portugués.

En la madrugada del 8 de marzo de 1624 presentose la flota ante su objetivo y, tras alguna lucha, se apoderó de Sao Salvador, apresando al gobernador D. Diego Hurtado de Mendoza. Logrado esto, envióse a Holanda un navió rápido con la noticia y, tras él, otros cuatro barcos cargados de botín. Otras naves partieron para explorar las costas brasileñas, y luego rumbo a Africa para importar los negros necesarios para el desarrollo de la nueva colonia.

En julio se supo en España la infausta nueva, y en el acto se preparó una gran expedición con vistas a reconquistar la plaza perdida. Se aprestó la flota portuguesa, fuerte en 26 naves y 4.000 hombres, mandando los buques D. Francisco Almeida, y las tropas de desembarco D. Manoel Meneses. La aportación española consistió en la Armada del Océano, reforzada por las escuadras de Nápoles y Vizcaya, con un total de 37 naves y 7.000 hombres bajo el mando de D. Juan Fajardo de Guevara. El mando supremo de toda la expedición le fue entregado a D. Fadrique de Toledo, experto marino y valeroso soldado.

La gran flota, con mucho la mayor que jamás enviara antes España a las Indias, partió en noviembre de 1624, y se presentó ante Sao Salvador el 28 de Marzo del año siguiente. Al principio la tomaron los holandeses por una flota de refuerzo propia que estaban esperando, y cuando descubrieron la verdad ya tenían a

los españoles prácticamente encima, quedando embotelladas en el puerto las 18 naves que allí se hallaron.

Resistieron no obstante con dureza los bátavos, pero el 30 de abril debieron capitular, quedando en manos españolas 3.000 prisioneros, 18 banderas, muchos cañones y siete navíos intactos, ya que en la lucha fueron destruidos los demás.

Apenas logrado este triunfo, se avistó en el horizonte la flota holandesa de socorro, que llegaba demasiado tarde. Estaba compuesta de 34 navíos bajo el mando de Boudewijn Hendrijks (Balduino Enrique en las crónicas españolas), siendo su segundo Andries Veron. Al advertir lo ocurrido en la ciudad, se apresuraron los recién llegados a retirarse antes de que la poderosa armada española saliera a darles caza.

Merodearon luego los holandeses por las costas del Brasil con suerte no muy buena, pues perdieron 4 naves y 700 hombres. Acordaron luego dividirse y así Enrique fue con 18 barcos a las Antillas y Verón con 12 a Africa. Algunos de los navíos de D. Fadrique de Toledo persiguieron a estos últimos tomándoles por la flota entera, pero no lograron alcanzarles.

La flota de Balduino Enrique en Puerto Rico

En septiembre de 1625 acababa de llegar a Puerto Rico el nuevo gobernador D. Juan de Haro, antiguo capitán de galeones, estando aún en la plaza el gobernador saliente D. Juan de Vargas. Como de costumbre el importante puerto isleño estaba en condiciones precarias de defensa por culpa de la eterna imprevisión hispánica. En el fuerte del Morro muchas de las cureñas de los cañones estaban podridas, resultando así inútiles las piezas. No obstante se contaba con un circunstancial refuerzo de artillería al haber naufragado en 1623, junto a la isla, un galeón de la flota de D. Tomás de Larraspuru, y llevar sacadas los buceadores del mismo 19 piezas que poco a poco se fueron incorporando al fuerte.

El 24 de septiembre se avistaron 17 velas, disparándose en el acto el cañonazo de alarma. Se trataba nada menos que de la escuadra de Balduino Enrique que se situó en correcta formación ante el puerto. Traía el holandés las naves *Roode Leeuw, Witte Leeuw, Leyden, Blauwe Leeuw, Golde Valck, Utrecht, Nieuw-Ne-*

derlandt, Hoope Van Dordrecht, Kleyne Tyger, Hoorn, Medenblink, Golden Molen, Vlissingen, West-Kappel, Goude Sonne, Koningine Hester y *Jonás,* con 2.500 hombres a bordo entre marineros y soldados (1).

El gobernador Haro, recordando sin duda lo ocurrido durante el anterior ataque de Clifford, reforzó el Boquerón y la Caleta de Escambrón, poniendo allí a D. Juan de Vargas. Pero Balduino Enrique le reservaba una sorpresa.

A la una de la tarde la flota holandesa se puso en movimiento y, en una impecable maniobra náutica penetró a toda vela por el canal de acceso al puerto. Naturalmente el fuerte del Morro disparó con toda su artillería sobre las naves que pasaban velozmente ante él y, según Juan de Laet, la capitana holandesa tuvo cuatro muertos y algunos heridos, y el resto de los navíos otras bajas, pero lo cierto es que todos los barcos lograron pasar y anclaron felizmente ante la Puntilla, amenazando la propia ciudad (2).

Haro ordenó inmediatamente evacuar la villa, concentrando a los hombres cercanos. Para cubrir dicho movimiento encargose a la compañía de voluntarios negros libres mandada por el mulato Patricio de la Concepción, que hostilizara a los holandeses. Y tan buena maña se dio que los bátavos tardaron dos días en desembarcar, permitiendo a los habitantes de la ciudad evacuar ésta e incluso llevarse consigo buena parte de sus pertenencias.

Aprovechó también el gobernador para poner en estado de guerra el fuerte e introducir en él los alimentos necesarios para resistir un asedio (3). Se tuvo tiempo, además, de transportar dentro seis cañones de bronce de 12 libras, procedentes del galeón, que estaban en la playa y que hubieran podido caer en

(1) Dieciocho naves holandesas se habían dirigido a las Antillas, pero una de ellas, la *Geele Sonne,* se perdió en un temporal antes de llegar a Puerto Rico.

(2) Relaciones detalladas del asalto a Puerto Rico existen varias, entre ellas la de Juan de Laet, por parte holandesa, y las de Fray Iñigo Abad de la Sierra y el Licenciado Diego de Larrasa por parte española.

(3) Según Larrasa fueron introducidos en el castillo 120 cargas de casabe, 46 fanegas de maíz, 130 botijuelas de aceite, 10 barriles de bizcocho, 300 quesos, una pipa de harina, 30 peruleras de vino, 200 aves, 150 cajetas de carne de membrillo, 50 reses que aportó el regidor Francisco Daza, y 20 caballos. (Relación de Diego de Larrasa, incluida en el libro «Balduino Enrico» de Fernando José Geigel Sabat.)

manos del enemigo. Cuando en la tarde del 26 finalmente se inició en serio el desembarco holandés, llamóse dentro del castillo a la compañía de Patricio de la Concepción y se cerraron las puertas, iniciándose el asedio. Habían quedado dentro del fuerte 400 hombres, la mitad de ellos soldados regulares.

Antes del momento descrito, el gobernador había enviado a los regidores Francisco Daza y Diego Montañés, al alcalde ordinario Alonso de Figueroa y a los capitanes Pedro de Villate, Juan de Lugo Sotomayor y Juan Ponce de León a los campos de la isla para organizar los socorros a la fortaleza. De igual forma hizo zarpar dos pequeñas naves mandadas por el alférez Pedro Zarzuelo de Arévalo y el contador Francisco Tajagrano, respectivamente a Santo Domingo y La Habana, con cartas dando nota de lo sucedido y solicitando ayuda (1). Así pues, el gobernador Haro confiaba en obtener auxilio exterior en un plazo más o menos largo.

En la tarde del 26, como ya se dijo, los holandeses iniciaron el desembarco. Pusieron en tierra alrededor de un millar de hombres, que en ese día y el siguiente ocuparon completamente la ciudad, saqueando concienzudamente los edificios y, por descontado, destrozando las imágenes de las iglesias. Balduino Enrique, curándose en salud, ordenó desfondar las barricas de vino por temor a que los suyos se emborracharan. El 28 se iniciaron los preparativos del cerco, cortando los holandeses el puente de San Antonio y guarneciendo el fortín de la isla de Cañuelo, que los españoles habían abandonado.

El lunes 29 emplazaron los bátavos seis cañones en la Loma del Calvario e iniciaron el fuego con ellos y con mosquetería. Los cañonazos no causaron ningún daño, pero las descargas de los mosquetes ocasionaron las primeras bajas españolas, siendo heridos en la muralla el Sargento Mayor García de Torres, que

(1) Adelantemos que la acogida a estos oficiales fue muy diferente. El gobernador de Santo Domingo, D. Diego de Acuña, acogió a Zarzuelo favorablemente y envió a España para avisar del suceso, primero a un mercante que estaba en el puerto y luego una fragata llevando al propio Zarzuelo, mientras disponía el envío de dos barcos de socorro a Puerto Rico. Ocurrió lo contrario en la Habana, donde incluso D. Cristóbal de Arana, tenedor de bastimentos de la ciudad, obligó a Tajagrano a firmar un recibo por el valor de los socorros contra el «situado» (el envío de pagas de soldados y funcionarios) de Puerto Rico. Añadamos que por Real Orden se desautorizó esto, llegando luego el «situado» sin merma alguna.

moriría a los siete días, y el alférez Gabriel de Orellana, éste levemente. La artillería del Castillo respondió al fuego, a su vez matando a varios de los sitiadores.

El martes 30 amaneció en calma. De las posiciones holandesas salió un sargento que, en señal de desafío, realizó una serie de florituras con la espada hasta que un soldado español puso fin a la exhibición tumbándole de un tiro de mosquete desde la muralla. A las 9 apareció un tambor holandés con bandera blanca que, llevado al fuerte, se reveló portador de una carta en mal español dirida por Balduino Enrique a D. Juan de Haro:

«Señor Gobernador Don Juan de Fare:

Bien puede ver Vuestra Merced la razón porque le somos tan acercados y considerar nuestra intención, así queremos, yo Baudoyno Henrico, General de esta Armada, en el nombre de los Señoríos los Estados Generales, y de el Ilustrísimo Señor Príncipe de Orange, que Vuestra Merced, sin hacer alguna excepción nos entreguen el Castillo con sus personas en nuestras manos, lo cual haciendo no dejaremos de venir a buen apuntamiento y al contrario, no queriendo, sois avisados que de aquí adelante nos hemos resolto de excusar persona, viejo ni mozo, mujer ni niño, y sobre esto aguardaremos su respuesta, y esto en pocas palabras, estando en la Ciudad de Puerto Rico año mil y seiscientos y veinte y cinco. Boldoyn Henric.»

De semejante galimatías deducíase que Balduino Enrique exigía la rendición del fuerte bajo amenaza de que, de tener que tomarlo por la fuerza, asesinaría luego a los prisioneros de cualquier edad o sexo. Pero si arrogante fue la misiva, mucho más lo fue la respuesta que envió Haro:

«He visto el papel que V. Merced me ha escrito, y me espanto que sabiendo que estoy yo aquí, y con 13 años de Flandes, donde he visto las bravatas de aquella tierra, y saber lo que son sitios, se me pidan semejantes partidos, y si V. Merced quisiere o pretendiere alguno, ha de ser entregándome los bajeles que están surtos en ese puerto, que yo le daré uno a los que hubieren menester para que se retiren, que esta es la orden que tengo de mi Rey y Señor, y no otra; con que he respondido a su papel. En el castillo de San Phelipe del Morro a 30 de septiembre de mil, y seiscientos y veinte y cinco. Don Juan de Haro.»

Envióse la respuesta, aguardándose la reacción de Balduino Enrique, que no se hizo esperar. Iniciaron los holandeses un furioso cañoneo, disparando más de 150 tiros, que no causaron daños ni bajas. En cambio, al responder al fuego, estalló un cañón español y mató a dos artilleros.

El primero de octubre apareció en el horizonte un navío español con víveres, pero salió contra él el patache holandés *West-Kapelle,* mandado por Jan Jasperz de Laet, obligándole a escapar a toda vela. El día siguiente, fue de calma.

Pero el 3 de octubre decidió Haro pasar a la contraofensiva, disponiendo la salida de 80 hombres divididos en dos «trozos», bajo el mando de los capitanes D. Sebastián de Avila y D. Andrés Botello, ambos precedidos por una avanzadilla de 10 hombres mandados por D. Antonio de Mercado, hijo del anterior gobernador del mismo apellido. Pero éstos se adelantaron demasiado y, aunque dieron muerte a varios enemigos, frustraron el proyecto de cercar un buen contingente de ellos. Ese día logró llegar un barco español con setenta careyes (tortugas) a bordo.

Poco a poco empezaba a apretarse el cerco. El 5 de octubre viose desde la muralla que los holandeses emplazaban un cañón en el mismo foso, atrevimiento al que Haro respondió mandando disparar un cañonazo que deshizo la pieza enemiga y mató ocho holandeses. Aprovechando la confusión creada por ésto, a las doce salieron 50 españoles mandados por el capitán guipuzcoano D. Juan de Amézquita y Quixano, que arrollaron por sorpresa a los retenes enemigos. Amézquita luchó personalmente con un capitán holandés ricamente ataviado y le dio muerte de una estocada, creyendo matar al propio Balduino Enrique (en realidad se trataba del capitán Ussel). Hiciéronse en total al enemigo diez muertos, incluidos el capitán y un sargento, y numerosos heridos, cogiéndose también algún botín en armas y pertrechos. Del bando español tan sólo hubo que lamentar algunos heridos, el más grave Luis de Larrasa, que recibió un tiro de mosquete en un brazo. Los holandeses reaccionaron al hecho con un furioso cañoneo, que fue respondido con parsimonia para no

desperdiciar la pólvora. Ese día ancló al amparo del fuerte un barco español con cargamento de víveres.

Ya para entonces empezaban a ser hostilizados también los holandeses desde el campo, por guerrillas organizadas por el capitán Andrés Vázquez Botello de Carrera. Distinguiose también en ellas un campesino conocido como Juan Pérez «El Bueno», què llegó desde su hacienda, situada a cuatro leguas de San Juan, al frente de un grupo de paisanos armados.

En la noche del 5 de octubre tuvo lugar un increíble encuentro naval. Yendo una lancha holandesa con el capitán de la *Neeuw-Nederlandt* y otros veinte hombres armados con mosquetes y un pedrero, con misión de llevar víveres al fortín del Cañuelo, avistaron una canoa con cinco españoles que iba con el mismo propósito desde Paloseco al Morro. Diéronla caza y no tardaron en abordarla, pero los cinco hispanos lucharon con tal ímpetu que no tardaron en saltar ellos a bordo de la lancha enemiga y dar muerte a 16 ocupantes, quedando otros dos prisioneros y huyendo los otros tres a nado. Llevaron luego lancha y prisioneros al Morro, donde fueron acogidos con la natural alegría (1).

El 8 de octubre llegó felizmente el primero de los barcos de Santo Domingo, mandado por el capitán Alonso Hernández de la Rosa. Para evitar nuevas llegadas, Balduino Enrique dispuso que tres de sus barcos patrullaran constantemente la bahía, con lo que estuvo a punto de ser apresado un navío español que llegaba inocentemente de Canarias sin saber lo que ocurría. Afortunadamente pudo ver a tiempo las desesperadas señales que le hacían desde el Morro y consiguió escapar no sin algún apuro. Durante todos estos días no cesaba el cañoneo holandés conta la fortaleza, pero sin que Baduino Enrique se animara a ordenar el ataque definitivo.

Terminándose la primera mitad de octubre tuvo lugar un nuevo combate naval cerca de la boca del río Bayamón. Exploraba la zona una lancha holandesa cuando le salió la anteriormente capturada con hombres del capitán Botello, que la abordaron y degollaron a toda la tripulación. Llegó luego otra

(1) De Laet da a entender que quizá los tripulantes de la lancha holandesa estuvieran embriagados, lo que explicaría el desastre.

lancha bátava y fue también tomada al abordaje, escapando tan sólo cinco de sus tripulantes.

El 15 de octubre desencadenaron los holandeses una operación de represalia en la boca del río Bayamón, utilizando siete lanchas de las cuales cuatro, con 80 hombres, penetraron en el propio río. Les esperaban 50 españoles que, tras hacerles una descarga de mosquetería, fingieron huir. Tratábase, sin embargo, de una añagaza, pues apenas desembarcaron los holandeses para perseguirles, cayeron sobre ellos y les pusieron en fuga con pérdida de 11 muertos y muchos heridos. No con mejor suerte desembarcaron las otras tres lanchas en otros lugeres de la costa, siendo rechazados sus tripulantes en todas partes.

Después de estos éxitos, los españoles de Andrés Botello decidieron tomar la iniciativa de los combates. El 16 atacó el capitán el fuerte del Cañuelo, con dos lanchas y 30 hombres. Llegaron en refuerzo a la isla otras dos lanchas con holandeses, pero hubieron de sufrir una nueva derrota. De la primera tan sólo quedó con vida un solo hombre que, seriamente herido se refugió en la segunda, la cual optó por escapar. Quemaron luego los españoles la puerta del fortín, rindiéndose 14 de sus ocupantes y quedando otros dos muertos.

El 18 los holandeses pretendieron reconocer el Morro desde el mar, pero los dos barcos que lo intentaron, maltratados por la artillería del fuerte, debieron retirarse.

Animado por estas victorias, Haro preparó un contrataque que debería partir a la vez del castillo y del campo, con vistas a coger a los holandeses entre dos fuegos. Precisamente estando planeando la operación, le llegó una nueva carta de Balduino Enrique, que con ella hacía un último esfuerzo para rendir el castillo. Decía el holandés en su peculiar lenguaje:

«Sr. Gobernador. Ya sabe el poder que tenemos sobre esta ciudad de Puerto Rico, la cual estamos no solamente resoiltos quemar, pero también todo lo que está a el entorno de ella, lo que os queremos avisar si por ventura queriendo guardar los vecinos de aquel daño se quería acomodar con nosotros, si así es, mándenos luego con quien habemos de tratar. Otramente no dejaremos de poner luego a ejecución nuestro intento. A 21 de octubre en Puerto Rico. Boudoyno Henrico.»

A lo que respondió D. Juan de Haro con parecida arrogancia que la primera vez:

«He visto el papel que se me ha escrito; y si todo el poder de Olanda estuviera hoy en Puerto Rico, lo estimaría en mucho, porque vieran el valor de los Españoles. Y si quemaran el lugar, valor tienen los vecinos para hacer otras casas, porque les queda la madera en el monte, y los materiales en la tierra. Y hoy estoy en esta fuerza con gente que me basta para quemar a toda la suya; y no se me escriban semejantes papeles porque no respondo a ellos; esta es la respuesta que les doy. Y en lo demás, hagan lo que les pareciere. Deste Castillo de San Phelipe del Morro, 21 de octubre de 1625. Juan de Haro.»

A tiempo que salía tal respuesta, Haro mandó hacer la señal a los de Botello para que se aprestaran y preparó sus propias fuerzas para secundarles, fijando fecha para el siguiente día 22 de octubre al amanecer.

Pero se retrasaron los de Botello, y entrada la mañana viéronse numerosas humaredas y llamas en la ciudad, indicando que el jefe holandés cumplía su amenaza. Enfurecido con ello, Haro dio la orden de atacar sin esperar a Botello. A las diez de la mañana se abrieron las puertas del fuerte y salieron en tromba 150 españoles con el propio gobernador al frente, cayendo sobre los incendiarios. En ese mismo momento atacaba Botello por el puente con los suyos, cogiendo a los bátavos entre dos fuegos. No tardaron en desbandarse los hombres de Balduino Enrique, muriendo muchos a manos de los españoles, que a la vista del incendio no daban cuartel a nadie. Arrojáronse muchos holandeses al mar para intentar llegar a nado a los barcos, en tanto que otros procuraban ocultarse en las casas abandonadas, pero no les valió a estos últimos, pues el capitán Amézquita se ocupó de registrarlas sin perdonar a ninguno de los que encontró en ellas. Terminada la batalla, en la que los españoles habían sufrido sólo dos muertos y otros tantos heridos, ordenó Haro que cien de sus hombres procedieran a extinguir los incendios y salvar lo que se pudiera, en tanto que el resto continuaba buscando a los holandeses que se habían rezagado en la fuga hacia los barcos.

El 23 mandó el gobernador tres cañones a La Puntilla, e

inició con ellos el cañoneo de la flota holandesa, que en el acto intentó abandonar el puerto, sufriendo daños y bajas. A la salida del puerto encalló la almiranta bátava, que logró zafarse. Ocurrió luego lo mismo con la *Medenblink*, que recibió nutrido fuego de artillería. Desgraciadamente en aquel momento les estalló a los españoles un cañón, matando al artillero y causando 24 heridas al propio Haro, que estaba próximo. En la confusión que a esto siguió, los holandeses lograron sacar el resto de la flota.

Había quedado varada la *Medenblink*, en cuyo torno se libraba una dura lucha. Aproximose un patache holandés a la nave, y el gobernador envió a Botello con cuatro lanchas para abordarlo. Pero el temerario Amézquita se adelantó por su cuenta con otras dos lanchas, y así se creó una nueva confusión que aprovechó el patache para huir apoyado por los cañones de la flota. Volviéronse entonces los españoles contra la *Medenblink*, embarcando en cuatro lanchas 80 hombres mandados por el capitán Santiago de Villate y Escobedo, y enviando los holandeses, por su parte, cinco lanchas bajo el mando del capitán Bancker. Desarrollóse una espantosa lucha entre la marejada, pero finalmente se retiraron las embarcaciones bátavas, y entonces Amézquita pudo abordar con sus dos lanchas la nave varada, apagando con sus propias manos la mecha que habían encendido los holandeses para volarla, y tomando posesión de ella.

La flota holandesa se hallaba para entonces en franca retirada. Llegó aquel momento el segundo barco de Santo Domingo, mandado por el capitán Francisco de Acuña y llevando 160 hombres en dos compañías, y numeroso armamento. Tras un encuentro con lanchas enemigas, este barco se refugió en Arecibo, viendo desfilar ante él la derrotada armada de Balduino Enrique. Aún intentaría el holandés efectuar un desembarco en Aguada, pero, rechazado allí por los vecinos armados, optó por largarse definitivamente.

La victoria había sonreído en esta ocasión a los españoles. Por su parte habían perecido, aparte del ya citado Sargento Mayor García de Torres, que fue sustituido en su cargo por el capitán Mateo Delgado, cuatro artilleros muertos por sus mismas piezas, y seis soldados. Muchos más eran los muertos holandeses, que se cifraban entre 200 y 400. Perdieron los atacantes más de lo que se llevaron de botín, con inclusión de la nave

Medenblink de 450 toneladas y 30 cañones. Por cierto que el gobernador Haro vendió la citada nave a un vecino llamado Melchor Pérez de Cerrato por 9.000 pesos de ocho reales, y una de las lanchas capturadas a Angel Muxica por 250 reales, enjugando con ello las pérdidas de la Hacienda Real.

No así las del pueblo, que había sufrido mucho. Los incendios habían destruido 96 casas, 46 de ellas de piedra. Habíase quemado o había desaparecido de cualquier otra forma la valiosa biblioteca del obispo D. Bernardo de Balavena, y también ardió la residencia del gobernador con todas sus pertenencias.

Por todo ello hubieron de pagar los dieciseis holandeses que habían quedado prisioneros, a los que se anunció que, por sus actos, serían considerados piratas y tratados como a tales. Ni siquiera les valió aquí el truco de fingir convertirse al catolicismo, cosa que hicieron once de ellos. Haro les ahorcó como a los demás aunque, como diría en su relación con macabro humor «es de suponer que habrán ido al cielo». Tan sólo se salvó uno de los cautivos, que resultó ser inglés y al que D. Juan de Haro envió al gobernador de Santo Domingo, D. Diego de Acuña, para que sirviera de paje o esclavo a su esposa Diana.

Añadiremos que el valeroso Amézquita llegaría a ser gobernador de Cuba y que a los cuatro mutilados de la defensa, soldados Blas de Mesa, Francisco Navarrete, Pedro Ruiz de Sevilla y Luis de la Rosa, se les otorgó el derecho de ocupar dos «plazas muertas» cada uno dentro de la guarnición portorriqueña.

Inmortalizado quedó, por otra parte, el triste episodio de la biblioteca del obispo, pues el gran Lope de Vega, quizá para consolarle de la pérdida, dedicó a aquél los siguientes versos dentro de su «Laurel de Apolo».

«Tenías tú el cayado
De Puertorrico, cuando el fiero Enrique
Holandés rebelado
Robó tu librería
Pero tu ingenio no, que no podía»

Nuevas piraterías de Balduino Enrique

Derrotado ante Puerto Rico, no dejaba por ello Balduino Enrique de merodear por los mares antillanos. A finales de octubre llegó ante Santo Domingo y cambió algunos cañonazos con los fuertes, sin consecuencias. Entró luego en la bahía de San Francisco y desembarcó alguna gente, pero sin que le abandonara la mala fortuna, pues los españoles les sorprendieron, tomándoles una lancha y matándoles doce hombres, sin que escaparan sino tres.

Piratearon luego los barcos holandeses por las cercanías, aprovechando que los españoles no tenían ninguna flota de guerra en la zona. Sus presas fueron en general, sin embargo, tan sólo pequeñas canoas dedicadas a la pesca de tortugas.

En febrero de 1626 se les escaparon a los holandeses dos negros que habían apresado en una de esas canoas. Relataron los fugitivos a las autoridades que Enrique pensaba volver a Puerto Rico para recuperar la *Medenblink*, por ser dicha nave propiedad del Príncipe de Orange y peligrar su cabeza si volvía a Holanda sin ella. Se puso de nuevo la isla en estado de alerta, pero no se presentó el enemigo. Quizá interpretaran mal los negros alguna conversación o amenaza de los holandeses, o bien se inventaron totalmente el asunto.

La siguiente alarma habría de darse en la isla Margarita. El 22 de febrero aparecieron los 16 barcos del holandés ante el fuertecillo de defensa. Era éste muy pequeño, contando con cinco cañones, cuatro malos de hierro colado y uno de bronce, y guarnecido por tres soldados y un artillero con su ayudante. Dióse la alarma y el gobernador D. Andrés Rodríguez de Villegas despachó al capitán Juan Pérez de Emparán con 60 hombres para hacer frente al enemigo si llegara a desembarcar.

De las dieciseis naves holandesas, ocho entraron en el puerto principal, mientras el resto desembarcaba gente en el lugar llamado «Lance de los Burros». Retiráronse ante los atacantes dos pequeños retenes españoles, uno mandado por el vecino Alonso García y compuesto por seis mosqueteros, cuatro indios *guaycurúes* y un jinete, y el otro del cabo de guardia Bartolomé de Vargas Machuca con algunos soldados.

Acudió entonces el gobernador con sus fuerzas, observando que avanzaban no menos de 500 holandeses con cinco banderas.

Atacaron los españoles, saliendo de las trincheras donde al principio se habían apostado, pero en el acto fueron cañoneados por las naves holandesas, quedando detenidos y confusos. El gobernador atacó entonces personalmente al frente de 20 españoles y 12 *guaycurúes,* consiguiendo matar 30 enemigos, herir otros tantos y rechazar a los demás, sufriendo por su parte tan sólo tres heridos. Pero entretanto otra fuerza holandesa tomaba el citado fuertecillo, donde sólo estaba el capitán Bartolomé de Borges con cuatro hombres. Cuando el gobernador pretendió reconquistarlo, fue rechazado por nutrido fuego de mosquetería, pero lanzado éste tan sólo con el propósito de cubrir la retirada de los holandeses a sus barcos.

Siguió un breve compás de espera. Balduino Enrique envió seis de sus naves a explorar los alrededores, e hizo desembarcar desde el resto de la flota una vez más un contingente de 500 hombres en Puerto del Mar, al Norte de la isla. Pero como también aquí fueran rechazados por los españoles, finalmente zarpó con todos sus barcos hacia la isla de Coche.

En la lucha habían parecido bastantes bátavos, siendo heridos los capitanes Van Urch y Molckman, uno de ellos en lucha con el gobernador Villegas, que se quedó con la espada del holandés. Como en el caso de Amézquita en Puerto Rico, Villegas pensó haber luchado personalmente con Balduino Enrique, y así se lo comunicó a Haro por carta.

A finales de mayo de 1626 apareció el jefe holandés ante Cumaná, pensando quizá recoger sal en la península de Araya. Pero también aquí le salieron mal las cuentas, pues estaba ya construido el fuerte de Santiago del Arroyo que le cañoneó. echándole a pique un barco. Desembarcaron luego 150 holandeses en Punta Araya, pero el teniente Juan de Arroyo, al frente de 25 soldados, consiguió rechazarles con diez o doce muertos, capturando además seis prisioneros de los que uno resultó ser francés. Hicieron un nuevo intento los de Balduino Enrique en Valle Mucina, esta vez para hacer aguada, pero el Sargento Mayor Lorenzo Fernández del Toro les causó allí nuevas y sensibles bajas.

El 5 de abril partió de allí la flota holandesa. Imprudentemente se despachó el 8 una fragata con el «situado» (en esta ocasión documentos, sin ningún caudal), y los bátavos la tomaron entre Bonaire y Santo Domingo, debiendo ser arrojados al

agua los documentos a toda prisa para que no cayeran en sus manos.

Merodearon luego los holandeses entre Jamaica y Cuba. Llegados a esta última isla, desembarcaron en Cabaña, donde quemaron un barco que había en construcción y robaron unos cuantos cerdos y terneras, huyendo al llegar soldados desde la Habana.

El 2 de julio de 1626 moría Balduino Enrique de enfermedad, a bordo de su nave capitana. Para entonces tan sólo quedaban en la flota 700 hombres, de ellos 200 soldados, faltando los víveres para su mantenimiento. Intentó sustituir al fallecido su segundo en el mando, pero las tripulaciones se amotinaron y exigieron volver a Holanda. Intentaron hacer aguada en Matanzas, pero también esta última vez fueron rechazados, tras de lo cual iniciaron el cruce del Atlántico rumbo a su país de origen.

Es de relatar que no tuvo mejor suerte la parte de flota holandesa que, mandada por Andrés Verón, vimos que fue a Africa. Atacaron estas naves el castillo portugués de La Mina, en las costas de Guinea, donde el gobernador D. Fernando de Sotomayor disponía de una guarnición de 57 soldados. El 25 de octubre de 1625 se presentaron allí 19 barcos que desembarcaron 1.500 hombres. Ante esta amenaza Sotomayor sacó el oro en polvo que se guardaba en el fuerte y lo distribuyó entre los reyezuelos negros vecinos a cambio de guerreros, de los que logró reunir novecientos. Púsoles bajo las órdenes de capitanes europeos y a la primera oportunidad tendió a los holandeses una emboscada, diezmándoles y poniéndoles en fuga. De la columna de desembarco murieron el general y todos los capitanes, no escapando sino 45 hombres. Tomáronse en la ocasión 15 banderas y casi un millar de mosquetes y pistolas, sufriendo la guarnición europea 13 muertos mas 14 que fallecieron de sus heridas, bajas a las que hay que añadir las de los guerreros negros. En cuanto a lo holandeses, marcháronse a toda prisa de la zona para no volver, al menos por el momento.

La flota de Piet Heyn y el desastre de Matanzas

En el año 1626 se pensó en principio que no salieran las Flotas de la plata, a causa de la presencia de Balduino Enrique.

Pero al recibir noticia de la retirada de la flota holandesa de éste, se dio contraorden y en agosto zarparon las flotas, reuniéndose en la Habana, como acostumbraban, para partir luego juntas hacia España protegidas por D. Tomás de Larraspuru con trece galeones de guerra. Avistóse poco después de salir una armada holandesa de 13 velas, a la que se tomó por la de Balduino Enrique, pero que no llegó a atacar. Tras sufrir algunos temporales, las Flotas serían recogidas a la altura de la isla Tercera por la armada de D. Fadrique de Toledo, llegando luego todos a España sin novedad.

Pero la escuadra enemiga avistada no era la de Balduino Enrique, sino otra nueva mandada por Pieter Piet Heyn, hábil marino neerlandés que ya estuviera preso por los españoles de 1619 a 1623 y que luego fuera segundo jefe de la armada bátava que atacó San Salvador del Brasil en 1624. Más metódico que Balduino Enrique, este jefe resultó también mucho más afortunado.

En 1627 Piet Heyn avistó de nuevo a las Flotas de aquel año, mandadas por D. Lope de Hoces, pero tampoco las atacó. El golpe, preparado con todo cuidado, no habría de descargarse hasta el año siguiente.

En verano de 1628 hizo su aparición en las costas de Cuba la flota de Piet Heyn, fuerte en 24 naves, 3.000 hombres y 600 cañones. El gobernador de la Gran Antilla, D. Lorenzo de Cabrera y Corbera, despachó en el acto nueve naves ligeras de aviso a Veracruz, Cartagena de Indias y Honduras para que no salieran las flotas, pero Piet Heyn había esperado esto y dio caza a dichos barcos, capturando seis y hundiendo uno. De los dos restantes uno regresó sin haber podido alcanzar Veracruz, y el otro consiguió llegar a Cartagena, logrando que no saliera la Flota de Tierra Firme, de la que era General D. Tomás de Larraspuru.

El primero de agosto llegaron a Cuba los barcos de Honduras, escoltados por dos galeones de guerra mandados por D. Alvaro de la Cerda, siendo en el acto atacados por nueve navíos holandeses. Actuaron con valor y habilidad los barcos de guerra españoles, logrando que los mercantes entraran en el puerto habanero, en tanto que ellos contenían al enemigo. En el curso de la acción los dos galeones españoles y un barco holandés vararon en la Caleta de San Lázaro, cerca del Castillo de la

Punta, siguiendo en torno a ellos la batalla. Mandó el gobernador de Cuba tres barquichuelos con 180 arcabuceros y 10 cañones bajo el mando del Sargento Mayor Diego Vázquez Hinestrosa y del alférez Juan de las Herrerías, para que auxiliaran a los buques varados, que las lanchas enemigas rodeaban. En la lucha feroz que siguió un soldado llamado Francisco Isidro llegó a entrar en la capitana enemiga, matar al que custodiaba la bandera y saltar al mar con ésta, salvando luego a D. Alvaro de la Cerda, que no sabía nadar y a otros compañeros. Finalmente los holandeses lograron llevarse la capitana española, pero no así la almiranta, al ser rechazadas las lanchas que a ella se dirigían.

Pero la catástrofe mayor estaba aún por llegar. El 21 de julio se disponía a zarpar de Veracruz la Flota de Nueva España, con 30 mercantes escoltados por cinco galeones de guerra, siendo General D. Juan de Benavídez y Bazán, y Almirante D. Juan de Leoz. Nada más salir, como funesto presagio, vararon y se perdieron la capitana y una fragata particular llamada *La Larga*, por lo que los demás debieron volver al puerto. Algunos mercantes se negaron luego a zarpar por haber llegado rumores de piratas, pero finalmente el 8 de agosto partieron once naves de comercio escoltadas por los cuatro galeones supervivientes. Y mejor hubiera sido que hubieran quedado todos en el puerto.

El 5 de septiembre se avistó la Habana, pero también la flota de Heyn que se encontraba ante el puerto, totalizando ahora 29 naves de guerra y 629 cañones. Sin tener ninguna posibilidad de entrar, la flota cruzó ante el Morro y continuó navegando, en tanto que los holandeses se lanzaban en su persecución. Penetró entonces la Flota en la bahía de Matanzas, donde entonces no existía ninguna población, habiendo planeado Benavídez que los mercantes desembarcaran pasajeros y carga mientras los galeones defendían la entrada. Pero los navíos de guerra vararon antes de poder ocupar su puestos, y los holandeses se echaron encima sin que se pudiera hacer nada para detenerles, iniciándose una terrible lucha.

No tardó en incendiarse la almiranta de Leoz, y entonces el General dio la orden absurda de cesar el combate, arrojar la plata al agua y abandonar luego los barcos. Logróse liberar la capitana y siguió a los mercantes al interior de la bahía, en tanto que los otros dos galeones caían en manos de los holandeses,

que también penetraron poco después tras lo que ya consideraban presa segura.

Lo que a esto siguió fue una confusión inenarrable. Pasajeros y tripulantes se arrojaban al agua para no caer en manos del enemigo, ahogándose unos y muriendo otros por el infernal cañoneo que los bátavos lanzaban sobre la infortunada flota. Perecieron en aquella ocasión más de trescientos españoles, en tanto que otros llegaban a tierra en condiciones lamentables. Entre éstos estaba el propio Benavídez, que abandonó a los suyos para refugiarse en el cercano «ingenio» de Diego Díaz Pimienta. Hundíanse entre tanto unas naves y quedaban otras averiadas y abandonadas. Tan sólo tres de los mercantes pudieron aprovechar el *terral* una vez caída la noche y salir inconcebiblemente de la bahía por entre la flota enemiga, llegando sanos y salvos a la Habana.

Desde la capital de Cuba envió el gobernador Cabrera dos compañías de mosqueteros que, apoyados por lugareños armados, comenzaron a hostilizar a los holandeses que intentaban sacar la plata arrojada al agua. Finalmente Piet Heyn se marchó de allí, llevándose las naves españolas que no habían ardido.

Excusado queda decir con qué júbilo fue acogido el marino bátavo en su patria, a donde llegó en noviembre. El gigantesco botín, de unos cuatro millones de ducados, permitió que los accionistas de la compañía recibieran ese año un dividendo equivalente al 50% del capital invertido. Un representante de la dicha Compañía llegó a decir que en realidad las Indias pertenecían a Holanda, puesto que si los gastos de colonización los pagaba España, sus metales preciosos iban a parar a puertos bátavos (1). Piet Heyn, héroe nacional, seguiría mandando barcos hasta que, en 1629, perdió la vida en un combate con la escuadra española de Dunkerke.

Evidentemente al júbilo holandés se contraponía la consternación española al llegar la noticia de haberse perdido la Flota de la Plata. Formóse juicio a Benavídez, que había sido llevado

(1) Si toda la plata, oro y mercaderías las pasamos a nuestros puertos, ¿quién dice que no es nuestra la América, ahorrándonos el sueldo y provisiones de virreyes y gobernadores y la fatiga de elegirlos y consultarlos?» (Rafael Estrada, op. cit., p. 123.) Tratábase, desde luego, de una exageración, pues ni antes ni después logró el bátavo echar zarpa a otra de las flotas que, dos al año, cruzaban el Océano.

desde Cuba a España por la Flota de Tierra Firme de D. Tomás de Larraspuru, y tan exaltados estaban los ánimos que llegó a decirse que se le debería condenar, como ejemplo, aunque se demostrase no haber tenido culpa alguna (1). Pero salvando tal incitación a la injusticia, le sobraban cargos probados al infortunado almirante. Además de las órdenes contradictorias y el hecho de haber escapado dejando a la Flota abandonada, comprobóse que la existencia de mercaderías ilegalmente embarcadas en los barcos de guerra habían estorbado la maniobra y también impedido echar la plata al mar, por estar tales mercancías sobre las barras. Condenósele a muerte, y las calles de Sevilla resonaron pronto con el lúgubre pregón con el que se le acompañó al lugar del suplicio.

«¡Esta es la justicia que el Rey Nuestro Señor y sus Reales Consejos mandan hacer a este hombre, por el descuido que tuvo en la pérdida de la Flota de Nueva España, que tomó el enemigo en el año pasado de 1628! ¡Quien tal hizo, que tal pague! (2).

En cuanto al Almirante Leoz, fue condenado a presidio, en el que murió poco después.

(1) «Aunque totalmente se hallaran sin culpa, pudieran ser castigados por el ejemplo y como expiación de tan gran desventura» (José Alcalá-Zamora y Quespo de Llano, «Flandes y el Mar del Norte», p. 352).

(2) Rafael Estrada, op. cit., p. 105.

CAPITULO VII

LOS COMIENZOS DE LA PIRATERIA INDEPENDIENTE: BUCANEROS Y FILIBUSTEROS

Los primeros establecimientos: la isla de San Cristóbal

Durante el siglo XVI, dejando aparte el fracasado intento francés en Florida, los piratas no se habían animado a establecer bases en el hemisferio occidental, limitándose a ir a él para efectuar sus saqueos y regresar luego a sus respectivas patrias para disfrutar en ellas del botín. Pero con el cambio de siglo, algunos de ellos pensaron en la conveniencia de establecerse cerca de las fuentes de aquella riqueza cuyo robo ambicionaban. No faltaban para ello numerosas islas tropicales nominalmente españolas, pero que no se habían colonizado por falta de medios y, sobre todo, de personal. Dentro del más amplio marco de las guerras del siglo, en las que España estuvo siempre mezclada, nos referiremos aquí a estos establecimientos en particular, por la la importancia que luego habrían de tener.

En 1605 un barco inglés desembarcó 67 aventureros en la isla de Santa Lucía, mas no prosperó el intento al ser exterminados aquellos por los indios caribes de las islas vecinas, hasta el punto de sólo regresar a Inglaterra cuatro supervivientes. El 1609 doscientos ingleses de una compañía londinense llegaron a Granada, pero también a éstos les atacaron los caribes, debiendo retirarse antes de que acabara el año. En 1601 una banda de

piratas franceses pretendió instalar su base en la isla de Santa Cruz, pero en esta ocasión fue el gobernador español de Puerto Rico, D. Juan de Vargas, quien envió dos fragatas para desalojarles, lográndolo y trayendo de vuelta ocho piratas prisioneros que fueron ahorcados en San Juan. El próximo intento tendría lugar en 1623 y, como veremos, en él colaboraron ingleses y franceses.

En el dicho año se hallaba pirateando por las costas de Cuba un francés llamado Pierre Belain, señor de Esnambuc. Junto a la isla Caimán atacó a un galeón español y fue tan duramente escarmentado por éste que debió retirarse con bajas y la nave averiada, dirigiéndose para repararla a la isla de San Cristóbal, al Norte de la cadena insular de las Pequeñas Antillas. Al parecer había ya allí algunos franceses y los indios se les habían mostrado favorables, por los que Esnambuc decidió regresar a Francia para volver con una expedición colonizadora. Pero el 28 de enero de 1624 llegó el capitán inglés Thomas Warner, quien tras bautizar la isla con el nombre de Saint Kitts, regresó a Inglaterra con las mismas intenciones colonizadoras. A comienzos de 1625 volvió Esnambuc, y en agosto del mismo año Warren, cada uno con unos quinientos hombres. A punto estuvieron de entrar en conflicto, pero finalmente se aliaron y celebraron dicha amistad exterminando a todos los indios de la isla con su cacique Tegramón, perdonando tan sólo la vida a algunas mujeres jóvenes para que les sirvieran de concubinas. De tal forma actuaban quienes al mismo tiempo tachaban a España de aniquiladora de indios e intentaban con ello justificar sus tropelías.

En el acuerdo se repartió la isla de forma extraña, otorgándose a los franceses los extremos Noroeste y Sur de la misma y a los ingleses el centro, confirmándose esto en un posterior tratado firmado en 1627 por Warner y Esnambuc. Habían seguido éstos recibiendo entre tanto refuerzos, de forma que en 1629 había en la isla unos 3.000 franceses y otros tantos ingleses. Algunos de estos últimos intentaron establecerse en las vecinas islas de Barbuda y Nieves, y si bien en la primera fueron rechazados por los caribes, lograron su propósito en la segunda, que rebautizaron con el nombre de Nevis. Ocioso es decir que desde aquellas islas, ambas comunidades se dedicaban afanosamente a

la piratería, no tardando las autoridades españolas en preocuparse seriamente por ellas.

Malo había sido el año 1628, con el desastre de la Flota de la Plata en Matanzas, y se esperaba que los holandeses trataran de repetir tan fructífero golpe. Así pues se decidió que las Flotas de 1629 fueran escoltadas por el grueso de la Armada del Océano, y que estos galeones se emplearan luego, de paso, para desalojar las islas de Barlovento de sus indeseables ocupantes.

A mediados de julio salían los barcos de la barra de San Lúcar, siendo escoltados por diecisiete galeones de guerra, de los que era General D. Fadrique de Toledo, el reconquistador de San Salvador, y Almirante D. Antonio de Oquendo, ambos titulares de los mismos cargos en la Armada del Océano. El General era portador de un pliego sellado para ser abierto en alta mar y, al hacerlo, leyó en él la orden de desalojar Nieves y San Cristóbal.

El 17 de septiembre se llegó a la vista de Nieves, adelantándose hacia dicha isla los galeones militares. Las defensas se reducían a un fuertecillo de dos cañones, pero también estaban anclados frente a él diez barcos piratas. Para embotellarlos en el fondeadero se adelantó una escuadrilla de cuatro galeones mandados por D. Martín de Vallecilla, logrando hacerse con ocho, en tanto que los otros dos escapaban. Pero uno de los barcos españoles, el *Jesús María*, del capitán Tiburcio Redín, llevado por su ímpetu, varó bajo los fuegos del fuerte, cuyos cañones le batieron una y otra vez. Oquendo, al verlo, abandonó la persecución que había iniciado contra los barcos fugitivos y acercó sus naves a tierra, desembarcando alguna gente. Tras dar un rodeo, los desembarcados cayeron sobre el fuerte por la espalda, con lo que la guarnición, tras perder 22 hombres, lo abandonó para refugiarse en el bosque cercano. Fue inútil todo posterior intento de resistencia, y el 18 capitularon los ingleses (1). Los victoriosos hispanos incendiaron todas las instalaciones y se llevaron consigo los prisioneros y los ocho barcos captura-

(1) Según Bosch (op. cit., p. 192) los «sirvientes» blancos de los piratas se negaron a combatir por sus amos, y algunos de ellos incluso se pasaron a los españoles.

dos, tras volver a poner a flote el *Jesús María* de Redín, que se unió a la armada.

Celebrose en alta mar un Consejo de Guerra, acordándose ir contra San Cristóbal sin hacer ninguna escala previa. Puestos en marcha los barcos españoles, no tardaron en ver en el horizonte la cumbre de la isla, el llamado Pico Miseria.

Por el interrogatorio a los prisioneros se sabía que en el puerto principal de la isla estaba erigido el fuerte inglés de Charles, con 22 cañones y 9 pedreros, y una guarnición que podía llegar a 1.600 hombres. A 9 millas, en el extremo Sudeste, se alzaba el fuerte francés de Basse-Terre, con 11 cañones, y en el extremo Norte el también francés Richelieu, de potencial desconocido. Intentaron los galeones españoles reconocer este último y les cayó encima una turbonada que a poco les da un disgusto, logrando no obstante salir finalmente indemnes.

Aplacados los elementos, se inició el ataque por el extremo Sudeste, frente al fuerte Basse-Terre, que defendía Du Rossey, y que fue auxiliado por los ingleses con 900 hombres de refuerzo de dicha nacionalidad. Pero los españoles desembarcaron rápidamente en lanchas y tomaron una tras otra las trincheras que protegían el fuerte, en tanto que éste comenzaba a arder al ser cañoneado por los barcos. Iniciose también aquí la desbandada hacia el bosque y tan sólo resistieron algunos grupos mandados por un sobrino de Esnambuc llamado Du Parquet, hasta ser éste herido y preso, muriendo en el galeón de D. Fadrique de Toledo, donde se intentó curarle sin resultado. No tardaron en capitular los franceses de la zona Sudeste, pronto seguidos por los ingleses del centro. Los franceses del Norte, que disponían de dos barcos, huyeron en ellos abandonando sin lucha el fuerte Richelieu, que disponía de 14 cañones.

En total, a costa de unas 100 bajas entre muertos y heridos, se habían hecho 2.300 prisioneros, capturándose 129 cañones y 42 pedreros, 1.350 mosquetes y arcabuces y mucha munición. Se quemaron las instalaciones y se entregaron a los prisioneros seis de los ocho barcos capturados para que regresaran en ellos a Europa, bajo promesa de no regresar nunca más a las Indias.

El 4 de octubre los galeones españoles recogieron a los mercantes y les escoltaron a Portobelo y Veracruz, sin novedad.

El año siguiente efectuarían todos el viaje de vuelta a Cádiz, igualmente con toda felicidad (1).

Pero fallaron los mandos españoles al no dejar guarnición en las islas desalojadas. Los evacuados de las mismas, dada su condición pirática, poco valor dieron a las promesas hechas, y no tardarían en volver a las islas expugnadas y aún en extenderse a las vecinas.

Los bucaneros de la Española

Vimos que dos barcos cargados de franceses habían conseguido escapar a última hora de San Cristóbal. Fueron éstos primeramente a la isla Antigua, pero una tempestad les impidió desembarcar, por lo que debieron continuar a la de San Martín, donde tampoco hallaron acomodo por no disponer dicha isla de manantiales de agua. Algunos de los piratas vagaron algún tiempo por las islas vecinas de Monserrate, Anguila, San Bartolomé y la misma Antigua, sin lograr provecho alguno, pero al menos uno de los barcos rebasó Puerto Rico y llegó a la Española, donde sus tripulantes hallaron un verdadero tesoro, aunque no en metales preciosos.

Se dijo anteriormente que los españoles habían evacuado la parte occidental de la isla en 1605. Habían quedado abandonados entonces muchas reses y cerdos que se multiplicaron rápidamente en un ambiente favorable para ellos. Este panorama fue el descubierto por los franceses, que se establecieron allí y muy pronto fueron seguidos por otros.

Estas gentes, en general proscritas y fuera de la ley en su país, cazaban la reses y los cerdos cimarrones y los asaban en primitivas instalaciones que los indios denominaban *bucán*, siendo llamados por ello bucaneros. La descripción que los cronistas contemporáneos hacían de ellos distaba mucho de ser atractiva.

(1) Cabe preguntarse donde estaban los mercantes de las flotas durante la batalla. Bosch indica que la armada española se componía de 49 barcos (Bosch, op. cit., p. 192) lo que podría indicar que permanecieron a la vista del combate, aunque sin intervenir en él, hipótesis plausible, pues no se les iba a dejar lejos, expuestos a cualquier ataque. Podemos imaginar fácilmente las emociones de los pasajeros, temor en los menos bravos y excitación en los demás al ser espectadores de tal batalla.

Sucios, harapientos, con las rotas prendas cubiertas de sangre seca, despidiendo un fuerte hedor y hostiles a toda forma de sociedad, pronto se convirtieron en un plaga. Los colonos españoles no tardaron en empezar a ser hostigados por estos hombres semejantes a fieras que asaltaban sus granjas en busca de bienes y, en ocasiones, de mujeres. Parecían haber resucitado las medievales leyendas de los ogros del bosque.

No tardaron en afluir a las costas de la isla los barcos de las potencias europeas enemigas de España. Cargaban cueros, de gran demanda en el Viejo Mundo, y también carnes saladas para alimentar a las tripulaciones, pagando con diversos equipos necesarios para los bucaneros. Así pues, el intento de las autoridades españolas para acabar con el contrabando no había logrado sino reforzarlo, y esta vez a beneficio de gentes extranjeras.

Pero las consecuencias habían de ser aún peores, pues entre las mercancías que los barcos entregaban ocupaban principal lugar las armas de fuego, con lo que se simultaneaba el comercio productivo con el designio de causar daño a España. Los bucaneros, que al principio cazaban las reses con trampas y las remataban a hachazos, a la manera de los hombres primitivos, pasaron de pronto a poseer un armamento mucho mejor que el de sus enemigos españoles. Usaban largos fusiles con cañón de 4,5 pies, fabricados en principio por Brachie de Dieppe, que luego serían llamados «fusiles bucaneros», bien aprovisionados con pólvora traída de Cherburgo, que entonces estaba considerada la mejor de Europa (1).

Terrible amenaza era ésta para los colonos españoles de la frontera que, fuera de la lejana guarnición de Santo Domingo, tan sólo disponían de armas blancas, en especial las lanzas con las que cazaban los toros cimarrones. Menudeaban los asaltos a granjas y haciendas, y pronto tuvieron que organizarse los mismos colonos para defenderse. Formáronse entonces las llamadas «cincuentenas», grupos de medio centenar de lanceros a caballo que combatían sin cuartel a los bucaneros. Frecuentemente atacaban los campamentos de aquellos en las noches de tormenta, cuando la lluvia inutilizaba el uso de las armas de

(1) Alexander-Olivier Oexmelin «Historia de los aventureros, filibusteros y bucaneros de América», p. 44.

fuego enemigas. En esta guerra de escaramuzas se consiguió detener el avance bucanero hacia el Este, pese a la inferioridad de armamento y la falta de ayuda por parte de las siempre apáticas autoridades hispanas. También se creó en ella la tradición de los lanceros de Santo Domingo.

Pero no habría de tardar mucho en surgir, a partir de las anárquicas hordas bucaneras, una nueva sociedad criminal mucho más peligrosa para España y sus colonias americanas.

Los filibusteros

Vimos que los bucaneros acostumbraban a traficar con los barcos de las naciones europeas enemigas de España. Pero la principal dificultad para ello era la ausencia de buenos puertos en las zonas que controlaban al Oeste de la Española. Por ello pusieron su vista en una pequeña isla situada a siete kilómetros de la costa noroccidental, y que por su forma había recibido el nombre de Tortuga.

Tenía esta isla 300 kilómetros cuadrados de extensión y poseía en su parte Sur un puerto abrigado y fácil de defender que era su única entrada, y en su interior había manantiales y algunos valles fértiles. Los bucaneros se posesionaron de ella, convirtiéndola en su puerto comercial. En canoas llevaban allí desde las costas de la Española sus cargamentos de carnes y cueros, almacenándolos hasta que podían ser vendidos a los barcos que entraban en el puerto (1).

Entre estos barcos había muchos piratas de los que infestaban el Caribe, y pronto se acostumbraron estos a tomar la Tortuga como base. Los bucaneros no tardarían en enrolarse en dichos barcos, pasando luego a intentar construir embarcaciones para piratear por su cuenta, comprando también buques apresados que los piratas traían al puerto. De la colusión entre los ladrones de tierra y los ladrones de mar habría de salir una de

(1) Algunos, entre ellos Bosch (op. cit., p. 198) dicen que existía en la isla una pequeña guarnición española a la que los bucaneros obligaron a retirarse. No es ello cierto, pues tras la evacuación de 1605 no había ya españoles, ni mucho menos soldados, en ningún lugar del Oeste de la isla.

las organizaciones criminales más famosas de la historia, la de los Hermanos de la Costa o filibusteros.

La etimología de esta última palabra es bastante confusa. Venía, según algunos del inglés *fly boat* (embarcación ligera), o del holandés *vlieboot*, de igual significado, en alusión a los barcos que usaban. Otros la hacen derivar del inglés *freebooter* o del holandés *vrij vuiter* (merodeadores o forajidos). Al principio los españoles solían llamarles pechelingües (derivado de *pidgin english*, inglés bastardo que muchos de ellos hablaban). Entre ellos se llamaban Hermanos de la Costa, ignorándose cuando fue fundada, ni por quien, la tal Hermandad.

Muchos autores se han ocupado de estas gentes. El más célebre de sus descriptores es un tal Alexander-Olivier Oexmelin, que les conoció en su época de máximo explendor y escribió un libro sobre ellos (1). Pero, pese a ser cita obligada en el tema, no es mucho de fiar la tal obra, pues en ella la realidad es superada muy ampliamente por la fantasía en relatos abracadabrantes tomados de oído o quizá inventados directamente por el autor. De todas formas a él debemos una cierta descripción de las costumbres y hábitos de la filibustería.

La Cofradía de los Hermanos de la Costa carecía en general de leyes escritas. Elegían a uno de los suyos como «Gobernador» (luego «Almirante»), pero la mayor parte de las decisiones se tomaban de mutuo acuerdo. Los llamados delitos eran castigados mediante azotes o, en casos excepcionales, con la pena de muerte. En caso de asesinato el culpable era arrojado al mar atado a una piedra y al cadáver de su víctima. En caso de traición se abandonaba al culpable en un escollo que las aguas cubrirían al subir la marea, dejándole una pistola cargada por si deseaba suicidarse antes de que ello ocurriera.

De libre acceso al principio, la Cofradía se hizo luego algo más cerrada requiriéndose que quien deseara unirse a ella pasara primero un «período de aprendizaje» como criado o podríamos decir también escudero de un filibustero veterano, al que debía hacer la comida, limpiar las armas y, en caso de combate, proteger. A los tales aprendices se les llamaba *matelots* (en francés, marineros), y al período de prueba, *matelotage*.

(1) El más arriba citado.

Los filibusteros no tardaron en estar formidablemente armados. Solía disponer cada uno de un fusil bucanero y de dos pistolas, además de las armas blancas, que solían ser dagas, sables y a veces un hacha de abordaje. Sus barcos eran en ocasiones mercantes apresados en los que instalaban cañones proporcionados desde Europa. Estos barcos no izaban estandarte, bandera ni enseña nacional alguna, enarbolando sólo algunos de ellos las banderas creadas por el capricho y la imaginación de sus capitanes. Solían componerse en tal caso de elementos terroríficos, y no faltaría entre ellas la célebre bandera negra con la calavera y las tibias cruzadas que erroneamente se tomaría luego por emblema común de la entera Cofradía.

Para cada expedición solía reclutarse una tripulación distinta, excepto el capitán, los oficiales y algunos especialistas que tenían barco propio. En el mar se exigía la más severa disciplina, siendo omnímoda la autoridad del capitán, aunque en ocasiones excepcionales podía éste ser depuesto por el consejo de la tripulación. Seguía en rango el contramaestre al que, entre otras funciones, correspondía la muy importante de repartir el botín. Muy apreciados en las naves piratas eran los especialistas, en general artilleros, y desde luego el cirujano que habría de curar las heridas sufridas en la lucha.

Ya antes de partir, para evitar malos entendidos, se formalizaba la llamada «Ley de a Bordo», que regiría durante la expedición y que todos sus componentes debían jurar ante una mesa en la que había una Biblia y un vaso de ron. En ocasiones la Biblia se sustituía por un crucifijo o aún por un hacha de abordaje. El capitán leía o hacía que leyeran el documento y luego lo dejaba sobre la mesa, debiendo ser jurado, uno a uno, por todos los forajidos.

Además de la autoridad del capitán, según las reglas en uso dentro de la filibustería, la «Ley de a Bordo» incluía el reparto del futuro botín en la llamada *chasse-partie* que por lo general era como sigue:

Capitán: dos partes.
Contramaestre: parte y media.
Oficiales y especialistas: parte y cuatro.
Filibusteros comunes: una parte.
Matelots: media parte.

Todo filibustero se obligaba a echar al montón común todo lo que personalmente robara, para ser repartido de la forma dicha. En caso de que ocultara botín se le condenaba a muerte, siendo a veces arrojado al mar por el procedimiento de «pasar la plancha», tan difundido luego en los libros de ficción dedicados a estos personajes.

Existía igualmente un curioso «seguro de accidente» para las heridas graves y mutilaciones, pagadero a cargo de la bolsa común del siguiente modo:

Perdida de los dos ojos	:	1.000 escudos o	10 esclavos.
,, brazo derecho	:	600 escudos o	6 esclavos.
,, brazo izquierdo	:	500 escudos o	5 esclavos.
,, pierna derecha	:	500 escudos o	5 esclavos.
,, pierna izquierda	:	400 escudos o	4 esclavos.
,, un dedo	:	100 escudos o	1 esclavo.
,, un ojo	:	100 escudos o	1 esclavo.

Eran frecuentes las mutilaciones reseñadas por la forma de lucha y por los métodos médicos de la época, abundando en gran medida los «piratas pata de palo» y los «garfios». Llama la atención que se equiparara la pérdida de un ojo a la de un dedo, pero ello se explica teniendo en cuenta que la segunda mutilación podía restar capacidad para manejar las armas, en tanto que la primera no disminuía apenas la capacidad combativa, disimulándose con el clásico cuadro de tela negra que también suele asociarse con la figura del pirata.

Totalmente falsa es, en cambio, la leyenda de los «enterramientos de tesoros». Los filibusteros gastaban en el acto su parte de botín en borracheras y brutales orgías, pensando que quizás el siguiente día les podía traer la muerte. Elemento indispensable era el ron, y también las mujeres complacientes que no tardarían en hacer su aparición en la Tortuga y otras bases piráticas.

A este respecto, parece que en los primeros tiempos se prohibió que en la isla Tortuga hubiera mujeres, así como la violación de las prisioneras, lo primero para evitar peleas y lo segundo para no malograr el esperado rescate (1). Pero, desde

(1) José María Moreno Echevarría «Los piratas del Caribe». Artículo publicado en el n.º 26 de la revista Historia y Vida.

luego, pronto cayeron en desuso tales normas, siendo cada vez más frecuentes las violaciones de las desdichadas cautivas, en especial en tiempos de Morgan y el Olonés. En cuanto a las mujeres en la isla, poco tardaron, como decimos, en aparecer las primeras prostitutas, tanto negras y mulatas, al principio, como blancas después, formando, junto con la bebida, la versión del «reposo del guerrero» que ofrecían los dueños de los tugurios, a cuyas manos venían siempre a parar en última instancia los botines robados por los filibusteros.

Componían éstos una sociedad brutal, siendo muy frecuentes las peleas, casi siempre sangrientas. Se evitaban de común acuerdo las batallas campales con armas, pero eran muy frecuentes los duelos. Tan sólo estaban todos unidos cuando de robar y saquear se trataba.

Pese a lo que dicen Bosch y algunos otros autores, la sociedad filibustera se confundía en todo con la bucanera, con la que a veces intercambiaba elementos. Muchos bucaneros se enrolaban en las naves piratas, y de hecho constituían el cuerpo principal del filibusterismo, en tanto que a veces regresaban a la vida bucanera no sólo aquellos, sino también algunos piratas llegados de fuera. En realidad eran todos la misma cosa, robando y asesinando los unos en tierra y los otros en mar.

Su mejor definición sería la dada por Voltaire: «Imaginaos unos tigres dotados de razón y tendreis una idea de lo que eran los filibusteros» (1).

Los comienzos de la Tortuga: primeros desalojos

Según la mayoría de las fuentes, la Cofradía de los Hermanos de la Costa comenzó a actuar en las cercanías del año 1630, al poco tiempo de trasladarse los bucaneros a Tortuga. Iniciáronse entonces las primeras piraterías, al principio en canoas ligeras que atacaban haciendas costeras y pequeñas embarcaciones. En 1631 llegaron a Tortuga numerosos ingleses que se mezclaron con los franceses, alcanzando a predominar hasta el punto de ser elegido como «gobernador» de la Cofradía un inglés, Anthony Hilton, precisamente uno de los que los españoles

(1) José Coroleu, op. cit., p. 150.

apresaron en San Cristóbal y que juraron, a cambio de la libertad, no volver nunca a las Indias. Se rebautizó entonces Tortuga con el nombre de Isla de la Asociación, y comenzaron las piraterías en serio, con naves mayores. En aquella época la población permanente de la isla era de 600 hombres europeos, varias mujeres y numerosos esclavos africanos traídos por los barcos de comercio.

Los españoles empezaron pronto a preocuparse por esta nueva amenaza, que estimaban muy superior a la de las bandas de bucaneros. A primeros de 1635 el doctor Alonso de Careceda, que gobernaba interinamente la Audiencia de Santo Domingo, preparó una expedición punitiva contra la isla de Tortuga o de la Asociación.

Para ello hizo que cincuenta soldados de la guarnición dominicana, mandados por el capitán Francisco Turrillo de Yelva, embarcaran en cinco naves, y que éstas recogieran luego en el puerto de Bahaiya a 150 lanceros del país dirigidos por Ruy Fernández Fuenmayor antes de dirigirse a la Tortuga. Todas estas tropas y gentes armadas cayeron sobre la isla de los filibusteros, aplastando en pocos momentos la resistencia de éstos. Muriendo 195 piratas, se hicieron 39 prisioneros, entre ellos tres mujeres, y tomáronse como botín seis cañones, 123 armas de fuego y mucha munición. Además se quemaron dos barcos piratas que había en el puerto y se apresó un patache de la misma procedencia. La desbandada de la Cofradía fue total, huyendo los supervivientes en canoas hasta las costas de la Española y dispersándose por las selvas del interior los esclavos negros. Parecía resuelto del todo el asunto, y los expedicionarios fueron acogidos en triunfo a su regreso a Santo Domingo.

Pero no habían dejado guarnición alguna, y no tardaron los expulsados en regresar poco a poco, volviendo pronto a las andadas bajo el mando de su nuevo jefe, el inglés Nicholas Riskinner.

A principios de 1637, sin que se sepan bien las causas, los ingleses empezaron a abandonar Tortuga, volviendo a ser elegido un «gobernador» de nacionalidad francesa. Seguían las continuas piraterías, por lo que los españoles prepararon un nuevo golpe.

En los primeros meses de 1638 llegó una Flota de Indias mandada por el enérgico D. Carlos de Ibarra, que aprovechó sus

barcos de guerra para efectuar un nuevo ataque a Tortuga. Esta vez la limpieza fue total y completa, exterminándose todos los filibusteros que allí había. Pero de nuevo se marcharon los españoles sin establecer guarnición y una vez más comenzó a poblarse de nuevo la isla.

Los tiempos de esplendor de la Tortuga no habían llegado todavía.

CAPITULO VIII

LA GRAN BATALLA DEL CARIBE

La ofensiva antiespañola en el Caribe

Ya se dijo que las acciones filibusteras antes reseñadas no eran sino un episodio más dentro de la general lucha que en la región antillana debía sostener España contra sus múltiples enemigos, habiendo sido estudiadas aisladamente tan sólo para conocer el nacimiento y primeros pasos de aquella indeseable sociedad.

Española era todavía nominalmente la soberanía de toda la zona, pero por extensa y despoblada resultaba imposible defenderla al detalle contra la continua ofensiva llevada a cabo por las flotas inglesa, francesa, y sobre todo holandesa, así como por hordas de piratas de toda nacionalidad. Aunque, presentes estas hostilidades en todos los territorios de la doble monarquía hispano-portuguesa, de especial rigor eran los ataques desencadenados en el Caribe.

Este período bélico sorprendía a España prácticamente sin ninguna flota permanente en aguas americanas. Desaparecieron las galeras de Santo Domingo y luego también las de Cartagena, y tan sólo quedaban los galeones de las Flotas de Indias, que se utilizaban durante su estancia en la zona, y algunos corsarios. Caso aparte sería la efímera Flota de Barlovento, de la que en su momento se hablará.

Ataques holandeses

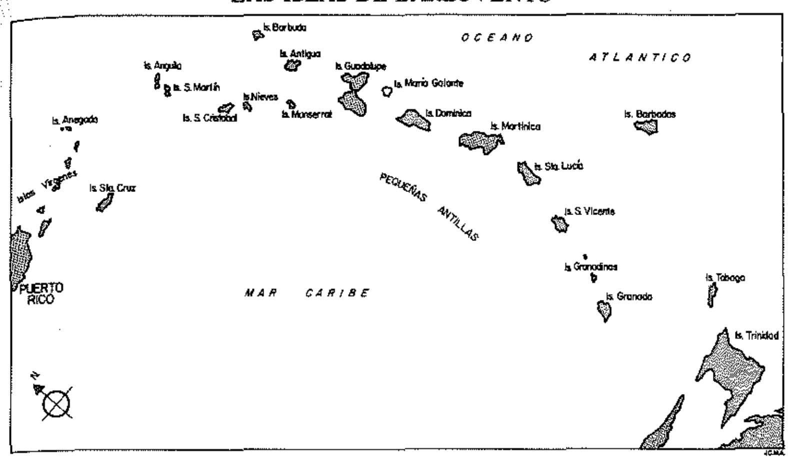
La victoria de Piet Heyn en Matanzas había hecho renacer el optimismo en el Gobierno de las Provincias Unidas y en la Compañía de las Indias Occidentales. Enviáronse nuevas flotas a América, en tanto que numerosos navíos piratas independientes tomaban el mismo rumbo, soñando con nuevos saqueos de fabulosas Flotas de Plata.

En 1629 llegó Cornelius Goll con una flota de 27 urcas y galeones ante las costas de Cuba, pensando repetir lo hecho por Heyn un año antes. Hizo algunas presas en pesqueros y mercantes y luego se plantó ante la Habana, aunque sin animarse a atacarla. El gobernador Cabrera, ya escarmentado con el desastre anterior, logró esta vez enviar con tiempo los avisos, y las flotas no salieron de los puertos. Efectuó el holandés algunas otras presas y el 29 de agosto dos de sus naves se acercaron al desembarcadero de Chorreras, intentando un desembarco que fue rechazado por una compañía de mosqueteros y 260 milicianos de la región. El 8 de septiembre se alejó Goll, pero los 112 prisioneros españoles que llevaba en una fragata lograron apoderarse de ésta y entrar con ella de noche en la Habana.

Alarmada por la falta de las flotas, España envió las suyas de ese año bien escoltadas por la Armada del Mar Océano. Como se dijo en el capítulo anterior, no toparon con los holandeses y, en cambio, aprovecharon el viaje para desalojar las islas de San Cristóbal y Nieves.

Pero peor era lo que sucedía en Brasil y que, aunque lejos del escenario caribeño, habría de influir posteriormente en el mismo. El 12 de septiembre de 1629 se presentaron en las costas brasileñas una poderosa flota holandesa de 67 naves, 7.000 hombres y 1.170 cañones bajo el mando de Hendrik Cornelszoom Loncq, dirigiendo las fuerzas de desembarco Jonkheer Diederick Van Waerdebugt. Apoderáronse los bátavos en poco tiempo de Olinda, Recife y Pernambuco, iniciándose una guerra sin cuartel que habría de durar hasta 1654, año en el que los portugueses lograron hacer rendirse al último general holandés, Segismundo Van Schakoppe, recuperando todo el territorio. Pero entretanto los holandeses dispusieron de una excelente base para atacar los territorios españoles del Norte, y no dejaron de hacer uso de ella.

LAS ISLAS DE BARLOVENTO



A últimos de 1629 hizo su aparición en la zona caribeña la flota de Johannn Adrian Hauspater, quién había sucedido a Loncq. Era el tal Hauspater un veterano luchador en contra de España, habiendo cumplido tres años de galeote en las galeras de Cartagena tras ser apresado en Araya por el almirante español D. Luis Fajardo.

En diciembre penetró Hauspater por el río Orinoco, atacando la ciudad de Santo Thomé, a la sazón sin gobernador por hallarse en Trinidad el titular del cargo. D. Luis de Monsalve. Desembarcaron 700 hombres con 14 cañones de campaña y destruyeron la ciudad, que estaba compuesta por unas cien casas de piedra con techo de paja. Intentó luego el jefe holandés construir allí un castillo, pero como en el caso de Raleigh, fue fuertemente hostigado por españoles e indios y acabó por marcharse tras haber perdido unos 200 hombres en la aventura.

El 26 de febrero de 1630, martes, a las tres de la tarde, avistáronse desde Santa María 19 velas, trece de ellas correspondientes a barcos de 400 a 800 toneladas y el resto a pataches de 100 a 200. Se trataba de la flota de Hauspater que intentaba un nuevo golpe contra las posesiones españolas de la región. El

gobernador D. Jerónimo Quero decidió resistir, pero apenas si contaba con fuerzas para ello. Apostáronse en las trincheras cincuenta vecinos mal armados, y en el fuertecillo el mismo gobernador con cuatro soldados y quince voluntarios sin armas para manejar cuatro cañones de bronce y dos pequeños de hierro.

Durante varias horas la infeliz ciudad fue cañoneada por más de cien cañones holandeses, tras de lo cual se pusieron en marcha 18 grandes lanchas con 1.200 hombres de desembarco. Los españoles debieron abandonar fuerte y trincheras y replegarse hacia el río Mamatocos, desamparando la ciudad que fue saqueada por el enemigo.

Regresó luego Hauspater al Brasil y el 11 de septiembre de 1631 enfrentó su flota con la española de D. Antonio de Oquendo en el combate llamado de los Abrojos o de Pernambuco, siendo derrotado y muriendo al irse a pique su nave capitana.

La isla Tortuga venezolana

Las expediciones del malogrado Hauspater hicieron cobrar importancia a la isla Tortuga, situada junto a la costa venezolana (y a la que no hay que confundir con la famosa Tortuga filibustera cercana a Haití). Había en ella una salina y allí estuvo Hauspater cargando sal, siendo luego visitada por otras naves holandesas. Por ello el gobernador de Venezuela, D. Francisco Núñez Meleán, decidió organizar una expedición contra ella.

El 10 de julio de 1613 llegó a Guayra el capitán Benito Arias Montano, organizando allí una fuerza compuesta de 6 piraguas con 40 soldados españoles y 117 indios flecheros. Llegado con todos ellos a la Tortuga, se ocultó en ella durante todo el día. Al atardecer envió un reconocimiento con el capitán Pedro Lovera, advirtiendo éste la presencia de dos naves holandesas, una de ellas de 600 toneladas y 22 cañones y la otra de 300 y 6, que se disponían a iniciar alegremente la recogida de sal, suponiendo la isla desierta de fuerza enemiga.

Arias dividió su fuerza en dos destacamentos, uno de ellos, bajo el mando del capitán Felipe Gómez de León, para atacar al enemigo en tierra; y el otro, bajo su mando personal, que se dirigiría en las piraguas contra las naves enemigas. Acercáronse las piraguas, efectivamente, a la primera urca holandesa, desde donde disparaban con arcabuces y pedreros por estar demasiado cerca cuando les descubrieron para ser alcanzados por los cañones. Treparon los españoles por los costados y tomaron la nave al arma blanca, tras dar muerte al capitán, piloto, condestable y varios holandeses más. La segunda nave intentó escapar, pero fue también perseguida y tomada, en tanto que en tierra también derrotaba Gómez de León a sus adversarios. Finalmente se quemaron las instalaciones erigidas allí por los holandeses y la fuerza regresó a la Guayra con las naves y el botín.

Mucho se habló de esta hazaña y, quizá como premio por ella, Arías sería nombrado poco después gobernador de Cumaná.

La isla de San Martín

No cejaban los holandeses en sus intentos por sacar sal de las costas americanas. En julio de 1631, poco después de perder los dos barcos enviados a la Tortuga venezolana, los holandeses habían ocupado la isla de San Martín en las Pequeñas Antillas, construyendo incluso un fuerte permanente para proteger la salina en la que se aprovisionaban.

El 6 de marzo de 1633 se celebró una Junta de Guerra al respecto. Acordóse, como en el caso de San Cristóbal, aprovechar la Flota de Indias para desalojar a los bátavos de allí. Para ello se reforzó la escolta de las flotas que ese año llegaban de España con una buena parte de la Armada de Océano.

Mandaba la operación D. Lope Díaz de Armendáriz, Marqués de Cadereyta, con la escuadra a su mando, reforzada por los galeones de D. Nicolás de Massibradi y por la escuadra de refuerzo, de la que era General D. Lope de Hoces y Córdova y Almirante D. Miguel de Redín, además de cinco barcos longos y cinco urcas suecas embargadas para la empresa. En total eran 52 naves, de las que 24 eran de guerra. Las fuerzas de desembarco consistían en 1.500 hombres, mandados por D. Luis de Rojas y D. Gaspar de Carvajal.

Salieron estas fuerzas en mayo, y el 22 de junio aparecieron ante San Bartolomé, donde avistaron seis barcos piratas, de los que pudieron apresar uno, escapándoseles los demás. El 24

estaban ante San Martín, donde los holandeses tenían un fuerte de 22 cañones guarnecido por 150 soldados holandeses y 40 negros, bajo el mando de Lambert Franchisper. Pese a la inmensa desproporción de fuerzas, negóse el bátavo a las intimidaciones de rendición que los españoles le hicieron.

A fin de evitar bajas, Cadereyta renunció al ataque frontal, ideando una maniobra envolvente. En tanto se iniciaba el cañoneo del fuerte, desembarcaron en otro lugar 1.000 soldados y 300 marineros, mandados por D. Lope de Hoces y el Maestre de Campo D. Luis de Rojas, con artillería de campaña, a fin de rodear la montaña que había tras el fuerte y atacar éste por la retaguardia. Muy penosa fue la marcha por la selva, tanto por las condiciones naturales como por los cañonazos que empezaron a disparar los holandeses contra la columna, uno de los cuales hirió el 26 a D. Lope de Hoces, aunque no de cuidado. El 28 se inició al fin la operación de ataque, disparando dos baterías y aproximándose al fuerte una avanzadilla de 100 hombres mandada por el capitán Tiburcio Redín, que resultó herido. Pero antes de que se llegara al asalto, rindiose la fortaleza, muy castigada por la artillería española, y en la que sólo quedaban ya con vida 62 holandeses y 15 negros. Al botín logrado allí se unió la captura de una nave y dos fragatas holandesas con pipas de agua que llegaron para aprovisionar el fuerte y fueron apresadas antes de que se dieran cuenta de la situación.

Dejose en esta ocasión una guarnición de 250 hombres dotada con 12 cañones, además de los 24 tomados a los holandeses. Como primer gobernador de la isla se nombró a D. Cebrián de Lizarazu, caballero de Santiago, a quién, por cierto se le otorgó el mismo sueldo que al de Puerto Rico. El resto de la tropa española se retiró junto con la flota.

Había sido ésta, sin duda, una victoria española, pero se argumentó luego si las fuerzas empleadas no habían sido excesivas para la magnitud de la empresa y no hubieran podido usarse con mayor provecho en otros lugares, por ejemplo en el Brasil, donde los holandeses mantenían plazas de mayor importancia que la isla de San Martín.

Ataque a Campeche

Los dirigentes holandeses decidieron responder a la jornada de San Martín atacando la población yucateca de Campeche. Encargose de la empresa el almirante Cornelius Goll, al que por faltarle una pierna llamaban los españoles «Pie de Palo» al igual que a otros muchos marinos y piratas de la época. El jefe holandés hizo alianza en esta ocasión con un pirata mulato de la Habana llamado Diego Reyes, al que se le conocía también como Diego Mulato y aún como Lucifer. Juntos marcharon hacia las costas de Yucatán en agosto de 1633.

No estaba del todo desprevenida la población de Campeche, pues desde antes se sabía amenazada. En el año anterior habían aparecido en sus cercanías seis urcas piratas holandesas, poniéndose el vecindario en estado de defensa y acudiendo desde Mérida el gobernador de Yucatán, Centeno Maldonado, con algún refuerzo. En aquella ocasión los merodeadores, tras seis días de amenazadora espera, optaron por retirarse. Pero ahora la amenaza se mostraría más peligrosa.

El 11 de agosto se avistaron desde Campeche once barcos y dos balandras, poniéndose la población en estado de defensa. El 12 saltaron a tierra unos 500 enemigos, que no tardaron en topar con una trinchera donde el capitán Domingo Galván Romero tenía gente con 50 arcabuces y 3 cañones. Una tremenda descarga mató 25 de los atacantes, retirándose el resto perseguidos por los españoles. No sospechaban éstos que se trataba de una añagaza, bien que costosa, para hacerles abandonar la trinchera. Apenas al descubierto, un nutrido fuego de arcabuces y mosquetes dió muerte al capitán Galván y a 10 o 12 de los suyos, tocándoles ahora la vez a los españoles de huir a la desbandada perseguidos por los holandeses.

Avanzaban los bátavos y los piratas aliados con ellos en escuadrones cerrados por una calle separada de la costa por una hilera de casas. Al llegar a la Plaza de Armas, centro de la población, entabaron feroz lucha con 300 españoles allí concentrados, protegidos en parte por otra trinchera. Terrible fue la pelea, acabando los españoles por ser cercados, cuando ya habían muerto el alcalde, capitán Juan de Pita, su sobrino Beniverde, los capitanes Pedro Mansilla y Pedro Daza, el alférez Hernando Díaz y otros más hasta un total de 37. En último

extremo se retiraron los supervivientes al convento de San Francisco, edificio muy fuerte, pereciendo en la retirada el capitán Losada y otros seis o siete más. Finalmente el resto se hizo fuerte en el convento, bajo el mando del capitán Domingo Rodríguez Calvo y otras autoridades.

Diego Mulato pretendía tomar por asalto el convento, pero Goll se negó a ello aduciendo la cantidad de bajas que tal empresa costaría. Pidióse, en cambio, rescate por la ciudad a los sitiados, siendo rechazada la propuesta, no obstante haber algunas disensiones. Saquearon entonces los atacantes la villa, permaneciendo en ella hasta que la noticia de llegar refuerzos españoles desde Mérida les indujo a abandonarla, sin causar más molestias a los sitiados en el convento. Tras separarse, Goll regresó a las bases holandesas en el Brasil, y Diego Mulato a merodear por los mares antillanos (1).

La toma de Curaçao

El 6 de abril de 1634 decidieron los Heeren XIX, dirigentes supremos de la Compañía de las Indias Occidentales, intentar apoderarse de la isla de Curaçao, al norte de la costa venezolana. El 4 de mayo zarpó hacia allí una flotilla compuesta por el navío *Groote Horn* y los yates *Cámara de Amsterdam, Cámara de Zelanda, Johann Van Walbeek* y *Pierre Legrand.*

Mandaba en la isla, con el título de «Capitán y Señor» D. Lope López de Morla, con su mayordomo Juan Mateos y un total de 40 españoles, contando mujeres, niños y ancianos. El 28 de julio apareción la flotilla holandesa, iniciándose el desembarco de unos 300 hombres armados. Durante un día les resistió Morla con sólo siete españoles y cincuenta indios, impidiéndoles además efectuar un segundo desembarco en el propio pueblo principal de la isla. Pero el 31 debieron retirarse del mismo los españoles, tras quemarlo todo y cegar los pozos.

(1) Por cierto que este pirata criollo se apoderó más tarde, en 1636, de una nave en la que iba la viuda del gobernador Centeno y se portó caballerosamente con ella, desembarcándola cerca de Campeche sin causarle daño alguno ni pedir rescate por su liberación.

Siguió luego una larga guerra de emboscadas. El 5 de agosto se libró el combate de Santa Bárbara, en el que los indios, aprovechando una oportuna lluvia que inutilizó las armas de fuego, hicieron huir con bajas a 25 arcabuceros holandeses. Por un momento pensaron los bátavos abandonar la empresa, pero en un encuentro hicieron poco después prisionero a un indio herido llamado Adrián que, curado por ellos, se pasó a su bando y religión, adoptando el nombre de Baltazhar. Este hombre dio informe de lo escasos que en realidad eran los defensores, por lo que los holandeses decidieron continuar en su empeño.

El 17 penetraron los bátavos en el pequeño poblado de Ascensión, que arrasaron. Dejaron allí, clavada en un árbol, una carta dirigida a Morla pidiéndole que se rindiera. Negóse el jefe español y se retiró con sus escasas huestes a los montes de San Cristóbal, pero hasta allí le persiguieron doscientos arcabuceros holandeses. El 21 se vió forzado a capitular, llevando las negociaciones por parte española el sacerdote P. Salvador de Carmona. Entregáronse en total 32 españoles, incluidos 11 niños, y 402 indios, de los que 105 eran hombres en edad de combatir. Fueron todos ellos, de acuerdo con lo pactado, llevados a las costas de Venezuela a bordo de dos barcos holandeses ligeros y un pesquero español.

Más tarde capturaron también los holandeses las vecinas islas de Aruba y Bonaire, donde no había ningún español. Tuvieron, no obstante, serias dificultades con los indios de Curaçao, que les hostilizaban interminablemente, en tanto que otros huían a territorio español.

Luchas y sucesos en las Pequeñas Antillas

No fue tan sólo en Curaçao y las islas adyacentes donde se establecieron en esta época los enemigos de la monarquía española. En las islas de Barlovento, Sotavento y Vírgenes hicieron su aparición grupos extranjeros que se instalaron en ellas, transformándolas en refugios piráticos. Regresaron igualmente a sus antiguas madrigueras de San Cristóbal y Nieves, extendiéndose poco a poco por las islas adyacentes, donde no hallaron oposi-

ción ni presencia española. A veces, sin embargo, debían combatir con los indios caribes, sufriendo a sus manos algunos reveses.

Siendo gobernador de Puerto Rico D. Henrique Henríquez de Sotomayor, se fortificó la ciudad eficazmente contra las posibles incursiones de los tales malhechores y además, a partir de 1632, se comenzó a hostigar a aquellos en sus mismas guaridas insulares. En 1637, por ejemplo, se envió un contingente de 40 hombres a la isla de Santa Cruz, ocupada por piratas franceses, desalojándola y dando muerte a varios de los filibusteros a cambio de la de un soldado español, a cuyo hermano se le otorgó, en compensación, plaza de soldado en Puerto Rico.

Mayor importancia tuvo la expedición enviada en 1637, a cargo del Sargento Mayor Domingo Rodríguez, a la misma isla, que los franceses habían vuelto a ocupar. Formaban la fuerza 20 soldados y 30 vecinos voluntarios, y lograron dar muerte a una cuarentena de piratas y destruir un fuerte que tenían a medio hacer. Regresaron luego triunfalmente los incursores trayendo consigo numerosos negros esclavos que los franceses tenían en la isla, junto con uno de los dos barcos que allí encontraron y 27 prisioneros, que fueron puestos a trabajar en las fortificaciones portorriqueñas.

Pero no obstante estas y otras expediciones, algunas de ellas organizadas privadamente por grupos de vecinos, se notaba en falta una enérgica acción oficial con una fuerte flota, semejante a la que atacara San Martín, pero que quedara permanentemente para barrer de piratas todas las islas de los archipiélagos caribeños. A falta de ello, la navegación por la zona tornábase arriesgada y, más aún, de 1637 a 1641 fueron interceptados varios barcos de los que llevaban a Puerto Rico el «situado» (documentos y pagos), perdiéndose un total de 400.000 pesos.

Combates en las costas venezolanas

A partir de 1632 las costas orientales de Venezuela comenzaron a ser intranquilizadas por la presencia de diversas naves ligeras holandesas, produciéndose algunos encuentros armados

con suerte varia (1). Era entonces gobernador de Cumaná D. Benito Arias Montano, al que ya conocimos en la afortunada empresa de la Tortuga venezolana; y de la isla Margarita D. Juan de Eulate.

En 1633 llegó una alarma procedente de las costas de la isla de Trinidad, entonces casi despoblada, al detectarse la presencia de gente extranjera y posiblemente pirática. El gobernador Eulate, de Margarita, comisionó a su hijo primogénito Julián al mando de tres compañías de españoles y una cincuentena de indios, que embarcaron en tres grandes piraguas. Salidos el 12 de mayo, no tardaron en desbaratar la colonia pirata, haciendo prisioneros a 11 ingleses y 20 indios. Por su interrogatorio supieron por primera vez los españoles como sus enemigos se habían instalado en muchas de las islas que ellos tenían por desiertas (2).

La siguiente alarma llegó en verano de aquel mismo año, llegándole noticias al gobernador Arias Montano de instalaciones extrañas cerca de la desembocadura del río Unare. Estaba ésta situada en la llamada Costa de los Cumagotos, territorio entre Cumaná y la Guayra donde no había poblaciones españolas pero sí varias salinas de las que los holandeses apetecían tanto.

El 22 de agosto comenzó Arias a preparar una expedición en

(1) Un curioso episodio de estas luchas viene descrito en una carta del gobernador de Cartagena al Conde de Chinchón, Virrey del Perú: «Habiendo salido una nave de Puertobelo a Cartagena, fue atacada por una lancha. Después de larga lucha y cuando los españoles estaban próximos a perecer, un negro derribó de una pedrada a un holandés que había entrado en la fragata española, con lo que los españoles cobraron ánimos y se rehicieron de tal modo que consiguieron derrotar a los holandeses, apresándoles y hundiéndoles la lancha». (José Luis Muzquiz de Miguel, op. cit., p. 181.) Deja el cronista en el tintero el nombre de aquel esforzado David de color.

(2) Del interrogatorio salió a la luz haber partido de Inglaterra, con ánimo de instalarse en Trinidad, un tal Sir Henry Colt, con 130 hombres embarcados en un navío de 250 toneladas. Tras ser perseguido infructuosamente en Guadalupe por dos pataches de la Armada de Guardia de Indias que vigilaban aquellos parajes, llegaron a la isla de San Cristóbal, ya repoblada por ingleses. Colt remitió de allí su barco a Inglaterra y compró otro a un holandés con ánimo de establecerse definitivamente en Trinidad. Durante el camino, como más tarde confesaron tranquilamente, por faltar provisiones mataron y se comieron a un indio que llevaban a bordo. (Francisco Morales Padrón «Trinidad en el siglo XVII», p. 151).

la que él mismo se pondría al frente de 95 españoles y 200 indios flecheros que al mismo tiempo servirían de remeros para las 14 piraguas que serían el medio de transporte. Salieron todos el 25, y por el camino se les fueron uniendo más indios, 25 de la isla Borracha y 30 de la de Cumagotos. El día de San Agustín llegaron a la costa de Uchire y vararon las embarcaciones en la playa, oficiando allí mismo misa el capellán de la expedición. A las 12 envió Arias dos exploradores y, una vez regresados éstos con noticias de enemigo, dejó 2 españoles y 50 indios al cuidado de las piraguas y se puso en marcha con el resto. A las 8 de la tarde llegaron al morro de Unare, a media legua del enemigo, siendo vistos por éste, que se puso en estado de alarma.

Al amanecer el día siguiente pudieron ver los expedicionarios un gran fuerte con bandera holandesa y diez barcos de la misma nacionalidad anclados frente a las salinas. Dióse el grito de «¡Santiago!» y atacaron todos a la carrera, no obstante los cañonazos que disparaban el fuerte y los barcos. Llegados al foso, lo pasaron con tablas que llevaban al efecto y luego, ayudándose unos a otros, escalaron las empalizadas e irrumpieron en el fuerte. Murieron allí unos 80 holandeses, otros 36, algunos de ellos heridos, quedaron prisioneros, y el resto huyó a los barcos, que se retiraron a toda vela. Quedaron en manos de los hombres de Arias ocho cañones y todos los bastimentos que había en el fuerte.

Por la tarde atacaron algunos indios cumagotos, aliados con los holandeses, causando bajas a destacamentos aislados españoles, pero no tardó Arias en acudir en su ayuda y poner en fuga a los atacantes. Finalmente, al día siguiente, los españoles se retiraron tras arrasar el fuerte y todas las instalaciones construidas por los holandeses.

A principios de septiembre, apenas regresaron los expedicionarios, llegaron noticias de que los bátavos se habían instalado de nuevo en la Tortuga venezolana. Púsose Arias otra vez en marcha hacia allí, en compañía de Juan Bautista Antonelli, hijo del famoso ingeniero, y al frente de alguna tropa española, logrando expugnar a los holandeses y destruir una vez más sus instalaciones.

Pero los tenaces bátavos seguían insistiendo. En 1638 construyeron en la Tortuga de Venezuela un nuevo fuerte, mayor que los anteriores. El gobernador Arias, tan tozudo como ellos, fue allí con 13 piraguas, 150 soldados y numerosos indios, llegando el 8 de marzo. Tras cuatro horas de lucha logró tomar el fuerte, pasando a cuchillo a los cuarenta hombres que lo defendían, y perdiendo en cambio siete españoles y cuatro indios muertos y unos 20 heridos entre unos y otros. Ante la imposibilidad de guarnecer la isla, Arias ordenó anegar la salina, con lo que los holandeses, faltos de objetivo, dejaron finalmente de merodear por allí.

Para estas fechas la zona del río Unare ya no se hallaba tan despoblada e indefensa como antes. En 1636 el catalán D. Juan de Orpín, nombrado ya desde antes gobernador de Cumagotos, salió de Caracas con 100 españoles para conquistar y mantener la región. Repobló Santa María de Manapir que había sido abandonada anteriormente, y fundó Nueva Barcelona y Nueva Tarragona. Poco a poco fue sometiendo, en general por las buenas, a los belicosos indios locales, iniciando la gobernación de aquel territorio contiguo con Nueva Andalucía.

Pero el 4 de julio de 1640 hicieron de nuevo su aparición las naves holandesas. Conocedor de que se habían realizado algunos desembarcos, el gobernador Orpín partió hacia la desembocadura del Unate con 80 españoles de Nueva Barcelona a los que se unieron en el camino otros 40 procedentes de Nueva Tarragona.

Cuál no sería el asombro de los expedicionarios cuando en las salinas de la isleta situada junto a la desembocadura del río descubrieron un gran fuerte holandés que les pareció construido por arte de magia. Tenía la tal fortaleza 22 troneras para cañones y 60 para mosquetes, y había sido planeada y prefabricada en Holanda, construyéndose en tierras americanas en tan sólo siete días.

No obstante aquella amenazadora construcción, Orpín preparó el ataque para el amanecer del 26 de agosto. A fin de hacer salir a los holandeses del fuerte, dividió a sus hombres en tres escuadrones, haciendo salir al más débil, en tanto que los otros dos aguardaban emboscados. Creyendo el ataque de poca cuantía salieron del fuerte un centenar de holandeses, iniciándose una reñida acción, en la que se distinguió en especial Francisco Tiquisper, indio hijo de un famoso cacique local, quien dio personalmente muerte a cinco enemigos. Enviaron entonces los bátavos más refuerzos, pero surgieron los escuadrones emboscados y los aniquilaron, resultando muy eficaces en la acción las flechas envenenadas empleadas por los indios. Murieron cien holandeses y, según el cronista de la acción, las bajas españolas hubieran

sido insignificantes de no haber avanzado éstos temerariamente contra el fuerte arrastrados por el ardor de algunos de los indios que les acompañaban. De tal forma murieron el Sargento Mayor Marco del Pino, el alférez Juan de Azedo y el cabo de escuadra Benito Montero, contándose además seis heridos españoles, mientras que de los indios murieron catorce y quedaron heridos ocho.

Finalmente, dueños ya los españoles del fuerte, que los holandeses intentaron sin éxito quemar en el último momento, huyeron las naves bátavas La fortaleza fue reparada y guarnecida por los españoles, lo que evitó nuevas incursiones en aquel lugar.

Mayor intranquilidad era la reinante en la desembocadura del Orinoco, pues los holandeses se habían establecido permanentemente en algunos lugares de los vastos territorios inexplorados entre las colonias españolas de Venezuela y las portuguesas del Brasil. Habían fundado el fuerte de Esequibo y pretendían extenderse hacia el Noroeste.

El 22 de julio de 1637 la flota de Adrián Jansz, gobernador de Esequibo, penetró por el río y atacó Santo Thomé. A primeros de aquel mismo año aquella castigada localidad se había reedificado en otro lugar por Cristóbal de Vera, y era su gobernador D. Diego López de Escobar, quién debió retirarse con sus hombres, mientras los holandeses profanaban las imágenes de la iglesia y lo arrasaban todo. Afortunadamente las mujeres y los niños estaban ya en el nuevo emplazamiento, por lo que no sufrieron daño alguno.

El 14 de octubre los holandeses arrasaron también San José de Oruña y, luego de retirarse, dejaron a los indios locales en estado de sublevación. Hubo de llegar el capitán D. Martín Mendoza y Berrio, que tenía mucho prestigio entre ellos, para convencerles de que dejaran las armas.

A finales de 1637 pasó Escobar a la ofensiva, atacando los establecimientos que los holandeses habían construido en la isla Tabaco (hoy Tobago) y en algunos lugares de la de Trinidad. Tomó el castillo de Guatauroy, cerca de Punta Galera, en Trinidad, y luego dos fuertes en Tabaco, en los que había 160 hombres de diversas nacionalidades y 42 cañones. Estas victoriosas acciones las libró Escobar con vecinos de Santo Thomé y San José de Oruña, reforzados por 40 hombres armados enviados por el gobernador de Margarita, D. Juan de Eulate.

El 20 de febrero de 1640 registróse una nueva destrucción de Santo Thomé a manos de los holandeses, tras de lo cual se reconstruyó una vez más, y quedó como nuevo gobernador el ya citado D. Martín de Mendoza. A partir de la fecha de su nombramiento, el 30 de agosto de 1642, lanzó una serie de ataques sistemáticos contra los holandeses, que habían vuelto a Trinidad. En 1644 logró expulsarles definitivamente de Punta Galera, en el Norte de la isla, y de Moruga en el Sur.

En ese mismo año de 1644 los bátavos abandonaron el fuerte de Esequibo, reduciéndose con ello las hostilidades en la región.

Los ataques a Honduras

Las costas hondureñas estaban en esta época prácticamente indefensas, por no haber en ellas guarniciones militares. Eran por ello continuas las incursiones piratas, tanto en las dichas costas, como en las islas de Utila, Guanaja y Roatán, situadas en la bahía.

Especialmente duro fue el año 1639. En febrero los holandeses saquearon la isla de Guanaja, y en julio y agosto contingentes piratas desembarcaron primeramente en Puerto Caballos, luego en la boca del río Ulúa y después en Omoa, donde fueron rechazados por un español y algunos indios que les hicieron frente. Pasaron luego a Manabique y de allí a Golfo Dulce, donde entraron con una balandra y 20 hombres, combatiendo con el barco de carga de D. Francisco Santillán, que les rechazó, y desembarcaron luego para robar mercancías, tras matar a un español y hacer prisionero a otro.

En septiembre aparecieron los piratas entre Utila con dos barcos y bastante gente. Capturaron al cacique indio e incendiaron el poblado y la iglesia, devastando todo el lugar. A continuación pusieron el libertad al cacique, a quien anunciaron que al año siguiente volverían para acabar de destruirlo todo. En Roatán incendiaron también el poblado y se llevaron con ellos cuanto pudieron robar.

Vistos tales desastres, los españoles decidieron abandonar las islas de la bahía, donde los piratas no tardaron en establecerse, fortificándose especialmente en Roatán. A partir de aquí menudearon las incursiones piráticas contra las poblaciones de

la costa. Como no había soldados en ninguna de ellas, debían armarse en su defensa los propios vecinos, que en varias ocasiones lograron rechazar a los incursores (1).

Se dio por entonces un caso curioso. Anuncióse que los holandeses habían desembarcado en Iztapa, en la costa del Pacífico y que marchaban contra la capital. El Presidente de la Audiencia de Guatemala, licenciado D. Pedro de Avedaño reunió a toda prisa gente armada para salir a su encuentro, pero no halló enemigo alguno, comprobándose que se trataba de la broma pesada de algunos graciosos. Durante bastante tiempo después intentaría Avedaño, sin éxito, descubrir a los autores de la «gamberrada», es de suponer que no precisamente para premiarles (2).

Otra batalla naval junto a Cuba

Ya se relató cómo en 1638 la Flota de Indias mandada por D. Carlos de Ibarra había sido empleada para limpiar de filibusteros la isla Tortuga. Pero no había de ser éste el único combate librado por la citada Flota, y de ello se encargaría nuestro viejo conocido el almirante holandés Cornelius Goll, más que nunca dispuesto a emular a su compatriota Piet Heyn capturando uno de aquellos codiciados cargamentos.

Salió Goll de Texel a principios de año, al frente de 10 naves de guerra y en Pernambuco reforzó su flota con seis barcos de la marina regular y varias naves piratas que se unieron en buen grado a la expedición. En julio alcanzó el Canal de las Bahamas, y un huracán hizo varar algunas de sus naves en las costas cubanas.

El gobernador de Cuba, D. Francisco Riaño Gamboa, advertido con esto, envió un patache a reconocer la flota enemiga, y sólo gracias a su ligereza logró esta embarcación escapar a seis naves enemigas que intentaron darle caza. Justamente alarmado,

(1) José Millá, op. cit., tomo II, p. 293.

(2) Ibid. A veces alguna broma pesada similar tuvo orígenes más oficiales. Cuenta Pezuela que en cierta ocasión el gobernador de la Habana, harto de la murga que unos malos cómicos representaban bajo su balcón, mandó disparar el cañonazo de alarma pirática, poniendo así en dispersión artistas y concurrencia.

el gobernador envió entonces barcos ligeros para dar aviso a las Flotas de que no salieran.

La navecilla mandada por el práctico Francisco Poveda, tras esquivar a los neerlandeses, logró llegar el 3 de septiembre a Veracruz a tiempo para cumplir su cometido. La Flota de Nueva España, que aquel año conducía 1.800.000 pesos sólo de plata, y estaba convoyada por seis galeones de guerra bajo el mando del almirante Orbea, había sido retrasada por una tempestad y por tanto se hallaba aún en puerto y pudo enterarse del mensaje y renunciar a salir. Pero en cambio los barquichuelos enviados a Portobelo y Cartagena llegaron demasiado tarde, pues la Flota de Tierra Firme, mandada por D. Carlos de Ibarra, había zarpado ya del primero de los puertos citados rumbo a la Habana. La situación era, pues, idéntica a la que precediera la desastre de Matanzas, si bien ahora era la Flota de Nueva España la que había quedado en puerto, y la de Tierra Firme la que avanzaba hacia la armada enemiga.

Ciertamente había fallado el que pudiéramos llamar «servicio de información» de Ibarra, pues los pataches encargados de explorar el Caribe antes de su partida habían dado como presentes en la zona tan sólo algunas naves holandesas aisladas y la del pirata mulato Diego de Reyes. Así pues se puso en marcha la Flota, compuesta por cuatro urcas mercantes y un patache armado de la isla Margarita, bajo la escolta de siete galeones de guerra (la nave capitana de Ibarra, la almiranta de D. Pedro de Ursúa y los galeones de Sancho de Urdanivia, Jacinto Meléndez, el Marqués de Cardeñosa, D. Pablo de Contreras y Juan de Campos).

El 30 de agosto avistó Ibarra, con la sorpresa y alarma que son de suponer, la flota de Goll fondeada frente a Pan de Cabañas. Tocóse zafarrancho de combate y se intentó evitar el encuentro, pero en la mañana del 31 los diecisiete buques holandeses interceptaron a la Flota. Ibarra ordenó formar sus galeones en línea de batalla, interponiéndolos entre el enemigo y los mercantes que él protegía.

Inicióse el combate con la embestida de la flota bátava que, engolosinada sin duda con el botín que preveía, renunció por una vez a su táctica nacional de evitar llegar al abordaje. La capitana holandesa de 54 cañones y otras tres atacaron al galeón de Ibarra, otras tres naves a la almiranta española y el resto a

los demás galeones, especialmente al *Carmen*, cuyo capitán, Sancho de Urdanivia, había mandado izar dos gallardetes, por lo que le tomaron por el jefe de la Flota. Ibarra ordenó retener el fuego, y cuando tres navíos enemigos aferraron al suyo con los garfios de abordaje, dio una voz de mando el General, e hízose una horrorosa descarga de cañones y mosquetes, causando tal destrozo que las naves enemigas cortaron sus cables y se alejaron a toda prisa. Durante ocho horas continuó la lucha a lo largo de toda la línea de galeones, hasta que los holandeses, muy castigados, se retiraron fuera del alcance de la artillería.

Sensibles habían sido las bajas españolas. Contábanse en la capitana 25 muertos y 50 heridos, entre estos últimos el propio Ibarra, al estallarle una granada explosiva que pretendió echar por la borda. En la almiranta habían muerto los capitanes D. Bartolomé de la Riva y D. Nicolás de Larraspuru junto con otros dieciseis, contándose 40 heridos, entre otros también el Almirante, y en los restantes galeones también se lamentaban bajas. De los holandeses habían muerto unos 400, entre ellos el vicealmirante Abraham Rosendal, el contraalmirante Hohann Mast y el auditor de la armada, siendo también muy elevado el número de heridos y habiendo quedado cuatro naves prácticamente fuera de combate. No obstante Goll convocó un consejo de guerra en el que afeó la conducta de sus hombres y les anunció que pensaba atacar de nuevo.

El 3 de septiembre reanudó el combate el holandés, utilizando 13 barcos. Cruzóse un terrible cañoneo, no arriesgándose ahora los bátavos a intentar el abordaje. Mucho sufrió también en esta ocasión el galeón *Carmen* que, desarbolado y maltrecho, debió ser socorrido por la capitana de Ibarra. Por parte española hubo otros 50 muertos y 150 heridos en todas las naves, pero los holandes sufrieron tal castigo que de nuevo se retiraron y los capitanes se negaron en redondo a atacar por tercera vez, con gran ira de Goll (1).

Celebrose también tambien consejo de guerra a bordo de la capitana española, proponiendo la mayoría de los capitanes refugiarse en Veracruz. Se opusieron algunos arguyendo que eso sería dar la victoria al enemigo, que pretendía que no llegara a

(1) Según Jacobo de Pezuela los holandeses habrían sufrido en los dos encuentros más de un millar de bajas. («Crónica General de las Antillas» p. 85.)

España la Flota aquel año, pero intervino Ibarra para decir que no era tal el propósito enemigo, sino el de robar los caudales de la Flota, empeño que se frustraría de adoptarse el anterior acuerdo. Apoyó tal opinión, además, la noticia de haber acudido varias urcas en ayuda de Goll, elevando la armada enemiga a 24 unidades. Así pues Ibarra envió el averiado *Carmen* a Bahía Honda, de donde partiría poco después para la Habana escoltado por dos galeotas que desde este puerto envió el gobernador, y el resto de la Flota puso rumbo al gran puerto mejicano.

El 5 de septiembre avistóse de nuevo la flota holandesa, pero no atacó, pese a que Ibarra detuvo la suya como desafiando a Goll a entablar nuevo combate, acabando los holandeses por alejarse (1). Tras de lo cual apenas si avistó la Flota algún corsario aislado, que la huyó, antes de entrar en Veracruz.

Invernó Ibarra en aquel puerto y al año siguiente salió con las dos Flotas y los caudales de dos años, cruzando el Océano sin tocar en la Habana ni en las Azores y llegando felizmente a Cádiz el 15 de julio de 1639. Podemos imaginar fácilmente la alegría española al llegar el ansiado tesoro, que en realidad habría de ser gastado íntegramente en pagar los adelantos hechos en su cuenta.

Muy celebrado fue también el combate, tras el que los holandeses debieron quemar varias de sus naves inutilizadas, y que se presentó como una especie de revancha por lo de Matanzas. Llegose incluso a exagerar la victoria, afirmando haber muerto Goll y haberse hundido toda su flota, escapando muy pocos de sus tripulantes (2).

De que Goll estaba bien vivo dio muestra él mismo en 1640, presentándose de nuevo ante las costas de Cuba con 36 barcos, pero esta vez se pudo avisar con tiempo a las dos Flotas, que demoraron su salida. De nuevo mostróse esquiva la fortuna para «Pie de Palo» pues su flota fue diezmada por un huracán,

(1) «... y al día siguiente, cinco de septiembre, por la tarde, apareció la Armada del enemigo con veinticuatro velas y quedó a barlovento de esta Armada, y aquella noche se encendió farol en esta capitana y almiranta para que si el enemigo quisiera volver a pelear, supiera donde estaba esta Armada y al otro día siguiente al amanecer, no se vió, ni se ha visto más» (Relación de D. Carlos de Ibarra, cit. José Alcalá-Zamora y Queipo de Llano, op. cit., p. 400).

(2) Juan Juárez «Piratas en Veracruz y Campeche», p. 18.

hundiéndose varias naves y encallando cuatro en las costas cubanas. El Sargento Mayor D. Lucas Carvajal, por orden del gobernador D. Alvaro de Luna, salió con tropa y regreso luego con 64 cañones y 261 prisioneros, siendo estos últimos enviados más tarde a España. En cuanto a Goll y a los restos de su flota, no tardaron en abandonar definitivamente las aguas habaneras que tan poco propicias les habían sido.

Intentos españoles para crear un poder naval: la Flota de Barloveno.

No se debe pensar que los elementos castigaban tan sólo a las flotas holandesas. Precisamente el año antes de que el huracán deshiciera la armada de Goll, el 21 de diciembre de 1639 otro de parecidas características había golpeado la Flota de Indias de equel año, mandada por D. Jerónimo Gómez de Sandoval. En aquella ocasión la urca *Vigía* y el patache *Galgo* fueron a embarrancar a las Bermudas, descubriendo que los ingleses se habían establecido allí, cosa que hasta el momento los españoles ignoraban.

Pero en general, sin embargo, las Flotas seguían llegando con bien, escoltadas adecuadamente y variando mucho los itinerarios. Distinguiéronse en las tareas de escolta D. Francisco Rodríguez de Ledesma con su escuadra de ocho galeones y, en las de espera en las Azores, el Duque de Maqued a y Nájera, nuevo General de la Armada del Océano.

A falta del soñado botín de las Flotas, los piratas se contentaban con hostigar el comercio local, causando graves daños e interrumpiendo a veces las comunicaciones. No era muy efectivo el recurso de usar contra ellos los galeones que escoltaban las Flotas pues, sabiendo cuando éstas llegaban, los forajidos se ocultaban durante su estancia para volver a salir una vez partidas. Era evidente que se necesitaban escuadras de guerra locales que permanecieran en el Caribe durante todo el año. En Santo Domingo se armaron al efecto algunos navíos de comercio y en Cuba existía ya una escuadrilla de galeotas bajo el mando de Andrés Manso, pero ello no bastaba.

En 1640 el Virrey de Nueva España, D. Diego Pacheco, Duque de Escalona preparó un intento más ambicioso al disponer en Veracruz astilleros para construir ocho galeones. No

tardó en correr la nueva, y a mediados de año hicieron su aparición tres naves piratas con intenciones de quemar las para ellos tan peligrosas instalaciones. Pero salieron a su encuentro otras tres naves españolas, mandadas por el almirante D. Antonio de la Plana y debieron huir a toda vela dos de los navíos piratas en tanto que el tercero, un patache, quedó apresado

La primera salida de los galeones construidos, en unión con el patache capturado, se efectuó en 1641, escoltando a la Flota de D. Juan Campo, pero con la mala suerte de sorprenderles un huracán, hudiéndose uno de los flamantes galeones y debiendo regresar maltrechos a Veracruz los restantes. Para colmo de desdichas perdiéronse también algunas naves de la propia Flota (1).

El más ambicioso intento de crear una fuerza naval local, en esta época fue el de la llamada Armada de Barlovento, planeada para 1640 pero que no se haría realidad hasta 1643. Pagados sus gastos por impuestos al comercio local, constó de 17 bajeles y 2 pataches, mandados por D. Pedro Vélez de Medrano, D. Juan de Urbina y D. Juan Pujades. Dio algunos sonados escarmientos a los piratas, pero poco a poco sus barcos fueron siendo apartados del Caribe, principalmente para escoltar a las Flotas a España, y más tarde para reforzar la Armada del Océano en aguas europeas. En 1647 sería absorbida totalmente por aquella, pese a los esfuerzos de D. Juan de Urbina por rehacerla. Mucho habría de notarse su falta en años posteriores.

Expugnación de la isla de Santa Catalina

En la época de la doble victoria de Ibarra en Tortuga y Cabañas, una nueva preocupación aquejaba a las autoridades españolas del Caribe. En 1626 se habían instalado aventureros ingleses en las islas de Santa Catalina y San Andrés, que rebautizaron con los nombres de Providence y Henrietta convirtiéndolas en focos de piratería. De allí partían muchas de las expediciones a las costas de Nicaragua y Honduras. Las incursiones

(1) Para dejar una vez más sentado el principio de la neutralidad de los elementos, digamos que dos años más tarde otra tempestad semejante deshizo una flota holandesa cerca de San Cristóbal, hundiendo varias naves y desarbolando otras.

piratas mandadas por Sussex Camock y Samuel Axe, habían entrado, además, en contacto con las tribus de zambos de la región, producto del cruce de indios nicaragüenses con negros procedentes de un barco de esclavos que naufragara en aquellas aguas, y les habían organizado contra España, convirtiendo a aquellos «indios mosquitos», como luego se les llamaría, en unos valiosos auxiliares de la piratería. En 1634 abandonó Camock la región, pero quedó en ella Axe, asociado con un holandés cuyo nombre, traducido al inglés como Bluefields, daría más tarde el de una ciudad que hoy existe en la costa nicaragüense.

Entre 1633 y 1637 se habían enviado a la región diversas expediciones españolas que habían logrado medio pacificar la denominada Costa de los Mosquitos y aún recobrar San Andrés. Pero quedaba Santa Catalina, la Providence de los ingleses, de donde partían incesantes empresas piráticas.

En 1640 se envió desde Cartagena de Indias una primera expedición armada conta la isla, dirigida por el Sargento Mayor Antonio Maldonado y compuesta por ocho barcos. Pero no pudieron pasar éstos los arrecifes que rodeaban Santa Catalina, siendo además fuertemente batidos por el fuerte que protegía la isla. Debieron retirarse los españoles después de haber perdido dos capitanes y un centenar de soldados.

Acordóse entonces utilizar la escolta de las Flotas de Indias del año, siguiendo el sistema empleado, hasta entonces con éxito, en San Cristóbal en 1629, en San Martín en 1633, y en la Tortuga en 1638.

Tras llegar sin novedad la Flota de Tierra Firme a Cartagena, el 6 de marzo de 1641 salió su escolta para la nueva misión, siendo General D. Francisco Díaz Pimienta, y Almirante D. Jerónimo de Ojeda. Componíase la escuadra de las urcas *Sansón* de 800 toneladas, y *San Marcos* de 400, los galeones *San Juan* y *Jesús María del Castillo,* de 400, *Santa Ana* de 350, *Convoy* y *Teatina* de 300, el portugués *Jesús María de Ajuda* de 230, la charrúa *San Pedro* y tres pataches de 70 a 80 toneladas. A bordo de estas naves iban 600 marineros y 1.400 soldados. El General iba en el *San Juan,* por estar algo averiado y querer vigilarlo personalmente, y el Almirante en la urca *Sansón.*

El 17 de mayo divisaron la isla, pero hasta el 19 no pudieron penetrar hasta los peligrosos arrecifes que la protegían. Chocó

con ellos el *San Marcos* y debió regresar a Cartagena maltrecho. con 270 hombres de tropa, parte de la artillería y muchas municiones. Los tres días siguientes fueron empleados en explorar los dichos arrecifes.

El 20 se celebró Junta de Guerra. Acordóse en ella desembarcar 1.200 hombres en dos tandas, en las proximidades del castillo enemigo. Pero ni ese día ni el siguiente se pudo realizar el plan, por impedirlo el estado de la mar.

Un nuevo consejo de guerra decidió entonces variar lo anterior y desembarcar en el puerto, por estimar que estarían allí desprevenidos los ingleses.

El 24 al amanecer se llevó a cabo el desembarco, hallándose quienes lo hicieron frente a una línea de parapetos y trincheras que los piratas habían construido. Despreciando el nutrido fuego enemigo, arremetieron el arma blanca los españoles, sin hacer un solo disparo, llegando en tromba a las fortificaciones piratas y desbaratando a sus defensores. Retiráronse éstos a una segunda línea de defensa, pero también ésta les fue conquistada, debiendo cobijarse en el castillo. Pimienta emplazó en las alturas cercanas los propios cañones tomados a los ingleses, y empezó a batir con ellos la fortaleza. No tardaron mucho en salir de ella dos parlamentarios con bandera blanca, ofreciendo capitular a condición de ser conducidos a Cádiz o a cualquier otra posesión española en vez de ser ahorcados en el momento, como los asediados, cuya conciencia no debía estar demasiado tranquila, parecían temer.

El 25 tomaron los españoles posesión del castillo, contándose 770 prisioneros, 40 cañones, muchos pertrechos, y rescatándose más de 600 negros robados por los piratas en sus anteriores correrías (1). Quedó Ojeda como jefe de la isla, y Pimienta regresó con sus galeones a Cartagena, y luego a Portobelo para dar escolta a la Flota en su viaje de vuelta a España. Por cierto que el galeón portugués *Santa María de Ajuda,* del conde de Castelmelhor, se sublevó por el camino intentando desertar para

(1) A este respecto dice Bosch: «Hay que pensar que los esclavos, a cuyos oídos había llegado sin duda la noticia de que los españoles los trataban con menos severidad que los ingleses, no harían ningún esfuerzo para seguir en manos de los ingleses de Providencia y San Andrés. Precisamente dos años atras se había dado en Providencia la primera rebelión de esclavos que se conoció en los territorios ingleses del Caribe, y había sido sofocada con el típico rigor de los británicos» (Juan Bosch, op. cit., p. 220-221).

unirse al Portugal sublevado, pero se perdió en un arrecife siendo arcabuceados dos portugueses y presos los demás. Otro intento portugués en Portobelo sería luego también sofocado.

Pese a tales disturbios se hicieron grandes honores a Pimienta por su victoria en Santa Catalina. Se le otorgó, entre otras recompensas, el hábito de Santiago, para lo que, según cronistas, debió fantasear algo su genealogía (1).

En cuanto a los piratas prisioneros, el gobernador de Cartagena puso a trabajar 500 de ellos quitando obstáculos en el río Magdalena para hacerlo navegable, consiguiendo así que aquellos facinerosos, aún obligados, hicieran en su vida algo de provecho.

Nuevos combates en las costas de Venezuela

Era en el época gobernador de Venezuela D. Ruy Fernández de Fuenmayor, que se distinguió en el primer ataque a la Tortuga en 1635. Comenzó a planear el gobernador una ofensiva contra la isla de Curaçao, pero se perdió tanto tiempo en interminable correspondencia con otros gobernadores que debían colaborar, que los holandeses acabaron por adelantarse.

El 16 de octubre de 1941 apareció, en efecto, el holandés Heyndrick Gerristz con cinco barcos armados. Penetró en la laguna de Maracaibo y pasó junto a la ciudad de dicho nombre sin atacarla, pero desembarcó, en cambio, doscientos hombres en San Antonio de Gibraltar, ciudad de la que era gobernador D. Félix Fernández de Guzmán, tras tomar el único barco mercante que había en puerto. Huyeron los vecinos sin ofrecer resistencia, pero los incursores cogieron a uno de ellos y, tras torturarle, averiguaron por él que existían grandes cantidades de tabaco en el trapiche de José Francisco González, apresurándose al momento a apoderarse de ellas. A la vuelta, el 31 de octubre, pasaron de nuevo ante Maracaibo e intimaron a Francisco Cornieles Briceño, teniente del capitán de guerra, para que rindiera la plaza. Negóse el así interpelado y se cruzó un nutrido cañoneo, acabando los holandeses por retirarse sin intentar desembarcar.

---

(1) Carlos Ibánez de Ibero «Almirantes y Hombres de Mar», p. 207).

Entre tanto el gobernador Fuenmayor había reunido 100 soldados y 400 indios. De Guayra a Coro fue con todos ellos por mar en tres fragatas, y desde Coro pensaba ir por tierra a la zona atacada, pero al desembarcar recibió la noticia de que los holandeses se habían ya marchado.

El 1.º de octubre de 1642 Fuenmayor desembarcó en Bonaire y causó algunos daños en las instalaciones holandesas de la isla. En represalia a éstos, dos naves bátavas cañonearon Puerto Cabello y efectuaron algunas acciones en la costa de Coria.

Sin duda pensaba Fuenmayor responder a su vez con otras operaciones, pero la llegada de un nuevo enemigo le forzó a reconsiderar sus planes.

La noticia de la expugnación de Santa Catalina, o Providence, había causado gran indignación en Inglaterra, donde una vez más se denominaba «pacíficos colonizadores» a los piratas que allí habían sido vencidos. A mediados de 1642 se envió una expedición de represalia de tres barcos de guerra, bajo el mando del capitán William Jackson. Cruzó éste el Atlántico sin novedad y reclutó luego piratas y naves en St Kitts y Barbados, aumentando sus fuerzas hasta una docena de barcos y un millar de hombres. Su primer ataque, dirigido contra la isla Margarita, no tuvo éxito, pues los defensores españoles consiguieron rechazarle después de cruzar con él algunos cañonazos.

En diciembre de 1942 apareció la flota de Jackson ante la Guayra. Pero Fuenmayor, avisado de su proximidad, hallábase allí con gente de armas y consiguió también rechazarle. Es de notar que asistió y colaboró allí a la defensa, armado y con coraza, el obispo Fray Mauro de Tovar, hasta hacía poco enemistado con el gobernador.

Continuando su periplo, hasta el momento poco afortunado, Jackson atacó sin éxito en Maiquetía, y luego cañoneó los fuertes exteriores de Puerto Cabello, quemando una fragata que había en el puerto. Dirigióse después hacia el lago de Maracaibo, ya visitado antes por los holandeses, y donde la fortuna le habría de ser, como veremos, más propicia.

El 23 de diciembre penetró la flota de Jackson en el lago, desembarcando ochocientos hombres que tomaron por sorpresa la ciudad de Maracaibo. Tras saquear allí a placer, el 1.º de febrero salieron los ingleses para Gibraltar, que el gobernador Félix Fernández de Guzmán había puesto en estado de defensa. No se animaron a atacar la población, pero causaron estragos en las fincas próximas.

Llegaba ya al lago el gobernador Fuenmayor con su gente, y

Jackson se apresuró a refugiarse en sus naves, a las que aquél no podía llegar. Intercambiaron ambos rivales misivas insultantes y finalmente Fuenmayor retó personalmente a un duelo a Jackson. Pero el inglés no juzgó oportuno aceptar y acabó izando velas y marchándose de allí con sus hombres y su botín.

El Viernes Santo de 1643 apareció Jackson ante Jamaica con once naves, que pusieron en tierra 500 hombres. Avanzando precavidamente, tardó cuatro semanas en llegar a Santiago de la Vega, que no fue defendida por los españoles. Tras pedir y conseguir un rescate por no destruir la población, marcháronse los ingleses, pero dejaron en la isla a veintitres de ellos que desertaron al campo español. Tras este suceso, Jackson inició el regreso a Inglaterra tras perder alguna de sus naves en los bajos de Land's End, pero no sin anunciar que habría de volver pronto con más fuerzas.

Regresando a las costas de Venezuela, que abandonamos temporalmente para seguir el periplo de Jackson, diremos que el gobernador Fuenmayor, tras el forzado intermedio inglés, continuó con sus planes para atacar a los holandeses de Curaçao. Pero tal era la penuria de armamento en las posesiones españolas de la región, que llegaron a ofrecerle ballestas y flechas en vez de los mosquetes que pedía, por lo que terminó renunciando a sus propósitos.

Expedición de Broder a Chile

Aún dejando el ámbito caribeño al que el capítulo se refiere, resulta necesario hacer constar que los ubicuos holandeses no habían renunciado en absoluto a sus expediciones al Pacífico.

El 6 de noviembre de 1642 salieron de Texel las naves *Amsterdam. Concordia* y *Flessingen,* bajo el mando de Hendrick Broder. Llevaban a bordo material de fortificación y 92 cañones de campaña y varios ingenieros para edificar fortalezas, pues pensaban aliarse con los indios araucanos e instalarse permanentemente en Chile.

Tras cruzar el Océano, hicieron escala en Pernambuco, donde se les unieron las naves *Oranje* y *Dolfijn,* saliendo todas juntas el 15 de enero de 1643. Tras doblar el Cabo de Hornos, junto al que perdieron la *Oranje,* llegaron el 3 de mayo al archipiélago de Chiloé. Allí se apoderaron del fortín español de Carelmapu, apresando a su pequeña guarnición.

El 6 de junio la flota holandesa desembarcó 400 mosqueteros y un escuadrón de piqueros junto a la localidad de Castro. El gobernador D. Francisco de Herrera reunió algunos jinetes y ofreció resistencia hasta ser muerto. Le sucedió en el mando D. Fernando de Castro, que se vio obligado a evacuar la población, incendiada seguidamente por los holandeses.

Permanecieron éstos por las cercanías hasta que el 17 de agosto murió Broder de enfermedad. Le sucedió el vicealmirante Elías Herckman, que decidió ponerse en movimiento hacia Valdivia, con ánimo de establecerse allí permanentemente. No iban muy bien las negociaciones con los indios araucanos, y si los bátavos consiguieron que un contingente de guerreros avanzara por tierra, ello fue a causa de haber metido en los barcos a sus mujeres e hijos, con amenaza de tomar represalias en ellos si los hombres no combatían en discutible alianza con la tropa holandesa.

Habían ya llegado noticias sobre lo que estaba sucediendo al Virrey del Perú, D. Pedro de Toledo y Leyva, Marqués de Mancera, quién llegó a temer una invasión parecida a la de L'Hermite en el 23. A guisa de primeras providencias envió dos barcos con 300 hombres para reforzar la Concepción, y otros tres de guerra, mandados por D. Francisco de Villagómez, para vigilar y seguir a los holandeses, cuya fuerza se suponía mucho mayor que la que en realidad era. Construyeronse dos grandes galeones de 1.200 y 1.100 toneladas en Guayaquil, y otro de 40 cañones en el Callao, junto con algunas naves menores, pensando tener preparada toda aquella armada en cinco meses. Entre tanto había división de opiniones, pues mientras algunos proponían atacar inmediatamente a los holandeses, otros, incluida la Audiencia, preferían ponerse a la defensiva. Terció al fin el propio Virrey, recordando que lo primero y más importante era llevar el convoy de la plata a Panamá (1). Salió en efecto el tal

(1) Efectivamente era de suma importancia que la plata llegara a tiempo a Portobelo para ser embarcada en la Flota de Tierra Firme. De lo imprescindible que se consideraba tal puntualidad da cuenta el hecho de que como en 1632 naufragara en la isla de Juan Fernández una de las naves de exploración que se hacían salir antes que el convoy para comprobar la ausencia de enemigos, sabido el perjuicio que su falta podía causar al atribuirse quizá a ataque enemigo y retrasarse la salida, el alférez Martín de Orellana, que formaba parte de la tripulación, fue con cuatro voluntarios en un esquife con un saco de pan y un barril de agua para avisar al Callao de lo ocurrido, consiguiendo llegar felizmente.

convoy debidamente escoltado, llevando por General al hijo del Virrey, D. Antonio Sebastián de Toledo, y por Almirante a D. Francisco de Guzmán y Toledo. Iban en total doce barcos, de los cuales eran de guerra los galeones *Santiago* (nao capitana), *S. Francisco* y *San Diego,* yendo y volviendo a Panamá todos ellos sin ninguna novedad.

Tan sólo después de cumplida tal misión, preparóse una expedición contra los holandeses, de quienes se sabía que habían establecido fortificaciones no muy lejos de Valdivia. A últimos de 1644 salió por fin la flota expedicionaria, compuesta por once barcos de guerra grandes y pequeños y dos transportes con tropa armada.

Tras veinticuatro días de navegación llegaron los españoles al establecimiento enemigo, pero sólo para hallarlo abandonado y medio derruido. Por los indios locales se enteraron de que los holandeses habían fracasado totalmente en su intento de hacer alianza con los araucanos, cuya desconfianza despertaron al preguntarles insistentemente por posibles minas de oro en la región. Tras algunos choques con los indios e incluso un motín por falta de alimentos, los bátavos, que llevaban perdida ya mucha gente por enfermedad, acabaron por marcharse dos meses antes de que llegara la expedición española. Dejaron construidas sesenta casas y casi terminado el fuerte, que entregaron con optimismo a los araucanos «para que lo guardaran hasta que ellos regresaran». Es previsión de ello los españoles dejaron allí una guarnición de 700 hombres mandados por el Maestre de Campo D. Alfonso de Villanueva Soberal, regresando luego la flota al Callao y aprovechando el viaje para convoyar al dicho puerto la plata de Arica.

En cuanto a los restos de la expedición holandesa, lograron cruzar de nuevo junto al Cabo de Hornos y el 28 de octubre llegaban a Pernambuco. Algunos desertores que quedaron en las costas chilenas se fueron presentando en los meses sucesivos a las autoridades españolas de la región.

Combates y expediciones en las Pequeñas Antillas

A comienzos de 1644 era muy apurada la situación de la guarnición española en San Martín. Al primer gobernador, D.

Cebrián de Lizárazu, había sucedido D. Luis Valdés, y a éste D. Diego Guajardo Fajardo, sin que ninguno pudiera hacer nada para aliviar las condiciones de la fortaleza. No había agua en la isla y, a falta de lluvias, ésta debía ser llevada desde Puerto Rico en barcos y severamente racionada, por lo que los soldados sufrían continua sed, amagándose incluso algún motín por esta circunstancia. En vano el gobernador se quejaba a Puerto Rico de que no llegaban los barcos con la debida regularidad, y que ello podía ocasionar consecuencias graves.

No dejaban de advertir los holandeses tales dificultades, y resolvieron aprovecharse de la situación para reconquistar la isla. El 22 de marzo llegó ante San Martín la flota de Peter Stuyvesant, compuesta por ocho barcos de guerra, y se dio a los españoles 24 horas de plazo para rendirse. Pero, como en tales casos suele suceder, reaccionaron los hispanos ante la amenaza olvidando sus penalidades y agravios y preparándose para la defensa a ultranza, siendo rechazada la propuesta de rendición (1). Tras fuerte lucha, hubieron de retirarse a San Eustaquio los holandeses, abandonando incluso algunas piezas de artillería desembarcadas, que se unieron a las existentes en el fuerte.

Pese a tal victoria, vistas las insuperables dificultades de mantener una guarnición en San Martín, acordóse evacuarla. Pero no se pudo contar con la Flota de Barlovento, inicialmente encargada de la operación, y la falta de barcos hizo que ni siquiera se pudieran enviar algunos aprestos reunidos por el gobernador de Puerto Rico, D. Francisco de la Riva Agüero, para socorrer la isla. Los defensores de la misma debieron de permanecer en ella, en condiciones cada vez peores, nada menos que tres años más.

Mientras tanto los piratas de todas la nacionalidades, nada estorbados por la presencia española en San Martín, se extendían en torno a dicha isla, bloqueándola, ocupando las adyacentes, y molestando continuamente el tráfico comercial en la zona. La presencia de estos indeseables pobladores se señaló durante la época en las islas Vírgenes, cercanas a Puerto Rico.

---

(1) Fajardo respondió a la misma, con la clásica altanería española de la época que «pese a que son pocos los que tengo en plaza, estoy muy cierto que con la mitad tendría harto para defenderme de copiosos ejércitos» (Carlos Felipe Cardot, op. cit., p. 199).

A partir de 1645 el gobernador Agüero pudo disponer de algunos barcos ligeros con los que hostigar estos establecimientos piráticos. En octubre, por ejemplo, envió a Francisco Vicente Durán con una fragata y 100 hombres a Santa Ana de las Vírgenes, arrasando la base de los forajidos. Murió en esta ocasión el jefe del establecimiento y otros trece más, cayendo prisioneros otros quince y logrando una treintena huir al interior, en tanto que las instalaciones eran quemadas.

En abril de 1646 envió el gobernador a su propio hijo, Fernando de la Riva Agüero con una fragata, dos urcas y cincuenta soldados, para limpiar las islas de Santa Ana y Santa Cruz de nuevas presencias piratas. En Santa Ana desbarató fácilmente el jefe español a los treinta supervivientes de la expedición anterior, pero en Santa Cruz las cosas resultaron más complicadas. Pese a tener previsto desembarcar en un lugar despoblado, un error de navegación llevó las naves españolas justamente bajo el fuerte erigido por los piratas, entablándose dura lucha con ellos desde el primer momento. No obstante, acabó por tomarse el fuerte y desbaratarse al enemigo, aunque no se logró la total despoblación de la isla.

En aquel mismo año de 1646 se arrebató también la isla Tórtola a los holandeses que se habían instalado allí. En mayo de 1647 se limpió una vez más Santa Cruz de franceses y se acuchilló en la isla de Vieques a una banda de forajidos ingleses dirigida por un tal John Pinnard.

Pero también en 1647 se debió evacuar definitivamente San Martín, entre cuya infortunada guarnición se había declarado la peste. Encargáronse de dicha misión cinco barcos de Puerto Rico bajo el mando de Francisco Vicente Durán y Celedonio de Escobedo, que terminaron su tarea el 30 de junio. Pero el resultado final de la operación no pudo ser más desastroso, pues la peste se propagó en Puerto Rico, muriendo más de quinientas personas, entre ellas el obispo Fray Damián de Haro, y debiendo ser socorrida la isla desde Méjico. En cuanto a la abandonada San Martín, en 1648 llegaron a ella holandeses y franceses, que dividieron la pequeña isla en dos partes, una por comunidad.

Como hemos visto, la labor de los gobernadores españoles resultaba semejante a la de Penélope, en lo que a expugnar a los piratas se refería. Derrotábase a los forajidos y se les expulsaba de las islas que infestaban pero, a la manera de las moscas que

son espantadas y luego regresan, siempre volvían aquellos a sus lugares de instalación y acecho. La única solución hubiera sido guardar todas las islas, para lo que faltaban tropas y elementos, o quizá haber emprendido una campaña prolongada persiguiendo a los piratas en todos los lugares donde se hubieran instalado. Pero la marina de guerra española seguía siendo casi inexistente en aguas americanas, y las naves armadas de ocasión no podían sino descargar golpes locales.

No obstante, en 1650 se dispuso una operación combinada dirigida por fuerzas de ambos Virreinatos simultáneamente contra dos objetivos distintos. Atacaríase al mismo tiempo la isla de Santa Cruz, donde se había instalado últimamente una nutrida banda de ingleses, y las islas de la bahía de Honduras, que habían sido ocupadas y fortificadas por piratas de la misma nacionalidad.

Continua había sido, en efecto, la lucha en torno a Utila, Guanaja y Roatán, en especial en lo que respecta a esta última, base principal de la piratería inglesa en la zona. En 1644 el gobernador de Honduras, D. Melchor Alonso Tamayo, envió contra Roatán cuatro buques mandados por D. Francisco Villalba y Toledo, pero no pudieron los españoles ni siquiera desembarcar, por estar la isla muy fortificada. En 1647 tuvo lugar otra expedición que, al menos, logró rescatar a los indios que habían quedado en las islas, y a quienes los ingleses tenían como esclavos.

Pero los piratas continuaban en Roatán y las otras islas, y sus correrías a partir de ellas eran incesantes, contra las costas de Honduras y aún del Yucatán. En 1648, por ejemplo, el pirata inglés Abraham entró en Salamanca de Bacalar (Yucatán) y se llevó a todas las mujeres a los islotes de los Cayos, aunque luego los vecinos, ayudados por unos quince indios, fueron allí y lograron derrotar a los piratas y rescatar a las cautivas (1). Pero ésta no fue sino una de las muchas incursiones realizadas por los ocupantes de las islas hondureñas, siendo constantes las alarmas y los daños en las poblaciones españolas de la región.

Finalmente en 1650, como dijimos, estando gobernando el Reino de Guatemala la Audiencia en pleno por muerte de su

(1) Juan Juárez, op. cit.

Presidente Avendaño, llegó la orden de efectuar el desalojo, en el que deberían colaborar las Audiencias de Guatemala y Santo Domingo y el gobernador de la Habana. Este último mandó, al efecto, cuatro barcos de guerra y 350 hombres. El ataque comenzó en mayo. Tenían los ingleses ante su fuerte en Roatán una larga trinchera, por lo que D. Francisco de Villaba y Toledo, que mandaba la expedición, planeó desembarcar por sorpresa dos horas antes del amanecer a fin de tomarla por sorpresa antes de que el enemigo la guarneciera. Pero los hombres hicieron algún ruido, y los piratas pudieron dar la alarma y ocupar la trinchera y el resto de sus fortificaciones, preparándose para la defensa. Entablóse un fuerte tiroteo sin demasiadas consecuencias e inútilmente intentó Toledo flanquear la trinchera con un oficial y treinta soldados, que fueron detenidos por unos pantanos allí existentes. No tardaron los españoles en quedarse sin municiones, por lo que debieron reembarcar dejando, de momento, victoriosos a sus enemigos.

Retirose la flota española a Santo Tomás, y desde allí pidió Toledo municiones a la Audiencia de Guatemala, enviándosele 15 botijas de pólvora y seis quintales de balas. Además, para reforzar sus tropas, le llegaron desde Guatemala cincuenta soldados mandados por el capitán D. Martín de Alvarado y Guzmán, y desde Chiquimula otros cincuenta con el capitán D. Juan Bautista Echavarría. A la llegada de estas fuerzas, Toledo contó con 450 hombres y cuatro cañones de campaña.

A finales de julio salió otra vez la expedición rumbo a Roatán. Desembarcaron en otro lugar, pero también lo hallaron protegido por trincheras. Sin embargo en esta ocasión los cuatro cañones lograron abrir brecha, y las trincheras fueron desalojadas, llegando en tropel los españoles al campamento enemigo, que fue arrasado. Diezmados, los ingleses debieron huir en desbandada hacia el interior.

Dirigiéronse los españoles a continuación hacia el poblado principal de la isla, sin guía y sin mapas. Perdióse por el camino, inutilizado, uno de los cañones, y los hombres fueron duramente castigados por el sol y los insectos, pero al fin consiguieron llegar al poblado, que encontraron desierto. Los ingleses lo habían abandonado y huido en sus naves. Quemaron los españoles todas las instalaciones enemigas y, tras comprobar que los piratas habían también escapado de las otras islas, regresaron en agosto a Santo Tomás.

En cuanto al otro ataque, contra la isla antillana de Santa Cruz, realizóse con más rapidez y facilidad. Hombres y barcos salidos de Puerto Rico cayeron por sorpresa sobre la isla, dando muerte a muchos ingleses y obligando a capitular a los demás, a quienes se dio un barco para que se fueran a Barbuda. Los holandeses de San Eustaquio quisieron aprovechar la ocasión para suplantar a los ingleses y enviaron un barco, pensando que los españoles se habrían marchado ya, pero estaban todavía y derrotaron a los recién llegados, haciéndoles muchos prisioneros. En represalia por el fracasado acto, los españoles atacaron poco después San Martín, causando muchos daños tanto en la parte holandesa como en la francesa.

No obstante, como siempre, los españoles acabaron por irse de la isla, y ésta fue ocupada esta vez por los franceses. En 1651 el gobernador de Puerto Rico, D. Diego de Aguilera, envió contra ellos el capitán Fernando de Vera con 59 hombres, tomándose un fuerte con nueve cañones y haciéndose más de cuarenta prisioneros. Pero rertiráronse de nuevo los españoles, y nuevos contingentes franceses procedentes de San Cristóbal ocuparon otra vez la isla. Mantúvose ésta francesa hasta que, años después, los galos la cedieron a los daneses, nuevo poder europeo presente en la zona antillana.

La decadencia militar española

En gran parte por culpa de la ambición del Conde-Duque de Olivares, España habíase visto mezclada en la Guerra de los Treinta Años, la última y más terrible de las contiendas religiosas europeas. Obtuviéronse al principio grandes victorias sobre checos, palatinos y holandeses, pero pronto se vio la monarquía de Felipe IV, con la sola alianza del Emperador alemán, enfrentada contra casi todos los estados alemanes, Dinamarca, Suecia, Holanda y algunos de los católicos estados italianos. Intervinieron igualmente en contra de los españoles Inglaterra en 1625-1630 y a partir de 1655, y Francia, nominalmente católica, en 1624-1626, 1629-1631 y a partir de 1635, como en un

macabro relevo para mantener siempre una de ellas en jaque a España mientras la otra descansaba y reponía fuerzas (1).

Unáse a ello la continua hostilidad de los berberiscos apoyados por Turquía para dar cuenta del terrible esfuerzo que los ejércitos y escuadras españoles debieron soportar en estos sangrientos años. Por incitación de Olivares, Felipe IV hizo en la época acuñar monedas y medallas con la desafiante y altiva inscripción «Todos contra Nos, y Nos contra todos» (2), pero tal desplante en nada contribuía a remediar la situación.

España se estaba agotando visiblemente, tanto en su economía como en su fuerza militar. Comenzaron los desastres con la derrota naval de las Dunas, infligida por el almirante holandés Maarten Harpertszoon Tromp en octubre de 1639 a la flota de D. Antonio Oquendo, que marcó el declive definitivo de la marina española de los Habsburgo. En mayo de 1643 los hasta entonces invictos Tercios españoles eran destrozados también en Rocroi por el ejército francés del Príncipe de Condé, y aún habrían de sucederse otras derrotas por tierra y mar. Para colmar el vaso de la amargura, al enemigo exterior se unió también el interno, sublevándose Cataluña y Portugal en 1640, y Nápoles y Sicilia en 1647.

No mejoraba, desde luego, la situación la soberbia y egoismo del Conde-Duque de Olivares cuyo trato irritaba a cuantos lo sufrían, y más aún a los orgullosos aristócratas que gobernaban las tropas de tierra y mar de la monarquía española. En lo que al mar se refiere, no sólo había hecho el valido ejecutar el derrotado almirante Benavides, sino que hostigaba igualmente a marinos victoriosos como D. Carlos Ibarra, D. Fadrique de Toledo, el Duque de Osuna y otros. El mismo D. Antonio de Oquendo había llegado a conocer la cárcel por culpa del Conde-Duque, lo que por descontado no habría de elevar la moral de las fuerzas navales que luchaban en todos los mares por la causa española.

(1) Especial indignación levantó en España la entrada en guerra de su vecina pirenaica, católica y gobernada por un cardenal, en el bando de los luteranos. En 1628 todavía Francia había pedido a España refuerzos para expugnar la plaza hugonote de la Rochela, en nombre de la solidaridad católica, enviándosele la flota de D. Fadrique de Toledo (cuyos barcos se echarían en falta en la escolta de la Flota de Indias perdida en Matanzas). Tal muestra de quijotismo religioso sería agradecida un año más tarde por Su Cristianísima Majestad con la entrada en guerra a favor del bando protestante y en contra de España.

(2) Carlos Martínez Campos «España Bélica», tomo III, p. 81.

Falta de tropas y ejércitos, arruinada y desconcertada, España se desintegraba con rapidez, y en las Indias su decadencia se hacía evidente al aparecer débil y casi indefensa ante los ataques de enemigos de toda clase y nacionalidad. El heroísmo local no bastaba para suplir la ausencia de unas flotas que guardasen las costas indianas y persiguieran al adversario hasta sus más remotas guaridas.

Una solución hubiera sido el corso. Había sido ya permitido por Felipe IV «así contra turcos, moros y moriscos como contra los rebeldes de las islas de Holanda y Zelanda» en ordenanza del 24 de diciembre de 1621, confirmada el 12 de septiembre de 1624, y su ejercicio había dado formidables resultados en los mares de Flandes. Pero eran poderosos los intereses que se oponían a permitirlo en las Indias, por temor a que los corsarios se dedicaran también al comercio y rompieran aquel nefasto Monopolio que a mucha gente influyente beneficiaba.

Malos años, ciertamente, se avecinaban para los territorios españoles en América.

CAPITULO IX

LA TORTUGA Y JAMAICA

Repoblación de la Tortuga

Tras el sonado escarmiento realizado por D. Carlos Ibarra en 1638 contra los filibusteros de Tortuga, hubo un breve período de paz. Pero al no guarnecer los españoles la isla, pronto empezó a repoblarse ésta de nuevo con franceses e ingleses. Pese a ser superiores en número los primeros, el gobernador que se eligió fue el inglés Willis.

Por aquellos tiempos estaba en Saint Kitts un gentilhombre francés llamado Lonvilliers de Poincy, que había obtenido de su rey el título sonoro de «Lugarteniente general del Rey de Francia para las islas francesas de América». Enterado de la situación en la Tortuga por un barco que tocó allí, se dispuso a anexionar la isla a sus dominios, y para ello designó gobernador de la misma al capitán Le Vasseur, un pirata de los muchos que por allí rondaban.

Le Vasseur fue primeramente, junto con algunos compinches, al puertecillo haitiano de Port Margot, ante la Tortuga, y permaneció allí tres meses reclutando bucaneros y reuniendo información. El 31 de agosto de 1640 desembarcó por fin con los suyos en Tortuga, haciéndose con el poder sin resistencia. Pero en vez de anexionarla a la corona francesa, se integró a sí mismo en la sociedad filibustera, de la que se hizo nombrar gobernador.

Hizo construir Le Vasseur una poderosa fortaleza a la que llamó «El Palomar», y que dominaba el puerto. El reducto estaba a su vez dominado por la casa fortificada del gobernador, a la que se llegaba por una escalera de hierro que se soltaba desde arriba, y que en caso de necesidad podía retirarse completamente, aislando la vivienda. Dentro del recinto del fuerte había incluso un manantial del grueso de un brazo (1).

No tardó en manifestarse Le Vasseur como un verdadero tirano. Convirtió su casa en un fastuoso palacio, comiendo en cubiertos de plata y siendo servido por numerosos criados. Para sostener éstos y otros lujos había instituido altísimos impuestos sobre las pieles que los bucaneros traían a la isla, y otro de un diez por ciento sobre el botín de los filibusteros (2). Añadamos que Le Vasseur era un hugonote fanático y perseguía con furia todo lo que le oliera a católico, lo que provocaba fuertes roces con algunos de sus súbditos (3).

Para sus enemigos, Le Vasseur había construido también una prisión llamada apropiadamente «El Purgatorio», e instalado en ella, entre otros muchos instrumentos de su invención, una máquina de tortura en forma de jaula donde el prisionero encerrado no podía estar ni sentado, ni acostado ni de pie, y que acababa por volverle loco, a la que bautizó como «El Infierno». Así pues, según la categoría de la falta, Le Vasseur podía condenar al culpable al «Purgatorio» o al «Infierno» a la manera del propio Dios (4)..

Para contentar a los filibusteros, algunos de los cuales habían empezado a huir de su compañía, Le Vasseur inició una serie de ataques a las posesiones españolas. En 1650 atacó Santiago de los Caballeros en la Española, siguiendo luego numerosos asaltos y tropelías contra objetivos costeros. En agosto de 1652 una

(1) Oexmelin y otros autores dicen que en 1643 fue rechazado un ataque español de 10 barcos y 1.000 hombres. Se trata de una completa invención.

(2) Juan Bosch, op. cit., p. 200.

(3) J. M. Moreno Echevarría en su artículo «Los Piratas del Caribe» (Revista Historia y Vida nº 26) afirma que, contra lo que se pudiera creer, muchos filibusteros eran creyentes, y aún rogaban a Dios, en ocasiones, por la victoria y el botín. Evidentemente la mayoría de los filibusteros franceses serían teóricamente católicos.

(4) Bosch, op. cit., p. 200. También Manuel Arturo Peña Battle «La Isla de Tortuga», p. 148.

banda de filibusteros procedentes de la Tortuga entró por sorpresa en San Juan de los Remedios, en Cuba, saqueándola y apresando a los habitantes que no pudieron huir al monte. Varias mujeres fueron llevadas en esta ocasión a la Tortuga, y allí violadas en el curso de una repugnante orgía.

Ante las noticias de lo ocurrido, montóse desde la Habana una campaña antifilibustera a cargo de las galeotas de la flotilla local y de corsarios como Manid, Jara y Miguel Mezquita, capturándose algunos barcos piratas, a cuyos tripulantes no se dio cuartel. Según Pezuela raro era el viaje del que no volvían los corsarios con varios filibusteros colgados de la arboladura, a la manera de macabros adornos (1).

La incursión de San Juan de los Remedios fue la última dirigida por Le Vasseur, que iba a encontrar merecida muerte poco después del suceso, a causa de sus excesos y su tiranía. Pues sucedió que un ahijado del gobernador, llamado Thibault, llevó un día a su casa a una de las prostitutas que componían la población femenina de la isla, cosa que no gustó a Le Vasseur, que le reprendió y aún golpeó varias veces en público. Deseando vengarse, Thibault se confabuló con otro facineroso amigo suyo llamado Martín, y ambos, junto con siete u ocho filibusteros más, se introdujeron en el almacén de la casa de Le Vasseur, aguardando allí la llegada de éste. Al aparecer el gobernador pirata, le dispararon una descarga, pero por error apuntaron y dieron a un gran espejo en el que la imagen de Le Vasseur se había reflejado. El agredido, sobresaltado, saltó hacia el negro esclavo que le llevaba la espada, pero antes de que pudiera agarrar el arma, Thibault le alcanzó y acuchilló, derribándole sin vida (2).

Entre tanto, en San Cristóbal, De Poincy había también decidido por su cuenta poner fin a la demasiado patente independencia de Le Vasseur, y el 29 de mayo de 1652 firmó el nombramiento de gobernador de la Tortuga a favor de Timoleón Hotman de Fontenay, otro de los piratas que frecuentaban las

(1) Jacobo de Pezuela «Historia de Cuba», tomo II, p. 109.

(2) Algunos cronistas relataban que le Vasseur gritó antes de morir «¿Eres tú, Thibault, quien me mata?», pero quizá sea ello una invención posterior para pretender equiparar la muerte de aquel cabecilla pirata nada menos que con la de César.

islas de Barlovento. Salió el nominado con su expedición, llegando a la Tortuga al finalizar el verano de 1653, pera enterarse allí de la muerte de Le Vasseur. Tras un inicio de combate, los asesinos de aquel acordaron someterse a Fontenay siempre que éste prometiera no castigarles y dejarles en posesión de los bienes de la víctima. Aceptó Fontenay, y con ello le fue franqueado el paso a la isla.

Al tenerse noticia de la muerte de Le Vasseur, numerosos filibusteros que se habían exilado por no sufrirle, regresaron a la isla, con lo que Fontenay no tuvo dificultades en hacerse elegir gobernador de la Cofradía de Hermanos de la Costa. A diferencia de Le Vasseur, sin embargo, mantuvo algunos lazos, aunque muy tenues, con Poincy, urgiéndole además a que le enviara refuerzos para asegurar Haití frente a los españoles. Continuaron las incursiones, y la flota filibustera llegó a contar con una treintena de naves, causando serios daños en los establecimientos y navegación comercial de los españoles.

Tercer desalojo de la Tortuga por los españoles

Evidentemente tales actividades filibusteras habían causado la natural preocupación en las autoridades de Santo Domingo, que era la posesión española más cercana a la sede de la Cofradía. El 5 de mayo de 1652 tomóse declaración en Santiago de los Caballeros a diversos prisioneros ingleses y franceses de Tortuga y el año siguiente a otros del mismo origen en Santo Domingo. Las noticias que así se consiguieron acerca del poderío de la isla pirata no pudieron ser más alarmantes.

El 18 de agosto de 1653 falleció el gobernador y presidente de la Audiencia de Santo Domingo, D. Andrés Pérez Franco, sucediéndole provisionalmente, en tanto llegara de España el nombrado, el más antiguo oidor de dicha Audiencia, D. Juan Francisco Montemayor Córdoba de Cuenca, que entonces contaba treinta y tres años de edad. Aprovechando su circunstancial mando, Montemayor se propuso organizar una expedición contra la Tortuga.

Se prepararon al efecto cinco barcos en los que debían embarcar 200 soldados de la guarnición y 500 voluntarios. Como jefe de la expedición fue nombrado el capitán D. Gabriel de Rojas y Figueroa, y como segundo cabo D. Juan Morfa Geraldino, participando también el Sargento Mayor D. Baltasar Calderón y Espinosa y los capitanes D. Antonio Ortiz de Sandoval, D. Gaspar de Castro Rivera y D. Lope de las Mariñas.

Salieron los expedicionarios el 4 de diciembre de 1635, llegando el 20 a Puerto Plata. Pero allí vararon los dos barcos que mandaban Pedro García de Morales y Alonso de Cuevas y, ante la imposibilidad de ponerlos a flote debieron zarzar tan sólo los tres navíos restantes, ahora rumbo a Montecristi.

Cerca de este lugar se avistaron tres barcos piratas procedentes precisamente de la Tortuga. Se aproximaron a los españoles tomándoles al principio por mercantes desarmados, pero al ver tropas a bordo se apresuraron a virar y huir a toda vela. Rojas ordenó a uno de sus navíos que les persiguiera, pero el barco embarrancó al acercarse a la costa. Sin inmutarse, el jefe español ordenó a otro barco que sustituyera al varado, con lo que los filibusteros, aterrorizados, embarrancaron a su vez sus buques y huyeron por tierra. Rojas no pudo poner a flote su barco varado, pero sí dos de los piratas, que unió a su flota. Disponiendo así de cuatro navíos, siguió rumbo a Tortuga, ante la que llegó a mediodía del 9 de febrero.

El gobernador pirata, Fontenay, había ya recibido aviso de los filibusteros fugitivos, poniendo la isla en estado de defensa. Contaba con más de 600 hombres armados, entre filibusteros y bucaneros, y con 50 cañones emplazados en el Palomar, además de otros en dos baterías avanzadas y los de los barcos anclados. Pero como le dijeron que la flota española contaba con tres navíos, al ver llegar cuatro creyó que se trataba de una segunda armada hispana, lo que le hizo extraordinariamente cauteloso.

Los barcos de Rojas pasaron primeramente en hilera ante el puerto, cañoneándolo. Incendiáronse varios navíos piratas y finalmente todos los allí fondeados fueron hundidos por los proyectiles españoles o por sus propios tripulantes. El Palomar respondió al fuego con su propia artillería, pero sin lograr ningún resultado. Siguió su camino la flotilla española y ancló en la caleta a una legua del puerto, iniciándose el desembarco de hombres y cañones. Rápidamente fue ocupada una batería filibustera y luego el pueblo de Cayonne, este último por un destacamento de 200 hombres bajo el mando del capitán Juan

Morfa Geraldino. Los filibusteros se replegaron rápidamente hacia la fortaleza, que tenían por inexpugnable.

Pero Rojas advirtió que detrás del fuerte había dos montes que lo dominaban y que los filibusteros no habían guarnecido por creerlos imposibles de escalar. El 12 inició la ascensión una tropa de mosqueteros, ayudándose con ganchos y cuerdas, y lo grando al mediodía aposentarse en una de las cumbres.

Disparó entonces la capitana española un cañonazo de desafío, tras de lo cual se vio salir a la plataforma del fuerte a muchos filibusteros. Al momento se hizo desde el monte una nutrida descarga de mosquetería que abatió buena parte de ellos, poniendo en dispersión a los restantes. Simultaneamente se inició la difícil subida de la artillería, colocándose cada pieza atada entre dos troncos de árbol y haciéndose subir el todo a fuerza de brazos. Así se llevaron dos cañones al primer monte y tres al otro. El día 13 subieron otros dos cañones más.

Al amanecer del 14 rompieron fuego las citadas piezas de artillería, produciéndose un gran pánico entre los filibusteros, hasta el punto que, según Oexmelin, el gobernador Fontenay hubo de matar de un pistoletazo a un pirata llamado Bedel que pretendía rendir el fuerte. Ese mismo día los españoles subieron todavía otros dos cañones a los montes.

Por la noche Fontenay ordenó una salida para coger algún prisionero español a fin de lograr información. Saldrían 30 filibusteros escogidos, mandados por el hermano del gobernador, Tomás de Fontenay, de 18 años. En vanguardia iban cuatro hombres a quienes se había prometido 1.000 pesos si lograban hacer algún prisionero, estando los demás encargados de protegerles.

Acercáronse los cuatro incursores al campamento español, pero no tardaron en ser descubiertos y en el acto acometidos. Murió uno de una lanzada, resultó otro herido y los dos restantes apresados. Un destacamento de quince lanceros pusieron luego en fuga al resto de la expedición, que debió regresar al fuerte a la carrera.

El 15 continuó el cañoneo del Palomar, de donde se veía alzarse grandes nubes de polvo y derruirse numerosas estructuras. El 16 un grupo de 150 españoles llegó al puerto, tomando una fragata intacta, y el 17 se subieron otros cuatro cañones, que en el acto se unieron a la labor destructiva contra la fortaleza pirata. Para todos era evidente que la resistencia no podría prolongarse mucho tiempo.

Efectivamente el día 18, estando el fuerte ya en ruinas, Fontenay ofreció rendirse. Erró aquí Rojas puesto que, en vez de imitar a Carlos Ibarra, concedió a los filibusteros una capitulación honrosa, como si se tratara de soldados de una nación civilizada.

El 20 se entregaron 330 piratas supervivientes, junto con algunos no combatientes y mujeres hasta totalizar el medio millar de personas. Quedaron en manos de los españoles dos barcos, una fragata y ocho embarcaciones menores, junto con otro barco pirata que entró en el puerto creyéndolo en manos de sus compinches y que fue aprehendido. En cuanto a artillería tomáronse 44 cañones intactos en las ruinas del fuerte, que totalizarían 70 contando los de las otras baterías, y 86 sumando los de los barcos. Halláronse también en las cercanías numerosos esclavos, entre ellos algunos mayas que los filibusteros habían capturado en una incursión contra el Yucatán llevada a cabo en 1652 (1).

A los prisioneros se les entregaron dos de las tres naves piratas grandes capturadas, bajo palabra de ir en ellas a Francia y no volver nunca a las Indias. Quedaron como rehenes Tomás de Fontenay y uno de los capitanes filibusteros.

Esta vez sí que se decidió dejar una guarnición, quedando en la isla primeramente 100 hombres con el capitán Geraldino, sustituidos luego por 150 bajo el mando del capitán D. Baldomero Calderón Espinosa (2). Los setenta cañones capturados en tierra quedaron con ellos para defender la isla.

Bien hicieron los españoles en dejar esta fuerza, pues los piratas no tenían, desde luego, intención ninguna de cumplir la palabra dada, como debía haberse pensado tratándose de tal gente. En vez de a Francia se dirigieron a las Pequeñas Antillas, a fin de reclutar gente para reconquistar la Tortuga. En dicha ruta chocó con un escollo el barco mandado por Thibault, el

(1) Juan Bosch, op. cit., p. 201.

(2) Geraldino era un irlandés que había estado por algún tiempo con los filibusteros antes de pasarse al bando español, donde logró hacerse capitán de milicias voluntarias. Pese a sus probadas bravura y lealtad había una cierta desconfianza hacia él debido a lo expuesto.

asesino de Le Vasseur, que se ahogó con toda su gente. El otro navío, que mandaba Fontenay, llegó sin novedad a St Kitts, la antigua San Cristóbal, donde inició la recluta de gente pirática.

El 24 de agosto de 1654 llegó Fontenay de vuelta a la Tortuga, al mando de cinco barcos piratas. Desembarcaron e iniciaron con la guarnición española una fuerte batalla, que hubo de durar ocho días. Transcurridos éstos los filibusteros, que habían sufrido muchas bajas, debieron reembarcar sin haber logrado nada. Entre tanto, enterado de lo que ocurría, Montemayor había hecho zarpar de Santo Domingo tres naves de socorro que, a la altura de Montecristi, hallaron a la flota pirata ya en retirada. La acometieron con decisión y lograron apresar un barco y poner en fuga al resto. En la nave capturada, que resultó ser holandesa, se hicieron más de cincuenta prisioneros, la mitad de ellos de aquella nacionalidad, que fueron enviados a Santo Domingo. Pero la otra mitad resultaron ser franceses, de los que aceptaron la capitulación en la Tortuga, prometiendo abandonar las Indias para siempre, y por romper tal promesa fueron todos ellos ahorcados de los mástiles de su propio barco.

Grande fue el júbilo en Santo Domingo ante toda aquella serie de victorias que demostraba lo que podía lograr una política enérgica contra la plaga pirática. Cundió paralelamente el terror entre los bucaneros que infestaban la parte occidental de la isla, muchos de los cuales empezaron a abandonarla en piraguas. Parecía terminado el poderío filibustero, pero no tardaría, por desgracia, en resucitar de nuevo al presentarse en América una nueva y gravísima amenaza.

Oliver Cromwell y el «Western Design»

Desde 1642 a 1646 Inglaterra había estado devastada por una atroz guerra vivil. El rey Carlos I, al disolver el Parlamento, había provocado el enfrentamiento entre los realistas o «caballeros», fieles a su persona, y los parlamentarios o «cabezas redondas», partidarios de la Cámara, no tardándose en llegar a la guerra abierta. Victorioso al fin el bando parlamentario, el rey fue decapitado el 30 de enero de 1649, proclamándose la República Inglesa.

Figura predominante en ésta era Oliver Cromwell, fanático

puritano que había derrotado con su ejército a los realistas en la decisiva batalla de Naseby. Como por desgracia sucede en muchas ocasiones, Cromwell, alzado en nombre del Parlamento, al alcanzar la victoria imitó a su derrotado enemigo disolviendo las Cámaras y proclamándose dictador vitalicio de Inglaterra con el nombre de «Lord Protector».

Terribles años fueron los de su dictadura, ejercida «en el nombre del Señor». Se prohibieron los teatros, las tabernas y otros lugares de esparcimiento, no quedando sitio sino para los salmos puritanos y las exhortaciones a la guerra santa contra los odiados católicos, «siervos del Anticristo» Primera muestra de ello fue la salvaje campaña de Irlanda, donde las ciudades fueron incendiadas y sus habitantes asesinados en masa «en el nombre del Señor».

Dicha frase justificó igualmente una guerra contra Holanda librada de 1652 a 1654, pese a tratarse de una potencia también protestante. Acabada tal contienda con ventaja inglesa, Cromwell volvió los ojos hacia España, entonces ya muy debilitada por las guerras externas e internas y, sobre todo, hacia las ricas colonias americanas. Tratábase, envidentemente, de aplastar a los «siervos de Anticristo», pero también de «obtener montañas de oro» (1), lo que indica que el puritanismo de Cromwell no desplazaba otros cuidados menos acordes con los valores religiosos.

La flota de guerra española había casi dejado de existir tras múltiples batallas con Francia y Holanda, por lo que las colonias indianas estaban prácticamente indefensas. Cromwell, en cambio, contaba con una poderosa flota, probada en la guerra civil y luego vencedora de la armada holandesa, hasta entonces considerada la mejor del mundo.

Siendo España país católico, ni se le pasó por la imaginación al dictador puritano el declarar formalmente la guerra. El ataque se haría por sorpresa, y consistiría nada menos que en arrebatar a España el dominio de las Islas, plan designado por Cromwell como «Western Design». Una justificación literaria del acto fue encargada al famoso poeta puritano Milton, ya ciego entonces,

(1) General J.F.C. Fuller «Batallas Decisivas del Mundo Occidental», tomo II, p. 134.

debiendo el autor del «Paraíso Perdido» mencionar los desalojos por los españoles de los nidos piráticos de Tortuga en 1634 y Santa Catalina en 1641 como injustificables agresiones papistas contra «los elegidos del Señor», y exigir fiera venganza.

A finales de 1654 partió de Inglaterra la gran expedición, compuesta por treinta y cuatro barcos de guerra y ocho auxiliares. Mandaba las fuerzas navales el almirante Willian Penn, y las de desembarco el general Robert Venables, ambos elegidos personalmente por Cromwell. El plan consistía en apoderarse primeramente de un punto de apoyo en Cuba, Puerto Rico o la Española, y desde allí atacar Cartagena de Indias, que habría de ser capital del futuro imperio inglés de las Indias Occidentales.

Llegó la flota británica a Barbados y desde allí recorrió Antigua, Nevis y St. Kitts, reclutando gentes y naves entre los piratas que por allí pululaban. Por consejo de los dichos piratas se eligió finalmente como primer objetivo Santo Domingo. Al salir para allá contaba ya la flota con 57 naves y 13.000 hombres de mar y guerra (3.000 marinos y 10.000 hombres de desembarco). Entraron en el Caribe por el Canal de la Mona y se presentaron en la ensenada de Placer de los Estudios, ante Santo Domingo, el 13 de abril de 1655 (1).

La Flota de Penn y Venables en Santo Domingo

El 8 de abril de 1655 había llegado a Santo Domingo el nuevo gobernador D. Bernardino de Meneses Bracamonte Zapata, Conde de Peñalba, que había sido designado para el cargo el 13 de noviembre de 1653. Hubo grandes fiestas al recibir el mando este personaje de manos del oidor Montemayor que, como vimos, lo había desempeñado interinamente.

Pero el 13 del mismo mes de abril la ciudad despertó sobresaltada por los cañonazos de aviso, seguidos pronto por el enloquecedor toque a rebato de todas las campanas de la ciudad. Corrieron los dominicanos a las murallas y quedaron aterrorizados al ver el mar cubierto por los barcos de una gran flota a todas luces hostil.

(1) Para los ingleses el 23 de abril, pues se regían entonces todavía por el calendario juliano, mientras que España había ya adoptado el gregoriano.

Evidentemente no quedaba vivo nadie que fuera testigo de la destrucción de la ciudad, setenta años antes, por Francis Drake, pero el hecho se había mantenido vivo en la leyenda, y no fueron pocos los que comenzaron a gritar «¡El Draque!», identificando con el extinto pirata a sus actuales y amenazantes compatriotas. Desencadenáronse el pánico y la confusión, y una multitud de dominicanos se precipitó a la calle buscando huir a la tragedia que se temía.

Mezclado al griterío de la muchedumbre espantada y al redoble de las campanas, desde los fuertes y cuarteles llegaba el estruendo de los tambores y las cajas de guerra, llamando a los soldados a las armas. Pero la guarnición de la ciudad contaba con poco más de 300 arcabuceros y piqueros, poca cosa para oponerse a la avalancha inglesa.

No obstante, se decidió resistir. El nuevo gobernador llamó a su lado a Montenegro, el expugnador de la Tortuga, nombrándole consejero principal de guerra. Procurose atajar el pánico, y se dieron armas a todos los ciudadanos con capacidad y ánimo para recibirlas, al tiempo que se enviaban mensajeros a Azúa, Santiago de los Caballeros y otros pueblos, en demanda de refuerzos. El mismo Montemayor fue personalmente al Castillo de San Jerónimo, que con seis cañones grandes en las troneras y otros seis en la plataforma podía entorbar el paso de los ingleses al puerto. Parece ser que por consejo del combativo oidor se prohibió abandonar la ciudad a nadie, pero que al marchar aquél al castillo el gobernador permitió la salida de algunas gentes.

La gran flota enemiga no intentó entrar en el puerto, sino que zarpó hacia el Oeste y el día 15 desembarcó fuerzas de infantería y caballería en Haina y Nizao. Enviose una patrulla mandada por el capitán Damián del Castillo para reconocer al enemigo y, habiendo topado con tres jinetes enemigos que precedían a un escuadrón, mataron a uno, hirieron a otro, y al tercero le apresaron y llevaron a la ciudad. Manifestó el prisionero que el cuartel general inglés había sido establecido en Nizao, y que ya habían desembarcado 6.000 hombres y 120 caballos, con víveres para tres días. Se tenía planeado atacar la ciudad el lunes 16, y tomarla a más tardar el 17.

Habían llegado entretanto los primeros refuerzos de los pueblos, siendo el primer contingente en aparecer el de Santiago de los Caballeros, compuesto por cien lanceros veteranos de las

«cincuentenas» bajo el mando del capitán D. Luis López Tirado. Entre soldados, vecinos armados y lanceros campesinos se alcanzaron los 700 hombres, número exiguo comparado con el de los atacantes, pero con el que Montemayor se dispuso a organizar la resistencia.

Avanzaban mientras tanto penosamente los ingleses, sin guías ni caminos, sufriendo de hambre y sed bajo un sol abrasador al que no estaban acostumbrados. La vanguardia llegó el 17 ante los muros de la ciudad, iniciando en el acto un ataque como si pretendieran tomarla sobre la marcha. Soldados y vecinos rechazaron esta primera embestida, y el capitán Alvaro Garabito lanzó una carga con treinta lanceros, poniendo en fuga al enemigo. Decidió éste esperar a que llegara el grueso de la expedición con cañones apropiados para batir las murallas.

Por su parte Montemayor, dirigente efectivo de la defensa, preparó una emboscada, apoyada por el fuerte de San Jerónimo y a cargo de los capitanes Alvaro Garabito, Damián del Castillo, Gutierre de Meneses (hijo del gobernador), Gonzalo de la Rocha y Luis López Tirado, con 300 lanceros campesinos protegidos por 150 arcabuceros de tropa regular. La ciudad propiamente dicha quedaba así protegida casi tan sólo por vecinos armados sin experiencia guerrera, grave riesgo que Montemayor se atrevió a correr, y que hubo de dar el fruto apetecido.

El 26 de abril atacaron finalmente los ingleses, avanzando en grandes y nutridas masas y metiéndose de lleno en la emboscada. Un espantoso fuego de los arcabuceros y de los cañones del fuerte, cargados de metralla, causó gravísimo quebranto entre ellos y cuando la confusión era mayor, lanzáronse a la carga los trescientos lanceros.

El desastre inglés fue completo. Tanto los filibusteros como los soldados regulares de Cromwell huyeron en desbandada, perseguidos por los lanceros y arcabuceros españoles, que dueron muerte a no pocos de ellos en el alcance. Finalmente el disperso ejército logró reembarcar a la desesperada en Haina, protegido por el fuego artillero de los barcos. De haber contado Montemayor con más hombres, ciertamente hubiera podido destruir a todos los desembarcados.

De todas formas, terrible fue la derrota. En el lugar de la emboscada pudieron contarse hasta 600 cadáveres ingleses y el número total de muertos de los atacantes oscilaba entre 1.000 y

1.500, incluyendo un teniente general, dos coroneles y cinco capitanes. En manos de los vencedores quedaron 200 prisioneros junto con dos cañones, ocho banderas y numerosos caballos, armas y municiones. Por su parte los españoles tan sólo habían sufrido treinta muertos y otros tantos heridos (1).

Tras semenjante estropicio, los ingleses no podían ni pensar en otro ataque. El 31 su flota levó anclas y se perdió de vista, dejando a la ciudad festejar su victoria.

La Flota de Penn y Venables en Jamaica

Bien podían los habitantes de Santo Domingo regocijarse por el increíble éxito logrado, pero lo cierto era que la flota inglesa no había sido destruida, y el ejército enemigo era aún muy poderoso. Tras de echarse unos a otros la culpa del desastre sufrido, sus jefes acordaron marchar contra Jamaica, isla pequeña y pobre donde sólo habitaban unas pocas familias españolas, y faltaban en absoluto tropa y fortificación dignas de tales nombres.

El 10 de mayo de 1655 dos pescadores de tortugas de Jamaica vieron la gran flota inglesa frente a Punta Morante y corrieron a la capital, Santiago de la Vega, para avisar al gobernador de la isla, que en la época era D. Francisco Ramírez de Arellano. En Santiago había muy poca gente, pues la mayoría estaba dispersa por los campos, y no se podía pensar en organizar una resistencia eficaz. No obstante el gobernador nombró Maestre de Campo a un hacendado llamado D. Francisco de Proenza y le envió con un pequeño grupo armado a Punta Caguaya, donde se esperaba el desembarco.

En efecto, tras un fuerte cañoneo, varios miles de ingleses desembarcaron en Esquivel, cerca de donde se hallaba Proenza, que no pudo hacer sino retirarse. Se evacuó también Santiago de la Vega, y se iniciaron negociaciones con los invasores (2). Finalmente el 17 de mayo se firmó la capitulación, y el goberna-

(1) Fernández Duro «Armada Española», tomo V, p. 38.

(2) Ingenuamente reprocharía D. Francisco de Carvajal, nombrado Sargento Mayor, a los ingleses el haber atacado territorio español sin declaración de guerra, a lo que se le respondió con cinismo que «el derecho no lo da la posesión, sino las armas» (Morales Padrón «Jamaica Española», p. 329).

dor, muy enfermo, salió para Campeche, muriendo por el camino (1).

Pero D. Francisco de Proenza no se resignaba y preparó la resistencia por el siempre español sistema de la guerrilla. Tras enviar a Cuba en canoas a las mujeres, niños y ancianos, junto con lo que se pudo salvar de valor, reunió a los hombres válidos e hizo pacto con los negros cimarrones que se ocultaban en la selva. Tras establecer su cuartel general en Guatibacoa, inició una guerra de correrías y golpes de mano en la que mucho hubieron de sufrir los ingleses.

Las tropas de Penn y Venables, mezcla de puritanos, fanáticos y simples piratas, habían iniciado el saqueo de Santiago y la destrucción de sus iglesias. Mataron también gran cantidad de reses y abandonaron sus cadáveres en las cercanías, lo cual, unido al calor, no tardó en provocar una epidemia. Negáronse los ingleses a cultivar los campos y se dispersaron en gran número por la isla en busca de oro, metal que suponían que rebosaba en todas las posesiones españolas de las Indias. Los guerrilleros de Proenza aprovecharon esta dispersión para acometerles sin cuartel, matando en poco tiempo más de mil de ellos (2).

Muy difícil era la situación inglesa. Faltaban los víveres, y la terrible epidemia, en su culminación, llegó a matar 600 hombres por mes. El mayor general Robert Sedgewicke, designado por Cromwell como delegado personal suyo en la expedición, fue una de las víctimas mortales de la plaga, junto con muchos de los oficiales.

También castigó la enfermedad a los españoles, aunque en mucha menor medida por estar más acostumbrados al clima. No obstante el propio Proenza fue atacado por la epidemia y, casi ciego, debió delegar el mando en un labrador llamado Cristóbal Arnaldo de Isasi, que ya se había distinguido en los hostigamientos del enemigo, y a quien nombró teniente general. Inició Isasi el mando con nuevos éxitos, atacando con sus jinetes diversos convoyes y destacamentos enemigos y llegando a incendiar incluso algunas casas de Santiago de la Vega que los ingleses ocupaban. En cierta ocasión sorprendió a un covoy

(1) Y no en combate, como algunas fuentes aseguran equivocadamente.

(2) Juan Bosch, op. cit., p. 229.

escoltado por una compañía enemiga que fue exterminada junto con su capitán, quedando en poder de Isasi los carros, bastimento y «un curioso reloj de faltriquera», que envió como regalo al gobernador de Santiago de Cuba (1). En estas luchas no se daba cuartel a los prisioneros ingleses, ni siquiera a los que ofrecían pasarse al campo español o convertirse al catolicismo.

Los invasores parecían a punto de ser derrotados, diciéndose que habían ya muerto casi 6.000 entre la enfermedad y los ataques españoles. Penn anunció por estas fechas que saldría con parte de la flota para intentar interceptar las Flotas de Indias de 1656, y así lo hizo, dejando en la isla 20 barcos bajo el mando del almirante Goodson. Pero el Marqués de Montealegre, General de los convoyes de aquel año le esquivó concentrado en Veracruz las dos Flotas y pasando por el Canal de Bahama antes de que los ingleses llegaran. Perdió la formación española a su nave almiranta, varada en la Isla de los Mimbres, pero la mayor parte del cargamento pudo ser recuperado por fragatas de la Habana, por lo que la operación naval del año resultó en conjunto coronada por el éxito. El frustrado Penn no volvió a Jamaica, sino que dirigió sus barcos hacia Inglaterra.

Por su parte Venables, que temía no sin razón que Penn se presentara ante Cromwell y le echara a él la culpa de todo, zarpó igualmente de Jamaica a bordo del buque ligero *Marston Moor,* dejando como gobernador de la isla a Doyley, con una guarnición de 3.000 soldados mandados por William Lachson. Llegó Venables a Inglaterra casi a la vez que Penn, y ambos se apresuraron a pedir audiencia a Cromwell.

Terrible fue la ira del dictador puritano al enterarse del desastre sufrido por «el ejército de Señor». Carente de noticias sobre la expedición, suponía ya tener media América bajo su dominio, y de pronto se enteró de que sólo había sido tomada, y no por completo, una pequeña isla de nombre casi desconocido, y que la poderosa fuerza enviada a las Indias había quedado casi aniquilada. Encerró en el acto a Penn y a Venables en la Torre de Londres y condenó al ayudante general Jackson a limpiar las letrinas de un hospital. Él mismo, convencido de que el Señor le había abandonado y castigado al país, se encerró todo un día para hacer penitencia, sin atender a ningún asunto estatal o de otra índole.

(1) Morales Padrón «Jamaica Española», p. 338.

El colapso de la resistencia española en Jamaica

Después de tantos reveses cualquiera hubiera dicho que la situación inglesa en Jamaica era ya desesperada, pero en lo que respecta al aspecto material no era así. Debido a la total carencia de barcos de guerra españoles, los veinte buques de Goodson dominaban o podían dominar todo el mar antillano, y los 3.000 hombres de Lachson constituían una fuerza respetable, superior a la que España podía concentrar en un lugar dado de las Indias.

Sin embargo, debido a la baja moral de los ingleses en aquella época, muy posiblemente hubieran podido ser expulsados si se hubieran unificado los esfuerzos de las guarniciones cercanas. Pero por desconocimiento de la situación real y por temor a que el ataque contra Santo Domingo se repitiera en cualquier otro lugar del Caribe, los españoles se mantuvieron en todas partes a la defensiva. En Santo Domingo había serias disensiones entre las autoridades, y en Cuba había estallado una epidemia, según algunas fuentes por el contagio de la que azotaba a los ingleses en Jamaica, llevado a la Gran Antilla por los fugitivos españoles de aquella isla. No obstante estas dificultades el gobernador de Cuba, D. Pedro Bayona Villanueva, prometió la reconquista de Jamaica si se le confiaban 2.000 hombres armados, pero poco después fue enviado como capitán general a Paraguay, con lo que su iniciativa se malogró (1).

Solución para paliar la inferioridad naval española hubiera podido ser la autorización del corso. Precisamente en Europa los recién legalizados corsarios españoles estaban causando muy serias pérdidas al comercio de Cromwell, llegando a apresar en el curso de la guerra hasta 1.500 navíos ingleses (2). Pero en el Caribe tal forma de guerrear no estaba aún permitida, a causa de los influentes comerciantes y mercaderes beneficiarios del monopolio de Sevilla, quienes temían que los corsarios hicieran igualmente comercio, más o menos ilegalmente, haciéndoles a ellos la competencia. De tal forma la ceguedad egoísta de unos pocos hubo de causar un gran perjuicio a la general causa de España en las Indias.

(1) Jacobo de Pezuela «Crónica General de las Antillas», p. 86.
(2) Fernández Duro «Armada Española», tomo V, p. 30.

Era cierto que tras la partida de Penn y Venables los ingleses estuvieron a punto de huir de Jamaica, siendo detenidos tan sólo por el temor al castigo que les impondría Cromwell. Pero muy poco después ocurrieron dos sucesos que fortificaron en gran medida su vacilante moral. Primeramente el hallazgo casual del lugar donde los isleños habían escondido su ganado, que fue capturado en su totalidad, y en segundo lugar el fin de la epidemia. Por otra parte el propio dictador inglés abandonó su actitud derrotista y comenzó a enviar refuerzos, pensando conservar al menos aquel menguado resultado real de su ambicioso «Western Design». El gran bache moral inglés en Jamaica había pasado sin que los españoles hubieran sabido aprovecharlo.

Muy al contrario el guerrillero Isasi, que había sido nombrado gobernador de Jamaica por Real Orden de 25 de octubre de 1656, se ensoberbeció con ello y cometió el error de pretender pasar de la guerra de guerrillas, en la que era maestro, a la regular, para la que le faltaban tanto dotes personales como efectivos humanos.

La primera derrota de Isasi fue la de Caobana. Durante cuatro días resistieron tenazmente los españoles la embestida de fuerzas enemigas muy superiores que pugnaban por tomar el hato de aquel nombre y cruzar el río en un vado cercano. Finalmente debieron retirarse los de Isasi con fuertes bajas, contándose entre los muertos el cura beneficiado Gabriel Benito de Barahona quién, sin armas, había animado a los defensores hasta el fin.

A primeros de 1657 llegaron a Jamaica, enviados por el gobernador de Cartagena de Indias, Don Pedro Zapata, algunos refuerzos a bordo de una fragata (1). En abril y mayo llegaron desde Puerto Rico veintitres hombres con el capitán Juan de los Reyes, de Santo Domingo noventa y cinco con D. Domingo de Silva y de la Habana otros tantos con D. Cristóbal Añués. Refuerzo más sustancial fue el enviado a primeros de julio, consistente en 436 hombres, con los capitanes Lucas Borrero

(1) A su regreso aquella fragata llevó a Cartagena al ingeniero holandés «Ricardo Car»; que se había pasado del bando inglés al español y que luego colaboraría activamente en la fortificación de la ciudad. (Juan Herráez S. De Escariche «D. Pedro Zapata de Mendoza, gobernador de Cartagena de las Indias». p. 85-86.)

Valdés y Francisco Cartagena de Leyva. Nombróse jefe militar superior a Juan de los Reyes, pero el celoso Isasi le destituyó, sustituyéndole por un sobrino suyo de dieciocho años, lo que originó serias disensiones.

Juan de los Reyes, en casi completa disidencia con Isasi, acampó con parte de sus fuerzas, unos 250 hombres, en las Chorreras de Santa Ana. Allí fue sorprendido por 2.000 ingleses mandados por el general Stevens, siendo completamente derrotado y perdiendo 60 muertos, alguno de ellos enfermos que los vencedores asesinaron, y 18 prisioneros. Tal fue el efecto de esta derrota que, creyéndolo todo perdido, muchos de los combatientes españoles huyeron a Cuba en canoas y otras pequeñas embarcaciones. Quedó tan sólo un contingente de medio centenar de guerrilleros, que se refugiaron en Carbonito, esperando la llegada de refuerzos.

Habíase entretanto formado el llamado Tercio Mejicano, con 31 capitanes, 31 alféreces, 28 sargentos y 467 soldados reclutados en Nueva España. El 20 de mayo de 1658, cuatro mercantes armados les desembarcaron en Río Nuevo, donde se les unieron los que habían quedado en la isla. El 22 aparecieron y atacaron tres barcos de guerra ingleses, pero fueron rechazados por el fuego de los mercantes.

Mas los españoles, en vez de adentrarse en la isla, continuaron imprudentemente en la zona costera, donde acamparon. El 25 de junio llegaron diez navíos ingleses que desembarcaron 2.000 soldados con artillería, bajo el mando personal del gobernador Doyley, iniciándose una batalla en la que los españoles, que eran unos 600 con un solo cañón, tuvieron todas las desventajas. Se resistió, no obstante, hasta el 27, día en que la victoria se decidió a favor de los ingleses, quedando muertos casi 300 españoles y escapándose el resto del cerco enemigo por una brecha abierta con ayuda de su única pieza de artillería.

Continuó todavía algún tiempo la lucha en Jamaica, ahora con ventaja clara de los ingleses. Pasando de la defensiva a la ofensiva, éstos utilizaron su flota jamaicana para atacar establecimientos españoles fuera de la isla, como hicieron en 1658 en Santa Marta y Tolú, y en 1659 en Cumaná, Coro y Puerto Cabello. Para colmo de desdichas, en la propia Jamaica, Isasi acabó enemistándose con los negros cimarrones, que a veces llegaron a atacar a los guerrilleros. El 9 de mayo de 1660 pasaron a

Cuba finalmente los últimos supervivientes de éstos, y fue quizá prematura la evacuación, pues la noticia de la muerte de Cromwell había hecho bajar de nuevo la moral británica, hasta el punto de pensarse seriamente en abandonar aquella conquista. (1).

Isasi, entre cuyos defectos no podían contarse los de cobardía y falta de tenacidad, seguía pensando en regresar a Jamaica, y llegó a iniciar el reclutamiento de voluntarios en Cuba. Pero la Paz de Londres, firmada en 1660 entre Inglaterra y España frustró la expedición cuando ya estaba dispuesta para zarpar, quedando la posesión de la isla sujeta a litigio diplomático, y en la práctica en manos de Inglaterra (2).

Nueva resurrección del filibusterismo en la Tortuga

En tanto que se luchaba por la posesión de Jamaica, otro foco de filibusterismo estaba naciendo, o mejor sería decir renaciendo, más al Oeste, en la isla de Tortuga.

Después de las primeras alegrías de la victoria contra los ingleses, nacieron en Santo Domingo serias divergencias entre el gobernador Conde de Peñalba y el oidor Montemayor. Este había sido el verdadero artífice de la victoria, y muchas de las felicitaciones se le dirigieron personalmente, lo que despertó los celos del gobernador.

El 26 de junio de 1655 ordenó Peñalba el regreso de la guarnición española en la Tortuga, alegando ser necesaria por si se repitiera el ataque inglés. Opúsose a ello Montemayor, y también el jefe de la citada guarnición, D. Baldomero Calderón, que aducía carecer de medios para evacuar la artillería. Pero empecinose Peñalba en la decisión, y el 8 de agosto la reiteró como orden, disponiendo que se enterraran los cañones. Hízose así con setenta piezas de artillería, tras de lo cual partió la guarnición española rumbo a Santo Domingo. Enterados de ello los

(1) Francisco Morales Padrón «Jamaica Española», p. 384.

(2) Abandonados a sí mismos, los negros cimarrones continuaron luchando por espacio de ochenta años contra los ingleses, debiendo firmar éstos con ellos un tratado en toda regla en marzo de 1739.

errantes filibusteros, no tardaron mucho en regresar a su antiguo cubil (1).

Al primer grupo de franceses que así lo hizo siguió un segundo destacamento, éste de ingleses, que partió de Jamaica bajo el mando de un tal Elías Watts. Se erigió dicho sujeto en gobernador, y montó sobre las ruinas del fuerte de Le Vasseur cuatro cañones de los abandonados por los españoles. Fueron acudiendo luego aún más filibusteros, y en la Semana Santa de 1659 desencadenaron ya sus primeros ataques.

Cuatrocientos filibusteros salieron en esta ocasión de la Tortuga en cuatro barcos, desembarcaron cerca de Puerto Plata y se encaminaron hacia Santiago de los Caballeros, donde sorprendieron a los españoles en el sueño. Saquearon los piratas el caserío y se llevaron todo, incluso las campanas y los cálices de las iglesias, marchando luego hacia la costa junto con varios vecinos importantes, incluido el gobernador, por los cuales pensaban sin duda pedir rescate. Pero se reunió gente armada y los filibusteros fueron atacados y desbaratados antes de llegar a sus barcos, causándoseles bastantes bajas y rescatándose los cautivos y la mayor parte de botín. A duras penas lograron los filibusteros sobrevivientes alcanzar sus barcos y regresar en ellos a Tortuga.

Por aquellas fechas había allí ya más franceses que ingleses, y existía un cierto resquemor contra el gobernador Watts y su yerno James Arundell, que pasó a sustituirle. Aprovechando esto, el aventurero francés Jerome Deschamps, dicho Du Rausset, pensó en hacerse con el mando de la isla. Ya en 1656 había logrado de Luis XIV que le nombrara gobernador de Tortuga, pero para asegurarse aún más fue a Inglaterra con la misma petición, asegurando falsamente que gobernaría en nombre de esta nación. Logrado el nuevo nombramiento, se presentó en la

(1) Más tarde informaría el gobernador de Santo Domingo de que nada más salir la guarnición y «a la vista della, luego por otra parte entró por el puerto una lancha de franceses y hoy se ha savido que la tiene ocupada, cultivada con sementeras y fortificada y lo que es peor, con nuestras armas y pertrechos» (Bosch, op. cit., p. 202). Este gobernador que así se lamentaba era el sucesor de Peñalba, D. Félix de Zúñiga, que condenó el abandono y aún penso volver, aunque nunca pudo pasar a los hechos.

Tortuga a fines de 1659, siendo por tercera vez investido como gobernador, ahora por la Cofradía de Hermanos de la Costa (1).

Poco tardaron en iniciarse los primeros conflictos, al empezar a despachar Du Rausset patentes de corso por su cuenta y riesgo. Enterado de ello Doyley, el gobernador de Jamaica, le envió una carta de protesta, a lo que Du Rausset respondió que podía hacerlo, pues gobernaba en nombre de Francia. Entonces Doyley envió otra carta a James Arundell para que prendiera a Du Rausset con ayuda de los ingleses de la Tortuga. Por estar Du Rausset en el mar, Arundell se contentó con encarcelar a su sobrino De La Place, y proclamar el poder inglés, pero los filibusteros, al ver desconocida la autoridad del gobernador por ellos elegido, apresaron a su vez a Arundell y le enviaron en un barco a Jamaica.

No se conformó Doyley, y el 16 de diciembre de 1662 envió a Tortuga la fragata *Charles* del capitán Robert Munden, llevando a su bordo al coronel Samuel Barry y al capitán Landford como representantes suyos. Pensaban tomar fácilmente la isla, pues algunos ingleses les habían dicho que los filibusteros no deseaban otra cosa que verse bajo la autoridad inglesa, pero cuando llegaron el 30 de diciembre, fueron recibidos en son de guerra. Barry ordenó a Munden que abriera fuego, pero el marino se negó y desembarcó al furioso coronel en la costa de la Española, no pudiendo Barry regresar a Jamaica hasta el primero de marzo del año siguiente.

Pero entretanto el voluble Du Rausset, que había ido a Francia a curarse de una enfermedad, entró en contacto con un agente inglés y ofreció entregar la Tortuga a los británicos a cambio de 6.000 libras. Descubierto dicho plan por los franceses, el aventurero fue a parar a la Bastilla. Pero quedaba el problema de los filibusteros de la Tortuga, que se negaban a admitir otro gobernador. Finalmente se convenció a Du Rousset para que cediera oficialmente sus derechos a la Compañía Fran-

(1) Para dar lustre a este episodio, el aventurero propaló que habia reconquistado la isla a los españoles por la fuerza de las armas, en una fantástica batalla. Recogida por Oexmelin, tal versión ha sido dada por buena por varios autores no españoles, alguno de los cuales confunde esta falsa contraofensiva con la verdadera (y fracasada) desencadenada por Fontenay en 1654, poco después de ser expulsado. La realidad es que desde cuatro años antes de la llegada de Du Rausset no quedaba un solo español en la Tortuga.

cesa de las Indias Occidentales a cambio de la libertad y de 15.000 libras francesas. Tal contrato se firmó el 15 de noviembre de 1664.

Hasta el 6 de junio de aquel año gobernó en la Tortuga De la Place, el sobrino de Du Rausset, pero luego la Compañía francesa propuso y los filibusteros aceptaron, a otro aventurero francés llamado Bertrand D'Ogeron, que había convivido algún tiempo con los bucaneros de la Española. Bajo el mando de este sujeto comenzaría el verdadero período de sangriento esplendor de la Tortuga.

CAPITULO X

SE INICIA EL APOGEO DEL FILIBUSTERISMO

Las primeras piraterías con base en Jamaica

El 3 de septiembre de 1658 murió Oliver Cromwell, asumiendo el cargo de Lord Protector de Inglaterra su hijo Richard. Pero no fue demasiado estable la nueva dinastía puritana, pues tan sólo un año después hubo de dimitir, incapaz de gobernar un país ya cansado de los excesos dictatoriales de su padre. La situación era caótica en todos los aspectos, y las protestas populares se sucedían cada vez más frecuentemente (1). En tal situación no le fue difícil al general Monck restaurar la monarquía, y el 29 de mayo de 1660 entraba en Londres el nuevo rey Carlos II, hijo del decapitado por los puritanos.

Pero si Inglaterra había quedado exhausta y empobrecida por la guerra, en grado mucho mayor lo estaba España, que durante cuarenta años había estado luchando incesantemente contra los más diversos enemigos. El 7 de noviembre de 1658 la monarquía

(1) «Aunque la guerra con Holanda tuvo cierta justificación de tipo económico en lo que a Inglaterra se refiere, la contienda con España resultó un verdadero desastre. Erigió a Francia en suprema potencia del continente, arruinó el comercio inglés en beneficio de los holandeses y dio origen a una profunda depresión económica que se hizo sentir en toda Inglaterra, y que elevó la deuda pública a más de 2.500.000 libras (General J.F.C. Fuller, op. cit., tomo II, p. 35).

española firmó con Francia la Paz de los Pirineos, y un año después la Paz de Londres con Inglaterra. Pero ninguna de estas dos naciones hizo buena su palabra, y ambas continuaron hostigando a España irregularmente tanto en el Portugal en rebelión como en las Indias.

Uno de los primeros en iniciar la piratería jamaicana contra España y sus posesiones fue un tal Cristopher Myngs, que había ejercido el corso durante la guerra, mandando la flota que saqueó Coro y Puerto Cabello en 1659. Del botín logrado en tales ocasiones distrajo Myngs para su propio bolsillo la suma de 12.000 pesos de plata, lo que le valió ser enviado a Inglaterra para ser juzgado. Pero, como solía suceder, se le declaró libre de toda culpa y a principios de 1662 estaba Myngs de nuevo en Jamaica dispuesto a continuar su actuación pirática, hubiera o no guerra entre Inglaterra y España.

El 16 de octubre de 1662, con la complicidad del nuevo gobernador inglés de Jamaica, Conde de Windsor, que sustituyó a Doyley, salió Myngs con dieciocho barcos y 1.300 hombres, rumbo a Santiago de Cuba, donde llegó el 18. Temiendo el fuego del Castillo del Morro, desembarcó 900 hombres lejos de la ciudad y se dirigió a ella por tierra.

El gobernador de Santiago, D. Pedro de Morales, recibió la noticia con la natural preocupación, ya que sólo contaba con 200 soldados. Por consejo de los emigrados de Jamaica decidió enfrentar al enemigo en campo abierto saliendo a su encuentro con la guarnición y 150 de los citados emigrados, apresurada y dificultosamente armados. Se llegó a las manos en la Llanura de las Lagunas, siendo derrotados los españoles y debiendo retirarse hacia la ciudad en medio de la mayor confusión. Se ordenó evacuar la plaza, abandonando también el Castillo del Morro el oficial y los treinta soldados que habían quedado allí. Entraron pues los ingleses sin resistencia, mientras Morales se retiraba con los suyos a la cercana Sierra Maestra, comenzando desde allí a hostilizar a los invasores.

Al tener noticia de lo sucedido el gobernador de Cuba, D. Juan de Salamanca, llegó a temer que los ingleses hubieran comenzado la invasión de Cuba de igual forma que lo hicieron con Jamaica, e igualmente sin previa declaración de guerra. Reunió apresuradamente las milicias, y el 15 de noviembre salió de la Habana con 200 soldados y 500 milicianos, dispuesto a

reconquistar Santiago. Pero no le esperaron los ingleses, sino que evacuaron con tiempo la ciudad, regresando a Jamaica con el botín conseguido. Habíase portado Myngs con modos propios de su nación y condición, destruyendo todo lo que no pudo llevarse. Voló con un barril de pólvora la catedral y puso fuego al hospital y a muchas viviendas, al parecer en venganza por no haber encontrado todo el botín que deseaba (1).

En vano protestó España por vía diplomática por este hecho y otros similares ocurridos, como luego veremos, en Yucatán, no obteniendo del gobierno inglés sino la más cínica e increíble de las respuestas: *«There is not peace beyond the line»*, indicando que, en opinión de Su Graciosa Majestad la paz firmada se refería tan sólo al hemisferio oriental, estando fuera de ella la actividad armada en las Indias. Siguiendo esta teoría los ingleses saquearon Trinidad en 1664, hostilizando igualmente la costa de Nicaragua y llegando a ocupar Tórtola e incluso Vieques, junto a Puerto Rico (2).

Jamaica empezaba a convertirse en un verdadero emporio del crimen. Al conde de Windsor sucedió en el gobierno de la isla Charles Lytelton, también protector de piratas, y a éste Thomas Modyford, con el que se alcanzaron extremos inconcebibles. No contento con convertir Jamaica en almacén de armas y mercado de botín para los piratas, además de puerto seguro para sus naves, inició el negocio de proporcionar a quien deseara piratear los barcos, cañones, armas y víveres necesarios, que luego cobraba embolsándose una parte del botín, todo ello a título particular. Como el resto de lo robado era dilapidado rápida-

(1) En Santiago se dice que el jefe pirata visitó a poco de llegar el Castillo del Morro, comentando el error cometido por el gobernador al abandonarlo sin resistencia, y llegando a decir que tan sólo él mismo, con un perro por toda compañía, hubiera sido capaz de defenderlo contra cualquier ataque. Pero, curiosamente, la leyenda histórica de Santiago atribuye tales manifestaciones, así como el ataque y toma de la ciudad, a Henry Morgan en vez de a Myngs.

(2) En Venezuela, no obstante la paz, registrábase aún alguna hostilidad holandesa. En 1661 llegó a Santo Thomé al barco del capitán Johann Hoffer, que amenazó con bombardear la ciudad si no comerciaba con él. El gobernador Pedro de Viedma, que estaba en Trinidad, acudió con rapidez y logró apresar el barco y vender el cargamento a los vecinos por cuenta del Fisco Real. También D. Pedro Zapata, gobernador de Cartagena, relata en una carta que hizo salir dos barcos contra otros dos piratas, uno holandés y otro inglés, que merodeaban por allí, logrando capturarlos (Herráez, op. cit., p. 31).

mente por los filibusteros en borracheras y orgías, muy pronto Santiago de la Vega y luego la nueva capital de Port Royal, se convirtieron en ciudades de vicio, donde todo desenfreno y crimen eran permitidos por los sucesivos gobernadores británicos siempre que ello repercutiera favorablemente en sus bolsillos.

Desarrollo paralelo de la Tortuga

Si en Jamaica gobernaba Modyford en la Tortuga mandaba Bertrand D'Ogeron, aún más vinculado al filibusterismo que aquél, pues su título venía de la elección de los piratas, aunque mantuvieran con Francia relaciones más estrechas que Le Vasseur y otros anteriores dirigentes de la Cofradía.

Principal empeño de D'Ogeron era la repoblación de la parte occidental de la Española, donde mucha gente, desecho de las guerras europeas, empezaba a acudir. La Compañía Francesa de las Indias Occidentales les pagaba el viaje, cobrándose luego la deuda por medio de los bucaneros, que abonaban aquella cantidad como pago al derecho de tener al recién llegado en calidad de «engagé» por un período de hasta seis años. Esta relación, semejante a la del «matelotage» de los filibusteros, era en la práctica una verdadera esclavitud, muriendo a consecuencia de los malos tratos muchos de quienes la sufrían.

El 2 de mayo de 1666 partió de esta manera para las Indias un tal Alexander-Olivier Oexmelin, siendo entregado como «engagé» a un bucanero que estuvo a punto de hacerle morir con su brutal trato. Afortunadamente para él, fue luego rescatado por el propio gobernador D'Ogeron, sirviendo luego como cirujano de los filibusteros. A su pluma se deben muchas pintorescas descripciones de la vida de los tales piratas.

La obra de Oexmelin, en la que han bebido sin análisis ni precaución multitud de autores, peca de fantástica y de triunfalista en el relato de las hazañas filibusteras. Algunos de los personajes en ella citados y ensalzados no se puede decir que brillaran por sus reales hazañas, aunque otros sí fueran conocidos igualmente por cronistas más serios y concienzudos. Pasaremos, de todos modos, revista a algunos de éllos, como muestra de la fauna piratesca que en la Tortuga habitaba.

Menciona Oexmelin a un tal Jean Legrand, que capturó varios mercantes españoles y luego ¡caso raro! se trasladó a Dieppe para, renunciando a su iniciada carrera criminal, disfrutar del botín adquirido.

Otro personaje es Pierre Franc, que pretendió operar en las pesquerías de perlas de Río Hacha. Tomó primeramente un pesquero y, al acercarse el patache de vigilancia, se hizo pasar por el capitán capturado para decir que habían sido ellos quienes capturaran «al ladrón». Pero al darse luego a la fuga, el patache español les persiguió y capturó, pasando Franc y sus hombres dos años de cautividad colaborando en la construcción del fuerte de San Francisco, en Cartagena.

Mejor suerte fue la de Jean-David, dicho el Holandés. Cruzó el lago de Nicaragua en una flotilla de canoas y aprovechó la noche para entrar en varias casas de Granada, apoderándose de cuanto de valor encontró en ellas. Dada al fin la alarma, los piratas pudieron retirarse felizmente con un botín de 4.000 escudos.

De otro personaje, que Oexmelin presenta con el terrible nombre de Monbart el Exterminador, y del que dice que había hecho alianza con algunos indios caribes, ninguna noticia tenemos de fuente española, por lo que es de suponer que sus hazañas no serían excesivamente sonadas.

De Alejandro Brazo de Hierro narra que construyó una nave llamada *Fénix*, especial para la actividad pirática. Pero su carrera fue frustrada en los comienzos por un rayo que hizo estallar su santabárbara, echándola a pique, y quedando de su tripulación, náufragos en una isla, tan sólo cuarenta hombres con el capitán. Del fantástico relato de Oexmelin parece deducirse que fueron recogidos por un barco español y pagaron el favor asesinando a su tripulación y pasajeros, excepción hecha de una infortunada mujer que iba a bordo y a quien el capitán se reservó para sí.

A estos actos de barbarie seguirían otros más, cada vez en mayor cuantía contra barcos y ciudades costeras. No existían prácticamente barcos de guerra españoles, y los soldados estaban peor armados que los filibusteros, quienes llegaban a tener hasta tres armas de fuego por persona (un fusil bucanero y dos pistolones). Por otra parte los fusiles bucaneros se enfrentaban

con ventaja a lor arcabuces españoles, por no hablar de las pobres lanzas y armas blancas cortas de los campesinos.

Esta situación, además de favorecer a los filibusteros, también lo hacía con los propios bucaneros, que se extendían de nuevo a sus anchas por la parte occidental de la Española. Ya en 1663 se intentó reprimirles con una fuerza de 500 hombres mandados por el capitán flamenco Van del Moof, pero fracasó la empresa muriendo el oficial y dispersándose sus soldados. Poco después hicieron su aparición los bucaneros en Samaná, de donde a duras penas pudieron ser expulsados por el capitán D. Pedro Morell de Santa Cruz.

Como reacción a ésto, las «cincuentenas» inciaron el exterminio sistemático del ganado salvaje que había atraído a los bucaneros a aquellas tierras, pero ello no estorbaba a la siniestra Cofradía filibustera, ahora en auge y a cuyo alcance se encontraba todo el Caribe. Comenzaron los filibusteros a elegir «Almirantes» para dirigir sus cada vez más nutridas flotas de combate. La Cofradía no se limitaba ya a la Tortuga, sino que también tenía como base Jamaica, lo que facilitaba grandemente sus acciones.

Actividades piráticas en Yucatán

A mediados del siglo XVII comenzaron a aparecer piratas y otros aventureros en las costas yucatecas, donde crecía el valioso palo campeche. Ya la Flota de Nueva España de 1656 llevó a España a doce ingleses apresados en las costas de Tampico, pero no por ello dejaron de venir más y más. Instaláronse principalmente en la Laguna de Términos, y también en el territorio de Belice, llamado así por deformación del nombre de Wallace, inglés que fue uno de sus primeros visitantes. No sólo cortaban estas gentes el palo campeche en territorio español, sino que se convirtieron en guías y auxiliares de los filibusteros que por allí merodeaban, y que no tardaron en causar los primeros estragos. Los tales cortadores de palo constituían una sociedad salvaje parecida a la de los bucaneros de la Española, con quienes no podían menos que mantener lazos de amistad y complicidad.

En enero de 1963 se puso en marcha hacia la zona yucateca Edward Mansfeldt, uno de los más famosos filibusteros ingleses. Salió de Jamaica con dos naves gruesas, capitana de 400 toneladas y 40 cañones y almiranta de 300 y 40, junto con quince naves más pequeñas y 1.800 filibusteros. Por el camino, no se sabe como, le desapareció la almiranta junto con 300 hombres, pero llegó con el resto ante Campeche el 9 de febrero. Desembarcó Mansfeldt con su gente en Jánula y se dirigió a la ciudad de Campeche, ante la cual se le opusieron 150 españoles armados. Muy dura fue la lucha, muriendo en ella los alcaldes y 54 vecinos, y penetrando los filibusteros en la ciudad, donde apresaron 170 vecinos más. En el castillo de San Benito murió el capitán Juan Agustín, y los defensores supervivientes se retiraron al fuerte de Santa Cruz, donde mandaba D. Antonio Maldonado de Adana.

El primer ataque de los piratas fue rechazado, pero al hacerlo los defensores consumieron casi todas sus municiones. Faltaban también los víveres y el día 20 se decidió clavar los cañones y abandonar la fortaleza. Pero una vez fuera de ella, Adana decidió atacar a los piratas al arma blanca, y la tropa se dirigió a la ciudad, dando muerte a una veintena de filibusteros que hallaron en su camino. Sin embargo, visto el peligro de que Mansvelt se vengara en los prisioneros, se entró en negociaciones con él, y el pirata ofreció dejar en libertad a los cautivos si se le permitía hacer aguada y partir luego en paz, lo que se llevó a cabo. Había tenido Mansvelt muchas bajas en los combates, incluido el jefe de las fuerzas de tierra, Christopher Innes que, malamente herido, debió ser evacuado a una de las naves poco después del primer encuentro.

En represalia a esta incursión, y al mismo tiempo para despejar la Laguna de Términos de cortadores de palo, enviáronse allí desde Veracruz ochenta soldados bajo el mando del capitán Mateo Alfonso de Huidobro. Los cortadores de palo, ante la proximidad de esta columna, quemaron su fuerte, junto con las demás instalaciones, y se retiraron tierra adentro, saqueando de camino Santa María de la Victoria, en Tabasco. Llegaron allí a toda prisa 27 soldados españoles con siete cañones, pero los incursores habían ya huido sin pretender combatirles.

Antes de que acabara el año hubo de llegar otro capitán pirata a las costas campechanas, el llamado Bartolomé Portugués. Había salido el 7 de julio de Jamaica con un barco y menos

de un centenar de filibusteros, apresando junto a Cabo Corrientes un pequeño navío español. Llegado cerca de Campeche, desembarcó y saqueó una hacienda cercana a la ciudad. El gobernador de Yucatán, D. Juan Francisco de Esquivel, envió al ya mencionado capitan D. Antonio Maldonado de Adana con 200 españoles y 600 indios, que no tuvieron mucha dificultad para desbaratar a los filibusteros, inferiores en número, muriendo varios de ellos y siendo apresado Bartolomé y siete más, al parecer ingleses. Fueron condenados a muerte, pero Bartolomé logró escapar del barco en que le tenían, y unirse a una banda de veinte piratas de Jamaica. En tal compañía logró apresar una fragata comercial e ir con ella a Jamaica, pero naufragó en Cayos de los Jardines, frente a Cuba, perdiendo todo el botín. Bartolomé Portugués sobrevivió al naufragio, pero no se volvió a tener noticia de ninguna actividad pirática suya.

El 1664 el gobernador D. Francisco de Esquivel envió de nuevo a Mateo Alfonso de Huidobro contra la Laguna de Términos, pero los barcos españoles no lograron entrar en ella por faltar agua en la barra. De todas formas su sola proximidad hizo que los cortadores de palo evacuaran de nuevo el lugar. No obstante, marchados ya los españoles, comenzaron a regresar en diciembre, e incluso apresaron una fragata mercante que llevaron a la misma Laguna.

En febrero de 1665 se armaron tres fragatas, y embarcó en ellas una fuerza de 270 soldados y milicianos llevando como jefe al capitán Maldonado de Adana y como segundo cabo a José Aldana. El 22 avistaron tres barcos sospechosos y lograron apresar dos de ellos, que resultaron ser la fragata robada, a bordo de la cual sólo había siete ingleses, y un barco pirata de diez cañones. Pero mientras esto ocurría, 120 ingleses bajo el mando de los capitanes Mauricio y David Martin atacaban hacia Tabasco y el 24 entraban por sorpresa en Villa Hermosa (antes Santa María de la Victoria), capital del departamento. Produjéronse los habituales saqueos y violaciones, cayendo en manos de los incursores, entre otros bienes, dos barcos de comercio.

Al volver Maldonado de Adana a Tabasco se encontró con la noticia, por lo que volvió a partir el 11 de marzo con los dos barcos capturados y otros dos más, en los que embarcaron 300 hombres. En la Laguna hallaron sólo seis prisioneros españoles que los ingleses habían abandonado allí, y que dijeron que sus

aprehensores habían huido a la isla de Santa Ana. Partieron los españoles en su persecución y el 18 se llegó a entablar combate, pero una tormenta lo interrumpió e hizo varar los barcos hispanos. Así pues los piratas lograron escapar impunes hacia Jamaica.

Para colmo de desastres embarrancó y se perdió por estas fechas una fragata llamada *La Patarata* (1) que se enviaba de refuerzo a Campache con cien soldados bajo el mando del capitán D. Carlos Vocardo, aunque no se produjeron bajas humanas.

El 18 de octubre de 1670 el gobernador de Tabasco D. Fernando Francisco de Escobedo, sabedor de que los merodeadores ingleses habían regresado una vez más a la Laguna, envió contra ellos dos lanchas con 46 hombres armados. Hallaron anclados ante la Laguna una fragata de ocho cañones y un pingüe de cuatro, y en un reconocimiento por tierra capturaron al capitán de la primera. No obstante intentar éste asustarles ponderando la superioridad numérica de sus hombres, los expedicionarios atacaron y tomaron ambas embarcaciones, con lo que la operación pudo darse por victoriosa. No obstante, al no dejar guarnición en la zona, el problema de las incursiones y establecimientos ingleses quedó en pie.

Según Oexmelin hubo por esta época otro visitante indeseable de la región, un tal Rock Brasiliano, holandés de Groningen que se había establecido en las colonias bátavas del Brasil y permanecido allí hasta ser destruidas éstas por los portugueses. Pirateó este sujeto por las costas campechanas hasta ser detenido por los españoles, que le enviaron a la metrópolis para cumplir condena. Terminada ésta regresó Rock a las Indias y se dispuso a atacar Mérida en alianza con un pirata francés llamado Tribulot. Pero su presencia fue descubierta por un indio, que se apresuró a dar la alarma, montándose una emboscada para recibir a los filibusteros. Tomados por sorpresa, los piratas fueron totalmente deshechos, muriendo Tribulot en el combate y no volviéndose a tener noticias de Rock Brasiliano que, como puede verse, no fue de los más afortunados exponentes de la filibustería.

(1) Posiblemente un nombre familiar. Por lo general los barcos españoles solían llevar nombres de santos.

François Nau, dicho el Olonés

Gran auge había alcanzado en estos tiempos la Tortuga bajo el inescrupuloso gobernador D'Ogeron, menudeando los ataques dirigidos desde allí a las posesiones españolas.

En 1667 Moisés Van Clerk y Pierre Piccard saquearon Veragua, y ese mismo año quinientos filibusteros mandados por Del Isle entraron por Puerto Plata y saquearon una vez más Santiago de los Caballeros, cuyos habitantes apenas si tuvieron tiempo de abandonar la ciudad llevándose los objetos de valor que pudieron.

Pero el más famoso filibustero con base en la Tortuga fue otro criminal de excepción: François Nau, mejor conocido bajo el apodo de L'Olonnois o el Olonés por ser, al parecer, nativo de Sables d'Olonne en Francia (1). Fue este una de aquellas anormalidades que aparecen de vez en cuando para horrorizar al género humano con su sadismo y monstruosidad, como su compatriota Gilles de Rais, el escocés antropófago Sawney Beane y algunos otros menos famosos o recordados.

Trasladado el Olonés a las Antillas en busca del enriquecimiento fácil y la satisfacción de sus hasta entonces ocultos instintos, fue sucesivamente «engagé» de un colono francés, bucanero en la Española y filibustero de la Tortuga. No tardó en hacerse con un barco y preparar una expedición contra la ciudad de Campeche, donde esperaba iniciar su futura carrera de éxitos piráticos.

Pero no fue feliz para él tal comienzo, pues su navío naufragó en las costas campechanas, aunque salvándose los tripulantes. Sin arredrarse por ello, el Olonés rehizo a su gente e inició con ella la marcha por tierra hacia la ciudad, pensando conseguir allí naves para regresar a Tortuga. Pero, enterados los españoles de su presencia, salieron a su encuentro y en la batalla quedó virtualmente exterminado el contingente filibustero. Salvóse tan sólo el Olonés, fingiéndose muerto, y poco después logró volver a la Tortuga, jurando vengarse por el desastre sufrido.

En agosto de 1667 apareció el Olonés en las costas de Cuba al frente de dos naves de pequeño tonelaje. Conociendo su

(1) Existe cierta confusión sobre el nombre de pila del Olonés. Mientras que para Pezuela y Masiá de Ros éste sería el de François, otros autores como Bosch y Moreno Echevarría mencionan el de Jean-David.

presencia el gobernador de Cuba envió contra él una galeota, pero dicha nave fue abordada y tomada por sorpresa por los piratas. Rendida la goleta, el Olonés hizo subir a cubierta uno a uno a los treinta prisioneros españoles hechos allí, y les fue cortando las cabezas personalmente con su sable a medida que llegaban, relatando los testigos como después de cada asesinato chupaba y lamia golosamente la sangre adherida al sable, en festín vampírico que no habría de ser sino el comienzo de su carrera de monstruosidades.

El Olonés en el Lago de Maracaibo

De regreso a la Tortuga tras la hazaña cubana, el Olonés se asoció con otro capitán filibustero conocido como Miguel el Vasco. Decidieron ambos tomar como objetivo la región del Lago de Maracaibo, ya antes castigada por ingleses y holandeses, y que al parecer era conocida por uno de los piratas asociados. En 1668 partió la expedición, con varios barcos y unos 1.000 filibusteros, ostentando el Olonés al mando supremo, y Miguel el Vasco el de las fuerzas de tierra.

Penetraron los piratas en el Lago pasando entre las islas de la Vigía y de los Remeros. Desde la primera se les vio llegar, y al instante se dio la alarma a la ciudad de Maracaibo.

Contaba Maracaibo por toda defensa con un fuerte de tierra apisonada y algunas trincheras. Mientras se luchaba allí, los habitantes de la ciudad cruzaron el Lago en pequeñas embarcaciones y se refugiaron en la villa de Gibraltar. Tomaron el fuerte los filibusteros entre tanto y, según la costumbre del Olonés, asesinaron a todos los prisioneros. Entraron luego en la propia Maracaibo, hallándola desierta, pero a falta de riquezas en metales preciosos, encontraron víveres, cacao, y varias bodegas llenas de vinos generosos. Durante quince días bebieron y banquetearon a gusto, y luego se dirigieron a Gibraltar.

Había llegado allí el gobernador de Mérida, D. Gabriel Guerrero de Sandoval, llevando consigo algunas fuerzas que, unidas a las de la villa, se prepararon para defenderse, abriendo algunas trincheras. El Olonés hizo desembarcar 800 filibusteros, fuerza muy superior a la española, y los llevó hacia Gibraltar por un camino fangoso y difícil. Se libró una terrible lucha en la que

murieron más de cien piratas, pero finalmente penetraron los hombres del Olonés en la villa. El sanguinario pirata hizo asesinar al gobernador Guerrero, que había sido apresado, tras de lo cual degolló a muchos de los vecinos. A continuación se pasó a torturar a los supervivientes para que dijeran donde estaba escondido el dinero, operación en la que murieron otras muchas personas. Tal era la cantidad de cadáveres esparcidos por la ciudad y sus alrededores que se inició una epidemia, cundiendo el pánico entre los filibusteros y frustrándose los planes del Olonés, que quería atacar Mérida. Al cabo de mes y medio de estancia, se pidió rescate por Gibraltar, y al no poder satisfacerlo los vecinos supervivientes, a quienes nada quedaba, la villa fue incendiada. Fue luego el Olonés a Maracaibo llevando consigo a los prisioneros, y allí pidió como rescate quinientas vacas por liberar a los cautivos y no destruir también aquella ciudad. Esta vez sí se lo dieron, pero no por ello dejó de saquear concienzudamente Maracaibo, de donde se llevó hasta las campanas de las iglesias, diciendo burlonamente que era para construir una capilla en la Tortuga. Finalmente marchárонse de allí los piratas, dejando un horrible rastro de muertes y devastaciones.

El botín había sido grande, ascendiendo a 260.000 escudos de plata y otros 100.000 en mercancías, además de dos barcos mercantes cargados respectivamente de tabaco y cacao. El aprovechado gobernador D'Ogeron compró éste último a los filibusteros y lo envió a Europa para su venta, ganándose 100.000 libras francesas en la operación.

El Olonés en las costas de Honduras: su fin

No tardó mucho el Olonés en iniciar los preparativos para una nueva expedición, esta vez hacia el Lago de Nicaragua, donde un indio se ofreció a guiarle. Apuntáronse a la empresa muchos filibusteros, animados por el éxito de Maracaibo.

El plan incluía remontar el río San Juan hasta el Lago, por lo que eran necesarias embarcaciones de poco calado. Así pues la primera escala del viaje fueron las costas cubanas, donde fueron apresadas varias lanchas de pescadores de tortugas, idóneas para la tarea. Pero en aquellos lugares la flota del Olonés fue

cogida por las calmas, y posteriormente por las corrientes de Honduras, que le condujeron a las costas de aquella región. Modificó entonces el Olonés su plan primitivo, disponiéndose a atacar Puerto Caballos, donde solían almacenarse las mercancías procedentes de Guatemala.

Fácil fue el asalto y casi nula la resistencia, pero los almacenes resultaron estar vacíos. Furioso por ello el Olonés, incendió la población y luego inició el tormento de los prisioneros. a los que exigía dijeran el escondite de unas riquezas que no existían. Al no obtener respuesta satisfactoria de los atormentados, el Olonés les iba partiendo uno a uno la cabeza de un sablazo. Se ensañaron especialmente los filibusteros con un infortunado mulato al que hicieron víctima de espantosas atrocidades y arrojaron finalmente al mar con los pies y las manos atados, por lo que dos compañeros de la víctima, temiendo parecido trato, se ofrecieron a conducir a los piratas hasta la villa de San Pedro, situada en el interior.

Ya habían llegado a la referida villa las noticias de lo que se avecinaba por lo que se idearon planes, si no de defensa al no tener medios para ella frente a la numerosa horda pirata. al menos de ganar tiempo para ponerse en salvo. A tal efecto construyeron tres barricadas sucesivas en el único camino que llevaba a la villa, mientras procedían a la evacuación de la misma, llevándose todos los objetos de valor.

Tropezaron los piratas con la primera barricada y, por no haber avisado de su presencia, asesinaron ante ella a los guías. Trabóse luego una dura lucha que finalizó al retirarse los españoles a la segunda barrera, unos kilómetros más al interior. Quedaron, no obstante, algunos prisioneros, que sufrieron espantosas torturas hasta que describieron el dispositivo de defensa. Al convencerse de la veracidad de sus informaciones, pues interrogados separadamente declararon lo mismo, el Olonés les asesinó a todos menos a tres, a los que exigió que les mostrara otro camino. Al decir que no lo había, el Olonés ató a uno de los prisioneros a un árbol, le abrió en canal de un sablazo y, extrayéndole el corazon, lo devoró delante de sus hombres.

Espantados ante la escena, que por otra parte horrorizó también incluso a los más endurecidos filibusteros, los otros dos prisioneros intentaron desesperadamente guiar a los piratas a través de la selva, pero pronto hubo de reconocer incluso el

Olonés que tal ruta era imposible, por lo que ordenó volver al camino. Embistieron los filibusteros la segunda barricada, e inicióse otra lucha en la que los atacantes sufrieron serias pérdidas. Finalmente los defensores españoles se retiraron en buen orden a la tercera línea.

Pasaron los filibusteros la noche al raso y al amanecer se pusieron en marcha. Tras diez horas de cauteloso andar, llegaron ante la nueva fortificación, que atacaron al momento. Repitióse una vez más lo antes acontecido, luchando los defensores todo lo posible, con gran estrago para sus enemigos, y retirándose luego a los mismos accesos del pueblo, donde se había excavado una trinchera.

Tan grandes era las bajas sufridas que el Olonés intentó por todos los medios rodear aquella última defensa y penetrar en San Pedro por otro lugar. Pero la selva cerraba el paso por todas partes, y finalmente hubo de atacar de frente, entablando nuevo combate. De nuevo sufrieron grandes bajas los atacantes hasta que los españoles se retiraron definifivamente al bosque, que conocían perfectamente. Entró al fin el Olonés en la villa, pero nada halló de valor en ella, pues los vecinos habían tenido tiempo de llevarse hasta los muebles. Pregonó entonces a viva voz de cara al bosque, la petición de rescate por la villa pero, al no recibir respuesta, incendió las casas, asesinó a los últimos prisioneros y regreso a la costa sin haber logrado nada de provecho.

Al llegar a las naves, los que habían quedado de guardia en ellas le dijeron haberse enterado por pescadores capturados de que pronto llegaría una nave de Guatemala con cargamento de artículos europeos destinados a Honduras. El Olonés apostó entonces su flota en una islita del golfo de Honduras, donde los piratas se dedicaron a pescar tortugas en tanto llegaba la esperada nave.

Tres meses transcurrieron, y ya empezaban los filibusteros a cansarse de la espera cuando se señaló la llegada del ansiado barco, que resultó ser una urca. Acordaron esperar a que desembarcara las mercancías y emprendiese el viaje de regreso antes de atacarla, pues entonces llevaría el dinero de las ventas, más apetecible para los piratas que las mercaderías. Pero los españoles se enteraron de la presencia enemiga y descargaron a toda prisa, escondiendo el cargamento en tierra. Visto que la esperada venta no se realizaba, el Olonés dio entonces orden de atacar.

Los españoles de la urca eran tan sólo sesenta, pero se defendieron con tal energía que el Olonés estuvo a punto de abandonar la empresa. Lástima fue que faltó munición a los defensores, y hubieron de pasar a tierra como pudieron, dejando la urca en manos de los filibusteros. Pero no hallaron éstos nada de valor a bordo, fuera de algunos tejidos de mala calidad y algo de papel y aceite. Aguardaron entonces a un patache que debería llegar del interior por un río, llevando el dinero con que comprar la mercancia de la urca pero, avisada con tiempo, la dicha nave se detuvo en su camino y no apareció a la vista de los piratas.

Ya había estallado la disensión entre éstos, al no haber conseguido botín alguno y sí sufrido muchas pérdidas. Llegose a las manos en más de una ocasión, y comenzaron a producirse deserciones.

Fue la primera de éstas la del capitán Moisés Vauclin, en torno a quien se agruparon numerosos filibusteros descontentos. Se llevaron con ellos una nave, pero la perdieron por varada al intentar salir del Golfo, siendo recogidos por otro filibustero llamado Du Plessis, a cuyos hombres se unieron. Pero el primer encuentro con una nave española resultó un desastre, pereciendo Du Plessis con otros muchos. Tomó el mando Vauclin, quien poco después logró apoderarse de una nave cargada de cacao frente a la Habana, dirigiéndose con tal botín de vuelta a Tortuga.

Desertó también de la flota del Olonés su antiguo compinche Pierre Piccard, quien se dedicó luego a merodear por aguas de Costa Rica, frente a la desembocadura del río Chagres. Realizaron finalmente estos piratas un desembarco en Veragua, donde existían yacimientos auríferos, pero los vecinos de Natá se pusieron en pie de guerra y cayeron sobre los incursores, degollando a la mayor parte.

Al Olonés le habían quedado tan sólo un barco y 300 hombres. Al acabársele los víveres comenzaron a hacer desembarcos para procurárselos, hasta que una emboscada española ocasionó la muerte a treinta filibusteros. Tras este revés los piratas abandonaron por fin las costas de Honduras, doblaron el cabo de Gracias a Dios y llegaron a las islas de las Perlas y Carneland, donde se establecieron. Pero al acercar la nave grande a la costa para efectuar reparaciones, la encallaron y

perdieron, quedando por tanto prácticamente aislados y náufragos. Durante diez meses debieron trabajar de firme, construyendo varios barcos menores con los restos del perdido, y alimentándose entretanto de caza, pesca y una rudimentaria agricultura. Durante este tiempo fueron hostilizados por los indios caníbales, y al menos un pirata murió devorado por ellos.

Por fin zarparon los filibusteros en los barcos construidos y los botes del anterior navío, llegando a Río San Juan. El Olonés insistió en remontarlo, como si aún estuviera al mando de toda su flota, pero al ser descubierto y hostilizado por indios amigos de los españoles, desistió del empeño. Separáronse varias lanchas que luego merodearon algún tiempo por la Costa de los Mosquitos, en tanto que las naves mayores, con el Olonés y el grueso de sus supervivientes, costearon hacia el Sur. En Darién desembarcaron los filibusteros para saquear los poblados indios en busca de víveres, portándose el Olonés con su habitual ferocidad. Pero esta vez encontró la horma de su zapato, pues los indios se reunieron en gran número y capturaron a toda la expedición.

Aquí el monstruoso capitán pirata halló un fin en consonancia con sus crímenes, pues los Indios de Darién, también antropófagos, le despedazaron vivo y devoraron su cuerpo en el curso de un terrorífico banquete (1). De tal forma el torturador fue a su vez torturado y el caníbal pereció devorado por sus semejantes.

Los restantes filibusteros fueron tratados de parecida forma, a excepción de uno sólo al que los indios dejaron en libertad para que informase de la venganza que habían tomado por el saqueo de sus poblados.

Intentos españoles de reacción

Podría uno preguntarse qué hacían las autoridades españolas para impedir estas expediciones filibusteras que tantos daños causaban. Muy poco en realidad, por falta casi absoluta de barcos de guerra y contingentes de tropa regular. La decadencia

(1) «Cayó en manos de los caníbales que le fueron descuartizando vivo, mentras lanzaba terribles alaridos. Parece ser que antes de morir, todavía tuvo tiempo de ver como los indios asaban y se comían trozos de su cuerpo» (José María Moreno Echevarría, artículo citado).

militar española de la segunda mitad del siglo XVII dejaba prácticamente inerme el gigantesco imperio indiano.

Ciertamente se construían galeones en los astilleros de la Habana, Cartagena de Indias y Santo Domingo, pero todos ellos estaban destinados a convoyar las Flotas de Indias. Y ya era bastante que éstas pasaran regularmente y a salvo por entre las zarpas de piratas y filibusteros, tarea en la que se concentraban todos los esfuerzos. De 1655 a 1665 se distinguieron al mando de dichas Flotas D. Diego de Egües, D. Juan de Echevarría, D. Pablo Fernández Contreras, D. Nicolás de Córdoba, D. Agustín Diústegui, D. Manuel de Bañuelos y otros. No pudieron los piratas echar diente a estas formaciones, todavía bien escoltadas, y tan sólo en una ocasión, en 1657, la poderosa flota inglesa de Cromwell, mandaba por el célebre almirante Robert Blake, conseguirían tomar un par de barcos de la Tierra Firme ante las costas españolas y quemar otros de la de Nueva España en Tenerife, aunque se salvaron la mayoría de los caudales.

Ejemplo de energía, desdichadamente excepcional y singular, fue el del gobernador de Cuba, Maestre de Campo D. Francisco Dávila Orejón, que asumió tal cargo el 30 de julio de 1664. Sufría la Gran Antilla el ataque incesante de los filibusteros de Jamaica y Tortuga, que habían llegado a arrasar más de doscientas haciendas, asesinando a los moradores, cortando los árboles frutales, desjarretando el ganado y, en suma, destruyendo todo lo que no podían llevarse. Cundía el pánico entre los españoles y la misma capital parecía estar en peligro a la llegada del nuevo gobernador. Entonces éste, sin esperar los caudales de Méjico que nunca llegaban, inició la tarea de proteger al menos las poblaciones mayores. Para ello reclutó toda la población válida de la Habana a fin de construir, sin sueldo ni estipendio, murallas que protegieran la capital. El Maestre de Campo Bayona Villanueva hizo otro tanto en la ciudad de Santiago.

De las medidas defensivas pasó luego el enérgico gobernador a las ofensivas. Otorgó quince licencias de corso, y no tardó esta clase de guerra en dar buenos resultados a los antes abrumados españoles de la isla.

Andrés Manso de Contreras, uno de los primeros corsarios, yendo a Veracruz para proteger mercantes y llevar provisiones al castillo, fue atacado por una urca y un patache de los filibusteros y tal maña se dio que logró apresar al patache y poner en

fuga la urca. Sucediéronse los combates favorables, y el mito de invencibilidad de los filibusteros no tardó en desmoronarse, elevándose con ello grandemente la moral de los españoles (1).

En muy poco tiempo fueron capturados y llevados a la Habana más de veinte barcos piratas de Tortuga y Jamaica (2), y sus tripulantes publicamente ahorcados en la Plaza de Armas. En carta a España el gobernador anunció haber ejecutado de tal forma a trescientos de los dichos maleantes (3).

Podía haber cundido el ejemplo, ya que al empezar los ataques el Amirantazgo de Flandes se había ofrecido para enviar sus fragatas corsarias, y unos años después los armadores de Vizcaya habían hecho una proposición similar. Pero todas estas ofertas fueron denegadas por influencia de los beneficiarios en el monopolio comercial, que temían cualquier amago de competencia.

También se intentó rehacer la Armada de Barlovento. En 1666 se ordenó la construcción de tres fragatas de guerra bien pertrechadas que habrían de ponerse bajo el mando de D. Agustín Diústegui. Pero el Virrey de Nueva España se opuso al proyecto y envió a Diustegui a España, sustituyendo la proyectada flota por tres fragatas pequeñas y tripuladas por gente novicia, cuyo mando se dio a D. Alonso de Campos. Ya veremos cual sería el triste final de dicha escuadrilla.

(1) Sobre estos combates dice Jacobo de Pezuela «Raynal, D'Exmelin y otros cuentistas ponderadores de las hazañas de los filibusteros, bien cuidado tienen de omitir éste y muchos lances comprobados en archivos mas fidedignos que los suyos. Sus decantados héroes sólo solían acometer a los indefensos o a los desprevenidos» (Pezuela «Historia de Cuba», tomo II, p. 93).

(2) Pezuela «Crónica General de las Antillas», p. 86).

(3) Fernández Duro «Armada Española», tomo V, p. 166.

CAPITULO XI

LOS GRANDES FILIBUSTEROS INGLESES

Jamaica y la guerra anglo-holandesa de 1665

El año 1965 trajo novedades al Caribe. Habiendo estallado la guerra entre Inglaterra y Holanda, y teniendo ambas naciones posesiones en aquel mar, iniciáronse también allí las hostilidades. Así pues los dichos poderes extranjeros, hasta entonces unidos frente a España, comenzaban ahora a luchar entre sí. A primera vista ésto pudiera parecer ventajoso para la agotada monarquía hispánica, pero pronto hubo de verse que no fue así.

El gobernador inglés de Jamaica, Thomas Modyford multiplicó su actividad para que los filibusteros ingleses residentes en Tortuga se concentraran en Port Royal para, unidos a los jamaicanos, iniciar la ofensiva contra los posesiones neerlandesas. Reuniose, en efecto, una gran masa pirática y su empleo hizo que, pese a haber llegado una flota holandesa de 14 naves bajo el mando del célebre De Ruyter, los primeros meses de la guerra fueran en el Caribe favorables a los ingleses. En abril de 1665 una banda de filibusteros mandados por un tal Edward Morgan atacó y tomó San Eustaquio y Saba, saqueándolas horriblemente, y más tarde los capitanes piratas Searcles y Steadman atacaron Tobago e igualmente la arrasaron.

Pero los filibusteros sabían que las verdaderas oportunidades de botín estaban en las ciudades españolas, mucho más civili-

zadas y ricas que las ladroneras que otros países mantenían en las islas. Así pues la gran concentración pirática lograda por Modyford acabó empleándose contra España. Y poco había de oponerse el poco escrupuloso gobernador, ya que el diez por ciento del botín seguía llegando a sus manos.

De los ataques filibusteros ingleses a posesiones españolas llevados a cabo en 1665 destaca el desencadenado contra Nicaragua. En junio de dicho año remontó el Río San Juan una banda de ciento veinte filibusteros, y el 29 cayeron éstos por sorpresa sobre Granada, apoderándose de ella. Siguieron los habituales saqueos y violencias, tras de lo cual los piratas se trasladaron a una isla cerca de la ciudad, pidiendo rescate por los prisioneros. Conseguido esto, se fueron tranquilamente por donde habían venido (1).

Conocida la fechoría, el Presidente de Guatemala, general D. Mariano Carlos de Mencós, ordenó al gobernador de Nicaragua, D. Juan Fernández de Salinas y Cerda, que fortificara la ruta del Río San Juan, cosa que no se llegó a hacer por la eterna falta de presupuesto.

La campaña de Edward Mansvelt

Tomadas por los filibusteros, como ya se dijo, Saba, San Eustaquio y Tobago, el gobernador Modyford señaló como siguiente objetivo la isla holandesa de Curazao, y puso para ello a los filibusteros bajo el mando de Edward Mansvelt, viejo y sanguinario pirata a quien los españoles llamaban Mansafar, y que ya había actuado en el ataque del 63 contra Campeche. La expedición se compondría de un millar de filibusteros con una docena de naves, y segundo en el mando sería el luego famoso Henry Morgan, sobrino de Edward Morgan, que había muerto poco antes de insolación en Saba.

Salió la expedición en diciembre de 1665, pero Mansvelt en vez de ir a Curaçao, se dirigió por propia iniciativa hacia Cuba. En Navidades llegó a un lugar llamado Cayo, donde tomó un barco español y asesinó a sus 22 tripulantes, saqueando luego un

(1) Millá da como autor de la hazaña a Edward Davis, mientras que Bosch habla de los capitanes Morris, Jackman y Morgan, de Port Royal.

poblado cercano. Siguieron luego hasta Júcaro, donde desembarcaron y se internaron en tierra, cayendo por sorpresa sobre Sancti Spiritus, cuya población apenas si tuvo tiempo de huir a los montes. El pirata estableció su puesto de mando en la iglesia y saqueó la población, incendiando 33 edificios (1).

Una vez pirateadas de tal forma las costas de la Gran Antilla, Mansvelt torció con su flota hacia el Sur, en dirección a la isla de Santa Catalina o Providencia, que había sido reconquistada a los ingleses en 1641. Había allí un campo penitenciario y Mansvelt pensaba obtener entre los penados algunos guías para su planeada empresa de tomar Natá en Veragua. La toma de Santa Catalina se la encargó a Morgan, que la logró utilizando la sorpresa. Pero este último pirata comprendió la excepcional situación estratégica de la isla, y convenció a Mansvelt para que la guarneciera, lo que se hizo dejándola bajo el mando de Saint-Simón, un filibustero francés que formaba parte de la expedición.

Partió el resto de los piratas y sus naves dejaron en la costa continental cercana a Portobelo a la guarnición española prisionera en Santa Catalina. Retrocedieron luego costeando hasta la desembocadura del Río Coele, desde sorprendieron el vigía antes de que pudiera dar la voz de alarma. Pero unos indios advirtieron el desembarco y dieron aviso a Natá, que se puso en pie de guerra. Soldados y vecinos armados salieron al encuentro de los piratas y tras un breve encuentro les obligaron a reembarcar. Quedaron prisioneros cuatro filibusteros, quienes declararon que la flota pirata se dirigía contra Portobelo para tomarlo y luego pasar a Panamá.

Pero muy distintos eran en realidad los planes de Mansvelt. Fracasado en Natá, decidió hacer una incursión en Costa Rica hasta llegar a la ciudad de Cartago, donde presumía encontrar un buen botín.

El 8 de abril de 1666 desembarcaron los filibusteros en el Portete, apresando aquí también al vigía antes de que pudiera dar la alarma. Echó Mansvelt a tierra 800 filibusteros, dejando a su flota fondeada junto a Punta de Toro. Con la fuerza desembarcada se apoderó del pueblo de Matina y caseríos adya-

(1) Bosch, op. cit., p. 244. Fernández Duro y Pezuela dan como autores del saqueo a 300 filibusteros mandados por un tal Pierre Legrand (?).

centes, cautivando 35 personas. Pero de la pequeña aldea de Teotique logró escapar un indio llamado Esteban Yaperí, que avisó de lo ocurrido al cura Fray Juan de Luna. Informose en el acto al gobernador de Costa Rica, Maestre de Campo D. Juan López de Flor para que adoptara las medidas pertinentes. Apurada era la situación pues en la región tan sólo había ocho soldades regulares mandados por el Sargento Mayor D. Alonso de Bonilla, debiendo aprestarse por tanto todos los hombres válidos para oponerse a la invasión. Y no quedaba mucho tiempo, pues el enemigo avanzaba ya hacia Turrialba, en su camino hacia Cartago.

El 15 de abril llegó del valle de Cartago alguna gente armada mandada por el capitán de Caballería D. José de Alvarado y los de Infantería D. José de Bolívar y D. José de Guevara. Apostose la gente en la línea de trincheras construida a marchas forzadas en Quebrada Honda por el capitán Pedro Venegas, y allí se le unió poco después el propio gobernador con 300 voluntarios armados. Con este refuerzo se alcanzó el número de 600 españoles e indios mal que bien armados que aguardaban la llegada de los invasores.

Avanzaban éstos tierra adentro, empezando a notar ya la falta de víveres. Capturaron varios indios que llevaban sacos de harina de la molienda, y se disputaron violentamente el dicho alimento, llegando a veces a las manos. En esto algunos indios les informaron de que los españoles les estaban esperando en pie de guerra, exagerando grandemente su número, y no necesitaron más los ya desordenados filibusteros para iniciar la retirada.

Al tener noticia de ella al gobernador se puso en marcha tras ellos con cincuenta hombres, reforzados luego por otros cincuenta mandados por el capitán Venegas. Los filibusteros reembarcaron finalmente el 23 en el Portete, dejando dos rezagados en manos de los españoles.

Después de una escala en la isla de Santa Catalina, Mansvelt regresó a Jamaica, sin duda poco contento de los resultados de su expedición (1).

(1) Bosch (op. cit., p. 245) habla de un ataque a Río San Juan ese año no mencionado por Milia y Massiá de Ros. Probablemente es una confusión con el del año anterior.

La recuperación de Santa Catalina

A falta de mayores éxitos, Mansvelt intentó aprovechar el de Santa Catalina, ofreciéndo la isla a Inglaterra en la persona de Modyford, y pidiendo socorros para ella. Pero el gobernador inglés de Jamaica anduvo remiso en la acepción, pues no deseaba que la dicha isla se convirtiera en centro de filibusteros, haciendo competencia a los buenos negocios piráticos que él tenía en Jamaica.

Fue luego Mansvelt a Tortuga, demostrando nuevamente que se le importaba un ardite de la guerra, en la que desde enero de 1666 intervenía Francia en contra de Inglaterra. Pero D'Ogerón también se negó a socorrer Santa Catalina, por las mismas razones que Modyford. Planeó entonces el pirata acudir al gobernador inglés de Nueva Inglaterra y hacia allí se disponía a partir cuando murió en Tortuga a principios de 1667 al parecer envenenado.

Entretanto Modyford había cambiado de opinión, o mejor dicho le había hecho cambiar una orden llegada de Inglaterra.La guerra, desde la intervención de Francia en apoyo de los holandeses, iba de mal en peor para los británicos, que en abril perdieron la batalla de St Kitts, isla que quedó en manos francesas. En julio una tempestad se tragó la escuadra de Lord Willoughby, junto con su jefe, cerca de Nevis, y poco después los franceses, ayudados por sus aliados los indios caribes, tomaban Antigua y Monserrate, en tanto que los holandeses reconquistaban Tobago y Saba. Así pues la Corona británica decidió aceptar Santa Catalina, pese a pertenecer dicha isla a España, país con el que no estaba en guerra. Nombrose gobernador a un hermano de Modyford, y éste envió en noviembre un barco con refuerzos y material. Pero no podía saber que el «status» de la isla habíase modificado meses antes.

El Presidente de Panamá, Maestre de Campo D. Juan Pérez de Guzmán veía con preocupación comprensible aquella nueva base filibustera tan cercana a las costas centroamericanas. Difícil era pensar en recuperar la isla por la fuerza, pues los contingentes de que se disponía eran muy inferiores a los de Díez Pimienta en 1641 y aún que los que fallaron en su reconquista en 1640. Pero finalmente se decidió hacer un intento, confiando la empresa al Sargento Mayor de la plaza de

Cartagena, D. José Sánchez Jiménez. Preparose una pequeña escuadra con un barco del asiento de negros de Portobelo, una fragatilla de ocho cañones, una balandra de dos y tres lanchas sin artillar donde entraron sesenta soldados de Cartagena y otros tantos negros voluntarios.

Salió la armadilla el 3 de agosto de 1666, y la travesía se pronlongó hata el 15, retrasada por perderse una de las lanchas en el banco de Quitasueños. El mismo 15 desembarcó la gente en un lugar de la isla fuera del alcance de los cañones del fuerte. A las nueve de la noche se lanzó el ataque por tierra y mar, rindiéndose casi enseguida los filibusteros. Sólo se concedió a éstos la gracia de la vida, excepto a dos criollos que servían de prácticos y que fueron ahorcados por traidores. El resto de los piratas fueron llevados a Portobelo en calidad de prisioneros, quedando otra vez la isla en manos españolas (1).

Guarnicionada la posesión, cayó fácilmente en poder de los españoles el barco de refuerzo enviado por Modyford.

Henry Morgan: su personalidad

La historia de la filibustería de la época iba pronto a quedar dominada por un temido nombre, que haría empalidecer el resto de la galería criminal que le precediera. Tal nombre sería el de Henry Morgan.

De origen galés, apareció en el Caribe junto con su tío Edward, entrando ambos en las filas de la filibustería, donde el segundo perecería pronto. Lucharía luego bajo diversos cabecillas piratas hasta que le llegó el momento de tomar el mando de todos ellos.

De creer a Moreno Echevarría no era hombre valiente, aunque gustaba de aparentarlo (2). Relata dicho autor la anécdota de que, debiendo Morgan batirse en un duelo nocturno, contrató a un famoso duelista para que le suplantara y cuanto

(1) «Murieron en el ataque seis ingleses y de nuestra parte un mulato, quedando tres soldados heridos; dato que con los anteriores indica no ser los filibusteros tan diablos como nos los han representado, pues no se parecía en gran cosa al de Jerjes el ejército que les rindió» (Fernández Duro «Armada Española», tomo V, p. 172-173).

(2) Moreno Echevarría, artículo citado.

éste, muerto ya el enemigo, vino a reclamar su paga, asesinóle de un pistoletazo, quedando así como aparente triunfador del lance en cuestión.

Pero, cobarde o no, éste «sol de crimen», como le llama Bosch (1) fue sin ninguna duda el más inteligente y eficaz de todos los jefes filibusteros y en abyección y crueldad tan sólo cedió puesto al monstruoso Olonés. Tuvo, además y sobre todo, la cualidad que Napoleón prefería en sus mariscales, es decir, fue afortunado sobre toda ponderación. Hasta el punto de que todas sus empresas se vieron coronadas por el éxito y, a diferencia de tantos otros, murió en su lecho a avanzada edad, con lo que sus crímenes hubieron de quedar impunes, al menos en lo que a la vida terrenal se refiere.

De sus primeras hazañas existen diversos y confusos rastros. Se sabe que anduvo pirateando por las costas de Yucatán, y Juárez le presenta el 27 de enero de 1661 cruzando ante Campeche, donde quemaría dos fragatas comerciales, aunque sin desembarcar. Ya vimos como la tradición de Santiago de Cuba le hace participante en el saqueo de la plaza en el 62, y que Bosch le pone como protagonista del de Mérida en el 65. Pero sus verdaderas acciones bien comprobadas se iniciarían cuando, muerto Mansvelt, logró hacerse elegir Almirante por los Hermanos de la Costa, a principios de 1667.

Morgan en Puerto Príncipe y Portobelo

En el año 1667 no actuaron los filibusteros en contra de España. Sin duda Modyford consiguió mantenerles concentrados en Jamaica para defenderla durante los últimos meses de la guerra. Acabaría ésta a fines de aquel año, tras reconquistar los ingleses Antigua y Monserrate y ser cruentamente rechazados ante Saint Kitts.

Libre ya de obligaciones bélicas, Morgan se preparó para su primera empresa pirática a gran escala concentrando cerca de la isla de Pinos doce barcos con 700 filibusteros ingleses y franceses. Celebrose consejo de guerra y Morgan propuso atacar Panama, pero se rechazó la propuesta pues aún estaba muy cer-

(1) Bosch (op. cit., p. 246).

cano el recuerdo del fracaso de Cartago, y los filibusteros no deseaban internarse tierra adentro. Se pensó luego desembarcar en Batabanó, en la costa cubana, e ir a la Habana por tierra, pero también se rechazó por las mismas razones, además de temer que la capital de la Gran Antilla se hallase demasiado fortificada. Optose finalmente por Puerto Príncipe, ciudad cubana que se sabía sin guarnición regular.

Así pues, el 28 de marzo de 1668 la flota pirata fondeó frente al puerto de Santa María. Pero un prisionero español que habían capturado con intención de que les sirviera de guía logró echarse al mar por la noche, nadó hasta la costa y llevó a Puerto Príncipe el aviso de lo que se avecinaba. Perdiose pues el efecto de la sorpresa, aunque no por ello renunciaron los filibusteros a sus proyectos.

El alcalde de Puerto Príncipe reunió para la defensa a 300 hombres armados, muchos de ellos negros con lanzas. En vez de atrincherarse ante la ciudad, salió con su gente hacia una gran pradera cercana, donde pensaba ofrecer combate. El encuentro se produjo en dicho lugar en el amanecer del 29.

Inicióse la acción con una carga de caballería por parte de los españoles, que fue rechazada por el nutrido fuego de los famosos «fusiles bucaneros» pereciendo el alcalde con muchos de los suyos. Retiráronse los sobrevivientes hasta las cercanías de la ciudad, resistiendo denodadamente primero allí y luego en las casas, hasta no tener otro remedio que rendirse. Antes de que anocheciera Puerto Príncipe estaba en manos de los filibusteros. Los defensores habían sufrido en la batalla alrededor de un centenar de muertos siendo mucho menores las bajas de los piratas.

Los vecinos fueron encerrados en la iglesia, sin alimentos ni agua, en tanto que los filibusteros saqueaban la ciudad. Luego fueron sacados en grupos, y muchos de ellos salvajemente torturados para que confesaran los posibles escondrijos de un dinero que en su mayoría no poseían. Por fin, después de quince días de desmanes, los filibusteros decidieron abandonar la ciudad, pero antes exigieron el pago de un rescate por no destruirla. El tal rescate consistía en quinientas vacas que se exigía fueran muertas, saladas y luego llevadas a los barcos por los infortunados principeños. En esto fue apresado un negro que llevaba una carta del gobernador de Santiago, Bayona Villanueva,

pidiendo a los vecinos que procuraran retardar la salida de los piratas, pues estaban en marcha tropas para atacarles. Naturalmente esto aceleró los preparativos, y cuando Bayona Villanueva llegó a Puerto Príncipe con 400 soldados de la guarnición santiaguina y numerosos voluntarios de Bayamo, los piratas ya se habían marchado.

Estaban para entonces en un cayo al Sur de Cuba, haciendo recuento del botín, que se componía de 60.000 escudos en moneda y objetos de plata y otro tanto en tejidos de seda y otros artículos. No tocaron a mucho los filibusteros en el reparto, y estallaron por ello fuertes discusiones entre ingleses y franceses, acabando éstos últimos por coger sus naves y marcharse.

A Morgan le quedaban ocho barcos pequeños y unos 400 filibusteros. Quizá otro hubiera regresado a Jamaica o se hubiera dedicado a merodear, pero él decidió atacar Portobelo, y así se lo expuso a sus hombres.

La ciudad de Portobelo era terminal de la Flota de Tierra Firme, y allí se celebraban las ferias anuales en las que se comerciaba con todo lo que las naves traían de España; por ello se la sabía rica en botín, si bien que también fuertemente defendida. Aseguró Morgan a sus hombres que si fracasaban en el primer ataque podían huir facilmente por mar, y con ello les convenció para la empresa. De camino a ella encontraron otro barco filibustero de Jamaica que, al enterarse su capitán del objetivo, se unió a la flotilla.

En los planes de Morgan no entraba el forzar el puerto, que sabía bien fortificado, sino desembarcar fuera de la ciudad y llegar a ella por tierra. A fines de junio llegaron los piratas a Naos, lugar situado a doce leguas de Portobelo, donde desembarcaron y desde donde enviaron un primer reconocimiento hacia la plaza. Embarcaron luego de nuevo y navegaron hasta el lugar llamado Puerto del Pontón, a cuatro leguas de distancia de la ciudad. Allí dejaron las naves y pasaron a las lanchas, en número de cuatrocientos sesenta hombres, costeando sigilosamente hasta la plaza de Buenaventura, en la desembocadura del Longalema, donde desembarcaron.

Sorprendieron allí a un centinela, a quien desarmaron y obligaron a servir de guía. Tras un corto camino llegaron hasta las primeras causas de Portobelo, donde fueron vistos por una

ronda, que dio la alarma diparando sus arcabuces. Iniciose así el asalto poco antes del alba, con gran susto de la población, sorprendida en el sueño.

Por sorpresa fue tomado el primero de los fuertes, llamado Santiago de la Gloria. Según Bosch, Morgan encerró a los soldados de la guarnición, una vez desarmados, en un recinto y lo hizo luego volar con un barril de pólvora, matándoles a todos (1).

Más resistencia opuso el castillo de San Jerónimo, recién construido, donde se había encerrado el gobernador de la plaza, D. José Sánchez y Jiménez, con un centenar de soldados y algunos paisanos. Rechazaron varios furiosos ataques de los filibusteros, causándoles serias bajas.

Ante esta resistencia, Morgan empleó un método muy propio de él. Mandó capturar a todos los frailes y monjas de la ciudad y los utilizó como escudos vivientes para alzar las escalas de asalto. Murieron muchos de aquellos infortunados y no pocos filibusteros, pero finalmente las escalas estuvieron en posición y por ellas ascendieron los asaltantes, protegidos por las descargas de «fusiles bucaneros» hechas desde abajo. Llegado el cuerpo a cuerpo, finalmente fueron dominados los españoles, abrumados por la superioridad numérica enemiga. Murió entre otros el gobernador, que se había negado a rendirse pese a las súplicas de su mujer e hijos que le rogaban que lo hiciese (2). Más tarde, con el apoyo del fuerte conquistado, se redujeron finalmente las últimas resistencias.

Al amanecer empezó el pillaje, haciendo entrar Morgan en el puerto sus barcos para embarcar el botín. Como de costumbre se sometió a tortura a muchos habitantes de la ciudad para que confesaran los escondrijos de dinero, muriendo varios de ellos y quedando lisiados otros. Comenzó también una serie de orgías y borracheras multitudinarias, hasta tal punto que un ataque español un poco resuelto hubiera podido reconquistar la ciudad (3). Finalmente se acabaron los víveres y comenzaron a surgir enfermedades.

(1) Bosch, op. cit., p. 248.

(2) Bosch, op. cit., p. 249.

(3) Massiá de Ros, op. cit., p. 419.

Entretanto el Presidente de Panamá, D. Agustín de Bracamonte se acercaba con tropa armada para intentar la reconquista. Pero al entrar en contacto con los piratas, en vez de atacarles, inició una serie de conversaciones con Morgan, envalentonando con ello a éste, quien llegó a burlarse de él (1). Exigió el jefe pirata la suma de 200.000 escudos como rescate por no destruir la ciudad. Regateó Bracamonte, con ánimo de dar tiempo a que llegara una flota española que impidiera la marcha de los filibusteros, pero los habitantes de Portobelo, que se hallaban en condiciones infrahumanas, exigieron que se llegara a un acuerdo. Finalmente se entregaron 100.000 escudos, tras de lo cual largáronse por fin los piratas. El botín de Morgan totalizaba los 260.000 escudos en moneda, oro, plata y joyas, además de mucho género de seda y tejidos.

En agosto de 1668 regresaron los piratas a Jamaica, donde se les recibió triunfalmente.

Morgan en Maracaibo

A primeros de 1669 preparó Morgán otra expedición. Contaba para llevarla a cabo, aparte de su fama, con el apoyo incondicional del gobernador Modyford, que mucho se había beneficiado de la anterior.

Llegó Modyford hasta el punto de regalar a Morgan una fragata de treinta y seis cañones, la *Oxford,* recién llegada de Inglaterra... para reforzar la flotilla encargada de reprimir la piratería. Pero regaló nefasto fue éste pues, celebrado a su bordo un banquete al que fueron invitados muchos filibusteros, degeneró en borrachera y todos empezaron a disparar al aire sus armas, causando un incendio que, al alcanzar la santabárbara, hizo volar el navío. Perecieron unos doscientos piratas y era de ver

(1) Arguyó Bracamonte que Inglaterra y España se hallaban en paz por el tratado de Aquisgrán, a lo que respondió cínicamente Morgan, «Nosotros nada tenemos que ver con esos tratados, porque no se nos consultó para ajustarlos» (Coroleu, op. cit., tomo III, p. 152).

como acudían otros para despojar a los cadáveres de cuanto de valor tuvieran encima (1).

Desgraciadamente Morgan se había salvado del accidente, y proseguía con sus preparativos. Tratándose de otro quizá los filibusteros, que eran grandemente supersticiosos, hubieran tomado la catástrofe como signo de mal agüero para la empresa, pero tal era la fama de Morgan que acudieron en gran número, tanto franceses como ingleses, a la cita que el pirata les había dado en la isla de la Vaca, cerca de la Española. Se reunieron allí quince naves y novecientos hombres.

Durante algún tiempo operaron cerca de Santo Domingo, haciendo acopio de víveres a costa de los indios de la región y aún de los habitantes del Saint Domingue francés (Haití) Barajáronse entretanto diversos planes, hasta que finalmente se eligió como objetivo Maracaibo, al parecer por consejo de un filibustero francés que participara en la expedición del Olonés.

Llegaron a las proximidades de Maracaibo los piratas en marzo de 1669. Ante su presencia los habitantes de la ciudad abandonaron ésta en masa, huyendo a los montes cercanos con los objetos de valor que pudieron transportar. Así pues Morgan no encontró en la villa ni resistencia ni habitantes a quienes despojar. Realizó entonces toda una serie de expediciones a las cercanías, capturando prisioneros que fueron, según su costumbre, salvajemente torturados en demanda de supuestos escondrijos de dinero o joyas.

Tras tres semanas de estancia en Maracaibo, los piratas se trasladaron a la vecina Gibraltar, que encontraron también desierta. Apresaron un barco anclado en el río a seis leguas de la ciudad, y no descuidaron tampoco las expediciones a las cercanías para capturar prisioneros. Poco a poco fueron concentrando en Gibraltar numerosos cautivos, repitiéndose las terribles escenas de tortura (2).

Finalmente, después de embarcar cuanto de valor hallaron, se dispusieron a marcharse. Pero antes exigieron un rescate por

(1) Fernández Duro «Armada Española», tomo V, p. 174.

(2) Según Bosch fueron torturados en Maracaibo y Gibraltar más de cien padres de familia (op. cit., p. 249). Las feroces escenas de tormento a estos desdichados son descritas vividamente por Moreno Echevarría en su artículo.

no destruir la población, cantidad que los gibraltareños, que acababan de reconstruirla tras el saqueo del Olonés, acordaron satisfacer. Zarpó con ello la flota pirata, pero al llegar al caño de salida del gran lago de Maracaibo se encontraron con una sorpresa para ellos desagradable.

Avisada la Armada de Barlovento del asalto a Maracaibo y Gibraltar, había zarpado en busca de los piratas y ahora se hallaba en la parte más estrecha del caño de salida. Se componía la tal flota de las fragatas *Magdalena* de 38 cañones, *San Luis* de 26 y *Marquesa* de 14, y estaba bajo el mando de D. Alonso de Campos y Espinosa. No se le ocultaba a éste la inferioridad en que se encontraba frente a la mucho más numerosa flota pirata, pero confiaba en embotellarla en el estrecho paso. Para ello había reparado un pequeño fuerte abandonado situado en el lugar, guarneciéndolo y artillándolo como apoyo suplementario a sus barcos.

Llegado Morgan ante el dispositivo español, intentó primeramente negociar, ofreciendo devolver el botín si le dejaban paso libre. Pero el jefe español se negó en redondo, exigiendo la rendición de los piratas.

Apeló entonces Morgan a un ardid. Sacrificando una de sus naves la transformó en brulote, atiborrándola de pólvora y materias inflamables, e incluso colocando en cubierta postes con ropas y gorros para fingir que iba tripulada. Encendida la mecha, la nave fue impulsada hacia la escuadrilla española.

El resultado superó todas las esperanzas del jefe pirata. En vez de cañonear el navío que se aproximaba, le salió al encuentro la fragata almiranta *San Luis* de D. Mateo Alonso Huidobro, con el propósito de abordarlo. Produjose el estallido, y el incendio se propagó instantáneamente no sólo a la nave abordadora, sino a la capitana *Magdalena* que había acudido en su ayuda. Quedaron ambas destruidas, en tanto que la *Marquesa*, sola y con la gente desconcertada, era abordada y rendida por los filibusteros.

D. Alonso de Campos y varios de los suyos lograron salvarse a nado y llegar al fuerte. Contaba allí con ochenta hombres y catorce cañones, y continuó decidido a impedir el paso a los piratas, aún sin flota. Ante ello Morgan dejó en el caño algunas naves de guardia, así como buzos para sacar 20.000 escudos que se enteró iban a bordo de la capitana española, y regresó con su

grueso a Maracaibo, donde cobró un segundo rescate por la ciudad y los prisioneros. Pasó allí tres semanas, ocupándolas en aderezar 500 vacas que pensaba llevarse como víveres. Luego envió un parlamentario a Campos exigiéndole de nuevo el paso. Pero el español, haciendo gala de un valor y entereza que fueron sus únicas cualidades en la desdichada acción, se negó una vez más.

Morgan recurrió entonces a una nueva estratagema. Envió a tierra canoas con gente como si pretendiera desembarcar a su tropa filibustera para atacar al fuerte por el lado de tierra. Pero en el viaje de vuelta las canoas volvían a llevar a los filibusteros a las naves, bien que tumbados para no ser vistos por los vigías del fuerte. Engañado Campos y temiendo el fingido ataque, trasladó sus cañones para cubrir la parte de tierra, tras de lo cual tuvo que asistir al impune paso de la flota enemiga por el estrecho sin poder ofenderla de ninguna forma. El 14 de mayo de 1669 llegaba Morgan a Jamaica, donde se le tributó un apoteósico recibimiento.

Gran conmoción causó el suceso en España. Campos y Huidobro fueron apresados y enviados a Sevilla para su procesamiento, pero resultaron absueltos, quizá al comprender las autoridades que ellas eran las mayores culpables de lo sucedido al no haber tomado las medidas defensivas pertinentes ante la ofensiva pirata. Envióse una fuerte protesta diplomática a Inglaterra mencionando las agresiones de Morgan y algunas otras más llevadas a cabo en las Indias por la época (1). Como de costumbre el gobierno inglés respondió evasivamente sin aportar solución ninguna.

Fueron entonces cursadas instrucciones a las autoridades españolas del Caribe en el sentido de responder a la violencia con la violencia, bien que omitiendo el envío de fuerzas militares suficientes para escarmentar de una vez a los piratas y a sus protectores jamaicanos. No obstante desencadenose una gran actividad por parte de los corsarios cubanos en contra de los filibusteros y del tráfico mercantil inglés en el Caribe, distinguiéndose Felipe Geraldino. Thomé Rodríguez. los hermanos Vázquez e incluso el Sargento Mayor de la Habana, Marcos de Alcalá. Apresáronse numerosos barcos ingleses y se libraron combates victoriosos contra los filibusteros en Cabo Catoche y Cabo Corrientes. Desde la Habana se enviaron dos transportes con víveres y voluntarios al gobernador de Florida D. Manuel Zendoya para ayudarle, como se hizo, a expulsar a los piratas ingleses que habían establecido una base en el lugar llamado Santa Elena. Tampoco se libró la propia Jamaica, pues en julio de 1670 dos barcos corsarios de Cuba atacaron su costa septentrional, arrasando varias haciendas y llevándose prisioneros (1).

(1) El mismo año del asalto a Maracaibo dos lugartenientes de Morgan llamados Coz y Duncan habían saqueado la ciudad de Santa Marta, de la que era gobernador D. Vicente Sebastián Maestre. Entre otros muchos capturaron allí al obispo D. Lucas Fernández de Piedrahita.

Empezábanse ya a preocupar los comerciantes ingleses ante las pérdidas sufridas. Finalmente el 18 de julio de 1670 se firmó en Londres un nuevo tratado con Madrid por el que los españoles reconocían finalmente a Jamaica como inglesa y daban por terminada la labor de sus corsarios, a cambio de lo cual Inglaterra prometía el retiro de todo apoyo a los filibusteros y la represión de los mismos.

De como cumplieron los ingleses su compromiso se tratará a continuación.

La gran expedición de Morgan contra Panamá

Sin importarle lo más mínimo paces ni tratados, Modyford impulsó a Morgan a que preparara otra expedición, que el pirata decidió sería contra Panamá, objetivo que le obsesionaba. Apenas anunciado el proyecto acudieron de todas partes cientos de filibusteros, atraídos por la fama de Morgan. En esta ocasión el gobernador de Jamaica le entregó pertrechos de guerra de los depósitos oficiales, confirmándole como capitán de Inglaterra.

En septiembre de 1670 partió la flota, fuerte en 25 naves y 1.600 piratas, haciendo primera escala en la isla de la Vaca, donde una vez más se estableció el punto de reunión. Morgan dijo allí que era necesario hacer acopio de víveres pues, según él, otras expediciones se habían frustrado al acabarse éstos y

(1) Bosch op. cit., p. 250-251.

verse obligados sus componentes a hacer incursiones para robarlos, frustrándose así la sorpresa. De los bucaneros de la parte francesa de la Española obtuvieron por grado o por fuerza considerables cantidades de carne salada, pero para el maíz y el mijo Morgan envió a Río del Hacha cuatro naves bajo el mando del capitán Edward Collier.

Por el camino esta fuerza capturó un barco español cargado de maíz. Los filibusteros franceses reconocieron en él el mismo navío que, con cargamento entonces de cacao, tomara el Olonés en Maracaibo y que D'Ogeron enviara a Europa para comerciar el cargamento, vendiéndolo a la vuelta a los filibusteros. Capturado luego por los corsarios españoles, el barco había sido devuelto a sus legítimos propietarios, a quienes ahora se arrebataba de nuevo. Los piratas tomaron este lance como augurio de buena suerte.

Al día siguiente del suceso llegó la escuadrilla a su objetivo, Río de Hacha y la pequeña población cercana de Ranchería. Los vecinos excavaron rápidamente trincheras y resistieron algún tiempo primero en ellas y luego, desalojados de las mismas, en el propio caserío. Finalmente, acabado el día, fue conquistado totalmente aquel, retirándose sus pobladores al bosque. En el saqueo y persecución transcurrió cerca de un mes, y luego, antes de irse los forajidos solicitaron un rescate por no destruir las casas, exigiéndolo en maiz. Logrado esto zarparon junto con la nave apresada, rumbo a la isla de Vaca.

Morgan estaba preocupado por su tardanza y pensaba convocar un consejo sobre el particular, pero su llegada lo hizo inútil. Sin embargo no se había desaprovechado la espera, pues además de ser carenadas y preparadas las naves, llegaron algunos refuerzos. Fueron éstos varias naves de Nueva Inglaterra y también tres capitanes de Port Royal que, de regreso de piratear el lago de Nicaragua, cuando vendían su botín en Jamaica recibieron indicaciones de Modyford en el sentido de unirse a la armada pirata de Morgan (1). Con lo que éste se encontró al mando de treinta y siete naves y 2.200 filibusteros.

(1) El saqueo del lago de Nicaragua tuvo lugar en octubre de 1670. Los piratas remontaron el río San Juan pese a la presencia del fuerte San Carlos, y saquearon Granada. Millá atribuye este ataque a un supuesto «Juan Morgan» (Millá op. cit., p. 354).

El almirante pirata, muy consciente de su nueva categoría de oficial naval inglés, dividió su flota en dos escuadras. Una de ellas izó en la proa de sus naves el pabellón del rey de Inglaterra, y a popa otro rojo con la cruz blanca que era la enseña del Parlamento, y en el bauprés una bandera blanca, roja y azul. En la otra escuadra los barcos izaron en la proa la célebre enseña blanca de la flota británica, a popa otra igual con cuatro cuadros rojos en una esquina, y en el bauprés el pabellón real (1). Se acordó también el futuro reparto del botín, en cuantía para los simples piratas muy superior al de la clásica «chasse-partie». Esto lo hizo Morgan a causa de que algunos de sus subordinados querían ir a Cartagena o a Veracruz, desconfiando siempre del cruce del istmo. De todas formas el jefe pirata no pensaba cumplir las leyes de reparto que proclamaba.

El 19 de diciembre salió la gran flota filibustera en dirección a la isla de Santa Catalina, que Morgan deseaba tomar de nuevo para conseguir guías entre los presos comunes allí recluidos. Desembarcaron allí gente armada en canoas, logrando fácilmente la rendición de la pequeña guarnición española (2). Perdieron en la isla dos naves por varada y, quizá en venganza por el accidente, destruyeron totalmente el caserío. En compensación a dichas pérdidas, los filibusteros lograron los servicios de un indio y un zambo que se ofrecieron como guías.

El 20 de diciembre Morgan envió tres barcos y 600 hombres bajo el mando del capitán Joseph Bradley con orden de tomar el castillo de San Lorenzo de Chagres, en la desembocadura del río que pensaba seguir en su ruta hacia Panamá, a través del istmo. Aquella debía ser la primera de las operaciones directamente relacionadas con el asalto a la codiciada ciudad.

Las autoridades españolas ya tenían indicios de que algo se estaba preparando, y el 15 de diciembre el gobernador de Cartagena envió aviso a Panamá, advirtiendo de un posible ataque filibustero. Era presidente de Panamá en las fechas D. Juan Pérez de Guzmán, Caballero de Santiago, quien al principio no dio crédito al aviso, a causa del nuevo tratado firmado con Ingla-

(1) Masiá de Ros op. cit., p. 426.
(2) Oexmelin dice que el gobernador español exigió tan sólo que se realizara un combate simbólico antes de capitular.

terra. Pero al llegar la nueva de la toma de Santa Catalina, decidió al fin tomar las medidas que le parecieron oportunas para asegurar la ciudad bajo su mando (1).

Para reforzar el castillo de San Lorenzo de Chagres, el presidente envió un total de cien hombres, cincuenta soldados de la guarnición mandados por el capitán ayudante Luis Gonzaga, y cincuenta de la compañía de zambos con el capitán Juan de Leguizano. Con estos refuerzos el castellano de San Lorenzo, D. Pedro de Elizalde y Ursúa, llegó a contar con 314 combatientes, con los que dijo que podría resistir cualquier ataque.

Guzmán envió igualmente a Cruces, en el camino a Panamá, al capitán Francisco González Salado y al capellán de la Audiencia D. Juan de Aras, con órdenes de fortificar el lugar. Para guarnecerlo enviáronse quinientos hombres pertenecientes a la compañía del capitán Cordero, los voluntarios del pueblo de Chane, la compañía de vaqueros negros a caballo de Pecora, del capitán Mejía, la compañía de pardos libres del capitán Luis de Castillo y los destacamentos de los capitanes D. Pedro Amés y D. Diego Carcelén.

El combate por San Lorenzo de Chagres se inició el 6 de enero, al llegar ante el castillo la flotilla de Joseph Bradley. El castellano hizo salir al capitán negro libre José de Pardo con su compañía para intentar una emboscada, pero el enemigo desembarcó por un lugar distinto al previsto, por lo que renunció a la operación, encerrándose los españoles en el castillo.

El primer ataque tuvo lugar por la parte del portillo, lanzándose al asalto quinientos filibusteros protegidos por el fuego incesante de los «fusiles bucaneros», a los que respondió eficazmente la arcabucería española. Los atacantes fueron rechazados con numerosas bajas. Un segundo ataque lanzado esta vez por todas las partes a la vez fue igualmente rechazado. A las cuatro de la tarde atacaron los piratas de nuevo, siendo también repelidos por los defensores del castillo.

(1) El presidente Guzmán se encontraba en malos términos con el Virrey del Perú, Conde de Lemos, del que dependía, por haberle acusado éste del delito de cohecho. (Guillermo Lohmann Villena «El Conde de Lemos, Virrey del Perú», p. 35 y sigs.)

Habían muerto ya muchos filibusteros, y el desánimo cundía entre sus filas, pero un accidente vino a favorecerles. Por la noche estalló en el castillo un pedrero y con la explosión se derrumbó todo un lienzo de muralla, que no debía ser muy firme, entre los baluartes de S. Francisco y San José. Se infiltraron los filibusteros por la brecha y lanzaron contra las instalaciones de la fortaleza numerosos ingenios y artificios de fuego, logrando finalmente el incendio del castillo. Se quemaron allí numerosas armas y finalmente estalló el polvorín, destruyendo los edificios y aniquilando a casi toda la guarnición. De entre las ruinas salieron entonces en tromba el castellano y setenta supervivientes, que entraron en terrible combate cuerpo a cuerpo con los filibusteros, dando muerte a un centenar antes de sucumbir. Pero con ello terminó el combate, quedando los residuos de la posición española en manos de los filibusteros.

Excepcionalmente sangrienta había sido la lucha. De los defensores tan sólo habían quedado con vida treinta, de ellos veinte heridos, y la tropa filibustera había quedado también casi destruida, figurando entre los muertos el propio Bradley. Según el Conde de Molina habían quedado muertos 400 piratas, con lo que sólo restarían unos 200, es de suponer que muchos de ellos heridos. Envióse una canoa en busca de Morgan, informándole de la toma del castillo y de las bajas que ello había costado.

Poco después de estos hechos llegaron al lugar 250 españoles bajo el mando del teniente Gil de la Torre, el capitán negro Abrego y dos hermanos conocidos como los Solises. De haber llegado antes hubieran podido levantar el cerco de la fortaleza o quizá vengar su pérdida, pero al ver el castillo en ruinas y la gran flota de Morgan entrando en el puerto, optaron por retirarse sin entablar combate.

La caida de San Lorenzo de Chagres provocó una baja en la moral de las fuerzas españolas, que no se animaron a imitar en el heroísmo a sus defensores. De Barro Colorado se retiró el capitán Luis de Castillo con su gente, mientras que en Cruces el Capitán González Salado convocó, sin tener autoridad para ello, una Junta de Guerra en la que se acordó retirarse también de allí llevándose o destruyendo todos los víveres, a fin de privar de ellos a los piratas. El presidente Guzmán, en vez de imponerse a sus subordinados, decidió aprobar la medida.

Entre tanto Morgan había atracado su flota ante el destruido

castillo, aunque no sin dificultades. En la boca del río Chagres perdió por varada cinco de sus naves, entre ellas la almiranta, lo que no dejó de causar una pésimo efecto entre sus hombres (1). Mas no por ello renunció a sus planes contra Panamá.

El almirante filibustero dejó 300 de los suyos en el destruido castillo, y 150 más en la flota, todos ellos bajo el mando del capitán Norman. Con el resto, que sumaría unos 1.400 hombres, 500 de ellos franceses, inició la marcha hacia el interior el 19 de enero de 1671. En un principio la fuerza pirata remontó el Chagres en dos naves de fondo plano capturadas al pie del castillo, dos fragatas ligeras y numerosas canoas. Ese primer día avanzaron hasta la confluencia del Chagres con uno de sus afluentes en Dos Brazos. Hallaron allí un poblado, pero no víveres, pues los españoles se los habían llevado en su retirada.

Al mediodía del 20 alcanzó la flotilla de Morgan un lugar llamado Cruz de Juan Gallego, igualmente desierto. A partir de allí el río empezó a estar intransitable debido a escollos y troncos, por lo que se decidió abandonar las embarcaciones y continuar a pie. Pero el 21, al llegar a Cerro Bueno, hallaron que el río se ensanchaba y volvía a ser navegable, por lo que regresaron en busca de las canoas, que llevaron con gran trabajo hasta el ensanchamiento.

El 22 los filibusteros se dividieron en dos columnas, una de las cuales avanzaría por tierra y la otra por el río. Los víveres transportados por ellos habíanse terminado ya y cuando al anochecer llegaron a Tornacaballos el hambre había empezado a manifestarse. Hallaron allí solamente unas bolsas de cuero vacías y comiéronse el dicho cuero tras mojarlo y machacarlo. Con las primeras sombras de la noche continuaron el camino a Torna Muni, por ver de encontrar algo mejor. Pero dicho lugar estaba igualmente desierto y vacío de víveres. A falta de cosa mejor, pernoctaron allí.

(1) «Algunos supersticiosos interpretaron como un aviso el que al entrar en la boca del Chagres zozobrase la nave almiranta de Morgan, y hubiese resultado tan difícil y costoso apoderarse del fuerte de San Lorenzo» (Masiá de Ros, op. cit., p. 428). Por otra parte unos indios apresados por los piratas y que huyeron en la noche relataron, quizá supliendo la realidad con su fantasía, que en uno de los barcos hundidos murió una mujer inglesa a la que se tenía por bruja y daba adivinanzas del porvenir (Juan B. Sosa «Panamá la Vieja», p. 150).

A partir de Torna Muni debieron abandonarse definitivamente las canoas, marchando todos por tierra. El 23 la tropa pirata hizo su entrada en el poblado de Barbacoas, también abandonado. Tras mucho buscar encontraron dos sacos de harina, algo de maíz y algunos plátanos junto con dos tinajas de vino, todo lo cual no bastó evidentemente para matar el hambre de la numerosa partida. Esa noche durmieron todos en campo abierto tras organizar las correspondientes guardias para evitar alguna sorpresa.

El 24 iniciaron los filibusteros una penosa marcha a través del bosque, distrayendo el hambre con raíces, hierbas y hojas. A mediodía hallaron un hato abandonado y, tras la habitual búsqueda, encontraron un saco de maíz, alimento que devoraron crudo. Para colmo de desdichas para los expedicionarios hicieron su aparición algunos grupos de indios que mataron a flechazos varios filibusteros. Se sucedían las protestas y tan sólo la fama y tenacidad de Morgan lograron mantener unida la hambrienta banda.

El 25 llegaron los piratas a Cruces, encontrando la villa desierta y con algunas casas incendiadas. Deambulaban por allí algunos gatos y perros que fueron rápidamente cazados y devorados. También se encontraron unas barricas de vino, pero Morgan, a fin de evitar una mutitudinaria borrachera, hizo correr el rumor de que estaba envenenado, siendo aparentemente comprobada tal especie por el hecho de que varios piratas, tras de beber tal vino con el estómago vacío, cayeran enfermos. Hambrientos y agotados, los filibusteros debieron descansar durante toda la tarde, y perdiose entonces una buena ocasión para atacarles.

El 26 preparó Morgan la última etapa del viaje, convenciendo a sus famélicas huestes para que se pusieran en camino. Díjoles que Panamá se hallaba a ocho leguas, mientras que, si regresaban, les esperaba el árido camino ya recorrido, sin posibilidad de aprovisionamiento ninguno. Así pues finalmente logró que se pusieran en marcha.

Llegó la columna a Quebrada Oscura, llamada así por ser tan honda que se decía que apenas llegaban a su fondo los rayos del sol. Allí fueron sorprendidos de pronto por una verdadera granizada de flechas lanzadas por numerosos indios dispuestos en emboscada. Entablóse el combate y en él sufrieron los piratas

ocho muertos y diez heridos, en tanto que su fusilería abatía a dos indios. Pero ocurrió la desdicha de que uno de ellos fuera el cacique que dirigía el ataque, y con su muerte retiráronse sus guerreros, perdiéndose una buena oportunidad de diezmar a los filibusteros, que habían sido atrapados en una situación muy desventajosa. Durante el resto del día fueron continuas las hostilidades de los indios, aunque no se corrió el peligro anterior. Morgan intentó por todos los medios hacer prisionero a alguno de ellos para que le informara de la situación en Panamá, pero no lo logró. Hubo otro momento de pánico al empezar a llover, amenazando con inutilizarse los «fusiles bucaneros» al mojarse la pólvora, pero también esa inquietud se disipó al mejorar el tiempo en las últimas horas del día.

Al amanecer del 27 la columna comenzó a avanzar por una pradera abierta, a la vista de varios grupos de indios. Y de pronto, al coronar una pequeña loma, se ofreció a la vista de los expedicionarios la para ellos maravillosa vista del Pacífico, con una nave y varias lanchas que se alejaban de la costa a todo trapo. Hubo gran alborozo entre los piratas, aumentando al topar no lejos de allí con un grupo de caballos y asnos. Excusando es decir, como los hambrientos filibusteros cayeron sobre ellos, los mataron y despedazaron en un instante y luego los devoraron apenas chamuscadas sus carnes en las grandes hogueras que aquí y allá se encendieron (1).

Saciado ya el apetito continuaron el camino y por la tarde, al subir a otra loma avistaron al fin la deseada ciudad de Panamá, lo que les hizo disparar al aire sus fusiles en señal de jolgorio. Morgan dispuso pasar la noche en aquella altura, que luego sería conocida bajo el nombre de «Loma de los Bucaneros».

También se realizaban preparativos por el lado español. El presidente Guzmán había perdido la oportunidad de atacar en Cruces, cuando la columna enemiga estaba exhausta, de apoyar

(1) «Podemos deternernos un minuto a imaginarnos la escena, los rostros brutales iluminados por la mirada relampagueante del hambriento que, de súbito, halla comida a pasto; las manos sucias encorvadas como garras y las bocas envueltas en barbas hirsutas mojadas por la saliva de la gula; podemos oír las palabrotas de los comensales estallando entre risotadas salvajes; podemos ver, en fin, la imagen del banquete de los demonios en los reinos del infierno» (Bosch op. cit., pp. 255-256).

en Quebrada Oscura el ataque de los indios, que por sí solos estuvieron a pique de causar un desastre a los de Morgan; y en todo caso retrasar y debilitar el avance de éste con una defensa en líneas sucesivas como hicieran los vecinos de San Pedro frente al Olonés. Tal vez pensara el español que la falta de víveres bastaría para detener a los filibusteros, pero ahora, avisado por los indios de la inminente llegada de aquellos, debió tomar apresuradas medidas defensivas para hacerles frente.

Hizo el presidente cargar la nave *Trinidad*, de Francisco de Peralta, con las monjas, mujeres, niños y la plata del Rey, amén de todo objeto de valor que en ellas pudiera embarcarse, enviándola luego hacia el Sur en unión de varias lanchas (ésas fueron las embarcaciones que los filibusteros vieron al avistar el Pacífico). Iniciose también la habitual tarea de esconder el dinero por parte de los habitantes, en tanto que se aprestaban las fuerzas disponibles junto a los refuerzos llegados en los últimos momentos. De Veragua llegó el gobernador Juan Portuondo Borgueño con 250 hombres mandados por el capitán D. Alfonso de Alcaudete; y destacamentos menores afluyeron también de Natá, Villa de los Santos, Chame, etcétera, hasta hacer ascender las fuerzas españolas a un total de 1.300 ó 1.400 hombres.

Quizá hubiera podido defenderse la ciudad por medio de trincheras, pero Guzmán, aunque ordenó cerrar algunas calles y erigir varias barricadas, pretextó luego la escasez de armas de fuego para decidirse por presentar batalla en campo abierto. Sacó, pues, las tropas de la ciudad y envió una avanzadilla de 350 hombres (cien indios de Darien, otros cien de Penomene, cincuenta españoles mandados por el ayudante D. Juan Rondón y otros cien por el capitán Prado) para vigilar a los piratas. Más o menos se conocía el número y armamento de éstos por el interrogatorio de un filibustero a quien los indios hicieron prisionero el 24, enviándole bajo custodia a Panamá.

Como complemento a las medidas defensivas adoptadas, Guzmán hizo pasear por las calles de la ciudad la imagen de la Inmaculada Concepción seguida por las siete cofradías de Panamá, ordenando también toda suerte de rogativas y preces por el éxito de la inminete batalla.

Al amanecer del 28 de enero Morgan se puso en movimiento. Aconsejado por los guías que había traído de Santa Catalina, no

avanzó por el camino principal, sino que dio un rodeo para desembocar en el lugar llamado Matasnillos. Con ello tomó ventaja sobre la caballería española que, esperando combatir en el llano, se encontró ante un terreno abrupto y en parte pantanoso.

Formó el presidente Guzmán sus huestes en tres trozos, dirigidos respectivamente por D. Juan Portuondo Borgueño el derecho, Alonso de Alcaudete el izquierdo y el Sargento Mayor de Panamá, D. Juan Jiménez, el central. Aparte quedaba la caballería, formada por 200 jinetes, y también dos manadas de toros bravos dirigidas por treinta vaqueros negros de Pecora a caballo. Estas últimas constituían el «arma secreta» del presidente, que contaba lanzarlas en estampida sobre los filibusteros para arrollarles.

Por su parte Morgan hizo desplegar una avanzadilla de 200 tiradores escogidos, provistos de «fusiles bucaneros» de largo alcance, y el resto lo distribuyó en tres cuerpos: vanguardia de 300 hombres, bajo el mando de John Morris, retaguardia de otros 300 bajo Bleary, y centro, con 500, mandado por el propio Morgan y Edward Collier. Las fuerzas eran aproximadamente iguales numericamente a las españolas, pero muy superiores en organización y armamento. En efecto, en el bando hispano eran raros los arcabuces, parte de ellos comprados a última hora, y todos con un alcance inferior a la mitad del de los fusiles de los piratas. Muchos eran los campesinos e indios, por otra parte, que suplían las picas con lanzas, flechas y hachas.

Inicióse el combate con gran desorganización por parte de los defensores. Interpretando mal el movimiento de despliegue de Morgan, los de Alcaudete se lanzaron a la carrera contra la línea filibustera, al grito de «¡A ellos, a ellos, que se huyen!», sin que su jefe pudiera contenerles, bien que lo intentó incluso a cuchilladas.

Visto que se iniciaba la batalla, Guzmán lanzó a su vez al ataque a la caballería y a los toros. Pero éstos fueron recibidos con nutridas descargas por los piratas, por lo que dieron media vuelta y fueron a chocar con la caballería española, que desorganizaron. Avanzó entonces Morgan con su grueso, haciendo terrible fuego de fusilería contra los españoles de a pie, que sufrieron en aquel trance más de un centenar de muertos. Iniciose la desbandada, que pronto pasó a ser incontenible. El gobernador reunió a muchos de los que huían y se puso a su frente para un último ataque desesperado, no consiguiendo sino sufrir nuevas bajas y deber finalmente retirarse también.

A medio día la derrota española era total. El presidente Guzmán ordenó volar los polvorines y evacuar el personal civil que aún permanecía en Panamá, tras de lo cual se retiró al pueblo indio de Penomene junto con el oidor D. Andrés Martínez de Amileta, el fiscal D. Alfonso de Caxal del Campo y el gobernador de Veragua D. Juan Portuondo Borgueño. Alcaudete, herido de dos balazos, fue llevado a Portobelo.

A las tres de la tarde penetró Morgan en la ciudad por el camino de Portobelo. Aún se le opuso alguna resistencia, en especial con un cañón en la Plaza de Armas que, en disparo de metralla, causó bastantes bajas a los filibusteros. Pero pronto fueron vencidos tales últimos intentos, quedando la ciudad en manos piratas. Habían tenido éstos 300 bajas, de ellas tan sólo 20 muertos, en la batalla, y algunos más en la ciudad, en tanto que los españoles sufrieron casi 500 muertos. Los heridos, desde luego, fueron rematados por los hombres de Morgan (1).

Empezó acto seguido el saqueo. Morgan envió dos columnas de 150 hombres cada una para aprisionar fugitivos, así como varias lanchas a las islas de la bahía. El resto de los piratas se entregó al más violento de los pillajes por las casas de la ciudad. Por la noche se extendió por ésta un voraz incendio que acabó por destruirla totalmente (2).

Sin alterarse por el siniestro, Morgan instaló su cuartel general en medio de las ruinas, iniciándose los habituales tormentos a los prisioneros en demanda de información sobre supuestos escondrijos de tesoros. En el puerto fue capturada una nave, y algunos piratas salieron en ella para interceptar un barco español que se decía estaba al llegar del Perú con barras de plata. Apresaron una chalupa que resultó pertenecer al navío esperado, pero éste, al no regresar la dicha embarcación, optó

(1) Bosch, op. cit., p. 256.

(2) Sosa dice que la catástrofe se debió quizá a la voladura de los polvorines ordenada por Guzmán. Massiá de Ros sostiene, en cambio, que el propio Morgan ordenó incendiar algunas casas para prevenir un ataque español en la oscuridad, propagándose el fuego al resto de la ciudad.

cuerdamente por permanecer lejos de las costas. Entre tanto seguía en tierra la persecución de fugitivos y las atroces escenas tan repetidas durante los ataques filibusteros.

No habían permanecido ociosas la autoridades peruanas al tener noticia de los anteriores acontecimientos. Al llegar la nueva de la caída del fuerte de San Lorenzo, se dispuso el envío de refuerzos a Panamá. El 4 de marzo zarparon dos barcos con 200 españoles y 100 mulatos, mandados por el Maestre de Campo Hernando de Ribera, y transportando entre otros bastimentos 105.000 pesos y 100 botijas de pólvora. Pero al llegar a Paita se enteraron de la caída de Panamá, y acordaron aguardar en aquel puerto la llegada de refuerzos antes de atacar por sí solos a los victoriosos piratas.

La mala nueva llegó a Lima el 8 de marzo, causando una gran impresión. Temíase que los piratas planeasen quedarse en Panamá, convirtiendo la ciudad en una nueva isla Tortuga desde la que infestar todo el Mar del Sur. El Virrey de Perú, D. Pedro Fernández de Castro y Andrade, Conde de Lemos; decidió al instante organizar una poderosa fuerza para arrojar de Panamá a los filibusteros.

El 23 de marzo zarparon del Callao los galeones *San José, San Francisco de Paula, Nuestra Señora de Atocha, Santo Cristo de Lezo* y *Nuestra Señora de la Encarnación,* todos ellos de la Armada del Mar del Sur, siendo General de la expedición D. Juan Urdanegui, caballero de Santiago, y Almirante D. José Alzamora. Las fuerzas de desembarco estaban mandadas por D. Francisco Baños de Herrera con el título de Maestre de Campo General, y se componían de 1.615 hombres divididos en seis tercios de unos 250 hombres cada uno, con cuatro pagas adelantadas y abastecimientos para una campaña de ocho meses (1).

Se incorporaron a esta flota los dos barcos de Paita, y también dos lanchas con 300 hombres enviados por el presidente de la Audiencia de Quito, ordenándose también que en todos los

(1) Los tercios iban mandados por el Maestre de Campo D. Luis Ibáñez de Peralta y Cárdenas, caballero de Santiago, D. José de Alzamora Ursino, D. Antonio de Butrón y Moxica, D. Silverio de Beingolea, D. Francisco Antonio Núñez Vela, caballero de Calatrava y D. Luis Antonio de Oviedo y Herrera. La artillería estaba bajo el mando del Lugarteniente del Capitan General D. Miguel Lozano de las Cuevas. (Lohman Villena, op. cit., p. 356-357.)

puertos en que se recalara, fueran incorporados a la tropa todos los fugitivos de Panamá capaces de combatir que hubieran llegado allí. Con ello se reunió un conjunto de nueve navíos bien artillados, 2.500 hombres, 70 cañones de campaña y numerosos bastimentos.

No contento con ello, el Virrey organizó en Lima una segunda expedición de 400 españoles y tres compañías de mulatos libres. En esta expedición iba la compañía de granaderos del capitán Gregorio Montero con numerosos artificios de guerra. El 4 de abril salió la expedición del Callao a bordo del galeón *San José,* nave Almiranta de la Armada del Mar del Sur, y la fragata *Santa María.* Para proteger las ciudades peruanas, casi desguarnecidas por la marcha de tanta tropa, el Virrey fundó en Callao y Lima un nuevo tercio de infantería con gente de comercio.

La flota de Urdanegui llegó a finales de marzo ante Panamá, pero en vez de los filibusteros de Morgan la salieron a recibir los oidores D. Luis de Losada Quiñones y D. Andrés Martínez de Amileta, con la noticia de que los piratas se habían ido y que ellos habían asumido provisionalmente el mando de la destruida ciudad y su dispersa población. Se les relevó de la carga y tomó el mando con carácter interino D. Miguel de Marichalar, representante del Virrey, quien inició el socorro de los infelices panameños con los bastimentos que traía la flota.

Morgan, efectivamente, nunca había tenido la idea de conservar la ciudad, sino sólo de saquearla, lo que realizó a conciencia. Ya el 24 de febrero, antes de que salieran los primeros barcos del Perú contra él, había iniciado el viaje de vuelta, llevando el botín en 175 caballos y mulos de los que corrientemente transportaban plata a Portobelo, y siendo acompañado forzosamente por 600 prisioneros, muchos de ellos esclavos. En Cruces pasaron a las canoas y liberaron mediante rescate a los prisioneros no esclavos. Tras seguir a la inversa el camino anterior de ida, bien que con menos penalidades, llegó el 9 de marzo a Chagres. Allí pretendió exigir un rescate por la fortaleza, pero los españoles se negaron por saberla en completa ruina.

Iniciado el reparto en la desembocadura del río, entregáronse a cada filibustero diez libras de plata. Protestaron en el acto los piratas por creer ello poco, y algunos hablaron de que ciertas joyas que ellos echaran en el montón común no habían sido repartidas. Incluso llegaron a rodear a Morgan, amenazantes,

pero el jefe pirata les aquietó diciéndoles que aquel había sido tan sólo el primer reparto, y que luego se distribuiría el grueso. Por la noche hizo dar a todos ron en abundancia para celebrar el éxito de la empresa.

Pero antes de salir el sol, aprovechando la monumental borrachera de sus hombres, Morgan zarpó con cuatro naves, llevándose a sus compinches más cercanos y, naturalmente, todo el botín. A la altura de Portland naufragó la nave *Mary*, en la que iba Morgan, pero las restantes consiguieron rescatar de ella los hombres y riquezas que transportaba. Llegados todos finalmente a Jamaica, fueron entusiásticamente acogidos por Modyford, que éste si cobró el porcentaje acordado sobre el botín.

Menos contentos habían quedado los burlados filibusteros de Chagres. Tras de la andanada de maldiciones y futiles amenazas contra Morgan y sus amigos, decidieron dispersarse. Algunos llegaron a Yucatán, y otros quedaron pirateando por las cercanías y acabaron siendo apresados por las naves enviadas desde Cartagena o por los indios de Darién, que a más de uno hicieron sufrir la suerte del Olonés. De todos los navíos que salieron con Morgan, tan sólo diez regresarían de un modo u otro a Jamaica.

En cuanto a la ciudad de Panamá, tan devastada había quedado que se acordó reconstruirla en otro lugar. La flota del Virrey zarpó de nuevo hacia el Sur, dejando al retornado presidente Guzmán, que ya había iniciado la tarea, un refuerzo de 750 hombres que, por cierto, fueron pronto diezmados por las enfermedades tropicales. El resto de los expedicionarios regresaron a Lima en el mes de noviembre.

En la lejana España la noticia de la toma de Panamá no llegó hasta julio de 1971, transmitida por una nave que se envió desde Cartagena. Se produjo igual consternación que en Lima, al pensarse que los filibusteros tenían ya una base fortificada en el Pacífico. La Reina Gobernadora Dª Mariana de Austria, de acuerdo con el Consejo, preparó rápidamente una expedición de reconquista compuesta por 3.000 infantes y tres escuadrones de caballería, que habrían de transportarse en la armada del Príncipe de Montesarcho; pero cuando se estaban preparando llegó la noticia de la evacuación de Panamá por los filibusteros. Así pues el 12 de agosto salieron sólo tres barcos con el Sargento Mayor de Batalla D. Antonio Fernández de Córdoba, nombrado nuevo

presidente de Panamá. En diciembre llegó a Portobelo y de allí marchó a Panamá para tomar el mando. En cuanto al antiguo presidente Guzmán, fue enviado en la misma flotilla a España para comparecer ante el Consejo de Indias.

Naturalmente también se protestó a Inglaterra, preguntando si era así como cumplía los acuerdos de 1670. En 1672 Morgan fue enviado a Inglaterra para ser juzgado, pareciendo que iba a repetirse el caso de Raleigh. Pero no en vano dijera éste que su delito había sido no haber traído caudales. Morgan sí los trajo y así, en vez de castigársele, se le nombró «caballero» (¡!) y, transformado en Sir Henry Morgan, regresó a Jamaica como adjunto del nuevo gobernador, lord Vaughan, que sustituyó a Modyford. Tras apacibles años de vida, falleció en su lecho en 1688, siendo enterrado en la catedral de St Catherine de Port Royal (1).

El filibusterismo entra en decadencia

Después de lo ocurrido con el proceso de Morgan en Inglaterra, quedaba claro que con semejante nación era ilusorio confiar en tratados y convenios. Se dieron de nuevo permisos para el corso, tanto contra los filibusteros como contra todo el cormercio de bandera inglesa. Los exasperados españoles no guardaron, como era de esperar, muchas consideraciones durante este período con los súbditos ingleses que en sus manos caían (2).

Y no era ciertamente para andarse con contemplaciones, puesto que de 1655 a 1671 los piratas habían saqueado 18 ciudades, 4 pueblos y más de 35 aldeas, contándose dos asaltos a Cumanagotos, dos a Maracaibo y Gibraltar, cinco a Río Hacha, tres a Santa Marta, ocho a Tolú, dos a Chagras, dos a Santa Catalina, tres a Campeche, etc.

---

(1) En algunos lugares se ha escrito que Morgan fue nombrado gobernador de Jamaica. No es ello cierto, si bien el pirata llegó a ejercer interinamente dicho cargo, por ausencia del titular, en dos ocasiones, la última de ellas de 1680 a 1682.

(2) «Los españoles adoptaron represalias y, desvanecidos los escrúpulos de Felipe II, hubo que ir a una política de a pirata, pirata y medio» (Salvador de Madariaga «El Auge del Imperio Español», p. 406).

Así pues, como antes se dijo y a modo de represalia, en 1673 se hizo legal de nuevo el corso, permitiéndose a los que a él se dedicaban repartirse el botín cobrado, y vender los barcos y efectos apresados en puertos españoles sin pagar derechos, aunque con la obligación teórica de entregar a las autoridades a los filibusteros apresados para ser juzgados. Por otra parte los servicios prestados en naves corsarias se consideraban como si los hubieran hecho a bordo de la Marina Real. Ciertamente ya antes, como vimos, habían actuado corsarios desde Cuba y, desde luego, los habitantes del Caribe habían armado mal que bien sus barcos de carga y pasaje.

Para contrarrestar la ligereza de los barcos piratas se construyeron «piraguas» de 90 pies de largo, 16 a 18 de anchura en el centro y 4 ó 5 de puntal. A proa solían llevar un cañón de nueve pies de largo y cuatro a seis libras de bala, y a popa dos pedreros. Iban a vela y a remo, llevando para lo primero dos palos abatibles, y para lo segundo 36 a 48 remos. Su tripulación era de 80 a 120 hombres. Completamente cargadas, las tales piraguas tenían sólo pie y medio de calado, lo que les permitía acercarse a las costas bajas, remontar los ríos y, en general, perseguir a los filibusteros hasta sus más escondidas guaridas.

Como apoyo a estas flotillas irregulares, el nuevo presidente de Panamá, Fernández de Córdoba, dispuso el establecimiento en Cartagena de una nueva Armada de Barlovento, compuesta inicialmente por el bajel de 250 toneladas *San Jorge*, tomado a los ingleses, otro comprado a un comerciante de Portobelo, y un tercero construido en Campeche. En su primera salida esta flotilla consiguió apresar varias naves filibusteras y capturar un centenar de piratas, que fueron enviados a la Habana para que trabajaran en las fortificaciones.

No tardó en dar frutos esta nueva política. Se redujo grandemente la actividad pirática en el Caribe y se causaron grandes daños a la navegación comercial inglesa, capturando muchos de sus barcos (1).

(1) Fernández Duro, basándose en documentos de la época, dice que sólo al puerto de la Habana fueron conducidas en poco tiempo las naves inglesas *Peter, Increase, Suzanne, Anne, Mary and Rose, Beginning, Lennox, Virginie, Greysound, Freeship, Seaflower, Sewell, William, Catron, Flyship, Rebecca, Openwell, Corinne, Walker, Fox, Normand, Dillon, Clarke, Browne, Parker* y *Coffin* (Fernández Duro «Armada Española», Tomo V, p. 180).

Tanto fue así que la alarma cundió en Jamaica, siendo incesantes las protestas de los despojados comerciantes. Finalmente el gobernador lord Vaugham decidió reprimir en serio la piratería, y así los filibusteros que llegaban a Port Royal comenzaron a ser ahorcados allí mismo o entregados a los españoles. De la represión de la piratería se encargó en gran parte el propio Henry Morgan que de tal forma no se ahorró ni el papel de verdugo para sus antiguos compañeros de fechorías.

Tratados de tal forma, los filibusteros ingleses comenzaron a regresar a la Tortuga, en busca de nueva protección para sus hazañas. Pero tampoco la Tortuga estaba muy tranquila, pues desde 1670 reinaba allí una sorda lucha entre el gobernador D'Ogeron y los bucaneros. El gobierno había establecido para el comercio de la región el monopolio de la Compañía Francesa de las Indias Occidentales, y los bucaneros se acostumbraron a evitarlo haciendo contrabando con barcos que se aproximaban a la costa, del mismo modo y por idénticos motivos que los españoles a principios de aquel siglo. Habiendo ido D'Ogeron mismo al pueblo de Petit-Goave, donde tal comercio era muy boyante, fue recibido a tiros y debió huir más que a prisa y refugiarse en la Tortuga. Parece ser que en tal ocasión D'Ogeron pretendió pedir ayuda contra los rebeldes a Morgan, que entonces preparaba en la isla de Vaca su expedición a Panamá, pero el pirata inglés rehusó enemistarse con los bucaneros que muchas veces le habían proporcionado carne. Finalmente los rebeldes de Petit-Goave fueron amnistiados, en octubre de 1671 por Luis XIV.

No obstante siguió la pugna, aunque los bucaneros se fueron debilitando mucho en los años siguientes. En 1673 los españoles de Cotuí les desalojaron a sangre y fuego de Samaná, donde tenían uno de sus más importantes centros, y en años sucesivos las «cincuentenas» se dedicaron a exterminar el ganado salvaje, lo que acabó por llevar a la desaparición a aquellos precursores terrestres del filibusterismo.

No iba a tardar este último en sufrir un serio golpe. En febrero de 1673, a petición del gobierno francés, entonces en guerra con Holanda, encabezó D'Ogeron una expedición filibustera de ocho barcos contra Curazao. Pero al pasar por las cercanías de Puerto Rico, la mayor parte de dicha flota encalló en los bajos de Arecibo, debiendo los filibusteros alcanzar la costa a nado y en lanchas. Conocido el hecho, el gobernador de Puerto Rico,

Maestre de Campo D. Gaspar de Arteaga envió al Sargento Mayor D. Diego de Roblecillo para que les apresara. Como hicieron resistencia entablose un combate en el que perecieron varios filibusteros y fueron apresados los demás, en número de 470, que fueron recluidos en Hato de Arriba con una guardia de 60 españoles. Entre los cautivos se hallaban el propio gobernador D'Ogeron y su sobrino M. De Pouançay, que ocultaron sus personalidades a los españoles, confundiéndose con el resto. D'Ogeron llegó a fingirse idiota, pero Robledillo sospechó de él y le envió a la ciudad para ser encarcelado allí. Desdichadamente Arteaga le rechazó, y así pudo huir poco tiempo más tarde con su sobrino y otros dos piratas, robando una canoa tras asesinar a sus dos ocupantes.

En la frágil embarcación lograron los fugitivos llegar a Samaná y de ahí, por tierra, a la Tortuga. Inmediatamente D'Ogeron preparó una expedición de venganza contra Puerto Rico, buscando también liberar a los filibusteros presos. Con tal fin reunió cuatro naves y trece balandras cargadas de piratas (1).

El 7 de octubre de 1673 desembarcaron los expedicionarios cerca de la capital portorriqueña, exigiendo que se pusieran en libertad sus compañeros presos. Arteaga se negó en redondo y se preparó para defender la plaza. Pero ocurrió que los enfurecidos piratas comenzaron a arrasar las haciendas y a matar el ganado, quizá como acto de fuerza para convencer al gobernador. Exasperados por aquello, treinta vecinos se reunieron y cayeron sobre los filibusteros a lanzazos, sin parar mientes en la tremenda desigualdad numérica.

La confusión y el pánico cundieron con ello en las filas filibusteras, comenzando a desbandarse las fuerzas invasoras. Al ver esto el gobernador mandó salir un escuadrón de lanceros regulares que contribuyeron al desastre filibustero. Embarcaron atropelladamente los piratas, dejando sobre el terreno más de cincuenta cadáveres, entre muertos en combate y heridos que fueron despiadadamente rematados por los campesinos españoles. Sufrieron éstos tan sólo diez muertos a causa de los «fusiles

(1) Según Oexmelin formaban parte de la expedición entre 1.400 y 1.500 piratas (Oexmelin, op. cit., p. 35).

bucaneros», mientras que los lanceros regulares no tuvieron ninguna baja (1).

Para evitar nuevas incursiones a fin de liberar a los filibusteros prisioneros, a Arteaga no se le ocurrió mejor solución que ahorcar a éstos. Colgó en efecto unos cuarenta antes de que diversos estamentos de la sociedad portorriqueña protestaran por lo inhumano de la medida. Los supervivientes, en número de ciento cuarenta, fueron entonces enviados a España, menos algunos que lograron huir y otros que fueron canjeados por los prisioneros españoles en la presa del *Nuestra Señora del Pópulo,* barco tomado por piratas de la Martinica.

Por aquellas fechas los ahorcamientos en masa como el iniciado por Arteaga no eran muy frecuentes. Cronistas de la época relatan que, en general, se humanizaba la conducta española con los filibusteros, tanto por ser éstos ya menos peligrosos, como por portarse también mejor con sus víctimas, limitándose al robo sin pasar a la violación ni al asesinato (2).

No faltaban sin embargo excepciones, como la del pirata criollo Diego Grillo, que con una fragata de 18 cañones tripulada en su mayor parte por franceses e ingleses, hizo varias presas en las que solía torturar y matar a los españoles peninsulares. Capturado a mediados de 1673, éste sí que pagó merecidamente sus actos en la horca.

De todas formas en 1675 llegó una Cédula Real prohibiendo ahora oficialmente ahorcar sin más a los filibusteros. Estos debían ser utilizados en la construcción de fortificaciones y obras de interés público, o bien enviados a la Península para que allí les juzgaran.

Aún se dieron en la época algunas expediciones piráticas en gran estilo, aunque sin el éxito de las de Morgan. El 30 de junio de 1676 desembarcó en el Portete (Costa Rica) una horda de 800 ingleses, tras haber saqueado anteriormente Segovia. Entraron

(1) Para intentar paliar esta derrota, quizá la más vergonzosa sufrida por sus admirados flibusteros, Oexmelin en esta ocasión riza el rizo de su mendaz fantasía. Según él los atacantes fueron ¡seis mil soldados españoles!, previamente emborrachados, además con *guilledina* «pues los españoles no se atreven nunca a atacar a sangre fría a los aventureros» (Oexmelin, op. cit., p. 36).

(2) Jacobo de Pezuela «Crónica General de las Antillas», p. 87.

los piratas por el río Matina a bordo de canoas y lanchas cañoneras, saliéndoles al paso el gobernador de Costa Rica D. Juan Francisco Sáez Vázquez con 500 españoles y 200 indios, que ocuparon fuertes posiciones en el eje del avance enemigo. Rechazados los piratas, fueron luego perseguidos hasta el mar, mencionando el posterior informe del gobernador la muerte de 200 ingleses en combate o ahogados, y la toma de tres lanchas artilladas y algunas canoas (1).

La piratería iba decisivamente decreciendo. Las flotas llegaban y partían sin ser molestadas, y las poblaciones costeras comenzaron a respirar finalmente con algo de tranquilidad. Fueron muriendo los principales protagonistas, D'Ogeron en París el 31 de enero de 1676, Morgan en Jamaica en 1688... Cuatro años más tarde, el 7 de junio de 1692, la propia ciudad de Port Royal fue totalmente aniquilada por un terremoto y engullida luego por las aguas como si la Providencia hubiera decidido borrar todo signo de aquella infame Babilonia del Caribe.

Los filibusteros se fueron dispersando. La mayoría de los ingleses intentaron pasar al Pacífico para trasladar allí los saqueos y crímenes antes realizados en el Atlántico. Otros se refugiaron en las posesiones francesas, donde habrían de protagonizar un último resurgir de la piratería a partir de 1677. Ambos fenómenos serán tratados en capítulos posteriores.

Para terminar añadiremos que en esta época hizo su aparición una nueva nación en el Caribe. En 1671 el rey Christian V de Dinamarca formó la Compañía Danesa de las Indias Occidentales, y al año siguiente sus colonos se establecieron en la isla de Santomás, desde donde luego se extendieron con la ocupación de St John e islas adyacentes y la compra de Santa Cruz a los franceses. Gente en general tranquila, los recién llegados no imitaron a sus célebres antecesores Wikingos en lo que a piraterías se refiere prefiriendo dedicarse al no mucho más noble oficio del tráfico de esclavos. Con ello, al menos, no dieron mucha queja a sus vecinos españoles.

(1) León Fernández «Historia de Costa Rica durante la dominación española», p. 252.

CAPITULO XII

LOS FILIBUSTEROS EN EL PACIFICO

Antecedentes y primera entrada

No habían sido extrañas las incursiones filibusteras en el Mar del Sur, aunque tales actividades, hasta la toma de Panamá, no habían alcanzado ni con mucho la magnitud de las caribeñas.

Siendo Virrey de Perú el Conde de Lemos, se señalaron en 1669 la expedición inglesa de John Narborough, y en 1670 la del capitán Wood. Parece ser que ambas contaban con la complicidad del presidente de Chile, Francisco de Meneses, que con su ayuda pretendía separar su gobernación de la corona española y crear un reino independiente bajo su mando. Pero tales veleidades fueron cortadas de raíz por el enérgico Lemos, que destituyó y encarceló a Meneses y envió en su puesto a D. Diego Dávila, marqués de Navalmorguena, en tanto llegaba un nuevo presidente nombrado por el Rey (1).

En diciembre de 1670 entró en Valdivia una fragata filibustera de 40 cañones, pero el gobernador de la plaza, Maestre de Campo D. Pedro Ruiz de Montoya, también enviado poco antes por Lemos con buenos soldados bajo su mando, se hizo con la nave y apresó a la tripulación. El capitán, un angloalsaciano llamado Charles Henry Clarke, fue enviado a Lima y allí confesó actuar por cuenta del gobernador inglés de Jamaica, el célebre Mody-

(1) Lohman Villena, op. cit., p. 103-104.

foro. Tras un prolongado juicio, el capitán filibustero fue ahorcado.

Pero el verdadero antecedente fue la invasión de Panamá por Morgan. El Pacífico parecía abierto, y todos los filibusteros soñaban con la plata del Perú. Aunque Panamá retornó pronto al dominio español, no por ello se perdieron las esperanzas de rico botín en el que el Mar del Sur parecía ser especialmente pródigo.

La primera entrada filibustera de importancia tuvo lugar en 1680, siendo Virrey interino del Perú el Arzobispo de Lima D. Melchor de Liñán y Cisneros.

A primeros de año dos filibusteros de Jamaica, Bartholomew Sharp y John Coxon acordaron realizar una intentona sobre Portobelo, en la costa atlántica, reuniendo para ello una fuerza de siete naves y 400 hombres. En abril llegaron cerca de su objetivo y, dejando las naves en la isla de Oro, se trastaladaron a tierra en canoas, iniciando una marcha de cuatro días a través de la selva para llegar por sorpresa a la ciudad. Todo salió según lo previsto y una vez más la infortunada Portobelo hubo de sufrir el saqueo de los filibusteros. Logradó el botín, retiráronse al fin éstos al lugar llamado Bocas de Tauro, donde se les unió otra partida de forajidos mandada por Peter Harris y Richard Sawkins. Aprovechando que los indios de Darién se hallaban en rebelión contra los españoles, acordaron todos ellos cruzar el istmo, siguiendo las huellas de Morgan, y probar suerte en el Pacífico.

Avanzó la nutrida tropa filibustera por el río a bordo de treinta grandes canoas, guiada por los indios sublevados. En unión de éstos tomaron el fuertecillo de Santa María por sorpresa, y luego cayeron sobre Puerto Perico. Allí lograron apoderarse facilmente de un gran mercante, el *Santísima Trinidad,* y de otros barcos de menor tamaño, cuyos tripulantes se hallaban en tierra. Animados por estos éxitos, decidieron probar suerte contra Panamá.

El 23 de abril, fiesta de San Jorge, patrón de Inglaterra, la flotilla filibustera se aproximó a Panamá. Tras celebrar la festividad, los piratas se dispusieron a asaltar la ciudad desde el mar, proponiéndose igualar las glorias de Morgan.

De la plaza salieron a su encuentro tres mercantes españoles apresuradamente armados, mandados por sus propios propietarios, el vizcaíno Jacinto de Barahona, Diego de Carvajal, y el andaluz Francisco de Peralta. Iniciósе en el acto un combate en el que los españoles llevaron desde el principio la peor parte. Diego

de Carvajal, tras perder muchos hombres, debió retirarse de nuevo a Panamá, en tanto que Barahona perecía con todos los suyos al ser tomada su nave por los filibusteros. Quedó sólo Peralta, cuya nave había sido abordada a la vez por el *Trinidad,* mandado por Sawkins, y por varias canoas. Resistieron ferozmente los setenta y siete tripulantes, en su mayoría negros, hasta que el estallido de la santabárbara puso fin a sus vidas y a la batalla. Los piratas habían obtenido un nuevo triunfo, si bien que pagado con la muerte de muchos de los suyos.

Retiráronse luego los vencedores a la isla de Taboga a reparar sus barcos y cuidar sus heridos. Estalló allí la disensión, y Coxon se separó con cuarenta de los suyos para volver a cruzar el istmo. Los restantes se lanzaron finalmente al asalto de Panamá, pero allí les falló la suerte y fueron rechazados con numerosas bajas (1).

El número de incursores habíase reducido ya mucho por bajas de guerra y deserciones, pero pronto fueron reforzados por otra banda filibustera que cruzó el istmo en sentido contrario al de la columna de Coxon. Tomó el mando del conjunto Richard Sawkins, que decidió a mediados de mayo atacar la población de Remedios. Pero de nuevo fueron rechazados los piratas, contándose entre los muertos el propio Sawkins, que recibió un balazo en la cabeza.

Tomó ahora el mando Bartholomew Sharp, que llevó sus naves a carenar a la isla Gorgona, y luego decidió hacer una intentona sobre Guayaquil, confiando que la suerte le fuera allí más propicia. En la banda filibustera figuraba un tal Basil Ringrose que sería improvisado cronista de las andanzas de sus compañeros.

Desde luego el Virrey del Perú tenía ya noticias de la presencia de aquellos indeseables visitantes. El 6 de julio mandó salir contra ellos la Armada del Mar del Sur, con dos galeones de guerra, una fragata y un chinchorro, en los que embarcaban 720 hombres, siendo General D. Santiago Pontejos y Almirante D. Pedro Pantoja. No hallaron a los filibusteros y la salida tan sólo sirvió para llevar refuerzos a Paita, Guayaquil y Panamá.

(1) Juárez relata que, para vengar estas bajas, obligaron a catorce prisioneros españoles a combatir con indios armados de cuchillos, en una macabra imitación de los juegos romanos de gladiadores.

En esta última ciudad desembarcó el grueso de la expedición y, junto a las fuerzas locales, logró sofocar la rebelión de los indios de Darién.

Pero entretanto los filibusteros se habían puesto ya en marcha hacia Guayaquil.

Por el camino uno de los lugartenientes de Sharp, Edward Bolmen, intentó por su cuenta un golpe contra Tumaco, principalmente para apoderarse de víveres. Desembarcó con cuarenta piratas, e inició el saqueo de las haciendas. Los vecinos fueron en el acto a dar cuenta del hecho al teniente del distrito, D. Juan de Godoy y Pardo, que vivía en un caserío apartado de la costa. Partió éste al frente de gente armada, aunque suponiendo que cuando llegara al lugar de los hechos los piratas se habrían marchado ya. Así era, pero la mala estrella de los filibusteros hizo que, tras un fuerte discusión, decidieran regresar para redondear el botín, y enterado de su regreso, Godoy les tendió una emboscada que logró total éxito. Cuando menos se lo esperaban, los filibusteros recibieron una descarga de arcabucería que mató a siete e hirió a otros varios, tras de lo cual fueron acometidos por los españoles, que esgrimían espadas, lanzas y hasta garrotes. Murieron allí todos los piratas, incluido Bolmen, al que dio muerte el propio Godoy en combate personal con espada y daga.

Entre tanto Sharp había continuado su camino hacia el Sur, llegando finalmente a las proximidades de Guayaquil. Conocida su presencia por vigías costeros, la ciudad fue puesta en estado de defensa por su corregidor Domingo de Iturri y por el presidente de la Audiencia de Quito, D. Lope Antonio de Munive. Hizo salir Iturri en misión de reconocimiento un barco sin artillería con 30 hombres, mandado por el capitán Tomás de Argandoña, pero nada más salir de la bahía se le vino encima la flotilla de Sharp, apresándolo.

En el interrogatorio subsiguiente, los prisioneros declararon a los piratas que Guayaquil estaba muy defendido, y que el rechazo de su ataque era seguro. Vaciló así la decisión de Sharp, que terminó por renunciar al asalto. Decidió, en cambio, ir a Arica donde, según uno de los prisioneros, embarcábase la plata para Panamá y un golpe de mano podría proporcionar hasta 2.000 libras para cada uno de los piratas.

Iniciose la nueva travesía y en las costas de Trujillo fueron

soltados varios de los prisioneros, ante quienes se había dicho que el objetivo del próximo ataque sería Pisco. Avisaron los así liberados al Virrey, y éste hizo salir el patache *San Lorenzo* del capitán Manuel Pantoja. Naturalmente no halló éste pirata alguno en las cercanías de Pisco, por lo que siguió hasta Ilo con el mismo resultado negativo, acabando por regresar al Callao sin haber logrado nada.

Entre tanto los filibusteros habían llegado ante Arica el 26 de octubre. Pero también allí encontraron al vecindario armado y dispuesto para la defensa, bajo el mando del corregidor D. Juan de Navarrete y del Maestre de Campo D. Gaspar de Oviedo. El prudente Sharp decidió de nuevo abstenerse de atacar, por lo que muchos de los filibusteros protestaron y aún pretendieron quitarle el mando. Finalmente logró convencerles de que debían seguir hasta Coquimbo, algo más al Sur.

El 13 de diciembre alcanzaron esta población, cuyos habitantes se retiraron sin combate a la vista de los piratas. Así pudieron finalmente éstos entrar en la población y saquearla. Siguieron luego hacia la Serena, que juzgaron población muy rica al vez las siete torres de otras tantas iglesias. A la primera descarga huyeron los habitantes por lo que los filibusteros pudieron entrar también sin combate. Al no encontrar ningún botín allí, Sharp entabló negociaciones con el corregidor exigiendo 100.000 pesos por el rescate de la población. Como no se le entregara tal cantidad, incendió el caserío antes de marcharse.

Algún tiempo después los piratas estuvieron a punto de perder el *Santísima Trinidad*, el mayor navío de su flota. Habiendo sido visto anclado cerca de la costa, un valiente español, montado en un pellejo hinchado, nadó hacia él y, manteniéndose bajo el timón, rellenó el espacio entre éste y el estambor con estopa y azufre, prendiéndole fuego a continuación. Pero los filibusteros vieron a tiempo las llamas, y el incendio fue sofocado poco después. Se creyó al principio que los culpables del frustrado sabotaje habían sido los prisioneros, y se pensó en matarles a todos, pero al comprobarse su inocencia, los filibusteros decidieron desembarcarles en la cercana costa.

Fue luego la flotilla pirata a la isla de Juan Fernández, y allí estalló la disensión, pues en los últimos asaltos no se había logrado casi nada, y todos reprochaban a Sharp no haber atacado Arica. Finalmente los piratas destituyeron a su anterior jefe y

eligieron en su lugar a un tal John Walting, que aseguró que les llevaría contra el soñado objetivo.

Pero el nuevo mando estuvo a punto de iniciarse con un desastre. En efecto, tras de los saqueos de Coquimbo y la Serena, el Virrey envió el galeón *San Juan de Dios* con el gobernador D. Diego Barrosa con la misión de llevar el «situado» a Valdivia y, de paso, buscar a los filibusteros tanto a lo largo de la costa como en la isla de Juan Fernández y otras adyacentes, y por su parte el presidente de Chile armó dos naves con este mismo fin. Fueron éstas las que avistaron a los filibusteros en la isla de Juan Fernández, entablando combate con ellos. Pero al caer la noche los piratas pudieron escapar al amparo de las sombras. Pensaron los españoles que se dirigían hacia el Sur, pero lo hicieron en dirección opuesta, hacia Arica, y así se rompió el contacto.

El 9 de febrero de 1681 llegaron las naves filibusteras ante el Morro de Arica. Walting había desarrollado durante el viaje un astuto plan para tomar la ciudad por sorpresa. Desembarcó personalmente con 90 filibusteros escogidos, por medio de chalupas, en la ensenada de la Chacota, e inició la escalada del Morro. Coronada la cumbre, descendió con sus hombres por la otra ladera y penetró por el sitio más inesperado en la ciudad, tomado por sorpresa los edificios principales. Pero los vecinos emcabezados por D. Gaspar de Oviedo, reaccionaron prontamente y se lanzaron al contraataque, entablándose un furioso combate. Llegaron del puerto numerosos filibusteros de refuerzo, pero los españoles no cejaron en su lucha. Finalmente murió Walting y se inició la desbandada, embarcando a toda prisa aquellos de los piratas que pudieron hacerlo. Junto con Walting habían también muerto el abanderado de los piratas y veintitres más, contandose más de 19 prisioneros y 17 heridos que pudieron embarcar. Entre los prisioneros se encontraban los tres cirujanos del barco pirata, que al parecer fueron capturados borrachos, lo que da una idea de la desorganización con que la intentona se llevó a cabo. Por su parte los españoles sufrieron en el combate unas veinte bajas entre muertos y heridos.

Grande fue la desilusión de los piratas ante el fracaso, y algunos llegaron a pensar que tal vez no hubiera estado tan equivocado Sharp al renunciar a atacar Arica. Fueron pues a pedirle que se hiciera de nuevo cargo del mando, a lo que Sharp accedió tras hacerse mucho de rogar.

El nuevo jefe llevó su gente hacia el Norte. A primeros de mayo estaban los piratas en el golfo de Nicoya, y en junio en Golfo Dulce, tras de lo cual saquearon Puerto Caldera sin encontrar mucha resistencia. En agosto hicieron su aparición los filibusteros en las islas Galápagos, quizá para repasar sus embarcaciones.

No había estado ocioso entre tanto el Virrey. El 10 de enero había enviado el galeón *San Juan Evangelista* con dos embarcaciones de remo a Panamá, y el 23 de febrero hizo lo mismo con la capitana *Nuestra Señora de la Concepción* rumbo a Arica, para proteger la llegada de la plata. El 16 de marzo salió también el patache *San Lorenzo* para llevar azogue de Chincha a Arica. No obstante, en ninguna de dichas salidas se avistó pirata alguno.

Al acabar el verano, Sharp decidió volver al Atlántico. Primeramente planeó hacerlo a través del istmo, pero al encontrarlo difícil, llevó sus naves hacia el Sur, hacia el estrecho de Magallanes. Por el camino apresó la nave *San Pedro* donde iba como pasajero D. Rafael Azcona, nombrado Alcalde del Crimen de Lima. El barco fue saqueado, y luego dejado libre con sus ocupantes a la altura de Payta. Más tarde se apresó también otro llamado *Santo Rosario* al que, tras el saqueo, se liberó también con sus tripulantes, no sin serrarle antes el palo mayor para que no llegara a tierra demasiado pronto. Algunos pasajeros de esta última nave fueron retenidos algún tiempo, pero finalmente todos fueron soltados, con el resto de los prisioneros que quedaban a bordo de las naves piratas, en una chalupa a remos. En este caso podemos decir que Sharp se mostró relativamente humanitario.

La última escala en el Pacífico la realizaron en la isla Duque de York del Archipiélago de Chiloé, donde abandonaron todas sus embarcaciones excepto la mayor, el *Santísima Trinidad.* A su bordo pasaron el cabo de Hornos en noviembre, penetrando en el Atlántico.

El 28 de enero de 1682 llegaron los expedicionarios a Barbados, pero toparon allí con la fragata de guerra inglesa *Richmond,* encargada de reprimir la piratería, por lo que optaron por hacer rumbo a Antigua. No les dejaron allí desembarcar, y probaron suerte en Nevis, donde las autoridades les apresaron a todos. Por denuncia española fueron llevados a Inglaterra, pero como de costumbre fueron absueltos en el juicio «por falta de pruebas». De todas forma la empresa no resultó demasiado benefi-

ciosa, pues a los supervivientes les tocó, una vez repartido el botín, tan sólo 24 pesos por cabeza.

Quedaban en el Pacífico algunos piratas sueltos, apartados de la expedición o desertores de la misma, que decidieron cruzar el istmo por la parte de Darién. En sus persecución partió el capitán D. Marcelo de la Quintana, que logró apresar a bastantes de ellos.

Segunda entrada: Cook y Cowley

La siguiente expedición pirática al Mar del Sur fue organizada por dos capitanes de Virginia llamados Cook y Cowley. Salieron éstos de Chesapeake a bordo de un gran navío fuertemente artillado y con abundante tripulación. Antes de hacer rumbo hacia su principal objetivo, hicieron una excursión a las costas africanas de Guinea, apresando a la altura de Cabo Verde un barco holandés (algunas fuentes dicen danés) de 36 cañones. Siguieron luego hacia Brasil, donde se les unió otro barco de 16 cañones, mandado por John Eaton, y también algunos voluntarios sueltos como el comerciante inglés Swan, el francés Groingnet y otros.

En 1683 hicieron su entrada en el Pacífico, y comenzaron a subir hacia el Norte por la costa, haciendo varias presas y efectuando algunos desembarcos, hasta llegar a la bahía de Nicoya. Allí empezaron a irles mal las cosas.

El 8 de julio de 1684 atacaron un hato perteneciente al cacique indio de Santa Catalina, pero éste reunió a sus guerreros y logró rechazar a los piratas, tomándoles 77 prisioneros junto con algunas lanchas y pedreros. El 18 de agosto volvieron a la zona los filibusteros, enviando en reconocimiento una canoa con 20 hombres, pero de nuevo los indios les atacaron y vencieron, matando al capitán y a otros ocho, y sufriendo por su parte tan sólo un muerto y un herido (1).

Fracasaron también los piratas en otros desembarcos llevados a cabo en Cabo Blanco, Bahía de la Caldera y Realejo. Tales

(1) Conocidos los hecho por el Virrey, éste premió el valor de aquellos indios exonerándoles de pagar impuestos por el espacio de un año.

fracasos dieron origen a fuertes discordias, hasta el punto de cañonearse entre sí las dos principales naves piratas, muriendo en el combate Cook y varios filibusteros más.

Pero pronto se aplacaron los ánimos, y la fuerza pirata aumentó al unirse a ella numerosos filibusteros llegados a través del istmo. Por tal camino llegaron primeramente 300 piratas franceses e ingleses, y poco después un cuerpo de unos 200 más mandados por el inglés Townley. También llegaron varias naves armadas por la ruta de Magallanes, con lo que los piratas se permitieron incluso el lujo de dividir sus fuerzas en dos escuadras, una de 22 lanchas y canoas tripuladas por 500 hombres y otra de 10 barcos de mayor porte, con 1.200 tripulantes. Como jefe de toda la fuerza fue elegido Edward Davis, antiguo lugarteniente de Cook.

Evidentemente en Lima se tenían noticias de tales actividades. El nuevo Virrey del Perú, D. Melchor de Navarra y Rocafull, conde de Palata, había recibido el 12 de marzo de 1684 un aviso de la presencia de los merodeadores, seguido de diversas noticias inquietantes sobre ellos. Pero, por diversas circunstancias la Armada del Mar del Sur, compuesta por capitana, almiranta y el patache *San Lorenzo,* no estaba lista para hacerse a la mar. Envióse el patache a Guayaquil para carenar y luego traer maderamen para los otros navíos, pero entre unas cosas y otras tardó nada menos que once meses en regresar. Los piratas aprovecharon ese tiempo para, divididos en diversas escuadrillas, hostilizar las costas centroamericanas, y luego las situadas más al Sur, llegando a la propia Bahía de Guayaquil, si bien fueron allí rechazados (1). Como bases temporales usaban los filibusteros diversas islas no pobladas, como las del Rey y Partos cerca de Panamá, las Galápagos en el Ecuador y Gorgona y Lobos más al Sur.

En la capital del virreinato, entre tanto, reinaba una fuerte divergencia sobre las medidas a tomar. Lista la capitana de la Armada y muy cerca de estarlo la almiranta gracias al celo del almirante D. Antonio Veas, se discutía si se debían emplear en buscar y exterminar a los piratas, o simplemente limitarlas a

(1) Según María del Pilar Bernal Ruiz («La Toma de Guayaquil en 1687»), dicha población contaba en 1684 con una guarnición de 250 soldados, que podían ser reforzados además por gentes del campo.

convoyar los envios de la plata a Panamá. Del primer parecer eran los comerciantes, y del segundo el Virrey, cuya opinión prevaleció. Así pues el 31 de octubre se anunció que la Armada se haría a la mar en los primeros días del siguiente año para llevar la plata a Panamá. Pero surgieron los inevitables retrasos y no fue hasta el 7 de mayo cuando se produjo la salida, bien que con mayor número de navíos.

Zarparon dicho día la capitana y la almiranta, de 40 cañones cada una, el patache *San Lorenzo* de 26, el también patache *Pópulo* de 14, y dos mercantes armados, sumando las tripulaciones alrededor de mil hombres. Era General D. Santiago Pontejos y Almirante D. Antonio Veas, pero la fuerza en conjunto estaba mandada por D. Tomás Paravicino, cuñado del Virrey y gobernador del Callao. Sin embargo, pese a todo este alarde, tal era la fama de los piratas que los comerciantes no se animaron a unir a la flota sus naves particulares.

Entre tanto los piratas habíanse concentrado también, precisamente con ánimo de atacar Panamá. En las islas de las Perlas se habían juntado seis navíos filibusteros mandados por los capitanes Davis, Swan, Townley, Harris, Groignet y Branly, totalizando los 900 hombres. Ya a primeros de junio había intentado un desembarco, siendo rechazados por los defensores de la ciudad.

El 11 de junio los vigías filibusteros avistaron cerca de las islas del Rey, en la ensenada panameña, a la Armada del Sur, con la composición antes citada. Al saber que transportaba la plata, lejos de huir, los piratas se dispusieron a atacar las naves españolas, pensando apoderarse de algunas de ellas. Pero, iniciada la batalla, pronto fueron batidos los filibusteros, zozobrando una de sus naves y perdiendo mucha gente. Hubo oportunidad de aniquilarles, pero por divergencias entre Paravicino y Pontejos se renunció a la persecución, entrando la Armada en Panamá mientras que los zurrados piratas se perdían a toda vela en el horizonte.

La noticia del combate naval llegó a Lima el 4 de septiembre. Entonces los comerciantes que antes no se habían atrevido a salir, decidieron hacerlo con ánimo de asistir a la feria de Portobelo de aquel año. Aparejaron pues cuatro barcos, dos de ellos artillados, y costearon hacia el Norte rumbo a Panamá. A la altura de al isla Lobos se encontraron con la Armada del Sur

que regresaba una vez descargada la plata, y que dio media vuelta para escoltarles hasta Panamá, sin que se avistara enemigo alguno (1). Tampoco encontró ninguna nave pirata el Maestre de Campo D. Francisco de Zúñiga, que con tres buques salió un poco después del Callao para reconocer la costa del Norte.

Pero los filibusteros estaban muy lejos de abandonar sus propósitos. Después del combate naval se dividieron en varios grupos, dispersándose por diversos parajes. Swan fue a Nueva España para luego dirigirse hacia las Filipinas; los franceses Groignet y Raveneau de Jussán merodearon por las costas de Nicaragua y Costa Rica; Davis, con su compatriota Peter Harris y el grueso de la fuerza se dispuso a atacar las costas peruanas, iniciándo sus depredaciones al Norte del Callao, en la zona comprendida entre Guayaquil y Trujillo.

Una de las primeras víctimas fue la localidad de Sechura. Los piratas la saquearon, robando y quemando la iglesia y secuestrando al cura D. Francisco Llorente, por cuya libertad pidieron 50.000 pesos. Por suerte los vecinos de Piura pudieron aportar el rescate, salvando así la vida del sacerdote, que fue dejado en la costa.

Igualmente sufrió Saña el ataque de los filibusteros. Llegaron éstos en febrero de 1686 al puerto de Cherrepe, y recorrieron rápidamente la distancia que les separaba de Saña, donde era corregidor D. Luis Venegas Osorio. No hubo aquí ninguna resistencia, y la población fue saqueada. Igual suerte le tocó a Santa, y poco después también a Casma, donde los atacantes torturaron y dieron muerte al cura D. Andrés de Estrada por no poder entregarles unos caudales que no tenía.

El siguiente golpe cayó sobre Huaura, también llamada Santa María del Camino o Carrión de Velasco. Los filibusteros desembarcaron el 13 de marzo en el pequeño puerto de Huacho y quemaron el caserío de indios pescadores que había en el lugar. Llegaron luego a Huaura y la sorprendieron, apoderándose de

(1) No estaba ya completa la Armada del Sur. Al descender hacia el Sur había perdido la capitana a la altura de Payta, por explosión accidental de la santabárbara. De los 400 hombres que la tripulaban tan sólo se salvó un hijo del General Pontejos, que fue proyectado al mar por la explosión y se mantuvo a flote, asido a una tabla, hasta que le recogieron. (Vargas Uriarte, op. cit., tomo III, p. 365.)

dieciocho vecinos principales, entre ellos el Alcalde Provincial D. Blas de la Carrera. Siguió una terrible cadena de torturas y bestialidades de todo género. Por haberse intentado ocultar los vasos sagrados, decidieron los piratas asesinar a uno de los religiosos cautivos. Echaron a suertes y le tocó la desgracia a Fray Francisco Fernández, que fue muerto de dos tiros en la misma iglesia. Por el alcalde D. Blas de la Carrera pidieron 18.000 pesos de rescate y, al no conseguirlos, le cortaron la cabeza y la colgaron de un penol de uno de sus barcos. Al resto de los prisioneros les soltaron en Casma la Alta, no sin decirles que se proponían atacar Pisco y que el año siguiente volverían con mayores fuerzas para arrebatar Perú a España y nombrar un virrey propio (1).

No era vana la amenaza en lo referente a Pisco. El 11 de julio de 1686 desembarcaron los filibusteros en la bahía de Paracas, iniciando la marcha hacia la ciudad. Salieron los españoles a su encuentro y les causaron varias bajas, pero la superioridad numérica enemiga les obligó a retirarse luego a un pequeño fuerte, en el que había cinco cañones. Cercados allí, resistieron algún tiempo, pero finalmente debieron rendirse, escogiendo los piratas diversos rehenes entre ellos. Pero se había conseguido ganar tiempo, y muy poco después llegaban a Pisco las milicias de Cañete, mandadas por el corregidor D. Martín de la Cueva, y las de Ica, dirigidas por D. Pedro Segarra. Sorprendidos, los piratas dejaron sobre el terreno 47 muertos y 9 heridos, huyendo el resto en sus naves, tras abandonar a los rehenes. Poco después levaban anchas los barcos filibusteros y se alejaban a toda vela.

La derrota pirata de Pisco fue en cierto modo vengada a primeros de 1687, cuando los filibusteros desembarcaron por sorpresa en Cañete, apoderándose de muchos fardos de ropa de Castilla y haciendo prisioneros al corregidor D. Martín de la Cueva, que dirigiera las milicias locales en Pisco, al bachiller Matías Cascante y a otros varios. Por las mismas fechas los piratas tomaron también Nicoya, debiendo retirarse al bosque los valerosos defensores indios.

Otros grupos piráticos actuaban también por estas fechas en las costas centroamericanas del Pacífico. Allí tomaron y saquearon las localidades de Alande, San Lorenzo, Esparza, Realejo,

(1) Vargas Uriarte, op. cit., tomo III, p. 367.

Tehuantepec, León y Granada, siendo en cambio rechazados en sus intentos contra Remedios y Villa de los Santos. Poco después decidieron unirse todos y probar fortuna contra Guayaquil, donde se prometían un buen botín.

El ataque contra Guayaquil estuvo dirigido por el capitán George de Hut, inglés según unos y holandés según otros, asistido por los franceses Groignet y Piccard. El 21 de abril de 1687 la flota filibustera se presentó ante la ría, iniciando los preparativos para el desembarco.

La ciudad no fue ni con mucho sorprendida, pues la aproximación pirata había sido vista desde Manta, luego desde Punta de Santa Elena, y por fin desde la isla de Puna, donde se hicieron las señales de alarma. Pero el corregidor D. Fernando Ponce de León no acertó a tomar las medidas apropiadas al caso. Contaba la ciudad con doscientos defensores, divididos en cuatro compañías de cincuenta, tres de ellas regulares y la cuarta de vecinos armados.

En la madrugada los piratas remontaron el río guiados por un mulato traidor llamado Josefillo. Llegados frente a la ciudad, se dividieron en tres grupos, uno de ellos para atacar el fuerte de San Carlos, y los otros dos para penetrar en Guayaquil por ambos lados. El primero se adelantó para escalar el cerro de las Peñas y los restantes desembarcaron uno frente a los astilleros y el otro más al Norte. Descubierta su presencia por unos pescadores, se llevó aviso a la guarnición.

Fue al astillero el Maeste de Campo D. Francisco Campuzano, y contra el otro grupo de desembarcados el capitán José Salas. Los hombres de Campuzano resistieron algún tiempo parapetados en montones de madera, pero luego se retiraron. En cuanto a Salas, rechazó al enemigo en los primeros momentos pero, al acudir refuerzos piratas, tuvo que retirarse igualmente a la selva que rodeaba la ciudad por la parte del Salado. En los diversos combates los españoles habían sufrido treinta muertos y doce heridos.

La ciudad había quedado en manos de los filibusteros, que encontraron 92.000 pesos en las Casas Reales y en el saqueo de la población lograron otros 200.000 en plata, oro y joyas. Encerraron en la iglesia a muchos vecinos prisioneros, entre ellos el corregidor, que había luchado valientemente y había sido herido en el combate. Pidieron los filibusteros como rescate nada

menos que un millón de pesos, enviando comisionados a Quito y dando doce días de plazo. Y como tan sólo se reunieron 42.000 pesos, incendiaron la ciudad, que quedó destruida totalmente y se retiraron luego a Puna, donde asesinaron a varios de los rehenes. Al marcharse definitivamente se llevaron con ellos al resto, incluido el corregidor, pero más adelante les dejaron en tierra sin causarles más daño.

Represión y fin del filibusterismo en el Pacífico

Se podría preguntar, una vez más, que estaban haciendo los barcos de guerra de la Armada del Mar del Sur mientras tales desastres se sucedían. El Virrey Palata seguía insistiendo tozudamente en reservarlos exclusivamente para convoyar los envíos de plata a Panamá y el «situado» de Valdivia, negándose a enviarlos contra los piratas. En vano protestaban los comerciantes, cuyas naves se veían en peligro constante, tal como unos años antes había sucedido en el Caribe.

Una nave de uno de estos comerciantes, la *Santa Catalina* de D. Gaspar Bernabé de Mansilla, fue por estos días atacada por el barco pirata de Edward Davis, muy superior a ella. Sin embargo resistió tenazmente durante más de cinco horas, muriendo en el combate el propio Mansilla y muchos de sus tripulantes, pero causándose también grave estrago entre la filibustería. El segundo de Mansilla, José Mendieta, tomó el mando y, al ver que el barco se iba a pique, lo encalló en la costa y siguió defendiéndose allí hasta que los piratas se retiraron sin lograr la presa.

Este combate indicó a los comerciantes el camino a seguir; los radicados en Lima decidieron formar una escuadrilla corsaria para combatir a los filibusteros. Una vez obtenido el permiso, reuniéronse los comerciantes D. Agustín de Laycuegui, D. Francisco de Oyagua, D. Juan de Garay, D. Bernardo de Guamendi, D. Francisco Paredes y D. Domingo de Cueto para planear la empresa. Por su parte D. Cristóbal de Llano y Jarana, caballero de Santiago y Tesorero de las Reales Cajas dió 100.000 pesos de su bolsillo particular, imitándole luego otros con diversas cantidades. Armáronse dos navíos y un patache, llamados respectivamente *San Nicolás, San José* y *Nuestra Señora de la Guía,* y se destinaron al mando los marinos vizcaínos D. Nicolás de Igarza y D. Dionisio de Artundiaga. La escuadrilla recibió el nombre de «Armada de Nuestra Señora de la Guía», y se le ordenó abstenerse de toda actividad que no fuera la persecución y liquidación de filibusteros.

Al llegar noticias del ataque a Guayaquil, el 15 de mayo salió para allá la flamante Armada. El 27 avistaron al enemigo entre Punta Elena y la isla de Amortajados, iniciándose el primer combate. Fueron acorraladas contra la costa dos naves piratas, pero en cinco días de lucha no pudieron ser destruidas ni tomadas por no tener los españoles naves ligeras para acercarse a la orilla, acabando los filibusteros por escapar rumbo a la isla de la Plata. La Armada regular del Mar del Sur llegó poco después, ya escapados los piratas, y no realizó nada de provecho.

Por el contrario los corsarios partieron tras los fugitivos y, hallándoles junto con otros barcos, desarrollaron hasta el 2 de junio un furioso combate de persecución en el que murieron muchos piratas y se fueron a pique dos de sus naves. Entre los españoles hubo pocas bajas que lamentar, pero la capitana *San Nicolás* se perdió por varada en la costa de Atacanes, salvándose gente y artillería.

El *San José* y el patache continuaron el acoso a los filibusteros, tomando algunas naves y no dejándoles rehacerse. Siempre hacia el Norte, la persecución continuó hasta la Isla del Tigre, en la nicaragüense bahía de Fonseca. Los despavoridos piratas abandonaron allí el resto de sus barcos y se internaron en tierra firme para pasar al Atlántico. Regresaron los corsarios triunfalmente al Callao con siete barcos piratas capturados que como se había antes decidido, fueron para el comercio.

Algunos restos de la filibustería del Pacífico habían quedado al Sur, refugiándose en la isla de Juan Fernández. No se atrevieron a iniciar nuevas operaciones, y pronto estallaron las primeras discordias, motivadas en especial porque algunos filibusteros se habían jugado y perdido su parte del botín. Al fin parte de los refugiados partieron para el estrecho de Magallanes a bordo de la nave del capitán Wilnet, única que les quedaba en condiciones. La tal nave naufragó poco después y sus supervivientes, tras diez meses de privaciones sin cuento, lograron finalmente construir una balsa y llegar en ella a Cayena. En cuanto a los que se quedaron en Juan Fernández, fueron capturados en 1688

por la expedición que contra ellos organizó D. Antonio de Veas, por la fecha nuevo General de la Armada del Mar del Sur.

Si se disculpa la redundancia, el Pacífico español había quedado de momento pacificado (1).

(1) Ha de añadirse que los piratas que desembarcaron en Nicaragua infestaron por algún tiempo el istmo, saqueando algunos pueblos y aldeas. En lucha con ellos hubo de morir D. Francisco de Beltran Figueroa, enviado por el Alcalde Mayor Fernández de Córdoba. Finalmente las tales bandas fueron liquidadas en su mayoría por D. Melchor de Mencós, al mando de varias compañías de alistados. Algunos piratas sobrevivientes lograrían embarcar en las costas atlánticas y llegar a Jamaica y Haití.

CAPITULO XIII

RENACIMIENTO DE LA PIRATERIA EN EL CARIBE

La guerra franco-holandesa

En marzo de 1672, Francia e Inglaterra habían declarado la guerra a Holanda. Invadida ésta por los poderosos ejércitos de Luis XIV, se vio precisada a abrir los diques y arruinar así sus campos para estorbar el avance de los invasores. Pero de todas formas no hubiera podido sobrevivir de no ser por su activa diplomacia. En 1673 consiguió hacer entrar en guerra a su lado a España, el Imperio y el elector de Brandemburgo, y en 1674 que Inglaterra firmara la paz por separado.

En el Caribe las hostilidades comenzaron son desventaja para Holanda, que perdió las islas de Tórtola, San Eustaquio y Saba a manos de los ingleses. Pero al salir éstos de la guerra, los bátavos pretendieron desquitarse a costa de Francia. En 1674 el famoso De Ruyter fracasó ante Martinica, pero a continuación hizo su aparición una poderosa flota de 46 naves de todo tipo bajo el mando del almirante Binckes, que muy pronto dictó su ley en el Caribe. Tomaron primeramente Martinica, donde hicieron gran matanza de franceses, después Cayena, capital de la Guayana francesa, y luego toda esta colonia, de donde debió escapar a toda prisa el gobernador francés, caballero De Lacy. Los escasos barcos de guerra franceses debieron refugiarse en Guadalupe, posesión que también llegó a verse en peligro.

Para contrarrestar dichos éxitos enemigos, Luis XIV envió a su vez una fuerte escuadra naval mandada por el conde Jean D'Estrées, contando la tal flota con 10 navíos, 2 fragatas, 2 barcos longos y algunas otras embarcaciones de menor porte (1).

Salió D'Estrées de Brest en septiembre de 1676, llegando el 23 a las Palmas. El gobernador de Gran Canaria, D. Juan Coello de Portugal se negó evidentemente a aprovisionarla, dado el estado de guerra existente entre ambas potencias, por lo que los franceses decidieron pasar de largo sin desembarcar.

El 17 de diciembre de 1676 llegó la flota francesa ante Guyana, desembarcando 800 hombres que se apoderaron de Cayena sin dificultad. Dos días más tarde reconquistaron también Martinica, y allí se les unieron refuerzos filibusteros con seis barcos, saliendo luego todos contra Tobago, donde se había refugiado la flota de Binckes. El 20 de febrero de 1677 comenzó allí una feroz batalla, siendo destruidos casi todos los barcos holandeses, pero sufriendo también los franceses serias bajas, entre ellas la del buque insignia *Le Glorieux*, que quedó en manos de los bátavos. Sin haber podido tomar la isla, el almirante francés debió retirarse, regresando después a su país.

Pero no tardó en regresar con una nueva flota compuesta por 11 navíos, 6 brulotes, 1 barco longo y 1 patache. Llegado ante Tobago, inició el segundo asalto a la isla el 6 de diciembre de 1677. En lo más duro de la batalla estalló el polvorín holandés, muriendo Binckes y 300 de sus soldados. De resultas a tal hecho, no se fue difícil a D'Estrées ocupar la isla, que fue arrasada por completo en venganza de lo hecho por los holandeses en Martinica. Recuperaron los franceses el perdido *Le Glorieux* y además se apoderaron del navío holandés *Bescherming*, junto con una fragata y una urca, últimos restos de ls escuadra bátava del Caribe.

De febrero a abril de 1678 la escuadra francesa cruzó a lo largo de las costas cubanas, que se pusieron en estado de alerta. No se decidieron, sin embargo a atacar la Gran Antilla, y finalmente decidieron dirigirse a Curazao, todavía en manos holandesas. Reclutaron en las islas francesas a nuevos filibusteros, en

(1) *Le Glorieux*, buque insignia, de 60 cañones, *Le Fendant* y *Le Precieux*, de 54, *L'Intrepide* de 56, *Le Marquis* y *Le Galant*, de 46, *Les Jeux* y *L'Emerillon*, de 36, *Le Soleil d'Afrique* de 30, y *Le Laurier* de 28. (Masiá de Ros, op. cit., p. 434).

número de unos 1.000, con 12 barcos, y salieron todos de San Cristóbal el 7 de mayo.

Pero la expedición acabó en desastre pues D'Estrées decidió, contra los consejos de los filibusteros, pasar junto a las islas Aves, y en la noche del 11 de mayo la flota se estrelló contra los arrecifes, perdiéndose en su casi totalidad. Hundiéronse o quedaron destrozadas catorce naves, quedando ileso tan sólo un navío, dos transporte y tres brulotes. Tras arduos trabajos se lograron recuperar tres barcos de los menos dañados, y con estos restos regresó a Francia el conde D'Estrèes. El 17 de septiembre de 1678 se firmó la paz de Nimega, poniéndose fin a las hostilidades.

Pero como solía ocurrir, la paz dejó sin actividad a numerosos filibusteros reclutados por ambos bandos, en general por el francés. Empezaron éstos muy pronto a atacar las posesiones españolas, sin importarles demasiado que las hostilidades siguieran o que se hubiera firmado la paz. Ello ocasionó un súbito renacimiento de la piratería caribeña, como a continuación se verá.

Nuevos actos de piratería

En 1676, todavía dos años antes de la Paz de Nimega, se registró ya un recrudecimiento de la piratería, tanto por parte de franceses en guerra con España, como por ingleses que no lo estaban. El centro del filibusterismo no estaba ahora en Jamaica ni en la Tortuga, sino en la localidad de Petit-Goave, en el Sur de la parte francesa de la isla de Santo Domingo, o Española, puerto que los españoles denominaban «Pitiguao», englobando a veces con tal nombre toda la posesión francesa en la isla.

Comenzaron a desencadenarse ataques contra las costas de Cuba y Santo Domingo. En esta última se señalaron peligrosas concentraciones de filibusteros en Samaná, por lo que se decidió eliminar su amenaza. El 14 de noviembre, salió el capitán Antonio Pichardo Vinuesa con seis compañías de soldados y milicianos, y el 23 de enero del siguiente año se acometió a los piratas que fueron derrotados, pereciendo entre otros muchos su jefe francés M. De Gri, en lucha cuerpo a cuerpo con el capitán Morel.

Pero no por ello cesaba la inseguridad en las costas y la navegación mercante. Memorable fue el suceso del navío *Gran San Pablo,* zarpado en febrero de 1677 de Puerto Caballos pese a las advertencias del gobernador, y que debió luchar con tres naves inglesas que le atacaron pese a estar en paz las dos naciones. Logró el barco español rechazar con daño a sus atacantes y llegar sano y salvo a Cádiz, pero el suceso es una muestra de la situación reinante en el Caribe (1).

El 26 de agosto de aquel mismo año, una banda de piratas franceses e ingleses, al parecer procedentes de la Tortuga, atacaron y saquearon la ciudad de Santa Marta, llevándose presos al gobernador D. Francisco Mejía de Alarcón y al obispo D. Diego de Baños y Sotomayor. En esta ocasión los ingleses llevaron botín y prisioneros a Jamaica, con gran indignación de sus compinches galos, lográndose poco después la liberación de los cautivos.

Algunas represalias españolas contra Haití, es decir contra la parte francesa de la isla de Santo Domingo o Española, motivaron a su vez un contraataque francés que acabó de forma grotesca. El nuevo gobernador, M. de Pouançay, sobrino y sucesor de D'Ogeron, envió a su segundo Franquesnay con 800 filibusteros para atacar Santiago de Cuba, y en la noche de 27 de agosto, desembarcaron los expedicionarios en la ensenada de La Justicia, cercana a su objetivo.

Los vecinos de la ciudad habían dejado allí como centinela a un mozo llamado Juan Perdomo que era tenido por tonto, aunque luego demostró no serlo tanto. El tal personaje se quedó dormido en la playa, siendo sacado de su sueño por los filibusteros, que le obligaron a servirles de guía hasta la ciudad. Avanzaban los piratas en doble columna hasta encontrar en su camino una gran roca, que contornearon pasando cada columna por un lado. Pero al encontrarse de nuevo ambas formaciones al otro lado de la peña, Perdomo lanzó el grito de «¡Santiago! ¡Cierra España!», arrojándose luego al suelo. Con lo que cada columna filibustera quedó convencida de que la otra estaba compuesta por soldados españoles, trabándose en combate con nutrido

(1) Dulio Arroyo. «Portobelo, su pasado, su presente y su futuro».

fuego de fusilería. Duró la batalla hasta que los contendientes se reconocieron por amigos, pero después del estrépito comprendieron que ya no podrían atacar la ciudad por sorpresa, por lo que se vieron forzados a desandar el camino y reembarcar. En cuanto a Perdomo, pensando con razón que los filibusteros no le estarían precisamente agradecidos por la broma, se había apresurado a poner tierra por medio nada más iniciarse el combate.

Desgraciadamente, no todos los ataques piratas terminaban de forma tan favorable. Había tomado el mando de la renacida Cofradía de los Hermanos de la Costa un tal Granmont (en las crónicas españolas Agramont), de quien sólo se conoce el apellido, y que decía ser de noble cuna, aunque las razones de su presencia entre los filibusteros fueran poco conocidas, existiendo varias versiones (1). En el verano de 1678 este personaje decidió imitar al Olonés y a Morgan, atacando el lago de Maracaibo.

El 10 de junio llegó Granmont a la boca del lago con 20 naves y 2.000 filibusteros. Había allí un castillo mandado por D. Francisco Pérez de Guzmán y guarnecido por un centenar de arcabuceros. Granmont hizo desembarcar 1.000 de sus hombres, divididos en dos formaciones y se lanzó al ataque, sólo para ser rechazado, con bajas, por las nutridas descargas de arcabucería de los defensores. Granmont retiró apresuradamente a sus hombres pensando que los españoles abandonarían el fuerte para perseguirles, y podría tenderles una emboscada, pero no fue así. Atacó entonces de nuevo varias veces, siendo también rechazado. Pero finalmente hizo desembarcar la artillería de varias naves y comenzó a cañonear el castillo, debiendo por ello rendirse Guzmán con los suyos.

Reducidas así las defensas de la entrada del lago, penetró la flota pirata en el mismo, y el 14 apareció ante Maracaibo. El gobernador D. Jorge Madureira había aprovechado el tiempo que duró el ataque al castillo para evacuar la ciudad, llevando

(1) Para Massiá de Ros había sido obligado a dejar Francia tras matar en duelo a un alto personaje que cortejaba a una hermana suya (Ros, op. cit., p. 480). Más prosaico, Bosch le da como capitán de una fragata francesa que, tras apresar un barco holandés cerca de Martinica, lo vendió con su cargamento por 400.000 libras y se gastó todo en las tabernas y prostíbulos de Petit-Goave, quedando por tanto fuera de la ley (Bosch, op. cit., p. 260).

sus pobladores a Macaires, región salvaje poblada de indios situada entre Maracaibo y Río del Hacha. Así pudieron los piratas entrar en la ciudad sin hallar resistencia, aunque tampoco casi botín, por haberse llevado los habitantes todas sus riquezas. A continuación, el primero de septiembre, tomaron los filibusteros la localidad de Trujillo, tras vencer la débil resistencia que se les opuso en un par de trincheras apresuradamente excavadas (1). También se apoderaron de Gibraltar, que incendiaron el 25 de septiembre, y permanecieron luego por la región robando y saqueando hasta el 3 de diciembre, fecha en que embarcaron de regreso a Petit-Goave con un botín de 150.000 escudos.

El año siguiente planeó Granmont otro golpe, siempre siguiendo las huellas de Morgan, contra la ciudad cubana de Puerto Príncipe. El 21 de febrero de 1679 desembarcó en Guanaja con 600 filibusteros, iniciando el avance hacia la ciudad. Se dio la alarma y una vez más huyeron los vecinos, llevándose con ellos todas sus pertenencias que pudieron transportar, así como los víveres. Al no encontrar subsistencias, Granmont se vio obligado a retirarse de Puerto Príncipe casi de vacío, siendo hostilizado en su retirada por los vecinos. El 25, cuando intentaba reembarcar, fue objeto de un duro ataque, y para salvarse no tuvo más remedio que sacrificar a los filibusteros que defendían la última trinchera y que, abandonados, fueron muertos por los españoles. Sufrieron éstos 67 muertos, incluidos los que luego fallecieron de sus heridas, en tanto que los piratas dejaron 70 de los suyos sin vida, no contándose los heridos que lograron llevarse a sus barcos.

Aquel mismo 1679 hizo su aparición de nuevo en el Caribe el almirante francés conde D'Estrées con 7 navíos, 2 fragatas, un barco longo, y una falua, enarbolando su insignia en *Le Triomphant*, de 70 cañones. Pretendía venir tan sólo a recuperar la artillería perdida en las islas Aves, pero su real objetivo era estudiar las defensas españolas de la zona, ya que Luis XVI planeaba romper las hostilidades en el Caribe dentro de poco tiempo. Al regresar por el canal de Bahamas, el barco longo

(1) Equivocadamente Bosch pone a Trujillo nada menos que «en plena montaña de los Andes» (Bosch, op. cit., p. 250).

L'Utile le fue apresado por un guardacostas español, quizá en represalia por las acciones de Granmont.

Salió de nuevo el conde francés para el Caribe en 1980 con los navíos *L'Excellent, Le Hasardeux* y *Les Jeux,* de 64, 34 y 36 cañones, las fragatas *La Diligente, Le Marin* y *La Tempeste,* de 26, 30 y 30, la corbeta *Belle* de 10, la falúa *Le Dromadaire* de 26 y el brulote *La Friponne,* embarcando unos 1.500 hombres. El 12 de julio visitó Santo Domingo, luego Santa Marta y al fin Cartagena, de forma pacífica y manteniendo conversaciones con las autoridades españolas. En Cartagena logró incluso que se pusiera el libertad a un capitán francés apellidado Champagne, al que se acusaba de filibusterismo.

Pero entre tanto Granmont se había puesto también en movimiento, con intenciones mucho menos amistosas. Salió en junio de Petit-Goave con 17 naves, 328 cañones y 1.900 filibusteros, dirigiéndose en primer lugar contra Cumaná. Logró tomar dicha localidad, pero luego fue batido por refuerzos españoles, estando él mismo a punto de ser hecho prisionero y perdiendo todo el botín, aunque pudo recaudar rescates por varios cautivos. Atacó luego La Guayra, tomándola y permaneciendo en ella seis días antes de retirarse ante la noticia de refuerzos llegados de Caracas. El embajador La Fuente presentaría luego en París una fuerte protesta por estos hechos, por ser Petit-Goave, al menos en teoría, posesión francesa.

Pero la noticia llegó, como es lógico, mucho antes a Cartagena, donde aún estaba la flota de D'Estrées. Temiendo éste que se tomaran represalias contra él, zarpó apresuradamente hacia la parte francesa de Santo Domingo. Le aguardaban allí órdenes en el sentido de hostilizar las posesiones españolas en represalia del apresamiento de *L'Utile,* pero hizo caso omiso de las mismas y se retiró de nuevo hacia Francia.

En el camino de regreso, en el canal de Bahamas, se encontró con cinco navíos del Elector de Brandemburgo, que le propusieron unirse a ellos para piratear el Mar del Sur, pero el francés se negó y continuó su camino.

Hablemos ahora brevemente de este intento pirático brandemburgués. El Elector de este principado alemán, Friedrich-Wilhelm, alegando deudas españolas y dispuesto a cobrarlas por las malas, había apresado en Ostende como primera medida una fragata hispana, y enviado luego una flota bajo el mando del

almirante Thomas Aldersen, con el objetivo clásico de tomar las Flotas de Indias de aquel año. Pero confundieron con ellas a la escuadra del Marqués de Villafiel, salido de Vigo precisamente para protegerlas, con el resultado de ser derrotados y dispersos a cañonazos. Cinco de las naves barandemburguesas enfilaron el camino de las Indias dispuestas a desquitarse allí, y fueron éstas las que invitaron infructuosamente a D'Estrées a que se les uniera. Fracasados en su petición, los de Brandemburgo decidieron dar media vuelta y volver con viento fresco a su país.

En 1682 envió de nuevo el belicoso Elector una flota de 17 naves brandembunguesas y danesas al Caribe, pero fueron rechazadas y perseguidas por las flotas españolas del Marqués de Villafiel y el almirante Papachino, reforzadas por la escuadra de Guipuzcoa mandada por D. Millán Ignacio de Iriarte. Con ello acabaron las veleidades piráticas del principado germano, que no logró emular las discutibles glorias de ingleses, franceses y holandeses en el ejercicio de tal profesión.

Piratas y «cortadores de palo» en Yucatán

Mientras esto ocurría en el Caribe propiamente dicho, las autoridades españolas del Yucatán debían enfrentarse también con problemas similares. Continuaba la plaga de los «cortadores de palo» en la Laguna de los Términos, que convertían la zona en refugio de piratas y facinerosos de toda especie.

El 31 de marzo de 1672 se dio la alarma en Campeche. Un barco pirata había desembarcado fuerzas que penetraron por el barrio de San Román y quemaron dos fragatas guardacostas que estaban ancladas en el astillero. La situación era muy seria, pues en toda la ciudad no había sino 12 mosquetes viejos, 4 escopetas, 5 carabinas y 22 quintales de pólvora. Pero los incursores se fueron al poco tiempo, tras apresar un barco que llegaba de Veracruz. El jefe de los piratas era Laurent de Graff, de quien pronto volveremos a hablar.

En respuesta a la petición de ayuda de Campeche, el Virrey de Nueva España, marqués de Mancera, envió al fin algunos refuerzos. Incluso se preparó una pequeña expedición antipirática con 200 soldados embarcados en 3 fragatas y un balandro, bajo el mando de D. Mateo Alonso de Huidobro. Salió la expedición el 14 de agosto y atacó primeramente a los ingleses que merodeaban cerca del río Coatlzacoalcos, quienes quemaron sus embarcaciones y huyeron por tierra, sin que los expedicionarios pudieran seguirles. Pasaron después estos a la Laguna de Términos, pero por excesivo calado de sus barcos no pudieron pasar la barra de la entrada a la Laguna, y debieron contentarse con apresar algunas embarcaciones pequeñas.

El problema de la Laguna era cada vez más acuciante, no sólo por la merma del comercio legal de palo campeche que significaba, sino por ser un peligroso foco de filibusterismo. El 22 de enero de 1674 llegó una Real Cédula al gobernador de Cuba D. Francisco Rodríguez de Ledesma, al de Yucatán D. Sancho Fernández de Angulo y Sandoval, y al Alcalde Mayor de Tabasco, D. Miguel Fernández de Rivero, ordenándoles llevar a cabo una acción conjunta de desalojo. Debía dirigir la operación Angulo y, para favorecerla, el 22 de febrero se dio permiso para dar patentes de corso contra los cortadores de palo y demás bandidos de la región.

Empezaron las cosas relativamente bien. El gobernador Ledesma envió en corso desde la Habana a la fragata del capitán irlandés D. Felipe Geraldino que ya se había distinguido haciendo varias presas a los piratas. Se trasladó este corsario con su barco y 150 hombres a Campeche, capturando de paso dos barcos ingleses ante la Laguna. Llegó también de Cuba el capitán D. Antonio Martínez con 80 soldados de refuerzo.

Pero por esas mismas fechas se supo por un queche capturado cerca de la Habana, que en la Laguna había mayor número de enemigos que lo que en un principio se pensaba. Empezó entonces el inacabable proceso de memoriales y misivas pidiendo refuerzos, argumentando y discutiendo, haciendo desdichadamente cierto el proverbio mencionado por Bacon: «Me venga la muerte de España, porque vendría tarde». En 1676 todavía no se había hecho nada de provecho.

Y no era eso lo peor, sino que los facinerosos de la Laguna, envalentonados, comenzaron a atacar a su vez las haciendas próximas, llevándose principalmente indios que luego empleaban como esclavos en la corta del palo.

El 7 de marzo de 1677 salieron de la Laguna 250 piratas franceses e ingleses en dos fragatas y un bergantín, bajo el mando del capitán francés André Ribot. Cayeron estas gentes

sobre los pueblecitos de Xalpa y Amatitlán, asesinando a varios vecinos y llevándose a otros junto con algunos indios y negros. El Alcalde Mayor D. Diego de Loyola envió al lugar de los hechos 40 soldados mandados por el capitán Fernando Zurita, para que se incorporasen al capitán Gaspar Sarmiento de Acosta, que estaba ya en la zona. Pusiéronse así en movimiento 110 hombres con armas de fuego y 60 indios, pero cuando llegaron a los saqueados pueblos, ya los piratas habían reembarcado.

Se registraron también otras invasiones en Villa Hermosa, Ayapa y Cupilco, creando una sicosis de pánico en la región. La capital de Tabasco se trasladó a Tacopalca, y algunas localidades se despoblaron.

El 30 de noviembre de 1677 llegó a Campeche el nuevo gobernador de Yucatán, D. Antonio Layseca, quien tomó posesión de su cargo el 18 de diciembre en Mérida, la capital del territorio. La situación se hallaba en muy mal momento, siendo contínuas las incursiones de los de la Laguna, y faltando armas para reprimirlas. Para colmo habían estallado también algunas sublevaciones de indios. Y lo peor estaba aún por venir.

Informes sobre la situación yucateca llegaron a los oídos del filibustero inglés Lewis Scott, que decidió dar un golpe en la propia ciudad de Campeche. Había apresado hacía poco a la fragata *El Toro,* y en ella y un balandro embarcó 180 piratas ingleses y puso proa a la Laguna de Términos, donde se le unieron ocho piraguas y 60 piratas más. El 10 de julio fondearon todos ocultamente en Salinas y capturaron varios indios que torturaron para conseguir informes. Lograron así saber que la guarnición campechana estaba fuera de la ciudad, ocupada en reprimir las sublevaciones indias. Así pues el 10 de julio entraron en la villa por sorpresa. Sólo había en ella siete soldados que, como es natural, no pudieron impedir que los ingleses se apoderaran de la plaza, en la que permanecieron saqueando, violando y asesinando durante tres días. En el puerto capturaron una fragata mercante propiedad de Diego García de la Gala y dos embarcaciones menores. Una segunda fragata, perteneciente a Juan Ramírez, pudo escapar tripulada tan sólo por cuatro marineros, y en represalia a tal «ofensa», los ingleses asesinaron al propietario, que se hallaba entre los prisioneros. Por el resto exigieron rescate y, al obtenerlo, dejaron en libertad a todos con excepción de algunos indios que se llevaron a la Laguna de Términos para venderlos allí como esclavos.

La noticia del asalto llegó a Mérida el 12, y el gobernador salió con la tropa que pudo reunir, pero, como solía suceder siempre, cuando llegaron a Campeche los piratas ya se habían marchado. Para colmo de desdichas en lo que la Layseca se refiere, se le suspendió de sus funciones de gobernador y se envió como visitador a D. Juan de Arechica para que asumiera interinamente el mando mientras se le juzgaba. Estuvo Layseca sometido a proceso hasta 1680, año en el que salió absuelto y se le repuso en su antiguo cargo.

Layseca se dispuso en el acto a actuar por su cuenta contra los piratas harto de las continuas demoras en las ayudas pedidas al Virrey. Para empezar decidió levantar la moral de los españoles de la región, que habían llegado a tener pánico a los filibusteros. El 6 de febrero de 1680, por orden suya, un pequeño grupo de soldados entró en la Laguna y causó daños, rescatando de paso algunas mujeres y varios negros de los que habían sido llevados de Campeche. Fue ésta la primera de una serie de incursiones de lo que hoy llamaríamos «comandos», para dar muerte a filibusteros, quemar sus viviendas e instalaciones y sembrar el pánico entre ellos. Animáronse los vecinos de los pueblos cercanos a participar, y en la tercera incursión tomaron ya parte 115 hombres en tres piraguas. En esta ocación entraron por el río San Francisco y, una tras otra, apresaron 38 embarcaciones, haciendo prisioneros a 173 ingleses. No contentos con ello, siguieron luego hasta la misma Laguna y allí se apoderaron de una urca de 24 cañones, otra menor y un pingüe cargado de armas, regresando victoriosos con todo ello a Campeche.

Logrado el objeto de levantar la moral de los españoles, preparó Layseca la expedición definitiva. El 12 de abril de 1680 nombró jefe de mar y tierra para la misma al alcalde de Campeche, capitán D. Felipe de la Barrera y Villegas. Era éste un veterano combatiente del mar que, al mando de la fragata *Pescadora* había batido repetidas veces a los piratas, realizando expediciones a Honduras y Cayo Cocina, y apresando en el arrecife de Los Alacranes, hacía poco tiempo, un barco filibustero con toda su tripulación, que llevó a Campeche.

Para esta nueva empresa Barrera compró con su propio dinero, bien que asociado con D. Diego García de la Casa, como

vimos perjudicado en el ataque de Scott, una urca de 25 cañones que les costó 5.000 pesos. Con ella, dos bergantines y seis piraguas se formó la flotilla que partiría hacia la Laguna. La fuerza terrestre expedicionaria se componía de 200 pardos de Mérida, 70 infantes y 16 artilleros regulares del presidio de Campeche y 240 voluntarios de la región. Era segundo cabo el capitán Juan de Solís Osorio, y actuaban como oficiales Francisco de Vargas, Francisco de Aguilar, Pedro de Castro, Juan Corso, Pedro Juan, Antón Martín y José Nicolás (1).

El 17 de abril de 1680, festividad del Jueves Santo, se dio la orden de ataque, que resultó un gran éxito. Fueron apresados todos los barcos presentes en la Laguna, destruidas todas las instalaciones y muertos muchos ingleses, en tanto que otros quedaban prisioneros. Envió Barrera a Campeche un primer lote de dos barcos con 160 prisioneros, muchos de los cuales habían participado en el asalto de Scott. Habiendo sabido, además, que 240 piratas habían salido poco antes de la Laguna en siete barcos ligeros para saquear las costas de Tabasco, Barrera dispuso sus barcos de tal forma que cuando regresaron tras haber robado una recua de cacao, cayeron todos en su poder.

Reuniéronse en la expugnada zona más de 1.000 personas entre piratas presos y esclavos liberados. El jefe español mandó a las cárceles de Campeche a los primeros, entre los que se encontraban los cabecillas Ribot y Champon, y devolvió a los segundos a sus pueblos de origen, luego de que el capellán de la expedición, Fray Lucas Calderón, bautizara a setenta y cuatro niños nacidos en el cautiverio (2).

Retiráronse los españoles de la zona, pero poco después enviaron unas piraguas para ver si los ingleses habían regresado. Hallaron, en efecto a varios barcos contrabandistas de palo campeche que venían a cargarlo, y apresaron por sorpresa una urca de 36 cañones, otra de 11, una balandra y un bergantín. Tomaron prisioneros igualmente a varios jefes filibusteros de la

(1) María Angeles Eugenio Martín «La Defensa de Tabasco», p. 74.

(2) Al regresar poco después Barrera en una piragua a Campeche, fue apresado por un barco de guerra inglés. Pese a haber paz entre ambas potencias, y no haber él combatido sino con elementos teóricamente fuera de la ley tanto española como inglesa, los británicos le tuvieron encerrado tres años en la Torre de Londres.

Laguna que se habían escondido en los bosques y regresaron después, creyéndose fuera de peligro.

Varias veces más entraron los españoles en la Laguna, pero cometieron siempre el error de no guarnecerla. En 1681 comenzaron a regresar los ingleses, reanudando sus operaciones de contrabando y piratería.

El saqueo de Veracruz

A principios de 1683 se reunieron en Petit-Goave tres famosos jefes filibusteros con la intención de planear un gran golpe contra las posesiones españolas en América. Eran sus nombres los de Granmont, Laurent de Graff y Van Horn.

Al primero ya le conocemos. El segundo era un flamenco, nativo de la parte entonces española de Flandes, que al parecer había militado como artillero en la Armada Real de España y combatido a los filibusteros antes de desertar y convertirse en uno de ellos. Por su corta estatura sería conocido por los españoles como «Lorencillo», lo que no le impedía ser uno de los más eficaces y afortunados piratas del Caribe, y también uno de los pocos en que, pese a la natural ferocidad de su oficio, se vislumbraran de vez en cuando algunos raros rasgos de humanidad. En cuando a Van Horn, sabemos que era holandés, y que había actuado anteriormente en las islas Bahamas.

Se planeaba atacar la ciudad de Veracruz, principal puerto de Nueva España, donde todos los años recalaba la Flota del mismo nombre y se organizaba un animado mercado. Precisamente se trataba de tomar la ciudad poco antes de la llegada de la correspondiente Flota, cuando la plata estuviera ya almacenada y lista para su embarque. Para la operación se reunieron 13 naves y más de 2.000 filibusteros, constituyendo así una de las más importantes concentraciones piráticas de la historia del Caribe.

Veracruz había permanecido tranquila desde el desastre sufrido por Hawkins y Drake un siglo antes. Pero precisamente por eso las defensas estaban algo descuidadas. Gobernaba la plaza D. Luis Bartolomé de Córdoba y Zúñiga siendo Sargento Mayor D. Mateo Alonso de Huidoro, que había participado

anteriormente en varias expediciones a la Laguna de Términos; y castellano del fuerte de S. Juan de Ulúa, D. Francisco Solte y Mendoza. Había tres compañías de infantería regular, con algo menos de 300 soldados en total.

Los piratas llegaron a las cercanías de Veracruz el 17 de mayo de 1683 y enviaron para reconocerla dos fragatas capturadas antes a los españoles, la *Nuestra Señora de la Regla* de Pierre Bot y la *Padre Ramos* de Yunquée, ambas con bandera española. Fueron vistas ambas desde la ciudad, y su presencia infundió sospechas, pero el gobernador insistió en que debían formar parte de la esperada Flota de Nueva España, y se negó a repartir la pólvora existente entre las compañías, no variando de parecer ni cuando las dos fragatas dieron media vuelta y se alejaron. Dieron los barcos su informe a los jefes piratas y, al anochecer, éstos hicieron desembarcar mil filibusteros en un lugar cercano a la ciudad, poniéndolos en marcha hacia ésta. Figuraba en cabeza un cuerpo especial denominado *les enfants perdus* encargado de abrir la primera brecha en las defensas españolas.

Fuera de la ciudad patrullaba una ronda de caballería compuesta por el cabo Félix Daza y otros dos jinetes. Asombrado al advertir tan nutrida tropa en movimiento, Daza se acercó al último de la columna y le preguntó quiénes eran. El filibustero le intimó a que se rindiera, y Daza, por toda respuesta, le atravesó de parte a parte de un lanzazo, escapando luego a todo galope en dirección opuesta a la ciudad, por los médanos. No cumplió, pues, la orden que tenía de que, en caso de alarma, galopara hacia Veracruz disparando su pistola para dar aviso (1).

Así pues, pese al incidente reseñado, el ataque se hizo por sorpresa, creando gran confusión entre guarnición y pobladores. En la central plaza de Armas intentó resistir la tercera compañía, que aquella semana estaba de servicio en el Cuerpo de Guardia, bien que su capitán Diego Pamplona se hallase ausente. Se le unió parte de la primera de D. Jorge de Alcaraz y de la segunda de Miguel Román de Nogales, acudiendo también el gobernador y el Sargento Mayor. En vano intentaron sacar ahora la pólvora y repartirla, pues antes de que pudieran hacerlo

(1) Traumatizado quizá por este descuido de su deber, Daza se haría matar días más tarde atacando él sólo a un escuadrón entero de filibusteros.

les cayeron encima los piratas, disparándoles nutridas descargas de fusilería. Allí murió D. Mateo Alonso de Huidobro y muchos soldados, debiendo retirarse el resto. Una nueva y desesperada resistencia pretendió organizarse en las Casas Reales, oponiendo espadas y picas a los fusiles filibusteros. Murió el capitán Jorge de Alcaraz con otros varios, y con ello pudo darse por concluida la resistencia española en Veracruz.

Sucediéronse terribles escenas al ser asaltadas las casas donde dormían desprevenidos los vecinos. Fueron sacados todos ellos en ropas de dormir y encerrados en la Catedral. Tan sólo hizo resistencia en su casa el capitán D. Juan de Morsa quién, con ayuda de sus criados, dio muerte a tres filibusteros y puso en fuga a los demás. Pero volvieron los piratas con más fuerzas y atacaron la vivienda con fuego de fusilería, debiendo finalmente rendirse Morsa, en represalia a cuya resistencia los filibusteros destrozaron cuanto hallaron en su domicilio.

Espantosos fueron los días siguientes para los habitantes de Veracruz. En la Catedral era horrible el hacinamiento y muchos cautivos, en especial niños, murieron de hambre al no preocuparse los filibusteros de alimentarles. Entraron, en cambio, diversas partidas de piratas para llevarse consigó a las mujeres y violarlas luego en los abandonados edificios. En una ocasión metieron dentro de la Catedral un barril de pólvora y amenazaron con volarla si no se pagaba rescate por los cautivos.

Aún sin éste, fabuloso fue el botín, uno de los más importantes de la historia de la piratería. Estaba ya en Veracruz la plata que debía embarcarse en la Flota, así como mucho dinero particular concentrado para la feria que se celebraría tras la llegada de aquélla. Debido a la sorpresa, nada se pudo ocultar y cayó todo en manos de los filibusteros. Arramblaron éstos igualmente con todos los esclavos negros que encontraron, y no precisamente para redimirles de su condición.

El castillo de San Juan de Ulúa, en la isla Gallega, continuaba en manos de los españoles. Desde allí se cañoneaba a los filibusteros, pero con poca eficacia por ser la pólvora defectuosa. También hostigaban a los piratas un bote armado durante el día y una goleta durante la noche, causando algunas bajas. Por otra parte se había enviado aviso a Ciudad de Méjico, y destacado un bajel para dar aviso a la Flota de Nueva España.

El Virrey de Nueva España, D. Tomás Antonio de la Cerda,

Conde de Paredes y Marqués de la Laguna, preparó apresuradamente el envío de refuerzos hacia Veracruz. Mandó así al Conde de Santiago con un ejército de 2.000 hombres agrupados en ocho compañías de infantería regular y otras de voluntarios negros y mulatos. La caballería de vanguardia sorprendió en las afueras de Veracruz a los piratas saqueadores y dio muerte a algunos de ellos. Visto esto, el 22 comenzaron a retirarse los filibusteros a sus barcos. La caballería española entró entonces en la ciudad y dio varias cargas por las calles, matando una veintena de rezagados, pero no pudo evitar que zarpara la flota pirata llevándose consigo la totalidad del botín. El vecindario se lamentaba de haber sufrido 300 muertos y de haberse llevado los asaltantes otras 1.800 personas, en su mayoría esclavos negros.

Fueron los filibusteros a la isla de Sacrificios, donde se procedió a repartir el botín, estallando las primeras rencillas. Hubo un duelo a espada entre Lorencillo y Van Horn, cayendo este último tan gravemente herido que moriría poco después. De momento fue trasladado a uno de sus barcos y se atribuyó a la infección de sus heridas el estallido de una pestilencia que mató a muchos filibusteros y esclavos.

El 30 de mayo hizo su aparición la Flota de Nueva España, de la que era General D. Diego de Zaldívar y Almirante D. Diego de Orozco. Hubo gran pánico entre los piratas, que se creyeron atrapados y embarcaron apresuradamente, abandonando en la isla a la mayor parte de los prisioneros españoles. Por un momento pareció que iba a repetirse lo ocurrido con la flota de Hawkins en 1568.

Avanzaron en efecto los galeones españoles hacia los barcos filibusteros, pero una súbita calma inmovilizó a unos y otros. Al día siguiente amanecieron los piratas a barlovento, es decir en posición ventajosa. Se celebró entonces una Junta de Guerra a bordo de la Flota, acordándose ir a Veracruz, en vez de atacar a los piratas. Justificó Zaldívar esta inadmisible decisión por estar la naves cargadas de productos mercantiles y estorbar esto para combatir. Y fue lástima, pues en aquel mismo instante el galeón de 600 toneladas *Nuestra Señora del Rosario y las Animas,* del capitán D. Agustín Prado había empezado a aproximarse por su cuenta a los piratas, y éstos comenzaron a abandonar su flota para escapar a tierra en lanchas. Pero el pusilánime General

llamó al orden a Prado, obligándole a retroceder, con lo que los piratas pudieron huir con sus barcos y todo el botín.

Fueron los filibusteros a hacer aguada a Coatzacoalcos, donde se señaló su presencia. Aunque Zaldívar seguía insistiendo en que era inútil perseguirles, se reunieron seis naves ya descargadas en Veracruz y zarparon hacia allá, pero pronto fueron dispersas por los temporales y debieron regresar al puerto de donde salieron.

Al tener noticia de dicha salida, los piratas abandonaron la formación y se dispersaron. El capitán francés Jalés con varias naves hizo rumbo a Nueva Inglaterra, cruzando tranquilamente ante Veracruz, que fue puesta en alarma por los pescadores. El capitán Brade, con seis barcos, puso proa a Florida e intentó atacar San Agustín, siendo rechazado con bastantes bajas. El resto de la flota fondeó en la isla de las Mujeres, donde el 24 de junio murió Van Horn de las heridas sufridas en el duelo con Lorencillo. Con motivo de este hecho parece ser que Granmont pronunció duras palabras contra el matador, y que uno de sus piratas, afín a aquél, se lanzó al agua y fue a contárselo. Sabiendo al ofendido tan corto de paciencia como de talla y temiendo seguir la suerte del difunto holandés, Granmont se apresuró a zarpar con su barco hacia Petit-Goave, en tanto que su rival lo hacía hacia Jamaica. En esta isla inglesa fueron acogidos triunfalmente, incumpliendo una vez más el gobernador Sir Thomas Lynch los acuerdos firmados con España. Causa primordial de tal actitud fue el copioso botín que traían los filibusteros, y que no tardó en ser gastado alegremente en las tabernas y prostíbulos jamaicanos (1).

(1) Relata así Oexmelin la llegada y comportamiento de los forajidos: «Todos (los vecinos de Jamaica) estaban encantados de asombro al contemplar a unos cargados con grandes sacos de dinero en el hombro o en la cabeza, a otros llevando a la espalda o entre los brazos todo lo que un hombre puede cargar. Cada uno estaba contento con la llegada de los filibusteros, y se ingenió, según su talante y su profesión, de aprovechar de aquel botín, muy particularmente los comerciante y los taberneros, las mujeres y los jugadores. El ardor del libertinaje dejándose sentir en cada cabeza hacía que los vasos saltaran en el aire a bastonazos, y los jarros y fuentes mezclados confusamente con los pedazos de vidrio y el vino, haciendo degenerar el festín en una crápula asquerosa en la que la profusión y el desperdicio tenían más parte que el placer (Oexmelin, op. cit., p. 152).

Menos afortunado fue Granmont. Acecándose a Petit-Goave le sorprendió una calma, estando a punto de morir de hambre con los suyos. En el último momento se levantó algo de viento y el barco pirata pudo ponerse en marcha, y aún apresar poco después una embarcación española cargada de harina. Pero frente a Cabo San Antón topó con la Armada de Barlovento, que se apresuró a acometerle. Los piratas abandonaron el barco en lanchas y lograron alcanzar la costa con el dinero del botín, pero dejando en la nave las mercancías y los esclavos, que fueron recuperados. Finalmente fueron recogidos los piratas por un barco inglés, que les transportó a Jamaica.

La Armada de Barlovento se dirigió a continuación a Veracruz para reforzarla e impedir otros ataques piráticos. Cerca de la Isla de Corines apresó a quince filibusteros que habían participado en el ataque, y el 25 de agosto apresó igualmente la balandra británica *Margaret* del capitán William Roberts y el queche del capitán Peter Carr. Al día siguiente hizo su entrada en Veracruz con los barcos apresados y los prisioneros.

Por su parte los galeones de guerra de Zaldívar hicieron una salida el 4 de agosto, capturando en Caimán Chico seis barcos filibusteros franceses e ingleses, entre ellos *El Profeta Samuel* del francés Antoine Bernal, también participante en el saqueo, haciendo un total de 110 prisioneros. El 31 de agosto salió la Flota de vuelta para España, donde llegó el 14 de diciembre, desembarcando a los prisioneros de los cuales los jefes fueron ahorcados, el resto conducido a galeras y algunos pocos puestos en libertad al reconocerles inocentes. También fueron juzgados por su actuación el propio Zaldívar y el gobernador Córdoba, siendo absuelto el primero y condenado a muerte el segundo. No se cumplió sin embargo tan rigurosa sentencia y el reo fue manteniéndose de aplazamiento en aplazamiento hasta ser definitivamente indultado por Felipe V con motivo de su coronación.

Otras actividades piráticas en 1683 y 1684

En noviembre de 1683 Lorencillo se vio precisado a abandonar Jamaica. El motivo fue que, gastado ya el botín, las autoridades británicas dejaron de hacer la vista gorda y reanudaron

la persecución de los piratas. Llegaron incluso dos barcos de guerra de la Royal Navy que apresaron varias confiadas fragatas filibusteras, enviando a los prisioneros a Londres para ser juzgados. Por otra parte el gobernador Sir Thomas Lynch ordenó ahorcar a los piratas del *Delfín*, llegados entre tanto, y a quienes al parecer no juzgó tan productivos para su colonia como los del pequeño e irascible flamenco.

Acercóse Lorencillo con sus barcos a Cartagena de Indias, de donde poco antes había salido la Armada de Barlovento. Pero vaciló en atacar dicha plaza, que sabía muy fortificada y se instaló con sus siete naves en la isla Fuerte. El 23 de diciembre el gobernador de Cartagena D. Juan de Pando Entrada hizo salir contra los filibusteros las naves del Asiento de Grillos *San Francisco* y *La Paz*, más una galeota armada, todas ellos bajo el mando de D. Andrés de Pez (1).

Pero los barcos españoles se encontraron en neta inferioridad ante siete navíos enemigos mandados por un jefe hábil y audaz. Siguió un combate indeciso, hasta que el *San Francisco*, al intentar una maniobra, encalló en la costa de la isla. Ocurrido esto, hubo de rendirse *La Paz* tras cuatro horas de lucha, y el capitán Junqués se apoderó de la galeota, pasando luego también el inmovilizado *San Francisco* a manos de los filibusteros. Había sido una victoria pirata completa, incluso superior a la obtenida por Morgan ante Maracaibo, y Lorencillo levó anclas no sin antes enviar al gobernador una burlona misiva «agradeciéndole el regalo» y diciendo que ello le había evitado la molestia de atacar Cartagena. Dirigióse luego el pirata hacia las costas de Honduras.

El apabullado gobernador de Cartagena se apresuró a enviar una balandra rápida a Honduras, para avisar a los navíos de registro de Guatemala, las fragatas *Santísima Trinidad* y *Nuestra Señora de Aranzazu* y el patache *Nuestra Señora de los Angeles*, mandados por el capitán Diego Pérez de Garay, ya que de Lorencillo se podía esperar cualquier cosa, y ninguna buena. Zarparon no obstante los barcos de Garay y llegaron a Veracruz

(1) El tal Asiento de Grillos era el permiso dado el 31 de julio de 1661 para introducir negros en las Indias Españolas, a los hermanos genoveses Agustín y Domingo Grillo, en representación de la casa comercial de D. Ambrosio Lomelin.

sin ningún incidente, cargando allí y haciendo luego el viaje a España también sin novedad.

Por estas mismas fechas diversas bandas piratas actuaban contra las costas españolas del Caribe. Una de ellas entró en Puerto Caballos, y otra fue rechazada en Portobelo, aunque logró quemar uno de los dos barcos que colaboraron en la defensa. En Honduras avisaron los indios de que unos ingleses habían saqueado la isla de Santa Magdalena de Mianguera, por lo que se ordenó la evacuación de las islas que no podían ser defendidas. Otros piratas saquearon Puerto España en la isla de Trinidad, apresando el gobernador D. Diego Suárez de León.

Como reacción a tales desmanes, el gobernador de Cuba D. José Fernández de Córdoba y Ponce de León intensificó la política de corsarios, aprestando dos piraguas de guerra para perseguir a piratas y contrabandistas incluso en las aguas costeras poco profundas donde éstos solían refugiarse.

En mayo de 1683, habiéndose conocido haber refugios piráticos de la isla de Siguatey, en las Lucayas, se envió una expedición de 200 hombres en una piragua y la galeota guardacostas *Nuestra Señora del Rosario,* bajo el mando y dirección de los capitanes Gaspar Acosta y Tomás de Urubarru. Terminó la operación con éxito, quedando arrasadas las instalaciones de los piratas y regresando los expedicionarios con muchos prisioneros.

El 23 de abril de 1684 hubo una alarma en Tampico, al avistarse la fragata *Presbíteros,* tripulada por piratas. Desde el poblado indio de Apalaches les lanzaron flechas, matando a dos filibusteros, por lo que sus compañeros quemaron el pueblo. Entraron luego en Tampico casi sin resistencia, por no haber allí guarnición, iniciándose acto seguido el saqueo. Pero el 4 de mayo, conocido lo hecho, salieron de Veracruz los barcos ligeros de la Armada de Barlovento que había allí, bajo el mando del General D. Andrés de Ochoa y Zárate. El 8 del mismo mes apresaron la *Presbíteros* y una balandra, haciendo prisioneros a 104 piratas. Fueron éstos llevado a Veracruz, donde catorce fueron públicamente ahorcados. Siguió luego su crucero la Armada de Barlovento y, cerca de Cuba, apresó también la urca pirata francesa *Concorde* de 130 toneladas y 12 cañones, mandada por el capitán

Guillaume Vigot, y el formón del capitán Juin, haciendo nuevos prisioneros (1).

El 18 de mayo los capitanes piratas Brouage y Michel, compinches de Lorencillo, sorprendieron cerca de Santa Lucía a los barcos holandeses *Rotterdam* e *Isabelle,* fletados por España. Sin la menor resistencia por parte de los bátavos, subieron los piratas a bordo y apresaron a todos los españoles que encontraron, entre ellos a un obispo. Afortunadamente las tempestades obligaron poco después a los filibusteros a recalar en la isla danesa de Santo Tomás, y el gobernador les obligó a liberar los prisioneros, a quienes envió después a Puerto Rico bajo escolta.

En julio de 1684 se registró otro golpe de los corsarios españoles de Cuba. Una piragua con tripulación escogida sorprendió en la isla de Pinos nada menos que a la nave *Le Neptune* de Lorencillo, con la mitad de la tripulación en tierra cortando leña. Desembarcaron los españoles y cayeren por sorpresa sobre los filibusteros leñadores, en tanto que Lorencillo picaba anclas y escapaba a toda vela, sacrificando a todos los que habían bajado a tierra. Fueron éstos muertos o capturados en su totalidad después de alguna lucha

El 3 de agosto del mismo año los guardacostas de Campeche apresaron a tres fragatas filibusteras que merodeaban por las cercanías de Yucatán.

A fines de año tuvo lugar el suceso de la expedición de La Salle, intento francés para establecer una colonia entre las posesiones españolas de Florida y Nueva España. Salieron a tal efecto desde la Rochela cuatro naves, de las cuales una fue apresada por la Armada de Barlovento. Interrogados sus tripulantes y descubierto el plan, se dio inmediato aviso al Virrey de Nueva España, que entonces era D. Gaspar de la Cerda y Sandoval, Conde de Galve. Ordenó éste que salieran los barcos de la Habana en busca de los expedicionarios, y que el gobernador de Cohahuila enviara fuerzas de tierra con el mismo objetivo. Los

(1) El Fiscal de la Audiencia de Nueva España pidió que se ahorcara a todos los filibusteros prisioneros, pero no se pudo hacer por existir una Cédula Real que ordenaba que se les enviara a España. El 20 de noviembre de 1687 llegó una Orden Real permitiendo que se les juzgara a todos en América y, de ser hallados reos de pena capital, se les ahorcara allí. En la práctica muchos habían sido colgados ya antes de recibirse dicha Orden, principalmente como ejemplo.

buques fueron explorando la costa, y al llegar a la Laguna de San Bernardo hallaron ruinas de instalaciones y numerosos cadáveres de franceses. Hicieron su aparición entonces los indios carancahuates, que se acercaron amistosamente y se declararon destructores de la incipiente colonia francesa, arguyendo que sus componentes les había atacado. Continuaron los españoles explorando la costa y lograron rescatar una docena de supervivientes, refugiados en tribus indias. Sus relatos coincidieron en que De la Salle había sido muerto por sus propios hombres amotinados, que los barcos se habían hundido y que los supervivientes de la expedición se habían dedicado a saquear a los indios.

Para evitar nuevas intrusiones, Galve fundó al este de Florida el presidio de Panzacola, bajo el mando de D. Antonio de Pés, y promovió la colonización del territorio situado al norte de Cohahuila, y que recibió el nombre de Texas (1).

Lorencillo y Granmont en Campeche

A principios de 1685 Lorencillo estaba preparando una nueva expedición. Esta vez pretendía nada menos que apoderarse permanentemente de todo el Yucatán y establecer un territorio autónomo de corte de palo campeche más o menos bajo el protectorado de Francia. Para ello, desde luego, debía reunir grandes fuerzas, y a ello se puso. Se reconcilió con Granmont, enemistado con él desde la muerte de Van Horn, siendo mediador en este asunto el capitán filibustero Michel. Finalmente logró reunir de 17 a 20 naves, tripuladas por unos 2.500 hombres (2) Tratábase, pues, de una de las más importantes expediciones de la historia filibustera.

(1) Según Ortega Rubio, cuando los indios carancahuates se acercaron a los españoles, lo hicieron al grito de «¡Texia! ¡Texia!» (¡Amigos! ¡Amigos!) de donde vendría luego el nombre del Territorio (Juan Ortega Rubio, «Historia de América», tomo II, p. 266).

(2) Según la relación de Henry Haring, citada por Juárez, la flota pirata se componía de las siguientes unidades:

Nave	*Capitán*	*Cañones*	*Tripulantes*
Le Neptune	Lorencillo	54	210
Le Hardi	Granmont	52	300
La Martine	Michel	44	200
La Dauphine	Junquèe	30	200
Le Tigre	Le Sage	30	180
Le Chasseur	Dedrain	20	130
La Prompeuse	Mesni	14	120
L'Hirondelle	Jocard	18	100
La Fortune	Brea	14	120
La Chite	Laver	18	100
Saint Joseph	Bernanos	14	80
La Quagone	Cachenarèe	18	sin especificar
La Louse	Blot	8	"
Le Rusé	Vigeron	6	"
La Subtille	Petit	8	"
Le Postillon	La Garde	4	"
La Presse	Vespre	7	"

No obstante faltan de esta relación diversos barcos apresados anteriormente a los españoles, como *Nuestra Señora de la Regla, Francesa, Paz* y *San Francisco,* y también algunas balandras y embarcaciones menores.

Era gobernador de Yucatán por aquellas fechas D. Juan Bruno Tello, representado en Campeche, primer objetivo de Lorencillo, por su teniente D. Felipe de la Barrera y Villegas. En las costas yucatecas estaban las fragatas guardacostas *Nuestra Señora de la Soledad, San Pedro, San Antonio* y *Nuestra Señora de las Animas.* En cuanto a la Armada de Barlovento, en la primavera de 1685 tenía en Veracruz la *Santa Rosa, Nuestra Señora de Honholn* y dos pataches de 100 toneladas; y en Portobelo las *Nuestra Señora de la Soledad, San Lorenzo, San Juan Bautista* y el patache *Cristo del Buen Viaje.* Pero antes del ataque todas estas naves habían salido para concentrarse en Cartagena.

El 27 de mayo llegó al puesto de Campeche la fragata guardacostas *Nuestra Señora de la Soledad,* buscando refugio ante la llegada de una gran flota pirata. Inmediatamente se dio la alarma.

El 6 de junio se avistó, en efecto, la gran flota filibustera, que se fijó desde tierra en seis naves grandes, ocho fragatas y die-

ciocho embarcaciones menores. Se tocó a rebato y la ciudad se dispuso a la defensa.

En el castillo de San Carlos se introdujeron el Sargento Mayor Gonzalo de Borrallos y los capitanes Cristóbal Gaona y Juan Calvo con 130 hombres, mientras que salían de la plaza hacia los más probables lugares de desembarco tres compañías de regulares y milicias, y la compañía de pardos de Cristóbal de Rabanales. De momento las naves piratas se retiraron sin intentar el desembarco, quizá impresionadas por el ordenado despliegue de las compañías, pero por la noche, temiendo una sorpresa, retiráronse éstas al interior de la ciudad.

El 7 de junio por la mañana los piratas desembarcaron 1.300 hombres precisamente en los lugares evacuados por los defensores la noche anterior, e iniciaron el avance hacia la zona del puerto, donde sólo había 300 defensores. Inicióse el combate, y al principio del mismo hízose volar a sí misma la fragata guardacostas para no caer en poder del enemigo. Continuamente iban siendo rebasados los defensores en sus trincheras, debiendo retirarse cada vez más atrás. Finalmente debieron recluirse, junto con la población civil que todavía no había huido, en el edificio del Hospital. Los filibusteros pusieron cerco al citado edificio y al castillo de San Carlos, fracasando un último contraataque para hacerles retroceder.

El 8 de junio se apretó el cerco del Hospital, haciéndose angustiosa la situación de sus defensores. A las seis de la tarde el capitán Lázaro Canto encabezó una salida espada en mano que consiguió dispersar a los cercadores, dando tiempo a que todos los refugiados en el edificio pudieran pasar al de la iglesia. Pero también la iglesia fue cercada, por lo que la situación no mejoró demasiado. Finalmente, tras varios días de asedio, alguien recordó la existencia en el edificio de un pasadizo subterráneo que databa de la época de los mayas. Tras buscarlo por los sótanos lograron finalmente encontrarlo y por él escaparon hasta el campo, poniendose todos a salvo.

Entre tanto, el 9 de junio había llegado una piragua de guerra mandada por Baltasar Navarro, que se dedicó a hostilizar a los filibusteros y también a aprovisionar de agua el castillo. Este baluarte era cañoneado incesantemente por los filibusteros, que habían desembarcado artillería desde sus naves.

El 12 llegaron algunos refuerzos españoles de Mérida a las afueras de la ciudad, reuniendo el teniente un total de 350 hombres. Sin parar mientes en la gran superioridad numérica de los filibusteros, se dispuso a lanzar un contrataque con miras a volver a tomar el control de Campeche. Pero cuando los españoles penetraron a la carrera por las calles de la ciudad, los bien parapetados filibusteros les recibieron con tremendas descargas de fusilería, cayendo sin vida varios de los atacantes y debiendo retirarse a toda prisa los demás.

Con esta derrota se hundió por completo la moral de los defensores del castillo, que acabaron sublevándose contra sus oficiales y escapando por la noche por entre las líneas de los filibusteros. La tripulación de la piragua de guerra se amotinó igualmente y huyó por tierra, cesando de tan indigna manera las últimas resistencias españolas en Campeche.

Los filibusteros pudieron completar con toda tranquilidad el saqueo de la población, ya iniciado anteriormente, en tanto que sus capitanes preparaban los planes para marchar hacia Mérida. En cuanto al teniente Barrera, intentó hostilizar a los ocupantes de la ciudad por todos los medios a su alcance, pero tuvo la desdicha de caer prisionero de ellos en el curso de una escaramuza librada el 28 de julio.

Poco después de este suceso, iniciaron los piratas la marcha hacia Mérida, enviando por delante una vanguardia de 500 hombres bajo el mando del capitán Baldraque. Pero en Xampoloc le estaban esperando el gobernador de Yucatán, D. Bruno Tello, con 400 españoles armados que había logrado reunir de aquí y allá. Iniciado el combate, fue éste favorable a los defensores, cayendo muerto Baldraque y diecinueve de los suyos y siendo heridos cuarenta más. El resto, privado de su jefe, huyó en desbandada a Campeche, provocando tal confusión que, según algunos cronistas, un ataque decidido de Tello hubiera podido derrotar a los filibusteros y aún capturar a sus jefes. Pero el gobernador, prudente, prefirió esperar la llegada de refuerzos y no arriesgar un loco ataque en inferioridad numérica que hubiera podido terminar como el del 22 del més anterior.

Iniciado el mes de agosto, los filibusteros renunciaron a sus proyectos de conquistar y mantener el Yucatán, y se prepararon a abandonar Campeche para regresar a sus bases. Pidieron a

Tello un rescate por la ciudad y, como el gobernador se negara, pusieron fuego a varias casas.

Más aún, Granmont decidió asesinar a todos sus prisioneros, y de hecho dio muerte a algunos de ellos. Sin embargo algunos de los cautivos acudieron entonces a Lorencillo, a quien sabían más humanitario, y en efecto éste impidió que el bárbaro francés siguiera con las ejecuciones, aunque seleccionando él mismo algunos cautivos para llevárselos como rehenes. Iniciose el embarque y durante el mismo Granmont, quizá en venganza por no haber podido satisfacer sus instintos sanguinarios, metió en barcas a las mujeres y los niños y les remolcó hasta alta mar, abandonándoles luego sin velas ni remos. Afortunadamente aquellos desgraciados pudieron ser rescatados tras la marcha de los piratas.

Habían tenido éstos algo más de sesenta muertos en la aventura y, además de no haber podido hacerse con el Yucatán, tampoco habían conseguido demasiado botín, y en menos se hubo de quedar al repartirlo entre tanta gente. Intentaron todavía desembarcar en Sisal para ir de allí a Mérida pero, al ver el puerto en estado de defensa, renunciaron al ataque.

Como en otras ocasiones recalaron los piratas en la isla de las Mujeres para hacer aguada y repartir lo robado. Allí se les escapó a nado uno de los prisioneros, que relató a los españoles el plan filibustero de regresar a Pitiguao. Envióse rápido aviso a la Armada de Barlovento por si se podía llegar a tiempo de interceptarles.

Estaba, como dijimos, concentrada la Armada de Barlovento en Cartagena, de donde salió al llegar la noticia del asalto a Campeche. Componían la citada Armada las fragatas capitana y almiranta, mas las *Nuestra Señora de la Soledad* y *Nuestra Señora de Honholn,* los pataches *Santo Cristo de Lesso* y *Jesús María* y un pingüe que había llegado de España con aprestos para las naves de guerra. Era General D. Andrés de Ochoa y Almirante D. Antonio de Astina. En conjunto representaba una apreciable formación naval capaz de dar más de un disgusto a las naves piratas, pero la desorganización existente a bordo, agravada por el hecho de estar el General gravemente enfermo, hubo de frustrar las esperanzas que de tal salida podían hacerse.

La primera nave en desaparecer fue el pingüe, que se extravió la primera noche y ya no volvió a unirse a la formación.

Al día siguiente, 4 de agosto, una ráfaga de viento tumbó el palo mayor de la *Nuestra Señora de la Soledad,* que debió regresar a puerto, y aquella misma noche se extravió también el patache *Santo Cristo de Lesso.* El 17 entró lo que quedaba de la Armada en Trujillo para buscar prácticos, pero no los halló. Reconoció luego la isla de Roatán, donde le habían indicado la presencia de piratas, pero no los encontró tampoco. Allí le llegó el aviso antes mencionado de estar los filibusteros en ruta hacia Pitiguao.

El 8 de septiembre zarpó la Armada desde Trujillo rumbo al Norte. El 11 avistó en el horizonte cinco velas, que al instante fueron perseguidas. Dos de los barcos avistados se retrasaron, siendo atacados por la capitana y la almiranta, en tanto que la *Honholn* y el patache se separaban para perseguir a los demás.

Después de un breve combate las naves capitana y almiranta lograron rendir a los dos barcos retrasados, que resultaron ser la *Nuestra Señora de la Regla,* con 22 cañones y 130 hombres bajo el mando del capitán Pierre Bot, que llevaba presos veinte españoles, trece indios y algunos negros, y una balandra en la que iban otros noventa negros prisioneros y mucho botín. Tras transbordar el cargamento de la balandra a la *Regla,* hundióse la primera, y los barcos españoles siguieron su crucero junto con la presa.

Entre tanto, el día 12, la *Honholn* y el patache habían logrado aproximarse a uno de los otros tres barcos fugitivos, que reconocieron ser nada menos que *Le Neptune* de Lorencillo. Les esquivó éste al llegar la noche, pero al amanecer del 13 se encontró ante la capitana y la almiranta españolas, que al instante le atacaron. El pirata se defendió, sin embargo, durante todo el día con gran habilidad, y tanto su pericia naval como la indecisión de sus oponentes lograron que en la siguiente noche lograra escapar definitivamente el barco filibustero, aunque seriamente averiado y con el propio Lorencillo herido.

También habían sufrido averías las naves españolas, que acabaron por regresar a Campeche, donde murió Ochoa de su enfermedad. Habían logrado algunos resultados en su salida, pero quedaban éstos neutralizados por la vergüenza de no haber podido atrapar a Lorencillo cuando todas las circunstancias les eran favorables. Para colmo Astina intentó vender el botín recobrado en vez de devolverlo a sus legítimos dueños, pretextando que los marineros llevaban algún tiempo sin cobrar sus

pagas. Dicha actitud, que pudiera haberse justificado en una escuadra corsaria, pero no en una real como la Armada de Barlovento, levantó gran indignación, y finalmente el gobernador Tello, ante el escándalo, ordenó devolver valores y objetos a sus anteriores dueños sin percibir de ellos cantidad alguna.

En lo que respecta a los piratas apresados, Pierre Bot y otros nueve fueron ahorcados en Campeche, y el resto enviados a Veracruz y de allí a España para servir en galeras.

Nuevos combates. Acción de los corsarios españoles

No había renunciado Lorencillo a sus proyectos sobre el Yucatán, y en la primavera de 1686 volvió a la zona con otra importante flota. Viendo que Campeche estaba ahora fortificado por la parte del mar, desembarcó en la bahía de Ascensión, quemó el pueblo de Tijotuco, y avanzó con un millar de piratas hacia Valladolid.

La situación era difícil, pues tan sólo contaba el bando español con treinta y seis soldados mandados por el capitán D. Ceferino Pacheco, pero hubo de salvarse el trance por ingenio. Un mulato apedillado Núñez dejó, presuntamente abandonado, un fingido mensaje de D. Luis de Briega, jefe militar de la provincia, ordenando a Pacheco que se retirara ante el avance de los piratas, para permitirle luego cercarlos con una fuerza de ocho mil soldados. Lorencillo creyó esta fábula e inició en el acto la retirada a toda prisa. Cuando llegó a la zona Bruno Tello con cuatro compañías de refuerzo, los piratas, que ya estaban en la costa, vieron en ellos la vanguardia del ficticio ejército español y se apresuraron a embarcar, huyendo después a toda vela.

En la época eran frencuentes las escaramuzas con los piratas, y en febrero de 1686, poco antes de la incursión reseñada, las tropas de Santo Domingo habían quitado a Lorencillo un centenar de negros de los conseguidos en los saqueos de Veracruz y Campeche.

El 31 de octubre del mismo año salió para Florida el capitán Granmont con varios barcos y doscientos filibusteros, en un intento por saquear las ciudades costeras de aquella posesión española. Pero sorprendidos por un huracán, fuéronse al fondo

del mar en sanguinario pirata y todos los suyos, junto con las embarcaciones que tripulaban.

Parecía ir mejorando la situación en la zona caribeña. El gobernador de Jamaica enviaba ahora mensajes a los españoles rogándoles que ahorcaran cuanto pirata inglés cayera en sus manos, y anunciándoles que él mismo había colgado ya, por su parte, a todos los filibusteros que llegaron a Jamaica tras el saqueo de Campeche, incluido el capitán Bannister.

Entre tanto las autoridades españolas preparaban una Armada corsaria para combatir a los piratas, quizá animadas por el ejemplo de lo ocurrido en el Mar del Sur. Dióse el encargo a la Compañía Guipuzcoana, y ésta armó a tal fin tres fragatas de 30, 13 y 12 cañones, y una piragua, siendo General D. Francisco García Galán, y Almirante D. Santiago de Arrinillaga. Oficialmente se dio a la formación el nombre de Armada de Nuestra Señora del Rosario, pero fue más conocida como Armada de Vizcaínos. Creada por orden de 6 de noviembre de 1685, empezaría a navegar en abril del siguiente año.

Pero su primer combate no fue nada animador. Habiendo encontrado un barco de guerra inglés que remolcaba una presa francesa intentaron arrebatársela y en el subsiguiente combate, aparte de no lograr su objetivo, sufrieron la pérdida de un timonel y ocho marineros muertos y de varios heridos, entre ellos el propio General Galán, que murió a los pocos días.

Tampoco resultó afortunado para los corsarios vizcaínos su primer encuentro con Lorencillo, ocurrido en mayo de 1687. Con una fuerza de varios barcos atacó éste cerca de Cuba a la fragata menor de la flota corsaria, que estaba bajo el mando de Fermín Salabarría. En su retirada encalló ésta en Jaruco, estando a punto de caer en manos de los filibusteros. El gobernador de la Habana hizo salir en su socorro algunas goletas guardacostas y piraguas corsarias, con tan mala suerte que una goleta fue apresada por Lorencillo, y una piragua hundida, si bien se logró al menos salvar a la fragata vizcaína.

Pero este combate hubo de tener consecuencias inesperadas. Un corsario cubano llamado Blas Miguel Corso (1) echó la culpa

(1) Fernández Duro insiste en dicho nombre «hasta por el apellido a propósito para la profesión» (Armada Española, tomo V, p. 278), y asimismo Pezuela (Historia de Cuba, tomo V, p. 198 y sig.). En cambio Masiá de Ros (op. cit., p. 451) da como nombre del corsario el de Miguel Curro. Juárez hace otro tanto, aunque al parecer, se limita a citar al anterior.

a Lorencillo de la muerte de un hermano suyo caído en dicha batalla, y se preparó a tomar venganza. Estaba por entonces vigente la orden de limitar la lucha contra los filibusteros a las naves en el mar, prohibiéndose a los corsarios españoles atacar puertos y poblaciones sometidos a otros poderes europeos, aunque los tales sirvieran de guarida a los piratas, pero Blas Corso decidió infringirla para llevar a cabo su desquite. Planeó caer sobre Petit-Goave (Pitiguao para los españoles) el día de San Lorenzo, pensando hallar allí a Lorencillo celebrando su onomástica.

En la madrugada del 10 de agosto de 1687 hizo salir el corsario de una pequeña isla próxima a su objetivo, donde por la noche se había ocultado, una piragua de guerra con tan sólo 85 españoles, dirigiéndola en silencio hacia el dormido puerto filibustero. Terrible fue el despertar de Petit-Goave, donde los corsarios entraron a degüello por sorpresa, haciendo una espantosa carnicería entre sus pobladores. El gobernador Dupuy y su esposa, sorprendidos en el lecho, fueron muertos a mosquetazos, y los vengativos corsarios dieron igualmente muerte inmisericorde no sólo a los filibusteros que atraparon, sino también a los comerciantes, taberneros, pupilas de burdeles y todo típico poblador de una guarida pirata. Reunieron luego el botín, que fue de gran cuantía, y Corso dió orden de incendiar la localidad.

Pero si imitara a los filibusteros en los métodos, Corso no se hizo en la estrategia. Enloquecido por su afán de no dejar piedra sobre piedra de la base pirática, dio tiempo a que se reunieran en los alrededores hasta quinientos filibusteros y colonos franceses armados, que no tardaron en atacarles. No queriendo abandonar el botín, el jefe corsario se abrió cruentamente paso con él hasta la piragua, huyendo en élla con los 23 corsarios que le quedaron con vida. El resto había muerto en la lucha final, y algunos, presos, en el suplicio de la rueda, pues si los franceses consideraban «románticas hazañas de aventureros» los ataques filibusteros a ciudades españolas, tenían distinta opinión de los que ellos mismo sufrían a manos de sus anteriores víctimas.

La acción devastadora de Blas Corso pareció animar a los vizcaínos, cuya acción comenzó a hacerse más eficaz. Tomaron varios barcos y arrasaron los refugios piratas de las islas de Barlovento, Tortuga y Vieques, lugar este último donde capturaron muchos filibusteros que fueron enviados a Santo Domingo a

trabajar en las murallas. Por su parte la Armada de Barlovento asoló también los refugios filibusteros de las islas de Guanaja, Mujeres, Roatán, Utila y otros puntos.

Iba progresando a ojos vistas la extinción de la piratería y fue lástima que los vizcaínos se dejaran llevar por su antibritanismo y en la Guayra, pese a la orden de no atacar a los ingleses apresaran dos naves y una balandra de dicha nacionalidad, haciendo también una incursión contra los pescadores de la isla de Ash que motivó la protesta del gobernador de Jamaica, Molesworth, y también del de Nevis.

Pero, pese a tales incidentes, continuaba la colaboración hispanoinglesa contra el filibusterismo. Incluso el gobierno británico envió una fragata para colaborar con las flotillas españolas del Darién, aunque la tal nave llevara el nombre, poco apropiado para su misión, de *Drake*. De todas formas, unida a los barcos armados por los gobernadores de Caracas y Cartagena, formóse una flotilla que recuperó a los piratas más de dos millones de pesos de botín.

En 1688 continuó la labor represiva, iniciada felizmente el 12 de enero con la captura por la Armada de Barlovento de cuatro naves piratas, en una de las cuales se encontraron 40.000 pesos.

Combate menos afortunado fue el librado por la almiranta de los vizcaínos *Santa Rosa* con Lorencillo, imbatible en el mar, hecho sucedido en octubre. Llevaba la peor parte en la batalla la fragata corsaria, de menor potencia bélica que el buque del capitán filibustero, siendo herido al Almirante Francisco de Aguirre, pero se defendió tan tenazmente que Lorencillo optó por alejarse sin llegar al abordaje. De vuelta a su base, la averiada *Santa Rosa* aún pudo apresar a dos barcos piratas, francés el uno e inglés el otro, con lo que la jornada acabó más o menos favorablemente.

No se había podido atrapar a Lorencillo, pero de todos modos la piratería decreció en mucho. Cesaron los ataques a los puertos españoles, no produciéndose ninguno en 1688 y 1689 (1). En este último año Lorencillo pretendió reclutar una nueva

(1) En 1687 tuvieron lugar algunas incursiones, pero de poca cuantía. Unos treinta piratas desembarcaron en la costa de Choluteca, en Honduras, pero el primero de mayo fueron batidos por la compañía de pardos del capitán Fabián de Alvarado, si bien dicho oficial encontró la muerte en el combate.

flota, pero tan sólo acudieron tres barcos, por lo que hubo de renunciar a sus propósitos.

En vano intentaban algunos grupos filibusteros volver a los refugios expugnados. A mediados de 1688 el gobernador de Santo Domingo, D. Andrés de Robles, envió 120 hombres contra uno de estos grupos que se había reinstalado en Samaná, siendo muertos dos filibusteros, apresados catorce y puestos en fuga los demás, tras de lo cual se arrasaron las nuevas instalaciones. En septiembre del mismo año fue apresado en las salinas de Coamo un irlandés que dijo haber llegado a Vieques una banda mixta de 300 filibusteros franceses, ingleses y daneses. No se hizo nada ese año, pero al siguiente, en enero, la Flota de Indias en tránsito a Veracruz destruyó a cañonazos el fuerte erigido por los piratas y dispersó a éstos, llevándose más de cien negros que allí tenían.

CAPITULO XIV

LOS ULTIMOS FILIBUSTEROS DE LAS ANTILLAS

Ofensiva francesa en el Caribe

El estallido, en 1689, de la guerra entre la Francia de Luis XIV y la Liga de Augsburgo, de la que formaban parte Inglaterra y España entre otras naciones, tuvo repercusiones en el Caribe, dando lugar a nuevas reclutas de filibusteros por parte de las autoridades francesas. La base, desde luego, continuaba siendo Haití.

Con anterioridad, en 1682, había muerto en Petit-Goave el gobernador De Pouançay y, tras un pequeño interregno a cargo de su segundo Franquesnai, en septiembre de 1683 llegó el sucesor, M. de Cussy, a quién le correspondió por tanto iniciar las operaciones guerreras.

Bajo el mando de Lorencillo desembarcó una partida de filibusteros en la bahía Montenegro de Jamaica, devastando toda la región y causando serias pérdidas a los ingleses de la isla. A continuación el mando francés pensó atacar a los españoles, tomando como objetivo la ciudad dominicana de Santiago de los Caballeros, ya antes atacada en otras varias ocasiones.

A primeros de julio de 1689 se puso en marcha el gobernador en persona, al mando de 900 filibusteros (450 de ellos a caballo), y unos 200 negros armados. Envió por delante a su secretario M. de Boyer para desafiar formalmente al corregidor español de la ciudad, D. Antonio Pichardo Vinuesa. Aceptó éste el desafío

y salió con una tropa de 500 españoles y mestizos, de los cuales tan sólo setenta tenían armas de fuego, produciéndose el encuentro en el lugar llamado «La Herradura». Prevaleció allí la superioridad numérica y de armamento de los invasores, y los españoles fueron derrotados, sufriendo algo más de un centenar de bajas contra ochenta de los vencedores.

Penetraron luego los franceses en el caserío de Santiago, que había sido previamente evacuado. Tras veinticuatro horas de saqueo, la localidad fue incendiada, quedando arrasada por completo.

Ya se había dado la alarma a toda la región y, en su retirada, los franceses fueron acosados por las partidas organizadas por el Presidente de Santo Domingo, D. Francisco de Segura Sandoval, y de las cuales tan sólo las de Neiva y Guaira mataron o capturaron una cincuentena de invasores.

Pero en esta ocasión se planeó por fin una verdadera expedición de represalias encaminada a vengar la citada incursión y atajar otras que pudieran estar previstas para tiempos sucesivos.

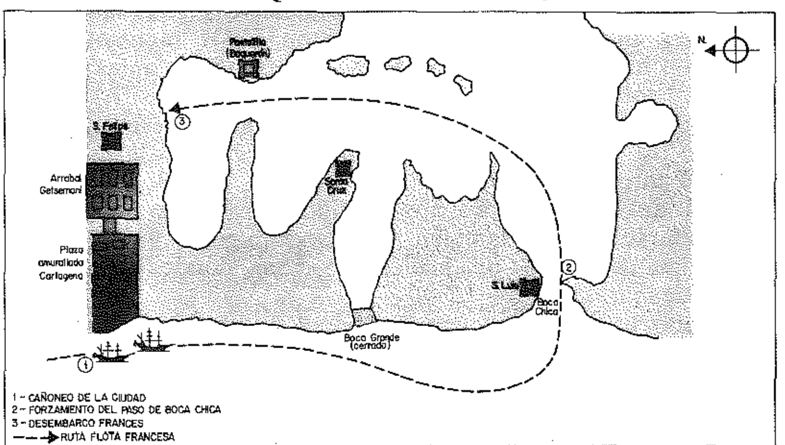
El contraataque español sobre Saint Domingue

El Virrey de Nueva España preparó cuidadosamente la operación contra Haití o Saint Domingue, que de ambos modos se conocía a la parte francesa de la isla. El 19 de julio de 1690 zarparon de Veracruz veintinueve barcos, catorce de los cuales pertenecían a la Flota de Nueva España, mandada aquel año por el Conde de Villanueva. En alta mar se separaron primeramente cuatro barcos sueltos, destinados a Campeche, Cartagena y la Habana, y luego apartose igualmente la Armada de Barlovento, compuesta por las fragatas Capitana, Almiranta, *Concepción* y *San Nicolás*, y el patache *Santo Cristo*. Era General D. Jacinto López Gijón, Almirante D. Antonio de Astirra, y cabo de la artillería el ilustre matemático D. Juan Enríquez Barroto.

Pusieron proa las cinco naves hacia Santo Domingo, y de camino apresaron un barco filibustero francés de 400 toneladas y 16 cañones. Hicieron escala en Puerto Rico y finalmente llegaron a Santo Domingo a primeros de noviembre.

Empezó inmediatamente la recluta de hombres para la expedición, de la que se nombró jefe al Maestre de Campo D.

ATAQUE FRANCES A CARTAGENA



Francisco de Segura Sandoval, Presidente de Santo Domingo. Embarcaron en las naves 200 mosqueteros de la guarnición regular y 300 campesinos armados con lanzas, y la Armada zarpó hacia Montechristi, desembarcándolos allí, donde se les unieron otros cien lanceros a pie. Toda la tropa inició el camino hacia la parte francesa de la isla, teniendo como objetivo la ciudad de Guarico, capital de la colonia.

Los franceses se habían enterado de la operación, cosa nada extraña dada la lentitud de los preparativos. El gobernador M. de Cussy reunió a su vez una tropa de 800 hombres armados, en su inmensa mayoría filibusteros equipados con sables, pistolas y los temidos fusiles bucaneros. Reunido una especie de Consejo de Guerra, M. de Cussy propuso esperar a los españoles tras los muros de la ciudad, pero prevaleció el criterio de Franquesnai de presentar batalla en la Sabane de la Limonade, terreno llano donde podría utilizarse con ventaja la fusilería bucanera.

El 21 de enero de 1691 se inició el combate, que habría de conocerse como la batalla de Sábana Real o de la Limonade. Comenzó con un intercambio de disparos en el que llevaron clara ventaja los filibusteros. Pero el capitán español D. Antonio

Minier, vista la situación, ordenó a su compañía de lanceros que se tendiera en el suelo tras los mosqueteros y, tras lanzar los franceses una descarga, se levantaron todos rápidamente y corrieron hacia las líneas enemigas, alcanzándolas antes de que pudieran los filibusteros cargar de nuevo sus fusiles. Al primer choque cayeron por tierra gran cantidad de franceses, y luego iniciose un terrible cuerpo a cuerpo, resuelto con la llegada a paso de carga del resto de la tropa española. Hundiose el centro francés, quedando allí muertos 250 filibusteros, y no tardaron en desbandarse las alas también, intentando algunos grupos hacer una última defensa en una hacienda cercana, donde fueron igualmente desbaratados.

Acabó la batalla en una verdadera desbandada, donde los españoles hicieron gran matanza, vengándose así por fin de las afrentas filibusteras de todos los años anteriores. Contáronse en total más de setecientos muertos franceses, incluidos el gobernador M. de Cussy, su segundo Franquesnai, los consejeros de la Audiencia, el jefe de artillería M. de Fraganoy, los capitanes Mareland, Coqueré, Remosin, Reneval, Canager, Leyteral, Promenade, Peatán y Aguiera, con otros treinta oficiales más. El propio Lorencillo, que formaba parte de la tropa francesa, logró a duras penas huir con menos de un centenar de supervivientes. Por parte española habían perecido el capitán Baltasar de Villafaña, el alférez Pedro de Muñiz y alrededor de cuarenta soldados y lanceros campesinos.

Gran alegría causó la noticia de la victoria en Santo Domingo, ciudad que demasiado sabía de incursiones piráticas. A partir de entonces se conmemoró el 21 de enero como fiesta de la Virgen de Altagracia, a cuya intercesión se hizo deber el éxito.

Pero la campaña no había terminado con la afortunada batalla. Siguieron avanzando los españoles hasta Guarico, ciudad que cayó sin resistencia. Tomóse allí gran botín, incluidos 130 negros esclavos y dos barcos de St Malo, de 24 y 28 cañones, recién llegados de Francia, que fueron capturados en el puerto. Por otra parte ardieron junto a los muelles catorce embarcaciones más ligeras, algunas de las cuales habían participado en el ataque contra Campeche. Dieron los españoles también a las llamas la ciudad entera, como represalia a lo hecho en Santiago de los Caballeros, destruyendo a conciencia todo lo que no pudieron llevarse.

Cundió el pánico entre los franceses, que abandonaron las haciendas del norte para concentrarse en Cul-de Sac (luego Port Prince), donde fueron de nuevo batidos. Parecía que el poder filibustero iba a quedar roto para siempre, y que la parte occidental de la isla volvería de nuevo a la soberanía española.

Pero el mando hispano cometió entonces el error de no completar la victoriosa campaña y retirar las tropas de nuevo a sus bases en la otra mitad de la antigua Española, contentándose con el estrago causado. Desde luego no había sido flojo éste, pues se había batido al enemigo por completo, tomándose inmenso botín, y todo ello a costa de menos de 190 bajas, la mayoría simples heridos. Tan sólo a la Habana fueron enviados 400 filibusteros prisioneros para trabajar allí forzadamente en la construcción de las murallas (1).

Añádase que, en apoyo lejano a estas operaciones, cruzó la costa haitiana un escuadrón naval inglés mandado por el comodoro Halph Wren, pero no llegó a intervenir en la lucha, por lo que en esta ocasión el triunfo fue exclusivamente español.

Reorganización francesa y segunda expedición a Saint-Domingue

Simultáneamente con la operación contra Haití, la Armada de Barlovento había también arrasado la isla de Vaca y otros centros piráticos, mientras se acababa también con los piratas en la zona de Maracaibo y en el Mar del Sur.

Pero en el propio Saint-Domingue, al no rematarse la obra prevista, el poder francés volvía a renacer. Asumió el cargo de gobernador un tal Jean-Baptiste Ducasse, antiguo negrero, y su

(1) Fernández Duro, siempre desmitificador de la leyenda filibustera, escribe refiriéndose a esta ocasión «El suceso confirma, a mi parecer, las apreciaciones que he consignado relativas al valor real de los filibusteros, puestos por las nubes por entusiastas admiradores que sin contradicción ni reparo han venido copiandose desde el siglo XVII acá. Los famosos «bucaneros» y «hermanos de la costa», a cuya sola vista nos cuentan que temblaba toda la América Española, no tuvieron ánimo para resistir en campo abierto ni detrás de las fortificaciones de las casas el ataque de un cuerpo inferior en número, inferior en armas, pero que llevaba sobre ellos la superioridad de la organización militar y la de la conciencia honrada. No es extraño; las hazañas de tal gentuza se realizaban generalmente en las sombras de la noche, a favor de la sorpresa y de la infidencia de que se sirven siempre los ladrones (Fernández Duro «Armada Española», tomo V, p. 280/281).

primera medida fue repoblar Haiti trayendo a los franceses que habitaban en la isla de Santa Cruz y en la famosa Tortuga, que quedaron con ello despobladas. Pero ya esta última isla, antigua capital filibustera, había caído en la decadencia, y de ello da medida el hecho de no haberse encontrado en élla más de setenta hombres en disposición de tomar las armas.

Mandó también Ducasse reconstruir la ciudad de Guarico, y la puso bajo el gobierno de Lorencillo, nombrado Lugarteniente del Rey. En 1693 el citado personaje contraería allí matrimonio con una bretona portadora del curioso nombre de Marie Anne Dieu-le-veut.

Los españoles seguían haciendo todavía numerosas «razzias» en territorio francés, hasta el punto de que el propio Presidente de Santo Domingo debió refrenarlas. Ducasse decidió, de momento, dedicarse tan sólo a combatir a los ingleses, e incluso mandó llevar a la Habana a los filibusteros que en junio de 1692 apresaran un barco español.

Comenzaron los primeros ataques sistemáticos de Ducasse contra Jamaica. En diciembre de 1693 una expedición filibustera desembarcó en la costa meridional y, tras arrasar todo lo que encontró frente a élla, se retiró llevándose 370 esclavos negros. En junio de 1693 tuvo lugar un ataque más importante, con 22 naves y 1.500 filibusteros. Desembarcaron primero en la parte sudoriental de la isla, donde pasaron un mes. Luego costearon hacia el Sur y desembarcaron en la bahía Carlisle, donde destruyeron cincuenta ingenios de azúcar y quemaron muchas casas, dando muerte a numerosos ingleses. Tras mes y medio de estancia se retiraron al fin, llevándose joyas, dinero y 1.300 esclavos (1).

Aquella era la típica guerra filibustera, que ahora hacía a los británicos mucha menos gracia que cuando asolaba los territorios españoles. Y para complicar las cosas, a las destructoras entradas de Ducasse se unían las incursiones de los negros cimarrones, que aún seguían resistiendo en el interior de la isla. Los ingleses decidieron entonces lanzar una expedición de represalia contra Saint Domingue.

(1) Juárez dice erróneamente que los filibusteros saquearon en esa ocasión la ciudad de Port-Royal (Juárez, op. cit., p. 416). En realidad la dicha ciudad había sido tragada por las aguas dos años antes, en el curso de un terremoto.

A principios de 1695 se envió a las Antillas una escuadra británica con cinco barcos de guerra, dos de fuego y doce transportes, llevando a bordo un regimiento de infantería y numerosas armas para organizar a los voluntarios de las Antillas Británicas. Mandaba las fuerzas de mar el comodoro Robert Wilmot, y las de tierra el coronel Luke Lillingstone. Juntos los voluntarios y los soldados regulares, llegaron a contar estos jefes con 1.700 hombres pero, al parecerles aún pocos, optaron por aliarse con los españoles, igualmente enemigos del filibusterismo francés. Aportó el mando español la Armada de Barlovento mandada por D. Francisco Cortés y entre 1.500 y 2.000 infantes y lanceros campesinos, bajo el mando de D. Gil Correoso.

Hechos los oportunos preparativos en Montechristi y Manzanillo, el mes de marzo de 1.695 zarpó la expedición. Desembarcada luego ésta en una playa a 16 millas de Guarico, hubieron de caminar los hombres con gran fatiga por un terreno muy desfavorable para la marcha. Pero los franceses, recordando sin duda la batalla de la Limonade, se abstuvieron de ofrecerles resistencia alguna. Lorencillo abandonó en secreto la ciudad, dejando en ella a su mujer e hijas, y refugiándose en la más distante Port-de-Paix. Apenas avistaron los habitantes de Guarico las vanguardias de los temibles lanceros dominicanos, produjose la desbandada. Al grito de «¡Lanciers! ¡Lanciers!» los franceses abandonaron en desorden la ciudad, esparciéndose por los campos próximos. Los expedicionarios españoles les persiguieron sin darles descanso, matando unos 300, tomando unos 100 negros y haciendo numerosos prisioneros, entre ellos la esposa y las dos hijas del fugitivo Lorencillo, que fueron llevadas a Santo Domingo. La ciudad de Guarico fue arrasada por segunda vez.

Mientras que proseguía el avance por tierra, la Marina inglesa realizó un desembarco en St Louis, población situada a medio camino entre Guarico y Port-de-Paix, y que fue igualmente arrasada.

Algún tiempo después, ya entrado el mes de julio, los aliados angloespañoles se presentaron ante Port-de-Paix, que fue cercada. En el campo de los sitiadores estallaron diversas epidemias, que castigaron en especial a los británicos, poco acostumbrados al clima. Pero los españoles se apoderaron de las alturas que rodeaban la ciudad y emplazaron una batería en Saint-

Ocien, y tres morteros cerca del fuerte principal enemigo. No tardó en abrirse brecha, y la ciudad cayó en manos de los asaltantes, siendo tratada del mismo modo que Guarico. Fueron asimismo arrasadas las poblaciones de Port Margot, Planemon, y todas las del distrito de Camp-Français. Ducasse debió refugiarse en Leogane.

Se había cobrado un inmenso botín: 150 cañones, 900 prisioneros, 1.000 esclavos negros y más de 200.000 libras esterlinas. Los franceses habían sufrido más de 600 muertos, mientras los aliados lamentaban la muerte de 400 ingleses, casi todos por enfermedad y 40 españoles. En Veracruz y otras ciudades se celebraban actos de acción de gracias en las catedrales, dándose por próxima la total destrucción del poder filibustero.

Podría esto haber sido logrado, pero no se hizo. Se tenía planeado marchar a continuación contra Petit-Goave, pero estalló la disensión entre los españoles y los infantes ingleses por una parte y la Marina británica por otro. Se acusaba al comodoro Wilmot de abandonar a su suerte a los enfermos ingleses, que habían debido ser evacuados y atendidos por el almirante español Cortés, y también de apropiarse una parte del botín. Finalmente se acordó dar por terminada la empresa, y la flota británica regresó a Inglaterra. De que no eran infundadas las acusaciones contra Wilmot dio cuenta el hecho de que, muerto éste durante la travesía debido a enfermedad, se descubrió que había «distraído» del botín unas 16.000 libras esterlinas para su uso personal.

Ducasse, una vez pasado el peligro, envió a Francia a los capitanes La Boulaye y Lorencillo, para que fueran juzgados por cobardía. Al último se le privó de todo mando en tierra pero, en atención a su nunca desmentida habilidad marinera, se le otorgó el mando de una fragata.

El asalto a Cartagena de Indias

Tras la retirada de la flota inglesa, el dominio del mar pasó a ser francés. Había dos escuadras de esta nacionalidad, mandadas por Renau de Elizagaray y por M. de Angers, estorbando a la Armada de Barlovento, más débil, la persecución de los filibusteros.

Pero en la propia Francia, en venganza de lo sucedido en Saint Domingue, se preparaba una expedición de gran poderío en contra de los dominios españoles. Mas en lugar de planearse con carácter propiamente militar, se montó desde el primer instante como un extraño híbrido de empresa real y negocio pirático. La financiaron los armadores de Brest, y el Rey Sol entró en ella como socio, aportando barcos de la Marina Real y tropas del ejército regular. Se incluía, además, la participación de los filibusteros, que serían pagados en régimen de «chasse-partie», repartiéndose el resto del botín entre comerciantes y monarca. De tal forma, quien se hacía llamar «el más grande de todos los reyes» se colocaba a la altura de Isabel I de Inglaterra, asociándose como accionista a una empresa corsaria en la que, para colmo, participarían los Hermanos de la Costa.

A primeros de enero de 1697 salió de Brest la armada, compuesta de 10 barcos grandes de guerra, 2 pingües, 2 balandras, una galeota lanzabombas y 4 lanzabombas ligeros, armas estas cinco últimas de invención francesa que habían actuado con grandes efectos destructivos contra Alicante, Génova y Argel, y que por primera vez funcionarían ahora al otro lado del Atlántico. La escuadra, donde embarcaban 4.000 marinos y soldados, estaba mandada por Jean Bernard Deschamps, Barón de Pointis.

El 6 de marzo llegaron los expedicionarios a Saint Domingue. Prevenido de antemano, Ducasse había reunido 800 piratas, 200 reclutados y un cuerpo de 200 negros mandado por M. Paty. Tal fuerza embarcó en siete fragatas filibusteras y 5 transportes sin armar, que se unieron a la flota llegada de Francia (1).

(1) Con lo que la flota quedó dispuesta del siguiente modo:

Fuerzas reales:

Sceptre (Capitana)	74 cañones	De Pointis
St Louis (Almiranta)	56 "	M. Levy
Le Fort	54 "	M. Visconte de Coelogon
Vermandois	50 "	M. Duboisson de Varenne
Furieux	50 "	M. De La Motte Michel
Apollon	50 "	M. Gombaud
St Michael	28 "	M. Marolles
La Mutine	40 "	M. Mattiac
Lacnam	30 "	M. Francieu
Le Marin	40 "	M. De Saint Vrandille

2 Pingües, 2 balandras, 1 galeota lanzabombas y 4 lanzabombas ligeros.

Discutiose donde se lanzaría el golpe, barajándose los nombres de Santo Domingo y la Habana. Finalmente se optó por Cartagena que, aún teniéndose por plaza bien fortificada, se suponía que proporcionaría un rico botín. Con tal perspectiva que hizo a la mar la flota francesa.

Era en aquellas fechas gobernador de la plaza de Cartagena de Indias D. Diego de los Ríos y Quesada, hermano del Conde de Fernán Núñez, siendo su Sargento Mayor D. Cristóbal de Ceballos y capitanes del presidio D. Francisco Santander, D. Pedro Cañete, D. Diego Beltrán y D. Antonio Paredes (este último ausente, en Madrid). La plaza había sido fortificada cuidadosamente por el antiguo Gobernador D. Pedro de Zapata y Mendoza, teniéndosela por muy fuerte dentro del contexto de las Indias españolas.

El acceso a ella era mucho más difícil que en tiempos del ataque de Drake. Hacía un par de años que dos galeones portugueses habían naufragado en el canal de Bocagrande, por donde el pirata inglés penetrara en el bahía de Cartagena, acumulándose la arena en torno a sus casos y cerrándose definitivamente el paso. Quedaba el canal de Bocachica y, para protegerlo, el infatigable Zapata había construido el Castillo de San Luis de Bocachica, con cuatro reductos y 33 cañones (14 de bronce y 19 de hierro), y una guarnición prevista de 300 infantes y 20 artille-

---

Fuerzas filibusteras:

Le Christe	50 cañones	Capitán Godefray
St Louis	18 "	" Charles
Le Cerf Volant	18 "	" Couty (Macary según otros)
La Serpente	18 "	" Blois
La Gracieuse	20 "	" "
La Dorade	16 "	" "
Le Brigantin	4 "	" "

Cinco transportes sin armar.

Fuerzas de desembarco:

Seis batallones regulares mandados por los coroneles M. De la Roche, De Brene, Marollet, Simonet, Didmont y De la Chenau.
Un batallón de fuerzas de Saint Domngue, mandado por Beaumont.
Fuerza de artillería mandada por el Vizconde de Coelocont.

ros (1). Existían también en los alrededores de la ciudad los fuertes de Pastelillo (antes Boquerón), Santa Cruz y San Felipe de Barajas. La propia Cartagena estaba protegida por una muralla que contaba con 12 baluartes y 84 cañones de bronce.

Pero, por desgracia para la causa española, con el actual gobernador había llegado una era de corrupción que ponía en grave peligro las defensas de la ciudad. Se había creado la costumbre de fingir la existencia de soldados para embolsarse las autoridades sus pagas, con lo que la guarnición de Cartagena, que sobre el papel contaba con 400 plazas, en la realidad tan solo disponía de cuarenta soldados. El formidable castillo de Bocachica había visto reducida su guarnición teórica de 320 a 220 hombres, pero la citada corrupción le había dejado tan sólo con quince, mientras que sus cañones estaban montados en malas cureñas de cedro, incapaces de soportar el disparo de las piezas. Peor aún era la situación de los otros fuertes, de los que los de Pastelillo y Santa Cruz se hallaban abandonados, sin guarnición ni artillería, en tanto que el de San Felipe de Barajas, también construido por el Gobernador Zapata, contaba sólo con dos pedreros y estaba bajo el mando del caballero cordobés Juan Berrio, pero sin guarnición asignada.

En tales circunstancias, el 8 de abril de 1697 llegó aviso a Cartagena de que la flota enemiga se hallaba en la ensenada de Zamba, a doce leguas escasas de la ciudad. Inmediatamente el Gobernador envió un navío de aviso a los galeones de Portobelo, mientras se disponía a poner la plaza propia en pie de guerra. En los depósitos de armas, alcanzados también por la incuria general, había menos de 1.000 arcabuces útiles. Con ellos se crearon cuatro compañías de milicias compuestas por los mercaderes locales, los de Quito y Santa Fe presentes en la ciudad y diversas gentes del pueblo. Se propuso también hundir un galeón en el canal de Bocachica, pero el Veedor de Galeones, atento a razones económicas, se opuso a tal medida, que hubiera podido tener gran importancia en la defensa de la plaza.

El sábado 13 de abril a las 10 de la mañana se avistó la armada enemiga, que venía enarbolando banderas españolas, inglesas y holandesas, intentando hacerse pasar por aliada. Permaneció alejada hasta las 4 de la tarde, momento en que

---

(1) Juan Herraez de Escariche, op. cit., p. 34.

inició el acercamiento. Le fueron disparados tres cañonazos desde el baluarte de Santa Catalina, tras de lo cual todos los barcos izaron la bandera francesa, incluso las fragatas piratas de los filibusteros. Dispusiéronse entonces las milicias en las murallas, conservando a los cuarenta soldados regulares en la Plaza de Armas como reserva general.

El primer intento de desembarco lo hicieron los filibusteros por la parte exterior de la plaza, apoyados por los buques *Le Fort* y *Le Mutine,* pero tanto las condiciones del terreno como las del mar se lo impidieron zozobrando una falúa y ahogándose algunos hombres. Tras este fracaso, la flota francesa se retiró algún trecho dentro de la mar.

El 14 de abril a las 8 de la mañana se inció el bombardeo a cargo de la galeota lanzabombas. Las dos primeras bombas no entraron en la población, pero sí lo hizo la tercera, cuya explosión mató a dos mujeres. Ante aquella nueva arma hubo un estallido de pánico, en especial entre la gente del pais y el clero. Muchos escaparon de la ciudad, y el Gobernador hubo de mandar cerrar las puertas para impedir tal éxodo. Durante todo el día y toda la noche continuó el bombardeo, disparándose 132 bombas, que destruyeron unas cuarenta casas. Los barcos de guerra franceses dispararon además 250 cañonazos, de los cuales sólo dos impactaron en la ciudad, sin causar sino daños ligeros.

El 15 por la mañana la flota francesa abandonó su posición para dirigirse a Bocachica. El castellano de la fortaleza, D. Sancho Jimeno de Orozco, al no contar sino con quince soldados, metió en el castillo toda la gente que pudo de las haciendas cercanas, incluyendo 68 negros y muchos mulatos, logrando con ello elevar la guarnición a 129 defensores, bien que bisoños y sin experiencia militar.

Acercáronse los buques *St Louis, Sceptre* y la galeota, y a las 11 comenzó el bombardeo. Respondió la artillería del castillo, y una de sus balas alcanzó al *St. Louis,* matando cuatro hombres. Pero no había cañón español que resistiese tres disparos sin romper la cureña, y al atardecer había ya quince inutilizados, con lo que cundió el desaliento entre la inexperta milicia.

Por la tarde los franceses desembarcaron gente en los Tejares y Punta del Horno. Tomaron tierra 1.200 filibusteros y negros de Saint Domingue, y 1.700 soldados regulares. El propio general galo hizo una descubierta con 20 granaderos y 200 filibusteros, precedidos por una vanguardia de 80 negros, que abrieron camino cortando algunos árboles. Llegaron a una aldea de pescadores cuyos habitantes habían huido a Cartagena en dos canoas y la saquearon. A continuación hicieron un reconocimiento del fuerte, hasta que una descarga les obligó a retroceder.

Por la noche llegaron a la fortaleza cinco jinetes españoles, que perdieron dos de sus caballos al atravesar las líneas enemigas. Tras este reconocimiento, el Gobernador envió como refuerzo una canoa con 36 mulatos y un fraile franciscano, pero por diversos retrasos, la embarcación llegó a Bocachica ya con la luz del día. Tiroteados por 500 soldados y filibusteros, fueron luego abordados por dos grandes canoas, con el resultado de morir ocho mulatos en combate, ahogarse otros tantos y caer veinte prisioneros, seis de ellos heridos. Tan sólo uno lograría salvarse, a nado, para llevar a la ciudad la infausta nueva.

Pointis envió entonces al castillo al fraile franciscano apresado en la canoa con una bandera blanca, acompañado de un tambor francés, con el fin de exigir la rendición, a lo que el castellano se negó. Siguió luego un bombardeo masivo que, al ser contestado, produjo la rotura de más cañones españoles. A mediodía se aproximaron dos canoas francesas que fueron rechazadas con fuego de cañón y arcabuz.

Pero el fin estaba próximo. Aproximábanse cada vez más al fuerte destacamentos de granaderos con petardos especiales para abrir brecha en las puertas y murallas. Desmandáronse también los milicianos, y a las 4 el castellano aceptó capitular. Había recibido 1.500 cañonazos y 44 bombas, que causaron 9 muertos y algunos heridos, no produciendo demasiados daños materiales. Pero todos los cañones menos ocho estaban desmontados, no por el fuego enemigo, como al principio creyeron los franceses, sino por deficiencia de las cureñas propias. De los asaltantes, perecieron veinte o treinta, entre ellos el brigadier de ingenieros M. Cañeta y el teniente coronel Marín, que murieron a consecuencia de sus heridas. El propio Ducasse resultó también herido, aunque no mortalmente.

Pointis trató caballerosamente a los vencidos. Según Coroleu (1), al castellano le entregó su propia espada por tener a menos que hombre como él fuera desarmado y, escoltado por tropas

(1) José Coroleu, op. cit., tomo III, p. 156.

regulares, le envió a una hacienda para que se reuniera con unos familiares suyos. Al no encontrar allí a éstos, le autorizó después a que fuera a buscarles al interior, lo que equivalía a dejarle en libertad.

Pero lo verdaderamente importante es que, con la caída del castillo, el paso hacia Cartagena quedaba abierto. Pointis guarneció la fortaleza con 200 soldados propios mandados por el coronel M. De la Roche D'Uigies, y dejó dos barcos para cuidar la entrada, entrando con el resto de su flota en la bahía interior.

El 17 había llegado a Cartagena las noticias de la caída de Bocachica, causando el natural efecto negativo. Marcháronse muchos vecinos con inclusión de casi todas las mujeres y niños que quedaban, llevándose sus caudales.

El fuerte de Santa Cruz había sido apresuradamente guarnecido por el capitán D. Francisco de Santander con 80 milicianos, 6 malos cañones y pocos víveres. Vista la situación, el capitán solicitó permiso para evacuarlo, lo que concedió el gobernador, con lo que se clavaron los cañones y se incorporaron los hombres a la guarnición de la plaza. Se abandonó también el fuerte de Pastelillo (Boquerón). Para cerrar el paso al puerto interior hundiéronse en el canal dos naves, quemándose el resto de los barcos presentes (dos galeones, dos galeras y varias piraguas y canoas) para evitar que cayeran en manos del enemigo.

En la mañana del jueves 18 hizo su aparición la flota francesa. Las dos naves hundidas en el paso al puerto interior lo había sido con gran cuidado, pues sus propietarios pensaban volverlas a reflotar para recuperarlas, de modo que los franceses lo hicieron por su cuenta, penetrando luego en el puerto. Seiscientos filibusteros desembarcaron en el lado de la rada opuesto a la ciudad, apoderándose del convento de Nuestra Señora de la Popa. A las 3 de la tarde había ya en tierra diez banderas francesas. Un trompetero llevó una propuesta de capitulación al Gobernador español, quien la rechazó.

Pero después llegó a Cartagena un desertor italiano del ejército de Pointis, que dio cuenta a los españoles de la magnitud de la fuerza enemiga. El Gobernador envió emisarios en petición de auxilio a Monpoz y otros lugares. Por la noche salió la compañía de milicias del capitán Palma, escaramuceando aquí y allá con las avanzadas francesas.

El viernes 19 se inició el ataque de 1.100 franceses al fuerte de San Felipe de Barajas, donde había 75 españoles y dos pedreros. Tras un día de lucha el jefe de la guarnición, Juan Berrio se retiró con sus hombres, pero el Gobernador le encarceló y envió al castillo al vizcaíno D. Juan Miguel de la Vega con otros setenta hombres, en su mayoría negros y mulatos, y tanta prisa se dieron que lograron volver a guarnecer el fuerte antes de que los franceses se hubieran percatado de su abandono. Pointis instaló entretanto su cuartel general en el Hospital de San Lázaro e hizo desembarcar 25 cañones de gran calibre y 5 morteros. El 21 comenzó con ellos un furioso bombardeo del fuerte, mientras que los barcos y las galeotas batían el Arrabal de Getsemani, un barrio de Cartagena aislado del resto de la plaza. La contrabatería española obtuvo varios impactos en las posiciones francesas de San Lázaro, matando doce hombres y mutilando catorce. Poco después caía herido por la metralla el propio Pointis, asumiendo el mando Levy.

La resistencia del castillo se prolongó hasta el día 24 cuando, muerto De la Vega de un tiro, su gente se retiró a la plaza. Por parte de los atacantes habían muerto en el asedio el coronel Vezins y varios soldados y filibusteros.

El 24 se produjo una pausa en los combates. En la plaza se construían cureñas de artillería a toda prisa, y el Gobernador decretó la libertad para todos los esclavos que se unieran a la defensa, logrando así reunir un total de 1.800 hombres, aunque no disponía de armas para todos.

El próximo objetivo de los franceses era el Arrabal de Getsemaní, cuya defensa estaba en manos de D. Francisco Santarem, quién contaba con 700 hombres y 40 cañones, distribuidos en los cinco baluartes con que contaba la muralla (1).

(1) Dichos baluartes eran los siguientes:

Media Luna, bajo D. Francisco Santarem, con 100 hombres (soldados y milicianos) y 11 cañones (3 de bronce del 27 y 40 y 6 de hierro más ligeros.

San José, del capitán mulato Aguilar con su compañía de mulatos y 4 cañones pequeños de hierro.

El Reducto con el capitán D. Francisco Labartes, con 80 negros y mulatos y 11 cañones (3 de bronce del 27, 3 de hierro de 18 y 24).

Santa Isabel, del Caballero vizcaíno D. Juan de Landetta, con 5 cañones pequeños de hierro.

Chambacú, bajo el capitán de la piragua guardacostas con 6 cañones (2 de bronce de 27 y 4 de hierro).

El domingo día 28 comenzaron los franceses un terrible fuego, en especial sobre el baluarte de Media Luna. Respondieron los cañones españoles de Media Luna, El Reducto, Chambacú, y San Pedro Mártir. Al poco tiempo de iniciarse el fuego, Media Luna se hallaba prácticamente derruido, mientras El Reducto se mantenía firme y había echado a pique uno de los barcos ligeros lanzabombas de los atacantes.

El 29 se abrió brecha, lanzándose el primer asalto. Pero los españoles volaron el puente de acceso y lograron con ello rechazar el ataque. El bombardeo continuó, más intenso que nunca.

El día 30 el baluarte de Media Luna se hallaba completamente destruido, y el foso lleno de cascotes y escombros. Ducasse, ya restablecido de sus heridas, aproximóse para pedir a Santarem que capitulara, a lo que éste se negó.

A las 4 de la tarde se desencadenó el ataque francés, yendo en cabeza el batallón de Marolles, seguido por los de Simonet y Lachernay, mas 800 filibusteros y negros; un total de 1.500 hombres, más los 300 zapadores encargados de ensanchar la brecha. Santarem tan sólo contaba en el baluarte con 40 hombres válidos, pero se defendió aún por algún tiempo. Del batallón francés de cabeza pereció su jefe, el coronel De Marolles, y muchos soldados. Finalmente fue reducida la resistencia española y Santarem, que por la edad y la gota había sido transportado durante la lucha en una litera, como Melo en Rocroi, quedó prisionero de los franceses.

Pero durante todo el resto del día se luchó ferozmente en el interior del Arrabal. Aquí los bisoños españoles lucharon con indudable bravura, pero su inexperiencia hubo de causar graves daños, al causar los disparos de la artillería de los baluartes, mal manejada, más bajas entre los propios defensores que entre los asaltantes (1).

Poco a poco fueron obligados los españoles a retirarse de los Baluartes de Chambacú, Santa Isabel y El Reducto. En San José murió heroicamente el capitán Aguilar con el grueso de su compañía de mulatos. Paulatinamente todo el barrio fue quedando en poder de los atacantes.

(1) Según el cronista español José Vallejo de Lanas, uno de aquellos funestos cañonazos, disparado con metralla desde el baluarte de San Ignacio, de Cartagena, derribó por tierra a 25 españoles.

Aún quisieron los franceses redondear la victoria, y algunos filibusteros se mezclaron con los fugitivos que huían a Cartagena, pretendiendo tomar las puertas de la plaza. Acudió entonces una compañía de lanceros y no sólo rechazó a aquellos sino que lanzó un contraatque que hizo desbandarse a los destacamentos de filibusteros que ocupaban las primeras casas del Arrabal, llegando a pensarse en la reconquista del mismo. Pero el Gobernador ordenó que las tropas regresaran tras las murallas de Cartagena, malográndose así la oportunidad. Pointis se apresuró entonces a llamar un batallón intacto que había dejado como reserva, disponiéndolo ante la puerta en sustitución de los filibusteros.

La batalla del Arrabal había costado a los españoles 150 muertos y 30 prisioneros, en tanto que de los atacantes habían perecido alrededor de un centenar de hombres, incluidos, además de Marolles, el alférez de Navío Du Rolon, el Conde de Coelogone y M. de Pointis, sobrino del general en jefe. Habían quedado heridos M. de Fouillere, que perdió una pierna, M. de Sorel, M. de Monrosteur, M. de Voyour, el caballero de Marigny y otros oficiales.

Por la noche aún se presentó al Gobernador De Los Ríos un plan para reconquistar el Arrabal, pero aquél lo rechazó arguyendo que la contraofensiva dejaría vacía de tropa e indefensa la propia plaza. Al amanecer comenzó de nuevo el bombardeo, contestado por los baluartes españoles cada vez con menor intensidad, a medida que iban destrozándose las cureñas de los últimos cañones.

A las 10 de la mañana cayó una bomba francesa en la iglesia del hospital de San Juan de Dios, pulverizando un altar con el Santísimo expuesto que allí había. Quebrantóse con tal suceso la moral del clero, ya de antes no demasiado firme, y el Cabildo Eclesiástico pidió la capitulación de la plaza, arguyendo que si ello se efectuaba antes del asalto podrían obtenerse mejores condiciones, y manifestando que el enemigo era el ejército regular francés y no los filibusteros, con lo que el trato a la población civil no sería el acostumbrado en las incursiones de aquéllos. Manifestáronse doscientas personas dirigidas por dos curas, exigiendo asimismo la capitulación, y finalmente el Gobernador, pusilánime o supersticioso también él mismo, influyó en la Junta de Guerra para que acordase dicha solución.

El jueves 2 de mayo «cuando menos se esperaba», según el cronista francés Louis Changels de Lagrange, fueron izadas dos banderas blancas en la muralla. Salió de la plaza el Tesorero de Aduanas D. Diego de Morales a fin de parlamentar, pidiendo tregua y enviándose luego como rehenes de la misma al Marqués de Bolcortes y a D. José de Albizu. El día 3 entraron en Cartagena Ducasse y M. Ductellu, que presentaron las condiciones. A las cuatro de la tarde se envió como legado al campo francés al P. Antonio Zapata, Rector de la Compañía de Jesús, acompañado por D. Manuel de la Cruz, Oidor de la Audiencia de Santo Domingo y de D. Cristóbal de Ceballos. Regresaron a Cartagena a las 9 con las condiciones definitivas, a saber:

1ª. Salida del Gobernador y de la guarnición, con honores militares.
2ª. Salida de todos los vecinos que lo desearan con sus pertenencias, excepto oro, plata, piedras preciosas y dinero, del que sólo podrían llevar cada cual una cantidad convenida, de acuerdo con su rango.
3ª. Aquellos que desearan quedarse en la ciudad no serían molestados, conservando sus bienes y la mitad de su oro y plata, y debiendo entregar el resto y jurar además fidelidad al Rey de Francia.
4ª. Los Templos y Monasterios no serían despojados ni molestados.
5ª. Los Oficiales Reales entregarían la hacienda del Rey de España.

El día 4 entró oficialmente en la ciudad M. Levy con 500 hombres y cuatro banderas, tomando posesión de la puerta principal y del baluarte inmediato. Proclamó en el acto pena de muerte contra los saqueadores, y ese mismo día la ejecutó en seis de sus hombres, uno de ellos por robarle a un español el puño de la espada, y el resto por excesos con las mujeres.

El lunes día 6 a las cuatro de la tarde salió el Gobernador a caballo con las compañías de soldados y milicianos, dos cañones arrastrados (lo que constituía una gran deferencia), Cabildo, Justicia y vecinos en general, en un total de unas 3.000 personas. Entró después en la ciudad Pointis, que se alojó en la Contaduría, tras celebrar un Te Deum en la Catedral. Dábase así por oficialmente terminada la batalla de Cartagena, en la que la ciudad había recibido 2.000 bombas y más de 5.000 balas de cañón, y en la que habían perecido unos 500 franceses y un numero aproximadamente igual de españoles.

En un principio los victoriosos franceses tomaron posesión de la ciudad pensando quedarse permanentemente en ella y aún convertirla en cabeza de puente para el logro de un futuro imperio indiano del Rey Sol. Pero no por ello descuidaron la recogida del dinero y metal precioso que les correspondía por las condiciones de capitulación. Con indudable sentido comercial ofrecieron devolver el 10% a quienes entregaran los valores voluntariamente, condición que unas veces cumplieron y otras no. Pasado el rígido control de los primeros días, no tardó la tropa y los filibusteros en empezar a desmandarse y romper los términos de paz despojando a los vecinos, robando en los conventos e incluso torturando a algunos frailes para descubrir «tesoros escondidos».

El 10 mandaron los franceses aviso a Portobelo exigiendo un rescate por no atacar dicha ciudad, y otro de seis millones por dejar pasar sin molestia la Flota de los Galeones. Pero no lograron ni uno ni otro.

Empezaban a darse cuenta los generales de Luis XIV de que no podrían conservar mucho tiempo su conquista. Efectivamente el Virrey del Perú, D. Melchor Portocarrero Lasso de Vega, Conde de Monclova, estaba preparando una importante expedición de reconquista bajo el mando del Maestre de Campo D. Juan Díez Pimienta, con tropas de la provincia de Quito. Por otra parte se sabía que una flota inglesa enviada por el rey Guillermo, aliado de España, se aproximaba también por la parte del mar. Los indios habían empezado ya a hostigar a las patrullas francesas, incluso a la misma vista de la ciudad conquistada.

Pero lo peor era el terrible vómito negro, que empezaba a cebarse en los franceses. Sólo el 24 de mayo fueron enterrados cien de éstos en la iglesia de San Francisco, y ese día se calculaban los enfermos entre 800 y 2.000. Entre los que murieron estaban el Vizconde de Cotoglon, capitán de *Le Fort,* M. Gombeau, capitán del *Apollon,* M. Mattiac, capitán de *Le Mutine,* M. de la Roche Du Vigies, gobernador de Bocachica, De Ferrieres, Du Villaire de Lavedon, varios otros oficiales, dos ingenieros y unos 450 soldados y marineros.

El 27 comenzaron los franceses a evacuar Cartagena, donde dejaron a varios de sus enfermos. Volaron antes de marcharse los baluartes y las murallas, y echaron a pique su propia galeota lanzabombas, al no tener gente para tripularla. Habían conseguido, con todo, un botín de diez millones de pesos, pero al repartirlo empezaron las discordias.

Pointis se negó en redondo a dar a los filibusteros lo convenido en la «chasse-partie» (10% del primer millón y 3% de los restantes), alegando que ya habían robado clandestinamente en Cartagena lo suficiente como para darse por satisfechos. Sin hacer caso de las protestas y amenazas de los piratas, el general francés embarcó con todo el botín, del que se reservó una quinta parte para sí, e izó velas.

Ducasse se había marchado también, y el mando de los filibusteros lo ostentaba ahora un individuo brutal llamado Godefray. Pensó éste primeramente atacar la flota francesa, pero no se atrevió a ello por saberla muy superior. Entonces decidieron los filibusteros descargar su ira en los vecinos de Cartagena, quienes, desarmados por los franceses y privados del amparo de sus murallas, poco podían hacer para defenderse.

Como una manada de perros rabiosos cayó la odiosa filibustería sobre aquellas gentes indefensas, despojándoles primeramente de aquellos bienes que habían conservado de acuerdo con las capitulaciones, hasta reunir un millón y medio de pesos, y pasando luego a ejercer las más espantosas torturas a fin de hacer entregar un dinero oculto que no existía. Las salvajadas llegaron a ser inimaginables, igualando o sobrepasando las acciones del Olonés y de Morgan en los años precedentes.

Por fortuna llegó noticia de lo que estaba sucediendo al Maestre de Campo D. Juan Díaz Pimienta, y éste aceleró la marcha de la expedición de reconquista. Avanzó la tropa a marchas forzadas, y el 3 de junio irrumpió en Cartagena sin hallar resistencia, pues los filibusteros habían huído en sus fragatas al solo anuncio de su proximidad. Púsose así fin al infierno que los infortunados vecinos habían estado viviendo, aún sin lograr el castigo de quienes lo desencadenaran.

Episodio aparte fue el relativo al Gobernador D. Diego de los Ríos, que también había vuelto a la ciudad. Destituido por el Virrey por incompetencia, negose a acatar la orden y, tal vez con el juicio transtornado por los sucesos, llegó incluso a amenazar con defenderse con las armas en la mano. Llegose a decir sardónicamente por cronistas contemporáneos que «de haber resistido antes tan duramente, no entrara en Cartagena el francés». Pero, como era de razón, finalmente hubo de someterse y ceder el puesto al propio Pimienta.

Tiene interés el relato de este asalto a Cartagena de Indias por ser tal acción la última en la que intervinieron en gran escala los filibusteros. Pero en dicha ocasión lo hicieron en combinación con tropas regulares, y por sí solos nunca hubieran logrado expugnar la plaza. Ya quedaban atrás los tiempos de Morgan y Granmont, y tan sólo manteníase igual la saña y crueldad de los piratas respecto a sus víctimas.

Consecuencias del ataque a Cartagena

Como más arriba se dijo, el rey Guillermo de Inglaterra, enterado de la expedición francesa, había hecho zarpar una armada propia, puesta bajo el mando de almirante Neville a fin de contrarrestarla. Pero una sucesión de nieblas y calmas había retrasado grandemente su navegación, y cuando llegó a aguas antillanas, ya la batalla de Cartagena había terminado. Reforzada por algunos buques holandeses que se le unieron en aguas del Caribe, la flota de Neville dirigióse hacia la ciudad conquistada, ignorando que ya para entonces había sido evacuada por sus asaltantes.

El 7 de junio, a las 10 de la mañana fue avistada la flota francesa, que procuró eludir el combate. Al mediodía fue apresado el pingüe *Ville d'Amsterdam,* donde iban los heridos, 60.000 libras en botín y numerosos cañones y morteros. A las 6 de la tarde fue también apresado otro pingüe, y el resto de la flota gala se dispersó para huir al amparo de la noche. Muchos apuros pasó *Le Fort,* que perdió un palo, pero logró escapar en la oscuridad cruzando entre la flota enemiga, que le tomó por una nave propia. Tras de esquivar luego apuradamente el 17 la Flota de Galeones, lograría llegar sano y salvo a Brest, donde se le unió el resto de la flota. Por cierto que De Pointis fue procesado nada más llegar, a causa del engaño que infligió a los filibusteros en el reparto del botín.

La flota inglesa había abandonado la persecución al llegarle noticia de que los filibusteros estaban en Cartagena. Navegó hacia la castigada plaza, pero cuando llegó a élla la encontró en manos españolas, por lo que zarpó de nuevo para perseguir a los piratas. Quiso la fortuna que el 25 encontrara las siete fragatas de éstos ancladas plácidamente junto a la costa.

En el combate que siguió fue apresado primeramente *Le Christe* de 50 cañones, con 300 filibusteros a bordo, y luego también el *St Louis* y *La Gracieuse.* El capitán Charles, del *St Louis* escapó en una canoa a la costa, siendo muerto allí por los indios. Poco después *Le Cerf Volant,* del capitán Macary, embarrancó al intentar escapar, huyendo sus tripulantes a la costa, donde buena parte de ellos recibieron igualmente su merecido de parte de los enfurecidos indígenas. Los otros tres barcos consiguieron escapar a toda vela, pero Neville envió tras ellos a su segundo, el vicealmirante Meeze.

Prolongose varios días la persecución, y en los bajos de Santo Domingo naufragó otro barco pirata. Los dos restantes consiguieron entrar en Petit Goave, pero Meeze entró tras ellos y sometió la capital filibustera a un saqueo y destrozo similar al de Blas Corso. El propio Ducasse, que se encontraba allí, fue sorprendido durmiendo y a duras penas salvó la vida escapando desnudo a campo través. Recuperose así todo el botín robado en Cartagena por los filibusteros (1).

También los españoles participaban, desde luego, en estas represalias por los hechos de Cartagena. Zarparon todos los corsarios de Cuba y Santo Domingo, y uno de ellos apresó frente a Baracoa el barco donde iba el lugarteniente de Ducasse, conde de Boissi-Raymé, quien murió en la lucha junto con otros de sus compañeros, siendo enviados los supervivientes a la Habana para ser dedicados a trabajos forzados. Otros corsarios desembarcaron en diversos puntos de las costas de Saint Domingue, arrasando y destruyendo cuanto hallaron a su paso.

(1) Con ello dio término a su actuación la armada del almirante Neville. Poco después hizo su aparición en la Habana, donde estaba la Flota de Nueva España de D. Ignacio de Barrios Leal, con 30 millones de pesos y pidió permiso para escoltarla, negándose a ello el Gobernador D. Diego de Córdoba. Al parecer la intención del marino inglés era apoderarse en alta mar de los caudales so pretexto de pagar gastos de guerra.

Todo francés sospechoso de ser o haber sido filibustero era ahorcado sin contemplaciones. Otros eran llevados a la Habana, donde doscientos pasaron a trabajar en la construcción de las murallas. El pánico reinaba en todo Saint Domingue, donde las gentes comenzaban a abandonar la costa para huir a las tierras del interior (1).

Y esto era tan sólo el comienzo de la tempestad, pues en Santo Domingo el Presidente Manzaneda estaba preparando una expedición para exterminar o expulsar definitivamente a los franceses de la otra mitad de la isla. Pero los galos fueron salvados muy a tiempo por la paz de Ryswick, firmada el treinta de septiembre, y por la que se reconocía la soberanía francesa sobre Saint Domingue (2).

Por el citado tratado, el Rey Sol devolvía toda la plata robada en las iglesias de Cartagena, en especial la Urna del Santo Sepulcro. Los españoles, por su parte, devolvieron algunos cientos de prisioneros, entre ellos la mujer y las hijas de Lorencillo, que fueron escoltadas hasta la parte francesa de la isla por el Maestre de Campo D. Pedro Morel (3).

Segundo desalojo de la Laguna de Términos

Entre tanto, en Yucatán continuaban los incidentes entre españoles e ingleses, no obstante ser oficialmente aliados en contra de Luis XIV.

En abril de 1686 un barco inglés de Jamaica, de 30 toneladas, 10 cañones y 28 tripulantes, con capitán holandés, vino a recoger a varios prisioneros ingleses puestos en libertad median-

(1) «Por su parte los corsarios de la Habana y de Santiago vengaron el saqueo de Cartagena cometiendo en las colonias francesas de las Antillas los mismos excesos o mayores que los de De Pointis y Ducasse en aquel puerto» (Jacobo Pezuela, Crónica General de las Antillas, p. 89).

(2) La cesión de Saint Domingue a Francia tenía como contrapartida ventajas mucho mayores para España en Europa, lo que motivó incluso algunas protestas en París. Causa de ésto era que Luis XIV planeaba ya la ascensión al trono español de su nieto Felipe, y deseaba por ello obtener la buena voluntad del pueblo hispánico.

(3) No cesó con estos sucesos la vida aventurera del inquieto Lorencillo. En 1699 partiría junto con Iberville para fundar la colonia francesa de Louisiana.

te acuerdo. Recogió ocho de ellos en Campeche, pero luego pasó a la Laguna para cargar ilegalmente palo. Enterado por el alcalde mayor de Coatzacoalcos, D. Antonio Díaz de Escobar, de lo que estaba ocurriendo, el almirante Astina de la Armada de Barlovento envió la fragata *Nuestra Señora de la Regla*, mandada por el capitán Benito Barroso, para que apresara el barco, lo que se realizó sin lucha. Pero el suceso demostraba que la Laguna estaba de nuevo ocupada por los ingleses.

El Virrey Conde de Monclova se dispuso a tomar cartas en el asunto. Para empezar envió al gobernador de Campeche, Téllez de Guzmán, veinticinco cañones con vistas a la próxima expedición.

Alarmados con los preparativos, los ingleses fingieron desalojar la Laguna. Para ello enviaron la fragata *Drake* a las órdenes del capitán Thomas Sprach, aparentemente para «capturar a los ocupantes, llevarles a Jamaica, y allí juzgarles».

No se fio mucho de esto Téllez, y envió una piragua de guerra para ver si era cierto. Pero antes de llegar a la Laguna, la embarcación topó con un barco pirata inglés que había apresado una nave de la Habana. Tras un corto combate huyó el pirata con pérdida de tres hombres, pero una fragata armada apresuradamente por Téllez le alcanzó poco después, arrebatándole la presa, bien que el inglés lograra finalmente escapar.

Con todo ello no se había podido comprobar si había o no ingleses en la Laguna. Preparó Téllez una segunda expedición exploradora, pero el 25 de julio de 1688 fue sustituido en su cargo por D. Juan José de la Bárcena. Ese mismo año fue nombrado Virrey de Nueva España el Conde de Galve, y alcalde mayor de Tabasco D. Francisco Benítez Maldonado.

Este último comenzó la campaña por su cuenta. Una canoa, enviada por él a la Laguna, encontró, en efecto, a los ingleses, más aún, apresó dos pequeñas embarcaciones de remo, haciendo prisioneros a un inglés y tres esclavos negros. Pero poco después, atacado por una escuadrilla pirata, el contingente español debió abandonar las embarcaciones, incluida la suya, y huir por tierra con los negros. Afirmaron éstos que en la Laguna se hallaban varios cientos de «cortadores de palo» y piratas.

Con estas noticias, Maldonado envió un contingente mayor con dos piraguas de guerra. Los expedicionarios apresaron unos

ochenta ingleses, quemaron ranchos y otras instalaciones, y se apoderaron de gran cantidad de palo campeche ya cortado.

Enfurecidos, los ingleses organizaron un contraataque. Una banda de piratas de la Laguna entró por sorpresa en el pequeño pueblo de Usumacinta, donde robaron a su antojo y se retiraron con botín y prisioneros. Por el enérgico Maldonado envió tras ellos una fuerza armada que, habiéndoles dado alcance, apresó a dos y dió muerte a nueve, poniendo en dispersión a los demás, amén de liberar a los indios prisioneros y recuperar el botín.

Hacia el mes de agosto se desencadenó otro ataque pirata. Un barco longo y varias piraguas echaron a tierra veinte hombres cerca de Dos Bocas, apoderándose de la recua de Juan del Castillo, que llevaba cacao a Nueva España. Pero también en esta ocasión fueron los incursores alcanzados por los soldados españoles, que recuperaron lo robado y pusieron en fuga a los piratas. Con ello quedaron momentáneamente desanimados los habitantes de la Laguna.

Había quedado demostrado que los «cortadores de palo» ingleses no sólo se hallaban ilegalmente en el territorio de la Laguna, sino que constituían un grave peligro para las poblaciones de la zona. Así pues, el Virrey Galve preparó en 1690 una operación con vistas a desalojarles definitivamente. Como la Armada de Barlovento se encontraba carenando, envió dos galeotas guardacostas de Veracruz con ciento noventa hombres mandados por el capitán Martín de Rivas. En la boca del río Coatzacoalcos se les unieron una piragua de Campeche y dos de Tabasco, con lo que la expedición alcanzó los trescientos hombres. Pero, por desgracia, en Campeche se había cometido el error de que, tras zarpar la piragua expedicionaria, lo hizo también un barquillo con cuatro hombres que fueron capturados por los piratas ingleses, enterándose así éstos de lo que se preparaba en su contra.

Así pues, cuando la expedición hispánica llegó a su destino, piratas y «cortadores» habían erigido fuertes barricadas de palo campeche, convirtiendo el lugar en una verdadera fortaleza. Tomaron primeramente los expedicionarios dos balandras, cuyos tripulantes huyeron a tierra, pero al iniciar el ataque al fortificado campamento inglés fueron una y otra vez rechazados por el enemigo, bien parapetado y superior en número. Final-

mente, tras ser herido mortalmente el capitán Rivas, los españoles se vieron obligados a retirarse.

No duró mucho, sin embargo, la alegría de los ingleses. A mediados de 1690 volvieron las galeotas y las piraguas de guerra, esta vez por sorpresa. Antes de que los ingleses pudieran preparar una defensa similar a la que en la anterior ocasión les diera la victoria, cayeron sobre ellos los españoles, destruyendo más de ochenta embarcaciones, matando numerosos piratas y «cortadores» y apresando el resto, con excepción de una cincuentena que logró huir al interior. Pero también estos últimos fueron capturados por las fuerzas que, desde Tabasco, venían por el camino de la tierra.

A partir de entonces, para evitar nuevas llegadas de ingleses, la costa cercana a la Laguna quedó vigilada por las dos galeotas de Veracruz. En 1691, sin embargo, ambas naves naufragaron ante Tabasco, por lo que fueron construidas otras dos que, basadas en el dicho puerto, continuaron patrullando la costa.

Los años 1692 y 1693 transcurrieron sin incidentes. En 1694 la galeota de D. Fernando de Lizárraga capturó un barco pirata inglés que pretendía entrar en el río Tabasco, y unos meses después una expedición española a la Laguna de Santa Ana, donde se habían refugiado algunos elementos piráticos, dio como resultado la captura de treinta y dos de éstos, de nacionalidad inglesa. Durante el mandato del alcalde mayor Pedro de Zagárraga, del 20 de abril de 1963 al 14 de mayo de 1698, el doble método de vigías y expediciones hizo que no se sufriera en Tabasco y su zona ninguna incursión de piratas.

Pero las bandas de «cortadores» y demás forajidos habían empezado a reunirse en otro lugar, la desembocadura del río Walis (Belice). El 29 de septiembre de 1699 inició campaña contra ellos del Gobernador de Yucatán D. Martín de Ursúa y Arizmendi, desalojándoles en tres expediciones sucesivas.

Ultimas piraterías del siglo XVII: las Compañías francesa y escocesa

El Már del Sur había permanecido relativamente tranquilo en estos años. Sólo en 1690 el capitán John Strong y otro pirata inglés hicieron una correría hasta que, perseguidos, pudieron

huir no sin dejar en un desembarco diez prisioneros de los que al menos dos dieron trabajo al verdugo.

Tomaron su relevo los franceses. El 3 de junio de 1695 zarpó de la Rochelle una flotilla de seis barcos con 720 hombres mandados por Gennes, con el propósito de establecer una colonia en los Mares del Sur. Pero los vientos opuestos les impidieron cruzar el Estrecho de Magallanes y debieron regresar a La Rochelle, donde llegaron en diciembre.

Pero posteriormente se formó en Francia la llamada Real Compañía del Mar Pacífico. Bajo sus auspicios zarpó en diciembre de 1698, también de La Rochelle una nueva expedición de dos barcos y un patache, mandados por M. Beauchesne. Tras cruzar sin novedad el Estrecho de Magallanes, los franceses llegaron a las costas americanas del Mar del Sur en enero de 1700. Pero en Valdivia fueron recibidos a cañonazos, y en cuanto lugar intentaron desembarcar se les combatió igualmente. Desde El Callao salió en su persecución la Armada del Mar del Sur, con seis naves de guerra, por lo que los expedicionarios optaron por renunciar y regresar a Francia. Tras sufrir bastantes penalidades al volver a pasar el Estrecho de Magallanes, llegaron de vuelta a La Rochelle en diciembre, sin haber logrado nada de lo que pretendían (1).

Con motivo de tales incursiones en el Mar del Sur, ordenose un reconocimiento de la isla de Juan Fernández. El General de la Armada del Sur, D. Antonio de la Vea envió dos naves bajo el mando del capitán D. Miguel Cordones, efectuándose la operación sin más novedad que la captura de nueve ingleses que un barco pirata había dejado abandonados allí.

Más grave fue el episodio de la Compañía Escocesa. En 1695 William Patterson, escocés fundador del Banco de Inglaterra, expuso en Edimburgo la idea de crear una compañía escocesa en América. Escocia e Inglaterra eran en la época nominalmente dos naciones distintas, bien que desde Jacobo I ambas tuvieran el mismo rey, de forma semejante a lo que ocurría con Portugal

(1) Más suerte tuvo la expedición de Iberville, que salió con dos naves desde Rochefort en octubre de 1698 rumbo a las bocas del Mississipi, entre las posesiones españolas de Texas y Florida. Fundaría allí la colonia de Louisiana, de la que sería capital la luego famosa ciudad de Nueva Orleans.

y España hasta 1640. Existían por tanto dos Parlamentos distintos, siendo el de Escocia el que recibió la petición de Patterson.

En junio de 1695 los parlamentarios escoceses aprobaron la idea, y se creó la Compañía Escocesa de Comercio con Africa y las Indias, mejor conocida luego como Compañía de Darién, por ser dicho territorio el elegido para fundar una colonia. Establecióse un capital de 600.000 libras financiado en su mitad por escoceses y el resto por hombres de negocios ingleses.

Pero el proyecto no tardó en encontrar la enemistad de la ya existente Compañía de Indias inglesa, que obligó a los accionistas ingleses a retirar su dinero. Aportaron entonces los escoceses otras 100.000 libras, además de vender acciones en el extranjero.

El 17 de julio de 1698 salieron del puerto de Leith tres bajeles llamados *San Andrés, Caledonia* y *Universo* llevando a su bordo 1.200 aventureros escoceses. Llegaron a las costas americanas el 30 de octubre, yendo a parar al lugar denominado Rancho Viejo, entre Cartagena y Portobelo. Allí desembarcaron, construyendo un fuerte al que dieron el nombre de San Andrés. Extendiéronse más tarde entre Cabo Tiburón y Puerto Soribén, fundando la colonia de Nueva Caledonia, de la que habría de ser capital el poblado de New Edimburgh. No tardaron en unírseles numerosos filibusteros errantes, que creyeron encontrar una base segura para sus piraterías, y las incursiones contra las posesiones españolas no se hicieron esperar. Por su parte el Presidente de Panamá, Conde de Canillas, comenzó a hostigar a los intrusos con fuerzas ligeras mientras disponía una expedición de mayor fuerza para expulsarles.

Pero ni siquiera fue necesaria tal operación. Los neocaledonios consumieron las provisiones que habían traído de Escocia antes de que brotaran las primeras cosechas, y el hambre no tardó en hacer su aparición entre ellos. Por influencia de la Compañía de Indias no fueron auxiliados por las posesiones inglesas, y en junio de 1699 la colonia hubo de ser abandonada. La mitad de sus habitantes morirían antes de poder alcanzar la América del Norte inglesa, donde los supervivientes se establecieron mal que bien.

Poco después de ser abandonada Nueva Caledonia llegó a ella una expedición de refuerzo de 300 hombres. Pero su suerte no fue mejor, pues el hambre, las enfermedades y el acoso de los indios acabaron con todos, excepto un puñado que pudo marchar a Jamaica.

La tercera expedición, compuesta por 1.300 hombres había zarpado de Escocia el 24 de septiembre de 1699, llegando a su destino el 30 de noviembre. Para su sorpresa, no encontraron a nadie, pero no por ello renunciaron a establecerse, convirtiendo de nuevo la zona en nido de piratas.

Pero finalmente llegó la reacción española, a cargo del Gobernador de Cartagena D. Juan Díaz Pimienta de Zaldívar, nieto del famoso Francisco Díaz Pimienta. El 13 de febrero de 1700 salió de Cartagena la Armada de Barlovento mandada por D. Diego de Pereda, con cinco fragatas de guerra y seis embarcaciones menores, y el 7 de marzo llegó ante El Playón, donde los escoceses habían construido un muelle protegido por un fuerte de veinticuatro cañones. Desembarcaron cuatrocientos soldados y se inició el ataque a la vez por mar y por tierra. Los incursores resistieron hasta el 11 de abril, fecha en la que, tomado ya el fuerte, capitularon los supervivientes con los cabecillas Gibson y Robol, quedando libres pero debiendo entregar los cañones y la plaza, que acto seguido fue arrasada. Curiosamente, pese a haber sido el Gobernador de Cartagena el principal artífice de la victoria, los mayores plácemes fueron para el Presidente de Panamá, Conde de Canillas, que se apresuró a enviar las buenas nuevas a España, y que más tarde sería nombrado Virrey del Perú.

De un modo u otro el intento de colonización escocesa había fracasado estrepitosamente, pereciendo más de dos mil de los que lo intentaron, y perdiéndose 200.000 libras esterlinas. Este fracaso pondría en marcha el proceso que, en 1707, unificaría Inglaterra y Escocia.

Pero con el desastre escocés no terminarían los intentos extranjeros de colonizar Darién. Poco después de producirse la final expugnación, salieron de Nueva Inglaterra unos 1.000 hombres a bordo de un barco de sesenta cañones, otro de trinta y otros dos menores, con el mismo objetivo. Pero dos de los marinos, William Starch y John Are desertaron y fueron a parar a Panamá, donde su aviso provocó una enérgica reacción. En tanto que la Corte española protestaba ante el embajador inglés, zarpó de Cádiz el General de la Armada D. Francisco Salmón con el navío *Nuestra Señora de la Almudena* y el patache *Casti-*

lla, llevándo a bordo dos compañías de infantería y una de granaderos con 500 fusiles y 10 morteros, sumando la gente un millar de hombres, incluidos algunos oficiales morteristas. Se envió también aviso ordenando al Virrey del Perú, D. Melchor Portocarrero que tomara el mando de las tropas y barcos que participarían en la operación, y al Virrey de Nueva España que auxiliara a las Presidencias de Guatemala y Quito con hombres y armas, así como impartiendo diversas instrucciones a los Generales de galeones y flotas. Como puede verse se trataba de iniciar una operación combinada a gran escala, con el propósito de terminar de una vez para siempre con los intentos de colonización ilegal de tierras que pertenecían a la Corona de España.

A mediados de julio de 1700 partió de Cádiz la expedición principal compuesta por nueve barcos de guerra, la mayor parte de ellos nuevos, acabados de construir en los astilleros de Vizcaya (1). Mandaban la expedición el General D. Pedro Fernández de Navarrete y el Almirante Mateo de Laya; contando con un millar de infantes divididos en dos Tercios. La orden era de desalojar toda clase de extranjeros de Darien y el Seno Mejicano, autorizando a ahorcar a todos aquellos que carecieran de patente del Rey.

Pero la fama de la expedición precedió su llegada de modo que, al producirse ésta, ya todos los incursores habían huido, aparentemente sin siquiera provisiones. En Jamaica se negaron a ayudarles, y allí embarrancarían dos barcos con muerte de casi todos los tripulantes. De tal forma se dio, aparentemente, por terminada toda intención de incursiones a las costas de Darien y Nueva España.

(1)

Navío	*Tonelaje*	*Hombres*
Concepción (capitana)	1.550	998
Trinidad (almiranta)	1.665	1.052
San Francisco	1.200	636
Nuestra Señora de Begoña	923	429
Santa María de Tezanos	917	488
San José (capitana de galeones)	1.037	552
San Joaquín (almiranta de galeones)	1.052	558
Carmen (patache)	470	256
Azucena (navío de fuego)	300	40

Pero, mientras todo esto sucedía, desarrollábanse igualmente en Trinidad algunos sucesos piráticos aislados. El 3 de junio de 1690, dos barcos piratas atacaron la nave de D. Cristóbal de Valenzuela, abordándola. De los treinta defensores perecieron siete, debiendo rendirse los demás, junto con el navío. Tres días después fueron dejados en libertad los prisioneros, con excepción de tres que los piratas se llevaron consigo por ser expertos navegantes.

El primero de mayo de 1701 un bergantín pirata recaló en un lugar llamado Quezar, tras haber pedido infructuosamente leña y agua en Puerto España. Los piratas atacaron con lanchas a tres canoas de indios aravakos que venían desde el Orinoco. Dos de las embarcaciones pudieron huir, pero la tercera fue apresada, salvándose a nado los indios, uno de ellos herido. El gobernador D. Francisco Ruiz de Aguirre envió el 17 al capitán Diego de Torres con una sesentena de indios para ver que querían tan desagradables huéspedes, pero fueron recibidos por ellos a cañonazos. Ante tal desconsideración el gobernador inició la preparación de una expedición de castigo, pero en esta ocasión se le adelantaron en ello los ofendidos indios aravakos, aliados con los caribes.

En efecto, el día 24 llegaron los tales confederados a la ensenada ante la que se hallaba el bergantín. A media mañana descendieron catorce piratas con ánimo de llegar a tierra para cortar leña, pero al desembarcar hallaron más de este producto que lo que deseaban, pues los indios les cayeron encima con flechas y tiros de una escopeta francesa que llevaba un caribe. Murieron aquí varios piratas y los demás escaparon, como antes los indios, a nado, abandonando tras sí la canoa robada y un bote propio. El bergantín disparó varios cañonazos al azar y luego se alejó apresuradamente antes de que sucediera algo todavía peor.

Poco a poco iba remitiendo, esta vez ya definitivamente, la plaga filibustera, pero terrible era el recuerdo del mal por ella causada. Sólo durante el reinado de Carlos II, sin contar el saqueo francés de Cartagena, se habían apoderado de 60 millones, causando innumerables daños por todas partes.

CAPITULO XV

PIRATERIA Y CONTRABANDO EN EL SIGLO XVIII

Carácter de la piratería en el siglo XVIII

Al comenzar la nueva centuria habían desaparecido ya por completo los «Hermanos de la Costa». Existían, eso sí, piratas aislados, pero muchos de ellos abandonaron el marco del Caribe para buscar otros escenarios para sus crímenes, tal como Madagascar. Los que no lo hicieron, tomaron en general como base la costa nortamericana, donde, antes y después de la independencia, tenían amplias facilidades para vender sus botines.

De esta época proceden nombres muy conocidos como los de John Quelch, Edward Low, Edward Teach «Barbanegra», Bartholomew Roberts, «Calico» Jack con sus acompañantes Ann Boney y Mary Read, y el famoso capitán Kidd. Pero todos estos poco recomendables personajes se limitaban a mandar una nave o quizá dos. Absteníanse de atacar ciudades, abordando sólo barcos en alta mar, y ya no exclusivamente españoles, sino de todas nacionalidades, en su mayoría ingleses. No tenían punto de comparación con Morgan, el Olonés y el resto de sus antecesores.

El principal problema de las autoridades españolas, fuera de algún que otro ataque de estos esporádicos piratas, volvía a ser de nuevo el contrabando, junto con el perenne de los «cortadores de palo» del Yucatán. Además, desde luego, de los corsarios

que aparecían durante las guerras para ayudar a las flotas regulares de naciones enemigas.

La Guerra de Sucesión española

El año 1.702 estalló en Europa la contienda que habría de dirimir al pleito creado por la sucesión al trono español tras la muerte de Carlos II. Austria, Inglaterra y Holanda apoyaban la candidatura del príncipe austríaco Carlos, en tanto que la poderosa Francia de Luis XIV defendía la causa de D. Felipe de Borbón, nieto del propio Rey Sol.

En los territorios americanos, tras algunas discrepancias iniciales entre «austríacos» y «borbónicos», prevalecieron los segundos, a cuyo lado se mantuvieron las posesiones indianas a lo largo de toda la guerra, por lo que, evidentemente, hubieron de sufrir los ataques de ingleses y holandeses. Fue curiosa la súbita inversión de alianzas, pues resultaba ahora que los franceses eran amigos, hasta el punto de llegar de nuevo Ducasse a Cartagena, pero ahora para escoltar la Flota de Indias que antes tanto temiera sus posibles ataques.

Registráronse en contrapartida, como se dijo, varios ataques de corsarios ingleses y holandeses. Se pueden mencionar como ejemplo los ocurridos en Puerto Rico, isla donde al empezar el siglo se había creado una milicia con picas y espadas, quedando reservadas las armas de fuego para la guarnición regular.

El 5 de agosto de 1702 un bergantín y una balandra de bandera inglesa echaron a tierra cuarenta hombres, armados de fusiles, cerca de Arecibo. Contra ellos se reunieron unos treinta milicianos, bajo el mando del Sargento Mayor de Milicias D. Antonio de los Reyes Correa y el ayudante de una de las compañías D. Nicolás Serrano. Abrieron fuego los ingleses, pero los milicianos, tras haberse echado al suelo para evitar la descarga, les acometieron luego prestamente al arma blanca antes de que pudieran recargar sus fusiles. Murieron veintidos británicos, entre ellos el capitán, en lucha personal con Correa. El resto huyó, y los españoles les alancearon cuando estaban en el agua, matando diez más antes de que los supervivientes pudieran ponerse en salvo en un lancha, dejando la otra en manos de los defensores. De éstos, tan sólo siete habían resultado heridos,

entre ellos Correa, Serrano y el miliciano Pedro de Alejandría, único que perecería a causa de sus lesiones.

Dos meses más tarde se recibió información en Puerto Rico acerca de otra expedición inglesa, que debería partir de Santomas guiada por el contrabandista Francisco Ramos, huido poco antes de Loaiza. Efectivamente, el cinco de noviembre dos chalupas desembarcaron gente armada al filo de la media noche, pero el aviso había hecho que fueran esperados. El teniente de guerra Juan Caballero había emboscado cincuenta milicianos y soldados en el lugar y tras el grito de «¡Santiago!» y una descarga de arcabucería, se acometió de nuevo al arma blanca. Huyeron los incursores a toda prisa, dejando tras ellos treinta y dos muertos y dos prisioneros heridos, de los que uno, reconocido como el traidor Ramos, fue muerto sin más de un machetazo.

El 11 de enero de 1703 tuvo lugar una incursión holandesa al puerto despoblado de Guadianilla, que tantas incursiones filibusteras sufriera en el pasado. El vecino Domingo Pacheco de Matos, alférez de la compañía miliciana de caballos reunió veinte de sus hombres y se dirigió hacia el lugar amenazado. Habían puesto pie en tierra cincuenta holandeses con fusiles y las chalupas regresaban a los barcos a por más, cuando atacaron los españoles, llegando al cuerpo a cuerpo, no obstante hacer los bátavos dos descargas de fusilería. En retirada los incursores, huyeron a los bajos donde se peleó fieramente con el agua a la cintura hasta que los cañones de los barcos obligaron a los hispanos a retirarse. Treinta y ocho cadáveres de holandeses quedaron en tierra, sin contar algunos otros que fueron arrastrados por las aguas o que las lanchas enemigas se llevaron.

También los españoles atacaban. En verano de 1703 el Gobernador de Santo Domingo, D. Juan de Chaves, envió una expedición contra las islas Lucayas con 400 españoles armados bajo el mando de D. Blas Moreno de Mondragón, a quienes se unieron algunos franceses mandados por Claude Lachesnaye. En esta ocasión fueron asoladas las islas inglesas de Siguatey y Providence, causándose a los británicos un centenar de muertos y apoderándose de otros tantos prisioneros, además de veintidós cañones y tres navíos.

Destacada era también la actuación de los corsarios de Santo Domingo, como el apodado «Lorencín» (1), en tanto que en

(1) A no confundir con Lorencillo.

Puerto Rico el zapatero mulato Miguel Henríquez, haciendo caso omiso del conocido refrán de «zapatero, a tus zapatos» ganó mucha fama y botín a costa de los ingleses.

En estas actividades de corsarios y contracorsarios, también la costa del Pacífico hubo de sufrir varios amagos. De 1703 a 1704 las recorrió el corsario inglés William Dampier, hasta ser ahuyentado por la Armada del Mar del Sur. En su prisa por escapar, el citado corsario dejó abandonado en la isla de Juan Fernández uno de sus marineros, llamado Alexander Selkirk, que viviría allí solitario durante cinco años, hasta ser recogido por el también corsario inglés Rogers. Su aventura inspiraría a Daniel De Foe para su obra «Robinson Crusoe».

Rogers y su compadre Wood desembarcaron con dos naves en 1709 en Puna y Guayaquil, causando diversos daños, pero sin lograr demasiado provecho. Perseguidos luego por la Armada del Mar del Sur, se vieron forzados a abandonar definitivamente aquellas aguas.

También dignas de mencionar fueron las vicisitudes de la Flota de Galeones de 1708 que, en tránsito de Portobelo a Cartagena, fue atacada el 8 de julio por el almirante inglés Charles Wager, quien capturó el navío *Gobierno* con cinco millones, hundiendo además la capitana *San José* y obligando a varar algunas otras naves. Posteriormente, el corsario Thomas Cold apresaría también un bergantín y cinco barcas que iban de Portobelo con mercancías de la feria para desembarcarlas en Río Chagres a fin de que fueran transportadas a Panamá. En esta ocasión el botín fue de alrededor de medio millón de pesos.

Las costas yucatecas durante la Guerra de Sucesión

La lucha entre ingleses y españoles había seguido en Yucatán, sirviendo la guerra únicamente para agudizarla. Ya antes del estallido de las hostilidades habían vuelto los ingleses a la Laguna de Términos, construyendo un par de fuentes y manteniendo en la zona un total de veintitrés embarcaciones ligeras armadas, tripuladas por trescientos piratas. Al comenzar la guerra fueron reforzados y ayudados por la Royal Navy.

En marzo de 1701 llegaron a Campeche dos irlandeses, Archibald McDonnell y Charles Orfe, quienes, habiendo sido esclavos en la Laguna, habían conseguido escapar en una canoa. Por ellos supieron las autoridades españolas todos los detalles de la nueva ocupación inglesa de la región.

Envióse primeramente contra los ingleses un pingüe con 22 cañones y 170 hombres armados, que tomaron una lancha y luego combatieron furiosamente con una fragata y una galera inglesas sin lograr apresarlas. Regresó luego el pingüe a puerto, pero el 14 de junio se envió la lancha apresada, que en la barra de Estero de San Francisco capturó una canoa con dos ingleses, obligando a uno de ellos a servir como guía. El 15 desembarcaron los españoles de la lancha, saqueando un rancho de «cortadores» y retirándose luego a su base.

El 16 de noviembre de 1701 salieron de Campeche dos canoas de guerra mandadas por D. Domingo de Arizupialde y por Francisco Fernández, llevando también al irlandés McDonnell. El 19 entraron en Río Chico, donde permanecieron escondidos hasta el domingo 20, fecha en la que capturaron cinco canoas con doce hombres. Fernández envió a dos de ellas a destruir un rancho de «cortadores», lo que hicieron, sin encontrar a la vuelta a los que se quedaron. Más tarde se encontrarían todos en Campeche.

En enero de 1702 salieron de Campeche nueve embarcaciones con 235 hombres, dirigidos por Francisco Pérez y su teniente Juan Laso. A los ocho días penetraron en la Laguna por el río San Francisco, apresando dos embarcaciones y al capitán de uno de los barcos ingleses que había fondeados en Tris. Más tarde tomaron otra media docena de embarcaciones ligeras y se apoderaron de un fortín inglés erigido en la desembocadura del Río Dulce, tras capturar a los seis británicos que estaban allí de guardia. Dejando allí una guarnición de treinta hombres, internose el resto de la expedición por los esteros, quemando cuanto rancho o instalación de los «cortadores» hallaron a su paso. Antes de retirarse definitivamente, incendiaron asimismo el fuerte.

El primero de abril, el alcalde de Tabasco, Mier y Terán envió una fuerza de 128 voluntarios bajo el mando del irlandés McDonnell que, decididamente, pensaba hacer pagar cara a los ingleses su temporada de esclavitud. Habiendo partido de Villa Hermosa en una lancha y seis piraguas, llegaron el 2 al puesto de vigía de Escobar, y navegaron luego por el río Usumacinta

hasta el 5. Penetraron después en el río de La Palizada, en busca de instalaciones enemigas. De camino apresaron una lancha y una piragua con siete ingleses, quienes manifestaron que allí cerca existía un fortín con destacamento armado de guarnición y un cañón. Tomaron los españoles por sorpresa la fortificación, huyendo sus defensores, y siguieron luego hasta una ranchería, donde apresaron otros dieciseis británicos, y liberaron nueve negros y cuatro irlandeses católicos que habían sido vendidos como esclavos para cortar palo. En total consiguieron 26 espingardas, seis piraguas y cuatro lanchas, retirándose a continuación.

Evidentemente los «cortadores» y demás habitantes ilegales de la Laguna no sufrían con tranquilidad este hostigamiento, y no tardaron en producirse incursiones inglesas contra las poblaciones hispanas de la zona. A primeros de 1703 entraron por Tonalá algunas piraguas con piratas para robar por los caminos cercanos al Paso de Tancochapa. El Gobernador de Veracruz acordó con el Almirante de la Armada de Barlovento, D. Antonio de Landecha y con el Sargento Mayor D. Andrés de Arriola una expedición por mar para reprimirles. Partió así una escuadrilla compuesta por un bergantín, una balandra y una lancha con un centenar de hombres, que lograron apresar 42 merodeadores ingleses y cuatro esclavos negros que llevaban consigo, además de una balandra y dos piraguas.

A últimos de abril, siendo alcalde mayor de Tabasco D. Jerónimo Alvarez del Valle, desembarcaron en su circunscripción ciento veinte piratas pero, al ser descubiertos, se retiraron sin atacar.

Más peligroso fue el ataque del 17 de mayo. Con tal fecha desembarcaron ciento cincuenta piratas en las márgenes del río Tecoluta, tomando el pueblo de Xalpa, a veinticinco leguas de la capital, Tacopalpa, tras haber derrotado al teniente y a los vecinos, que debieron retirarse. Iniciaron los forajidos el saqueo de la pequeña población, pero no tardaron en ser interrumpidos por la llegada del capitán de Villa Hermosa, D. Tomás Laureano de Alarcón que, con ochenta hombres reunidos apresuradamente, había recorrido en tres horas las ocho leguas que le separaban de Xalpa. Siguió una terrible lucha en la que los españoles perdieron veinte hombres, pero obligaron a los piratas a encerrarse en la casa del cura, quizá la construcción más sólida del

poblado. Con los sesenta supervivientes y algunos vecinos que se les unieron, el capitán Alarcón sostuvo el cerco durante veinticuatro horas, hasta que llegó el alcalde Alvarez del Valle con más tropa, emplazándose ante el reducto pirata dos cañones pequeños y algunos pedreros. Por dos veces intentaron los ingleses romper el cerco, pero tras haber sido rechazados en ambas ocasiones, al día siguiente se rindieron los ciento ocho piratas supervivientes. A continuación los españoles marcharon hasta la costa y capturaron ocho piraguas con otros tantos centinelas enemigos, escapando tan sólo las tres balandras en las que llegaran los derrotados incursores.

Pero, dejando a un lado el romanticismo de todos estos combates entre los canales cenagosos y los cañaverales, con incursiones ligeras de una y otra parte, resultaba evidente que para resolver de una vez el problema de la Laguna era necesaria una operación de desalojo en gran escala. El Gobernador de Yucatán, D. Alvaro Rivadagua y Enciso comenzó los preparativos para realizarla, pero entre tanto no descuidó seguir hostigando a los indeseados huéspedes de la Laguna. A tal efecto envió a Francisco Fernández con tres piraguas y cincuenta hombres, tomándoles a los ingleses un queche con diecisiete tripulantes. Más tarde se armó una urqueta, también tomada a los ingleses, para convertirla en guardacostas de Campeche, de cuyo mando se encargó al mismo Francisco Fernández.

Para el desalojo definitivo, en 1704, el gobernador Rivadagua envió el citado guardacostas junto con siete embarcaciones mayores y seis menores, transportando 184 hombres (setenta y dos de ellos, soldados del presidio, y el resto marineros). Salieron el 16 de julio y llegaron sin novedad a su objetivo el 18 a las cinco de la tarde. El capitán Francisco Fernández, con parte de la armadilla se encargó de atacar la isla Tris, tomándola junto con dos balandras inglesas de guerra, un queche, una embarcación chata robada poco antes a los campechanos y algunas canoas. Apresáronse allí veinticinco ingleses y tres negros, logrando otros cuarenta o cincuenta huir a tierra y allí internarse en los montes.

El capitán Alcalá, por su parte, penetró el 25 en la Laguna propiamente dicha con cuatro piraguas y dos lanchas, destruyendo los ranchos, apresando o hundiendo las canoas y hacien-

do un centenar de prisioneros. Una vez donimada la zona, apoderáronse también los expedicionarios de algunos barcos contrabandistas que entraron en la rada suponiendo que los ingleses continuaban en ella. En total fueron capturados en la ocasión tres queches, diez embarcaciones ligeras, una urca francesa, tres balandras inglesas, dos bergantines y una chata.

Pero una vez más marcháronse los expedicionarios, al parecer por orden del Virrey, sin establecer fortificaciones permanentes. Los de Tabasco, que llegaban por tierra, bajo su nuevo alcalde, D. Antonio Felipe de Anorade, aparecieron en escena poco después, cuando empezaban a regresar los ingleses que se habían refugiado en los montes, con lo que pudieron hacer algunos prisioneros más y tomar varios botes y canoas. Pero luego también se marcharon, dejando la región abierta a nuevas incursiones.

No cesaron los choques en tiempos posteriores. En 1709 una galeota española tomó varios barcos ingleses en las proximidades de la Laguna, lo que de por sí ya mostraba la existencia de nuevos establecimientos. Se sucedieron algunos ataques piratas, y en 1710 el bravo irlandés McDonnell murió en combate con un queche corsario inglés de 12 cañones.

Poco después de tales hechos, el gobernador D. Fernándo de Meneses hizo construir por suscripción popular de los vecinos de Campeche un guardacostas de 24 cañones, que salió a la mar en 1711 con doscientos hombres, la mitad de ellos soldados del presidio, yendo en primer lugar a la Laguna. La nave apresó a los ingleses dos fragatas de 14 y 18 cañones, una urqueta, dos balandras y un bergantín, pero en 1712 fue a su vez apresada por fuerzas enemigas superiores.

El 13 de julio de 1713 terminó la Guerra de Sucesión. Inglaterra ordenó el inmediato desalojo de la Laguna por parte de sus nacionales, pero tal orden no se cumplió, regresando a la zona muchos británicos. Algunos irlandeses e ingleses, tenidos como esclavos en la cortadura del palo, lograron escapar y pasar a campo español, y sus noticias originaron una serie de protestas diplomáticas sin demasiada eficacia. En la región se dieron también algunos casos de piratería, lo que vino a demostrar que las cosas seguían más o menos como antes.

Nuevas piraterías inglesas

Mucho era esperar que, acabadas las hotilidades oficiales, terminaran con ellas las incursiones británicas.

En 1715 doblaron el Cabo de Hornos dos barcos piratas ingleses, que a la altura de Payta apresaron dos embarcaciones; la *Jesús María* con 400.000 pesos a bordo y otra matriculada en Callao. El Virrey del Perú, D. Diego Ladrón de Guevara, falto de barcos de guerra, alquiló la fragata francesa *Santa Rosa*, de 50 cañones, mandada por M. de Saint-Jean, por la suma de 5.000 pesos semanales. Se le unió una nave menor armada por el Presidente de Panamá, D. José Hurtado de Amézaga y ambas se hicieron a la mar. A la altura de Piñas, en la provincia de Darien, combatieron a los piratas, tomándoles un barco y una lancha en la que ocho de ellos intentaban huir en el botín, que fue recuperado. Esta fructífera expedición costó tan solamente 35.000 pesos.

Animado por el éxito, salió luego por su cuenta y riesgo M. de Saint-Jean. Habiendo avistado al segundo barco pirata, llamado *Príncipe Eugenio,* le obligó a huir a las costas de Nueva España, donde fue apresado por un buque español armado por el Presidente de la Audiencia de Guadalajara, acabando en la horca todos los piratas.

Poco tiempo después la costa peruana fue reforzada con tres navíos de guerra, uno de ellos el *Lanfranc,* mandado por el célebre marino D. Blas de Lezo. En poco tiempo capturaron seis barcos piratas, tres de los cuales unieron a su propia escuadrilla. Con ello quedó momentáneamente alejada la amenaza pirata en el Mar del Sur (1).

Pero tampoco el Caribe había quedado tranquilo con la llegada de la paz oficial. Entre los varios sucesos violentos que allí se desarrollaron cabe destacar el caso de los buceadores.

El 30 de julio de 1715 la tempestad había hecho naufragar parte de una Flota en el peligroso Canal de las Bahamas, y para

(1) Pero la «luna de miel» con Francia no dejó de causar algunas malas consecuencias. Por ella y para tener a mano los barcos franceses, les dio el Virrey permiso para comerciar, lo que algunos aprovecharon para hacer contrabando, llegando en alguna ocasión incluso a tirotearse con las autoridades españolas (Rubén Varga Iriarte, «Historia General del Perú»).

ver de recuperar el tesoro hundido se envió un equipo de buceadores mandado por el Sargento Mayor D. Juan del Hoyo Solórzano. En el luego célebre Cabo Cañaveral de Florida instalaron un almacén en el que se iba concentrando lo recuperado hasta la llegada de un barco que lo llevara a la Habana.

Pero la noticia de lo que se estaba realizando allí no tardó en llegar a oídos de un antiguo filibustero inglés llamado Henry Jennings, que decidió hacerse con los recuperados caudales. En Jamaica y Barbados reclutó unos trescientos piratas, zarpando con ellos a bordo de tres bergantines y tres barcos longos, para caer por sorpresa sobre el almacén, en el que tan sólo había cincuenta españoles. Lleváronse los asaltantes alrededor de 350.000 pesos y en el viaje de vuelta apresaron además un bergantín mercante de Portobelo entre Cabo Catoche y San Antonio.

En persecución de los forajidos salió inmediatamente el propio Hoyo Solórzano, junto con los corsarios españoles Pedro Hatter, Matías de los Ríos y otros, pero Jennings logró escapárseles. Para terminar mejor su hazaña, el pirata estafó a sus armadores, que habían invertido dinero en el turbio negocio, y huyó con todo el botín, declarándose totalmente independiente. Fueron, por descontado, totalmente inútiles las protestas españolas dirigidas a las autoridades de Jamaica.

En represalia a este hecho, reuniéronse los corsarios españoles de La Habana, Santiago y Tierra Firme, y cayeron sobre los ingleses establecidos de nuevo en las costas campechanas, apresándoles veintidós embarcaciones, entre ellas las fragatas *Stafford* y *Anne,* ya cargadas de palo campeche con destino a Londres.

En diciembre de 1716 apareció ante La Habana el barco pirata de un satélite de Jennings, el capitán Carpenter, que amenazó a la ciudad, creyéndose sin duda en los tiempos de Morgan. Salió del puerto una galeota guardacostas con ochenta soldados de la guarnición, no tardando el pirata en ser cañoneado y rendido, y acabando su carrera Carpenter ahorcado en la Plaza de Armas de la capital cubana.

Poco después de tal suceso, Hoyo de Solórzano debió ir a España, interrumpiéndose provisionalmente los buceos. Los reanudaron casi en el acto, por su propia cuenta, una banda de piratas, que incluso construyeron en un cayo de Florida un fuerte para guardar lo extraído.

Sin tener idea de lo que estaba ocurriendo, se hizo cargo de los buceos D. Manuel Miralles, quien envió una fragata para reiniciarlos, siendo recibida a tiros por los ladrones, con el resultado de un muerto y tres heridos.

El primero de septiembre de 1718 se puso en marcha una expedición punitiva a cargo de Miralles y del Veedor de Buceo D. Diego García, con las balandras *Santa Rita, Las Animas, Nuestra Señora de Regla, Ave María, Santa Cruz* y *Begoña,* rescpectivamente mandadas por los capitanes D. José Cordero, D. Juan Ramón Gutiérrez, D. Andrés González, Juan Bustillos, Miguel de Manzano e Ignacio Olavarría, comerciantes todos ellos armados en corso con ayuda del gobernador de Cuba, D. Gregorio Guazo Calderón. Agregóse de camino el bergantín *Jesús Nazareno* de D. Domingo Coimbra, y el 25 se presentaron todos ante las instalaciones de los piratas. Iniciado el combate, no tardaron los filibusteros buceadores en ser derrotados, apresándoles cinco balandras, 180.000 pesos extraídos del fondo del mar, y noventa y ocho esclavos negros utilizados para el buceo, y haciéndose hasta ochenta y seis prisioneros, huyendo el resto en lanchas. Se guarneció fuertemente la zona del buceo y reanudose éste, en tanto que los corsarios españoles regresaban a sus bases. Los también corsarios González y Mendieta, procedentes de La Habana, capturaron en aquellos mismos días tres balandras inglesas de piratas y contrabandistas.

En Yucatán, entre tanto, continuaba la eterna lucha contra los ingleses de la Laguna de Términos.

En abril de 1713 tomó posesión de la alcaldía de Tabasco D. Juan Sánchez Andrés, que autorizó de nuevo el hostigamiento. A mediados de aquel mismo año, el capitán D. José de Aguilar y Galeano apresó en la zona en conflicto quince ingleses y dos negros, y a su expedición siguió la del también capitán D. Francisco Osorio y Tostado, quién, con ocho piraguas y cien hombres quemó diversos ranchos y apresó un pingë y una balandra, con trece ingleses, veintiocho negros y un mulato.

En mayo de 1715 una banda de piratas se instaló en la isla de Santa Ana, iniciando el hostigamiento de la costa. Contra ellos salió de Veracruz una armadilla de dos bergantines, una lancha

y cinco barcas, llevando 245 hombres mandados por el capitán Pedro Primo de Rivera, pero cuando llegaron a la isla ya los ingleses habían huido de ella.

Concentrábanse ahora los piratas en la ya conocida isla de Tris, ante la Laguna, y nuevamente se debieron hacer planes para acabar con aquel problema al parecer insoluble. El 29 de octubre de 1715 se celebró en Campeche una Junta de Guerra presidida por el gobernador D. Juan José Vertiz y Ontañón, preparándose en ella la enésima expedición de desalojo de la Laguna. Aprestáronse al efecto la fragata *Nuestra Señora de la Soledad*, del alcalde ordinario de la villa, Angel Rodríguez de la Sala, la fragata de Andrés Benito, la fragata y la balandra de Sebastián García, y las dos goletas y dos piraguas de propiedad real. En refuerzo llegaron tres fragatas de guerra de la Armada de Barlovento, mandadas por el sargento mayor de Veracruz, D. Alonso Felipe de Andrade, que tomó el mando de la expedición.

La canoa de Agustín de Toledo, enviada por explorar, regresó con la noticia de haber en la isla de Tris tres fragatas inglesas de 20, 16 y 10 cañones, y dos bergantines sin artillería. Con tales noticias, el 5 de diciembre de 1715 zarpó la expedición del puerto de S. Francisco de Campeche, uniéndoseles en ruta la fuerza de Tabasco con una balandra (la capturada por Osorio) con 110 hombres mandada por el alcalde de Tabasco y la piragua guardacostas con otros 110, bajo el mando de D. Joaquín de Meroño.

A tres leguas de Tris iniciaron felizmente su labor con la captura de un bergantín holandés que estaba cargando palo. El 11 de diciembre a las tres de la madrugada cayeron por sorpresa sobre Tris, donde había dieciocho barcos entre fragatas, balandras y bergantines, todos los cuales fueron capturados sin lucha. Se puso a continuación en tierra una fuerza de seiscientos hombres, rindiéndose a ella también sin resistencia todos los ingleses que había en la isla. Quizá demasiado blando, Andrade les dejó marchar en paz, tras haberles desarmado.

Pero en esta ocasión, a diferencia de lo ocurrido en veces anteriores, se construyó un pequeño fuerte con empalizada y cuatro baluartes, quedando a su mando el propio Andrade con una compañía de Campeche, en tanto que el resto de los expedicionarios regresaban a sus puntos de origen.

El 16 de julio de 1717 volvieron, como siempre, los ingleses en número de trescientos treinta y cinco, tripulando tres balandras y algunas embarcaciones menores. No pequeña debió ser su sorpresa cuando, suponiendo que los españoles se habrían marchado, vieron el fortín. Pero, no obstante, comprobada su superioridad numérica, decidieron expugnarlo. Antes de ello enviaron a Andrade un mensaje exigiendo la rendición, a lo que el jefe español se negó en redondo.

Atacaron los ingleses de noche por el este y, tras dura lucha y grandes bajas, lograron arrollar el destacamento del alférez Juan Muñoz e irrumpir en el recinto. Andrade concentró los cuarenta y cinco hombres que le quedaban válidos en el reducto de Santa Isabel, abandonando el resto del fuerte. Pasaron los piratas a atacar aquel postrer foco de resistencia, pero Andrade, que había notado también muy quebrantados a sus enemigos, lanzó de súbito a sus hombres en una vigorosa salida, arrollando a los ingleses y expulsándoles del fuerte, con reconquista de los otros tres baluartes. Huyeron en desbandada los piratas, abandonando un cañón y embarcando precipitadamente. Había perecido en la lucha el valeroso Andrade con bastantes de los suyos, pero las bajas inglesas eran mucho mayores, y la victoria, completa. En memoria de ella se cambió el nombre de la isla de Tris por el de isla del Carmen.

El fortín fue reconstruido y ampliado, dándosele el nombre de San Felipe. En 1720, siendo su comandante Tomás de Valladolid, regresaron una vez más los ingleses, tan sólo para ser cruentamente rechazados. No intentarían una tercera prueba, y la tranquilidad volvió definitivamente a la disputada zona de la Laguna de Términos.

Pero no era sólo en las costas yucatecas donde el inglés procuraba infiltrarse. En 1718 se descubrió su presencia en la isla de Vieques, cercana a Puerto Rico. El gobernador de esta isla, D. Alberto de Bartodano, aprovechó la llegada de un navío que traía los sueldos de la guarnición, y en el que venía el jefe del Tercio de la Armada de Méjico, D. José Rocher de la Peña para convencer a éste de que tomara parte en la expedición de desalojo. Al navío de guerra se unieron dos galeotas del célebre corsario, antiguo zapatero, Miguel Henríquez, en las que iban cuatro artilleros y siete soldados de infantería regular junto con

doscientos ochenta y nueve corsarios, entre ellos sesenta y cinco negros libres del caserío de San Mateo de los Cangrejos (1).

Cayeron todos sobre Vieques, desmantelando los fuertes, y apresando al «gobernador» que los piratas habían puesto, junto con muchos otros. El botín, además de los cañones del fuerte, que fueron emplazados en el castillo de San Jerónimo, comprendió tres balandras, una goleta y efectos que fueron vendidos en 100.484 pesos (2).

La lucha contra el contrabando

Poco a poco la piratería inglesa del Caribe iba degenerando en el contrabando, tal como comenzara más de dos siglos antes.

Los barcos ingleses se negaban en muchas ocasiones a reconocer el derecho de visita de los guardacostas españoles, y aún les combatían. En uno de estos combates el guardacostas de Cartagena mandado por D. Julián Almirante se vió precisado a hundir la balandra contrabandista de Jamaica *Reina Ana* con 110 hombres a bordo, lo que motivó furiosas quejas por parte británica. Los capitanes contrabandistas gozaban de gran influencia en la antigua isla filibustera, y las autoridades inglesas les protegían por todos los medios, cuando no tomaban ellas mismas parte en sus negocios.

En 1718 se inició la llamada Guerra de Alberoni, en la que España, de forma inconcebible, se opuso a Francia, Inglaterra, Holanda, Portugal y el Imperio Alemán.

No tardaron las hostilidades en trasladarse también al Caribe, y una flotilla inglesa apresó cerca de Cabo Tiburón al guardacostas de Puerto Rico. Tratábase de una presa de guerra pero, a petición de los contrabandistas de Jamaica, a quienes la nave había estorbado en el pasado sus actividades, los sesenta

(1) A los esclavos que huían de las posesiones inglesas de Santa Cruz e islas adyacentes, al llegar a Puerto Rico se les daba la libertad, avecindándoles en la citada población, donde tenían su propia milicia.

(2) Vieques debió ser desalojado una vez más en septiembre de 1752, siendo gobernador de Puerto Rico, Ramírez de Estenós. En esta ocasión se apresaron una balandra y tres galeotas, una de ellas danesa, que fueron luego vendidas en Puerto Rico (Justo Pastor Ruiz, «Vieques antiguo y moderno»).

hombres de la tripulación fueron ahorcados y el capitán, Mateo Luque, expuesto en una jaula al populacho de la isla. Tan inconcebible acto de barbarie mostraba claramente lo poco que Jamaica y sus autoridades habían cambiado desde los tiempos de Morgan.

No es para referir la indignación que el hecho causó en las posesiones españolas. En represalia el General D. Francisco Cornejo salió con nueve bergantines y balandras de la Armada de Barlovento, llevando un millar de voluntarios, y arrasó la colonia inglesa de Providence, en las Bahamas. Poco más se podía realizar, dada la inmensa superioridad de las naciones coaligadas sobre las fuerzas españolas, en aquél y otros escenarios de guerra.

Lo que sí se hizo fue acoger en puertos españoles a dos piratas ingleses, Christopher Winter y Nicholas Brown que, diciendo ser católicos perseguidos, atacaron a sus propios compatriotas con la indiferencia propia de su profesión, apresando varios navíos y aún saqueando las costas de Jamaica. El gobierno inglés, aún manteniéndose la situación bélica pidió que le fueran entregados estos personajes, a lo que se negaron en redondo las autoridades españolas. Ciertamente no era muy honroso para éstas contar con semejantes auxiliares, pero la decisión se montraba explicable tras el suceso del guardacostas portorriqueño, y cínica la indignación de Inglaterra, que durante dos siglos empleara gentes de igual o peor catadura para hostilizar a los españoles en América.

Acabada la guerra en 1720, no cesaron con ello los incidentes relativos a los contrabandistas. Relata Pezuela cómo en Cuba se armaron cuatro guardacostas bajo el mando de Benito Manzano, apresando numerosos contrabandistas, aunque no sin sostener algunos serios combates. El 25 de agosto de 1722, por ejemplo, fueron avistadas en Punta Mariel dos balandras contrabandistas escoltadas por un buque de guerra inglés. Fueron para allí, por mar dos guardacostas y una piragua bajo el mando del capitán Mendieta, y por tierra dos compañías. Después de dos horas de lucha el barco de guerra huyó, y las dos balandras fueron apresadas, sufrieron los ingleses, además de los prisioneros, nueve muertos y veintiún heridos, frente a doce heridos por parte española.

El 12 de diciembre de 1723 la goleta guardacostas de Mendie-

ta combatía con un barco contrabandista holandés tripulado por setenta hombres. Tras una refriega de tres horas consiguió su apresamiento, no sin haber sufrido los holandeses dieciseis muertos y treinta heridos, y tres muertos y cuatro heridos los españoles. Hechos como los citados venían a ser casi cotidianos en los mares de las Antillas.

Pero tampoco descuidaban los contrabandistas las costas de Tierra Firme. El Virrey del Perú, D. José de Armendáriz, Marqués de Castel-Fuerte, al llegar a Cartagena en febrero de 1724, había encontrado las costas infestadas por tales maleantes, por lo que decidió tomar medidas enérgicas. Por orden suya fueron basadas en Cartagena la Capitana y la Almiranta de la Flota de Galeones de aquel año, más una fragata.

El 16 de marzo salieron de Cartagena los tres barcos de guerra. A mitad del camino a Portobelo, en la ensenada de Tolú, encontraron cuatro fragatas holandesas de 36, 32, 22 y 20 cañones respectivamente, dedicadas al contrabando. Iniciado el combate, los holandeses se aproximaron a tierra, buscando los pocos fondos donde los galeones no podrían seguirles. Pero sí lo hizo la fragata *Pingüe Volante* del capitán D. Pedro Moyano, que logró apresar la enemiga de 22 cañones, llamada *Adriana Catalina*, en tanto que las restantes escapaban. En la lucha, que fue muy reñida, habían muerto diez españoles, sufriendo heridas una treintena más y quedando desarbolada la Almiranta, bien que las bajas y daños del enemigo fueran muy superiores.

A partir de este combate pareció remitir la actividad de los contrabandistas en aquella zona, aunque sin llegar a anularse totalmente.

Incidentes en el Mar del Sur

Si bien no muy numerosas, no faltaban las actividades piráticas en las costas españolas del Pacífico. En alguna ocasión ocurrieron allí sucesos que incluso hicieron recordar las entradas filibusteras del siglo anterior.

En 1720, por ejemplo, el pirata inglés John Clipperton, mandando una fragata de 40 cañones, tuvo la suerte de apresar la nave en la que iba al Perú el Marqués de Villarrocha, y se le llevó consigo con ánimo de conseguir por su libertad un cuantioso rescate. Pero, una vez conocido el hecho, salieron tras él tres naves armadas españolas bajo el mando de D. Bartolomé Urdinsu, acuciándole de tal forma que el inglés debió huir cruzando el Pacífico, como hiciera Drake en sus tiempos. Habiéndo hecho una escala en las islas Marianas, allí logró escapar el marqués, quedando finalmente burlados los piratas.

Otro pirata inglés, George Shellbroke sucedió al anterior en el merodeo de las costas chilenas, con una fragata de 24 cañones llamada *Speedwell*. Pero, perseguido también por tres barcos de guerra españoles, naufragó en la isla de Juan Fernández, salvándose la gente en lanchas y almadías.

En 1726 zarpó de Amsterdam una flota de cuatro barcos contrabandistas para actuar en las costas americanas del Pacífico, como en los tiempos de la guerra de Flandes. Naufragó uno de los buques al doblar el Cabo de Hornos, pero los otros tres alcanzaron su zona prevista de actuación, tomando como base la tan conocida isla de Juan Fernández.

Descubierta la presencia de tales visitantes el Virrey Armendáriz tomó las primeras medidas en su contra. Para empezar prohibió terminantemente todo comercio con ellos. Como, de momento, no había barcos de guerra en disposición de hacerse a la mar, se armó en corso un mercante a expensas de los comerciantes D. Angel Calderón y D. José de Tagle, dándose el mando de la nave al piloto D. Santiago de Salavarría, buen conocedor de aquellos mares.

El navío español no tardó en avistar en el puerto de Coquimbo, al buque holandés *San Luis*, al que apresó y llevó al Callao. Otro barco holandés, el *Flessinga*, no habiendo podido comerciar con nadie y estando carente de víveres, se entregó en el puerto de Nasca al corregidor de aquel partido, D. Manuel Negrón, quién le envió bajo guardia también al Callao.

El tercer barco bátavo, el *San Francisco*, capitana de la flotilla, repasó el Cabo de Hornos, repostando víveres en la isla holandesa de Curazao, tras de lo que se dirigió a Tierra Firme para vengarse pirateando. Pero D. Miguel de Sada, Conde de Clavijo, armó una flotilla que le alcanzó y batió, apresándole junto con otras naves holandesas e inglesas que se le habían unido.

Todavía en 1735 aparecería en el Mar del Sur otro barco contrabandista holandés, el *Santo Domingo*, del capitán Cornelius Andrés, que merodeó por las costas de Chile. No pudo, sin

embargo, vender nada y, perseguido por naves españolas, debió huir hacia las Molucas.

Tal era la labor meritoria del Virrey Armendáriz.

Los «cortadores de palo» en Belice

No había terminado el conflicto de los famososos «cortadores de palo». Expulsados, al fin definitivamente, de la Laguna de Términos, muchos de ellos se establecieron en la desembocadura del río Valis y, más al norte, también en las de los ríos Hondo y Nuevo. Algunas expediciones españolas les expulsaron de estos últimos lugares en 1722 y 1724.

En 1727 el gobernador de Yucatán, Mariscal de Campo D. Antonio de Figueroa y Silva, decidió actuar decididamente, pues los ingleses habían pasado, según su costumbre, a actuar piráticamente en la región. En efecto, desembarcando en la Bahía de la Ascensión, una de estas bandas facinerosas había saqueado los poblados de Chunuhub y Telá, llegando ante Tiejuco, que no se atrevieron a atacar. El propio Figueroa llegó al mando de caballería y coraceros, derrotándoles en Telá, y persiguiéndoles luego hasta obligarles a reembarcar. Posteriormente el gobernador ordenó repoblar Salamanca del Bacalar, a fin de estorbar nuevas incursiones. En 1729 envió a su hijo, el capitán D. Alonso de Figueroa, quién fundó el fuerte de San Felipe de Bacalar, al parecer ya iniciado en la expedición anterior, con lo que quedó dominada la desembocadura del río Hondo.

En 1733 se descargó el golpe definitivo. El 21 de febrero amagó por el mar una flotilla y, mientras los ingleses acudían a la costa para rechazar un posible desembarco, atacó Figueroa por la parte de tierra, deshaciéndoles. Muchos piratas y «cortadores» fueron muertos y otros, prisioneros, fueron enviados a San Juan de Ulúa y La Habana. A continuación se planeó poblar y fortificar la zona pero, desgraciadamente, el enérgico Figueroa falleció por enfermedad el 10 de agosto de aquel mismo año, paralizándose los planes.

Al no poblarse la región, no tardaron en regresar los ingleses. Una y otra vez fueron desalojados, pero nunca más se habló de erigir fortificaciones permanentes. El 8 de septiembre de 1754 se realizó el último desalojo de la zona, con naves y fuerzas españolas procedentes de Nueva España, Cuba, Honduras, Campeche y Bacalar, ocupando la desembocadura del Valis y arrasando una vez más las instalaciones. Pero ni se fortificó ni se pobló la zona, de modo que los intrusos no tardaron en volver. Instalados definitivamente en la zona, asumieron soberanía política en élla para transformarla en lo que hoy es la Honduras Británica.

Triste epílogo que se hubiera podido evitar, quizá, con la simple erección de un fortín en el momento adecuado, tal como se realizó en la Laguna de Términos.

La represión del contrabando inglés

Las actividades contrabandistas de los ingleses cada vez iban siendo más protegidas por las autoridades de su nación. A petición de los mercaderes contrabandistas, llegó en 1726 una escuadra de diez navíos de guerra, bajo el mando del almirante Hosster papra bloquear las costas americanas y aún atacar las Flotas de Indias si ello era posible. Todo ello sin haber previa declaración de hostilidades, tal como parecía ser la costumbre de Su Graciosa Majestad.

No fue demasiado eficaz la tarea bloqueadora de Hosster, perdiendo este almirante uno de sus barcos por naufragio y siendo atacados sus hombres por diversas epidemias. En 1727 intentó desquitarse atacando las Flotas de aquel año, pero los dichos convoyes, dirigidos habilmente por D. Antonio de Castañeda y su subordinado D. Rodrigo de Torres, lograron burlar la escuadra del almirante metido a pirata y, una vez en aguas europeas, también las de sus compatriotas Wager y Honson, para llegar finalmente en tres grupos, sanos y salvos todos ellos a Cádiz.

En 1728 Hosster intentó atacar Portobelo, plaza muy odiada por los contrabandistas por ser base de guardacostas, pero fue enérgicamente rechazado. Finalmente acabaría el almirante inglés muriendo de enfermedad, mientras que los restos de su escuadra eran destruidos por la tempestad y por los estragos de la *broma* es sus cascos de madera.

En represalia contra todas estas acciones, los españoles decomisaron en Veracruz el navío inglés *Príncipe Federico* con

dos millones de pesos a bordo, y lanzaron corsarios contra el pabellón inglés, haciendo muchas presas y acabando de desbaratar a los contrabandistas. Medidas que, naturalmente, fueron respondidas por toda una serie de protestas del gobierno británico en favor de los dichos «honrados comerciantes» (1).

La única forma de reanimar el negocio de los contrabandistas parecía estribar en la guerra abierta que obligara a España a abrir sus puertos a todo comerciante inglés, y a renunciar al derecho de visita de las naves británicas. A ello se afanaban los poderosos valores del contrabando caribeño, y tal consiguieron el 30 de octubre de 1729, de una forma aparentemente inconcebible y fuera no ya de toda moral, sino también de toda lógica. Presentóse ante el parlamento inglés un conocido contrabandista llamado Jenkins, quien en un combate con los guardacostas españoles había perdido una oreja y, preguntado acerca de la herida, prorrumpió en una bien preparada serie de expresiones patrióticas relativas al hecho, tras de lo cual los parlamentarios fueron exhortados a actuar contra quienes osaban ofender a súbditos ingleses, ya fueran delincuentes o no. La contienda sería conocida en Inglaterra con el nombre de «Guerra de la Oreja de Jenkins».

Emprendíase una guerra con el único propósito de sostener el contrabando, contienda inicua que tan sólo tendría su igual en la declarada por la misma Inglaterra en el siglo siguiente contra el Imperio Chino para proteger el tráfico de opio. Pero no resultó tan feliz como esta última, pese a disponer en aquellos momentos los británicos de ciento dieciseis naves de guerra contra las escasas treinta y tres que poseía España.

El almirante Vernon, que había comenzado la campaña con gran optimismo, justificado en principio por la toma del odiado Portobelo, fue luego rotundamente derrotado ante Cartagena de Indias, defendida por el gran marino español D. Blas de Lezo, que perdió la vida en la acción. Igualmente rechazado en Cuba y

(1) Sobre las actividades de los tales «comerciantes» escribía por estas mismas fechas el contralmirante inglés Charles Stuart desde Jamaica a su compatriota el duque de Newcastle: «Puedo asegurar que los patronos de las balandras que salen de esta isla armadas y tripuladas con destino al comercio ilícito se han jactado ante mí, más de una vez, de haber asesinado siete u ocho españoles en sus propias playas» (Fernández Duro, «Armada Española», tomo VI, p. 240).

otros lugares, perdió Vernon veinte mil hombres por combate y enfermedades, mientras que el corso español destruía el comercio local británico. Una armadilla salida de Panamá poco después del frustrado ataque de Vernon a Cartagena, deshizo la organización que tenían montada los contrabandistas en Coclé, tras dar muerte a su jefe.

En 1748 firmose la Paz de Aquisgrán, por la que se mantuvo el derecho de visita y registro y se anuló además el llamado «asiento de los negros» y el navío anual inglés autorizado a comerciar en los puertos españoles. Con ello y con las rigurosas medidas tomadas por las autoridades de las posesiones hispánicas en América, el contrabando quedó muy debilitado.

En cuanto a la piratería propiamente dicha, su sobrevivencia fue más bién episódica y tanto los puertos como la navegación mercante pudieron considerarse al fin libres del temor y amenaza en que habían permanecido durante más de doscientos años.

Conclusión

Pudiera uno preguntarse (y de hecho muchos se lo han preguntado) cómo la agresión pirática pudo durante tanto tiempo mantenerse frente a un estado español al que se nos ha acostumbrado a tener, al menos durante la dinastía austríaca, como una primerísima potencia sin par en el mundo de su tiempo. Puede que de tal cuestión incontestada haya surgido la falsa leyenda del pirata como guerillero heroico e ingenioso luchando en proporción de uno contra cien y saliendo siempre vencedor, y por añadidura recompensado con un merecido botín.

Para llegar a un total conocimiento del problema es preciso, sin embargo, estudiar tanto la situación de las posesiones españolas en las Indias durante el largo período de tiempo que nos interesa, como las disposiciones que pudieron tomarse para combatir la agresión, junto con los medios de que se disponía para ello.

Para un hombre de nuestro siglo, acostumbrado a la comunicación radiofónica instantánea, es difícil imaginar el aislamiento en que las primitivas ciudades hispanoamericanas se encontraban. Tan sólo los correos a caballo y las fragatas ligeras podían

dar noticia a cualquiera de ellas del ataque sufrido por otra. En cuanto a las comunicaciones con la lejanísima metrópolis, el tiempo de ida y vuelta rozaba el año.

Y por otra parte las defensas eran también inadecuadas. La inmensidad del territorio conquistado y la escasa población española impedía una real ocupación, ni mucho menos guarnecer efectivamente las villas costeras con tropas regulares. Contábanse en las más importantes unas escasas docenas de soldados y artilleros, y el resto de la acción defensiva debía ser encomendada al elemento civil, agricultores y comerciantes sin la menor experiencia militar, cuando no negros e indios imposibles de encuadrar eficazmente.

El escenario americano, mal defendido y aureolado por otra parte con la leyenda de fastuosas riquezas, se convirtió en un paraíso para los bandoleros de todo tipo. Unos centenares de hombres decididos podían caer sobre cualquier población hispanoamericana, vencer la resistencia de los escasos defensores, saquear cuanto se les antojara, y esfumarse antes de que se reunieran las suficientes fuerzas como para pasar a la contraofensiva.

Evidentemente para el éxito de tales expediciones era necesaria una base donde los piratas pudieran disponer sus hombres y barcos antes de comenzar la empresa y, terminada la misma, encontrar refugio seguro y ocasión para gastar el botín adquirido. Contóse para ello primeramente con las turbulentas ciudades atlánticas de Francia, en especial las de simpatía protestante, y luego, en grado mayor, con la Inglaterra isabelina. Como ya se vio, no dudaba la reina inglesa en participar como accionista en tales empresas de rapiña, ni en engrosar las flotas piratas con barcos de guerra de su propia marina regular.

Poco era lo que localmente se podía hacer para oponerse a las expediciones piráticas que partían de Europa. Tan sólo procurar la edificación y artillado de algunos fuertes protegiendo los principales puertos (los castillos «del Morro») y el armado de algunas galeras y fragatas que nunca obtuvieron éxitos decisivos, dada la ya indicada lentitud de los avisos de alarma. D. Pedro Menéndez de Avilés, uno de los más hábiles marinos españoles de los tiempos de Felipe II, propuso el establecimiento de fortificaciones en Cuba y Florida para , con la ayuda de fuerzas navales basadas en ambos puntos, cerrar el Canal de Bahamas, paso casi obligado para los piratas. Pero nada de esto se llevó a la práctica.

Pudiera pensarse en reprochar a Felipe II el no enviar una importante fuerza naval a América con el fin de perseguir las flotas piratas nada más llegadas ante el continente. Pero la inmensidad del escenario de actuación no hubiera permitido tampoco una acción eficaz, de forma que el Rey Prudente optó por otro intento mucho más efectivo, y por otra parte también recomendado desde un principio por el propio Menéndez de Avilés. Tratábase de golpear la piratería en su propio nido y origen, atacando la Inglaterra isabelina, que era precisamente donde se basaban los Hawkins, Drake y similares, y sin cuyo apoyo hubieran sido imposibles las expediciones. Evidentemente pesaron igualmente en la decisión del monarca otros muchos factores, pero puede decirse que el de la represión pirática no se contó entre los menores.

Pero epidemias, tempestades y mala fortuna se aliaron para frustrar la operación contra Inglaterra. Que no se limitó al tan conocido intento de la Gran Armada de 1588, mal llamada Invencible, sino que prolongose luego con otras tentativas igualmente frustradas, entre ellas la de la Armada de D. Martín de Padilla en 1597 que, por cierto, estuvo mucho más cerca de éxito, siendo esta vez sí que solamente derrotada por los elementos adversos. No cejaría Felipe II en llevar a término la solución que con razón encontraba decisiva, y la muerte le sorprendió cuando preparaba un nuevo intento de invasión que sin él no pudo llevarse a cabo.

Fuera de esta solución, tan sólo quedaban las transitorias de la fortificación americana y el envío de escuadras de refuerzo en caso de ataque grave o, sobre todo, de intento de instalación permanente en territorios indianos. Tales fueron las flotas expedicionarias de Menéndez de Avilés en 1565, que desalojó a los piratas hugonotes de Ribault de la Florida, la de D. Bernardino de Avellaneda en 1596, que batió la escuadra de Drake después de la muerte de éste, y las de Joanes de Urdayre y Diego Brochero en 1598, que llegaron a Puerto Rico después de que las enfermedades se hubieran adelantado en expulsar al ocupante inglés.

No tardaron en aparecer igualmente en las costas americanas los corsarios holandeses, en guerra con España, con lo que la

situación empeoró, manteniendose no obstante la integridad de la soberanía española en las Indias hasta el restablecimiento de la paz en Europa.

No cesaron, desde luego, las actividades expedicionarias después de ésta, como también las había habido antes de la contienda. Pero tales actividades remitieron en algo, y sucesos como la ejecución de Walter Raleigh en Inglaterra por delito de piratería, impensables en la época isabelina, pudieron dar origen a la esperanza de que todo se solucionara por vía legal.

Pero tal idea vino a quedar frustrada por el estallido de la Guerra de los Treinta Años, en la que España pronto se vio envuelta. No tardaron en hacer su aparición en los mares americanos las armadas regulares y corsarias de los holandeses, seguidas por enjambres de facinerosos de toda nacionalidad, en busca de botín. Rebasadas las posibilidades navales españolas, se tomó entonces la táctica de concentrar todos los esfuerzos en la protección de las Flotas de Indias, cordón umbilical que traía a través del Atlántico las riquezas necesarias para mantener la agotadora contienda. A decir verdad túvose éxito en el empeño, pues en cerca de tres siglos tan sólo en un par de ocasiones sufrieran daños las Flotas anuales (incluido, desde luego, el desastre de Matanzas, en 1628), y siempre a manos de armadas regulares enemigas. Los piratas debieron siempre contentarse con verlas pasar.

Pero la indefensión americana en el aspecto naval trajo como consecuencia las primeras instalaciones piráticas en el Caribe, primeramente en islas inhabitadas, para extenderse poco a poco hacia las zonas pobladas por los españoles. Contra estas intrusiones oponíase la empecinada resistencia hispánica, que si algo perdió, no fue poco lo que conservó por la fuerza de las armas frente a ataques abrumadores superiores, y así fue casi un milagro que la formidable expedición de Cromwell en 1654, destinada a sustituir el dominio español por el inglés en América, fuera rechazada en Santo Domingo y tan sólo lograra la conquista de la pequeña Jamaica, y ello tras una fuerte y desesperada guerra de guerrillas de los habitantes de la isla. Pero, de todas formas, islas y trozos de ellas se iban desgajando del hasta entonces monolítico imperio español en las Indias: Curazao, conquistada por los holandeses, Tortuga y la parte occidental de la Española por los irregulares y bucaneros franceses, la misma Jamaica por los ingleses... Y en tales territorios iba a fructificar la semilla de la filibustería, la feroz piratería independiente, aunque siempre protegida y propiciada por los poderes extranjeros que dominaban en las zonas perdidas.

La estrategia española contra este estado de cosas se limitó en un principio a aprovechar la llegada a América de las Flotas de Indias para utilizar los barcos de guerra de la escolta en la expugnación de las islas piráticas. Lográronse éxitos en San Cristóbal en 1629, San Martín en 1633, la Tortuga en 1638 y Santa Catalina en 1641, pero los barcos de guerra habían de marcharse con las Flotas, y los filibusteros aprovechaban esto para volver, ya que la penuria de tropa impedía el establecimiento de guarniciones apropiadas en los lugares reconquistados.

Al terminar la Guerra de los Treinta Años, España quedó desposeída de su anterior papel de primera potencia mundial. Era ahora un estado de segunda clase poseedor del mayor imperio entonces existente e incapaz de defenderlo. Comenzaron los años del terror, los del Olonés y Morgan, los de las flotas de filibusteros moviéndose a su antojo por las costas americanas, conquistando ciudades y manteniéndose en ellas todo el tiempo necesario para desvalijarlas a fondo. Parecía que el imperio hispano de las Indias estaba a punto de desmoronarse.

Como remedio a la situación, intentose ahora la estrategia de crear armadas regulares, combinadas con formaciones navales corsarias que atacaran al enemigo con sus mismos métodos. En la época existían ya bases piratas en el mismo Caribe, por lo que tales fuerzas hubieran podido utilizarse en atacarlas y destruirlas.

En lo que se refiere a las armadas regulares, su rendimiento no fue tan óptimo como se esperaba. Su creación resultaba económicamente onerosa, por lo que fueron siempre más débiles de lo que en principio se planeara.

De las tres sucesivas Armadas de Barlovento, vimos que la primera hubo de ser disuelta para utilizar sus navíos en misiones más urgentes, la segunda fue lamentablemente destruida por Morgan ante Maracaibo y la tercera, bien que más longeva y eficaz, adoleció de graves defectos y tan sólo parcialmente pudo lograr lo que de ella se esperaba. En cuanto a la Armada del Mar del Sur, pese a lograr varios éxitos sonados sobre los incursores

piráticos en aguas del Pacífico, debió limitarse por lo general a proteger los envíos de la plata hasta Panamá.

También existían graves inconvenientes para el funcionamiento de las flotas corsarias. No muy bien vista en España, por razones éticas, dicha clase de guerra, igualmente era rechazada por los colonos de América, pero en este caso por razones más prosaicas, al temer una competencia comercial por parte de los corsarios. Otro inconveniente era que éstos debían mantenerse a sí mismos a base del botín conquistado en sus empresas, pero poca era la riqueza disponible a bordo de los barcos filibusteros abordados, pues los piratas acostumbraban a retirarse a sus bases una vez robado el suficiente dinero como para poder dilapidarlo en ellas. El ataque y saqueo de las dichas bases estaba, además, prohibido en las patentes de corso otorgadas, aunque tal inexplicable decisión fuera en ocasiones ignorada por Blas Miguel Corso y algunos otros.

De todas formas la actividad corsaria no dejó de contribuir eficazmente a la represión del filibusterismo. En el Mar del Sur la «Armada de Nuestra Señora de la Guía», creada por los comerciantes locales, dió fin con toda felicidad a la presencia filibustera, mientras que la «Armada de Vizcaínos», en el Caribe, no obstante sus primeros fracasos, causó grave daño a la piratería y colaboró eficazmente con la Armada de Barlovento en la expugnación de los diversos refugios y ladroneras filibusteras no directamente protegidas por la bandera de potencias extranjeras. Más aún, las represalias de los corsarios españoles, en especial los independientes de Cuba, Santo Domingo y Puerto Rico, contra la navegación comercial de los países que prestaban apoyo a la piratería, hizo nacer entre los pobladores extranjeros del Caribe un cierto estado de ánimo en contra de la guerra filibustera, cuyas consecuencias tan sólo ahora sufrían.

Para terminar, cabría preguntarse sobre el daño real causado por la piratería al Imperio español de las Indias Occidentales, y su evaluación como factor en la decadencia española.

Menos importancia debe otorgarse a la acción pirática de lo que a primera vista podría suponerse. Cierto que muchas ciudades fueron bárbaramente saqueadas, muchos barcos capturados y muchas personas muertas o víctimas de odiosos abusos. Cierto que en la época de Morgan, pareció que las costas de la América española estaban indefensas ante los ataques de los criminales, y que el Imperio americano se hallaba en vísperas de disolución.

Pero la realidad era otra. Nunca llegaron los piratas a presentar una real amenaza para la estabilidad ni mucho menos para la existencia de la doble administración virreinal. Sus golpes, ciertamente dolorosos, no lograron obtener ni conservar dominio alguno de importancia, cosa que por otra parte nunca constituyó su objetivo. Las ciudades conquistadas eran víctimas de saqueo, pero no tardaban en ser luego abandonadas ante la proximidad de tropas de refuerzo. El golpe más peligroso de todos, la toma de Panamá por Morgan, que por un tiempo se creyó destinado a crear una base estable en el Pacífico, partiendo por otra parte en dos los dominios americanos de España, pronto se resolvió en el abandono de la ciudad destruida, siendo muy poco probable, además, que de haber sido de otra forma hubieran podido resistir los filibusteros el ataque de la importante fuerza de reconquista enviada por el virreinato peruano. Las pocas conquistas estables logradas por la fuerza (Jamaica, Curazao) lo fueron por ejércitos y flotas regulares de otros países, en tanto que el resto de islas de dominio pirático fueron simplemente ocupadas al no haber quien las defendiera, y la importancia territorial, tanto en un caso como en otro, no fue nunca de importancia.

En cuanto a la acción sobre el comercio, si es cierto que en algunos períodos de tiempo los filibusteros lograron colapsar los intercambios locales, ya se ha dicho que la ruta fundamental entre ambos continentes, la del convoy anual de las Flotas, nunca fue inquietada seriamente por ellos, debiendo temer más los ocasionales huracanes y tormentas que, éstos sí, desbarataron cruentamente varias de éllas. Aunque también es de considerar que el solo sistema de las Flotas, impuesto precisamente por causa de la amenaza pirática, coartó en gran manera el comercio que de otra forma se hubiera podido realizar entre España y sus posesiones.

De un modo u otro, la decadencia española en su papel de potencia mundial no fue en absoluto debida a la acción de la piratería en aguas americanas: más bien debe buscarse en el desmesurado esfuerzo militar realizado durante el período de la Guerra de los Treinta Años, junto con otras causas de política y economía estatal cuyo estudio queda fuera de los límites de este

libro. En tanto que la mayoría de las posesiones europeas de la monarquía de los Austrias se perdían en la segunda mitad del siglo XVII y principios del siguiente, los dominios americanos continuarían unidos a España durante casi centuria y media más, y cuando finalmente fueron segregados, ello sería debido a causas que nada tendrían que ver con la piratería, para entonces ya prácticamente extinguida.

BIBLIOGRAFIA

1. Salvador de Madariaga. *El Auge del Imperio Español en América.* Editorial Sudamericana, Buenos Aires, 1955.
2. Salvador de Madariaga. *El Ocaso del Imperio Español en América.* Editorial Sudamericana, Buenos Aires, 1955.
3. León Fernández. *Historia de Costa Rica durante la dominación española.* Madrid, 1889.
4. Juan Herráez S. de Escariche. *Don Pedro de Mendoza, Gobernador de Cartagena de las Indias.* Anuario de Estudios Americanos, Sevilla, 1946.
5. Guillermo Lohmann Villena. *El Conde de Lemos, Virrey del Perú.* Publicación de la Escuela de Estudios Hispanoamericanos, Madrid, 1946.
6. José Luis Mizquiz de Miguel. *El Conde de Chinchón, Virrey del Perú.* Publicación de la Escuela de Estudios Hispanoamericanos, Madrid, 1945.
7. Luis Galdamés. *Historia de Chile.* Editorial Zig-Zag, Santiago de Chile, 1946.
8. Luis Hernández Alfonso. *Virreinato del Perú.* Editora Nacional, Madrid, 1945.
9. Rubén Vargas Ugarte S.J. *Historia General del Perú.* Editorial Carlos Millá Batres, Lima, 1971.
10. José Coroleu. *América, Historia de su Colonización, Dominación e Independencia.* Montaner y Simón Editores, Barcelona, 1895.
11. Juan Ortega Rubio. *Historia de América.* Madrid, 1917.
12. Enriqueta Vila Vilar. *Historia de Puerto Rico.* Escuela de Estudios Hispanoamericanos, Sevilla, 1974.
13. Lino Duarte Level. *Cuadros de la Historia Militar y Civil de Venezuela.* Editorial América, Madrid, 1821.
14. José Millá. *Historia de la América Central.* «El Progreso». Guatemala, 1879.
15. Eugenio Ruidíaz y Carabia. *La Florida.* Madrid, 1893.
16. Ernesto J. Castillero. *Historia de Panamá.* Panamá, 1955.

17. B. Pereyra. *Historia General de Panamá.* Panamá, 1948.
18. Alonso de Contreras. *Vida del Capitán Alonso de Contreras.* Ediciones Taurus, Madrid, 1965.
19. Manuel Arturo Peña Battle. *La isla de Tortuga.* Editorial Cultural Hispánica, Madrid, 1951.
20. Fernando José Geigel Sabat. *Balduino Enrico.* Editorial Araluce, Barcelona, 1934.
21. Dulio Arroyo. *Portobelo, su pasado, su presente y su futuro.* Imprenta Nacional, Panama, 1946.
22. Rómulo E. Durán. *Bosquejo Histórico de Honduras.* Biblioteca de Geografía e Historia, Honduras, 1927.
23. Carlos Martínez Campos. *España Bélica.* Ediciones Aguilar, Madrid, 1966.
24. Juan B. Sosa. *Panamá la Vieja.* Imprenta Nacional, Panamá, 1955.
25. Jacobo de Pezuela. *Crónica General de las Antillas.* Editorial Rubio, Grillo y Vittori, Madrid, 1871.
26. Jacobo de Pezuela. *Historia de Cuba.*
27. Justo Zaragoza. *Historia de Guatemala.* Luis Navarro, Editor, Madrid, 1882.
28. Justo Pastor Ruiz. *Vieques antiguo y moderno.* Puerto Rico, 1947.
29. Francisco Morales Padrón. *Trinidad en el siglo XVII.* Separata de Tomo XVII del Anuario de Estudios Americanos.
30. Francisco Morales Padrón. *Jamaica española.* GHA, Sevilla, 1952.
31. Calos Felice Cardot. *Curazao hispánico.* Caracas, 1973.
32. Joaquin Meade. *Documentos inéditos para la historia de Tampico.* Editorial Porrúa, Méjico, 1939.
33. Juan Ortega Rubio. *Historia de América.* Librería Herrando, Madrid, 1917.
34. José Antonio Calderón Quijano. *Historia de las fortificaciones de Nueva España.* Escuela de Estudios Hispanoamericanos, Sevilla, 1953.
35. María Angeles Eugenio Martín. *La defensa de Tabasco (1600-1717).* Escuela de Estudios Hispanoamericanos, Sevilla, 1971.
36. Justo Zaragoza. *Piraterías y agresiones de los ingleses y de otros pueblos de Europa en la América Española desde el siglo XVI al XVIII.* Madrid, 1883.
37. Alexander-Olivier Oexmelin. *Historia de los aventureros, filibusteros y bucaneros de América.* Ciudad Trujillo, 1953.
38. Emilio Rodríguez Demorizi. *Samaná, pasado y porvenir.* Santo Domingo, 1973.
39. Agustín Gómez Carrillo. *Compendio de la historia de América Central.* Guatemala, 1900.
40. Enrique Marco Dorda. *Cartagena de Indias, la ciudad y sus monumentos.* Escuela de Estudios Hispanoamericanos, Sevilla, 1972.
41. Marino Incháustegui. *La gran expedición inglesa contra las Antillas Mayores.* Méjico, 1953.
42. Jacinto Gimbernardo Pellerano. *Historia de Santo Domingo.* Librería Dominicana, Santo Domingo, 1969.
43. Juan Juárez. *Piratas y corsarios en Veracruz y Campeche.* Escuela de Estudios Hispanoamericanos, Sevilla, 1972.

44. J. L. Vivas Maldonado. *Historia de Puerto Rico.* Madrid, 1974.
45. Salvador Brau. *Historia de Puerto Rico.* Appleton And Co. Nueva York, 1917.
46. José Antonio Calderón Quijano. *Belice (1663-1821).* Consejo Superior de Investigaciones Científicas, Sevilla, 1944.
47. Cesáreo Fernández Duro. *Armada Española desde la Unión de los Reinos de Castilla y Aragón.* Museo Naval, Madrid, 1972/3.
48. Juan Bosch. *De Cristóbal Colón a Fidel Castro.* Editorial Alfaguara, Madrid, 1970.
49. Rafael Estrada. *El Almirante Don Antonio de Oquendo.* Espasa Calpe S. A., Madrid, 1943.
50. Carlos Ibáñez de Ibero. *Almirantes y hombres de mar.* Editorial Aguilar, Madrid, 1960.
51. José Alcalá-Zamora y Queipo de Llano. *España, Flandes y el Mar del Norte (1618-1639).* Editorial Planeta, Barcelona, 1975.
52. Alexander Randa. *El Imperio Mundial.* Luis de Caralt, Barcelona, 1967.
53. Angeles Masiá de Ros. *Historia general de la piratería.* Editorial Mateu, Barcelona, 1959.
54. Angel López Cantos. *Historia de Puerto Rico (1.650-1.700).* Escuela de Estudios Hispanoamericanos, Sevilla, 1975.
55. Isabelo Macías. *Cuba en la primera parte del siglo XVII.* Escuela de Estudios Hispanoamericanos, Sevilla, 1978.
56. Enrique de la Mata Rodríguez. *El asalto de Pointis a Cartagena de Indias.* Escuela de Estudios Hispanoamericanos, Sevilla, 1974.
57. María del Pilar Bernal Ruiz. *La toma del Puerto de Guayaquil en 1687.* Escuela de Estudios Hispanoamericanos, Sevilla, 1979.
58. Segundo de Ispizúa. *Historia de los vascos en el descubrimiento, conquista y colonización de América.* Librería José de Astuy, Bilbao, 1915.

ISTORIA DE LA PIRATERIA

ante más de doscientos años las cos-
l continente descubierto por Colón
rporado en su mayor parte a la Co-
e España, hubo de sufrir los emba-
una de las peores plagas históricas
la humanidad debe avergonzarse:
tería, el bandolerismo del mar, la-
le haciendas, destructor de vidas y
dor de bienes.
mismo modo que el bandidismo te-
e (y de ello hay amplio muestrario en
a propia literatura), también la mo-
d marítima de la delincuencia ha
do injustificada mitificación en las
s de numerosos literatos, máxime
o, como es el caso, su realidad sirvie-
ndemente a los intereses de diversas
ias europeas de la época: Francia,
erra y Holanda principalmente. El
ro ladrón y asesino del mar ha sido
norfoseado en romántico aventure
sfacedor de entuertos o vengador de
indígenas oprimidas. Poca respues-
cambio, ha habido a tal tendencia
arte de la principal víctima, la Es
hostigada en sus territorios de allen
Atlántico.
obra pretende mostrar la realidad
ca del fenómeno pirático en el he
io occidental, de la continua agre
e corsarios y filibusteros con mayor
or apoyo de las naciones hostiles a
a, y de la lucha perenne, desespera
ocasiones, que hubo de ser librada
contra, para defender tierras y ciu
que más tarde habrían de florecer
actual racimo de naciones que com
con nosotros habla y modos de ser

tración de la cubierta ha
lida por el Museo Naval.

